



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

EL MÉDICO RURAL

y

EL CURA DE ALDEA



TOMO XXIV

Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

El médico rural & El cura de aldea

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XXIV

ePub r1.0

Titivillus 29.01.16

Título original: *Le Médecin de campagne & Le Curé de Village*
Honoré de Balzac, 1841
Traducción: Antonio Ribera
Editor: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



EL MÉDICO RURAL



A los corazones heridos, la sombra y el silencio.
A MI MADRE.

I

EL PAÍS Y EL HOMBRE

Cierta radiante mañana de primavera del año 1829 un hombre que andaría en los cincuenta años iba a caballo por un camino montañoso que conduce a un poblado próximo a la Gran Cartuja. Ese poblado es cabeza de partido de un populoso cantón circunscrito por un largo valle. Encajonado entre dos montañas paralelas que dominan por todas partes los picos de la Savoya y el Delfinado, a ese valle lo riega un torrente de lecho pedregoso a menudo seco, pero entonces había enriquecido su caudal el agua de las nieves derretidas. Aunque los paisajes comprendidos entre la cadena de las dos Maurianas tengan un aire familiar, el cantón a través del cual caminaba el extranjero presenta variaciones de terreno y alteraciones de luz que vanamente se buscarían en otra parte. De trecho en trecho, el valle, súbitamente ensanchado, ofrece un irregular tapiz de ese verdor que las constantes irrigaciones debidas a las montañas mantienen tan fresca y tan agradable a la vista durante todas las estaciones. Una que otra vez, un molino muestra sus humildes construcciones pintorescamente emplazadas, su provisión de largos pinos sin corteza, su curso de agua tomada al torrente y conducida por las grandes cañerías de madera, a través de cuyas grietas escapa una cinta líquida. Aquí y allá, cabañas rodeadas de jardines llenos de árboles frutales y cubiertos de flores evocan las ideas que inspira una miseria laboriosa. Más lejos, casas de techumbres rojas, compuestas de tejas planas y redondas semejantes a escamas de pez, anuncian el acomodo debido a largos trabajos. Y, en fin, sobre cada puerta se ve suspendido el cesto en el que se secan los quesos. Por todas partes las bayas y los cercados suceden a los viñedos, enlazados, como en Italia, por pequeños olmos cuyo follaje se da al ganado. Por un capricho de la naturaleza, las colinas se hallan tan próximas entre sí en algunos parajes, que no hay entre ellas construcciones, campos ni cabañas. Separadas tan sólo por el torrente que ruge en sus cascadas, las dos altas murallas graníticas se alzan tapizadas de abetos de negro ramaje y hayas de treinta metros de altura. Todos rectos, singularmente coloreados por manchas de musgo y de follaje diverso, estos árboles forman magníficas columnatas flanqueadas debajo y encima del camino por informes setos de madroños, sauquillos, bojes y espinos rosa. Los fuertes aromas de estos arbustos mezclaban los silvestres perfumes de la naturaleza montañosa con los penetrantes olores de los vástagos de los alerces, de los álamos y los pinos resinosos. Algunas nubes corrían entre las rocas, velando y descubriendo a intervalos las grisáceas cimas, las cuales aparecían a menudo tan vaporosas como las mismas nubes que desgarraban. A cada instante el paisaje variaba de aspecto y el cielo de luz; las montañas cambiaban de color, las vertientes de matices, las cañadas y valles de

formas: imágenes multiplicadas, de imprevistos contrastes; ya un rayo de sol a través de los troncos de los árboles, ya un claro natural o algunos peñascos... En medio del silencio y en la estación en que todo es nuevo, en que el sol inflama un cielo puro, los ojos sentían una inefable delicia.

¡Era, en fin, un bello país; era Francia!

Hombre de elevada estatura, el viajero iba enteramente vestido de paño azul, con tanto esmero cepillado como debía de serlo cada mañana su caballo de liso pelaje, sobre el cual se mantenía derecho y seguro como un viejo oficial de caballería. Si su corbata negra y sus guantes de piel, las pistolas que abultaban las fundas del arzón y el portamantas sujeto a la grupa de su caballo no hubiesen denotado al militar, su atezado rostro, marcado por la viruela pero regular y con el sello de una aparente despreocupación; sus decididos ademanes, la seguridad de su mirada y su expresión..., todo habría revelado los hábitos que se adquieren en la milicia y de los que jamás consigue despojarse el soldado, aun después de haber vuelto a la vida civil. Otro hombre se habría maravillado de las bellezas de esta naturaleza alpina, tan risueña en el paraje donde se funde en las grandes cuencas de Francia; pero el oficial, que sin duda había recorrido los países adonde llevaron a los ejércitos franceses las guerras imperiales, disfrutaba de este paisaje sin parecer que le sorprendiesen sus múltiples accidentes. El asombro es una sensación que Napoleón parece haber destruido en el alma de sus soldados; así, la calma del rostro es una muestra segura por la que el observador puede reconocer a los hombres que un día sirvieron bajo las águilas efímeras, pero imperecederas, del gran emperador. Este hombre era, en efecto, uno de los raros militares a quienes las balas han respetado aunque hayan operado en todos los campos de batalla donde mandó Napoleón. Su vida no tenía nada de extraordinario. Se había batido bien, como simple y leal soldado, cumpliendo con su deber lo mismo de noche que de día, lejos como cerca del amo, no pegando nunca un sablazo inútil, e incapaz de pegar uno de más. Si llevaba en el ojal la roseta de oficial de la Legión de Honor, era porque después de la batalla de Moskava la voz unánime de su regimiento le había designado como el más digno de recibirla a raíz de aquella gran jornada. Del pequeño número de esos hombres fríos en apariencia, tímidos, siempre en paz consigo mismos, cuya conciencia se siente humillada al solo pensamiento de hacer una solicitud de la clase que sea, sus grados le fueron conferidos en virtud de las lentas leyes de la antigüedad. Nombrado alférez en el 1802, no llegó a jefe de escuadrón hasta el 1829, a pesar de sus bigotes grises; pero su vida era tan pura que ningún miembro del ejército, aunque fuese un general, le abordaba sin experimentar un sentimiento de involuntario respeto, incontestable ventaja que sus superiores acaso no le perdonaban. En compensación, los simples soldados le dedicaban algo de ese sentimiento que los niños tienen por una buena madre, ya que para ellos sabía ser indulgente y severo a la vez. En tiempos pasados soldado raso como ellos, conocía las alegrías desventuradas y las alegres miserias, los desvíos excusables o merecedores de castigo de los soldados, a quienes llamaba

siempre «sus hijos», y a quienes permitía de buen grado que cogiesen en campaña víveres o forrajes a los ciudadanos civiles. En cuanto a su historia íntima, estaba sepultada en el más profundo silencio. Como casi todos los militares de la época, no había visto el mundo más que a través de la humareda de los cañones, o durante los momentos de paz tan escasos en medio de la lucha europea sostenida por el emperador. ¿Había o no había pensado en el matrimonio? La cuestión quedaba indecisa. Aunque nadie pusiera en duda que el comandante Genestas no tuviera suerte en amores en sus estancias de ciudad en ciudad, de país en país, asistiendo a las fiestas dadas y recibidas por los regimientos, nadie tenía tampoco la menor certidumbre al respecto. Sin ser gazmoño, sin rehusar una parte de placer ni ofender las costumbres militares, se callaba o respondía riendo cuando se le preguntaba sobre sus amores. A las palabras: «¿Y usted, mi comandante?», dirigidas por un oficial después de beber, replicaba:

—Bebamos, señores.

Especie de Bayardo sin boato, don Pedro José Genestas no ofrecía, pues, nada de poético ni de novelesco, a tal punto parecía vulgar. Su porte era el de un hombre acomodado. Aunque no tuviese más que su sueldo por todo capital, y su retiro fuese todo su futuro, sin embargo, semejante a los viejos lobos del comercio a quienes las desgracias han proporcionado una experiencia que se acerca a la obstinación, el jefe de escuadrón guardaba siempre por delante dos años de paga, y nunca gastaba sus asignaciones. Era tan poco aficionado al juego que se quedaba mirando la punta de sus botas cuando, en una reunión, se pedía un relevo o algún suplemento de apuesta para el ecarté. Mas si no se permitía nada que fuese extraordinario, tampoco carecía de lo que pudiese necesitar. Los uniformes le duraban más tiempo que a cualquier otro oficial del regimiento, como consecuencia de los cuidados que inspira la mediocridad de fortuna y cuya costumbre se había hecho maquinales en él. Tal vez se le hubiera supuesto avaricia sin el admirable desinterés, sin la fraternal facilidad con que abría su bolsa a algún aturdido joven arruinado por las cartas o por cualquier otra locura. Parecía haber perdido en otros tiempos grandes sumas en el juego, tanta era su delicadeza al no obligar; no se creía en absoluto con derecho a controlar los actos de su deudor, y no le hablaba nunca de su deuda. Soldado hasta la medula, solo en el mundo, se había hecho una patria del ejército y una familia de su regimiento. Así, raramente se hurgaba en los motivos de su respetable economía, atribuyéndola con agrado al natural deseo de aumentar su caudal para el bienestar de su vejez. La víspera de ser nombrado teniente coronel de caballería, era presumible que su ambición consistiera en retirarse al campo con su paga de jubilado y las hombreras de coronel. Después de las maniobras, si los jóvenes oficiales hablaban de Genestas, le situaban en la clase de los hombres que han obtenido en el colegio el premio de aplicación y que durante su vida permanecen equilibrados, probos, sin pasiones, útiles e insípidos como el pan blanco; mas las personas serias lo juzgaban de manera muy distinta. A menudo alguna mirada, o una expresión muy intencionada, como lo

es la palabra del impulsivo, se le escapaban y testimoniaban las tormentas de su alma. Bien estudiada, su serena frente acusaba el poder de imponer silencio a las pasiones y recluirlas en el fondo de su corazón, poder caramente conquistado por el hábito de los peligros y las imprevistas desventuras de la guerra. Habiendo dicho cierto día el hijo de un par de Francia, recién llegado al regimiento y refiriéndose a Genestas, que habría sido el más concienzudo de los sacerdotes o el más honrado de los tenderos, respondió él, mirando de arriba abajo al joven fatuo, quien no creyó que le hubiese oído su comandante:

—Añada que el menos cortesano de los marqueses.

Los circunstantes estallaron en carcajadas, pues todos sabían que el padre del teniente era un adulator de todos los poderes, un hombre elástico acostumbrado a medrar al amparo de las revoluciones, y el hijo se parecía bastante al padre. En los ejércitos franceses se han encontrado algunos de estos caracteres, sencillamente grandes cuando la ocasión lo exige y simples del todo después de la acción, sin preocuparles la gloria, olvidadizos del peligro; se han encontrado acaso más de los que los defectos de nuestra naturaleza permitiría suponer. Sin embargo, sería engañarse en extremo creyendo que Genestas fuese perfecto. Desconfiado, inclinado a violentos accesos de cólera, terco en las discusiones y queriendo sobre todo tener razón cuando no la tenía, estaba lleno de prejuicios nacionales. Había conservado de su vida soldadesca la afición al buen vino. Si salía de un ágape con todo el decoro de su grado, aparecía serio, meditabundo, y no hacía partícipe a nadie del secreto de sus pensamientos. En fin, si conocía bastante bien las costumbres de la sociedad y las leyes de la cortesía, especie de consigna que observaba con rigidez militar; si tenía un ingenio natural y adquirido; si poseía la táctica, la maniobra, la teoría de la esgrima a caballo y estaba impuesto de las dificultades del arte veterinario, sus estudios fueron prodigiosamente descuidados. Sabía, pero vagamente, que César fue un cónsul o un emperador romano; Alejandro un griego o un macedonio, y habría concedido uno u otro origen o cualidad sin discusión. Así, en las conversaciones científicas o históricas, se mostraba grave, limitándose a participar en ellas con ligeras indicaciones de cabeza aprobatorias, como hombre profundo llegado al pirronismo. Cuando Napoleón escribió en Schönbrunn, el 13 de mayo del año 1809, en el boletín dirigido al gran ejército, dueño de Viena, que *como Medea, los príncipes austríacos habían estrangulado con sus propias manos a sus hijos*, Genestas, recién nombrado capitán, no quiso comprometer la dignidad de su grado preguntando quién era Medea; fió en el genio de Napoleón, seguro de que el emperador no debía decir a su ejército más que cosas oficiales de la casa de Austria, y pensó que la tal Medea era una archiduquesa de conducta equívoca. No obstante, como la cosa podía concernir al arte militar, le inquietó la Medea del boletín hasta el día en que la Raucourt repuso la famosa tragedia. Después de haber leído el cartel que la anunciaba, el capitán resolvió ir aquella noche al Teatro Francés, para ver a la célebre actriz en el papel mitológico, del que se informó por sus vecinos. Sin embargo, un hombre que siendo soldado raso

tuvo la suficiente energía para aprender a leer, escribir y contar, quizá comprendió que, de capitán, era preciso instruirse. En consecuencia, a partir de aquella época, leyó con ardor las novelas y las nuevas publicaciones, las cuales le dieron unos conocimientos generales de los que sacaba bastante buen partido. Y en su gratitud hacia sus profesores, llegaba incluso a tomar la defensa de Pigault-Lebrun, diciendo que lo hallaba instructivo y a menudo profundo.

Este oficial, a quien la prudencia adquirida no dejaba hacer ninguna gestión inútil, acababa de abandonar Grenoble y se dirigía hacia la Gran Cartuja, después de haber obtenido de su coronel un permiso de ocho días. No pensaba hacer mucho camino, pero engañado a cada legua por los dichos embusteros de los campesinos a quienes interrogaba, creyó prudente no ir más lejos sin antes reconfortar su estómago. Aunque tuviera pocas probabilidades de encontrar un ama de casa en su alojamiento, por ser época en que todos se ocupaban de los campos, se detuvo ante algunas cabañas que desembocaban en un espacio común, describiendo una plaza cuadrada bastante informe, abierta a quien llegara. El suelo de este territorio de familia era firme y estaba bien barrido, pero dividido por zanjas de estiércol. Rosales, hiedras y hierbas se elevaban a lo largo de los agrietados muros. A la entrada de la plazuela había un mezquino grosellero, sobre el que se secaban algunos pingajos. El primer habitante con quien topó Genestas fue un cerdo revolcándose en un montón de paja, el cual, al ruido de los cascos del caballo, gruñó, levantó la cabeza e hizo huir a un gatazo negro. Una joven campesina, llevando sobre la cabeza un haz de heno, apareció de pronto, seguida a distancia por cuatro chiquillos andrajosos, pero vivarachos, traviosos, de ojos descarados, lindos y negros; verdaderos diablillos que semejaban ángeles. El sol centelleaba y prestaba no sé qué de puro al aire, a las cabañas, a los estercoleros y a la greñuda tropa. El soldado preguntó si era posible conseguir una taza de leche. Por toda respuesta, la muchacha lanzó un grito ronco. Una vieja apareció súbitamente en el umbral de una cabaña, y la joven campesina se metió a un establo después de indicarle con un ademán a la vieja, hacia la que se dirigió Genestas, no sin atar bien al caballo, a fin de no causar daño a los pequeños, quienes corrían ya entre sus piernas. Reiteró su petición, que la buena mujer se negó en redondo a satisfacer. No quería, dijo, sacar la nata de los cántaros de leche destinados a batir la mantequilla. El oficial respondió a esta objeción prometiendo pagar bien el perjuicio; ató el caballo al gozne de una puerta y entró en la choza. Los cuatro chiquillos, que pertenecían a esta mujer, parecían ser todos de la misma edad, singular circunstancia que sorprendió al comandante. La vieja llevaba una quinta criatura casi colgada de su falda, la cual, pálida y flacucha, reclamaba sin duda los mayores cuidados; además, era el bienamado benjamín.

Genestas se sentó en el rincón de una alta chimenea sin fuego, sobre cuya campana se veía una Virgen en yeso coloreado que tenía en brazos al Niño Jesús. ¡Enseña sublime! El desnudo suelo servía de piso a la casucha. Con el tiempo, la tierra, primitivamente batida, ofrecía las callosidades de un pellejo de naranja. En la

chimenea aparecían colgados un zueco lleno de sal, una sartén y un caldero. En el fondo de la habitación había una cama con dosel. Luego, aquí y allá, banquetas de tres patas hechas con estacas encajadas en una simple tabla de haya, una artesa para el pan, un cucharón de madera para sacar agua, un cubo y vasijas para la leche, una rueca sobre la artesa, algunos moldes para el queso, paredes negras y una carcomida puerta con mirilla: esto era la decoración y el mobiliario de la mísera vivienda. Ahora, he aquí el drama de que fue testigo el oficial, quien se distraía golpeando el suelo con su fusta, sin imaginar que allí se desarrollaría un drama. Cuando la vieja, seguida por el mugriento benjamín, desapareció por la puerta que daba a la lechería, los cuatro chiquillos, después de examinar suficientemente al militar, empezaron por librarse del cerdo. El animal, con el que de costumbre jugaban, se había acercado al umbral; los pequeños se echaron contra él con tanto ímpetu y le aplicaron tan característicos puñetazos que tuvo que emprender la retirada. Una vez fuera el enemigo, los niños atacaron una puerta cuyo pestillo, cediendo a sus esfuerzos, se soltó del viejo cerrojo, y luego se abalanzaron a una especie de frutero, y el comandante, a quien divertía la escena, no tardó en verles ocupados en comer ciruelas secas. En este momento entró la vieja de cara de pergamino y sucios harapos, trayendo en la mano un pote de leche para su huésped.

—¡Ah, los granujas! —exclamó.

Acto seguido alcanzó a los niños, cogió a cada uno del brazo, los echó en la habitación, pero sin quitarles sus ciruelas, y cerró cuidadosamente su granero de la abundancia.

—¡Vamos, vamos, preciosos míos, sed juiciosos...! Si no anduviera una con cuidado esos diablos se comerían todas las ciruelas —dijo mirando a Genestas.

Luego se sentó en una banqueta, atenazó al tiñoso con sus piernas y se puso a peinarlo lavándole la cabeza con una destreza femenina y atenciones maternas. Los cuatro ladronzuelos quedaron en pie unos y apoyados otros contra la cama o la artesa, mocosos y sucios, pero robustos, royendo sus ciruelas sin decir nada, aunque mirando al forastero con socarronería.

—¿Son hijos suyos? —preguntó el soldado a la vieja.

—Perdone, señor; son del hospicio. Me dan tres francos al mes y una libra de jabón por cada uno de ellos.

—Pero, buena mujer, deben costarle el doble...

—Señor, eso mismo nos dice el señor Benassis; sin embargo, si otros aceptan los niños por el mismo precio, es preciso contentarse. No tiene niños quien quiere. Se necesita mucha influencia para conseguirlos. Aunque les diésemos la leche de balde, no nos costarían apenas. Además, señor, tres francos es una cantidad. En nuestros cantones, ¡cuánto hay que agotarse y quemar la paciencia antes de ganar diez sueldos por día!

—¿Tiene, pues, tierra propia? —preguntó el comandante.

—No, señor. La tuve en tiempos de mi difunto hombre; pero, después de su

muerte, he sido tan desgraciada, que me he visto obligada a venderla.

—Bien —replicó Genestas—, ¿y cómo puede llegar sin deudas al final del año, alimentando, limpiando y criando chiquillos a dos sueldos por día?

—¡Oh! —respondió ella, siguiendo en su tarea de peinar al pequeño—. No llegamos sin deudas a las Navidades, señor. ¡Qué quiere..., el buen Dios provee! Tengo dos vacas, mi hija y yo espigamos en la siega, en invierno vamos al bosque y, en fin, por las noches, hilamos. Desde luego no sería conveniente tener siempre un invierno como el pasado. Debo setenta y cinco francos al molinero, por harina. Afortunadamente, es el molinero del señor Benassis... ¡El señor Benassis, ése sí es un amigo del pobre! Jamás ha pedido a nadie lo que le debían, y no empezará por nosotros... Además, nuestra vaca ha parido un ternero, y eso siempre nos aliviará un poquitín.

Los cuatro huérfanos, para quienes todas las protecciones humanas se resumían en el cariño de aquella vieja campesina, habían acabado por zamparse las ciruelas. Aprovecharon la atención con que su madre miraba al oficial mientras hablaba, y se reunieron en cerrada columna para hacer saltar una vez más el pestillo de la puerta que les separaba del buen montón de ciruelas. Y allá fueron, no como los soldados franceses que marchan al asalto, sino silenciosos como alemanes, impulsados por una glotonería ingenua y ruda:

—¡Ah, bribonzuelos! ¿Queréis acabar de una vez?

La vieja se levantó, cogió al más rollizo de los cuatro, le aplicó un leve azote en la nalga y lo echó afuera. El pequeño no lloró, y los otros se quedaron turulatos.

—Sí le dan trabajo, sí...

—¡Oh, no, señor!

—Pero huelen las ciruelas. Si les dejara solos un momento reventarían.

—¿Les quiere?

Al oír esta pregunta, la anciana levantó la cabeza, miró al soldado con gesto dulcemente burlón y respondió:

—¿Si los quiero? Ya he devuelto tres —añadió suspirando—. No los tengo más que hasta los seis años.

—¿Y dónde está el suyo?

—Lo perdí.

—¿Qué edad tiene, entonces?

—Treinta y ocho años, señor. Para el próximo San Juan hará dos años que murió mi hombre.

Acabó de vestir al pequeño malucho, quien pareció agradecerse con una mirada pálida y tierna.

—¡Qué vida de abnegación y de trabajo! —pensó el jinete.

Bajo aquel techo, digno del establo en que nació Jesucristo, se cumplían alegremente y sin orgullo los más arduos deberes de la maternidad. ¡Qué corazones sepultados en el más profundo olvido! Los soldados, mejor que los demás hombres,

saben apreciar la grandeza que hay en lo sublime en zuecos, en el Evangelio en harapos. En otros lugares se encuentra el Libro sagrado, el texto historiado, bordado, recortado, forrado en muaré, en seda, en raso; pero allí estaba ciertamente el espíritu del libro. Habría sido imposible no creer en alguna intención religiosa del cielo al ver a aquella mujer que se había hecho madre como Jesucristo se hizo hombre, que espigaba, sufría, se llenaba de deudas por niños abandonados y se engañaba en sus cálculos, sin querer reconocer que la arruinaba su deseo de ser madre. Viendo a esta mujer, había que admitir necesariamente algunas simpatías entre los buenos de aquí abajo y las inteligencias de allá arriba; de ahí que el comandante Genestas la mirase moviendo la cabeza.

—¿Es buen médico el doctor Benassis? —preguntó luego.

—Eso yo no lo sé, mi buen señor; pero sí sé que cura a los pobres sin cobrarles.

—Parece —repuso Genestas, como si hablara consigo mismo— que ese hombre es decididamente un hombre.

—¡Oh, sí, señor! Un hombre buenísimo. Ya lo creo. No hay casi nadie en el pueblo que no le encomiende en sus rezos de la noche y de la mañana.

—Tome esto para usted, madre —dijo el soldado dándole algunas monedas—. Y esto para los pequeños —añadió, entregándole un escudo—. ¿Estoy todavía lejos de la casa del doctor Benassis?

—No, mi querido señor; todo lo más una legua escasa. El comandante se fue, convencido de que todavía le faltaban dos leguas. Sin embargo, no tardó en divisar a través de algunos árboles un primer grupo de casas, y finalmente los tejados del pueblo agrupados alrededor de un campanario cónico cuyas pizarras se apoyaban en los ángulos del edificio por láminas de latón que centelleaban al sol. Este techado, de un original efecto, indica las fronteras de Savoya. Diversas casas, agradablemente situadas en la pequeña llanura o a lo largo del torrente, animan esta comarca bien cultivada, fortificado cada uno de sus flancos por las montañas, y sin salida aparente, A unos pasos del poblado enhiesto en la mitad de la subida y cara al mediodía, Genestas detuvo el caballo en una avenida de olmos, ante una bandada de chiquillos a quienes les preguntó por la casa del doctor Benassis. Los niños empezaron a mirarse unos a otros, y luego examinaron al forastero con el gesto con que los pequeños miran todo lo que ven por primera vez: tantas fisonomías, tantas curiosidades, tantos pensamientos distintos... Después, el más descarado, el más alegre de la pandilla, un muchachuelo de ojos vivos y pies desnudos y líenos de fango, le repitió, según la costumbre de los niños:

—¿La casa del doctor Benassis, señor?

Y añadió seguidamente:

—Yo le llevo.

Anduvo poniéndose delante del caballo, tanto por conquistar una especie de importancia acompañando a un forastero, como por una deferencia infantil, o bien para obedecer a la imperiosa necesidad de movimiento que a esa edad rige la mente y

el cuerpo. El oficial recorrió toda la calle principal del poblado, que era pedregosa, con sinuosidades, bordeada de casas hechas según el capricho de sus propietarios. Allá, un horno se adelantaba hasta la vía pública; aquí, una fachada se presentaba de perfil y la obstruía en parte; luego, un arroyo venido de la montaña la atravesaba con sus regatos. Genestas advirtió varias techumbres de barda negra, de bálago otras muchas, algunas de tejas y siete u ocho de pizarra, sin duda las del cura, el juez de paz y los principales del lugar. Era toda la negligencia de una aldea más allá de la cual no habría ya tierra, pareciendo no esperar nada ni tener nada; sus habitantes semejaban formar una misma familia excluida del movimiento social, y no estar ligada a él más que por el recaudador de impuestos o por imperceptibles ramificaciones. Unos pasos más adelante, Genestas vio en lo alto de la montaña una ancha cañada dominando la aldea. Seguramente existía un poblado viejo y otro nuevo. En efecto, de una ojeada al paraje donde moderó el andar del caballo, pudo fácilmente precisar casas bien construidas y cuyos tejados nuevos alegraban el antiguo burgo. En esas nuevas viviendas, rematadas por una avenida de árboles verdes todavía, oyó a trabajadores que cantaban, la trepidación de algunos talleres, rechinar de limas, martilleos, confusos ruidos de varias industrias. Observó la tenue humareda de las chimeneas caseras, y la más densa y ennegrecida de las fraguas del carretero, del cerrajero, del herrero... Finalmente, en la extremidad del poblado, adonde le dirigía su guía, Genestas percibió granjas distanciadas la una de la otra, campos bien labrados, plantíos perfectamente organizados y como un pequeño rincón de la Brie perdido en un vasto pliegue del terreno, cuya existencia, a primera vista, no había sospechado entre el poblado y las montañas que limitan la región.

El muchacho se detuvo, diciéndole:

—Esta es la puerta de *su* casa.

El oficial bajó del caballo y se enrolló la brida al brazo; luego, pensando que toda ayuda merece recompensa, sacó algunos sueldos de su faltriquera y los ofreció al pequeño, quien los cogió con asombro, abrió los ojos de par en par, no dio las gracias y se quedó donde estaba, para ver.

«En estas tierras la civilización está poco adelantada, la religión del trabajo se encuentra en pleno vigor y la mendicidad no ha penetrado todavía», pensó Genestas.

Más curioso que interesado, el guía del militar se apoyó en un alto muro que divide el patio de la casa, y en el que hay una verja de madera ennegrecida a cada lado de las pilastras de la puerta. Esa puerta, maciza en su parte inferior y un día pintada de gris, la rematan unas barras amarillas talladas en punta de lanza. Tales ornamentos, cuyo color ha pasado, describen una media luna en lo alto de cada batiente, y se juntan, como una enorme piña, cuando se cierra la puerta. Este portal, roído por la carcoma, está casi destruido por la acción alternativa del sol y la lluvia. Coronadas por algunos áloes y parietarias brotadas al azar, las pilastras ocultan los troncos de dos acacias *inermis* plantadas en el patio y cuyos copos verdes se elevan en forma de penachos. El estado de ese portal descubría en el propietario una

negligencia que pareció desagradar al oficial, quien frunció el entrecejo, como hombre obligado a renunciar a alguna ilusión. Estamos acostumbrados a juzgar a los demás a través de nosotros, y si los absolvemos complacientemente de nuestros defectos, los condenamos con severidad por no tener nuestras cualidades. Si el comandante se había hecho la idea de que el doctor Benassis era un hombre cuidadoso y metódico, ciertamente la puerta de su casa anunciaba una completa indiferencia en materia de propiedad. Un soldado enamorado de la economía doméstica, como lo era Genestas, debía, pues, llegar a la rápida comprensión de la vida y el carácter del desconocido a través de su portal; a lo que no llegó, a pesar de su circunspección. La puerta estaba entornada; ¡otra negligencia! A cuenta de esta confianza rústica, el oficial se introdujo tranquilamente en el patio, ató el caballo a los barrotes de la verja y, mientras anudaba la brida, un relincho llegó de una cuadra, hacia la cual volvieron sus ojos involuntariamente caballo y caballero; un viejo criado abrió la puerta, mostrando su cabeza cubierta con el bonete de lana roja habitual en la región y que se parece perfectamente al gorro frigio que se le encasqueta a la Libertad. Como había sitio para varios caballos, el buen hombre, después de preguntar a Genestas si quería ver al doctor Benassis, le ofreció para su caballo la hospitalidad de la cuadra, mirando con una expresión de ternura y admiración al animal, pues era muy hermoso. El comandante siguió al caballo para ver dónde y cómo estaría. La cuadra era limpia, abundaba la paja y los dos caballos de Benassis tenían esa estampa feliz que deja reconocer entre todos los caballos el caballo de un cura. Una sirvienta, llegando del interior de la casa a la escalinata, parecía esperar oficialmente las preguntas del forastero, a quien el mozo de cuadra había informado, pues el doctor Benassis había salido.

—Nuestro amo ha ido al molino —le dijo—. Si quiere encontrarle allí, no tiene más que seguir el sendero que lleva al prado; el molino está al fondo.

Genestas prefirió ver la comarca que esperar indefinidamente el regreso de Benassis, y se dirigió hacia el molino. Cuando hubo pasado la línea desigual que traza el poblado sobre el flanco de la montaña, contempló el valle y el molino y vio uno de los más deliciosos paisajes que hasta entonces había visto.

Detenido por la base de las montañas, el río forma un pequeño lago, en cuyas orillas se elevan los picos escalonadamente, dejando adivinar sus numerosos valles por las diferentes tonalidades de la luz o por la pureza más o menos intensa de sus aristas cargadas de abetos negros. El molino, recientemente construido en el sitio por donde el torrente cae en el pequeño lago, tiene el encanto de una casa aislada que se oculta entre las aguas y bajo las copas de numerosos árboles acuáticos. Al otro lado del río, en el regazo de una montaña entonces con la cima débilmente iluminada por los rayos rojos del sol poniente, Genestas vislumbró una docena de chozas abandonadas, sin ventanas ni puertas; sus deterioradas techumbres presentaban boquetes bastante grandes. Las tierras de los alrededores formaban campos perfectamente labrados y sembrados; sus antiguos huertos, convertidos en praderas,

estaban regados por irrigaciones dispuestas con tanto arte como en el Limousin. El comandante se detuvo maquinalmente para contemplar los restos de ese poblado.

¿Por qué los hombres no miran sin una profunda emoción todas las ruinas, incluso las más humildes? Sin duda porque son para ellos una imagen de la desgracia cuyo peso es sentido tan diversamente. Los cementerios hacen pensar en la muerte, un poblado abandonado hace pensar en las penas de la vida; la muerte es una desgracia prevista, y las penas de la vida son infinitas. ¿No es el infinito el secreto de las grandes melancolías? El oficial había llegado a la pedregosa calzada del molino sin haberse podido explicar el abandono de esa aldea, y preguntó por el doctor Benassis a un mozo del molino que estaba sentado sobre sacos de trigo a la puerta de la casa.

—El doctor Benassis ha ido allí —contestó el molinero señalando una de las chozas arruinadas.

—¿Se quemó este poblado? —preguntó el comandante.

—No, señor.

—¿Por qué está así entonces?

—¿Por qué? —respondió el molinero encogiéndose de hombros y entrando en la casa—. El doctor se lo dirá.

El oficial pasó por una especie de puente hecho con grandes piedras entre las cuales pasa el torrente, y no tardó en llegar a la choza indicada. La paja de la techumbre de ese hogar estaba todavía entera, llena de musgo, pero sin agujeros, y las cerraduras parecían en buen estado. Al entrar, Genestas vio fuego en la chimenea, en cuya esquina había una anciana arrodillada ante un enfermo sentado en una silla, y un hombre en pie, de cara al hogar. El interior de la casucha era una sola habitación alumbrada por una ruin pantalla de tela. El suelo era de tierra batida. La silla, una mesa y un camastro componían todo el mobiliario. Jamás el militar había visto nada tan simple ni tan desnudo, ni siquiera en Rusia, donde las cabañas de los mujiks parecen madrigueras. Aquí, nada atestiguaba las cosas de la vida, no había ni siquiera el menor utensilio necesario para la preparación de los más ordinarios alimentos. Hubiérase dicho la caseta de un perro sin su escudilla. De no ser por el camastro, una harapienta prenda de vestir colgada de un clavo y unos zuecos llenos de paja, única ropa del enfermo, esa choza habría parecido tan desierta como las otras. La mujer arrodillada, campesina muy vieja, se esforzaba en sujetar los pies del enfermo en un barreño lleno de agua. Al distinguir unos pasos que por el ruido de las espuelas resultaba insólito para oídos acostumbrados al monótono andar de las gentes del campo, el hombre se volvió hacia Genestas, demostrando una especie de sorpresa, compartida por la vieja.

—No tengo necesidad —dijo el militar— de preguntar si es usted el doctor Benassis. Forastero e impaciente por verle, me excusará por haber venido a buscarle a su campo de batalla en vez de esperarle en su casa. No se moleste, continúe su trabajo. Cuando haya terminado, le diré el objeto de mi visita.

Genestas se sentó a medias en el borde de la mesa y guardó silencio. El fuego expandía en el interior de la choza una claridad más viva que la del sol, cuyos rayos, quebrados por las crestas de las montañas, no pueden llegar nunca a esta parte del valle. Al resplandor del fuego, hecho con algunas ramas de abeto resinoso que mantenían una llama brillante, el militar distinguió el rostro del hombre al que un secreto interés le impelía a buscar, a estudiar, a conocer perfectamente. El doctor Benassis, el médico del cantón, permaneció cruzado de brazos, escuchó fríamente a Genestas, le devolvió su saludo y se volvió hacia el enfermo, sin creerse objeto de un examen tan serio como lo era el del militar.

Benassis era de estatura corriente, pero ancho de espaldas y de pecho. Una amplia levita verde, abotonada hasta el cuello, impidió al oficial captar los detalles tan característicos de este personaje o de su porte; pero entre la sombra y la inmovilidad en que permaneció el cuerpo, sirvió para destacar el rostro, vivamente iluminado en ese instante por el reflejo de las llamas. Ese hombre tenía un rostro semejante al de un sátiro: la misma frente ligeramente combada, aunque con prominencias más o menos significativas; la misma nariz arremangada, espiritualmente hendida en el extremo, y los mismos salientes pómulos. La boca era sinuosa, y los labios carnosos y rojos. El mentón se alzaba bruscamente. Los ojos, castaños y animados por una viva mirada a la que el nacarado color de la córnea prestaba gran fulgor, expresaban pasiones amortiguadas. El cabello, un tiempo negro y ahora gris; los profundos surcos del rostro y sus espesas cejas ya blancas; su nariz, bulbosa ya y venosa; su tez, amarillenta y jaspeada de manchas rojas...; todo anunciaba los cincuenta años y los rudos trabajos de su profesión. El oficial sólo pudo suponer el volumen de la cabeza, cubierta por una gorra, pero aun tapada, le pareció una de las proverbialmente llamadas *cabezas cuadradas*. Acostumbrado, por las relaciones que tuvo con los hombres enérgicos que buscaba Napoleón, a distinguir los rasgos de las personas destinadas a algo grande, Genestas barruntó algún misterio en aquella vida oscura, y se dijo viendo su rostro extraordinario:

«¿Por qué azar se habrá quedado en médico rural?».

Después de observar seriamente esa fisonomía, la cual, a pesar de sus analogías con los demás rostros humanos, revelaba una secreta existencia en desacuerdo con sus aparentes vulgaridades, compartió necesariamente la atención que el médico dedicaba al enfermo, y el mirar al enfermo cambió completamente el curso de sus reflexiones.

A pesar de los innumerables espectáculos vistos en su vida militar, el viejo soldado de caballería sintió un movimiento de sorpresa acompañado de horror al distinguir un rostro humano en el que el pensamiento no habría brillado nunca, lívida faz en la que el sufrimiento aparecía infantil y silencioso, como en la cara de un niño que no sabe aún hablar y no puede gritar más; el rostro, en fin, completamente animal de un viejo cretino moribundo. El cretino era la única variedad de la especie humana que el jefe de escuadrón todavía no había visto. Ante el aspecto de una frente cuya

piel era un gran pliegue redondo, de dos ojos semejantes a los de un pescado hervido, de una cabeza llena de una pelusa enfermiza a la que le faltaba el sustento, cabeza enteramente deprimida y carente de órganos sensitivos, ¿quién no habría experimentado, lo mismo que Genestas, un sentimiento de asco involuntario por una criatura que no tenía las gracias del animal ni los privilegios del hombre, que jamás había poseído razón ni instinto, ni nunca había oído ni hablado ninguna clase de lenguaje? Viendo llegar a ese pobre ser al término de una carrera que no era la vida, parecía difícil concederle un pesar; sin embargo, la vieja le contemplaba con conmovedora inquietud, y pasaba sus manos sobre la parte de las piernas que el agua caliente no había bañado con tanto afecto como si hubiese sido su marido. El mismo Benassis, tras examinar ese rostro muerto y esos ojos sin luz, cogió dulcemente la mano del cretino y le tomó el pulso.

—El baño no surte efecto —dijo meneando la cabeza—. Volvamos a acostarle.

Tomó él mismo aquella masa de carne, la transportó al camastro, del que sin duda acababa de sacarla, y tendió cuidadosamente el cuerpo, alargando las piernas, casi frías ya, y colocando manos y cabeza con las atenciones que podría tener una madre por su hijo.

—No hay nada que hacer, va a morir —añadió Benassis, permaneciendo en pie al lado del camastro.

La vieja, apoyándose las manos en las caderas, miró al moribundo dejando escapar algunas lágrimas. El mismo Genestas quedóse silencioso, sin poder explicarse cómo la muerte de un ser tan poco interesante le causaba tanta impresión. Compartía instintivamente ya la ilimitada compasión que esas desgraciadas criaturas inspiran en los valles privados de sol y adonde les ha arrojado la naturaleza. Este sentimiento, degenerado en superstición religiosa en las familias a las que pertenecen los cretinos, ¿no deriva de la más bella de las virtudes cristianas, la caridad, y de la fe, más firmemente útil al orden social, la idea de las recompensas futuras, la única que nos hace aceptar nuestras miserias? La esperanza de merecer la felicidad eterna ayuda a los parientes de esos pobres seres y a quienes los rodean a ejercer en grande los cuidados de la maternidad en su sublime protección incesantemente otorgada a una criatura que al principio no la comprende y que más tarde la olvida. ¡Admirable religión! Ella ha dispuesto los socorros de una ciega beneficencia junto a un ciego infortunio. Donde hay cretinos, el pueblo cree que la presencia de un ser de esta especie reporta felicidad a la familia. Esa creencia sirve para hacer dulce una vida que en las ciudades estaría condenada a los rigores de una falsa filantropía y a la disciplina de un hospicio. En el valle superior del Isère, donde abundan, los cretinos viven al aire libre con los rebaños que se les enseña a guardar. Al menos son libres y respetados como debe serlo la desgracia.

Desde hacía un rato, la campana de la aldea tañía intermitentemente para anunciar a los fieles la muerte de uno de ellos. Viajando por el espacio, este pensamiento religioso llegaba debilitado a la choza, expandiendo una dulce melancolía. Se oyeron

pisadas en el camino, anunciando grupos, no obstante su silencio. Luego entonaron los cánticos de la Iglesia, despertando las confusas ideas que asaltan a las almas más incrédulas, obligadas a ceder ante las conmovedoras armonías de la voz humana. La Iglesia acudía en socorro de aquella criatura que la desconocía en absoluto. Apareció el cura, precedido por la cruz sostenida por un monaguillo, seguido del sacristán que llevaba el agua bendita y de una cincuentena de mujeres, de viejos y niños, llegados todos para unir sus oraciones a las de la Iglesia. El médico y el militar se miraron en silencio y se retiraron a un rincón para dejar sitio al gentío, que se arrodilló dentro y fuera de la cabaña. Durante la consoladora ceremonia del viático, celebrada para esa criatura que nunca había pecado, pero al que el mundo cristiano daba su adiós, la mayoría de esos silvestres rostros expresaron un sincero enternecimiento. Algunas lágrimas rodaron por las rudas mejillas agrietadas por el sol y quemadas por la intemperie. Ese sentimiento de parentesco voluntario era del todo simple. No había nadie en la comunidad que no hubiese compadecido a aquel pobre ser, que no le hubiese dado su pan cotidiano. ¿Acaso no había encontrado un padre en cada niño y una madre en la más risueña niña?

—Ha muerto —dijo el cura.

Estas palabras provocaron la más viva consternación. Encendieron los cirios. Muchas personas quisieron pasar la noche junto al cadáver. Benassis y el militar salieron. En la puerta, algunos campesinos detuvieron al médico para decirle:

—¡Ah, señor alcalde...! Si usted no lo ha salvado, sin duda Dios ha querido llevárselo a su lado.

—He hecho cuanto he podido, hijos míos —respondió el doctor—. Usted no podría imaginar —dijo a Genestas cuando estuvieron unos pasos lejos de la aldea abandonada, cuyo último habitante acababa de morir— cuántos auténticos consuelos encierra para mí la palabra de esos campesinos. Hace diez años estuve a punto de ser lapidado en esta aldea hoy desierta, pero entonces habitada por treinta familias.

Genestas le interrogó con los ojos y con el ademán, vivamente, y el médico, mientras andaban, le contó la historia a cuyo principio acababa de aludir.

—Señor, cuando vine a establecerme aquí encontré en esta parte del cantón una docena de cretinos —dijo el médico, volviéndose para señalar al oficial las casas arruinadas—. La situación de este lugarejo en una hondonada sin corrientes de aire, junto al torrente cuya agua proviene de las nieves derretidas, privado de los beneficios del sol, que sólo calienta la cumbre de la montaña..., todo favorece la propagación de esta espantosa enfermedad. Las leyes no prohíben la unión de esos desgraciados, protegidos aquí por una superstición cuya potencia me era desconocida, que primero condené y luego he admirado. El cretinismo se habría, pues, extendido desde aquí hasta el valle. ¿No era rendir un gran servicio al país el atajar ese contagio físico y mental? A pesar de su urgencia, el beneficio conseguido podía costar la vida a quien se empeñara en operarlo. Aquí, como en las demás esferas sociales, para realizar el bien era preciso chocar, no ya con intereses, sino cosa más peligrosa de

manejar, con ideas religiosas convertidas en superstición, que es la forma más indestructible de las ideas humanas. A mí no me asustó nada. Para empezar, solicité el puesto de alcalde del distrito, y lo obtuve; luego, después de recibir la aprobación verbal del prefecto, conseguí que de noche y mediante dinero algunas de esas desgraciadas criaturas las llevaran a Aiguebelle, en Savoya, donde, puesto que hay muchas, serían bien tratadas. Tan pronto como fue conocido este acto de humanidad, me convertí en el horror del pueblo. El cura predicó contra mí. A pesar de mis esfuerzos para explicar a las mentes más claras del poblado lo importante que era la expulsión de esos cretinos y de los servicios gratuitos que prestaba a los enfermos de la comarca, me dispararon con un fusil en un recodo del bosque. Fui a ver al obispo de Grenoble y le pedí el cambio de cura. Monseñor fue lo bastante bueno para permitirme que eligiese yo mismo un sacerdote que pudiera asociarse a mis obras, y tuve la fortuna de hallar uno de esos seres que parecen llovidos del cielo. Proseguí en mi empresa. Después de haber trabajado las mentes, deporté de noche a otros seis cretinos. En esta segunda tentativa, tuve por defensores algunos de mis favorecidos y a los miembros del consejo, a los que toqué por el lado de la avaricia, demostrándoles lo costoso que era el sostenimiento de aquellos pobres seres, y cuánto más provechoso resultaba para el poblado convertir en comunales las tierras poseídas por ellos sin título de propiedad. Tuve de mi lado a los ricos; pero los pobres, las viejas, los niños y algunos obstinados, siguieron siéndome hostiles. Por desgracia, mi último rapto se hizo de manera incompleta. El cretino que usted acaba de ver no había regresado a su casa, por lo que no se le cogió; y así se encontró al día siguiente como el único de su especie en la aldea donde habitaban aún algunas familias cuyos miembros, casi imbéciles, estaban cuando menos exentos de cretinismo. Quise acabar mi obra y vine de día, oficialmente vestido, para arrancar a ese desgraciado de su tugurio. Mi intención la adivinaron en el instante en que salí de mi casa; los amigos del cretino se me adelantaron, y encontré ante su choza un grupo de mujeres, de niños y de viejos que me saludaron, con injurias acompañadas de una granizada de piedras. En aquel tumulto, en medio del cual iba sin duda a perecer víctima de la embriaguez que se apodera de una masa exaltada por los gritos y la agitación de sentimientos expresados en común, ¡fui salvado por el cretino! Ese desdichado salió de su cabaña, hizo oír su farfuleo, y apareció como el jefe supremo de los fanáticos. A su aparición, los gritos cesaron. Tuve la idea de proponer una transacción, y pude explicarla valiéndome de la calma que tan felizmente se había producido. Los que aprobaban mi obra no osarían apoyarme en aquellas circunstancias, su sostén sería puramente pasivo, pues aquellas gentes supersticiosas habían de velar con la mayor actividad para la conservación de su último ídolo, por lo que me pareció imposible privarles de su ferviente deseo. Prometí, pues, dejar al cretino en paz en su casa, bajo la condición de que nadie se aproximaría a ella, que las familias del poblado portearían el agua e irían a alojarse a la aldea, en casas nuevas que yo me encargaba de construirles, añadiéndoles terrenos cuyo precio debía reembolsarme más tarde el

municipio. Pues bien, mi estimado señor, necesité seis meses para vencer las resistencias que encontró la ejecución de ese trato, por ventajoso que fuera para las familias de este villorrio. El cariño de las gentes del campo por sus cuchitriles es un hecho inexplicable. Por insalubre que sea su choza, un campesino se apega más a ella que un banquero lo está a su mansión. ¿Por qué? No lo sé. Tal vez la fuerza de los sentimientos es pareja a su singularidad. Tal vez el hombre que vive poco con el pensamiento, lo hace mucho con las cosas, y cuanto menos posee, sin duda tanto más las ama. Acaso sucede con el campesino lo mismo que con el prisionero...; no desperdiga las fuerzas de su alma, sino que las concentra en una idea única, llegando entonces a una gran energía de sentimientos. Perdone estas reflexiones a un hombre que raramente renueva sus pensamientos. Por lo demás, no crea usted que me haya ocupado en ideas vagas. Aquí todo debe ser práctica y acción. Sin embargo, cuantas menos ideas tienen estas pobres gentes, tanto más difícil resulta hacerles comprender sus verdaderos intereses. Por lo tanto, me he resignado a todas las minucias de mi empresa. Cada uno de ellos me decía lo mismo, una de esas cosas llenas de sentido común, y que no admiten respuesta: «¡Ah, señor, sus casas no están aún construidas!». «Bueno —les respondía—, prometí ir a habitarlas en cuanto estén terminadas». Por fortuna, señor, logré que se tomara la decisión de que nuestro poblado fuera propietario de toda la montaña a cuyo pie se encuentra la aldea actualmente abandonada. El valor de los bosques de las alturas bastó para pagar el precio de los terrenos y el de las casas prometidas, las cuales se construyeron. Cuando una sola de mis recalcitrantes familias fue alojada en una de ellas, las demás no tardaron en seguirla. El bienestar que resultó de este cambio fue demasiado sensible para no ser apreciado por quienes se aferraban más supersticiosamente a su aldea sin sol, que es tanto como decir sin alma. La conclusión de este asunto, la conquista de los bienes comunales, cuya posesión me fue confirmada por el Consejo de Estado, me hizo adquirir una gran influencia en el cantón. Pero ¡cuántos cuidados y afanes! Yo sólo conocía la distancia del poblado a la prefectura, de donde nada sale, y de la prefectura al Consejo de Estado, donde nada entra... En fin, paz a las potencias de la tierra, pues ya es bastante con que cediesen a mis importunaciones. ¡Si supiera el bien producido por una firma estampada despreocupadamente...! Señor, dos años después de haber intentado cosas tan pequeñas y de haberlas rematado, todas las familias pobres de mi comunidad poseían cuando menos dos vacas, y las llevaban a pacer en la montaña, donde, sin esperar la autorización del Consejo de Estado, yo había practicado irrigaciones transversales semejantes a las de Suiza, la Auvernia y el Limousin. Con gran sorpresa suya, los habitantes del poblado vieron nacer excelentes praderas y obtuvieron una mayor cantidad de leche, gracias a la mejor calidad de los pastos. Los resultados de esta conquista fueron numerosos. Todos imitaron mis regadíos. Los prados, las bestias y todas las producciones, se multiplicaron. Desde entonces he podido, sin temor, emprender la mejora de este rincón de la tierra, todavía inculta, y civilizar a sus habitantes, hasta entonces

desprovistos de inteligencia. En fin, señor, nosotros los solitarios somos muy habladores; si se nos hace una pregunta, no se sabe jamás donde se detendrá la respuesta... Cuando llegué a este valle, su población era de setecientas almas; ahora hay dos mil. El asunto del último cretino me ha valido la estimación de todos. Después de mostrar constantemente a mis administrados mansedumbre y firmeza a la vez, me convertí en el oráculo del cantón. Lo hice todo para merecer la confianza sin solicitarla ni parecer desearla; yo trataba únicamente de inspirarles a todos el mayor respeto, por la rectitud con que supe cumplir todos mis compromisos, aun los más frívolos. Después de haber prometido cuidar del pobre ser que acaba de ver morir, velé por él mejor que lo hicieron sus precedentes protectores. Se le alimentó y cuidó como hijo adoptivo del municipio. Más tarde, los habitantes terminaron por comprender el servicio que les había prestado a pesar de ellos. Sin embargo, conservan todavía un resto de su antigua superstición, aunque estoy lejos de reprochárselo, pues su culto al cretino me ha servido de texto para inducir a quienes tenían inteligencia a ayudar a los desgraciados... Pero ya hemos llegado —dijo tras una pausa Benassis, al divisar el tejado de su casa.

En lugar de esperar de quien le escuchaba la menor frase de elogio o de agradecimiento, parecía haber cedido, al contar este episodio de su vida administrativa, a esa ingenua necesidad de expansión a que obedecen las personas retiradas del mundo.

—Doctor —le dijo el comandante—, me he tomado la libertad de meter mi caballo en su cuadra, y usted tendrá la bondad de excusarme cuando se entere del motivo de mi viaje.

—¿Cuál es? —le preguntó Benassis con el tono de quien abandona una preocupación y se acuerda de que su visitante es un forastero, pues, a consecuencia de su carácter franco y comunicativo, había acogido a Genestas como a un conocido.

—Señor —respondió el militar—, he oído hablar de la curación casi milagrosa del señor Gravier, de Grenoble, a quien usted albergó en su casa. Vengo con la esperanza de obtener los mismos cuidados, sin tener los mismos títulos para su benevolencia... Sin embargo, acaso la merezca. Soy un viejo militar al que antiguas heridas no dejan reposo; cuando menos necesitaré ocho días para diagnosticar el estado en que me encuentro, pues mis dolores solamente despiertan de cuando en cuando, y...

—Bien, señor —le interrumpió el doctor Benassis—; la habitación del señor Gravier sigue estando libre; venga usted...

Entraron en la casa, cuya puerta empujó el médico con una viveza que Genestas atribuyó al contento de tener un pensionista.

—Jacquotte —llamó Benassis—, el señor va a cenar aquí.

—Pero, señor —objetó el soldado—, ¿no sería más conveniente que ajustásemos el precio...?

—¿El precio de qué? —dijo el médico.

—De una pensión. Usted no puede mantenernos a mí y a mi caballo sin...

—Si es usted rico —respondió Benassis—, pagará bien; si no lo es, no quiero nada.

—Nada —dijo Genestas— me parece demasiado caro. Pero rico o pobre, ¿le parecerán bien diez francos por día, sin contar el precio de sus servicios?

—Nada me resulta tan desagradable como recibir un precio cualquiera por el placer de practicar la hospitalidad —replicó el médico frunciendo el ceño—. En cuanto a mis servicios, únicamente los tendrá si usted me agrada. Los ricos no podrían comprar mi tiempo, que pertenece a las gentes de este valle. No quiero gloria ni fortuna, ni pido a mis enfermos alabanzas ni agradecimiento. El dinero que usted me dé irá a los farmacéuticos de Grenoble en pago de los medicamentos más indispensables para los pobres del cantón.

Quien hubiese oído estas palabras, bruscamente dichas, pero sin amargura, habría murmurado interiormente, como Genestas: «¡Qué buena pasta de hombre!».

—Señor —respondió el militar con su tenacidad acostumbrada—, le daré, pues, diez francos por día, y usted hará con ellos lo que se le antoje. Convenido así, nos comprenderemos mejor —añadió, cogiendo la mano del médico y estrechándola con efusiva cordialidad—. A pesar de mis diez francos, comprobaré que no soy un árabe.

Tras esta pugna, en la cual no hubo por parte de Benassis el menor deseo de parecer generoso ni filántropo, el supuesto enfermo entró en la casa de su médico, donde todo concordaba con el descalabro de la puerta y el atuendo de su dueño. Los menores objetos atestiguaban la más profunda despreocupación por todo lo que no fuese de esencial utilidad. Benassis hizo pasar a Genestas a la cocina, el camino más corto para ir al comedor. Si la cocina, ahumada como la de un albergue, estaba provista de utensilios en suficiente número, este lujo se debía a Jacquotte, antigua sirvienta del cura, quien decía «nosotros» y reinaba como soberana en la vivienda del médico. Si había en la campana de la chimenea un calentador bien reluciente, era porque Jacquotte gustaba de acostarse bien calentita en invierno, y de rebote calentaba las sábanas de su amo, quien, según ella, no pensaba en nada; pero Benassis la había tomado por lo que, para cualquier otro, habría sido un defecto intolerable. Jacquotte quería dominar en la morada, y el médico quería encontrar una mujer que impusiera su autoridad en la casa. Jacquotte, pues, compraba, vendía, lo arreglaba y desarreglaba todo a su antojo, lo acomodaba, cambiaba y desplazaba a su gusto, sin que jamás su amo le hiciera la menor observación. Y así, Jacquotte administraba también sin control el corral, la cuadra, la cocina, la casa, el jardín, y disponía del criado y hasta del dueño. Por su propia autoridad se cambiaba la lencería, se hacía la colada y se almacenaban las provisiones. Ella decidía la entrada en la casa y la matanza de los cerdos, reñía al jardinero, disponía qué platos se servirían en la comida y en la cena, iba de la bodega al granero y lo arrollaba todo sin hallar nada que se le resistiera. Benassis sólo había querido dos cosas: cenar a las seis y no gastar más que cierta suma por mes. Una mujer a la que todo la obedece, canta siempre, y

por eso, Jacquotte reía, distribuía sus gorgoritos y canturreaba cuando no cantaba y cantaba cuando no canturreaba. Naturalmente limpia, tenía la casa limpia también. De haber sido diferente su inclinación, decía ella, el doctor Benassis hubiese sido muy desgraciado, pues el pobre era tan poco melindroso que se le podía hacer comer coles dándoselas por perdices, y sin ella habría ido muchas veces con la misma camisa durante ocho días. Pero Jacquotte era una infatigable planchadora, enceradora de muebles, amante de una limpieza muy eclesiástica, muy minuciosa, muy reluciente... Enemiga del polvo, sacudía, lavaba y pulía sin cesar. El estado de la puerta exterior le causaba mucha pena. Desde hacía diez años arrancaba de su amo, los primeros días de cada mes, la promesa de renovarla, de revocar los muros de la casa y de arreglarlo todo como era debido, sin que el señor hubiera cumplido aún su palabra. Así, cuando en alguna ocasión deploraba la terrible despreocupación de Benassis, raramente dejaba de pronunciar esta frase sacramental que cortaba de raíz todos los elogios de su amo:

—No puede decirse que sea corto de entendederas, pues hace casi milagros en el pueblo, pero a veces lo parece, y tanto, que hay que ponérselo todo en la mano, como a un niño...

Jacquotte quería la casa como si le perteneciera. Además, después de haber vivido en ella durante veintidós años, acaso tenía el derecho de hacerse esa ilusión... Al llegar al país, Benassis encontró en venta esta casa, a consecuencia del fallecimiento del cura, y lo había comprado todo, muros y terreno, muebles, vajilla, vino, gallinas, las viejas estampas y el caballo, y la sirvienta incluida. Jacquotte, modelo del género cocinero, tenía un busto rollizo, invariablemente envuelto en una indiana de color castaño salpicada de lunares rojos y ajustada de manera que la tela parecía fuese a reventar al menor movimiento. Se cubría la cabeza con un bonete redondo plisado, bajo el cual su rostro, un tanto fofo y de doble papada, parecía aún más blanco de lo que era. Pequeña, ágil, la mano ligera y gordezuela, Jacquotte hablaba en voz alta y continuamente. Si se callaba un instante y cogía una punta de su delantal para alzarlo triangularmente, el gesto anunciaba una larga amonestación dirigida al amo o al criado. De todas las cocineras del reino, Jacquotte era la más dichosa. Para hacer su felicidad tan completa como puede haberla en la tierra, su vanidad estaba siempre satisfecha, aceptándola el poblado como una autoridad mixta situada entre el médico y el guardia rural.

Al entrar en la cocina, el amo no encontró a nadie en ella.

—¿Dónde diablos se habrán ido? —dijo—. Perdóneme por introducirle aquí —prosiguió volviéndose hacia Genestas—. La entrada de honor es por el jardín, pero estoy tan poco acostumbrado a recibir gente que... ¡Jacquotte!

Al oírse ese nombre, proferido casi imperiosamente, una voz de mujer respondió desde el interior de la casa. Un momento después, Jacquotte tomó la ofensiva llamando a su vez a Benassis, quien fue en seguida al comedor.

—¡Ah! ¿Ya está usted aquí, señor? —dijo ella—. Nunca escarmentará. Siempre

invita gente a cenar sin prevenirme, y cree que todo está listo cuando grita «¡Jacquotte!». Supongo que no va a recibir a ese señor en la cocina.

¿No convendrá abrir el salón y encender fuego? Nicole está en casa y va a disponerlo todo. Mientras tanto, lleve a pasear al señor un rato por el jardín; eso le distraerá, y si le gustan las cosas bonitas, enséñele el jaral del difunto señor; así tendré tiempo de prepararlo todo, la cena, la mesa y el comedor.

—Sí, pero, Jacquotte —prosiguió Benassis—, este señor va a quedarse aquí. No olvides echar un vistazo a la habitación del señor Gravier, y poner sábanas, y...

—¿Es que ahora se ocupa de las sábanas usted? —replicó Jacquotte—. Si duerme aquí, yo sé de sobra lo que hay que hacer. Usted no ha entrado ni una sola vez en la habitación del señor Gravier en diez meses. Allí no hay nada que ver; está tan limpia como mis ojos... ¿Va a quedarse, pues, aquí ese señor? —añadió con tono suavizado.

—Sí.

—¿Por mucho tiempo?

—Eso todavía no lo sé. Pero a ti, ¿qué te importa todo eso?

—¿Qué me importa, qué me importa? ¡Pues ésta es buena! Y las provisiones, y todo, y...

Sin acabar el flujo de palabras con que, en cualquier otra ocasión, hubiera inundado a su amo para reprocharle su falta de confianza, le siguió a la cocina. Adivinando que se trataba de un pensionista, sintió impaciencia por ver a Genestas, a quien hizo una obsequiosa reverencia al tiempo que le examinaba de pies a cabeza. La fisonomía del militar tenía en aquel momento una expresión triste y meditabunda, imprimiendo cierta rudeza a su rostro, como si el diálogo de la criada y el amo le hubiese descubierto que el doctor era un hombre nulo, y lo sentía, por la elevada opinión que de él se había formado al admirar su persistencia en salvar aquella región de los males del cretinismo.

—No me hace mucha gracia ese forastero —dijo Jacquotte a su amo.

—Si usted no está fatigado, señor —dijo el médico a su supuesto paciente—, daremos una vuelta por el jardín antes de cenar.

—Con mucho gusto —respondió el comandante.

Atravesaron el comedor y entraron en el jardín por una especie de vestíbulo que daba a la escalera y separaba el comedor del salón. Esta pieza, cerrada por una gran puerta-ventana, comunicaba con la escalinata de piedra, ornamento de la fachada sobre el jardín. Dividido en cuatro grandes cuadros iguales por senderos bordeados de bojés que trazaban una cruz, el jardín lo remataba un bosquecillo de pequeñas aulagas que constituyó la felicidad del anterior propietario. El militar se sentó en un banco de madera carcomida, sin ver las parras, ni las espalderas, ni las legumbres que con tanta solicitud cuidaba Jacquotte a consecuencia de las aficiones del eclesiástico glotón a quien se debía el precioso huerto y que Benassis miraba con indiferencia.

Dejando la trivial conversación que había iniciado, el comandante dijo al médico:

—¿Cómo lo ha hecho usted para triplicar en diez años la población de este valle,

donde sólo había setecientos habitantes y ahora, según ha dicho, tiene más de dos mil?

—Es usted la primera persona que me ha hecho esta pregunta —respondió el médico—. Si he tenido por objetivo hacer que rinda plenamente este pequeño rincón de tierra, el ajetreo con que he vivido no me ha dado ocasión de pensar de qué manera he hecho en grande, como el hermano limosnero, una *sopa de guijarros*. El propio señor Gravier, uno de nuestros bienhechores, y a quien pude hacerle el servicio de curarle, no pensó en la teoría al recorrer conmigo nuestras montañas para ver el resultado de mis esfuerzos.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Benassis se puso a reflexionar, sin cuidarse de la aguda mirada con que su huésped trataba de penetrarle.

—¿Cómo se ha hecho eso? —prosiguió—. Pues naturalmente, en virtud de una ley social de atracción entre las necesidades que nos creamos y los medios de satisfacerlas. Todo radica en eso. Los pueblos sin necesidades son pobres. Cuando vine a establecerme aquí, había en el poblado ciento treinta familias de campesinos, y unos doscientos hogares en el valle. Las autoridades, en armonía con la miseria pública, se componían de un alcalde que no sabía escribir y de un adjunto, colono domiciliado lejos del municipio; de un juez de paz, pobre diablo que vivía de su asignación y dejaba que extendiese las actas del estado civil su escribano, otro desgraciado apenas en estado de comprender su oficio. Habiendo muerto a los setenta años el antiguo cura, acababa de sucederle el vicario, hombre sin instrucción. Esas gentes resumían la inteligencia del terruño y lo regían. En medio de esta bella naturaleza, chapoteaban en el fango y vivían de patatas y de lacticinios; los quesos, que la mayoría de ellos llevaban en cestillos a Grenoble o a los alrededores, eran los únicos productos que les proporcionaban algún dinero. Los más ricos o los menos perezosos sembraban alforfón para el consumo del poblado, y a veces cebada o avena, pero no trigo. El único industrial era el alcalde, quien poseía una serrería y compraba a bajo precio las talas de madera para venderla al menudeo. A falta de caminos, transportaba los árboles uno a uno, en primavera, arrastrándolos con gran esfuerzo por medio de una cadena sujeta al ronzal de sus caballos y terminada por un garfio de hierro enganchado en los troncos. Para ir a Grenoble, bien fuese a caballo o a pie, era preciso pasar por un ancho camino situado en lo alto de la montaña, puesto que el valle era impracticable. De aquí a la primera aldea que usted ha visto al llegar al distrito, el bonito camino por el que sin duda ha venido, era en todo tiempo una ciénaga. Ningún acontecimiento político, ninguna revolución había llegado a esta región inaccesible y completamente al margen del movimiento social. Sólo Napoleón había impreso en ella su nombre, como una especie de religión, gracias a dos o tres viejos soldados de la comarca que volvieron a sus hogares y quienes durante las veladas cuentan a estas gentes simples las fabulosas aventuras de ese hombre y de sus ejércitos. Antes de mi llegada, todos los jóvenes enrolados en el ejército se quedaban en él. Esto ya demuestra la miseria de la región, para que pueda excusarme de

hacerlo. Vea usted, pues, el estado en que se hallaba el distrito cuando yo me hice cargo de él, del que dependen varios municipios del otro lado de las montañas, bien cultivados, bastante dichosos y casi ricos. No le hablo de las chozas del poblado, verdaderos establos donde las bestias y las personas se hacinaban. No hallando albergue, me vi obligado a alojarme en la vivienda del vicario, quien provisionalmente vivía en esta casa, entonces en venta. De pregunta en pregunta, adquirí un conocimiento superficial de la deplorable situación de esta comarca, cuya agradable temperatura, excelente sol y productos naturales me habían maravillado. Y así, señor, traté de crearme una vida distinta de la que mis sufrimientos me habían impuesto. Se me metió en el corazón uno de esos pensamientos que Dios nos envía para hacernos aceptar nuestras desgracias. Resolví educar esta región como un preceptor educa a un niño. No lo atribuya a un instinto benéfico; estaba demasiado interesado en distraerme. Procuraba emplear el resto de mis días en alguna ardua empresa. Los cambios que se debían introducir en este distrito, que la naturaleza hacía tan rico y el hombre lo empobrecía, debían llenar toda una vida; me tentaron por la misma dificultad de realizarlos. Tan pronto estuve seguro de tener la casa rectoral y muchos terrenos baldíos por poco precio, me dediqué religiosamente al oficio de médico rural, el último de los que un hombre piensa ejercer en su país. Quise convertirme en el amigo de los pobres sin esperar de ellos la menor recompensa. No me he abandonado a ninguna ilusión, ni sobre el carácter de las gentes del campo, ni sobre los obstáculos con que se tropieza intentando mejorar a los hombres o las cosas. Yo no he hecho idilios ni églogas sobre mi gente; los he aceptado tal como son, pobres campesinos, ni enteramente buenos ni enteramente malos, a quienes un trabajo constante no les permite entregarse a los sentimientos, pero que a veces pueden sentir muy vivamente. En fin, he comprendido ante todo que no influiría sobre ellos sino mediante cálculos de interés y de bienestar inmediatos. Todos los campesinos son hijos de Santo Tomás, el apóstol incrédulo; quieren siempre hechos en apoyo de las palabras.

»Tal vez se ría usted de mi comienzo —prosiguió el médico después de una pausa—. Inicié esta obra difícil con una tejeduría de cestos. Estas pobres gentes compraban en Grenoble los moldes para hacer quesos y los cestos indispensables a su miserable comercio. Di la idea a un joven inteligente de tomar en arriendo, paralela al torrente, una larga franja de tierra que los aluviones enriquecen anualmente, y donde debía darse muy bien el mimbre. Una vez calculada la cantidad de cestería consumida por el distrito, fui a Grenoble en busca de cierto obrero sin recursos pecuniarios pero hábil operario. Cuando lo hallé, le decidí fácilmente para que viniera a establecerse aquí, prometiéndole adelantarle el precio del mimbre necesario, hasta que mi plantador de mimbres pudiese suministrárselos. Le persuadí de que vendiese sus cestos a precio más barato que los de Grenoble, a la vez haciéndolos mejores. Me comprendió. La mimbtería y la cestería constituían una especulación cuyos resultados no serían apreciados sino al cabo de cuatro años. Sin duda usted sabe que el mimbre

únicamente es bueno para el corte a los tres años. Durante su primera campaña, mi cestero vivió y halló sus provisiones a crédito. Pronto se casó con una mujer de Saint-Laurent-du-Pont que tenía algún dinero. Entonces se hizo construir una casa sana y bien aireada, cuyo emplazamiento escogí yo y sus distribuciones se hicieron según mis consejos. ¡Qué triunfo, amigo! Yo había creado una industria en este poblado, había traído un productor y algunos operarios. ¿Estimaré pueril mi júbilo...? Durante los primeros días del establecimiento de mi cestero, no había día que pasara yo ante su tienda sin que se me acelerasen los latidos del corazón. Y cuando en aquella casa nueva, con postigos pintados de verde y en cuya puerta había un banco, y haces de mimbre, vi una mujer aseada, bien vestida, amamantando un rollizo crío blanco y rosado en medio de obreros alegres, cantando, tejiendo sus cestos, y mandados por un hombre que tiempo atrás mal comía, cuando comía, y ahora le rebosaba el bienestar y la felicidad...; se lo confieso a usted: no podía resistir al placer de hacerme cestero durante un rato, entrando en la tienda para informarme de sus asuntos y embargándome un contento que no sabría describir. Me sentía colmado de gozo por la alegría de aquella gente y por la mía. La casa de ese hombre, el primero que creyó firmemente en mí, se convertía en toda mi esperanza. ¿No era el porvenir de esta mísera región lo que llevaba yo dentro de mí, como la mujer del cestero llevaba en el suyo su primera criatura...? Pero por mucho que empujara yo las cosas de frente, chocaba con otras ideas. Tropecé con una violenta oposición fomentada por el ignorante alcalde, a quien le había quitado el cargo y cuya influencia sucumbía ante la mía; quise hacer de él mi adjunto y el cómplice de mi beneficencia. Sí, señor; fue en su cabeza, la más dura de todas, donde intenté incrustar las primeras luces. Me consagré a mi hombre tanto por amor propio como por su interés. Durante seis meses cenamos juntos, y le capté a medias para mis planes de mejora. Muchas personas verían en esa amistad necesaria las más crueles desazones de mi tarea, pero ¿no era aquel hombre un instrumento, y el más precioso de todos? ¡Ay de quien desprecia su hacha o la maneja con indolencia! ¿No habría sido yo, por lo demás, hartamente inconsecuente si, queriendo mejorar la región, hubiese retrocedido ante la idea de mejorar a un hombre? El mejor recurso era abrir un camino. Si obteníamos del consejo municipal la autorización de construir un buen camino de aquí a la carretera de Grenoble, mi adjunto sería el primer beneficiado, pues en vez de arrastrar con los mayores esfuerzos sus árboles a través de los peores senderos, podría transportarlos fácilmente, emprender un gran comercio de maderas de toda clase, y ganar, no ya seiscientos mezquinos francos por año, sino buenas sumas que un día alcanzarían cierta fortuna. Convencido al fin, este hombre se convirtió en mi prosélito. Durante todo un invierno, mi antiguo alcalde fue a beber a la taberna con sus amigos, y consiguió demostrar a nuestros administrados que un buen camino vecinal sería una fuente de fortuna para la región, permitiendo a cada uno comerciar con Grenoble. Una vez votado por el consejo municipal el camino, obtuve del prefecto algún dinero de los fondos de caridad del departamento, a fin de pagar los transportes que el

poblado no podía emprender por falta de carretas. En fin, para terminar más rápidamente la gran obra y hacer apreciar inmediatamente los resultados a los ignorantes, quienes murmuraban contra mí diciendo que pretendía restablecer el obligatorio servicio feudal, llevé constantemente, de grado o por fuerza, durante todos los domingos del primer año de mi administración, a los habitantes del poblado, mujeres, niños e incluso viejos, a lo alto de la montaña donde yo mismo había trazado sobre un excelente suelo el gran camino que lleva de nuestra aldea a la carretera de Grenoble. Abundantes materiales bordeaban el emplazamiento del camino. Esta larga empresa me exigió mucha paciencia. Ahora, unos, ignorando las leyes, se negaban a la prestación natural; ahora, otros, a quienes faltaba el pan, no podían realmente perder una jornada; era, pues, preciso distribuir trigo a éstos, y luego ir a calmar a aquéllos con amistosas palabras. Sin embargo, cuando hubimos acabado los dos tercios de ese camino, que recorre aproximadamente dos leguas, los habitantes reconocieron tan bien sus ventajas, que el último tercio se remató con un ardor que me sorprendió. Enriquecí el futuro de la aldea plantando una doble hilera de álamos a lo largo de las cunetas. Hoy esos árboles valen ya una fortuna, y dan el aspecto de una carretera real a nuestro camino, seco siempre por su situación y tan bien hecho que su entretenimiento apenas cuesta doscientos francos al año. Se lo enseñaré, pues no ha podido verlo, ya que para venir, sin duda habrá tomado el camino de abajo, otra ruta que los habitantes quisieron hacer por su propia voluntad hace tres años, para enlazar con los establecimientos que se creaban entonces en el valle. Así, pues, el buen sentido público de esta aldea, en otro tiempo sin inteligencia, había adquirido ideas que cinco años antes un viajero tal vez habría desesperado de podérselas inculcar. La tienda de mi cestero era un ejemplo dado fructuosamente a esta pobre población. Si el camino debía ser la causa más directa de la futura prosperidad de la aldea, se necesitaba impulsar todas las primeras industrias a fin de fecundar los dos gérmenes de bienestar. Al tiempo que ayudaba al plantador de mimbres y al cestero, y construía asimismo mi camino, continuaba insensiblemente mi obra. Yo disponía de dos caballos, y el maderero, mi adjunto, tenía tres; invité, pues, a un herrero que sabía algo de veterinaria a venir aquí, prometiéndole mucho trabajo. El mismo día topé con un viejo soldado bastante apurado por su suerte y que por toda hacienda tenía cien francos de retiro y que sabía leer y escribir; le di el puesto de secretario de la alcaldía; por una feliz casualidad le encontré una mujer, y se realizaron sus sueños de felicidad. Amigo mío, hacían falta casas a esas dos nuevas familias, a la de mi cestero y a las veintidós que abandonaron el valle de los cretinos. Doce familias más, cuyos jefes eran trabajadores, productores y consumidores, vinieron a establecerse aquí: albañiles, carpinteros, plomeros, ebanistas, cerrajeros, cristalers, quienes tuvieron labor para mucho tiempo, pues ¿no habían de construirse su casa después de haber hecho las de los otros, y no traían obreros consigo? Durante el segundo año de mi administración fueron setenta las casas que se levantaron en la comunidad. Una producción exigía otra. Poblando la aldea, creaba necesidades nuevas, desconocidas

hasta entonces para aquellas pobres gentes. La necesidad engendra la industria, la industria el comercio, el comercio la ganancia, la ganancia un bienestar y el bienestar ideas útiles. Los diferentes obreros quisieron pan bien elaborado, y tuvimos un panadero. Pero el alforfón ya no podía ser el alimento de aquella población sacada de su degradante inercia y tornada esencialmente activa; yo la encontré comiendo pan de alforfón, y deseaba hacerla pasar primero al régimen de centeno o de comuña, y luego dar un día a los más pobres un trozo de pan blanco. Para mí, los progresos intelectuales estaban enteramente contenidos en los progresos sanitarios. Un carnicero anuncia en un lugar tanta inteligencia como riqueza. Quien trabaja, come, y el que come, piensa. Previendo el día en que sería necesaria la producción de trigo candeal, había examinado cuidadosamente la calidad de las tierras; estaba seguro de proporcionar a la aldea una gran prosperidad agrícola, y de doblar su población en cuanto se pusiera al trabajo. Había llegado el momento. El señor Gravier, de Grenoble, poseía en la comuna tierras de las que no sacaba ningún provecho, pero que podían convertirse en trigales. Como usted sabe, es jefe de negociado en la prefectura. Tanto por apego a su terruño, como vencido por mis importunidades, se había prestado ya muy complacientemente a mis exigencias; logré hacerle comprender que sin saberlo había trabajado él por sí mismo. Al cabo de muchos días de solicitudes, de conferencias, de presupuestos debatidos, y después de haber comprometido mi fortuna para garantizarle contra los riesgos de una empresa de la que su mujer, cerebro limitado, intentaba espantarle, consintió en construir aquí cuatro granjas de diez hectáreas cada una, y prometió adelantar las sumas necesarias para la roturación, la compra de semillas, los arados y demás instrumentos agrícolas, las bestias y el trazado de caminos de explotación. Por mi parte construí dos granjas, tanto por cultivar mis terrenos baldíos como para demostrar con el ejemplo los métodos útiles de la moderna agricultura. En seis semanas, la aldea aumentó en trescientos habitantes. Seis granjas en las que habían de alojarse varias familias, enormes roturaciones por realizar y labranzas que podían aplazarse llamaban a los operarios. Afluían carreteros, artesanos y peones. El camino de Grenoble estaba lleno de carretas que iban y venían. Fue un movimiento general en la región. La circulación del dinero hacía nacer en todo el mundo el deseo de ganarlo; había cesado la apatía, la aldea había despertado. Acabo en dos palabras la historia del señor Gravier, uno de los protectores de este cantón. A pesar de la desconfianza hartamente natural en un burgués provinciano hacia un hombre de despacho, bajo la fe de mis promesas adelantó más de cuarenta mil francos, sin saber si los recuperaría. Cada una de sus granjas está alquilada hoy por mil francos; los granjeros han llevado tan bien sus asuntos que cada uno de ellos posee cuando menos diez hectáreas de terreno, trescientos corderos, veinte vacas, diez bueyes, cinco caballos, y emplea más de veinte personas. Prosigo. En el curso del cuarto año se terminaron las granjas. Tuvimos una cosecha de trigo que pareció milagrosa a todos, tan abundante como podía serlo en un terreno virgen. ¡Cuántas veces temblé por mi obra durante ese año! La lluvia o la sequía podían

arruinarla, disminuyendo la confianza que ya tenían en mí. El cultivo del trigo requiere el molino que ha visto, el cual me produce alrededor de quinientos francos por año. Así los campesinos dicen, en su lenguaje, que soy hombre *de potra*, y creen en mí como en sus reliquias. Esas construcciones nuevas, las granjas, el molino, los plantíos y los caminos, han proporcionado trabajo a todas las personas de diversos oficios que yo atraje aquí. Aunque nuestros edificios representan bien los sesenta mil francos que desparramamos sobre la región, ese dinero nos fue devuelto con creces por las rentas que crean los consumidores. Mis esfuerzos no cesaban de animar esta industria naciente. Siguiendo mi consejo, vino a establecerse un hortelano jardinero en la aldea, donde yo predicaba a los más pobres que cultivaran árboles frutales, a fin de conquistar un día en Grenoble el monopolio de la venta de frutas. “Si lleváis quesos, les decía, ¿por qué no llevar aves, huevos, legumbres, caza, heno, paja, etc?”. Cada uno de mis consejos era la fuente de una fortuna, y todos los seguían, creándose así una multitud de pequeños establecimientos cuyos progresos, lentos al principio, fueron más rápidos de día en día. Todos los lunes salen ahora de la aldea para Grenoble más de sesenta carretas cargadas con nuestros diferentes productos, y se recoge más alforfón para mantener el averío del que se sembraba en otros tiempos para mantener a las personas. Al hacerse demasiado considerable, el comercio de la madera se ha subdividido. Desde el cuarto año de nuestra era industrial, hemos tenido comerciantes de leña para calefacción, de tarugos, de planchas y de cortezas, además de los carboneros. En fin, se han establecido cuatro nuevas serrerías de jácenas y de tablas. Al adquirir algunas ideas comerciales, el antiguo alcalde sintió la necesidad de saber leer y escribir. Ha comparado el precio de la madera en las diversas localidades y ha observado tales diferencias a favor de su explotación, que se ha procurado de cada pueblo nuevos clientes, y suministra en la actualidad a la tercera parte del departamento. Nuestros transportes han aumentado tan súbitamente que empleamos a tres carreteros y dos guarnicioneros, no teniendo menos de tres mozos cada uno de ellos. En fin, consumimos tanto hierro, que un herrero de ciudad se ha trasladado a la aldea, y se encuentra a sus anchas. El deseo de la ganancia desarrolla una ambición que ha impulsado a mis industriales a proyectarse de la aldea al distrito y del distrito al departamento, a fin de aumentar sus beneficios incrementando su venta. No tuve más que decirles una palabra para indicarles nuevos mercados; su buen sentido hizo el resto. Cuatro años habían bastado para cambiar el aspecto de esta aldea. Cuando vine a ella, no oí el menor grito, pero al empezar el quinto año, todo era viviente y animado. Los cantos alegres, el ruido de los talleres y los estrépitos sordos o agudos de las herramientas resonaban agradablemente en mis oídos. Veía ir y venir a una población activa agrupada en una aldea nueva, limpia, saneada, profusamente arbolada. Cada habitante tenía la conciencia de su bienestar y todos los rostros respiraban el contento que produce una vida útilmente ocupada.

—Esos cinco años constituyen, a mi parecer, la primera época de la vida próspera de nuestra aldea —prosiguió el médico tras una pausa—. Durante ese tiempo, yo

había desbrozado, haciendo germinar la buena semilla en los cerebros y en la tierra. El crecimiento progresivo de la población y de sus industrias no podía detenerse ya. Se preparaba una segunda época. Pronto este pequeño mundo deseó vestirse mejor. Nos llegaron un mercero, y con él un zapatero, un sastre y un sombrerero. Este comienzo de lujo nos valió un carnicero y un abacero, luego una comadrona, que me era muy necesaria, pues perdía yo un tiempo considerable en los partos. Los *roturados* dieron excelentes cosechas. Más adelante, la calidad superior de nuestros productos agrícolas se mantuvo con los abonos y los estercoleros debidos al crecimiento de la población. Mi empresa pudo entonces desarrollarse con todas sus consecuencias. Tras haber saneado las casas e inducido gradualmente a los habitantes a alimentarse y a vestirse mejor, quise que los animales participasen de ese comienzo de civilización. De los cuidados prestados a las bestias depende la hermosura de las razas y sus ejemplares, y por lo tanto la de los productos; así, pues, prediqué el saneamiento de los establos. Comparando el provecho que da una bestia bien alojada y bien almohazada con el escaso rendimiento de otra mal cuidada, hice insensiblemente cambiar el régimen del ganado de la aldea. Las vacas y los bueyes fueron cuidados, lavados y almohazados como lo son en Suiza y en Auvernia. Los rediles, las cuadras, las vaquerías, las lecherías y las granjas se reconstruyeron según el modelo de las mías y las del señor Gravier, las cuales son espaciosas, bien ventiladas y por lo tanto salubres. Nuestros granjeros eran mis apóstoles, y convertían pronto a sus discípulos, demostrándoles la bondad de mis preceptos con rápidos resultados. En cuanto a las personas que no tenían dinero, yo se lo prestaba, favoreciendo sobre todo a los comerciantes pobres, quienes servían de ejemplo. Siguiendo mis consejos, las bestias defectuosas, endebles o mediocres, fueron vendidas y reemplazadas por hermosos ejemplares. De esta forma, nuestros productos, en los mercados, al cabo de poco tiempo ganaron la partida a los de otros lugares. Tuvimos magníficos rebaños, los cuales proporcionaban excelentes cueros. Este progreso era de gran importancia. Vea usted por qué. Nada es fútil en economía rural. En otros tiempos, nuestras cortezas se vendían a precio vil y nuestros cueros no tenían un gran valor; pero una vez mejorados unas y otros, el río nos permitió construir molinos de batán, y vinieron curtidores, cuyo comercio aumentó rápidamente. El vino, antes desconocido en la aldea, donde sólo se bebía aguachirle, se convirtió naturalmente en una necesidad, estableciéndose tabernas. Luego, la más antigua de ellas fue ampliada, transformándose en albergue, y proporciona mulas a los viajeros que comienzan a utilizar nuestro camino para ir a la Gran Cartuja. Desde hace dos años tenemos un movimiento comercial lo suficientemente importante para hacer vivir a dos hosteleros. Al comienzo de la segunda época de nuestra prosperidad, murió el juez de paz. Afortunadamente para nosotros, su sucesor fue un antiguo notario de Grenoble, arruinado por una mala especulación, pero a quien quedaba aún suficiente dinero para ser rico en la aldea. El señor Gravier le decidió para que viniese aquí; se ha edificado una bonita casa, ha secundado mis esfuerzos con los

suyos, ha construido también una granja y roturado los brezales, y hoy es dueño de tres chalets en la montaña. Su familia es numerosa. Despidió al antiguo escribano y al ujier, reemplazándolos por personas mucho más instruidas y sobre todo más industriosas que sus predecesores. Estos dos nuevos matrimonios han creado una destilería y un lavadero de lanas, dos establecimientos sumamente útiles que los jefes de ambas familias dirigen al mismo tiempo que ejercen sus profesiones. Después de haber proporcionado rentas a la aldea, las empleé sin oposición en construir una alcaldía, en la cual dispuse una escuela gratuita y el alojamiento de un maestro de primera enseñanza. Para realizar esta importante función he escogido a un pobre cura juramentado, rechazado por todo el departamento, y que entre nosotros ha hallado un refugio para su vejez. La maestra es una digna señora arruinada que no sabía adonde ir, y para quien hemos conseguido la mejor suerte, pues acaba de fundar un pensionado de jóvenes al que los granjeros ricos de los alrededores comienzan a enviar a sus hijas. Señor, si he tenido el derecho de contar hasta aquí la historia de este pequeño rincón, hay un momento en el que el párroco Janvier, el nuevo cura, verdadero Fénelon reducido a las proporciones de un sacerdote, ha supuesto cuando menos la mitad en esta obra de regeneración: ha sabido dar a las costumbres de la aldea un espíritu dulce y fraternal que parece hacer de la población una sola familia. También Dufau, el juez de paz, aunque venido más tarde, merece el reconocimiento de los habitantes. Para resumirle nuestra situación con cifras más significativas que mis discursos, la comunidad posee hoy dos mil hectáreas de bosques y mil seiscientas de prados. Sin recurrir a impuestos adicionales, da doscientos escudos de paga suplementaria al cura, doscientos francos al guardia rural y otro tanto al maestro y a la maestra; tiene quinientos francos para la conservación de sus caminos y una cantidad similar para las reparaciones de la alcaldía, del presbiterio, de la iglesia y para algunos otros gastos. Dentro de quince años dispondrá de cien mil francos de madera de tala y podrá pagar sus contribuciones sin que cueste un céntimo a sus habitantes; será a buen seguro uno de los más ricos municipios de Francia. Pero, señor, ¿le aburro acaso? —dijo Benassis a Genestas, sorprendiendo a su auditor en actitud tan pensativa, que podía tomarse por la de un hombre que no prestase atención.

—¡Oh, no! —respondió el comandante.

—Señor —continuó el médico—, el comercio, la industria, la agricultura y nuestro consumo no eran locales. Al llegar a cierto volumen, nuestra prosperidad se habría detenido. Pedí una estafeta de correos, una tabaquería y una expendeduría de pólvora y de cédulas; convencí al recaudador de contribuciones, por los atractivos de la estancia y de nuestra nueva sociedad, para que abandonase el municipio en el que había preferido vivir hasta entonces, el cual era cabeza de partido del distrito; a su debido tiempo, cuando había despertado su necesidad, reclamé cada producción; hice venir familias y gentes industriosas, inculcándoles a todos el sentido de la propiedad; así, a medida que disponían de dinero, se iban roturando tierras; el pequeño cultivo y

los pequeños propietarios invadían y explotaban gradualmente la montaña. Los desgraciados que yo había encontrado aquí llevando a pie algunos quesos a Grenoble, ahora iban en carreta, llena de frutos, huevos, pollos, pichones y pavos. Todos habían prosperado insensiblemente. El peor librado era el que no tenía más que su huerto, sus legumbres y sus frutos para cultivar. En una palabra, como signo de prosperidad, nadie se amasaba el pan, para no perder tiempo, y los niños apacentaban los rebaños. Pero era preciso hacer durar este hogar industrial, metiéndole cada vez nuevas necesidades. La aldea no tenía aún una industria renaciente que pudiese mantener esta producción comercial y requerir grandes transacciones, un depósito y un mercado. No basta a un territorio no perder nada del volumen de dinero que posee y que constituye su capital; no se aumentará en absoluto su bienestar haciendo pasar, con más o menos habilidad, esa suma mediante el juego de la producción y el consumo, al mayor número posible de manos. No es ése el problema. Cuando un país está en pleno rendimiento y sus productos se equilibran con su consumo, es preciso, para crear nuevas fortunas y acrecentar la riqueza pública, hacer intercambios exteriores que puedan aportar un activo constante a su balanza comercial. Este pensamiento ha impulsado siempre a los Estados sin base territorial, como Tiro, Cartago, Venecia, Holanda e Inglaterra, a apoderarse del comercio de transporte. Yo busqué para nuestra pequeña esfera un pensamiento análogo, a fin de crear una tercera época comercial. Nuestra prosperidad, sensible apenas a los ojos de un extraño, pues nuestra cabeza de partido de distrito se parece a todas las demás, fue asombrosa para mí solo. Los habitantes, aglomerados insensiblemente, no han podido juzgar el conjunto, participando en el movimiento. Al cabo de siete años encontré a dos forasteros, los verdaderos bienhechores de esta aldea, a la que acaso metamorfoseen en villa. Uno es tirolés, de una destreza increíble, pues confecciona los zapatos para la gente del campo y los botines para los elegantes de Grenoble como ningún especialista de París los fabricaría. Pobre músico ambulante, de esos alemanes industriuosos que hacen la obra y la herramienta, la música y el instrumento, se detuvo en la aldea al llegar de Italia, país que había atravesado cantando y trabajando. Preguntó si había alguien que tuviese necesidad de calzado, lo enviaron a mi casa y le encargué dos pares de botas, cuyas formas hizo él mismo. Sorprendido por la maestría del extranjero, le interrogué, siendo muy precisas sus respuestas; sus modales, su rostro, todo me confirmaba en la buena opinión que me había formado de él; le propuse que se instalara en la aldea, prometiéndole favorecer su industria con todos mis medios, y puse a su disposición una cantidad bastante considerable de dinero. Aceptó. Yo tenía mi idea. Nuestros cueros habían mejorado notablemente, por lo que en cierto tiempo podíamos consumirlos nosotros mismos, fabricando calzado a precios modestos. Volvía a empezar, en mayor escala, el asunto de los cestos. La casualidad me ofrecía un hombre eminentemente hábil e industrioso, al que yo debía contratar para dar a la aldea un comercio productivo y estable. El calzado es uno de esos artículos de consumo que no se agota jamás, una fabricación cuya menor ventaja es rápidamente

apreciada por el consumidor. Tuve la fortuna de no equivocarme, señor. Hoy tenemos cinco tenerías que gastan todos los cueros del departamento e incluso a veces van a buscar material a la Provenza, poseyendo cada una su molino de batán. Pues bien, estas tenerías no bastan para suministrar el cuero necesario al tirolés, quien emplea no menos de cuarenta obreros... El otro hombre, cuya aventura no es menos curiosa, pero que para usted sería acaso fastidioso oír, es un simple campesino que ha encontrado los medios de fabricar a precio más barato que en cualquier otra parte los sombreros de grandes alas usados en el país, y los exporta no sólo a todos los departamentos vecinos, sino también a Suiza y a Savoya. Estas dos industrias, fuentes inagotables de prosperidad, si el cantón puede mantener la calidad de sus productos y su bajo precio, me han sugerido la idea de fundar aquí tres ferias anuales; el prefecto, asombrado de los progresos industriales de este distrito, me secundó para obtener el decreto real que las ha instituido. El año pasado han tenido lugar nuestras tres ferias, las cuales son ya conocidas hasta en Savoya con el nombre de la feria de los zapatos y la de los sombreros. Al enterarse de estos cambios, él pasante principal de un notario de Grenoble, joven pobre pero instruido y gran trabajador, a quien está prometida la señorita Gravier, fue a París para solicitar el establecimiento de una notaría, accediendo a su petición. No costándole nada su cargo, ha podido construirse una casa frente a la del juez de paz, en la plaza de la nueva aldea. Actualmente tenemos un mercado por semana, en el cual se verifican transacciones bastante considerables de ganado y de trigo. El año próximo nos vendrá sin duda un farmacéutico, luego un relojero, un mueblista y un librero y, en fin, las superfluidades necesarias a la vida. Es posible que acabemos por tomar el aspecto de una pequeña ciudad y por tener casas burguesas. La instrucción ha aumentado de tal modo que no hallé en el consejo municipal la más leve oposición cuando propuse reparar, ornamentar la iglesia, construir un presbiterio, abrir un hermoso terreno ferial, plantar árboles y determinar una alineación para obtener más tarde calles sanas, ventiladas y bien abiertas. Aquí tiene usted cómo hemos llegado a reunir mil novecientos hogares en vez de ciento treinta y siete, tres mil vacunos en lugar de ochocientos, y en vez de setecientos habitantes, dos mil en la aldea y tres mil si contamos los del valle. Hay en el municipio doce casas ricas, cien familias acomodadas y doscientas que prosperan. El resto trabaja. Todo el mundo sabe leer y escribir. En fin, tenemos diecisiete suscripciones a diferentes periódicos. Sin duda encontrará desgraciados en nuestro distrito, incluso estimo que demasiados, pero nadie mendiga, pues hay trabajo para todo el mundo. Me sirvo de dos caballos para correr cada día a ver a mis enfermos, puedo pasearme sin peligro y a cualquier hora en un radio de cinco leguas, y quien quisiera dispararme un tiro no viviría diez minutos. El cariño tácito de los habitantes es cuanto he ganado personalmente en estas transformaciones, aparte del placer de oír decir con alegría a todo el mundo cuando paso: «Buenos días, doctor Benassis». Bien comprenderá usted que la fortuna involuntariamente adquirida en mis granjas modelo es en mis manos un medio y no un resultado.

—Si en todas las localidades se le imitase, señor, Francia sería grande y podría burlarse de Europa —exclamó con exaltación Genestas.

—Pero hace ya más de media hora que le entretengo —dijo Benassis—. Es casi de noche; vamos a sentarnos a la mesa.

Del lado del jardínhuerto, la casa del médico presenta una fachada de cinco ventanas. Está compuesta de la planta baja y un piso, techo de tejas y varias buhardillas. Los postigos pintados de verde destacan sobre el tono grisáceo del muro, en el que, como adorno, una parra trepa hasta cerca del tejado y de un extremo al otro, en forma de friso. Al pie, a lo largo del muro, algunos rosales de Bengala vegetan tristemente, medio ahogados por el agua del alero, el cual no tiene canalones. Al entrar por el descansillo que hace de antesala, se encuentra a la derecha un salón con cuatro ventanas, dos que dan al patio y las otras dos al jardín. Este salón, objeto sin duda de muchas economías y esperanzas para el pobre difunto, tiene el piso de madera y tapicerías del siglo antepasado. Los grandes y amplios sillones de seda floreada, los antiguos candelabros dorados que adornan la chimenea, y los cortinajes de gran des borlas, anuncian la opulencia de que disfrutó el cura. Benassis había completado este mobiliario, no exento de carácter, con dos consolas de madera situadas una frente a la otra entre los dos antepechos de las ventanas y una caja de concha con incrustaciones de cobre que decoraba la chimenea. El médico ocupaba raramente esta pieza, la cual despedía el olor húmedo de las salas siempre cerradas. Aún se respiraba al difunto cura, y hasta el particular aroma de su tabaco parecía salir del rincón de la chimenea, donde tenía por costumbre sentarse. Las dos poltronas estaban simétricamente dispuestas a cada lado del hogar, en el que no se había encendido fuego desde la estancia del señor Gravier, pero donde lengüeteaban ahora a las claras llamas del abeto.

—Todavía hace frío al anochecer —afirmó Benassis—. Se ve con agrado el fuego.

Genestas, nuevamente pensativo, comenzaba a explicarse la despreocupación del médico por las cosas de la vida.

—Señor —le dijo—, tiene usted un alma verdaderamente ciudadana, y me extraña que después de haber realizado tantas cosas, no haya intentado ilustrar al gobierno.

Benassis se echó a reír, pero suavemente y con aire melancólico.

—Escribir algunas memorias sobre los medios de civilizar Francia, ¿no es eso? Antes que usted, el señor Gravier me lo dijo. Desgraciadamente, no se ilustra a un gobierno, y de todos los gobiernos, el menos susceptible de ser ilustrado es aquél que cree expandir sus luces. Sin duda que lo que nosotros hemos hecho por este municipio, todos los alcaldes deberían hacerlo por el suyo, el magistrado municipal por su villa, el subprefecto por el distrito, el prefecto por el departamento y el ministro por Francia, cada cual en la esfera en que actúa. Allá donde yo he persuadido que se construyera un camino de dos leguas, otro abriría una carretera y el

de más allá un canal; allí donde yo he alentado la fabricación de sombreros campesinos, el ministro libraría a Francia del yugo industrial extranjero impulsando algunas fábricas de relojería, ayudando a perfeccionar nuestros hierros, nuestros aceros, nuestras líneas o nuestros crisoles, a cultivar la seda o el pastel. En cuestiones de comercio, estímulo no significa protección. La verdadera política de un país debe tender a liberarlo de todo impuesto exterior, si el vergonzoso socorro de aduanas y prohibiciones. La industria no puede ser salvada sino por sí misma; la competencia es su vida. Protegida, se adormece; muere con el monopolio, como bajo las tarifas. El país que haga a todos los demás sus tributarios, será aquél que proclame la libertad comercial, pues la potencia manufacturera será capaz de mantener sus productos a precios más bajos que los de sus competidores. Francia puede alcanzar este objetivo mucho mejor que Inglaterra, puesto que sólo ella posee un territorio lo bastante extenso para sostener la producción agrícola a precios que mantengan la rebaja del salario industrial. A eso debería tender la administración francesa, ya que ahí reside todo el problema moderno. Mi querido señor, este estudio no ha sido la finalidad de mi vida; la tarea que tardíamente me he impuesto es accidental. Además, estas cosas son demasiado sencillas para que se labre con ellas una ciencia; no tienen nada de brillante ni teórico, y únicamente la desgracia de ser simplemente útiles. En fin, no se puede ir con precipitaciones. Para obtener un éxito de este género hay que encontrar cada mañana en sí la misma dosis del más raro valor, y en apariencia el más fácil: el del profesor que repite siempre las mismas cosas...; valor poco recompensado. Si saludamos con respeto al hombre que, como usted, ha derramado su sangre en un campo de batalla, nos burlamos de aquél que gasta lentamente la llama de su vida en decir las mismas palabras a niños de una misma edad. El bien, hecho oscuramente, no tienta a nadie. Nos falta esencialmente la virtud cívica con la cual los grandes hombres de los antiguos tiempos rendían servicios a la patria, retirándose a la última fila cuando ya no mandaban. La enfermedad de nuestra época es la superioridad; hay más santos que hornacinas. Y le diré por qué. Con la monarquía hemos perdido *el honor*; con la religión de nuestros padres, *la virtud cristiana*, y con nuestros infructuosos ensayos de gobierno, *el patriotismo*. Estos principios no existen sino parcialmente, en lugar de espolear a las masas, pues las ideas no perecen jamás. Ahora, para apuntalar a la sociedad, no disponemos de más sostén que *el egoísmo*. Cada individuo cree en él. El porvenir es el hombre social; no vemos nada más allá. El grande hombre que nos salvará del naufragio hacia el cual corremos, se servirá sin duda del individualismo para rehacer el país; pero, mientras esperamos esa regeneración, nos encontramos en el siglo de los intereses materiales y de lo positivo. Esta última palabra es la de todo el mundo. Todos estamos cifrados, no por lo que valemos, sino por lo que pesamos. Si lleva chaqueta, el hombre de energía obtiene apenas una mirada. Ese sentimiento ha pasado al gobierno. El ministro envía una mezquina medalla al marino que salva con peligro de su vida a una docena de hombres, y da la cruz de honor al diputado que le vende su voto. ¡Ay del país así

constituido! Las naciones, al igual que los individuos, no deben su energía más que a grandes sentimientos. Los sentimientos de un pueblo son sus creencias. En lugar de tener creencias, nosotros tenemos intereses. Si cada cual no piensa más que en sí, ni tiene fe sino en él, ¿cómo quiere encontrar mucho valor civil cuando la condición de esta virtud consiste en la renunciación de uno mismo? El valor civil y el valor militar proceden del mismo principio. El soldado está llamado a dar su vida de un solo golpe; la nuestra se nos va gota a gota. De cada lado, los mismos combates, bajo otras formas. No basta ser un hombre de bien para civilizar el más humilde rincón de la tierra, sino que se precisa además ser instruido; mas la instrucción, la probidad y el patriotismo no son nada sin la firme voluntad con que un hombre debe despegarse de todo interés personal para consagrarse a un pensamiento social. Ciertamente que Francia tiene más de un hombre instruido, más de un patriota por municipio, pero estoy seguro de que no existe en cada distrito un hombre que, a estas preciosas cualidades, una la voluntad constante, la pertinacia del herrero machacando el hierro. El hombre que destruye y el hombre que construye son dos fenómenos de voluntad; uno prepara y el otro acaba la obra; el primero aparece como el genio del mal, y el segundo parece el genio del bien; a uno corresponde la gloria y al otro el olvido. El mal posee una voz que restalla, que despierta las almas vulgares y las llena de admiración, mientras que el bien permanece por mucho tiempo mudo. El amor propio humano ha escogido pronto el papel más brillante. Una obra de paz, realizada sin ninguna intención oculta individual, no será nunca más que un accidente, hasta que la educación haya cambiado las costumbres de Francia. Y cuando así sea, cuando todos seamos conspicuos ciudadanos, ¿no nos convertiremos, a pesar de las satisfacciones de una vida trivial, en el pueblo más fastidioso, el más aburrido, el menos artista, el más desgraciado que haya sobre la faz de la tierra? No me toca a mí decidir sobre estos grandes problemas; yo no estoy a la cabeza del país. Aparte de estas consideraciones, otras dificultades se oponen aún a que la administración sustente principios exactos. En cuanto a civilización, señor, nada es absoluto. Las ideas que convienen a un país o comarca, son mortales para otro, y hay tantas inteligencias como lotes de tierra. Si tenemos tantos malos administradores, es porque la administración, como el gusto, procede de un sentimiento muy elevado, muy puro. En esto, el genio proviene de una tendencia del alma, y no de una ciencia. Nadie puede apreciar los actos ni los pensamientos de un administrador; sus verdaderos jueces están lejos de él, y los resultados más alejados todavía. Cada cual, por consiguiente, puede, sin peligro, llamarse administrador. En Francia, la especie de seducción que ejerce el ingenio nos inspira una gran estima por las personas de ideas; pero las ideas son bien poca cosa allá donde solamente se requiere voluntad. En definitiva, la administración no consiste en imponer a las masas ideas o métodos más o menos justos, sino en imprimir a las ideas malas o buenas de esas masas una dirección útil que las haga concordar con el bien general. Si los prejuicios y las rutinas de una comarca desembocan en un mal camino, los habitantes abandonan por

sí mismos sus errores. Todo error en economía rural, política o doméstica, ¿no incurre en pérdidas que el interés rectifica a la larga? Aquí, afortunadamente, yo encontré tabla rasa. Siguiendo mis consejos, la tierra se ha cultivado bien; pero no había ningún error en agricultura, y el terreno era bueno, por lo que me fue fácil introducir el cultivo en cinco rotaciones, los prados artificiales y la patata. Mi sistema agronómico no chocaba con ningún prejuicio. No se utilizaban ya malas rejas de arado, como en ciertas partes de Francia, la azada bastaba para las pocas labores que se efectuaban. El aperador estaba interesado en elogiar mis carretas para expender su mercancía, por lo que tenía en él un compadre. Pero en esto, como en todo, siempre he intentado hacer que convergiesen los intereses mutuos. Luego he pasado a producciones que interesaban directamente a pobres gentes, cuyo bienestar aumentaba. No he traído nada de fuera a dentro, sino que he secundado únicamente las exportaciones que debían enriquecerlas y cuyos beneficios eran directos. Esas gentes eran mis apóstoles por sus obras, y sin que se diesen cuenta. Otra consideración: sólo estamos a cinco leguas de Grenoble, y al lado de una gran ciudad hay buenos mercados para las producciones. No todos los municipios están a la puerta de las grandes ciudades. En cada asunto de este género, se precisa consultar el espíritu del país, su situación, sus recursos, estudiar el terreno, los hombres y las cosas, y no querer pedir peras al olmo. Así, pues, nada es más variable que la administración, la cual tiene pocos principios generales. La ley es uniforme; las costumbres, las tierras y las inteligencias no lo son; ahora bien, la administración es el arte de aplicar las leyes sin herir los intereses, por lo que todo es local. Al otro lado de la montaña, al pie de la cual yace nuestra aldea abandonada, resulta imposible labrar con arados de rueda, ya que el terreno no tiene bastante consistencia; pues bien, si el alcalde de ese municipio hubiese imitado nuestro sistema, habría arruinado a sus administrados, por lo que yo le aconsejé que plantase viñas y, en efecto, el año pasado esa pequeña comarca tuvo una excelente vendimia e intercambiamos su vino por nuestro trigo. En fin, yo tenía cierto crédito entre las gentes a las que predicaba, y estábamos constantemente en contacto. Curaba a mis campesinos sus enfermedades, tan fáciles de sanar, pues no se trata sino de fortalecerles con un alimento sustancioso. Bien sea por economía, o bien por miseria, las gentes del campo se alimentan tan mal que sus dolencias no provienen más que de su indigencia, y generalmente su salud es bastante buena. Cuando me decidí religiosamente a esta vida de oscura resignación, pensé durante mucho tiempo en hacerme cura, médico rural o juez de paz. No sin motivo, mi estimado señor, se unen proverbialmente las tres vestiduras negras, la del sacerdote, la del hombre de leyes y la del médico: uno vendar las heridas del alma, el otro las de la bolsa y el tercero las del cuerpo; ellos representan a la sociedad en sus tres principales fines de existencia: la consciencia, el dominio y la salud. Antes, el primero, y después el segundo, fueron el Estado. Quienes nos han precedido en la tierra pensaban, con razón acaso, que el sacerdote, disponiendo de ideas, debía constituir todo el gobierno: entonces fue rey, pontífice y juez, mas también entonces

todo era creencia y conciencia. Hoy todo ha cambiado; tomemos nuestra época tal y como es. Pues bien, yo creo que el progreso de la civilización y el bienestar de las masas dependen de esos tres hombres, son los tres poderes que hacen sentir inmediatamente al pueblo la acción de los hechos, de los intereses y de los principios, los tres grandes resultados producidos en una nación por los acontecimientos, por las propiedades y por las ideas. El tiempo sigue su curso y trae cambios, las propiedades aumentan o disminuyen, y es preciso regularlo todo siguiendo esas diversas mutaciones: de ahí los principios de orden. Para civilizar, para crear producciones, es preciso hacer comprender a las masas en qué concuerda el interés particular con los intereses nacionales, que se resuelven por los hechos, los intereses y los principios. Esas tres profesiones, correspondiendo necesariamente a estos resultados humanos, me ha parecido que deben ser hoy las más importantes palancas de la civilización; sólo ellas pueden ofrecer constantemente a un hombre de bien los medios eficaces para mejorar la suerte de las clases pobres, con las que tienen relaciones perpetuas. Pero el campesino escucha de mucho mejor grado al hombre que le prescribe una receta para salvar el cuerpo que al sacerdote que discurre sobre la salvación del alma; el primero puede hablarle de la tierra que cultiva, mientras que el otro está obligado a hablarle del cielo, del cual, en la actualidad, se preocupa desgraciadamente muy poco; y digo desgraciadamente porque el dogma de la vida futura no es sólo un consuelo, sino también un instrumento adecuado al gobierno. ¿No es acaso la religión la única potencia que sanciona las leyes sociales? Recientemente hemos restaurado a Dios. En ausencia de la religión, el gobierno se vio obligado a inventar el terror para hacer sus leyes ejecutivas; pero era un terror humano, y ha pasado. Cuando un campesino está enfermo, clavado a un camastro o convaleciente, se ve obligado a escuchar razonamientos constantes, y los comprende bien si se le exponen con claridad. Este pensamiento me ha hecho médico. Yo calculaba con mis campesinos, para ellos; no les daba sino consejos de un efecto seguro, que les constreñían a reconocer la lógica de mis puntos de vista. Con el pueblo hay que ser siempre infalible. La infalibilidad hizo a Napoleón, y hubiera hecho de él un dios si el mundo no hubiese comprendido su caída en Waterloo. Si Mahoma creó una religión tras haber conquistado un tercio del globo, fue hurtando al mundo el espectáculo de su muerte. Los mismos principios sirven tanto al alcalde de aldea como al conquistador: la nación y el municipio son un mismo rebaño. En todas partes es igual la masa. En fin, yo me he mostrado riguroso con todos aquéllos a quienes les puse a su disposición mi bolsa. Sin esa firmeza, todos se habrían burlado de mí. Los campesinos, lo mismo que las gentes de mundo, acaban por desdeñar al hombre a quien engañan. ¿No es ser burlado haber cometido un acto de debilidad? Únicamente la fuerza gobierna. Yo no he pedido jamás un céntimo a nadie por mis servicios, excepto a quienes son visiblemente ricos; pero tampoco he dejado que nadie ignorase el precio de mis afanes. No ahorro medicamentos, de no ser que el enfermo se encuentre en la indigencia. Si mis campesinos no me pagan, al menos saben sus

deudas; a veces tranquilizan su conciencia trayéndome avena para mis caballos, o trigo cuando no está caro. Pero si el molinero no me ofreciera más que anguilas por el precio de mis cuidados, aún le diría que es demasiado generoso por tan poca cosa, pues en invierno obtendré de él algunos sacos de harina para los pobres. Vea usted, señor: esas gentes tienen corazón cuando no se lo estropean. Hoy pienso más bien y menos mal de ellos que antes de conocerlos.

—¡Buena carga se echó usted encima! —dijo Genestas.

—No lo crea —respondió Benassis—. Me costaba menos decir algo útil que decir vaciedades. Al paso, charlando y riendo, les hablaba de ellos mismos. Al principio esas gentes no me escucharon; tuve que combatir muchos recelos y repugnancias que sentían. Yo era un burgués, y para ellos un burgués es un enemigo natural. Esta lucha me divirtió. Entre hacer el mal y hacer el bien, no hay otra diferencia que la paz de la conciencia o su desazón; el esfuerzo es el mismo. Si los picaros quisieran comportarse bien, serían millonarios en vez de ser ahorcados; eso es todo.

—Señor —gritó Jacquotte entrando—, la cena se enfría.

—Amigo mío —dijo Genestas, deteniendo al médico por el brazo—, solamente tengo que hacerle una observación sobre lo que acabo de oírle. No conozco relato alguno de las guerras de Mahoma, por lo que no pudo juzgar sobre su talento militar; pero si usted hubiese visto al emperador maniobrando durante la campaña de Francia, lo habría tomado fácilmente por un dios, y si se le venció en Waterloo, es porque era más que un hombre, pesaba demasiado sobre la tierra, y la tierra se le arrojó encima... Por lo demás, estoy perfectamente de acuerdo con usted y quiero declarar, ¡mal rayo!, que la mujer que le trajo al mundo no perdió su tiempo.

—Vamos —exclamó Benassis sonriendo—, vamos a la mesa.

El comedor estaba enteramente enmaderado y pintado de gris. El mobiliario consistía en algunas sillas de paja, un trinchante, armarios, una estufa y el famoso reloj de péndulo del difunto cura, además de cortinas blancas en las ventanas. La mesa, con un blanco mantel, no ofrecía nada que revelase lujo. La vajilla era de loza y vulgar. La sopa, siguiendo los gustos del finado sacerdote, era de caldo, el más sustancioso que cocinera alguna haya preparado a fuego lento. Apenas había comido su potaje el médico y su huésped cuando un hombre entró bruscamente en la cocina y, a pesar de Jacquotte, hizo una súbita interrupción en el comedor.

—¿Qué ocurre? —preguntó el médico.

—Sucede, señor, que nuestra vecina, la señora Vigneau, se ha puesto completamente blanca, tan blanca que nos asusta a todos.

—Vaya —exclamó jovialmente Benassis—, hay que dejar la mesa.

Y se levantó. A pesar de las instancias del médico, Genestas juró militarmente, tirando su servilleta, que él no seguiría en la mesa sin su anfitrión, y fue a calentarse al salón, meditando sobre las miserias con que inevitablemente se topa en todos los oficios a los que está sujeto el hombre en la tierra.

Pero Benassis no tardó en regresar, y los dos amigos volvieron a sentarse a la

mesa.

—Taboureau ha venido hace un momento para hablarle —dijo Jacquotte a su amo al traer los platos que había conservado calientes.

—¿Quién es, entonces, el que está enfermo en su casa? —preguntó él.

—Nadie, señor. Quiere consultarle un asunto particular, según ha dicho, y volverá.

—Está bien... Ese Taboureau —prosiguió Benassis dirigiéndose a Genestas— es para mí todo un tratado de filosofía; examínele atentamente cuando venga, y estoy seguro de que le divertirá. Era un bracero, buen hombre, económico, comiendo poco y trabajando mucho. En cuanto el bribón tuvo dos escudos, su inteligencia se desarrolló; ha seguido el movimiento que yo imprimía a este cantón, tratando de aprovecharse de él para enriquecerse. En ocho años ha amasado una gran fortuna, grande para este distrito. Es posible que ahora posea una cuarentena de miles de francos. Pero se devanará los sesos si intenta descubrir de qué medios se ha valido para conseguir ese capital, y no lo conseguirá. Es usurero, tan auténticamente usurero, y usurero por una combinación tan bien fundada en el interés de todos los habitantes del cantón, que perdería mi tiempo si me propusiera desengañarlos sobre las ventajas que creen sacar de su comercio con Taboureau. Cuando ese diablo de hombre vio a cada uno cultivando los terrenos, corrió a los pueblos cercanos y compró partidas de granos para proporcionar a estas pobres gentes las semillas que necesitasen. Aquí, como en todas partes, los campesinos, incluso algunos granjeros, no tenían suficiente dinero para pagar las semillas. A unos, ese Taboureau les prestaba un saco de cebada, por el que le devolvían uno de centeno después de la cosecha; a otros, un saco de trigo por un saco de harina. En la actualidad ese sujeto ha extendido este singular género de comercio por todo el departamento. Si nada le detiene en el camino quizá llegue a ganar un millón. Pues bien, mi estimado amigo, el antiguo jornalero Taboureau, buen muchacho, servicial, de genio apacible, echaba una mano a quien se lo pedía; pero en la prorrata de sus ganancias, el señor Taboureau se ha hecho pleitista, embrollón, desdeñoso. Cuanto más se ha enriquecido, más se ha viciado. En cuanto el campesino pasa de una vida puramente laboriosa a la acomodada o a la posesión de tierras, se vuelve insoportable. Existe una clase medio virtuosa y medio viciosa, instruida a medias y a medias ignorante, que será siempre la desesperación de los gobiernos. Va usted a ver un poco el espíritu de esa clase en Taboureau, hombre simple en apariencia, y hasta ignorante, pero ciertamente agudo en cuanto se trata de sus intereses.

El ruido de unos fuertes pasos anunció la llegada del prestamista de granos.

—Entre, Taboureau —gritó Benassis.

Así prevenido por el médico, el comandante examinó al campesino, y vio que Taboureau era un hombre enjuto, medio encorvado, de frente abombada y rostro muy arrugado, el cual parecía atravesado por dos ojillos grises con alguna salpicadura negra. El usurero tenía la boca apretada, y el afilado mentón tendía a unirse a una

nariz irónicamente ganchuda. Sus salientes pómulos ofrecían esas rayas estrelladas que denotan la vida andariega y la astucia de los chalanos. Sus cabellos blanqueaban ya. Llevaba una chaqueta azul cuyos bolsillos cuadrados le abultaban sobre sus caderas y por cuya delantera abierta se veía un blanco chaleco floreado. Se quedó clavado sobre las piernas, apoyándose en el puño del bastón. A pesar de Jacquotte, un pequeño podenco entró con el tratante en granos y se tendió a su lado.

—Bien, ¿qué sucede? —le preguntó Benassis.

Taboureau miró con gesto receloso al desconocido personaje que acompañaba al médico en la mesa, y contestó:

—No se trata de ninguna enfermedad, señor alcalde; pero usted sabe curar tan bien los dolores de la bolsa como los del cuerpo, y vengo a consultarle sobre una pequeña dificultad que tenemos con un hombre de Saint-Laurent.

—¿Por qué no vas a ver al juez de paz o al escribano?

—¡Oh...! Es que el señor es mucho más entendido, y estaría más seguro de mi asunto si pudiera tener su aprobación.

—Mi querido Taboureau, yo hago de buen grado y gratuitamente mis consultas médicas a los pobres, pero no puedo estudiar por nada el proceso de un hombre tan rico como tú. Cuesta mucho reunir la ciencia.

Taboureau empezó a retorcer su sombrero.

—Si quieres mi consejo —prosiguió Benassis—, y toda vez que te ahorrarás los buenos dineros que tendrías que pagar a las gentes de la justicia en Grenoble, enviarás una bolsa de centeno a la Martin, esa mujer que cuida los niños del hospicio.

—Muy bien, doctor, y lo haré de corazón si a usted le parece necesario. ¿Puedo exponer mi asunto sin molestar al señor? —añadió señalando a Genestas—. El caso es —prosiguió a un afirmativo ademán de cabeza del médico— que hace dos meses vino a verme un hombre de Saint-Laurent. «Taboureau, me dijo, ¿podrías venderme ciento treinta y siete sextarios de cebada?». «¿Por qué no?, le contesté yo, es mi oficio. ¿Se necesitan en seguida?». «No, me respondió él, a principios de primavera, para marzo». Discutimos el precio, y luego de beber unos vasos, quedamos de acuerdo en que me los pagaría según el precio de la cebada en el último mercado de Grenoble, y que yo se los entregaría en marzo, salvo, naturalmente, las mermas de almacén. Pero, mi querido doctor, la cebada sube y sube, y aquí tiene que se llevan la mía como sopa de leche. Yo, apuradillo de dinero, la fui vendiendo. Eso no es natural, ¿verdad, doctor?

—Esa cebada —respondió Benassis— no te pertenecía ya, tú no eras más que el depositario. Si la cebada hubiera bajado, ¿no habrías obligado a tu comprador a tomártela al precio convenido?

—Pero, doctor, ese hombre tal vez no me hubiera pagado. En la guerra como en la guerra. El comerciante debe aprovechar la ganancia cuando se presenta. Después de todo, una mercancía no es de uno mientras no la ha pagado, ¿no es así, señor oficial...? Ya se ve que el señor ha servido en el ejército.

—Taboureau —dijo gravemente Benassis—, te espera un descalabro. Dios castiga temprano o tarde las malas acciones. ¿Cómo un hombre tan capaz, tan instruido como tú; un hombre que lleva sus negocios con tanta honestidad, puede dar en este cantón ejemplos tan poco rectos? Si sostienes semejantes sistemas, ¿cómo quieres que los desgraciados sean honrados y no te roben? Tus obreros te hurtarán una parte del tiempo que te deben, y vendrá la desmoralización. Haces mal. Tu cebada se consideró como entregada. De habérsela llevado el hombre de Saint-Laurent, no habrías ido a retirarla de su casa; has dispuesto, pues, de una cosa que no te pertenecía; tu cebada se había convertido ya en dinero realizable, según nuestros convenios... Pero tú sigue.

Genestas dirigió al médico una mirada de inteligencia para que se fijase en la inmovilidad de Taboureau. Ni una fibra del rostro del usurero se movió durante la amonestación, su frente no había enrojecido y sus ojillos seguían tranquilos.

—Pues bien, doctor; ahora me acosan para que suministre la cebada al precio de este invierno, pero yo..., yo creo que no debo servirla.

—Escucha, Taboureau: entrega cuanto antes la cebada, o no cuentes más con la estimación de nadie. Aun ganando esos procesos, pasarías por un hombre sin fe ni ley, sin palabra, sin honor...

—Ande, no tenga usted miedo y dígame que soy un bribón, un bellaco, un ladrón. En negocios se dice eso sin ofender a nadie, señor alcalde. En los negocios, cada cual barre para su casa.

—Bueno, ¿y por qué te expones voluntariamente a merecer esos términos?

—Pero, señor, si la ley está de mi parte...

—La ley no estará nunca a tu lado.

—¿Está usted bien seguro? ¿Seguro, seguro? Usted ya ve que el asunto es importante...

—Claro que estoy seguro. De no encontrarme ahora a la mesa, te haría leer el Código. Pero si el proceso tiene lugar, lo perderás, y no volverás a poner los pies en mi casa, pues no quiero recibir gentes que no merecen que les tenga el menor afecto. Y ya lo oyes: perderás tu proceso.

—¡Qué va, doctor! No lo perderé —insistió Taboureau—. Vea, señor alcalde, es el hombre de Saint-Laurent quien me debe la cebada; soy yo quien se la he comprado, y es él quien se niega a entregármela. Yo quería estar bien seguro de que ganaría, antes de acudir al escribano a meterme en gastos.

Genestas y el médico se miraron, disimulando la sorpresa que les causaba la ingeniosa combinación buscada por aquel hombre para saber la verdad sobre ese caso judicial.

—Pues bien, Taboureau, tu hombre va de mala fe, y no se debe tener tratos con tales gentes.

—Doctor, esas gentes entienden de negocios.

—Adiós, Taboureau.

—Soy su servidor, señor alcalde y compañía.

—Bueno —dijo Benassis cuando salió el usurero—, ¿no cree usted que en París este hombre tardaría poco en hacerse millonario?

Una vez acabada la cena, el médico y su pupilo volvieron a pasar al salón, donde durante el resto de la velada hablaron de guerra y de política mientras esperaban la hora de acostarse. A lo largo de su conversación, Genestas dio rienda suelta a la violenta antipatía que le inspiraban los ingleses.

—Señor —dijo el médico—, ¿puedo saber a quién me cabe el honor de tener por huésped?

—Me llamo Pedro Bluteau —respondió Genestas—, y soy capitán en Grenoble.

—Bien, señor. ¿Quiere seguir el régimen del señor Gravier? Por la mañana, después del desayuno, se complacía en acompañarme a mis visitas por los alrededores. No estoy muy seguro de que le distraiga con las cosas en que me ocupo, pues son muy vulgares. Después de todo, usted no es propietario ni alcalde de aldea, y no verá en el cantón nada que no haya visto en otras partes, pues todas las cabañas se parecen; pero, en fin, tomará el aire y dará una finalidad a su paseo.

—Nada me causa mayor placer que esa proposición que no me atrevía a hacerle por temor a ser importuno.

Al comandante Genestas, cuyo nombre se conservará a pesar de su calculado seudónimo, lo llevó el médico a una habitación del primer piso, sobre el salón.

—Bueno —dijo Benassis—, Jacquotte le ha encendido ya fuego. Si necesita algo, hay un cordón de campanilla en la cabecera de su cama.

—No creo que me falte nada —contestó Genestas—. Veo aquí hasta un sacabotas. Hace falta ser un viejo soldado para conocer el valor de ese artefacto... Más de una vez en la guerra llegaría uno a incendiar una casa con tal de conseguirlo... Después de numerosas marchas, y sobre todo al salir de un encuentro, se dan casos en que el pie hinchado en un cuero mojado no cede con ningún esfuerzo; de ahí que muchas veces he tenido que dormir con las botas puestas. Cuando se está solo, la desgracia todavía es soportable.

El comandante guiñó el ojo para dar a estas últimas palabras una especie de profundidad socarrona; luego se puso a mirar, no sin sorpresa, una habitación en la que todo era cómodo, limpio y casi fastuoso.

—¡Qué lujo! —exclamó—. Parece que está usted muy bien alojado.

—Venga a verlo —repuso el médico—. Somos vecinos; no estamos separados más que por la escalera.

Genestas quedó asombrado al entrar en la habitación del médico y ver que era una alcoba con las paredes desnudas y cuyo único adorno era su viejo empapelado, amarillento, con pardos rosetones y descolorido en varios sitios. La cama, de hierro toscamente barnizado, rematada por una flecha de madera de la que pendían dos cortinas de algodón gris, y al pie de la cual había una raída y estrecha alfombra, llena de hilachas, parecía una cama de hospital. En la cabecera había una de esas mesitas

de noche de cuatro patas, cuya tabla delantera se enrolla y se desenrolla con un ruido de castañuelas. Tres sillas, dos sofás de paja y una cómoda de nogal sobre la cual había una palangana y una antigua jarra de agua, completaban el mobiliario. El hogar estaba apagado, y todos los objetos necesarios para afeitarse aparecían en desorden sobre un anaquel de piedra pintada, al lado de un viejo espejo sostenido por un trozo de cuerda. El embaldosado, limpiamente barrido, estaba desgastado en varios sitios, resquebrajado y hendido. Dos cortinas, también de algodón gris pero con franjas verdes, adornaban las dos ventanas. Todo, hasta la redonda mesa sobre la cual erraban algunos papeles, una carpeta de escritorio y las plumas, todo, en este cuadro simple, al que un aseo extremado mantenido por Jacquotte imprimía una especie de corrección, daba la idea de una vida casi monacal, indiferente a las cosas y llena de sentimientos. Una puerta abierta dejó ver al comandante un gabinete, que el médico ocupaba sin duda muy raramente. Esta habitación se hallaba poco más o menos en el mismo estado que el dormitorio. Algunos libros polvorientos yacían esparcidos en estanterías también llenas de polvo, y unos anaqueles llenos de botellas con etiqueta cada una daba a comprender que la farmacia ocupaba allí más espacio que la ciencia.

—Me preguntará por qué esta diferencia entre su habitación y la mía —prosiguió Benassis—. Óigame: siempre he sentido vergüenza por los que alojan a sus huéspedes bajo los tejados, dándoles esos espejos que desfiguran hasta tal punto que al mirarse en ellos uno puede creerse más pequeño o más grande que al natural, o enfermo, o atacado de apoplejía. ¿No debemos esforzarnos para que nuestros amigos hallen lo más confortable posible su pasajero alojamiento? La hospitalidad me parece a la vez una virtud, una dicha y un lujo; pero, bajo cualquier aspecto que la considere, sin exceptuar el caso en que se convierte en una especulación, ¿no se deben desplegar para el huésped y para el amigo los halagos y las caricias de la vida? Lógico, pues, que usted disfrute de los buenos muebles, de la caliente alfombra, de las colgaduras, del reloj de péndulo, de los blandones y la lamparilla y para usted los cuidados de Jacquotte, quien sin duda le ha puesto zapatillas nuevas, leche y un calentador. Espero que nunca se sentó más a gusto que en el blando sofá cuyo descubrimiento se debe al difunto cura, sin que sepa dónde lo descubrió, pero la verdad es que, en todo, para hallar los modelos de lo bueno, de lo bello y de lo cómodo, hay que recurrir a la Iglesia. En fin, espero que todo lo de su habitación le agrade. Hallará buenas navajas de afeitar, excelente jabón y los pequeños accesorios que hacen tan agradable el propio hogar. Pero, mi querido señor Bluteau, aun cuando mi opinión sobre la hospitalidad no consiguiese explicar la diferencia que hay entre nuestros aposentos, sin duda muy bien comprenderá la desnudez del mío y el desorden de mi gabinete cuando mañana sea testigo de las idas y venidas que tienen por objeto mi casa. En primer lugar, mi vida no discurre entre estas paredes, pues siempre estoy fuera. Si me quedo en casa, a cada momento vienen a verme los campesinos, toda vez que les pertenezco en cuerpo, alma y habitación. ¿Puedo permitirme refinamientos de la etiqueta, y los perjuicios por los inevitables estragos que involuntariamente me harían

esas buenas gentes? El lujo sólo cabe en los palacios, en los castillos, en los tocadores de señoras y en las habitaciones de los amigos. En fin, si yo apenas estoy aquí para dormir, ¿qué me importan los trapos de la riqueza? Además, usted no sabe hasta qué punto me es indiferente todo lo de aquí abajo...

Se dieron un amistoso buenas noches estrechándose cordialmente la mano, y se acostaron. El comandante no se durmió sin hacerse más de una reflexión sobre aquel hombre que, de hora en hora, se engrandecía en su espíritu.

II

A TRAVÉS DE CAMPOS

El cariño que todo jinete tiene por su montura llevó a primera hora de la mañana a Genestas al establo, y le satisfizo observar lo bien que Nicolle había almohazado al caballo.

—¿Levantado ya, comandante Bluteau? —exclamó Benassis yendo al encuentro de su huésped—. De verdad que es usted militar. Donde vaya oye la diana, incluso en la aldea.

—¿Todo sigue bien? —le preguntó Genestas tendiéndole la mano con ademán amigo.

—Yo soy el que no va positivamente bien —contestó Benassis, con tono mitad triste y mitad jovial.

—¿El señor ha dormido bien? —preguntó Jacquotte a Genestas.

—Ya lo creo. Usted me hizo la cama como para una casada.

Jacquotte siguió sonriendo a su amo y al militar, y luego de dejarlos en la mesa, le dijo a Nicolle:

—Yo estoy en que el señor oficial es un buen rapaz.

—Claro que sí; me ha dado ya cuarenta sueldos...

—Comenzaremos por ir a visitar a dos muertos —dijo Benassis a su huésped al salir del comedor—. Aunque los médicos raramente quieren encontrarse cara a cara con sus presuntas víctimas, le llevaré a dos casas donde podrá hacer una observación bastante curiosa sobre la naturaleza humana. Allí verá dos cuadros que le demostrarán hasta qué punto difieren los montañeses de las gentes del llano en la expresión de sus sentimientos. La parte de nuestro cantón situada sobre los picos conserva costumbres impregnadas de un sabor antiguo, que vagamente recuerdan escenas de la Biblia. Sobre la cadena de nuestras montañas, hay una línea trazada por la naturaleza, a partir de la cual todo cambia de aspecto: arriba, la fuerza; abajo, la destreza; arriba, amplios sentimientos; abajo, un perpetuo acuerdo con los intereses de la vida material. Exceptuando el valle de Ajou, cuya margen septentrional la pueblan gentes imbéciles y la meridional gentes inteligentes, o sea dos poblaciones que, estando sólo separadas por un arroyo, son desemejantes en todo: estatura, andar, fisonomía, costumbres y ocupaciones..., yo no he visto en ninguna parte tanta diferencia como la de aquí. Este hecho debería obligar a los administradores de un país a los mayores estudios locales respecto a la aplicación de las leyes. Pero los caballos están ya listos; vámonos.

Los dos jinetes llegaron en poco tiempo a una vivienda situada en la parte de la aldea que miraba a las montañas de la Gran Cartuja. A la puerta de esa casa, cuyo

aspecto era bastante limpio, vieron un féretro cubierto con un paño negro y colocado sobre dos sillas en medio de cuatro cirios, y luego, sobre una banquetea, un platillo de cobre con agua bendita y en el que se empapaba un ramo de boj. Cada visitante entraba en el patio, iba a arrodillarse ante el cadáver, rezaba un Padrenuestro y esparcía unas gotas de agua bendita sobre el ataúd. Por encima del paño negro se elevaban las hojas todavía verdes de un jazmín plantado junto a la puerta, y en lo alto de la imposta discurrían los tortuosos sarmientos de una parra ya cubierta de hojas. Una joven acababa de barrer la delantera de la casa, obedeciendo a esa vaga necesidad de aseo que requieren las ceremonias, hasta la más triste de todas. El hijo mayor del muerto, joven campesino de veintidós años, estaba en pie, inmóvil, apoyado en la jamba de la puerta. Tenía los ojos llenos de lágrimas sin que licitasen a caer, o quizá de cuando en cuando desaparecía para enjugárselas. En el instante en que Benassis y Genestas entraron en el patio, después de atar los caballos a uno de los álamos paralelos a un pequeño muro de contención, por encima del cual habían observado la escena, la viuda salía del establo, seguida de una mujer que traía un jarro de leche.

—Sea fuerte, mi pobre Pelletier —decía la mujer.

—¡Oh, mi buena amiga...! Cuando se ha vivido veinticinco años con un hombre, es muy duro separarse de él.

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Paga los dos sueldos? —añadió tras una pausa, tendiendo la mano a su vecina.

—Es verdad, ya lo había olvidado —dijo la otra tendiéndole la moneda—. Vamos, consuéllese, vecina... Aquí llega el doctor Benassis.

—Y bien, mi buena Pelletier, ¿está usted mejor? —preguntó el médico.

—Mi querido doctor —contestó ella llorando—, hay que estar bien de todos modos. Pienso que mi hombre ya no sufrirá más... ¡Ha sufrido tanto...! Pero, entren, señores... Santiago, dales unas sillas a estos señores. Vamos, muévete. Piensa que no vas a reanimar a tu pobre padre, aunque estuvieses aquí cien años. Y ahora has de trabajar por dos.

—No, no, buena mujer; deje tranquilo a su hijo, no nos sentaremos. Aquí tiene un mozo que la cuidará; es bien capaz de reemplazar a su padre.

—Ve, pues, a vestirte, Santiago —añadió la viuda—, que van a venir a buscarlo.

—Bueno, adiós, madre —dijo Benassis.

—Señores, soy su servidora.

—Ya lo ve usted —comentó el médico—. Aquí la muerte se toma como un accidente previsto que no detiene el curso de la vida de las familias, y ni siquiera se pondrán luto. En las aldeas nadie quiere hacer ese gasto, ya sea por miseria o por economía. En los campos, entonces, no existe el luto. Ahora bien, esto no es una costumbre ni una ley; es mucho más. Es una institución que se vincula a todas las leyes cuyo cumplimiento depende de un mismo principio, de la moral. Pues bien, a pesar de nuestros esfuerzos, ni yo ni el señor Janvier hemos podido lograr hacer

comprender a nuestros campesinos la importancia que tienen las demostraciones públicas para el mantenimiento del orden social. Estas honradas gentes, emancipadas ayer, no son aptas aún para captar las nuevas relaciones que han de enlazarlas a estos pensamientos generales; no se hallan todavía apegados más que a las ideas que engendran el orden y el bienestar físico. Más tarde, si alguien prosigue mi obra, llegarán a los principios que sirven para conservar los derechos públicos. No basta en efecto ser persona honrada; hay que parecerlo. La sociedad no vive sólo para las ideas morales; si quiere subsistir, necesita de acciones que armonicen con sus pensamientos. En la mayoría de los municipios rurales, entre un centenar de familias a las que la muerte ha privado de su jefe, únicamente algunos individuos dotados de una viva sensibilidad conservarán un largo recuerdo de esa muerte, pero todos los demás la habrán olvidado completamente antes de un año. ¿No es este olvido una gran calamidad? Una religión es el corazón de un pueblo, expresa sus sentimientos y los engrandece dándoles una finalidad; pero sin un Dios visiblemente venerado, la religión no existe, y entonces las leyes humanas no tienen vigor alguno. Si la conciencia pertenece a Dios solo, el cuerpo se somete a la ley social; ahora bien, ¿no es un comienzo de ateísmo el borrar así las muestras de un dolor religioso, no inculcar sólidamente a los niños que aún no reflexionan, y a todos cuantos precisan de ejemplos, la necesidad de obedecer a las leyes por una patente resignación a los mandatos de la Providencia, que hiere y consuela, que da y quita los bienes de este mundo? Confieso que después de haber pasado por un período de burlona incredulidad, he comprendido aquí el valor de las ceremonias religiosas, el de las solemnidades familiares, la importancia de las costumbres y de las fiestas del hogar doméstico. La base de las sociedades humanas será siempre la familia. Ahí comienza la acción del poder y de la ley, y es ahí donde debe aprenderse la obediencia. Vistos en todas sus consecuencias, el espíritu de familia y el poder paternal son dos principios todavía demasiado poco desarrollados en nuestro nuevo sistema legislativo. La familia, el municipio, el departamento..., nuestro país está, sin embargo, ahí. Las leyes deberían estar basadas en estas tres grandes divisiones. A mi juicio, el enlace de los esposos, el nacimiento de los hijos y la muerte de los padres, nunca podrían estar rodeados de demasiado aparato. Lo que ha dado fuerza al catolicismo, lo que le ha hecho arraigar tan profundamente en las costumbres, es precisamente el esplendor con que aparece en las circunstancias graves de la vida, rodeándolas de pompas tan ingenuamente conmovedoras y tan grandes cuando el sacerdote está a la altura de su misión y sabe hermanar su servicio con la sublimidad de la moral cristiana. En otro tiempo, yo consideraba la religión católica como un amasijo de prejuicios y supersticiones hábilmente explotadas, y creía que debían ser zanjadas por una civilización inteligente. Aquí he reconocido la necesidad política y la utilidad moral; aquí he comprendido su potencia por el propio valor del vocablo que la expresa. Religión quiere decir «lazo», y ciertamente el culto, o, dicho de otro modo, la religión expresada, constituye la única fuerza que puede enlazar las especies

sociales y darles una forma duradera. En fin, aquí he respirado el bálsamo que la religión pone en las heridas de la vida; sin discutirla, he sentido que armoniza admirablemente con las costumbres apasionadas de las naciones meridionales... Siga por ese camino que sube —dijo el médico interrumpiéndose—, pues conviene que lleguemos a la meseta. Desde allí dominaremos los dos valles y usted disfrutará de un bello espectáculo. Enclavadas a unos mil metros sobre el Mediterráneo, veremos Savoya y el Delfinado, las montañas del Lionesado y el Ródano. Estaremos en otro municipio, una comunidad montañesa donde verá en una granja del señor Gravier el espectáculo de que le he hablado, esa pompa natural que fortalece mis ideas sobre los grandes acontecimientos de la vida. En ese municipio el luto se lleva religiosamente. Los pobres piden para poder comprar la ropa negra. En estas circunstancias, nadie les niega su socorro. Pasan pocos días sin que una viuda no hable de su pérdida, siempre llorando, y diez años después de su desdicha, sus sentimientos son tan profundos como el primer día. Allí las costumbres son patriarcales: la autoridad del padre es ilimitada y su palabra es soberana; come solo, sentado en la cabecera de la mesa; su mujer y sus hijos le sirven, y los que le rodean no le hablan sin emplear ciertas fórmulas respetuosas; todos en pie delante de él y descubiertos. Educados así, los hombres tienen el instinto de su grandeza. Estos usos constituyen, a mi parecer, una noble educación. Entonces, los hombres fieles a las normas de esa comunidad son generalmente justos, ahorradores y laboriosos. Cada padre de familia, cuando la edad le impide trabajar, acostumbra repartir en partes iguales sus bienes a los hijos, y los hijos lo mantienen. En el siglo pasado, un anciano de noventa años, después de haber hecho el reparto entre sus cuatro vástagos, vivía todos los años tres meses en la casa de cada uno de ellos. Cierta vez que dejaba la del primogénito para trasladarse a la del menor, uno de sus amigos le preguntó: «Qué, ¿estás contento?». «De verdad que sí, le respondió el anciano, me tratan como si fuese su hijo». Esta hermosa frase, señor, le pareció tan extraordinaria a un oficial llamado Vauvenargues, célebre moralista, entonces de guarnición en Grenoble, que la explicó en varios salones de París, recogiéndola un escritor llamado Chamfort. Y le aseguro que en estas tierras se dicen a menudo frases todavía más sobresalientes, pero les faltan historiadores dignos de oírlas...

—He visto hermanos moravos, campesinos de Bohemia y Hungría —dijo Genestas—, que son cristianos bastante parecidos a sus montañeses. Aquellas pobres gentes soportan los males de la guerra con una paciencia de ángel.

—Señor —respondió el médico—, las costumbres sencillas deben ser poco más o menos parecidas en todos los países. Lo verdadero no tiene más que una forma. Ciertamente que la vida del campo mata muchas ideas, pero debilita los vicios y desarrolla las virtudes. En efecto, mantos menos hombres se aglomeran en un punto, son menos los crímenes, los delitos y los malos sentimientos, la pureza del aire tiene mucho que ver con la inocencia de las costumbres.

Los dos jinetes, que subían al paso de sus monturas un camino pedregoso,

llegaron a la meseta de que había hablado Benassis. Este territorio rodea un pico muy alto pero completamente desnudo que la domina y en el que un hay ningún germen de vegetación; la cima es gris, hendida por todas partes, abrupta, inabordable, y el fértil terruño, contenido por las rocas, se extiende al pie de este pico, bordeándolo desigualmente en una anchura de unas cinco hectáreas. A mediodía, la vista abarca, por un inmenso tajo, la Mauriona francesa, el Delfinado, los roquedales de Savoya y las lejanas montañas del Lionesado. En el momento en que Genestas contemplaba ese panorama, ampliamente iluminado en aquel momento por un sol primaveral, se oyeron lastimeros clamores.

—Venga —le dijo Benassis—, el canto ha empezado. El canto es el nombre que se da a este momento de las ceremonias fúnebres.

El militar vio entonces, sobre el declive occidental del pico, los edificios de una importante granja que formaban un cuadrado perfecto. El portal abovedado, de granito, tiene una dignidad arquitectónica que aún realza más la vetustez de la construcción, la antigüedad de sus árboles y las plantas que crecen en sus aristas. El cuerpo principal del edificio está al fondo del patio, en cuyos lados se alinean los corrales, las cuadras, los establos y las cocheras, y, en medio, la gran charca donde se pudre el estiércol. Este patio, de ordinario tan animado en las granjas ricas y populosas, estaba en aquel momento silencioso y triste. Cerrada la puerta del corral, los animales permanecían reclusos en su recinto, oyéndoseles apenas. Los establos, las cuadras, todo estaba cuidadosamente cerrado. El camino que llevaba a la vivienda lo habían limpiado. Este orden perfecto, allí donde habitualmente reinaba el desorden; aquella falta de movimiento y aquel silencio en un paraje tan ruidoso; la calma de la montaña y la sombra proyectada por el pico..., todo contribuía a impresionar el espíritu.

Por muy acostumbrado que Genestas estuviese a las sensaciones fuertes, no pudo evitar un estremecimiento al ver a una docena de hombres y mujeres llorando y haciendo corro en el exterior de la puerta de la gran sala, y gimiendo todos: «¡El amo ha muerto!», con una pavorosa unanimidad de entonación y por dos veces en el tiempo que empleó para ir del portal al alojamiento del granjero. Terminado aquel grito, salieron gemidos del interior, y se oyó la voz de una mujer a través de las rejas de las ventanas.

—No me atrevo a ir a mezclarme en ese dolor —dijo Genestas a Benassis.

—Yo voy siempre —respondió el médico— a visitar a las familias afligidas por la muerte, ya sea para ver si ha ocurrido algún accidente causado por el dolor, o para constatar el óbito. Puede acompañarme sin escrúpulo; además, la escena es tan imponente y encontraremos tanta gente, que pasará usted inadvertido.

Siguiendo al médico, Genestas vio en efecto la primera habitación llena de familiares del muerto. Atravesaron en medio de la asamblea y se situaron cerca de la puerta de un dormitorio contiguo a la gran sala que servía de cocina y de lugar de reunión a toda la familia, aunque mejor fuera decir colonia, pues la largura de la mesa

indicaba la presencia habitual de una cuarentena de personas. La llegada de Benassis interrumpió los discursos de una mujer de buena estatura, sencillamente vestida, con el cabello suelto, y que tenía en su mano la del muerto, en un gesto elocuente. El finado, vestido con su mejor ropa, aparecía rígidamente tendido sobre el lecho, cuyas cortinas estaban levantadas. Su rostro sereno, que respiraba el cielo, y sobre todo su blanco cabello, producían un efecto teatral. A cada lado del lecho se encontraban los hijos y los más próximos deudos de los esposos, los de la mujer a la izquierda y los del difunto a la derecha. Hombres y mujeres permanecían arrodillados y la mayoría lloraban. Cirios rodeaban el lecho. El cura de la parroquia y sus coadjutores tenían su sitio en medio del aposento, en torno al féretro abierto. Era un espectáculo trágico ver al jefe de aquella familia cerca de un ataúd presto a engullírselo para siempre.

¡Oh, mi querido, mi amor...! —dijo la viuda, señalando al médico—. Si la ciencia del más noble de los hombres no ha podido salvarte, estaba escrito allá arriba que me precederías en la fosa... Sí, ya está fría esta mano que me apretaba con tanto cariño... He perdido para siempre mi querida compañía, y nuestra casa a su precioso Jefe, pues tú eras nuestro verdadero guía. ¡Ay...!, todos los que te lloran conmigo han conocido la luz y el calor de tu corazón y todo el valor de tu persona, pero sólo yo sabía lo paciente y dulce que eras... ¡Esposo mío, mi hombre, es preciso, pues, decirte adiós; a ti, nuestro sostén; a ti, mi buen dueño...! Y nosotros, tus hijos, puesto que a todos nos querías igual, hemos perdido a nuestro padre...

La viuda se abalanzó sobre el cuerpo, lo abrazó, le cubrió de lágrimas y de besos, y, durante esta pausa, los servidores clamaron:

«¡El amo ha muerto!».

—Sí —prosiguió la viuda—, ha muerto ese querido y bienamado hombre que nos daba a todos el pan, que plantaba y cosechaba para nosotros, y velaba por nuestra felicidad conduciéndonos en la vida con una autoridad llena de dulzura; puedo decirlo ahora en su alabanza: jamás me causó la menor pena, pues era bueno, fuerte y paciente, y cuando le torturábamos para devolverle su preciosa salud, este manso cordero nos decía: «¡Dejadme, hijos míos, que todo es inútil ya!», y lo decía con la misma voz con que algunos días antes nos dijo: «Todo va bien, amigos míos». ¡Sí, gran Dios! Pocos días han bastado para arrebatarnos el gozo de esta casa y oscurecer nuestra vida al cerrar los ojos del mejor de los hombres, del más probo, del más venerado; de un hombre que no tenía quien le ganase llevando el arado; que corría sin miedo noche y día por nuestras montañas, y que a su vuelta sonreía siempre a su mujer y a sus hijos. ¡Ah! ¡Era el amor de todos nosotros! Cuando se ausentaba, el hogar quedaba triste, y no comíamos con buen apetito. ¿Qué será ahora, cuando nuestro ángel de la guarda esté bajo tierra y no le veamos ya nunca más? ¡Jamás, amigos míos; jamás, mis buenos parientes; jamás, hijos míos! ¡Sí, mis hijos han perdido a su buen padre, nuestros parientes a su buen pariente, mis amigos a su buen amigo, y yo, yo lo he perdido todo, como la casa ha perdido a su amo!

Cogió la mano del muerto, se arrodilló para acercársela mejor al rostro, y la besó.

Los servidores clamaron por tres veces:

—¡El amo ha muerto!

En ese momento el hijo mayor se acercó a su madre y le dijo:

—Madre, ahí llegan los de Saint-Laurent; les hará falta vino.

—Hijo —respondió ella en voz baja y abandonando el tono solemne y plañidero con que exprimía sus sentimientos—, toma las llaves, tú eres el dueño ahora; trata de que encuentren en esta casa la misma acogida con que los recibía tu padre y que les parezca que nada ha cambiado... ¡Qué pueda verte todavía una vez, mi digno esposo! —prosiguió—. Pero, ¡ay!, no me sientes ya, no puedo reanimarte ya... ¡Tanto como desearía consolarte aún, y decirte que mientras viva seguirás en este corazón que tú alegrabas; que seré feliz con el recuerdo de mi felicidad, y que tu querido pensamiento seguirá vivo en esta habitación! Sí, estas paredes estarán siempre llenas de ti, hasta donde Dios me lo permita. Óyeme, querido esposo. Juro mantener tu lecho tal como está. Jamás he entrado en él sin ti; que permanezca, pues, vacío y frío. Al perderte, habré perdido realmente todo lo que hace a la mujer: dueño, esposo, padre, amigo, compañero, hombre; todo, todo...

—¡El amo ha muerto! —clamaron de nuevo los servidores.

Durante el grito, que fue unánime, la viuda cogió las tijeras que colgaban de su cintura y se cortó el cabello, poniéndolo en las manos de su marido. Hubo un gran silencio.

—Ese acto significa que no se volverá a casar —dijo Benassis a Genestas—. Muchos parientes esperaban su resolución.

—¡Toma, mi amado señor! —dijo ella con una efusión de voz y de corazón que los conmovió a todos—. Guarda en tu tumba la fe que te he jurado. Así estaremos unidos para siempre, y yo me quedaré entre tus hijos por amor a esta descendencia que te rejuvenecía el alma. ¡Si pudieras oírme, esposo mío, mi único tesoro, para saber que tú me harás vivir aún; tú, muerto, para obedecer tus sagradas voluntades y para honrar tu memoria!

Benassis apretó la mano de Genestas para invitarle a que le siguiera, y salieron. La primera sala estaba llena de personas llegadas de otra comunidad igualmente enclavada en las montañas; todos permanecían silenciosos y recogidos, como si el dolor y el luto que se cernían sobre aquella casa también se hubiesen apoderado de ellos. Cuando Benassis y el comandante atravesaban el umbral, oyeron estas palabras dichas al hijo del difunto por uno de los que acababan de llegar:

—¿Cuándo ha muerto?

—¡Oh...! —exclamó el primogénito, un mozo de veinticinco años—. Yo no le he visto morir. Él me había llamado y yo no estaba.

Los sollozos le interrumpieron, pero continuó:

—Anoche me dijo: «Muchacho, irás al pueblo a pagar los impuestos, pues las ceremonias de mi entierro harían que lo olvidaseis, y estaríamos retrasados, lo que nunca ha sucedido». Me pareció que estaba mejor, y fui a cumplir el encargo. Ha

muerto mientras yo estaba fuera, sin poder recibir su último abrazo... En su última hora, no me ha visto a su lado, como estaba siempre...

—¡El amo ha muerto! —gritaron.

—¡Ay! Ha muerto —prosiguió el hijo—, y yo no he recibido sus últimas miradas ni su último suspiro... ¿Cómo pensar en los impuestos? ¿No valía más perder todo nuestro dinero que abandonar la casa? ¿Es que toda nuestra fortuna podría pagar su último adiós? ¡No..., Dios mío! Si tu padre está enfermo, no le dejes, Juan; tendrías remordimientos toda tu vida.

—Amigo mío —intervino Genestas—, yo he visto morir millares de hombres en los campos de batalla, y la muerte no esperaba que los hijos de esos hombres fueran a decirles adiós; consuéllese, entonces, pues no es usted el único que sufre ese dolor.

—¡Un padre, mi buen señor —replicó él echándose a llorar—, un padre que era tan buen hombre!

—Esta oración fúnebre —dijo Benassis dirigiendo a Genestas hacia las dependencias de la granja— va a durar hasta el momento que se ponga al cadáver en el féretro, y, durante todo el tiempo, el discurso de esa desconsolada mujer aumentará en intensidad e imágenes. Pero para hablar así ante esta imponente asamblea es preciso que una mujer haya adquirido ese derecho merced a una vida intachable. De haber tenido la viuda la menor falta que reprocharse, no osaría decir una sola palabra, pues sería condenarse a sí misma, ser a la vez acusador y juez. ¿No es sublime esta costumbre que sirve para juzgar al muerto y al vivo? El luto no se tomará hasta dentro de ocho días, en una reunión de todos. Durante esta semana los familiares se quedarán con los hijos y la viuda para ayudarles a arreglar sus asuntos y consolarles. Esta reunión ejerce una gran influencia sobre los espíritus, reprime las malas pasiones con ese respeto humano que se apodera de los hombres cuando unos y otros están juntos. En fin, el día de la toma de luto, se hace una comida solemne y se despiden todos los parientes. Para ellos todo esto es tan grave, que quien faltase a los deberes que impone la muerte de un jefe de familia no tendría a nadie en su canto funeral.

En ese momento el médico, estando junto al establo, abrió la puerta e hizo entrar en él al comandante, para enseñárselo.

—Vea, capitán; todos nuestros establos se han reconstruido según este modelo. ¿No es soberbio?

Genestas no pudo por menos que admirar el espacioso local, donde las vacas y los bueyes estaban ordenados en dos filas, con el rabo hacia las paredes laterales y la cabeza hacia el centro del establo, al que entraban por un pasadizo bastante ancho, abierto entre ellos y la muralla; a través de los barrotes de los pesebres se veían las cornamentas y los brillantes ojos de los animales. El amo podía así pasar fácilmente revista a su ganado. El forraje, distribuido sobre una parrilla de madera en un altillo, caía fácilmente y sin perderse una brizna en las dos hileras de pesebres, entre las cuales había un gran espacio enlosado, limpio y ventilado por corrientes de aire.

—Durante el invierno —dijo Benassis paseando con Genestas por el centro del

establo— la velada y los trabajos se hacen en común aquí. Colocan mesas y toda la gente se calienta así de manera barata. Los rediles están contruidos igualmente según este sistema. Usted no se imagina hasta qué punto se acostumbran fácilmente las bestias al orden; muchas veces me he admirado viéndolas entrar; cada una sabe cuál es su fila; y deja que la adelante la que debe entrar primero. Vea usted como entre el animal y la pared hay suficiente espacio para que se le pueda ordeñar o almohazar; luego, el suelo está en declive, para que el agua circule más fácilmente.

—Viendo este establo se comprende cómo lo llevan todo —respondió Genestas—. Sin pretender halagarle, los resultados son magníficos.

—No se han obtenido sin esfuerzo —afirmó Benassis—. Pero en compensación, ¡qué ganado tan magnífico!

—Es verdad, magnífico, y tiene usted razón enorgulleciéndose —asintió Genestas.

—Ahora —prosiguió el médico, ya a caballo y una vez pasado el portal— vamos a atravesar nuestros nuevos *roturados* y los trigales, el pequeño rincón de mi municipio que he denominado la Beauce.

Durante casi una hora, los dos jinetes atravesaron campos ante cuyo inteligente cultivo el militar felicitó al médico, y luego llegaron a los terrenos del poblado siguiendo la montaña, ya hablando, ya silenciosos, según el andar de los caballos les permitía hablar o les obligaba a callarse.

—Ayer le prometí —dijo Benassis a Genestas, al llegar a una pequeña garganta por la que los dos jinetes desembocaron en el gran valle— mostrarle uno de los dos soldados que volvieron del ejército a raíz de la caída de Napoleón. Si no me engaño, lo vamos a encontrar a pocos pasos de aquí, reconstruyendo una especie de depósito natural donde se acumulan las aguas de la montaña y que han cegado los desprendimientos. Sin embargo, para que aprecie el interés que ofrece ese hombre, es necesario contarle su vida... Se llama Gondrin; fue enrolado en la primera gran leva del 1792, a los dieciocho años, y lo destinaron a artillería. Soldado raso, hizo las campañas de Italia bajo Napoleón, le siguió a Egipto y volvió de Oriente con la paz de Amiens; luego, durante el Imperio ingresó en los pontoneros de la guardia y estuvo de servicio en Alemania. Finalmente, el pobre obrero pasó a Rusia.

—Somos un poco hermanos —observó Genestas—. Yo he hecho las mismas campañas. Sólo las naturalezas de hierro pudieron resistir climas tan extremados y tan diferentes. Creo que Dios concedió alguna patente de vida a los que están todavía en pie después de haber atravesado Italia, Egipto, Alemania, Portugal y Rusia.

—Por eso va usted a ver un hombre que es un roble —prosiguió Benassis—. Usted conoce la derrota, por lo que es inútil hablarle de esto. Mi hombre es uno de los pontoneros del Beresina; estuvo en la construcción del puente por el que pasó el ejército, y para clavar los primeros soportes, se metió en el agua hasta medio cuerpo. El general Éblé, a cuyas órdenes estaban los pontoneros, no pudo encontrar más que cuarenta y dos con agallas, como dice Gondrin, para acometer esa tarea. Hasta el

propio general se metió en el agua, animándoles, consolándoles, prometiendo a cada uno mil francos de pensión y la cruz de legionario. Al primero que se metió en el Beresina, un gran carámbano, le arrancó una pierna, y el hombre tuvo la misma suerte que su pierna. Pero comprenderá mejor las dificultades de la empresa por los resultados: de los cuarenta y dos pontoneros, sólo queda Gondrin. Treinta y nueve murieron en el paso del Beresina, y los otros dos acabaron miserablemente en los hospitales de Polonia. Este pobre soldado no regresó de Vilna hasta el año 1814, después de la restauración de los Borbones. El general Éblé, de quien Gondrin no habla jamás sin que se le salten las lágrimas, había muerto. El pontonero, sordo, enfermo y analfabeto por añadidura, no halló sostén ni defensor... Llegó a París mendigando su pan, hizo gestiones en los despachos del Ministerio de la Guerra, para obtener, no los mil francos de pensión prometida, ni la cruz de legionario, sino el simple retiro a que tenía derecho después de veintidós años de servicio y no sé cuántas campañas; pero no recibió pagas atrasadas, gastos de viaje ni pensión. Al cabo de un año de inútiles solicitudes, durante el cual se acercó pidiendo a todos los que había salvado, el pontonero vino aquí desconsolado, pero resignado. Este héroe desconocido cava zanjas a diez sueldos por toesa. Acostumbrado a trabajar en los pantanos, tiene, como él dice, la contrata de las obras que no quiere ningún obrero. Limpiando charcas y abriendo zanjas en los prados inundados, puede ganar alrededor de tres francos diarios. La sordera le da su aire triste; es de natural poco hablador, aunque con mucho ánimo. Somos buenos amigos. Cena conmigo los días de conmemoración de la batalla de Austerlitz, del cumpleaños del emperador y del desastre de Waterloo, y yo le regalo a los postres un napoleón para que pueda pagar su vino de cada trimestre. El sentimiento de respeto que tengo por ese hombre lo comparte, por lo demás, toda la comuna, deseando mantenerle. Si trabaja, es por orgullo. En cuantas casas entra, siguen mi ejemplo, invitándole a comer. Sólo he podido hacerle aceptar mi pieza de veinte francos por llevar, le digo, el retrato del emperador. La injusticia cometida con él le ha afligido profundamente, pero siente aún más añoranza por la cruz que desea que por su pensión. Sólo una cosa le consuela. Cuando el general Éblé presentó los pontoneros supervivientes al emperador, tras la construcción de los puentes, Napoleón abrazó a nuestro pobre Gondrin, quien sin esa acogida es posible que hubiese muerto; sólo vive de ese recuerdo y con la esperanza del retorno de Napoleón; nada puede convencerle de su muerte, y persuadido de que su cautiverio es debido a los ingleses, creo que mataría con el más leve pretexto al mejor de los magistrados británicos que viajan por placer.

—Vamos, vamos a ver a ese hombre —exclamó Genestas despertando de la profunda atención con que escuchaba al médico.

Y los dos jinetes pusieron sus caballos al trote.

—El otro soldado —continuó Benassis— es también uno de esos hombres de acero que han rodado por todos los ejércitos. Ha vivido como viven los soldados franceses, de balas, de golpes, de victorias; ha sufrido mucho y sólo ha llevado

hombreras de lana. Su carácter es jovial; quiere con fanatismo a Napoleón, quien le dio la cruz en el campo de batalla de Valontina. Verdadero delfinés, siempre ha tenido cuidado de estar en regla, por lo que goza de su pensión de retiro y de su paga de legionario. Es un soldado de infantería llamado Goguelat y pasó a la guardia en el 1812. En cierto modo es la mujer de la casa de Gondrin. Los dos viven en la casa de la viuda de un buhonero, a la que entregan sus francos; la buena mujer los aloja, los mantiene, los viste y los cuida como si fuesen sus hijos. Goguelat es *peatón* de correos. Debido a su empleo, es el repartidor de las noticias del cantón, y la costumbre de contarlas le ha convertido en el orador de las veladas, en el narrador titulado, por lo que Gondrin le considera hombre culto, un *tunante*, dice. Cuando Goguelat habla de Napoleón, el pontonero parece adivinar sus palabras por el solo movimiento de los labios. Si acuden esta noche a la velada que se celebra en una de mis granjas y tenemos ocasión de verles sin que nos vean, le ofreceré el espectáculo de esa escena. Pero ya estamos cerca de la zanja y no veo a mi amigo el pontonero.

El médico y el comandante miraron atentamente en torno a ellos, y no vieron más que la pala, el pico, la carretilla y la guerrera de Gondrin junto a un montón de barro negro; pero no había rastro alguno del individuo en los diferentes senderos pedregosos por donde venían las aguas, especies de caprichosas hoyas casi todas sombreadas por pequeños arbustos.

—No puede estar muy lejos... ¡Eh, Gondrin! —gritó Benassis.

Genestas percibió entonces el humo de una pipa entre un ramaje amontonado y lo señaló con el dedo al médico, quien repitió la llamada. El viejo pontonero alargó la cabeza, reconoció al alcalde y descendió por un caminito.

—¡Hola, viejo! —le saludó Benassis haciendo una especie de trompetilla con la palma de la mano—. Aquí te traigo un camarada, un egipcio que ha querido conocerte.

Gondrin alzó vivamente la cabeza hacia Genestas, y le dirigió esa mirada profunda e investigadora que adquieren los soldados a fuerza de precisar en un segundo los peligros. Cuando vio la cinta roja del comandante, se llevó silenciosamente el dorso de la mano a la frente.

—Si el pequeño rapado viviese aún —le dijo el oficial—, tendrías la cruz y un buen retiro, pues salvaste la vida a todos los que llevan charreteras y estaban al otro lado del río el primero de octubre del 1812; pero, amigo mío —añadió el comandante, descabalgando y estrechándole la mano con súbita y sincera efusión—, yo no soy el ministro de la Guerra.

Al oír estas palabras, el viejo pontonero se irguió sobre sus piernas, tras haber sacudido cuidadosamente las cenizas de su pipa y estrujarla; luego, inclinando la cabeza, dijo:

—Yo solamente cumplí con mi deber, mi oficial, pero los otros no han cumplido el suyo para conmigo. Me pidieron mis papeles: «¿Mis papeles...?, les contesté, ¡pero si está en el boletín veintinueve!».

—Hay que reclamar de nuevo, camarada. Con protecciones, hoy es imposible que no se te haga justicia.

—¡Justicia...! —gruñó el viejo pontonero con un tono que estremeció al médico y al comandante.

Hubo un momento de silencio, durante el cual los dos jinetes contemplaron ese despojo de los soldados de bronce que seleccionó Napoleón a lo largo de tres generaciones. Gondrin era ciertamente una bella muestra de aquella masa indestructible que se quebró sin romperse. Ese viejo apenas tenía un metro sesenta y cinco de altura, y su torso y sus hombros se habían ensanchado prodigiosamente; su rostro curtido y surcado de arrugas, enjuto pero musculoso, conservaba aún algunos vestigios de marcialidad. Todo en él tenía un carácter de rudeza; su frente parecía un pedazo de piedra, y el cabello, escaso y gris, carecía de vigor, como si la vida le faltase ya a su cansada cabeza; los brazos, velludos, lo mismo que su pecho, una parte del cual se veía a través de su tosca camisa entreabierta, descubrían una fuerza extraordinaria. En fin, estaba plantado sobre unas piernas casi torcidas como sobre una base incommovible.

—¿Justicia? —repitió—. No la habrá jamás para nosotros. No tenemos quien apremie exigiendo lo que se nos debe. Y como hay que llenar la panza —dijo golpeándose el estómago—, no tenemos tiempo para esperar. Y como las palabras de las gentes que se pasan la vida calentándose en los despachos no tienen ni la virtud de las legumbres, he vuelto a tomar mi paga del fondo común —añadió golpeando el barro con la pala.

—Mi viejo camarada, eso no puede seguir así —respondió Genestas—. Te debo la vida y sería un ingrato si no te echase una mano. Yo no olvido que pasé los puentes del Beresina; conozco buenos veteranos que conservan fresca la memoria, y me secundarán para que la patria te recompense como mereces.

—Y le llamarán bonapartista... No se meta en eso, mi oficial. Además, yo ya me he arrinconado, y aquí he hecho mi agujero, como una bala muerta de cañón. Únicamente no esperaba que después de haber viajado con los camellos del desierto y haber bebido un vaso de vino en la esquina del fuego de Moscú, iba a venir a morir aquí, bajo los árboles que mi padre plantó —dijo prosiguiendo su trabajo.

—¡Pobre viejo! —comentó Genestas—. En su lugar, yo haría como él; no tenemos ya a nuestro padre... Señor —dijo a Benassis—, la resignación de ese hombre me causa una gran tristeza; él no sabe cómo me interesa, y va a creer que soy uno de esos roñosos dorados insensibles a las miserias del soldado...

Se volvió bruscamente, cogió la mano del pontonero y le gritó al oído:

—Por la cruz que llevo, y que en otro tiempo significaba honor, juro hacer todo lo que humanamente sea posible para obtenerte una pensión, aunque tuviera que tragarme diez negativas del ministro, solicitarla del rey, del delfín y de toda su patulea.

Al oír estas palabras, el viejo Gondrin se estremeció, miró a Genestas y le

preguntó:

—¿Ha sido, pues, soldado raso?

El comandante inclinó la cabeza. A este signo de asentimiento, el pontonero se limpió la mano, tomó la de Genestas, se la estrechó con el más efusivo apretón salido del alma, y le dijo:

—Mi general, cuando me metí en el agua allá, yo había dado al ejército la limosna de mi vida; no obstante, todavía conservo los espolones. ¿Quiere usted ver en el fondo del saco? Pues bien, desde que el *otro* ha sido desinflado, no tengo ya ganas de nada. En fin, ellos me han concedido aquí —añadió jovialmente señalando la tierra— veinte mil francos, y los cobro por entregas, como dijo el otro.

—Vamos, camarada —repuso Genestas, conmovido por lo sublime de aquel perdón—, cuando menos aquí tendrás la única cosa que no podrás impedir que se te dé.

El comandante se golpeó el pecho a la altura del corazón, miró al pontonero durante un momento y montó otra vez en su caballo al lado del de Benassis.

—Semejantes crueldades administrativas fomentan la guerra de los pobres contra los ricos —afirmó el médico—. Ésos a quienes se ha confiado momentáneamente el poder no han pensado nunca seriamente en los necesarios desarrollos de una injusticia cometida contra un hombre del pueblo. Un pobre, obligado a ganar su pan cotidiano, no lucha mucho tiempo, eso es verdad; pero habla y encuentra ecos en todos los corazones que sufren. Una sola iniquidad se multiplica por el número de los que se sienten afectados por ella. Esta levadura fermenta. Y eso no es nada aún; el mal resultante es mayor. Esas injusticias mantienen en el pueblo un odio sordo contra las superioridades sociales. El burgués se convierte y permanece como enemigo del pueblo, al que pone fuera de la ley, le engaña y le roba. Para el pobre, el robo no es ya un delito ni un crimen, sino una venganza. Si cuando se trata de hacer justicia a los pequeños un administrador los maltrata y burla sus derechos adquiridos, ¿cómo podremos exigir de los desgraciados sin pan que se resignen y respeten a la propiedad...? Tiemblo pensando que un empleado de despacho, cuyo servicio consiste en quitar el polvo a los papeles, tenga los mil francos de pensión prometidos a Gondrin. Y luego, ciertas gentes que jamás han medido el exceso de los sufrimientos, juzgan excesivas las venganzas populares. Sin embargo, el día en que el gobierno ha llegado a causar más desgracias individuales que prosperidades, su derrumbamiento no depende sino de un azar; derrocándolo, el pueblo salda sus cuentas a su manera. Un estadista debería siempre imaginarse a los pobres a los pies de la justicia, pues ésta no ha sido inventada más que para ellos...

Al llegar al territorio del poblado, Benassis vio adelante del camino a dos personas, y dijo al comandante, que desde hacía un rato iba muy pensativo:

—Ha visto usted la miseria resignada de un veterano del ejército; ahora va a ver la de un viejo agricultor. Ése es un hombre que durante toda su vida ha azadonado, labrado, sembrado y recogido para otros.

Genestas vio entonces a un pobre viejo al que acompañaba una anciana. El hombre parecía sufrir de ciática, y andaba penosamente, calzando unos viejos zuecos. Llevaba al hombro unas alforjas de las que colgaban y traqueteaban algunos aperos, cuyos mangos, ennegrecidos por el largo uso y por el sudor, hacían un ligero ruido; en una bolsa de las alforjas llevaba pan, algunas cebollas crudas y nueces. Sus piernas parecían torcidas. Su espalda, doblada por los años de trabajo, le obligaba a caminar tan encorvado que, para conservar el equilibrio, se apoyaba en un cayado. Sus cabellos, blancos como la nieve, flotaban bajo un ruín sombrero enrojecido por las intemperies de las estaciones y zurcido con hilo blanco. Sus ropas, de burda tela, remendadas en cien partes, ofrecían un contraste de colores. Era una especie de ruina humana, a la que no faltaba ninguno de los distintivos que hacen tan patéticas las ruinas. Su mujer, un poco más erguida que él, pero igualmente vestida con harapos y en la cabeza un burdo gorro, llevaba a la espalda un recipiente de arcilla, sujeto a las asas con una correa. Levantaron la cabeza al oír el paso de las cabalgaduras, reconocieron a Benassis y se detuvieron. Los dos viejos, él vencido por el trabajo, y ella, su fiel compañera, igualmente destruida, presentaban unos rostros cuyas facciones minaban las arrugas, con la piel ennegrecida por el sol y endurecida por las intemperies; daba pena verlos. De no haber llevado grabada en sus fisonomías la historia de su vida, por su porte se la adivinaba. Habían trabajado sin cesar, y sin cesar sufrido juntos, teniendo muchos males y pocas alegrías que compartir; parecían haberse acostumbrado a su mala suerte, del mismo modo que el prisionero se acostumbra a su cárcel; en ellos todo era simplicidad. Su rostro no estaba exento de una especie de jovial franqueza. Examinándolos bien, su vida monótona, el lote de tantos pobres seres, parecía casi envidiable. En ellos se percibía bien la huella del dolor, pero también la ausencia de pesadumbre.

—¿Así que quiere trabajar siempre, mi buen Moreau? —le preguntó el médico.

—Sí, doctor Benassis. Todavía le roturaré un brezal o dos antes de reventar —respondió jovialmente el viejo, cuyos ojillos negros se animaron.

—¿Es vino lo que lleva ahí su mujer? Si no quiere descansar, por lo menos eche un trago.

—¿Descansar? Eso me aburre. Cuando estoy al sol, ocupado en desbrozar, el sol y el aire me reaniman. En cuanto al vino, sí, señor; eso es vino, y bien sé que es usted quien nos lo ha conseguido casi por nada en casa del señor alcalde de Courteuil. Por más que usted disimule, se le reconoce a la legua.

—Vaya, adiós, madre. ¿Van a la plaza de Champferlu hoy?

—Sí, señor —contestó ella—. Se comenzó ayer tarde.

—Ánimo —dijo Benassis—. Deben de estar a veces bien contentos viendo esta montaña, que casi por entero han desbrozado solos.

—Claro, doctor —respondió la vieja—. Es nuestra obra. Bien hemos ganado el derecho de comer pan.

—Ya ve usted —dijo Benassis a Genestas—, el trabajo, tierra que hay que

cultivar; éste es el gran libro de los pobres. Ese buen hombre se creería deshonrado si fuese al hospital o si mendigase; quiere morir con el pico en la mano, en pleno campo, bajo el sol. Convengamos en que tiene un gran valor. A fuerza de trabajar, el trabajo se ha convertido en su vida; no obstante, tampoco teme a la muerte. Es profundamente filósofo, sin saberlo. Ese viejo padre Moreau me ha dado la idea de fundar en este distrito un asilo para los aparceros, para los obreros, para las gentes del campo que después de haber trabajado toda su vida llegan a una vejez honorable y pobre. Yo no contaba con la fortuna que he hecho y que, personalmente, me es inútil. Con poco le basta al hombre caído de la cima de sus esperanzas. La vida de los ociosos es la única que cuesta caro, y acaso es un robo social el consumir sin producir nada. Al enterarse de las discusiones que surgieron a raíz de su caída con motivo de su pensión, Napoleón dijo que no necesitaba más que un caballo y un escudo por día. Al venir aquí, yo había renunciado al dinero. Después he reconocido que el dinero representa facultades y es necesario para sembrar el bien. Así, pues, en mi testamento cedo mi casa con destino a la fundación de un asilo donde los desgraciados viejos sin cobijo, y que sean menos orgullosos que Moreau, puedan pasar sus últimos años. Luego, una parte de los nueve mil francos de renta que me producen las tierras y el molino será destinada, en los inviernos demasiado rigurosos, a socorrer en su propio domicilio a la gente realmente necesitada. Ese establecimiento estará bajo la tutela del consejo municipal, al que se adjuntará el cura como presidente. De esa manera quedará en el distrito la fortuna que el azar me ha hecho encontrar aquí. El reglamento de esa institución está ya trazado en detalle en mi testamento; basta decirle que todo está previsto en él. Incluso he creado un fondo de reserva que algún día permitirá al municipio conceder varias becas a los niños dotados para las artes o las ciencias. De este modo, mi obra civilizadora continuará aún después de mi muerte. Ya ve usted, capitán Bluteau, que cuando se ha comenzado una tarea, hay algo en nosotros que nos impulsa a no dejarla imperfecta. Esta necesidad de orden y perfección es uno de los signos más evidentes de un destino futuro. Ahora sigamos deprisa, pues he de acabar mi ronda y todavía tengo que ver a cinco o seis enfermos.

Después de haber trotado durante un rato en silencio, Benassis dijo riendo a su acompañante:

—Capitán Bluteau, me ha hecho charlar como una cotorra y usted no me dice nada de su vida, que debe ser curiosa. Un soldado de sus años ha visto demasiadas cosas para no tener más de una aventura que contar...

—Mi vida es la vida del ejército —respondió Genestas—. Todas las figuras militares se parecen. No habiendo mandado nunca, estando siempre en la categoría de los que reciben o reparten sablazos, he hecho como los demás. He ido adonde nos ha conducido Napoleón, y me he encontrado alineado en todas las batallas en las que ha intervenido la guardia imperial. Son acontecimientos de sobra conocidos. Cuidar de los caballos, padecer a veces hambre y sed, batirse cuando es preciso..., ésa es la vida del soldado de caballería. ¿No resulta tan clara como el día? Hay batallas que, para

nosotros, se reducen al sarcasmo de un caballo desherrado que nos pone en un aprieto. En suma, he visto tantos países, que me he acostumbrado a verlos, y he visto tantos muertos, que he acabado por no estimar en nada mi propia vida.

—Sin embargo, ha debido de verse personalmente en peligro en ciertos momentos..., y creo que esos peligros particulares serían curiosos relatados por usted...

—Tal vez —respondió el comandante.

—Pues bien, cuénteme lo que más le ha emocionado. No tema contármelo. No pensaré que le falte modestia aunque me confíe algún rasgo de heroísmo. Cuando un hombre está bien seguro de ser comprendido por aquéllos a quienes se confía, ¿no experimenta una especie de placer diciendo: «Yo he hecho esto»?

—Muy bien... Voy a contarle una particularidad que a veces me causa remordimientos. Durante los quince años que hemos estado combatiendo, todavía no he matado a un hombre si no ha sido en legítima defensa. Estamos en línea y cargamos; si no tumbamos a los que tenemos delante de nosotros, ellos no nos piden permiso para hacernos una sangría; así, pues, hay que matar para no ser demolido, y la conciencia queda tranquila. Pero, mi estimado señor, yo tuve que cascar a un camarada en una circunstancia particular. Cuando lo recuerdo, todavía me entristece, y la mueca de aquel hombre vuelve a veces a mi imaginación. Usted mismo juzgará... Era durante la retirada de Moscú. Nosotros teníamos más aspecto de una manada de bueyes acosados que de componentes del gran ejército. ¡Adiós la disciplina y las banderas! Cada cual era su dueño, y puede decirse que el emperador supo allí dónde acababa su poder. Al llegar a Studzianka, una pequeña aldea sobre el Beresina, hallamos granjas, cabañas medio destruidas, patatas enterradas y remolachas. Hacía algún tiempo que no habíamos visto casas ni comida, por lo que el ejército sacó la panza de mal año. Como puede suponer, los primeros en llegar se lo comieron todo. Yo fui de los últimos, pero afortunadamente para mí, tenía más sueño que hambre. Veo un hórreo, entro, y me topo con una veintena de generales, oficiales superiores, y todos, sin adularlos, de mucho mérito: Junot, Narbonne, el edecán del emperador, los jefazos del ejército... Había también soldados rasos que no habrían dado su jergón de paja a un mariscal de Francia. Unos dormían de pie, apoyados contra la pared, por no haber sitio; otros echados en el suelo, y todos bien apretujados mutuamente para tener algún calor. En cuanto a mí, busco en vano un rincón donde meterme. Ando sobre aquel piso de hombres; unos refunfuñaban, otros no decían nada, pero nadie se molestaba. No se habrían tomado la molestia de evitar una bala de cañón, pero allí no había obligación de seguir las máximas de la civilidad pueril y honesta. Por fin, al fondo del hórreo distingo una especie de techo interior, al cual nadie había tenido la idea, o acaso la fuerza, de subir. Lo hago, me instalo en él, y cuando ya estoy a mis anchas, contemplo a aquellos hombres como si fuesen becerros. El triste espectáculo casi me hizo reír. Unos roían zanahorias heladas con una expresión de placer animal, y los generales, envueltos en sus destrozados capotes,

roncaban como truenos. Una rama de abeto encendido iluminaba el hórreo, y si lo hubiese encendido, nadie se habría levantado para apagarlo. Me tendí de espaldas, y antes de dormirme, miré hacia arriba y vi que la viga maestra, sobre la que descansaba el techo y se apoyaban los tirantes, hacía un ligero movimiento de oriente a occidente. La maldita viga bailaba que daba gusto. «Señores, grité, afuera hay un camarada que quiere calentarse a nuestra costa». La viga no tardaría en caer. «¡Señores, señores, seguí gritando lo bastante fuerte como para despertar a un muerto, todos la vamos a diñar; fíjense en la viga!». Mis camaradas de jergón se fijaron en la viga, pero los que dormían reanudaron el sueño, y los que estaban comiendo, ni siquiera me contestaron. Al ver aquello, me vi obligado a abandonar mi sitio, con riesgo de que me lo quitaran, pues se trataba de salvar aquel amasijo de glorias. Salí, pues, di la vuelta alrededor del hórreo y topé con un gran diablo de wurtemburgués, que tiraba de la viga con gran entusiasmo. «¡Eh, ch!», le grité haciéndole comprender que debía cesar en su tarea. «*¡Gehe mir aus dem gesicht, oder ich schlag dich todt!*»^[1], gritó él. «¡Ah, bueno!, le respondí, si es así, ahí va eso». Y cogiendo su fusil, que había dejado en el suelo, me lo cargué y volví a entrar en el hórreo. Ése es el suceso.

—Era un caso de legítima defensa aplicado contra un hombre en beneficio de muchos; por lo tanto, no tiene nada de que reprocharse —dijo Benassis.

—Los otros —prosiguió Genestas— creyeron que me había dado algún antojo; pero, antojo o no, muchas de esas gentes viven ahora cómodamente en bellas mansiones, sin tener el corazón oprimido por el agradecimiento.

—¿No habría, pues, hecho el bien más que por recibir ese exorbitante interés llamado agradecimiento? —preguntó riendo Benassis—. Eso sería proceder con usura.

—Sí, ya sé —respondió Genestas— que el mérito de una buena acción se diluye al menor provecho que de ella se saca; contarla es apropiarse una renta de amor propio que vale por el agradecimiento. Sin embargo, si el hombre honrado y sincero se callara siempre, el beneficiado no hablaría apenas del favor. Con el sistema suyo, el pueblo tiene necesidad de ejemplos; ahora bien, ¿dónde los habría con ese silencio general? Y aún más. Si nuestro pobre pontonero, que ha salvado al ejército francés y que jamás ha estado en situación de referirlo con fruto, no hubiese conservado el uso de sus brazos, ¿acaso le daría pan su conciencia? ¿Puede responder a esto, señor filósofo?

—Tal vez no hay nada absoluto en moral —contestó Benassis—; pero esa idea es peligrosa, pues permite al egoísmo interpretar los casos de conciencia en provecho del interés personal. Escúcheme, capitán: el hombre que obedece estrictamente los principios de la moral, ¿no es más grande que quien se aparta de ellos, aun siendo por necesidad? Nuestro pontonero, completamente baldado y muriendo de hambre, ¿no sería sublime a la misma altura de Homero? La vida humana es sin duda una última prueba tanto para la virtud como para el genio, igualmente destinados a un mundo

mejor. La virtud y el genio me parecen las dos formas más bellas de esa constante abnegación que Jesucristo ha venido a enseñar a los hombres. El genio queda pobre iluminando al mundo, y la virtud se mantiene en silencio sacrificándose por el bien general.

—De acuerdo, señor —repuso Genestas—; pero la tierra está habitada por hombres y no por ángeles; no somos perfectos.

—Tiene razón —respondió Benassis—. Por mi parte, he abusado mucho de la facultad de cometer faltas... ¿Mas no deberíamos tender a la perfección? ¿No es la virtud para el alma un bello ideal que es preciso contemplar sin reposo como un modelo celeste?

—*Amén* —dijo el militar—. Le concedo que el hombre virtuoso es algo bello; pero convenga también en que la virtud es una divinidad que puede permitirse una brizna de conversación con todos los honores.

—¡Oh, señor...! —dijo el médico sonriendo con una especie de amarga melancolía—. Usted es indulgente con los que viven en paz consigo mismos, mientras que yo soy severo como hombre que se percata bien de los lunares que debe borrar de su vida...

Los dos jinetes habían llegado a una cabaña situada al borde del torrente. El médico entró en ella. Genestas se quedó en el umbral, contemplando a intervalos el espectáculo ofrecido por el lozano panorama y el interior de la choza, donde había un hombre acostado. Una vez examinado su enfermo, Benassis exclamó de pronto:

—No tengo por qué venir aquí buena mujer, si no hace lo que yo ordeno. Le ha dado pan a su marido... ¿Es que quiere matarlo? ¡Por vida de...! Si le da otra cosa que no sea su infusión de grama, no vuelvo a poner los pies aquí, y vaya a buscar un médico donde quiera.

—Pero, mi querido doctor Benassis, el pobre viejo gritaba de hambre, y cuando un hombre no se ha metido nada en el estómago en quince días...

—¿Sí, eh? ¿Quiere escucharme bien? Si deja comer a su hombre un solo bocado de pan antes de que yo le permita alimentarse, lo matará. ¿Comprendido?

—Se le privará de todo, mi querido señor... ¿Va mejor? —preguntó siguiendo al médico.

—No. Ha empeorado dándole de comer. ¿Es que no puedo meterle en esa cabezota que no hay que alimentar a las personas que tienen que hacer dieta...? Estos campesinos son incorregibles —añadió Benassis volviéndose hacia el oficial—. Cuando un enfermo no ha comido nada en unos días, le creen muerto, y lo atiborran de potaje, o de vino. Ahí tiene a una desgraciada que ha estado a punto de matar a su marido.

—Matar a mi marido por una pobre sopita de vino...

—Claro que sí, buena mujer. Me asombra encontrarle aún con vida después de su sopita. No olvide seguir exactamente mis instrucciones.

—¡Oh, sí...! Preferiría morir yo misma antes que dejar de cumplirlas.

—Bueno, ya lo veremos. Mañana por la tarde volveré para sangrarle... Sigamos a pie el torrente —dijo Benassis a Genestas—. Desde aquí a la casa adonde tengo que ir no hay camino para los caballos. El hijo de este hombre nos los guardará. Admire un poco nuestro hermoso valle... ¿No es un jardín inglés? Vamos ahora a casa de un obrero inconsolable por la muerte de uno de sus hijos. Su primogénito, joven aún, quiso trabajar como un hombre en la última cosecha, y por hacer un esfuerzo superior a sus fuerzas, murió de consunción a finales de otoño. Ésta es la primera vez que encuentro tan desarrollado el sentimiento paternal. Por lo común, los campesinos deploran en sus hijos muertos la pérdida de una cosa útil que forma parte de su fortuna, y la pena es mayor o menor según su edad. Una vez llegado a la edad adulta, un hijo se convierte en un capital para el padre. Pero ese pobre hombre quería verdaderamente a su hijo. «Nada me consuela de esta pérdida», me dijo un día que le vi en un prado, en pie e inmóvil y olvidado de su tarea, apoyado en la guadaña y teniendo en la mano la piedra de afilar, de la que no se servía. No me ha vuelto a hablar de su pena, pero es un hombre taciturno y triste. Ahora, una de sus hijas está enferma.

Hablando, hablando, Benassis llegó con su huésped a una casucha cercana a un molino de batán. Allí, debajo de un sauce y de pie, vieron a un hombre de unos cuarenta años, quien se estaba comiendo una rebanada de pan frotado con ajo.

—¿Qué hay, Gasnier? ¿Va mejor la pequeña?

—No lo sé, doctor —respondió con aire melancólico—. Ahora la verá; mi mujer está a su lado. A pesar de los cuidados de usted, temo que la muerte haya entrado en mi casa para llevárselo todo.

—La muerte no se aloja en casa de nadie, Gasnier; no tiene tiempo. No se desanime.

Benassis entró en la casa, seguido del padre. Media hora después salió, acompañado de la madre, a la que le dijo:

—No se preocupe en absoluto. Haga lo que le he recomendado, y se salvará... Si todo esto le aburre —dijo luego el médico al militar, cabalgando de nuevo—, puedo indicarle el camino del poblado para que vuelva a casa.

—No; le aseguro que no me aburro lo más mínimo.

—Por todas partes verá cabañas que se parecen la una a la otra. Aparentemente, nada es más monótono que el campo.

—Sigamos —repuso el militar.

Durante algunas horas recorrieron el distrito, atravesándolo en su anchura, y hacia el atardecer volvieron a la parte inmediata al poblado.

—Ahora tengo que ir allí —dijo el médico a Genestas, señalándole un paraje en el que había unos olmos—. Esos árboles tal vez tienen doscientos años —añadió—. Ahí vive la mujer por quien ayer vino a buscarme un muchacho a la hora de cenar, diciendo que se había quedado blanca.

—¿Es peligroso?

—No —respondió Genestas—. Efectos del embarazo. Esa mujer está en el último mes. A menudo, en esta época, algunas sufren espasmos. Pero siempre es necesario, por precaución, ir, por si se ha presentado algo alarmante; yo mismo asistiré a esa mujer en su parto. Por lo demás, allí le enseñaré una de nuestras nuevas industrias; un tejar. El camino es bueno, ¿quiere galopar un poco?

—¿Me seguirá su caballo? —dijo Genestas arreando al suyo—. ¡Hala, Neptuno!

En un abrir y cerrar de ojos, el oficial se alejó cien pasos, desapareciendo entre una nube de polvo; pero a pesar del galope de su caballo, oyó siempre al médico a su lado. Benassis dijo luego una palabra a su montura, y pasó al comandante, quien no le alcanzó sino en el tejar, cuando el médico ataba tranquilamente a su equino a una valla.

—¡Que el diablo le lleve! —exclamó Genestas mirando al caballo del médico, el cual ni sudaba ni jadeaba—. ¿Qué especie de bestia es ésa?

—¡Oh...! —respondió riendo el médico—. Usted creyó que era un rocín. De momento, la historia de este hermoso animal nos llevaría demasiado tiempo; bástele saber que *Rustán* es un auténtico berberisco venido del Atlas. Y un caballo berebere vale por uno árabe. Éste sube las montañas a galope sin que se le moje el pelo, y trota a un paso de los precipicios. Por otra parte, es un regalo bien ganado. Un padre creyó pagarme así la vida de su hija, una de las más ricas herederas de Europa, a la que encontré moribunda camino de Savoya. Si le dijera cómo salvé a la joven, me tomaría por un charlatán... ¡Vaya! Oigo cascabeles de caballos y el ruido de una carreta en el camino; veamos si por casualidad es Vigneau en persona. Mire bien a ese hombre.

El oficial no tardó en ver cuatro briosos caballos guarnecidos como los de los labriegos más acomodados de la Brie. Las lazadas de lana, los cascabeles y los cueros llamaban la atención por su esmerada limpieza. En la amplia carreta, pintada de azul, había un rollizo y mofletudo mozo, tostado por el sol y que silbaba teniendo el látigo como un fusil en armas al hombro.

—No, no es más que el carretero —dijo Benassis—. Admire un poco cómo el bienestar industrial del dueño se refleja en todo, incluso en la indumentaria de ese carretero. ¿No es indicio de una inteligencia comercial bastante rara en el campo?

—Sí, desde luego; todo eso parece bien cuidado —asintió el militar.

—Pues Vigneau tiene dos carruajes iguales. Además, tiene una jaca para cuando va a hacer sus negocios, pues su comercio se extiende ahora muy lejos. Y hace cuatro años ese hombre no tenía nada... Me equivoco, tenía deudas... Pero entremos.

—Muchacho —dijo Benassis al carretero—, ¿está en casa la señora Vigneau?

—Está en el jardín, doctor; la acabo de ver por encima de la cerca; le anunciaré su llegada.

Genestas siguió a Benassis, quien le hizo recorrer un amplio terreno cercado. En un rincón había amontonadas las tierras blancas y la arcilla necesarias para la fabricación de las tejas y los ladrillos; en otro se apilaban los haces de brezo y los leños para el horno; más allá, en una superficie con vallas de caña, varios obreros

trituran piedras o amasaban tierra ladrillera; frente a la entrada, bajo los corpulentos olmos, había la fábrica de tejas redondas y cuadradas, un gran espacio verde terminado por los tejados del secador, junto al cual estaban el horno y su bocaza, sus largas palas y su entrada honda y negra. Paralelo a estas construcciones había un edificio de aspecto bastante miserable, el cual servía de vivienda a la familia y donde instalaron las dependencias, las cuadras, el establo y el hórreo. Volátiles y cerdos vagaban por el espacioso terreno. La limpieza que reinaba en los distintos establecimientos y su buen estado de conservación atestiguaban la vigilancia del dueño.

—El predecesor de Vigneau —dijo Benassis— era un desgraciado, un vago al que no le gustaba más que beber. Obrero en otro tiempo, sabía calentar su horno y pagar sus jornales, y nada más; no tenía actividad ni espíritu comercial. Si no venían a buscar su mercancía, se quedaba allí, estropeándose y perdiéndose. Y, claro, se moría de hambre. Su mujer, a la que había dejado casi imbécil con sus malos tratos, se pudría de miseria. Aquella pereza, aquella incurable estupidez, me hacían sufrir tanto y el aspecto de esta fábrica me resultaba tan insoportable, que evitaba pasar por aquí. Por fortuna, ese hombre y su mujer eran viejos. Un buen día el tejero tuvo un ataque de parálisis, y lo mandé en seguida al hospicio de Grenoble. El propietario del tejar consintió en volverlo a tomar sin discusión en el estado en que se hallaba, y busqué nuevos arrendatarios que pudieran participar en las mejoras que yo quería introducir en todas las industrias del distrito. El marido de una camarera de la señora Gravier, pobre obrero que ganaba muy poco donde trabajaba y no podía sostener a su familia, escuchó mis consejos, y tuvo el suficiente valor para, sin un céntimo, tomar en alquiler nuestro tejar. Vino a instalarse aquí, y enseñó a su mujer, a la madre de su mujer y a su propia madre a modelar tejas y ladrillos, convirtiéndolas en sus operarios. Sinceramente, yo no sé cómo se las apañaron. Supongo que Vigneau pidió madera a préstamo para encender el horno, sin duda buscó sus materiales de noche en cuévanos y los trabajó durante el día; en fin, desarrolló una energía sin límites y las dos viejas madres desharrapadas trabajaron como negras. Vigneau pudo así cocer algunas hornadas y pasó el primer año comiendo el pan duramente ganado con los sudores de su familia; pero se sostuvo. Su ánimo y su paciencia ganaron la consideración de muchas personas, y se dio a conocer. Infatigable, corría por la mañana a Grenoble, donde vendía sus tejas y sus ladrillos; luego volvía a casa cerca del mediodía, y regresaba a la villa durante la noche; parecía multiplicarse. Hacia finales del primer año, tomó dos muchachos por ayudantes. Viendo eso, le presté algún dinero. Y ahí tiene usted: de año en año mejoró la suerte de esta familia. Ya desde el segundo, las dos viejas madres no moldearon más ladrillos ni trituraron piedras; cultivaron sus pequeños huertos, cocinaron, zurcieron las ropas, hilaron en los atardeceres y fueron al bosque durante el día. La esposa, que sabe leer y escribir, llevaba las cuentas. Vigneau compró un caballo para andar por los alrededores y buscar clientes; luego estudió la técnica ladrillera y halló el medio de fabricar bellas

baldosas blancas, y las vendió más baratas del precio a que estaban. El tercer año tuvo una carreta y caballos. Cuando compró sus primeras ropas, su mujer resultó casi elegante. Todo fue de acuerdo con su familia y según las ganancias, y siempre mantuvo en su casa el orden, la economía y el aseo, principios generadores de su pequeña fortuna. Finalmente, llegó a tener seis obreros, pagándolos bien, y un carretero, y puso su casa en buenas condiciones; en una palabra, poco a poco, ingeniándose y ampliando sus trabajos y su comercio, se ha labrado una posición. El año pasado compró el tejar y el próximo reconstruirá su vivienda. Ahora, todas esas buenas gentes disfrutan de buena salud y visten bien. La mujer, flaca y pálida, que compartió antes los cuidados y las inquietudes de su esposo, ahora ha engordado y se la ve lozana y bonita. Las dos madres se ocupan de los pequeños detalles de la casa y del comercio. El trabajo ha producido dinero, y el dinero, al proporcionar la tranquilidad, ha traído la salud, la abundancia y la alegría. Verdaderamente, esta familia es para mí la historia viviente de mi municipio y la de los jóvenes Estados comerciantes. Este tejar, que antes yo veía triste, vacío, sucio e improductivo, está ahora en pleno rendimiento, habitado, animado, rico y abastecido. Hay aquí una buena cantidad de madera y todos los materiales necesarios para los trabajos de la temporada, pues usted ya sabe que la teja no se fabrica sino en cierta época del año, entre junio y septiembre. ¿No alegra esta actividad? Mi tejero ha cooperado en todas las construcciones de la aldea. Siempre despabilado, siempre yendo y viniendo, siempre activo, las gentes del distrito le llaman *el Voraz*.

Apenas acababa de hablar Benassis cuando una mujer joven y bien vestida, tocada con un lindo gorro y con medias blancas, delantal de seda y una blusa rosa, atuendo que recordaba algo su antigua condición de camarera, abrió la puerta que daba al jardín, y avanzó tan ágil como le permitía su embarazo, pero los dos jinetes fueron a su encuentro. La señora Vigneau era, en efecto, una hermosa mujer algo metida en carnes, de tez morena, aunque su piel debía de ser blanca. Si bien la frente tenía algunas arrugas, huellas de su pasada miseria, su rostro era risueño y afable.

—Doctor Benassis —dijo con acento jovial, viéndole detenerse—, ¿no me hará el honor de descansar un momento en mi casa?

—Con mucho gusto —respondió él—. Pase, capitán.

—Los señores tendrán mucho calor. ¿Quieren un poco de leche o de vino? Doctor Benassis, pruebe el vino que mi marido ha tenido la bondad de procurarse para mi parto. Ya me dirá si es bueno.

—Tiene un buen hombre por marido.

—Sí, señor —respondió ella volviéndose—. He tenido mucha suerte.

—No tomaremos nada, señora Vigneau. Venía solamente a ver si le había ocurrido algo desagradable.

—Nada —respondió ella—. Ya ha visto usted; estaba en el huerto rastrillando un poco por hacer algo.

En aquel momento llegaron para ver a Benassis las dos madres, y el carretero se

quedó inmóvil en medio del patio, en un sitio desde donde podía contemplar al médico.

—Veamos, deme la mano —dijo Benassis a la señora Vigneau.

Tomó el pulso de la joven con una atención escrupulosa, concentrándose y permaneciendo silencioso. Durante ese tiempo, las tres mujeres examinaban al comandante, con esa ingenua curiosidad que a las gentes del campo no les sonroja demostrar.

—Todo va estupendamente —exclamó satisfecho el médico.

—¿Parirá pronto? —preguntaron las dos madres.

—Sin duda esta misma semana. ¿Ha regresado Vigneau? —inquirió tras una pausa.

—Sí, señor —respondió la joven—. Mi buen hombre procura terminar cuanto antes sus asuntos para poderse quedar en casa durante mi parto.

—Bien, bien, prosperen... Continúen haciendo fortuna y aumentando el mundo.

Genestas demostraba una gran admiración por la limpieza que reinaba en el interior de aquella vivienda casi ruinosa. Al ver el asombro del oficial, Benassis le dijo:

—No hay como la señora Vigneau para adecentar así una casa. Me gustaría que muchas gentes de la aldea viniesen a tomar lecciones aquí.

La mujer del tejero volvió la cabeza, ruborizándose; pero las dos madres dejaron impreso en su rostro el placer que les producían los elogios del médico, a quien las tres acompañaron hasta donde estaban los caballos.

—Bueno —dijo Benassis dirigiéndose a las dos viejas—, ya son ustedes felices. ¿No querían ser abuelas?

—¡Oh...! No me hable de eso —dijo la futura madre—. Me hacen rabiar. Mis dos madres quieren un chico, y mi marido una niña; me parece que será muy difícil contentarles a todos.

—Y usted, ¿qué es lo que desea? —preguntó riendo Benassis.

—Yo, doctor, quiero un chico.

—Como ve usted, ella es ya madre —añadió el médico dirigiéndose al oficial, mientras cogía al caballo por la brida.

—Adiós, doctor Benassis —dijo la joven—. Mi marido sentirá mucho no haber estado aquí, cuando sepa que ha venido.

—¿No habrá olvidado enviar mi millar de tejas a la Grange-aux-Belles?

—Ya sabe usted que dejaría todos los encargos del distrito para servirle. Lo que más le pesa es cobrarle dinero; pero yo le digo que los escudos del doctor traen suerte, y es verdad.

—Hasta la vista —dijo Benassis.

Las tres mujeres, el carretero y los dos obreros que salieron de los talleres para ver al médico, se quedaron agrupados en torno a la valla que servía de puerta del tejear, para poder disfrutar de su presencia hasta el último momento, como todo el

mundo hace con las personas que le son queridas. ¿No son uniformes en todos los sitios las inspiraciones del corazón? También las dulces costumbres de la amistad son naturalmente seguidas en cualquier lugar.

Después de observar la posición del sol, Benassis dijo a su acompañante:

—Nos quedan aún dos horas de día, y si no está demasiado hambriento, iremos a ver una encantadora criatura a la que concedo casi todo el tiempo que me queda hasta la hora de la cena, después de haber terminado mis visitas. La llaman mi *buena amiga* en el distrito, pero no crea que ese sobrenombre, usado aquí para designar a una esposa futura, pueda encubrir o autorizar la menor maledicencia. Aunque mis solicitudes por esa pobre muchacha la hagan objeto de una envidia bastante concebible, la opinión que cada cual se ha formado de mi carácter impide todo dicho malévolo. Si nadie se explica la fantasía a la que yo parezco ceder otorgando a la Fosera una renta para que viva sin verse obligada a trabajar, todo el mundo cree en su virtud; nadie ignora que si mi cariño pasara alguna vez de los límites de una protección amistosa, no vacilaría un instante en casarme con ella. Pero —añadió el médico, esforzándose por sonreír— no existe mujer para mí en el distrito ni en otra parte. Un hombre muy expansivo, mi estimado señor, siente una invencible necesidad de apegarse a una cosa o a un ser entre todos los seres y cosas de que está rodeado, sobre todo cuando para él la vida es un desierto. Así, créame usted, juzgue siempre favorablemente al hombre que quiere a su perro o a su caballo. Entre el doliente rebaño que el azar me ha confiado, esa pobre pequeña enferma es para mí lo que en mi soleado país, el Languedoc, es la oveja querida, a la que las pastoras ponen cintas ajadas, a la que le hablan y le dejan pacer en los trigales y cuyo andar indolente jamás acosan los perros.

Mientras hablaba, Benassis permaneció en pie, cogiendo la crin del caballo al disponerse a montar, pero sin hacerlo, como si el sentimiento que le agitaba no pudiera concordar con movimientos bruscos.

—¡Vamos! —exclamó—. Venga a verla. ¿No es llevarle a su casa decirle que la trato como a una hermana?

Una vez a caballo los dos jinetes, Genestas le dijo al médico:

—¿Sería indiscreto preguntándole algunos datos sobre su Fosera? Entre todas las existencias que me ha hecho conocer, no será la menos interesante.

—Señor —respondió Benassis deteniendo su caballo—, tal vez no compartirá el interés que me inspira la Fosera. Su destino se parece al mío: nuestra vocación ha sido defraudada; el sentimiento que le otorgo y las emociones que experimento al verla provienen de la similitud de nuestras situaciones. Una vez ingresado en la carrera de las armas, usted siguió su inclinación, o bien le tomó gusto a ese oficio; de otro modo, no habría quedado a su edad bajo el pesado arnés de la disciplina militar; no debe, pues, comprender las desventuras de un alma cuyos deseos renacen constantemente y son siempre traicionados, ni el constante pesar de una criatura obligada a vivir al margen de su esfera. Esos sufrimientos quedan como un secreto

entre las criaturas y Dios, quien les envía esas aflicciones, pues sólo ellas conocen la fuerza de las impresiones que les causan los acontecimientos de la vida. Sin embargo, usted mismo, testigo hastiado de tantos infortunios producidos en el curso de una prolongada guerra, ¿acaso no le ha sacudido cierta tristeza al ver un árbol cuyas hojas eran ya amarillas en plena primavera, un árbol languideciente y moribundo por no haberle plantado en un terreno en el que hubiese los principios necesarios para su completo desarrollo? Desde la edad de veinte años, me hacía daño la pasiva melancolía de una planta enfermiza; ahora, vuelvo siempre la cabeza al verla. Mi dolor de niño era el vago presentimiento de mis dolores de hombre; una especie de simpatía entre mi presente y un porvenir que intuitivamente percibía en medio de esta vida vegetal doblada antes de tiempo hacia el fin adonde van a parar los árboles y los hombres.

—Al verle con tanta bondad, pienso en lo que habrá sufrido.

—Ya comprenderá, señor —prosiguió el médico, sin responder a la observación de Genestas—, que hablar de la Fosera es hablar de mí. La Fosera es una planta fuera de su centro, pero una planta humana, constantemente devorada por pensamientos tristes o profundos que se multiplican los unos por los otros. Esa pobre muchacha sufre siempre. En ella, el alma mata al cuerpo. ¿Podía yo ver con frialdad a una débil criatura presa del dolor más grande y menos apreciado que haya en nuestro egoísta mundo, cuando yo, hombre y fuerte frente a los sufrimientos, he sentido cada noche la tentación de negarme a soportar el fardo de una desgracia semejante? Y acaso me negaría si no fuera el pensamiento religioso que lima mis pesares y me llena el corazón de dulces ilusiones. Si no fuésemos todos hijos del mismo Dios, la Fosera también sería mi hermana en el sufrimiento.

Benassis espoleó los flancos de su caballo y tiró del comandante Genestas, como si hubiese temido continuar en el mismo tono la conversación empezada.

—Señor —repuso cuando los caballos trotaron aparejados—, la naturaleza ha creado, por decirlo así, a esa pobre criatura para el dolor, como ha creado otras mujeres para el placer. Al ver tales predestinaciones, resulta imposible no creer en otra vida. Todo actúa en la Fosera: si el tiempo está gris y sombrío, ella también está triste y *llora con el cielo*; esta expresión es suya. Ella canta con los pájaros, se tranquiliza y se serena con el cielo, y aparece bella en un hermoso día; un perfume delicado es para ella un placer casi inagotable; la he visto gozando, casi todo un día, del aroma exhalado por la gualda tras uno de esos amaneceres lluviosos que despiertan el alma de las flores y dan al día un no sé qué de fresco y de brillante; ella se había abierto con la naturaleza, con todas las plantas. Si la atmósfera es pesada, electrizante, la Fosera tiene vapores que nada puede calmar, se acuesta y se queja de mil diversos males, sin saber qué tiene; si la interrogo, responde que los huesos se le ablandan y que la carne se le funde en agua. Durante esas horas inanimadas, no siente la vida más que por el sufrimiento; su corazón está *fuera de ella*, por decirle otra de sus expresiones. Algunas veces he sorprendido a la pobre muchacha llorando ante el

aspecto de ciertos cuadros que se perfilan en nuestras montañas a la puesta del sol, cuando numerosas y magníficas nubes se apalotan sobre nuestras alturas de oro. «¿Por qué llora usted, mi pequeña?», le decía yo. «No lo sé, doctor, me respondía ella. Estoy como asustada mirando allá arriba, e ignoro dónde estoy, a fuerza de ver». «¿Qué es lo que ve?». «Doctor, no se lo puedo decir». Y por mucho que le preguntase entonces durante la velada, no le sacaría una sola palabra; pero le dirigía miradas llenas de pensamientos, o permanecería con los ojos húmedos, callada, visiblemente recogida. Su recogimiento es tan profundo que se comunica; por lo menos, ella flota entonces sobre mí como una nube demasiado cargada de electricidad. Un día, la estreché a preguntas, pues quería a toda costa hacerla hablar, y le dije algunas palabras demasiado vivas; pues bien, señor, ella se echó a llorar. En otros momentos, la Fosera es alegre, afable, risueña, activa, espiritual; habla con placer, expresa ideas nuevas, originales, incapaz, sin embargo, de entregarse a ninguna especie de trabajo continuado; cuando iba a los campos, se quedaba horas enteras ocupada en contemplar una flor, en ver deslizarse el agua, en observar las pintorescas maravillas que se encuentran bajo los arroyos límpidos y tranquilos, esos lindos mosaicos compuestos de guijarros, de tierra, de arena, de plantas acuáticas, de musgo, de sedimentos pardos cuyos colores son tan suaves y cuyas tonalidades ofrecen tan curiosos contrastes. Cuando yo vine a esta región, la pobre muchacha se moría de hambre; humillándole aceptar el pan ajeno, no recurría a la caridad pública sino en el momento en que se veía impulsada a ello por un extremado sufrimiento. A menudo la vergüenza le prestaba energías; durante algunos días trabajaba en la tierra, pero agotada pronto, una enfermedad la forzaba a abandonar la labor comenzada. Apenas restablecida, entraba en cualquier granja de los alrededores pidiendo que le confiaran el cuidado de las bestias, pero después de haber desempeñado sus funciones con inteligencia, se marchaba sin decir por qué. Su labor cotidiana era sin duda un yugo demasiado pesado para ella, que es toda independencia y capricho. Entonces se ponía a buscar trufas o setas, e iba a venderlas a Grenoble. En la villa, tentada por las chucherías, olvidaba su miseria creyéndose rica con algunas pequeñas monedas, y se compraba cintajos y baratijas, sin pensar en su pan del día siguiente. Luego, si alguna muchacha de la aldea deseaba su cruz de cobre, su medalla en forma de corazón, o su lazo de terciopelo, se los daba, feliz por contentarla, pues ella vive por el corazón. Así, la Fosera era alternativamente querida, compadecida y despreciada. La pobre muchacha sufría de todo, de su pereza, de su bondad y de su coquetería, pues ella es coqueta, golosa y curiosa; en fin, es mujer, y se entrega a sus impresiones y a sus gustos con una ingenuidad infantil. Cuénteles alguna hermosa acción, y se estremecerá y se ruborizará, le palpitará el pecho y llorará de gozo; si le relata una historia de ladrones, palidecerá de espanto. Es la naturaleza más auténtica, el corazón más franco y la probidad más delicada que pueda hallarse; si le confía cien monedas de oro, las enterrará en un rincón y continuará mendigando su pan.

La voz de Benassis se alteró al decir estas palabras.

—Yo he querido probarla, señor —prosiguió—, y me he arrepentido. ¿No supone una prueba un espionaje, una desconfianza cuando menos?

Aquí el médico se detuvo como si se hiciera una reflexión secreta, y no observó la perplejidad que sus palabras habían causado en su acompañante, quien para no descubrir su confusión se ocupaba en desenredar las riendas de su caballo.

—Quisiera casar a mi Fosera. De buen grado daría una de mis granjas a cualquier noble mozo que la hiciera feliz, y ella lo sería. Sí, la pobre muchacha querría a sus hijos con locura, y todos los sentimientos de que rebosa se verterían en aquel que los comprende todos en la mujer, en «la maternidad»; pero ningún hombre la conmueve. Sin embargo, es de una sensibilidad peligrosa para ella, y ella lo sabe y me ha confesado su nerviosa predisposición cuando ha visto que yo me percataba. Pertenece al pequeño número de mujeres en las cuales el menor contacto produce un estremecimiento peligroso; así hay que agradecerle su cordura, su orgullo de mujer. Es inquieta como una golondrina. ¡Ah, qué rica naturaleza, señor! Estaba hecha para ser una mujer ejemplar, amada; habría sido caritativa y constante. A los veintidós años se dobla ya bajo el peso de su alma, y languidece víctima de sus fibras demasiado vibrantes, de su organización demasiado fuerte o delicada. Una viva pasión traicionada volvería loca a mi pobre Fosera... Después de estudiar su temperamento; después de comprender la realidad de sus prolongados ataques de nervios y de sus aspiraciones eléctricas; después de encontrarla en flagrante armonía con las vicisitudes de la atmósfera, con las variaciones de la luna, he cuidado de ella como de una criatura distinta de las otras y cuya enfermiza existencia sólo podía comprendérsela yo. Es, como ya le he dicho, la oveja de los lazos Pero usted mismo va a verla; aquí está su casita.

En ese momento habían llegado al sitio en que el camino sube por rampas orilladas de matorros, y siguieron al paso. Al llegar al recodo de una de las rampas, Genestas vio la casa de la Fosera, vivienda enclavada en una de las principales prominencias de la montaña. Un lindo césped en declive de unas dos hectáreas, plantado de árboles y del que brotaban varias cascadas, estaba protegido por un pequeño muro lo bastante alto para servir de cerca, pero no para ocultar el paisaje. La casa, de ladrillo y de techumbre plana que sobresalía algunos centímetros, producía un efecto agradable en medio del panorama. Se componía de la planta y un piso, con puerta y contraventana pintadas de verde. Cara al mediodía, no tenía suficiente anchura ni profundidad para tener más aberturas que las de la fachada, cuya rústica elegancia consistía en una excesiva limpieza. A tenor con la moda alemana, el saliente de los aleros lo reforzaban unas tablas pintadas de blanco. Algunas acacias en flor y otros árboles aromáticos, espinos rosa, plantas trepadoras, un gran nogal que se había respetado y algunos sauces llorones plantados en las orillas del arroyo, se elevaban en torno a la casita, detrás de la cual había un espesor de hayas y de abetos; un vasto fondo negro que destacaba vivamente el lindo edificio. En ese momento del día, el aire estaba embalsamado por los diferentes aromas de la montaña y del jardín

de la Fosera. El cielo, puro y despejado, aparecía nuboso en el horizonte. En la lejanía, las cimas comenzaban a perder las vivas tonalidades rosa que les presta a menudo el ocaso. Desde esta altura, se veía todo el valle, entre Grenoble y el cinturón circular de rocas bajo las cuales está el pequeño lago que Genestas atravesó la víspera. Por encima de la casa, a una larga distancia, aparecía la línea de álamos que indicaba el ancho camino que iba de la aldea a Grenoble. Y, en fin, la aldea, atravesada oblicuamente por los rayos del sol, cabrilleaba como un diamante al reflejar en todas sus ventanas rojas luminarias que parecían fluir. Ante este panorama, Genestas detuvo el caballo, señaló los edificios del valle, la nueva aldea y la casa de la Fosera, y dijo suspirando:

—Después de la victoria de Wagram y el retorno de Napoleón a las Tullerías en el año 1815, vea lo que me ha causado más emoción. Le debo este placer, doctor, puesto que me ha ayudado a conocer las bellezas que un hombre puede encontrar a la vista de un paisaje.

—Sí —repuso el médico sonriendo—. Vale más construir villas que tomarlas.

—¡Oh, señor...! La toma de Moscú y la rendición de Mantua..., usted no sabe qué es eso. ¿No es una gloria que a todos nos pertenece? Usted es un hombre, bueno, pero Napoleón también lo era; sin Inglaterra, usted y él se habrían comprendido, y nuestro emperador no habría caído; ahora puedo confesar que le amo; está muerto... y —añadió el oficial mirando en derredor— aquí no hay espías. ¡Qué soberano! Comprendía a todo el mundo, lo adivinaba. A usted lo habría nombrado consejero de Estado, porque era administrador, y gran administrador, hasta el punto de saber cuántos cartuchos había en las cartucheras después de un combate. ¡Pobre hombre! Mientras usted me hablaba de su Fosera, yo pensaba que él había muerto en Santa Elena. ¿Era aquél el clima y la vivienda que podían satisfacer a un hombre acostumbrado a vivir con los pies en los estribos y las nalgas sobre un trono? Se dice que hacía trabajos de jardinería. ¡Diablos! No estaba hecho para plantar coles... Ahora hemos de servir a los Borbones, y servirlos lealmente, doctor, pues, después de todo, Francia es Francia, como usted dijo ayer.

Al pronunciar estas últimas palabras, Genestas bajó del caballo e imitó maquinalmente a Benassis, quien alaba la brida del suyo a un árbol.

—¿Es posible que no esté la Fosera? —dijo el médico al no verla en el umbral de la puerta.

Entraron y no encontraron a nadie en la sala de la planta baja.

—Si ha oído a los caballos —dijo Benassis sonriendo—, habrá subido para ponerse un gorro, un cinturón, algún trapo...

Dejó solo a Genestas y subió él mismo a buscar a la Fosera. El comandante examinó la sala. Las paredes estaban empapeladas, gris el fondo y sembrado de rosas, y en el suelo una estera de paja que hacía de alfombra. Las sillas, el sofá y la mesa eran de madera sin pulir. Una especie de jardineras hechas con aros y mimbres, conteniendo flores y musgo, adornaban el aposento, cuyas ventanas estaban

protegidas por cortinas de percal blanco con franjas rojas. Encima de la chimenea, un espejo y un jarrón de porcelana entre dos lámparas; junto al sofá, un taburete de abeto; luego, sobre la mesa, tela cortada, algunas sobaqueras aparejadas, camisas empezadas y, en fin, los avíos de una lencera; su cestillo, sus tijeras, hilo y agujas. Todo estaba limpio y fresco como una concha arrojada por el mar a un montón de grava. Al otro lado del pasillo, en el fondo del cual había una escalera, Genestas percibió una cocina. El primer piso, igual que la planta baja, debía de componerse de dos piezas.

—No tenga usted miedo —decía Benassis a la Fosera—. Ea, venga...

Al oír estas palabras, Genestas regresó en seguida a la sala, y no tardó en aparecer una muchacha delgada y bien proporcionada, con un vestido de percalina a rayas; pudorosa y tímida, el rubor le teñía el rostro, el cual sólo tenía de notable cierta lisura de sus facciones, lo que hacía recordar esas figuras cosacas y rusas que los desastres del año 1814 han hecho desgraciadamente populares en Francia. La Fosera, en efecto, como las gentes del Norte, tenía una nariz respingona y achatada; su boca era grande, el mentón breve, las manos y los brazos muy encarnados y los pies grandes y duros como los de las campesinas. Aunque expuesta a la acción del sol y el aire libre, su tez era pálida como lo es la hierba mustia, pero ese color hacía que desde el primer momento interesase su fisonomía; luego tenía en sus azules ojos una expresión tan dulce, y tanta gracia en sus movimientos, y cadencia en su voz, que, a pesar del aparente desacuerdo de sus rasgos con las cualidades que Benassis había ensalzado al comandante, éste reconoció en ella a la criatura caprichosa y enfermiza, víctima de los sufrimientos de una naturaleza contrariada en su desarrollo. Después de avivar el fuego de turba y ramas secas, la Fosera se sentó en una butaca y cogió una camisa que tenía a medio terminar; se sabía observada por el oficial, y siguió su quehacer sin reprimir su rubor y sin atreverse a levantar los ojos, tranquila en apariencia, aunque los movimientos precipitados de su busto, cuya belleza impresionó a Genestas, revelaron su desazón.

—Bien, mi pobre niña; ¿está ya muy adelantada? —le preguntó Benassis, mientras removía los trozos de tela destinada a confeccionar camisas.

La Fosera miró al médico con gesto tímido y suplicante.

—No me riña, doctor —respondió—. Hoy no he hecho nada, aunque me las hayan encargado usted y otras personas que las necesitan mucho... ¡Ha sido tan magnífico el tiempo...! Me he paseado, le he recogido setas y trufas blancas, que he llevado a Jacquotte, de lo que se ha alegrado mucho, pues tiene gente a cenar. Me he alegrado mucho por haberlo adivinado. Algo me decía que fuese a buscarlas.

Seguidamente reanudó su trabajo.

—Tiene una casa muy linda, señorita —le dijo Genestas.

—No es mía, señor —respondió ella mirando al forastero con ojos que parecían enrojecer—. Es del doctor Benassis.

Y miró con ternura al médico.

—Ya sabe usted, pequeña, que no se la echará de aquí nunca —dijo él cogiéndole la mano.

La Fosera se levantó con brusco movimiento y salió.

—Bien —preguntó el médico al oficial—, ¿qué le parece?

—Me ha conmovido singularmente —respondió Genestas—. Le ha arreglado muy gentilmente su nido.

—¡Bah! Papel de quince o veinte sueldos, aunque bien escogido; nada. Los muebles no son gran cosa; los ha fabricado mi cestero, que ha querido demostrarme su agradecimiento. La propia Fosera ha hecho las cortinas con algunas varas de algodón. La vivienda, el mobiliario tan sencillo, le parecen bonitos porque los ve en la ladera de una montaña, en una región perdida donde no esperaba encontrar nada delicado; pero el secreto de esta elegancia reside en una especie de armonía entre la casa y la naturaleza, que ha reunido aquí arroyos, algunos árboles bien agrupados, y ha esparcido por ese césped sus hierbas más bellas, sus fresales perfumados, sus lindas violetas... Bueno, ¿qué le pasa? —le dijo Benassis a la Fosera al ver que volvía.

—Nada, nada —contestó ella—. Creí que no había entrado una de mis gallinas.

Mentía; pero sólo el médico se percató de ello y le dijo al oído:

—Usted ha llorado.

—¿Por qué me dice esas cosas delante de otras personas? —respondió ella.

—Señorita —le dijo Genestas—, hace usted mal en vivir aquí sola; en una jaula tan encantadora como ésta, le haría falta un marido.

—Eso es verdad —repuso ella—. Pero ¿qué quiere usted? Yo soy pobre y difícil. No me siento con humor para ir a llevar la comida a los campos o para conducir una carreta, ni para sufrir la miseria de aquéllos a quienes yo amaría, y sin poderla remediar, y tener críos en brazos durante todo el día, y remendar los harapos de un hombre. El señor cura me dice que esos pensamientos son poco cristianos; ya lo sé, ¿pero qué puedo hacer? Hay días que prefiero comer un mendrugo que hacerme algo para cenar. ¿Para qué cargar a un hombre con mis defectos? Tal vez se mataría para satisfacer mis fantasías, y eso no sería justo. ¡Bah! Me habrán echado mal de ojo, y debo soportarlo yo sola.

—Además, mi pobre Fosera ha nacido holgazana —observó Benassis—. Hay que tomarla como es. Pero lo que ella le ha dicho significa que todavía no ha querido a nadie —añadió riendo.

Seguidamente se levantó y salió un momento al césped.

—Usted debe de querer mucho al doctor Benassis —dijo Genestas a la muchacha.

—¡Oh, sí señor! Y como yo, muchas gentes del cantón se dejarían matar por él. Pero él, que cura a los demás, tiene algo que nada lo puede curar. Usted es su amigo; ¿sabe acaso lo que tiene? ¿Quién ha podido atormentar a un hombre como él, que es la imagen de Dios sobre la tierra? Sé que muchos de aquí creen que sus trigos crecen más cuando por la mañana él ha pasado cerca de su campo.

—Y usted ¿qué cree?

—Yo, señor, cuando le he visto...

Pareció vacilar, y luego añadió:

—Ya soy feliz todo el día.

Inclinó la cabeza y tiró de aguja con singular agilidad.

—¿Le ha contado el capitán algo sobre Napoleón? —preguntó el médico volviendo a entrar.

—¿El señor ha visto al emperador? —exclamó la Fosera, contemplando el rostro del oficial con apasionada curiosidad.

—¡Por Dios! —exclamó Genestas—. ¡Más de mil veces!

—¡Oh! Me gustaría saber algo de cosas militares.

—Tal vez mañana vengamos aquí a tomar una taza de café con leche. Y le contará *algo de cosas militares*, niña —dijo Benassis cogiéndola de los hombros y besándole la frente—. Es como mi hija, ya lo ve usted —añadió volviéndose hacia el comandante—. El día que no le he besado la frente, parece que me falta algo.

La Fosera apretó la mano de Benassis y le dijo en voz baja:

—¡Qué bueno es usted!

Ellos la dejaron, pero ella los siguió para verles montar a caballo. Cuando Genestas llegó al suyo, ella le preguntó en voz baja a Benassis:

—¿Quién es ese señor?

—¡Ah, ah! —respondió el médico al poner el pie en el estribo—. Acaso un marido para ti...

La muchacha permaneció de pie, viendo como descendían la rampa, y cuando los jinetes cruzaron el jardín, la vieron sobre un montón de piedras para seguirlos mirando y dirigirles un último saludo con la cabeza.

—Señor, esa muchacha tiene algo de extraordinario —dijo Genestas al médico cuando estuvieron lejos de la casa.

—¿Verdad que sí? —respondió él—. Me he dicho lo menos veinte veces que sería una encantadora esposa; pero yo solamente sabría quererla como a una hermana o a una hija; mi corazón está muerto.

—¿Tiene parientes? —preguntó Genestas—. ¿Qué hacían sus padres?

—¡Oh! Es toda una historia —respondió Benassis—. No tiene padres ni parientes. Hasta su nombre me ha interesado. La Fosera nació en la aldea. Su padre, jornalero de Saint-Laurent-du-Pont, se llamaba *el Fosero*, apodo que debía sin duda a ser el enterrador, pues desde tiempo inmemorial la familia fue traspasándose el oficio de enterrar a los muertos. En este nombre se encuentran todas las melancolías del cementerio. En virtud de una costumbre romana, todavía practicada aquí, como en algunas otras regiones de Francia, y que consiste en dar a las mujeres el nombre del marido, añadiendo una terminación femenina, esta muchacha ha sido llamada la Fosera, por el nombre de su padre. Ese jornalero se casó por amor con la camarera de yo no sé qué condesa, cuya propiedad está a unas leguas de la aldea. Aquí, como es

habitual en el campo, el amor cuenta poco en los casamientos. En general, los campesinos quieren una mujer para tener hijos, una ama de casa que les haga un buen potaje y les lleve la comida al campo, que les hile camisas y les cosa la ropa. Hacía tiempo que no había sucedido una aventura así en la comarca, donde a menudo un muchacho abandona a su *prometida* por otra joven que posee tres o cuatro hectáreas de terreno más que aquélla. La suerte del Fosero y de su mujer no fue lo bastante dichosa como para hacer desaparecer esta costumbre en nuestros interesados delfineses. La Fosera, que era una buena mujer, murió al dar a luz a su hija. El marido sintió tanto pesar por su pérdida, que murió el mismo año, no dejando a su criatura más que una vida incierta y naturalmente muy precaria. La pequeña fue caritativamente recogida por una vecina que la crió hasta los nueve años. Pero como la alimentación de la Fosera resultaba ya una carga demasiado pesada para aquella buena mujer, la mandó a mendigar su pan en la época del año que pasan más viajeros por los caminos. Un día que fue a mendigar al castillo de la condesa, la retuvieron en memoria de su madre. Educada entonces para servir algún día de camarera a la hija de la casa, quien se casó cinco años después, la pobre pequeña fue durante ese tiempo víctima de todos los caprichos de las gentes ricas, las cuales, en su mayoría, no tienen ninguna constancia en su generosidad: bienhechores por accesos o por arranques, ahora protectores, ahora amigos, ahora amos, falsean la situación ya de por sí falsa de las desgraciadas criaturas por quienes se interesan, y juegan con su corazón, con su vida o con su porvenir despreocupadamente, considerándolos como poca cosa. La Fosera se convirtió al principio casi en la compañera de la joven heredera: se la enseñó a leer y a escribir, y su futura ama se divirtió a veces dándole lecciones de música. Unas veces señorita de compañía y otras camarera, hicieron de ella un ser incompleto. Le cogió el gusto al lujo, al buen atavío, y adquirió modales en desacuerdo con su situación real. Después la desgracia reformó duramente su alma, pero no supo desterrar de ella el vago sentimiento de un destino superior. Finalmente, un día, día funesto para esa pobre muchacha, la joven condesa, casada ya, sorprendió a la Fosera, que no era más que su doncella de servicio, con uno de sus vestidos de baile y danzando ante un espejo. La huérfana, que entonces tenía dieciséis años, fue despedida sin piedad. Su indolencia hizo que volviese a caer en la miseria, errar por los caminos, mendigar y trabajar, como ya le he dicho. Muchas veces pensó en arrojarse al agua, y a veces también en entregarse al primer llegado; la mayor parte del tiempo se tendía al sol junto a un muro, sombría, pensativa y con la cabeza sobre la hierba; los viajeros le echaban entonces algunas monedas, precisamente porque no pedía nada. Vivió durante un año en el hospital de Annecy, después de una laboriosa cosecha, en la que trabajó sólo con la esperanza de morir. Hay que oírle contar a ella misma sus sentimientos y sus ideas durante ese período de su vida, pues a veces es muy curiosa en sus ingenuas confidencias. En fin, volvió a la aldea hacia la época en que resolví instalarme en ella. Yo quería conocer la moral de mis administrados, y estudié su carácter, que me impresionó; luego, una vez estudiadas sus imperfecciones

orgánicas, decidí cuidar a Fosera. Es posible que con el tiempo acabe por acostumbrarse al trabajo de la costura, pero en cualquier caso he asegurado su suerte.

—Está muy sola ahí —afirmó Genestas.

—No tanto; una de mis pastoras va a dormir a su casa —respondió el médico—. No ha visto los edificios de mi granja, que están más arriba de la casa, ocultos por los abetos. No. Ella está segura. Por lo demás, no hay malos sujetos en nuestro valle; si por casualidad se les encuentra, los envío al ejército, donde resultan excelentes soldados.

—¡Pobre muchacha! —dijo Genestas.

—Pues las gentes del cantón no la compadecen, sino que por el contrario la ven muy feliz —replicó Benassis—; pero existe una diferencia entre ella y las demás mujeres: a éstas Dios les ha dado la fuerza, y a ella la debilidad; y esto es lo que no ven.

En el momento en que los dos jinetes desembocaron en el camino de Grenoble, Benassis, que prevenía el efecto de la nueva perspectiva en Genestas, se detuvo con aire satisfecho, para disfrutar de su sorpresa. Dos franjas de verdor, de una altura de treinta metros, bordeaban hasta perderse de vista un ancho camino combado como una avenida de jardín, y componían un monumento natural de cuya creación podía enorgullecerse con justo título un hombre. Los árboles, sin podar, lograban la inmensa palma verde que hace del álamo de Italia uno de sus más magníficos vegetales. Un lado del camino, alcanzado ya por la sombra, representaba una vasta muralla de hojas ennegrecidas, mientras que el otro, intensamente iluminado por el sol poniente, el cual prestaba a los nuevos brotes tonalidades áureas, ofrecía el contraste de los juegos y reflejos que producían la luz y la brisa sobre su móvil cortina.

—Debe usted de ser muy dichoso aquí —exclamó Genestas—. Todo es un deleite para usted.

—Señor —contestó el médico—, el amor a la naturaleza es el único que no defrauda las esperanzas humanas. Aquí no hay decepción alguna. Aquí tiene álamos de diez años. ¿Ha visto alguna vez otros tan bien desarrollados como los míos?

—¡Dios es grande! —exclamó el militar, deteniéndose en medio de aquel camino cuyo fin ni comienzo no divisaba.

—Me hace usted mucho bien —dijo Benassis—. Me causa un gran placer oírle repetir lo que yo a menudo digo al pasear por esta avenida. Ciertamente hay aquí algo que parece religioso. En este lugar somos como dos puntos, y el sentimiento de nuestra pequeñez nos lleva siempre hacia Dios.

Siguieron lentamente y en silencio, escuchando el paso de sus caballos, que resonaba en aquella galería de verdor como si hubiesen estado bajo las bóvedas de una catedral.

—¡Cuántas emociones que ni siquiera sospechan las gentes de la ciudad! —añadió el médico—. ¿Percibe los perfumes exhalados por la cera de los álamos y por

la exudación de la melaza? ¡Qué delicias!

—Escuche —exclamó Genestas—. Detengámonos.

Entonces oyeron un canto en la lejanía.

—¿Es una mujer o un hombre? ¿Es un pájaro? —preguntó en voz baja el comandante—. ¿O es la voz de este sublime paisaje?

—De todo eso hay —respondió el médico descabalgando y atando el caballo a una rama de álamo.

Seguidamente hizo una señal al militar para que le imitara y le siguiese. Caminaron lentamente a lo largo de un sendero bordeado de espino en flor que expandía penetrantes olores en la húmeda atmósfera del atardecer. Los rayos del sol invadían el sendero con una especie de ímpetu que hacía aún más sensible el largo telón de álamos, y los vigorosos chorros de luz envolvían con sus tonalidades rojas una cabaña situada al final del enarenado camino. Parecía que hubiesen arrojado polvo de oro sobre su techo de bálago, ordinariamente pardo como el pellejo de una castaña, y cuyas crestas empapaban de verde las siemprevivas y el musgo. La cabaña apenas se veía entre aquella gasa de luz, pero las viejas paredes, la puerta, todo tenía un destello fugitivo, todo era fortuitamente bello, como lo es a veces un rostro humano bajo el imperio de alguna pasión que lo enardece y le aviva el color. En la vida al aire libre se encuentran esas suavidades campestres y pasajeras que nos arrancan el deseo del apóstol diciendo a Jesucristo en la montaña: *Levantemos una tienda y quedémonos aquí*. El paisaje parecía tener en ese momento una voz pura y dulce, tan pura y dulce como él, pero una voz triste como la incierta luz del ocaso; vaga imagen de la muerte, advertencia divina dada en el cielo por el sol, como la dan en la tierra las flores y los bellos y efímeros insectos. A esa hora las tonalidades del sol están impregnadas de melancolía, y el canto era melancólico; canto popular por otra parte, canto de amor y de pesar, que antes sirvió al odio nacional de Francia contra Inglaterra, pero al que Beaumarchais ha devuelto su verdadera poesía, traduciéndolo para la escena francesa y poniéndolo en boca de un paje que abre el corazón a su madrina. El aria surgía sin palabras en un tono plañidero, con una voz que vibraba en el alma y la enternecía.

—Es el canto del cisne —dijo Benassis—. En el espacio de un siglo, esa voz no llega dos veces al oído de los hombres. Démonos prisa; hay que impedirle que cante. Ese niño se muere, y sería cruel seguir escuchándole... ¡Cállate, Santiago! ¡Ea, cállate! —gritó el médico.

La música cesó. Genestas permaneció en pie, inmóvil y estupefacto. Una nube cubría el sol; el paisaje y la voz se habían callado al mismo tiempo. La sombra, el frío y el silencio reemplazaron a los suaves esplendores de la luz, a las cálidas emanaciones de la atmósfera y a los cantos del niño.

—¿Por qué me desobedeces? —decía ahora Benassis—. No te daré más pasteles de arroz, ni sopa de caracoles, ni dátiles frescos, ni pan blanco. ¿Es que quieres morir y dejar desconsolada a tu pobre madre?

Genestas avanzó hasta un pequeño patio muy limpio y vio a un muchacho de quince años, delicado como una mujer, rubio y de cabellos cortos, y colorado él como si se hubiese puesto carmín. El rapaz se levantó lentamente del banco en que estaba sentado, debajo de un jazmín y de lilas en flor que extendían sus brotes al acaso y le envolvían con su follaje.

—Ya sabes —dijo el médico— que te he ordenado que te acuestes al ponerse el sol, que no te espongas al relente de la noche y que no hables. ¿Por qué te da por cantar?

—Por Dios, doctor Benassis... Hacía calor aquí..., y es tan agradable el calor... Siempre tengo frío. Y al encontrarme tan bien, sin pensarlo y para divertirme me he puesto a cantar *Mambrú se va a la guerra*, y me he escuchado a mí mismo, porque mi voz casi parecía la de la flauta de su pastor.

—Está bien, Santiago, pero no vuelvas a hacer eso. ¿Verdad que me comprendes? A ver, dame la mano.

El médico le tomó el pulso. El niño tenía unos ojos azules habitualmente dulces, pero una febril expresión hacía que entonces le brillasen.

—¡Vaya, vaya...! Ya me lo temía; estás empapado de sudor. ¿No está tu madre en casa?

—No está.

—Vamos, entra y acuéstate.

El enfermo, seguido de Benassis y del oficial, entró en la cabaña.

—Encienda una vela, capitán Bluteau —dijo el médico, quien ayudaba a Santiago a quitarse sus andrajos.

A Genestas, luego de encender la vela, le impresionó la extrema delgadez del niño, quien no tenía más que la piel y los huesos. Una vez acostado el pequeño campesino, Benassis le auscultó, escuchando el ruido de algo hueco al recorrerle el pecho con los dedos; luego, después de oír sonidos que eran un siniestro presagio, cubrió con la manta a Santiago, se apartó cuatro pasos, cruzándose de brazos y se quedó contemplándole.

—¿Cómo te encuentras, pequeño?

—Bien, doctor.

Benassis acercó al lecho una mesa de cuatro patas torneadas, cogió un vaso y un frasco de la repisa de la chimenea y preparó una bebida, mezclando en agua pura varias gotas de un licor pardo que había en el frasco, contándolas una a una a la luz de la vela que sostenía Genestas.

—Tu madre tarda mucho en volver...

—Está llegando, doctor. Conozco sus pasos.

El médico y el oficial esperaron mirando en derredor. Al pie de la cama había un jergón de musgo, sin sábanas ni cobertores, en el que dormía la madre, seguramente vestida. Genestas señaló con el dedo el camastro a Benassis, quien inclinó la cabeza como si dijera que también él había ya admirado esa abnegación maternal. Al oírse

ruido de unos zuecos en el patio, el médico salió.

—Habrás que velar a Santiago esta noche, madre Colás. Si le dice que se ahoga, le dejará que beba de lo que he puesto en un vaso que hay en la mesa, pero que no beba ninguna vez más que dos o tres sorbos. La cantidad que hay en el vaso debe bastarle para la noche. Sobre todo no toque el frasco y cámbiele la ropa al chico, pues está muy sudado.

—Hoy no he podido lavarle las camisas, querido doctor; he tenido que llevar el cáñamo a Grenoble para coger algún dinero.

—No importa, yo le mandaré unas camisas.

—¿Está peor mi pobre hijo? —preguntó la mujer.

—No hay que esperar nada bueno, madre Colás; ha cometido la imprudencia de cantar, pero no le riña y sea valiente. Si se quejase demasiado, envíeme a buscar por una vecina. Adiós.

El médico llamó a su compañero y volvió al camino.

—Tuberculosis el pequeño, ¿verdad? —le preguntó Genestas.

—Desgraciadamente, sí —respondió Benassis—. De no ser un milagro de la naturaleza, la ciencia no puede salvarlo. Nuestros profesores de la Escuela de Medicina de París nos han hablado a menudo de un fenómeno del que usted acaba de ser testigo. Ciertas enfermedades de este género producen, en los órganos de la voz, cambios que momentáneamente dan a los enfermos la facultad de emitir cantos cuya perfección no la puede igualar ningún virtuoso... Le he hecho pasar un día desagradable, señor —dijo el médico una vez a caballo—. Por todas partes el sufrimiento y la muerte, pero también en todas partes la resignación. Las gentes del campo mueren filosóficamente, sufren, callan y se acuestan como los animales. Pero no hablemos más de muerte y demos prisa a los caballos, pues hemos de llegar a la aldea antes de que sea de noche, para que pueda ver el barrio nuevo.

—Vea, doctor, hay fuego en algún sitio —dijo Genestas señalando un paraje de la montaña del que se elevaba un haz de llamas.

—No es ningún incendio peligroso. Se trata del horno de cal. Esa industria, que no hace mucho la hemos adoptado, mantiene el horno con brezo.

De pronto se oyó el estampido de un disparo de fusil; a Benassis se le escapó una involuntaria exclamación, y dijo con un tono de impaciencia:

—Si es Butifer, ya veremos quién de nosotros dos se lleva el gato al agua.

—Han disparado por allí —dijo Genestas señalando hacia un bosque de hayas enclavado más arriba de donde estaban, en la montaña—. Sí, allá arriba; crea en el oído de un viejo soldado.

—¡Vamos aprisa! —conminó Benassis, quien dirigiéndose en línea recta al bosquecillo, se lanzó al galope a través de las zanjas y los campos, como si se tratase de una carrera de competición, tan grande era su deseo de sorprender al tirador en flagrante delito.

—El hombre que usted busca se escapa —le gritó Genestas, quien le seguía a

duras penas.

Benassis hizo retroceder al caballo, volviendo sobre sus pasos, y el hombre a quien buscaba no tardó en aparecer sobre una roca escarpada, a unos treinta pasos lejos de los dos jinetes.

—¡Butifer, baja! —gritó Benassis, viéndole con un largo fusil.

Butifer reconoció al médico y respondió con un signo de amistoso respeto, de total obediencia.

—Comprendo —dijo Genestas— que un hombre acosado por el miedo o por cualquier sentimiento impetuoso haya podido subir a esa roca; ¿pero cómo lo hará para bajar?

—No me preocupa —respondió Benassis—. Hasta las cabras envidiarían a ese tipo... Ahora lo verá usted.

Acostumbrado por los acontecimientos de la guerra a juzgar el valor intrínseco de los hombres, el comandante admiró la singular agilidad, la elegante seguridad de los movimientos de Butifer mientras descendía por las escabrosidades de la roca que había escalado. El esbelto y robusto cuerpo del cazador se equilibraba con gracia en todas las posiciones que las anfractuosidades le obligaban a adoptar; ponía el pie en una arista de la roca con más tranquilidad que si lo hubiera fijado sobre un entarimado, de tal manera parecía estar seguro de sostenerse si fuera necesario. Manejaba su largo fusil como si tuviese una caña en la mano. Butifer era joven, de estatura media, pero enjuto y nervioso, y de una viril belleza que sorprendió a Genestas cuando lo vio cerca. Perteneía sin duda a la clase de contrabandistas que hacen su oficio sin violencia y no emplean más que la astucia y la paciencia para defraudar al fisco. Sus ojos, amarillentos, brillaban como los del águila, con el pico de la cual tenía mucha semejanza su delgada nariz, ligeramente curvada. Tenía cubiertos de pelusa los pómulos y su boca, roja y entreabierta, dejaba ver unos dientes de radiante blancura. La barba, el bigote y sus patillas de color de lacre, que dejaba crecer y eran naturalmente rizadas, realzaban aún más la varonil y terrible expresión de su rostro. Todo en él era fuerza. Los tendones de las manos, constantemente en acción, tenían una consistencia y un singular grosor. Ancho de pecho, y su frente, de espesas y fuertes arrugas, respondía a la idea de una inteligencia silvestre. Tenía el aire intrépido y resuelto, pero tranquilo, del hombre acostumbrado a arriesgar la vida y que repetidamente ha puesto a prueba su potencia física y mental en peligros de todo género, sin dudar nunca. Vestido con una blusa hecha jirones por los espinos, calzaba abarcas, atadas con tiras de piel de anguila. Un pantalón de tela azul remendado y desgarrado dejaba ver sus piernas, rojas, finas, enjutas y nerviosas como las de un ciervo.

—Ahí tiene al hombre que un día me disparó un tiro —dijo en voz baja Benassis al comandante—. Pero si ahora tuviera yo el deseo de desembarazarme de alguien, él le mataría sin vacilar... Butifer —prosiguió dirigiéndose al cazador furtivo—, yo te he creído un verdadero hombre de honor, y he empeñado mi palabra porque tenía la

tuya. Mi promesa al procurador del rey en Grenoble la apoyé en tu juramento de no cazar más, de convertirte en un hombre ordenado y trabajador. Acabas de disparar y estás dentro de las tierras del conde de Labranchoir. ¡Desgraciado...! ¿Y si su guarda te hubiese oído?

Por suerte tuya, no te denunciaré, pues serías reincidente, y no tienes licencia de armas. Si te dejé tu fusil fue por condescendencia, por ese apego que le tienes.

—Es hermosa —opinó el comandante, reconociendo una escopeta de cazar patos, de Saint-Etienne.

El contrabandista levantó la cabeza mirando a Genestas, como agradeciéndole su aprobación.

—Butifer —prosiguió Benassis—, la conciencia te tiene que remorder. Si vuelves a tu antiguo oficio, te verás de nuevo entre muros, y ninguna protección podrá salvarte entonces de las galeras; serás marcado, infamado. Esta misma noche me traerás tu fusil; yo te lo guardaré.

Butifer apretó el cañón de su arma con un convulsivo movimiento.

—Tiene usted razón, señor alcalde —contestó—. He hecho mal, he faltado a mi promesa, soy un perro. Mi fusil debe ir a su casa, pero al quitármelo se quedará usted con mi herencia. El último tiro que dispare el hijo de mi madre me saltará los sesos... ¿Qué quiere? He hecho lo que usted quiso, he estado quieto durante el invierno, pero con la primavera ha estallado la savia. Yo no sé cultivar, ni tengo voluntad para pasarme la vida criando gallinas; no puedo ni agacharme para rastrillar o arrancar legumbres, ni dar latigazos al aire conduciendo una carreta, ni quedarme rascando el lomo de un caballo en una cuadra... Entonces, ¿hay que morir de hambre? Sólo vivo bien allá arriba —dijo señalando las montañas—. Allá estoy desde hace ocho días: había visto una gamuza, y la gamuza está allí —añadió apuntando a lo alto de la roca—, a su disposición. ¡Doctor Benassis, déjeme el fusil! Escuche, como me llamo Butifer que abandonaré el distrito, y me iré a los Alpes, donde los cazadores de gamuzas no me dirán nada; al contrario, me recibirán con gusto, y reventaré en el fondo de algún glaciar. Vea usted: hablando con franqueza, prefiero pasar un año o dos así, viviendo en las alturas, sin tropezar con el gobierno, ni con aduaneros, guardas campestres o procuradores del rey, que chapotear cien años en el pantano. A usted es al único que me dolerá perder. Los demás me dan cien patadas. Usted tiene razón; por lo menos no extermina a la gente...

—¿Y Luisa? —le dijo Benassis.

Butifer quedó pensativo.

—Escúchame, muchacho —intervino Genestas—; aprende a leer y a escribir, ven a mi regimiento, monta a caballo y hazte carabinero. Si alguna vez suena el botasilla para una guerra un poco decente, verás que Dios te ha hecho para vivir en medio de cañones, balas y batallas, y llegarás a general.

—Sí, siempre que Napoleón hubiese vuelto —respondió Butifer.

—¿Recuerdas nuestro pacto? —le dijo el médico—. Me prometiste que a la

segunda contravención te harías soldado. Te doy seis meses para aprender a leer y a escribir, y luego te encontraré alguien a quien sustituyas.

Butifer miró hacia los montes.

—No, tú no irás a los Alpes —exclamó Benassis—. Un hombre como tú, un hombre de honor, lleno de buenas cualidades, debe servir a su país, mandar una brigada y no morir persiguiendo a una gamuza. Con la vida que llevas vas directamente al penal. Tus trabajos excesivos te obligan a largos descansos; a la larga, contraerías los hábitos de una vida ociosa que destruiría en ti toda idea de orden, que te acostumbraría a abusar de tu fuerza, a tomarte la justicia por tu mano, y, a pesar tuyo, quiero ponerte en el buen camino.

—¿Tendré que reventar entonces de murria y de pena? Me ahogo cuando estoy en la ciudad. No puedo estar más de un día en Grenoble, aun cuando Luisa...

—Todos tenemos inclinaciones que es preciso saber combatir o hacer útiles a nuestros semejantes. Pero ya es tarde; tengo prisa. Mañana vendrás a verme trayéndome tu fusil, y hablaremos de todo esto, muchacho. Adiós. Vende la gamuza en Grenoble.

Los dos jinetes partieron.

—Eso es lo que yo llamo un hombre —dijo Genestas.

—Un hombre en mal camino —respondió Benassis—. ¿Pero qué hacer? Ya le ha oído. ¿No es deplorable ver perderse tan bellas cualidades? Caso de que el enemigo invadiese Francia, Butifer, a la cabeza de cien mozos, detendría en la Mauriana a toda una división durante un mes; pero, en tiempo de paz, no puede desplegar sus energías sino en situaciones que suponen una infracción de las leyes. Le hace falta una fuerza cualquiera a la que poder vencer; cuando no arriesga su vida, lucha con la sociedad, ayuda a los contrabandistas. Es tan audaz que atraviesa el Ródano solo en una barquichuela, para llevar zapatos a Savoya; se escapa yendo cargado y escalando un pico inaccesible, donde puede pasarse dos días viviendo de mendrugos. En fin, ama el peligro como otros el sueño. A fuerza de saborear el placer que producen las sensaciones extremas, se ha colocado al margen de la vida corriente. Y yo no quiero que, siguiendo la insensible pendiente de una mala senda, un hombre así se convierta en un bandido y muera en el cadalso. Pero vea ya, capitán, cómo se ofrece nuestra aldea...

Genestas distinguió de lejos una gran plaza circular plantada de árboles y en cuyo centro había una fuente rodeada de álamos. El recinto estaba enmarcado por taludes sobre los que se elevaban tres hileras de árboles distintos: primero acacias, luego enebros japoneses, y en la parte más alta unos pequeños olmos.

—Este es el lugar donde se celebra nuestra feria —dijo Benassis—. Más allá, la calle Mayor comienza con las dos hermosas casas de las que le he hablado, la del juez de paz y la del notario.

Entraron en una calle bastante bien enguijarrada, con un centenar de casas nuevas a cada lado, casi todas separadas entre sí por jardinillos. La iglesia, cuyo pórtico

ofrecía una bella perspectiva, estaba en el extremo de esa calle, en la mitad de la cual habían abierto otras dos calles que la cruzaban y en la que habían construido ya varias viviendas. La alcaldía, situada en la plaza de la iglesia, estaba frente a la casa rectoral. A medida que avanzaba Benassis, salían a las puertas las mujeres, los niños y los hombres cuya jornada laboral había terminado; unos se quitaban el gorro, otros le daban las buenas tardes y la chiquillería gritaba dando vueltas alrededor de su caballo, como si la bondad del animal fuese tan conocida como la de su amo. Era una explícita alegría que, semejante a todos los sentimientos profundos, tenía su pudor particular y su atracción comunicativa. Al ver la acogida dispensada al médico, Genestas pensó que la víspera había sido demasiado modesto al hablar del cariño que le tenían los habitantes del cantón. Allí estaba, en efecto, la más dulce de las realezas, ésa cuyos títulos quedan impresos en el corazón de los súbditos; realeza auténtica. Por muy considerables que sean las radiaciones de la gloria o del poder de que goza un hombre, su alma no tarda en aquilatar los sentimientos que le proporciona toda acción exterior, y muy pronto se da cuenta de su vacío real, no hallando nada cambiado, nada nuevo, nada más grande en el ejercicio de sus facultades físicas. Los reyes, aunque toda la tierra fuese de ellos, están condenados, como los demás hombres, a vivir en un pequeño círculo a cuyas leyes se someten, y su felicidad depende de las impresiones personales que se experimentan. Pero Benassis no encontraba en el cantón más que obediencia y afecto.

III

EL NAPOLEÓN DEL PUEBLO

—¡Venga ya, señor! —dijo Jacquotte—. Hace un buen rato que estos señores le esperan. ¡Siempre lo mismo! Me estropea la comida cuando más quiere que esté bien. Ahora ya está pasada de tanto cocer...

—Bueno, pero ya estamos aquí —respondió Benassis sonriendo.

Los dos jinetes descabalaron y se dirigieron al salón, donde había las personas invitadas por el médico.

—Señores —dijo él cogiendo la mano de Genestas—, tengo el honor de presentarles al señor Bluteau, capitán del regimiento de caballería de guarnición en Grenoble, viejo soldado que me ha prometido quedarse algún tiempo entre nosotros.

Luego, dirigiéndose a Genestas, le señaló a un hombrachón enjuto, de cabello gris y vestido de negro.

—El señor —le dijo— es el señor Dufau, el juez de paz de quien ya le he hablado y que tanto ha contribuido a la prosperidad del distrito... El señor —prosiguió acercándolo a un joven flaco, pálido, de estatura media, igualmente enlutado y que usaba gafas—, es el señor Tonnelet, yerno del señor Gravier y el primer notario que se ha establecido en la aldea.

A continuación, volviéndose hacia un hombre grueso, medio campesino y medio burgués, de rostro basto y granujiento, bonachón él, dijo prosiguiendo sus presentaciones:

—El señor es mi digno adjunto, el señor Cambon, el comerciante en madera a quien debo la benévola confianza que tienen en mí los habitantes del lugar. Es uno de los creadores del camino que usted ha admirado... Y no tengo necesidad —añadió Benassis señalando al cura—, de decirle cuál es la profesión de ese caballero. Ahí tiene a un hombre a quien nadie puede dejar de querer.

El rostro del sacerdote absorbió la atención del militar por la expresión de una belleza moral cuya seducción era irresistible. A primera vista, su cara podía parecer carente de gracia, hasta tal punto eran severas y llenas de contrastes las líneas. Su escasa estatura, su delgadez y su actitud, demostraban una gran debilidad física, pero su fisonomía, invariablemente plácida, testimoniaba la profunda paz interior del cristiano y la fuerza que engendra la castidad del alma. Sus ojos, en los que parecía reflejarse el cielo, revelaban la inagotable llama caritativa que le consumía el corazón. Sus gestos, raros y naturales, eran los de un hombre modesto; sus movimientos tenían la púdica simplicidad de las doncellas. El verle inspiraba respeto y despertaba el deseo de ser acogido en su intimidad.

—Ah, señor alcalde... —dijo inclinándose, como para rehuir el elogio que hacía

de él Benassis.

El timbre de su voz removió las entrañas del comandante, quien se sintió inmerso en un ensueño casi religioso con las dos insignificantes palabras pronunciadas por el sacerdote desconocido.

—Señores —anunció Jacquotte entrando hasta el centro del salón y quedándose con los brazos en jarras—, la comida está en la mesa.

A invitación de Benassis, quien llamó a cada uno por turno, a fin de evitar las cortesías de precedencia, los cinco invitados del médico pasaron al comedor y se sentaron a la mesa, después de escuchar el *Benedicite* que el cura pronunció sin énfasis, a media voz. El mantel era de esa tela adamascada inventada en el tiempo de Enrique IV por los hermanos Graindorge, hábiles manufactureros que dieron su nombre a esos espesos tejidos que tan bien conocen las amas de casa. La lencería era de una reluciente blancura y olía al tomillo que ponía Jacquotte en las coladas. La vajilla era de porcelana blanca con bordes azules, perfectamente conservada. Las botellas tenían esa antigua forma octogonal que hoy únicamente se conserva en provincias. Los mangos de los cuchillos, de cuerno labrado, representaban extravagantes figuras. Al examinar estos objetos, de un lujo antiguo y, sin embargo, casi nuevos, los encontraba en armonía con la llaneza y la franqueza del dueño de la casa. La atención de Genestas se detuvo durante un momento en la tapa de la sopera, de la cual sobresalían legumbres de un vivo color, a la manera de Bernard Palissy, célebre artista del siglo XVI. La reunión no estaba exenta de originalidad. Las recias cabezas de Benassis y de Genestas contrastaban admirablemente con la apostólica del sacerdote don Janvier, del mismo modo que los ajados rostros del juez de paz y del adjunto hacían que se destacase el joven rostro del notario. La sociedad parecía estar representada por estas diversas fisonomías, en las cuales se pintaba igualmente el contento con que se veían a sí mismos, con que miraban el presente, y la fe que tenían en el futuro. Únicamente el señor Tonnelet y el cura, poco adelantados en la vida, gustaban de escrutar los acontecimientos futuros, que sentían pertenecerles, mientras los demás comensales llevaban preferentemente la conversación sobre el pasado; pero todos consideraban gravemente las cosas humanas, y sus opiniones reflejaban un doble tinte melancólico: uno tenía la palidez de los crepúsculos vespertinos, lo que equivalía al recuerdo casi borrado de las alegrías que ya no podían renacer; otro, como la aurora, daba la esperanza de un hermoso día.

—Estará usted muy fatigado hoy, señor cura —dijo el señor Cambon.

—Sí, señor —respondió don Janvier—; el entierro del pobre tonto y el del padre Pelletier se han hecho en diferentes horas.

—Ahora podremos echar abajo los cuchitriles de la aldea vieja —dijo Benassis a su adjunto—. Ese *roturado* de casas nos valdrá cuando menos cinco hectáreas de prados; y el municipio ganará, además, los cien francos que nos costaba el sostenimiento de Chautard el tonto.

—Deberíamos destinar durante tres años esos cien francos a levantar un

puentecillo en el camino de abajo, sobre el torrente —añadió el señor Cambon—. La gente de la aldea y del valle se han acostumbrado a atravesar el campo de Pastoureau, y acabarán por estropeárselo, perjudicando mucho al pobre hombre.

—Esto es verdad —convino el juez de paz—. Ese dinero no podría tener mejor empleo. En mi opinión, el abuso de los senderos es una de las grandes plagas del campo. La décima parte de los procesos que se llevan a los tribunales de paz se deben a esas injustas servidumbres. Se atenta así, casi impunemente, al derecho de propiedad en muchos municipios. El respeto a las propiedades y a la ley son dos sentimientos demasiado frecuentemente desconocidos en Francia, y es necesario imponerlos. A muchas personas les parece deshonroso prestar asistencia a las leyes, y el *¡Vete con la música a otra parte!*, frase proverbial que parece dictada por un sentimiento de loable generosidad, no es, en el fondo, sino una fórmula hipócrita que sirve para encubrir nuestro egoísmo. Confesémoslo: estamos faltos de patriotismo. El verdadero patriota es el ciudadano consciente de la importancia de las leyes como para hacerlas ejecutar, incluso a su propio riesgo y peligro. Permitir marchar en paz a un malhechor ¿no es hacerse culpable de sus futuros delitos?

—Todo está a la misma altura —repuso Benassis—. Si los alcaldes conservaran en buen estado sus caminos, no habría tantos senderos abiertos a capricho, y luego, si los consejeros municipales fuesen más instruidos, apoyarían al propietario y al alcalde cuando se oponen al establecimiento de una injusta carga; todos harían comprender a las gentes ignorantes que el castillo, el campo, la cabaña, el árbol, son igualmente sagrados, y que el DERECHO no aumenta ni se debilita por los diferentes valores de las propiedades. Sin embargo, esas mejoras no podrían obtenerse con rapidez, pues dependen principalmente de la moral de las poblaciones, que no podemos reformar completamente sin la eficaz intervención de los sacerdotes. Esto no se refiere en absoluto a usted, don Javier.

—Tampoco me doy por aludido —respondió riendo el cura—. ¿No me he dedicado a hacer que coincidan los dogmas de la religión católica con sus puntos de vista administrativos? Así he tratado a menudo, en mis instrucciones pastorales relativas al hurto, de inculcar a los habitantes de la parroquia las mismas ideas que acaban de emitir sobre el derecho. En efecto, Dios no pesa el robo según el valor del objeto robado. Tal ha sido el sentido de las parábolas que he tratado de imprimir en la inteligencia de mis feligreses.

—Y lo ha logrado, señor cura —afirmó Cambon—. Puedo juzgar los cambios que ha producido en los espíritus comparando el estado actual del municipio con el pasado. Hay ciertamente pocos cantones donde los trabajadores sean tan escrupulosos como los nuestros en cuanto al tiempo que deben consagrar al trabajo. El ganado está bien vigilado, y si comete algún exceso es por casualidad. Los bosques se respetan. En fin, usted ha hecho comprender a los campesinos que el ocio del rico es la recompensa de una vida económica y laboriosa.

—Entonces, estará usted bastante contento de sus feligreses, señor cura —dijo

Genestas.

—Señor capitán —respondió el sacerdote—, no se debe querer encontrar ángeles en ninguna parte de aquí abajo. Dondequiera que haya miseria, hay sufrimiento. Y el sufrimiento y la miseria son dos fuerzas vivas que cometen sus abusos, como el poder comete los suyos. Cuando los campesinos han recorrido dos leguas para ir al trabajo y regresan muy cansados por la noche, cuando ven cazadores que atraviesan campos y prados para llegar antes a su mesa, ¿cree usted que sentirán escrúpulos en imitarlos? Entre esos que utilizan así los senderos, como decían antes los señores, ¿cuál será el más culpable: el que trabaja o el que se divierte? Hoy, ricos y pobres, nos dan tanto trabajo unos como otros. La fe, igual que el poder, debe siempre descender de las alturas, celestes o sociales, y, ciertamente, las clases elevadas tienen hoy menos fe que el pueblo, al que Dios promete un día el cielo en recompensa por los males pacientemente soportados. Sometiéndome siempre a la disciplina eclesiástica y a las opiniones de mis superiores, creo que, durante mucho tiempo, deberemos ser menos exigentes en las cuestiones de culto y procurar reavivar el sentimiento religioso en el corazón de las regiones medias, en donde se discute el cristianismo en vez de practicar las máximas. El filosofismo del rico ha sido un ejemplo fatal para el pobre y ha causado demasiados interregnos en el reino de Dios. Lo que consigamos hoy de nuestras ovejas, depende por completo de nuestra influencia personal. Constituye una desgracia que la fe de una región dependa de la consideración que merezca un hombre. Cuando el cristianismo haya fecundado de nuevo el orden social, impregnando todas las clases de sus doctrinas conservadoras, no se discutirá el culto. El culto de una religión es su forma, las sociedades sólo subsisten por la forma. Para ustedes, la bandera; para nosotros, la cruz.

—Señor párroco, me gustaría saber —interrumpió Genestas—, por qué prohíbe a la pobre gente que vaya el domingo a bailar para divertirse.

—Capitán —respondió el sacerdote—, nosotros no odiamos el baile en sí. Lo proscribimos como una causa de inmoralidad que perturba la paz y corrompe las costumbres en el campo. Para cortar el mal desde su raíz hay que purificar el espíritu de la familia y hay que mantener la santidad de esos lugares.

—Ya sé —dijo el señor Tonnelet— que, en cada distrito se cometen siempre algunos desórdenes, pero en el nuestro son muy raros. Si algunos de nuestros campesinos no tienen ningún escrúpulo en cogerle al vecino un surco de tierra al arar, o de ir a cortar mimbres que no son suyos..., éstos son pecadillos comparándolos con los pecados de las gentes de la ciudad. Digo que he hallado muy religiosos a los campesinos de este valle.

—¡Oh, religiosos...! —dijo sonriendo el cura—; el fanatismo no es de temer aquí.

—Pero, señor cura —objetó Cambon—, si las gentes de la aldea fuesen todas las mañanas a misa, si se confesaran con usted cada semana, sería difícil que cultivasen los campos, y tres sacerdotes no serían bastantes para...

—Señor —replicó el sacerdote—, trabajar es rezar. La práctica implica el conocimiento de los principios religiosos que hacen vivir a las sociedades.

—¿Y dónde dejáis, entonces, el patriotismo? —observó Genestas.

—El patriotismo —respondió gravemente el cura— no inspira más que sentimientos pasajeros, mientras que la religión los hace duraderos. El patriotismo es un olvido momentáneo del interés personal y el cristianismo, en cambio, es un sistema completo de oposición a las tendencias depravadas del hombre.

—Sin embargo, durante las guerras de la Revolución, el patriotismo...

—Sí, durante la Revolución hemos hecho maravillas —intervino Benassis interrumpiendo a Genestas—, pero veinte años después, en el 1814, nuestro patriotismo estaba ya muerto, mientras que Francia y Europa se han lanzado sobre Asia doce veces en cien años, impulsadas por un pensamiento religioso.

—Acaso —observó el juez de paz— resulta fácil aplazar los intereses materiales que engendran los combates de pueblo a pueblo, mientras que las guerras emprendidas para sostener dogmas, cuyo objeto no es nunca preciso, son necesariamente interminables.

—Bueno, señor, ¿no sirve el pescado? —dijo Jacquotte, quien con la ayuda de Nicolle había quitado los platos.

Fiel a sus costumbres, la cocinera traía un plato tras otro, costumbre que tiene el inconveniente de obligar a los glotones a comer considerablemente y hacer que renuncien a los mejores bocados las personas sobrias, cuyo apetito se satisface ya con los primeros manjares.

—Señores —dijo el sacerdote al juez de paz—, ¿cómo pueden asegurar que las guerras de religión no tenían un objetivo preciso? En otros tiempos, la religión era un lazo tan potente en las sociedades que los intereses materiales no podían desligarse de las cuestiones religiosas. Así cada soldado sabía muy bien por qué combatía...

—Si tanto se ha combatido por la religión —afirmó Genestas—, es preciso que Dios haya construido imperfectamente el edificio. ¿No debe una institución divina impresionar a los hombres por su carácter de verdad?

Todos los comensales miraron al cura.

—Señores —dijo don Janvier—, la religión se siente y no se define. No somos jueces de los medios ni de los fines del Todopoderoso.

—Entonces, según usted, ¿hay que creer en todas sus promesas? —repuso Genestas con la franqueza de un militar que jamás ha pensado en Dios.

—Señor —respondió gravemente el sacerdote—, la religión católica satisface mejor que cualquier otra las ansiedades humanas; pero aunque no fuese así, me cabría preguntarle qué es lo que arriesga creyendo en sus verdades...

—Poca cosa —contestó Genestas.

—En cambio, ¡cuánto arriesga no creyendo en ellas! Pero hablemos de los intereses terrestres, que le importan más. Ya ve usted cómo el dedo de Dios ha quedado impreso con fuerza en las cosas humanas por medio de la mano de su

vicario. Los hombres han perdido mucho al salir de las sendas trazadas por el cristianismo. La Iglesia, cuya historia pocos se toman el cuidado de leer, y a la que se juzga según ciertas opiniones erróneas divulgadas exprofeso entre el pueblo, ha ofrecido el modelo perfecto del gobierno que los hombres intentan establecer hoy. El principio de elección ha hecho de ella durante largo tiempo una gran potencia política. No había, en otros tiempos, una sola institución religiosa que no estuviera basada en la libertad y en la igualdad. Todas las vías cooperaban a la obra. El superior, el abad, el obispo, el general de una Orden, el Papa, eran entonces escogidos concienzudamente, según las necesidades de la Iglesia, cuyo pensamiento expresaban, por lo que se les rendía la más ciega obediencia. Omitiré los beneficios sociales de este pensamiento, que ha forjado las naciones modernas, inspirando tantos poemas, catedrales, estatuas, cuadros y obras musicales, para sólo hacerle observar que las elecciones plebeyas, el jurado y las dos cámaras tienen su raíz en los concilios provinciales y ecuménicos, en el episcopado y en el colegio de cardenales, con la diferencia de que las ideas filosóficas actuales de la civilización me parece que palidecen ante la sublime y divina idea de la comunión católica, imagen de una comunión social universal, realizada por el Verbo y reunida en el dogma religioso. Será difícil a los nuevos sistemas políticos, por perfectos que se les suponga, rehacer las maravillas debidas a las épocas en que la Iglesia sostenía la inteligencia humana.

—¿Por qué? —preguntó Genestas.

—En primer lugar, porque la elección, como principio, requiere en los electores una igualdad absoluta: deben ser *cantidades iguales*, para servirme de una expresión matemática, lo cual no obtendrá jamás la política moderna, ya que las grandes cosas sociales no se hacen sino por la potencia de los sentimientos, lo único que puede unir a los hombres, y el filosofismo moderno ha basado las leyes sobre el interés personal, que tiende a aislarlos. En otros tiempos, más que hoy, había entre las naciones hombres generosamente animados de un espíritu maternal para los derechos no reconocidos, para los sufrimientos de la masa. Así el sacerdote, hijo de la clase media, se oponía a la fuerza material y defendía a los pueblos contra sus enemigos. La Iglesia ha tenido posesiones territoriales, y sus intereses temporales, que parecía habían de consolidarla, han acabado por debilitar su acción. En efecto, si el sacerdote tiene propiedades privilegiadas, parece opresor; el Estado le paga, es un funcionario, y le debe su tiempo, su corazón, su vida; los ciudadanos han de corresponderle con sus virtudes, y su beneficencia, agotada en el principio del libre arbitrio, se deseca en su corazón. Pero si el sacerdote es pobre, si es voluntariamente sacerdote, sin otro apoyo que Dios, sin más fortuna que el corazón de los fieles, se hace de nuevo misionero de América, se instituye apóstol, es el príncipe del bien. En fin, no reina más que por la indigencia y sucumbe por la opulencia.

Don Janvier había subyugado la atención de todos los invitados, quienes callaban, meditando en sus palabras, tan nuevas en boca de un simple cura.

—Don Janvier, en medio de las verdades que ha expresado, hay un grave error —

manifestó Benassis—. No me gusta, como ya sabe, discutir los intereses generales comprometidos por los escritores y el poder modernos. A mi juicio, un hombre que concibe un sistema político debe, si se siente con fuerza para aplicarlo, apoderarse del poder y obrar; pero si permanece en la dichosa oscuridad del simple ciudadano, ¿no es una locura querer convertir a las masas mediante discusiones individuales? Sin embargo, yo voy a combatirlo, mi estimado pastor, porque aquí me dirijo a gentes de bien, acostumbradas a poner sus luces en común para buscar en todo la verdad. Mis pensamientos podrán parecerle extraños, mas son fruto de reflexiones que me han inspirado las catástrofes de nuestros últimos cuarenta años. El sufragio universal, que reclaman hoy las personas pertenecientes a la oposición llamada constitucional, fue un excelente principio en la Iglesia, porque, tal como usted acaba de observarlo, caro pastor, los individuos eran todos¹ instruidos, disciplinados por el sentimiento religioso, imbuidos del mismo sistema, sabiendo bien lo que querían y adonde iban. Pero el triunfo de las ideas con cuya ayuda el liberalismo moderno hace imprudentemente la guerra al próspero gobierno de los Borbones, supondrá la pérdida de Francia y hasta de los mismos liberales. Los jefes de la *facción izquierda* lo saben de sobra. Para ellos, esta lucha es una simple cuestión de poder. Si, y no lo quiera Dios, la burguesía abatiese, bajo la bandera de la oposición, las superioridades sociales contra las que gruñe su vanidad, este triunfo sería seguido inmediatamente de un combate sostenido por la burguesía contra el pueblo, el cual, más tarde, vería en ella una especie de nobleza, mezquina, es verdad, pero cuyas fortunas y privilegios le serían tanto más odiosos por cuanto los sentirían más de cerca. En este combate, la sociedad, no digo la nación, perecería de nuevo, pues el triunfo siempre momentáneo de la masa doliente implica los más grandes desórdenes. El combate sería encarnizado, sin tregua, puesto que se basaría en las disidencias instintivas o contraídas entre los electores, cuyo sector menos esclarecido pero más numeroso, conseguiría el triunfo sobre las eminencias sociales, en un sistema en el que los sufragios se cuentan y no se pesan. Se deduce de eso que un gobierno no está nunca más sólidamente organizado, y no es por lo tanto más perfecto, que cuando se ha establecido para la defensa de un privilegio más restringido. Y conste que lo que yo llamo en este momento el «privilegio» no es uno de esos derechos abusivamente concedidos en otros tiempos a ciertas personas, en detrimento de todos, no; expresa más particularmente el círculo social en el que se contienen las evoluciones del poder. El poder es, en cierto modo, el corazón de un Estado. Ahora bien, en todas sus creaciones, la naturaleza ha comprimido el principio vital, para darle más elasticidad, y así acontece en el cuerpo político. Voy a explicar mi pensamiento con ejemplos. Admitamos en Francia cien pares: no causarían más que cien contrariedades. Supriman la dignidad de par, convirtiéndose todas las gentes ricas en privilegiadas, y habrán ensanchado la llaga de las desigualdades sociales. En efecto, para el pueblo, sólo el derecho a vivir sin trabajar constituye un privilegio. A sus ojos, quien consume sin producir es un expoliador. Quiere trabajos visibles, y no tiene en

absoluto en cuenta las producciones intelectuales, que son las que más le enriquecen. Así, pues, multiplicando esas contrariedades, el combate se extiende a todos los puntos del cuerpo social, en vez de contenerlo en un estrecho círculo. Y cuando el ataque y la resistencia son generales, la ruina de un país es inminente. Siempre habrá menos ricos que pobres; entonces, de los pobres será la victoria tan pronto como la lucha se convierte en material. La historia se encarga de apoyar mi principio. La república romana debió la conquista del mundo a la constitución del privilegio senatorial. El senado es el que ahora determina el pensamiento del poder. Pero cuando los caballeros y los nuevos hombres extendieron la acción del gobierno, ampliando el patriciado, el Estado estaba perdido. A pesar de Sila, y después de César, Tiberio plasmó el imperio romano, sistema en que el poder, habiéndose concentrado en manos de un solo hombre, prolongó algunos siglos más esa gran dominación. El emperador no estaba ya en Roma cuando la Ciudad Eterna cayó a los pies de los bárbaros. Al ser conquistado nuestro suelo, los francos, que se lo repartieron, crearon el privilegio feudal para garantizarse sus posesiones particulares. Los cien o los mil jefes que poseyeron el país establecieron sus instituciones con la finalidad de defender los derechos adquiridos por la conquista. De esta forma, el feudalismo se mantuvo mientras el privilegio fue restringido. Pero cuando los *hombres de esta nación*, verdadera traducción del vocablo gentilhomme, fueron cincuenta mil en vez de quinientos, se produjo la revolución. Demasiado extendida, la acción de su poder no tenía elasticidad ni fuerza y, por lo demás, se hallaba indefensa contra las manumisiones del dinero y del pensamiento, que no habían previsto. Así, pues, el triunfo de la burguesía sobre el sistema monárquico, al tener por objeto aumentar a los ojos del pueblo el número de privilegiados, el triunfo del pueblo sobre la burguesía será el inevitable efecto de ese cambio. Si llega esta perturbación, será por medio del derecho de sufragio concedido sin limitaciones a las masas. El que vota, discute. Los poderes discutidos no existen. ¿Imagina una sociedad sin poder? No. Pues bien, quien dice poder, dice fuerza. La fuerza debe reposar sobre *cosas juzgadas*. Tales son las razones que me han conducido a pensar que el principio de elección es un de los más funestos para la existencia de los gobiernos modernos. Ciertamente, creo haber demostrado bastante mi afecto por la clase pobre y sufrida, y no se me podría acusar de querer su desgracia; sin embargo, a pesar de admirarla en la senda laboriosa por la que camina, sublime de paciencia y resignación, la declaro incapaz de participar en el gobierno. Los proletarios me parecen los menores de una nación, y deben estar siempre bajo tutela. Así, en mi opinión, señores, la palabra «elección» está cerca de causar tanto daño como lo han hecho las palabras «conciencia» y «libertad», mal comprendidas, mal definidas, y lanzadas a los pueblos como dos símbolos de revuelta y de órdenes de destrucción. La tutela de las masas me parece, pues, una cosa justa y necesaria para el sostén de las sociedades.

—Ese sistema contradice tan abiertamente nuestras ideas de hoy, que tenemos cierto derecho a pedirle sus razones —dijo Genestas interrumpiendo al médico.

—Con mucho gusto, capitán.

—¿Qué es lo que está diciendo nuestro amo? —exclamó Jacquotte volviendo a la cocina—. ¡Pues no aconseja ese querido y pobre hombre aplastar al pueblo! ¡Y ellos le escuchan...!

—Nunca habría creído eso del doctor Benassis —respondió Nicolle.

—Si reclamo leyes fuertes para contener a la masa ignorante —prosiguió el médico después de una pausa—, quiero que el sistema social tenga redes flojas y complacientes, para dejar surgir de la muchedumbre a todo aquél que lo desee y se sienta con facultades para elevarse hasta las clases superiores. Todo poder tiende a su conservación. Para vivir, hoy como ayer, los gobiernos deben asimilarse los hombres fuertes, tomándolos de dondequiera que se encuentren, a fin de convertirlos en sus defensores, y arrebatarles las masas a los hombres de coraje que las soliviantan. Ofreciendo a la ambición pública caminos a la vez arduos y fáciles, arduos a las veleidades incompletas y fáciles a las voluntades reales, un Estado previene las revoluciones que causa la molestia del movimiento ascendente de las verdaderas superioridades hacia su nivel. Nuestros cuarenta años de tormenta han debido probar a un hombre de sentido común que las superioridades son una consecuencia del orden social. Son de tres clases e incontestables: superioridad de pensamiento, superioridad política y superioridad de fortuna. ¿No es el arte, el poder y el dinero, o de otro modo: el principio, el medio y el resultado? Entonces, ¿cómo, suponiendo tabla rasa, las unidades sociales, perfectamente iguales, los nacimientos en la misma proporción, y dando a cada familia una parte igual de tierra, encontrarían ustedes en poco tiempo las irregularidades de fortuna actualmente existentes? De esta verdad flagrante resulta que la superioridad de fortuna, de pensamiento y de poder, es un hecho que se soporta, un hecho que la masa considerará siempre como opresivo, viendo privilegios en los derechos más justamente adquiridos. El contrato social, partiendo de esta base, será, pues, un pacto perpetuo entre quienes poseen contra los que no poseen. Según este principio, las leyes serán hechas por aquéllos a quienes aprovechan, ya que ellos deben tener el instinto de su conservación y prever sus peligros. Están más interesados en la tranquilidad de la masa de lo que ella misma lo está. Los pueblos necesitan una felicidad hecha. Adoptando este punto de vista para considerar la sociedad, si la abarcan en su conjunto, pronto tendrán que reconocer conmigo que el derecho de elección no debe ser ejercido sino por quienes poseen la fortuna, el poder o la inteligencia, y reconocerán igualmente que sus mandatarios no pueden detentar más que funciones en extremo restringidas. El legislador, señores, debe ser superior a su siglo. Constata la tendencia de los errores generales y precisa los puntos hacia los que tienden las ideas de una nación. Por consiguiente, trabaja más para el futuro que para el presente; más para la generación que crece que para la que se retira. Sin embargo, si requieren a la masa para que haga ella la ley, ¿puede la masa ser superior a sí misma? No. Cuanto más fielmente represente la asamblea las opiniones de la multitud, menos tendrá el acuerdo del gobierno, menos elevadas serán sus miras, y

menos precisa y más vacilante su legislación, pues la muchedumbre, en Francia sobre todo, es y será siempre insensata. La ley implica una sujeción a reglas, y toda regla está en oposición con las costumbres naturales, con los intereses del individuo; ¿dictará, pues, la masa leyes contra sí misma? No. A menudo, la tendencia de las leyes debe hallarse en razón inversa a la de las costumbres. Modelar las leyes de acuerdo con las costumbres generales, supondría, en España, dar primas de estímulo a la intolerancia religiosa y a la pereza; en Inglaterra, al espíritu mercantil; en Italia, al amor a las artes destinadas a expresar la sociedad; en Alemania, a las clasificaciones nobiliarias, y en Francia, al espíritu de ligereza, a la moda de las ideas, a la facilidad de separarnos en bandos que siempre nos han devorado. ¿Qué ha venido sucediendo después de más de cuarenta años en que los colegios electorales intervienen en la creación de las leyes? ¡Pues que tenemos cuarenta mil leyes! Y un pueblo que tiene cuarenta mil leyes, no tiene ley. Quinientas inteligencias mediocres, pues un siglo no tiene más de cien grandes inteligencias a su servicio, ¿pueden tener la fuerza de elevarse hasta estas consideraciones? No. Los hombres que sin cesar van saliendo de quinientas localidades diferentes, no comprenderán jamás de la misma manera el espíritu de la ley, y la ley debe ser una. Pero voy más lejos. Tarde o temprano, una asamblea cae bajo el cetro de un hombre y, en lugar de tener dinastía de reyes, se tienen las mudables y costosas dinastías de los primeros ministros. En el extremo de toda deliberación están Mirabeau, Danton, Robespierre o Napoleón: los procónsules o un emperador. En efecto, hace falta una cantidad determinada de fuerza para alzar cierto peso, fuerza que puede ser distribuida en un número mayor o menor de palancas; pero, en definitiva, la fuerza ha de estar proporcionada con el peso: aquí, el peso es la masa ignorante y doliente lo que forma la primera base de todas las sociedades. Siendo el poder represivo por naturaleza, necesita una gran concentración para oponer una resistencia igual al movimiento popular. Es la aplicación del principio que acabo de desarrollar al hablarles de la restricción del privilegio gubernamental. Si admiten personas de talento, éstas se someten a esa ley natural y someten a ella al país; si reúnen hombres mediocres, tarde o temprano son vencidos por el genio superior: el diputado de talento siente la razón de Estado, y el diputado mediocre transige con la fuerza. En suma, una asamblea cede a una idea, como la Convención durante el Terror; a una potencia, como el Cuerpo Legislativo bajo Napoleón; a un sistema o al dinero, como hoy. La asamblea republicana, que sueñan algunos buenos espíritus, es imposible; los que la quieren, o son verdaderamente inocentes o futuros tiranos. ¿No les parece ridícula una asamblea deliberante que discute los peligros de una nación, cuando lo que se requiere es hacerla actuar? Que el pueblo tenga mandatarios encargados de conceder o rehusar impuestos, es justo, y ha existido en todo tiempo, lo mismo bajo el más cruel tirano que bajo el príncipe más bondadoso. El dinero es inasequible; el impuesto tiene límites naturales, más allá de los cuales una nación se rebela negándose a pagarlos o se tiende para morir. Está bien que ese cuerpo electivo y cambiante como las necesidades, como las ideas que

representa, se oponga a otorgar la obediencia de todos a una mala ley. Pero suponer que quinientos hombres, venidos de todos los rincones de un imperio, dictarían una buena ley, ¿no es una chanza pesada que los pueblos expían antes o después? Cambian únicamente de tiranos; eso es todo. El poder, la ley, deben, pues, ser obra de uno solo, quien, por la fuerza de las cosas, está obligado a someter incesantemente sus acciones a una aprobación general. Pero las modificaciones aportadas al ejercicio del poder, sea de uno solo, sea de varios, sea de la multitud, no pueden hallarse más que en las instituciones religiosas de un pueblo. La religión es el único contrapeso verdaderamente eficaz frente a los abusos de la potencia suprema. Si el sentimiento religioso perece en una nación, se torna sediciosa por principio, y el príncipe se vuelve tirano por necesidad. Las Cámaras, que se interponen entre los soberanos y los súbditos, no son más que paliativos de esas dos tendencias. Las asambleas, según lo que acabo de decir, se convierten en cómplices de la insurrección o de la tiranía. Sin embargo, el gobierno de uno solo, hacia el cual me inclino, no es de una bondad absoluta, pues los resultados de la política dependerán eternamente de las costumbres y de las creencias. Si una nación es vieja, si el filosofismo y el espíritu de discusión la han corrompido hasta la medula de los huesos, esa nación marcha al despotismo, a pesar de las formas de la libertad, del mismo modo que los pueblos cuerdos saben casi siempre hallar la libertad bajo las formas del despotismo. De todo lo cual proviene la necesidad de una gran restricción en los derechos electorales, la necesidad de un poder fuerte y la de una religión potente que haga al rico amigo del pobre e imponga a éste una entera resignación. En fin, hay verdadera urgencia en reducir las asambleas a la cuestión del impuesto y al registro de las leyes, privándolas de su confección directa. Ya sé que en muchas cabezas circulan otras ideas. Hoy, como en otros tiempos, se encuentran espíritus ardientes en busca de «lo mejor» y que quisieran que las sociedades estuviesen ordenadas más cuerdamente de como lo están. Pero las innovaciones que tienden a operar mudanzas sociales completas necesitan una sanción universal. A los innovadores, la paciencia. Cuando mido el tiempo que ha necesitado el establecimiento del cristianismo, revolución moral que debía ser puramente pacífica, me estremezco al pensar en las desgracias de una revolución por intereses materiales, y concluyo más apegado a las instituciones existentes. A cada cual su pensamiento, ha dicho el cristianismo; a cada cual su campo, ha dicho la ley moderna. La ley moderna se ha puesto en armonía con el cristianismo. A cada cual su pensamiento, es la consagración de los derechos de la inteligencia; a cada cual su campo, es la consagración de la propiedad debida a los esfuerzos del trabajo. De ahí nuestra sociedad. La naturaleza ha basado la vida humana sobre el sentimiento de la conservación individual, y la vida social se ha fundado sobre el interés personal. Tales son, para mí, los verdaderos principios políticos. Aplastando esos dos sentimientos egoístas bajo el pensamiento de una vida futura, la religión modifica la duración de los contactos sociales. Así, Dios modera los sufrimientos que produce la fricción de los intereses por el sentimiento religioso,

que hace una virtud del olvido de sí mismo, como ha moderado por leyes desconocidas la fricción en el mecanismo de sus mundos. El cristianismo dice al pobre que sufra al rico, y al rico que alivie las miserias del pobre; para mí, estas pocas palabras son la esencia de todas las leyes divinas y humanas.

—Yo, que no soy estadista —dijo el notario—, veo en un soberano el liquidador de una sociedad que debe permanecer en constante estado de liquidación; transmite a su sucesor un activo igual al que ha recibido.

—Yo no soy un estadista —replicó vivamente Benassis, interrumpiendo al notario—. No hace falta más que sentido común para mejorar la suerte de un municipio o de un distrito; el talento es necesario a quien gobierna un departamento, pero esas esferas administrativas ofrecen horizontes limitados que la mirada corriente puede fácilmente abarcar; sus intereses se unen al gran movimiento del Estado por lazos visibles. En la región superior, todo se agranda; la mirada del estadista debe dominar el punto de vista en que está situado. Allí donde para producir mucho bien en un municipio, o en un distrito, no hay necesidad de prever más que un resultado a diez años de plazo, es preciso, cuando se trata de una nación, presentir los destinos y medirlos al transcurso de un siglo. El genio de los Colbert, de los Sully, no es nada si no se apoya en la voluntad que hace los Napoleón y los Cromwell. Un gran ministro, señores, es un gran pensamiento escrito en todos los años del siglo cuyo esplendor y prosperidades fueron preparados por él. La constancia es la virtud que él más necesita. Mas, en toda cosa humana, ¿no es también la constancia la más elevada expresión de la fuerza? Desde hace algún tiempo vemos hombres que solamente tienen ideas ministeriales, en lugar de tener ideas nacionales, no pudiendo admirar al verdadero estadista como el que nos ofrece la más inmensa poesía humana. Siempre ver más allá del momento y adelantarse al destino, estar por encima del poder y no permanecer en él sino por el sentimiento de la utilidad, sin abusar de sus fuerzas; despojarse de sus pasiones y hasta de toda vulgar ambición para seguir siendo dueño de sus facultades, para prever, querer y obrar sin cesar; hacerse justo y absoluto, mantener el orden en grande, imponer silencio a su corazón y no escuchar más que a su inteligencia; no ser receloso ni confiado, incrédulo ni crédulo, agradecido ni ingrato, en retraso con un acontecimiento ni sorprendido por un pensamiento; vivir, en fin, por el sentimiento de las masas, y dominarlas siempre extendiendo las alas de su espíritu, el volumen de su voz y la penetración de su mirada; viendo, no los detalles, sino las consecuencias de todo, ¿no es ser algo más que un hombre? Así, pues, los nombres de esos grandes y nobles padres de las naciones deberían conseguir una popularidad única.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se dirigieron miradas los comensales.

—Señores, no se ha dicho nada del ejército —exclamó Genestas—. La organización militar me parece el arquetipo de toda buena sociedad civil. La espada es la tutora de un pueblo.

—Capitán —respondió riendo el juez de paz—, un viejo abogado dijo que los imperios comenzaban con la espada y acababan con el escritorio; ahora estamos en el escritorio.

—Ya que hemos arreglado la suerte del mundo, hablemos de otra cosa. Vamos, capitán, un vaso de vino del Ermitage —exclamó riendo el médico.

—Dos mejor que uno —respondió Genestas tendiendo su vaso—, y los quiero beber a su salud como a la de un hombre que honra a la especie.

—Y a quien todos queremos de corazón —añadió el sacerdote con voz llena de dulzura.

—Don Janvier, ¿es que quiere hacerme caer en el pecado de orgullo?

—El señor cura ha dicho en voz baja lo que el cantón proclama a gritos —replicó Cambon.

—Señores, propongo que acompañemos a don Janvier a la casa rectoral, paseándonos al claro de luna.

—Vamos —asintieron los convidados, disponiéndose a acompañar al cura.

—Vamos ahora a mi granja —dijo el médico cogiendo del brazo a Genestas, después de despedirse del cura y de sus invitados—. Allí, capitán Bluteau, oiré hablar de Napoleón. Tengo algunos compadres que harán charlar por los codos a Goguelat, nuestro cartero, sobre ese dios del pueblo. Nicolle, mi mozo del establo, nos ha preparado una escalera para subir al henil, un sitio desde el que veremos toda la escena. Merece la pena que venga, créame; una velada de éstas no tiene precio. No es la primera vez que he subido para escuchar relatos de soldados o algún cuento campesino. Pero hemos de ocultarnos bien, pues cuando esa gente ve a un extraño, se ponen difíciles y ya no son los mismos.

—Mi querido doctor —dijo Genestas—, ¿acaso no he fingido muchas veces estar dormido para oír a mis jinetes en el vivac? Puede estar seguro de que nunca me he reído en los espectáculos de París de tan buena gana como con el relato de la derrota de Moscú, contada jocosamente por un viejo sargento a unos bisoños que tenían miedo de la guerra. Decía que el ejército francés se hacía pis en los calzones, que se bebía el hielo, que los muertos se detenían en el camino, que había visto la Rusia Blanca, que se cepillaban los caballos a dentelladas, que los que querían patinar estaban en el mejor de los mundos, que los aficionados a la carne congelada podían hartarse, que las mujeres eran generalmente frías y que lo único que fue sensiblemente desagradable era no tener agua caliente para afeitarse... En fin, soltaba chocarrerías tan cómicas, que hasta un viejo furriel a quien se le heló la nariz, por lo que le apodaban *Nariz-sin*, se reía.

—Silencio —dijo Benassis—. Ya hemos llegado. Yo voy primero; sígame.

Subieron por la escalera y se acurrucaron en el heno, sin que les oyera ninguno de los asistentes a la velada, ni pudiesen verles desde abajo, mientras ellos lo veían perfectamente. Agrupadas en torno a tres o cuatro candelas, algunas mujeres cosían, otras hilaban, y muchas no hacían nada, pendientes sus ojos y su atención de un viejo

aldeano que relataba una historia. La mayoría de los hombres estaban de pie o echados sobre unas parvas de heno. A estos grupos, totalmente callados, apenas les alcanzaba la vacilante llama de las candelas, protegidas por globos de vidrio llenos de agua y que concentraban la luz en rayos, bastando su claridad para la labor de las trabajadoras. La anchura del hórreo, cuyo altillo aparecía sumido en la oscuridad, debilitaba aún más las luces, las cuales animaban desigualmente las cabezas, produciendo pintorescos efectos claroscuros. Aquí brillaban la frente morena y los ojos claros de una pequeña y curiosa campesina; allá, rayas de luz que recortaban las rudas frentes de algunos viejos y dibujaban fantásticamente sus ropas raídas o descoloridas. Unos y otros, atentos y diversos en sus posturas, traducían, a través de su inexpresivo rostro, el total abandono de su propia inteligencia, absortos en la del narrador. Era un cuadro singular, en el que resaltaba la prodigiosa influencia que la poesía imprime en todos los espíritus. ¿Acaso no se muestra el campesino amigo de la poesía más pura al exigir al narrador algo maravilloso y simple o algo que pareciendo imposible sea casi creíble?

»—... Aunque la casa tuviera mal aspecto —decía el campesino en el momento en que los dos nuevos oyentes se acomodaron para escuchar—, la pobre mujer jorobada estaba tan rendida por haber llevado su cáñamo al mercado, que entró en ella, obligada también por la llegada de la noche, únicamente pidió que la dejaran dormir; su único alimento fue un mendrugo que sacó de su zurrón y se lo comió. La huéspeda, que era la mujer de los bandidos, no sabiendo nada de lo que habían acordado hacer durante la noche, admitió a la jorobada y la dejó que durmiese arriba, sin luz. La jorobada se echó sobre un inmundo jergón, dijo sus oraciones, pensó en su cáñamo y trató de dormir. Pero cuando aún no se había adormecido oyó ruido y vio entrar a dos hombres con un farol; cada uno llevaba un cuchillo; la asaltó el miedo, pues ya sabéis que en aquel tiempo a los señores les gustaban tanto las empanadas de carne humana, que había quien se las hacía. Pero como la piel de la vieja ya era puro cuero, se tranquilizó diciéndose que la considerarían como un mezquino alimento. Los dos hombres pasaron ante la jorobada, dirigiéndose a un camastro que había en aquel gran aposento, donde también se hallaba el señor de la gruesa valija, ése que pasaba, pues, por *negromántico*. El mayor de los dos levanta el farol y coge los pies del señor; el otro, el que se había hecho el borracho, le sujeta la cabeza y le corta el cuello, de un tajo, ¡croc! Después dejan allí mismo el cuerpo y la cabeza en medio de un charco de sangre, roban la valija y bajan por la escalera. ¡En qué aprieto se encontraba nuestra mujer! Piensa primero en marcharse sin que se den cuenta, no sabiendo aún si la Providencia la había llevado allí para rendir gloria a Dios y hacer castigar el crimen. Tenía miedo, y cuando se tiene miedo, nada importa nada. Pero la huéspeda, que había preguntado por la jorobada a los dos bandidos, les asusta, y vuelven a subir calladamente la escalerilla de madera. La pobre jorobada se aovilla de miedo, oyéndoles cómo discuten en voz baja.

»—Te digo que debemos matarla.

»—No hay que matarla.

»—¡Mátala!

»—¡No!

»Los dos entran. La mujer, que no es tonta, cierra los ojos y finge dormir, como un niño, la mano sobre el corazón y con una respiración de querubín. El que llevaba el farol lo enciende, pasa la luz por los ojos de la vieja dormida, y ella no parpadea siquiera, tanto era el miedo que tenía por su cuello.

»—Ya ves que duerme como un lirón —dice el mayor.

»—¡Son tan marrajas las viejas! —responde el otro—. Voy a matarla y estaremos más tranquilos. Además, la salaremos y la daremos a los cerdos.

»Al oír esas palabras, la vieja no hace el menor movimiento.

»—Y es verdad que duerme —dice el bravucón joven, viendo que la vieja no se ha movido.

»Así es como se salvó la vieja. Y bien se puede decir que era valerosa. De seguro que aquí hay muchas jóvenes que no hubiesen podido mantener la respiración de un querubín al oír hablar de cerdos... Los dos bandidos deciden llevarse al hombre muerto, lo envuelven con unas sábanas y lo arrojan a la corraliza, y la vieja oye como acuden los cerdos corriendo y gruñendo ¡Hon!, ¡Hon!, para comérselo...

»Luego, a la mañana siguiente —prosiguió el narrador tras una pausa—, la mujer se va, dando dos sueldos por la piltra donde ha dormido. Coge el zurrón, hace como si no supiera nada de lo que ha pasado, pide algunas noticias del país, sale en paz y quiere correr. ¡Nada! El miedo le traba las piernas. Y apenas ha andado medio cuarto de legua cuando ve que se le acerca uno de los bandidos, quien la seguía para asegurarse de que ella no había visto nada. La vieja lo adivinó y se sentó en una piedra.

»—¿Qué le pasa, buena mujer? —le dice el más joven, pues era el más joven, el de peores instintos, quien la acechaba.

»—Ay, buen hombre... —responde ella—, este zurrón me pesa tanto y estoy tan fatigada, que bien me iría un brazo de un hombre honrado (¡Ya veis qué ladina!) para llegar a mi pobre tabuco.

»Entonces el bandido le ofrece acompañarla. Ella acepta. El hombre la coge del brazo para saber si tiene miedo, pero la mujer no tiembla y camina tranquilamente. Así, pues, allá van los dos hablando de las labores de la tierra y de la mejor manera de llevar el cáñamo hasta el arrabal de la villa donde vivía la jorobada, y donde la deja el bandido, por miedo a topar con alguien de la justicia. La mujer llegó a su casa al mediodía y esperó a su hombre, mientras daba vueltas y más vueltas a los sucesos de su viaje y a los de la noche. El *cañamero* regresó hacia la noche. Traía hambre y había que prepararle la comida. Así, mientras engrasaba la sartén para freírle algo, ella le cuenta cómo ha vendido su cáñamo, cotilleando al estilo de las comadres, pero no dice nada de los cerdos, ni del señor matado, robado y comido. Calienta la sartén para limpiarla, la retira, va a secarla y la encuentra llena de sangre.

»—¿Qué es lo que has metido ahí dentro? —pregunta a su hombre.

»—Nada —responde él.

»Ella cree que ha sufrido un vahído y vuelve a poner la sartén al fuego... ¡Puf!, una cabeza cae por la chimenea.

»—¿Yes? Es precisamente la cabeza del muerto —asegura la vieja—. ¡Cómo me mira! ¿Qué es lo que querrá de mí?

»—¡Que le vengues! —le grita una voz.

»—¡Qué estúpida eres! —dice el *cañamero*—. Siempre con tus fábulas, sin que tengan sentido común.

»Coge la cabeza, que le muerde un dedo, y la arroja a la corraliza.

»—Hazme la tortilla —añade luego—. No te inquietes por eso. Es un gato.

»—¿Un gato? —dice ella—. ¡Si era redonda como una bola!

»Vuelve a poner la sartén al fuego... ¡Paf!, cae una pierna. La misma historia. El hombre, tan poco asombrado de ver la pierna como de haber visto la cabeza, la coge y la arroja a la puerta. Finalmente, la otra pierna, los dos brazos, el cuerpo..., el viajero asesinado cae trozo a trozo. ¡Adiós tortilla! El viejo vendedor de cáñamo tenía mucha hambre.

»—¡Por mi salud eterna! —exclama—. Si se hace mi tortilla, veremos de satisfacer a ese hombre.

»—¿Admites, entonces, que es un hombre? —dice la jorobada—. ¿Por qué me has dicho hace un momento que no era una cabeza, señor sabihondo?

»La mujer casca los huevos, los bate, hace la tortilla y la sirve sin refunfuñar más, pues viendo aquel lío empezaba a inquietarse. Su hombre se sienta y se pone a comer. La jorobada, muy asustada, dice que no tiene hambre.

»—¡Troc-truc! —llama un forastero a la puerta.

»—¿Quién es?

»—El hombre muerto de ayer.

»—Que pase —responde el *cañamero*.

»El viajero entra, se sienta en una banqueta y dice:

»—Acuérdense de Dios, que da paz por la eternidad a las personas que confiesan su nombre... Mujer, tú me has visto morir y guardas silencio... Yo he sido comido por los cerdos... Los cerdos no entran en el paraíso. Así, pues, yo, que soy cristiano, iré al infierno por haber callado una mujer. Eso no se había visto jamás. ¡Hay que liberarme!

»Y otras palabras por el estilo.

»La mujer, que cada vez tenía más miedo, limpia la sartén, se pone el vestido de los domingos, va a contar a la justicia el crimen, que se descubrió, y los ladrones fueron lindamente ahorcados en la plaza del Mercado. Una vez hecha esta buena obra, la mujer y su hombre han tenido siempre el más hermoso cáñamo que hayáis visto. Luego, y eso aún les fue más agradable, tuvieron lo que hacía tanto tiempo deseaban, un hijo, y el hijo, andando el tiempo, llegó a ser barón del rey. Ésta es la

verdadera historia de *La jorobada valerosa*.

—No me gustan esas historias; después tengo pesadillas —dijo la Fosera—. Prefiero las aventuras de Napoleón.

—Es verdad —asintió el guarda rural—. Vamos, señor Goguelat, cuéntenos algo sobre el emperador.

—La velada está muy avanzada —objetó el cartero—, y no me gusta recortar las victorias.

—¡Es igual, usted cuéntelas! Las conocemos por habérselas oído muchas veces, pero eso siempre gusta escucharlo.

—¡Díganos algo del emperador! —pidieron varios al mismo tiempo.

—¿Lo quieren? —respondió Goguelat—. Pues bien, verán que eso no significa nada cuando se cuenta a paso de carga. Prefiero describir una batalla. ¿Queréis Champ-Aubert, donde no quedaban ya cartuchos y tuvimos que *arañarnos* a la bayoneta?

—¡No...! ¡El emperador! ¡El emperador!

El ex soldado de infantería se levantó de su fardo de heno y paseó por la asamblea esa mirada negra, cargada de miseria, de acontecimientos y penalidades que distingue a los veteranos. Cogió su uniforme por los dos faldones, los levantó como si tratase de volver a llenar la mochila donde un día llevaba la ropa de uso ordinario, las botas, toda su fortuna luego apoyó el cuerpo sobre la pierna izquierda, levantó la derecha y cedió de buen grado a los deseos de la asamblea. Después de echarse atrás el cabello gris, de un solo lado de la frente, para descubrirla, miró hacia el techo, como para ponerse a la altura de la gigantesca historia que iba a relatar.

—Pues bien, amigos míos, Napoleón nació en Córcega, que es una isla francesa calentada por el sol de Italia, donde todo se cuece como en un horno y donde se matan unos a otros, de padres a hijos, y por nada: es una costumbre. Para comenzar explicando lo extraordinario de la cosa, su madre, que era la mujer más bella de su tiempo y muy ladina, tuvo el propósito de destinarlo a Dios, para que escapara a todos los peligros de su infancia y de su vida, pues ella, el día de su parto, soñó que el mundo estaba en llamas. ¡Era una profecía! Así, pues, pidió que Dios le protegiera, a condición de que Napoleón restableciese la santa religión, que entonces andaba muy por el suelo. Eso se convino, y eso se vio.

»Ahora, seguidme bien, y decidme si lo que vais a oír es natural.

»Seguro y cierto es que un hombre que había tenido la idea de hacer un pacto secreto, podía ser el único susceptible de atravesar las líneas de los otros, a través de las balas y de las descargas de metralla que nos barrían como moscas, y que tenían respeto por su cabeza. Yo he tenido la prueba de ello, yo particularmente, en Eylau. Aún le veo subiendo a una colina, cogiendo su antejo, contemplando la batalla y diciendo:

»—¡Eso va bien!

»Uno de los intrigantes de penacho que le molestaban considerablemente y le

seguían por todas partes, incluso mientras comía, quiere hacerse el cuco y ocupa el puesto del emperador cuando él sale. ¡Zas, arrebañado...; adiós el penacho! Como comprenderéis, Napoleón se había comprometido a guardar su secreto para sí solo. Por eso, todos los que le acompañaban, hasta sus amigos particulares, caían como nueces: Duroc, Bessières, Lannes, todos hombres fuertes como barras de acero y que él fundía a su estilo. En fin, la prueba de que era el hijo de Dios, hecho para ser el padre del soldado, es que nunca se le vio de teniente ni de capitán. ¡Nada, nada, jefe en seguida! No parecía tener más de veinticuatro años y ya era viejo general, después de la toma de Tolón, donde empezó por demostrar a los otros que no sabían maniobrar con los cañones. Luego, nos cae como general en jefe, muy flacucho, en el ejército de Italia, que estaba falto de pan, de municiones, de botas, de uniformes...; un pobre ejército desnudo como un gusano.

»—Amigos míos, nos dice, ya estamos juntos. Ahora bien, meteos en la chola que de aquí a quince días seréis los vencedores, iréis vestidos, tendréis capotes, buenas polainas y magníficas botas; pero, muchachos, hay que avanzar para encontrar todo eso en Milán, donde hay de todo.

»Y se emprendió la marcha. El francés, aplastado, liso como una cucaracha, se yergue. Éramos treinta mil descamisados contra ochenta mil jaquetones alemanes, bien equipados... Aún los veo. Entonces, Napoleón, que no era todavía más que Bonaparte, nos sopla no sé qué en el vientre, y se marcha durante la noche y de día, se les asesta un golpe en Montenotte, se corre a darles una paliza en Rivoli, en Lodi, en Arcola y en Millesimo, y no se les da tregua. El soldado le coge el gusto a ser vencedor. Luego, Napoleón envuelve a los generales alemanes, que no sabían dónde meterse para estar en su centro, los rodea que da gusto, les birla a veces diez mil hombres de un solo golpe, sitiándolos con mil quinientos franceses de quienes saca un rendimiento que sólo él consigue y, en fin, se apodera de sus cañones, víveres, dinero, municiones, todo lo que valía de ellos, los arroja al agua, los bate en las montañas, los muerde en el aire, los devora en tierra y los azota donde estén. Así las tropas lucen otra vez el plumaje, porque, además, el emperador, que era también hombre de talento, se hace querer por el natural del país, al que le dice que ha venido a liberarlo. Desde entonces, el paisano nos aloja y nos quiere, y las mujeres también, las cuales, por cierto, eran mujeres muy juiciosas. Finalmente, en Ventoso del 96, que era en aquella época el mes de marzo de hoy, estábamos acosados en un rincón del país de las marmotas; pero, después de la campaña, henos dueños de Italia, tal como Napoleón había predicho. Y en el mes de marzo siguiente, en un solo año y dos campañas, nos lleva a la vista de Viena. Todo estaba cepillado. Nos habíamos comido sucesivamente tres ejércitos diferentes, dejado cesantes a cuatro generales austríacos, entre ellos uno con el cabello blanco, que se quedó atascado como una rata en un felpudo, en Mantua. ¡Los reyes pedían gracia de rodillas! La paz estaba conquistada. ¿Habría podido hacer todo eso un hombre? No. Dios le apoyaba, es seguro. Se multiplicaba como los cinco panes del Evangelio, mandaba la batalla de día y la

preparaba de noche, viéndole los centinelas yendo y viniendo de continuo, y no dormía ni comía. A partir de entonces, reconociendo estos prodigios, el soldado lo adopta por padre. ¡Y adelante!

»Los otros, en París, viendo esto, se dicen:

»—Ése es un peregrino que parece recibir sus consignas del cielo. Es singularmente capaz de poner la mano sobre Francia; por lo tanto, hay que soltarlo sobre Asia o sobre América... Acaso se contente.

»Eso estaba escrito para él como para Jesucristo. El hecho es que se le da orden de marchar sobre Egipto. Y he aquí su semejanza con el Hijo de Dios. Pero eso no es todo. Reúne a sus mejores hombres, aquéllos a quienes había endiablado particularmente, y les dice así:

»—Amigos míos, por el momento se nos da Egipto para masticar. Pero nos lo zamparemos en un tiempo y dos movimientos, como hemos hecho con Italia. Los simples soldados rasos serán príncipes que tendrán tierras propias. ¡Adelante!

»—¡Adelante, muchachos! —repiten los sargentos.

»Y se llega a Tolón, camino de Egipto. Por aquel entonces, los ingleses tenían todos sus barcos en el mar. Pero cuando nosotros embarcamos, Napoleón nos dijo:

»—No nos verán, y conviene que sepáis, desde ahora, que vuestro general tiene una estrella en el cielo que nos guía y nos protege.

»Dicho y hecho. Cruzando el mar, tomamos Malta, como una naranja, para calmarle su sed de victoria, pues él era un hombre no podía estar sin hacer nada. Ya estamos en Egipto. Bueno. Allí, otra consigna. Los egipcios, debéis saberlo, son hombres que desde que el mundo es mundo acostumbran tener gigantes por soberanos y ejércitos numerosos como hormigas, porque es un país de genios y de cocodrilos, donde se han erigido pirámides tan grandes como nuestras montañas, bajo las cuales se les ha ocurrido meter a sus reyes para conservarlos frescos, cosa que generalmente les agrada. Luego, al desembarcar, el pequeño cabo nos dijo:

»—Muchachos, los países que vais a conquistar veneran a una partida de dioses que hay que respetar, pues el francés debe ser amigo de todo el mundo y vencer a los pueblos sin vejarles. Meteos en el meollo que no debéis tocar nada al principio, porque después lo tendremos todo. ¡Y adelante!

»La cosa marchaba bien. Pero todas aquellas gentes, que había concedido a Napoleón el nombre de Kébir-Bonaberdís, que en su lenguaje quiere decir *el sultán hecho fuego*, tuvieron más miedo que el diablo. Entonces, el Gran Turco, Asia y África recurrieron a la magia, y nos enviaron un demonio, llamado Mody, de quien se supone descendió del cielo montado en un caballo blanco que era, como su amo, incombustible a la bala de cañón, y los dos vivían del aire. Hay quienes lo han visto, pero yo no tengo razones para darlo por seguro. Eran las potencias de la Arabia y los mamelucos, quienes querían hacer creer a sus soldados que el Mody era capaz de impedir que muriesen en la batalla, so pretexto de que era un ángel enviado para combatir a Napoleón y arrebatarle el sello de Salomón, una de las fornituras que les

pertenecían y que pretendían les había robado nuestro general. Comprenderéis que de todos modos se les hizo torcer el gesto.

»Vaya, decidme, ¿cómo habían sabido el pacto de Napoleón? ¿Era eso natural?

»En su mente se daba por seguro que mandaba a los genios y se transportaba en un abrir y cerrar de ojos de un lugar a otro, como un pájaro. El hecho es que estaba en todas partes. En fin, que acababa de raptarles una reina, bella como el día, por la que había ofrecido todos sus tesoros y diamantes gordos como huevos de paloma, venta que el mameluco de quien ella era la favorita había rechazado. En esas condiciones, los asuntos no podían zanjarse sino con muchos combates. Y no se privó de ellos, pues hubo golpes para todo el mundo. Entonces fuimos alineados en Alejandría, en Gizeh y ante las pirámides. Hubo que marchar bajo el sol, sobre la arena, donde los que eran propensos a ofuscárseles la vista veían manantiales y estanques cuyas aguas no se podían beber, y sombra que hacía sudar. Pero nos zampamos como rancho al mameluco, y todo se sometió a la voz de Napoleón, quien se apoderó del Alto y el Bajo Egipto, y de Arabia; en fin, hasta de capitales de reinos que no existían ya, y en las que había millares de estatuas, los quinientos diablos de la naturaleza, y luego, cosa particular, infinidad de lagartijas, un rayo de país donde todo el mundo podía apropiarse hectáreas de terreno, por poco que le agradara. Mientras él se ocupaba de sus asuntos en el interior, donde pensaba hacer cosas soberbias, los ingleses incendian su flota en la batalla de Abukir, pues no sabían qué inventar para contrariarnos. Pero Napoleón, que tenía el aprecio de Oriente y de Occidente, a quien el Papa llamaba su hijo y el primo de Mahoma su amado padre, quiso vengarse de Inglaterra, apoderándose de las Indias para resarcirse de su flota. Iba a conducirnos al Asia, por el mar Rojo, a países en los que no hay más que diamantes y oro, para conseguir la paga de los soldados, y palacios por etapas, cuando el Mody, haciendo un pacto con la peste, nos la envió para interrumpir nuestras victorias. ¡Alto! Entonces, todo el mundo desfiló en esa parada de la que no se vuelve por los propios pies... El soldado moribundo no pudo tomar San Juan de Acre, donde se entró tres veces con una obstinación generosa y marcial. Pero la peste era la más fuerte; no cabía decir: ¡Querido amigo! Todo el mundo estaba muy enfermo. Sólo a Napoleón se le veía fresco como una rosa, y todo el ejército le vio bebiendo la peste sin que le hiciese nada...

»Bien, amigos, ¿creéis que eso era natural?

»Los mamelucos, sabiendo que todos nosotros nos metimos en las ambulancias, quisieron cortarnos el paso; pero con Napoleón no cabían bromas de esa clase. Así, pues, dijo a sus condenados, a los que tenían la pelleja más dura que los otros:

»—Id a limpiarme el camino.

»Junot, que era uno de los primeros sables y su verdadero amigo, no reúne más que mil hombres, y deshace, sin embargo, el ejército de un pachá que tenía la intención de atravesarse. Luego volvemos al Cairo, nuestro cuartel general... Otra historia: ausente Napoleón, Francia ha dejado que destruyesen su temperamento las

gentes de París, que retenían las pagas de los soldados y sus uniformes, dejándoles reventar de hambre, y querían que dictasen su ley al universo, sin preocuparse de otra cosa. Eran unos imbéciles que se divertían gastando saliva en vez de meterse hasta los corvejones. Y así, nuestros ejércitos eran derrotados, y las fronteras de Francia amenazadas: EL HOMBRE ya no estaba allí. Observad que digo “el hombre”, porque se le ha llamado así, pero era una tontería, pues él tenía una estrella y todas sus particularidades. ¡Nosotros sí que éramos los hombres! La historia de Francia enseña que después de la famosa batalla de Abukir, donde, sin perder más que trescientos hombres, y con una sola división, venció al gran ejército turco, de veinticinco mil hombres, arrojando al mar a más de la mitad... Fue su último golpe en Egipto, su último trueno. Viéndolo perdido todo allí, se dijo:

»—Soy el salvador de Francia, lo sé; es forzoso que regrese.

»Pero ya comprenderéis que el ejército no se enteró de su partida, ya que, de lo contrario, lo habrían retenido a la fuerza para hacerle emperador de Oriente. Nos quedamos muy tristes al faltarnos él, pues él era nuestra alegría. Dejó el mando a Kléber, un gran mastín que descuidó la guardia, asesinado por un egipcio al que se le dio muerte metiéndole una bayoneta por el trasero, que es la manera de guillotinar en aquel país; pero ese suplicio hace sufrir tanto, que un soldado tuvo piedad del criminal, y le tendió su cantimplora, y en seguida que el egipcio bebió agua, la diñó con una alegría que daba envidia. Pero no nos entretengamos con estas bagatelas. Napoleón se mete de hoz y coz en una cáscara de nuez, un pequeño navío de tres al cuarto llamado *La Fortuna*, y, en un abrir y cerrar de ojos y en las mismas barbas de Inglaterra, que le bloqueaba con sus buques de guerra, fragatas y todas las carracas, desembarca en Francia, pues siempre ha tenido el don de atravesar los mares de una zancada. ¿Era eso natural? ¡Que no! Así que estuvo en Fréjus, que fue como decir que tenía el pie en París, donde todo el mundo le adora, convoca al gobierno.

»—¿Qué habéis hecho de mis muchachos los soldados? —dice a los abogados—. Sois un hatajo de galopines que os ciscáis en el mundo y hacéis vuestro agosto en Francia. Eso no es justo, y os hablo en nombre de todos los descontentos.

»Entonces, ellos quieren parlotear y matarle; ¡pero despacio...! Él los aturrulla con su propia palabrería, los hace saltar por las ventanas y los incorpora en su séquito, donde se vuelven mudos como peces, más blandos que una breva y flexibles como tabaqueras... Con este golpe, pasa a cónsul, y, como no era él quien podía dudar del Ser Supremo, cumple entonces la promesa que le hizo al buen Dios, quien por su parte mantenía seriamente su palabra; le restituye sus iglesias y restablece su religión; las campanas suenan para Dios y para él. Todo el mundo está ahora contento: *primo*, los sacerdotes, que impide sean importunados; *segundo*, el burgués, que hace su comercio, sin temer el *rapiamus* de la ley, que se había puesto injusta; *tercio*, los nobles, cuya muerte evita, costumbre desgraciadamente muy extendida. Pero había enemigos que era necesario barrer, y no se dormía en la paja, porque ya comprenderéis que su mirada atravesaba el mundo como si fuese una simple cabeza

de hombre. Entonces, aparece en Italia, como si asomara la cabeza por la ventana, y su mirada basta. ¡Los austríacos son engullidos en Marengo como gobios por una ballena! ¡Uf...! Allí la victoria francesa cantó su gama lo bastante alto para que todo el mundo la oyera, y eso bastó.

»—No jugamos más —dicen los alemanes.

»—¡Ya basta! —dicen los otros.

»Total: Europa hace la gallina, Inglaterra cede. Paz general, en la que reyes y pueblos hacen acción de abrazarse. Es entonces cuando el emperador crea la Legión de Honor, una cosa muy bella, vaya que sí.

»—En Francia —dijo en Boloña, ante el ejército entero—, todo el mundo tiene valor. Así, la parte civil que realizará acciones descollantes, será hermana del soldado, el soldado será su hermano, y los dos se unirán bajo la bandera del honor.

»Nosotros, los que estábamos allá abajo, volvimos de Egipto. ¡Todo estaba cambiado! Le habíamos dejado general, y en nada de tiempo le encontramos emperador. De verdad que Francia se le había entregado como una hermosa a un lancero. Ahora bien, cuando eso sucedió, puede decirse que con satisfacción general, se celebró una santa ceremonia como jamás se ha visto bajo la cúpula de los cielos. El Papa y los cardenales, con sus vestiduras de oro y púrpura, atraviesan los Alpes expresamente para consagrarle ante el ejército y el pueblo, que le vitorean a rabiar. Hay una cosa que sería injusto si yo no os la dijera. En el desierto de Egipto, cerca de Siria, EL HOMBRE ROJO se le apareció en la montaña de Moisés para decirle:

»—Eso va bien.

»Después, en Marengo, la noche de la victoria, por segunda vez se le apareció el Hombre Rojo, quien le dijo:

»—Verás el mundo de rodillas a tus pies, y serás emperador de los franceses, rey de Italia, dueño de Holanda, soberano de España, de Portugal y de las provincias de Iliria, protector de Alemania, salvador de Polonia, la primera águila de la Legión de Honor, y todo, todo...

»Ese Hombre Rojo, era su idea propia; una especie de cartero que le servía, según dicen muchos, para comunicar con su estrella. Yo nunca he creído eso, pero el Hombre rojo es un hecho de verdad, y el mismo Napoleón habló de él, diciendo que se le aparecía en los trances difíciles, y que se alojaba en una buhardilla de las Tullerías. La noche de su coronación, Napoleón lo vio por tercera vez, y estuvieron deliberando sobre muchas cosas. Entonces, el emperador se va derecho a Milán y se hace coronar rey de Italia. Allí comienza verdaderamente el triunfo del soldado. A todo el que sabía escribir se le nombra oficial. Llueven las pensiones y las dotaciones de ducados; tesoros para el estado mayor, que no cuestan nada a Francia, y la Legión de Honor provista de rentas para los soldados rasos, de las cuales cobro yo aún mi pensión. En fin, ved ejércitos mantenidos como nunca se vio antes. Pero el emperador, que sabía que tenía que serlo de todo el mundo, piensa en los burgueses, y les hace construir, según sus ideas, monumentos de cuentos de hadas, allí donde había

lo mismo que tengo yo en la palma de la mano... Por ejemplo: volvíais de España, para ir a Berlín; pues bien, encontrabais arcos de triunfo con soldados rasos representados en bellas esculturas, ni más ni menos que si fuesen generales. Napoleón, en dos o tres años, y sin imponer impuestos, llena sus sótanos de oro, construye puentes, palacios, carreteras, buques y puertos; hace sabios, dicta leyes y crea festividades, y gasta millones de millares, tanto y tanto, que se me ha dicho que habría podido empedrar Francia con piezas de cien sueldos, si la fantasía le hubiese dado por ahí. Entonces, cuando se encuentra a sus anchas en el trono, y es tan dueño de todo que Europa esperaba su permiso hasta para hacer sus necesidades, como tenía cuatro hermanos y tres hermanas, nos dijo, pero así, de tú a tú, en la orden del día:

»—Muchachos, ¿es justo que los parientes de vuestro emperador tiendan la mano? No. Yo quiero que brillen, tanto como yo. Entonces, es necesario conquistar un reino para cada uno de ellos, a fin de que el francés sea el señor de todo; que los soldados de la guardia hagan temblar al mundo, y que Francia escupa donde quiera, y se le diga, como sobre mi moneda: *Dios os proteja*.

»—¡De acuerdo! —responde el ejército—. Te iremos a pescar reinos a la bayoneta.

»—¡Ah...! Es que él no podía retroceder, y si se le hubiese metido en la cabeza conquistar la luna, habría sido necesario apañárselas para ello, hacer las mochilas y a escalar. Por fortuna no se le ocurrió. A los reyes, que estaban acostumbrados a las dulzuras del trono, se les tira de la oreja; y, entonces, adelante nosotros... Marchamos, vamos, y el temblor vuelve a comenzar con un diapasón general. ¡Cuántos hombres y botas hizo él gastar en esa época! En aquel tiempo se luchaba tan cruelmente, que otros que no fuesen franceses no lo habrían aguantado. Pero vosotros no ignoráis que el francés ha nacido filósofo, y sabe que hay que morir, un poco antes o un poco después. Así, nosotros moríamos sin decir nada, porque se tenía el placer de ver al emperador hacer esto en las geografías. (Aquí, el ex soldado describió en el acto un círculo con el pie, al aire del hórreo). Y él decía: “Esto será un reino”, y era un reino. ¡Qué buen tiempo! Los coroneles ascendían a generales en menos que canta un gallo; los generales a mariscales, y los mariscales a reyes. Y queda todavía uno en pie para decírselo a Europa, aunque éste sea un gascón, traidor a Francia por conservar su corona, que no ha enrojecido de vergüenza, porque, ya lo sabéis, las coronas son de oro... En fin, los gastadores que sabían leer se convertían en nobles igualmente. Y yo que os hablo, he visto en París once reyes y una multitud de príncipes que rodeaban a Napoleón como los rayos del sol. Comprenderéis que teniendo cada soldado la oportunidad de calzarse un trono, siempre que demostrase su mérito, un cabo de la guardia fuese como una curiosidad que se admiraba al pasar, porque cada cual tenía su cupo en la victoria, reconocido en el boletín. ¡Y ya había, ya, batallas! Austerlitz, donde el ejército maniobró como en una parada; Eylau, donde los rusos fueron ahogados en un lago, como si Napoleón hubiese soplado encima; Wagram, donde se combatió tres días sin pestañear... En fin, hubo tantas batallas

como santos en el calendario. Que quedó bien demostrado que Napoleón tenía en su vaina la verdadera espada de Dios. Estimaba al soldado, le consideraba un hijo, se preocupaba de que tuviese botas, camisas, capotes, pan y cartuchos, y sin, que él se olvidase un momento de que era su majestad; pues que su oficio era el de reinar. Pero es igual. Un sargento, y hasta un soldado, podían decirle “Mi emperador”, como vosotros me decís a veces “Mi buen amigo”. Él respondía a las razones que se le exponían, y se acostaba en la nieve, como nosotros; que os digo que tenía casi el aire de un hombre natural. Yo que os hablo, le he visto metido en cada tiroteo..., y no más molesto de lo que vosotros andáis por ahí; mirando con su anteojo, siempre a lo suyo; y entonces nosotros nos quedábamos allí, tranquilos como el Bautista. Yo no sé cómo se las apañaba, pero cuando nos hablaba, sus palabras se nos metían como fuego en el estómago; y para demostrarle que éramos sus muchachos, incapaces de protestar, llevábamos el paso ordinario ante unos cochinos cañones que vomitaban granizadas de balas sin previo aviso. Lo que os digo: los moribundos tenían a gala ponerse de pie para saludarle y gritar:

«—¡Viva el emperador!».

»¿Era eso natural? ¿Habráis hecho lo mismo por un simple hombre?

»Entonces, con toda su familia establecida, y sucediendo que la emperatriz Josefina, que de todos modos era una buena mujer, no podía darle hijos, se vio obligado a separarse de ella, aunque la amaba considerablemente. Pero él necesitaba retoños, por lo del gobierno. Al saber esta dificultad, todos los soberanos de Europa se pelearon para darle una esposa. Y él, que nos lo dijo a nosotros, se casó con un austríaca, descendiente del César, antiguo emperador del que se habla en todas partes, y no solamente en nuestros países, donde se oye decir que él ha hecho todo, sino en Europa. Y eso es tan verdad que, yo que os hablo en estos momentos, he ido al Danubio y he visto los restos de un puente construido por ese hombre, quien parece que en Roma fue pariente de Napoleón, de lo cual se ha autorizado el emperador a tomar su herencia para su hijo. Así, tras su casamiento, que fue una fiesta para el mundo entero, y con cuyo motivo hizo gracia al pueblo de diez años de impuestos, pero que de todos modos se pagaron, porque los recaudadores no lo tuvieron en cuenta, su mujer tuvo un pequeño que era rey de Roma, cosa que hasta entonces no se había visto aún sobre la tierra, pues nunca hubo nadie que naciese rey, viviendo su padre. Aquel día, salió un globo de París para anunciarlo a Roma, y el globo que hizo el viaje en un día. A ver ahora. ¿Hay alguien entre vosotros que me sostenga que todo eso era natural? ¡No; estaba escrito allá arriba! ¡Y que la sarna se coma al que no diga que fue enviado por el mismo Dios para hacer triunfar a Francia! Pero aquí tenemos que el emperador de Rusia, que era su amigo, se enfada por no haberse casado con una rusa, y sostiene a los ingleses, nuestros enemigos, a cuya tienda se había impedido siempre que fuese Napoleón a decirles dos palabritas. Había, pues, que acabar con esos patos. Napoleón se enoja y nos dice:

»—Soldados: habéis sido dueños en todas las capitales de Europa; queda Moscú,

que se ha aliado con Inglaterra. Ahora bien, para poder conquistar Londres y las Indias que son de ellos, considero indispensable ir a Moscú.

»Seguidamente reúne el mayor de los ejércitos que jamás haya arrastrado sus polainas por el globo, y tan singularmente bien alineado, que en un día pasó revista a un millón de hombres.

»—¡Hurra! —dicen los rusos.

»Y aquí tenemos a Rusia entera, a esos animales de cosacos que levantan el vuelo. Era país contra país, una zambra general de la que había que guardarse. Y como había dicho el Hombre rojo a Napoleón:

»—¡Es Asia contra Europa!

»—Basta —responde él—. Voy a tomar mis precauciones.

»¡Y ved *efectivamente* a todos los reyes que vienen a lamer la mano de Napoleón! Austria, Prusia, Baviera, Sajonia, Polonia, Italia. Todo estaba con nosotros, nos halagaba... ¡Ah, qué bonito era ver aquello! Las águilas nunca se han arrullado tanto como en aquellas paradas, protegidas por todas las banderas de Europa. Los polacos no cabían en sí de gozo porque el emperador había tenido la idea de reconstruir su nación; por eso Polonia y Francia han sido siempre hermanas. En fin:

»—¡A nosotros Rusia! —grita el ejército.

»Entramos bien abastecidos y equipados; marchamos y marchamos..., y nada de rusos. Finalmente, encontramos nuestros mastines acampados en el Moscova. Allí fue donde obtuve la cruz, y me tomo el permiso de decir que fue una condenada batalla. El emperador estaba inquieto, pues había visto al Hombre rojo, quien le dijo:

»—Hijo mío, vas más aprisa que el paso; los hombres te fallarán y los amigos te traicionarán.

»Entonces propuso la paz. Pero antes de firmarla, nos dijo:

»—Antes les zurraremos la badana a los rusos.

»—¡A la orden! —grita el ejército.

»—¡Adelante! —ordenan los sargentos.

»Yo tenía las botas que ya no eran botas y cada roto en el vestido..., y era de tanto andar por aquellos caminos, que os digo que no son nada cómodos. ¡Pero era igual!

»—Puesto que ya se acaba el temblar —me digo—, ¡voy a hartarme!

»Estábamos ante el primer barranco; eran los puestos avanzados. Se da la señal, y setecientas piezas de artillería comienzan una conversación como para haceros salir sangre por los oídos. Ahora hay que hacer justicia a los enemigos: mis rusos se hacen matar como franceses, sin retroceder, y nosotros no avanzamos.

»—¡Adelante! —se nos ordena—. ¡Tenéis aquí al emperador!

»Y era verdad: pasa al galope, haciéndonos una seña de que le convenía mucho que se tomara el reducto. Nos anima, corremos, y llego el primero al barranco. ¡Ah, Dios mío...! Los tenientes caían, los coroneles, los soldados... ¡Es igual! Esto procuraba botas al que no las tenía, y charreteras a los intrigantes que sabían leer...

“¡Victoria!”, es el grito de toda la línea. Pero, lo que nunca se había visto, había veinticinco mil franceses caídos en el suelo ruso. Dispensadme la comparación... Era un verdadero trigal segado: en vez de espigas, poned hombres. Los vivos estábamos desilusionados. Pero el hombre llega, hacemos un círculo y él en medio. Nos halaga, pues era amable cuando quería, hasta vernos tan contentos como vaca rabiosa con el hambre de dos lobos. Entonces el muy zalamero distribuye él mismo las cruces y saluda a los muertos; después nos dice:

»—¡A Moscú!

»—¡Va por Moscú! —responde el ejército.

»Tomamos Moscú. ¡Y aquí tenéis que los rusos incendian su ciudad! Una fogata de paja, de dos leguas de gorda y que llameó durante dos días... Los edificios caían como pizarras. Había lluvias de hierro y de plomo fundidos, que eran naturalmente horribles; y a vosotros se os puede decir que fue la chispa de nuestras desgracias. El emperador dice:

»—Ya basta; todos mis soldados se quedarían aquí.

»Nos entretenemos en refrescarnos un poco y en devolvernos cada hueso a su sitio; no nos teníamos de pie. Nos llevamos una cruz de oro que había arriba del Kremlin, y cada soldado tenía una pequeña fortuna. Pero nos esperaba otra ganancia: el invierno se adelantó un mes, cosa que los sabios, que son unos imbéciles, no han podido explicar suficientemente, y el frío nos echa la garra. Ya no hay ejército, ¿lo oís?; no más generales, y ni siquiera sargentos. Entonces no hay más que el reino de la miseria y el hambre, reino en el que todos éramos realmente iguales... No se pensaba más que en volver a ver Francia; no se agachaba nadie para recoger su fusil o su dinero; cada cual iba camino adelante, sin orden alguno las armas, sin pensar ya en la gloria. En fin, el tiempo era tan malo, que el emperador no volvió a ver su estrella. Había algo entre el cielo y él. ¡Pobre hombre! Enfermó al ver sus águilas a contrapelo de la victoria... Y llega el Beresina. Aquí, amigos, puedo afirmaros por lo más sagrado que hay, o sea por el honor, que desde que existen hombres, nunca, jamás de los jamases, se vio tal revoltijo de ejército, de vehículos y de artillería metidos en tanta nieve, bajo un cielo tan duro. El cañón de los fusiles os quemaba la mano si lo tocabais, tanto era el frío. Allí fue donde el ejército se salvó por los pontoneros, que se mantuvieron inmovibles en su puesto, y donde se comportó perfectamente Gondrin, el único superviviente de los voluntarios lo bastante tercos como para meterse en las heladas aguas y tender los puentes por los que pasó el ejército, salvándose de los rusos, quienes aún le tenían respeto, recordando sus victorias. Y —dijo señalando a Gondrin, quien le miraba con la particular atención de los sordos— Gondrin es un soldado de pies a cabeza, un soldado de honor, que merece vuestras mayores consideraciones. Yo he visto —prosiguió— al emperador de pie junto al puente, inmóvil, pareciendo que no sintiese el intenso frío. ¿Era eso, una vez más, natural? Contemplaba la pérdida de sus tesoros, de sus amigos, de sus viejos egipcios. Todo pasaba, las mujeres, los furgones, la artillería; todo consumido, destrozado,

arruinado. Los más valerosos guardaban las águilas, porque ya sabéis que las águilas representaban a Francia; era todos vosotros, era el honor del civil y del militar, que debía permanecer puro y no humillar la cabeza a causa del frío. El calor apenas lo sentíamos, si no era al lado del emperador, pues cuando le veíamos en peligro, corríamos hacia él, helados; nosotros, que no nos deteníamos ni para tender una mano a los amigos. Se dice también que a la noche lloraba por su pobre familia de soldados. No había más que él y los franceses para huir de allí, y se huyó, pero con pérdidas, con qué grandes pérdidas, os digo. Los aliados se habían comido nuestros víveres. Todo empezaba a traicionar al emperador, como ya le había anunciado el Hombre rojo. Los charlatanes de París, que se callaron después del establecimiento de la guardia imperial, creyéndole muerto, traman una conspiración en la que meten al prefecto de policía, para derrocar al emperador. Se entera, se impacienta, y nos dice al partir para enmendar la situación:

»—Adiós, muchachos, conservad los puestos, porque volveré.

»¡Bah! Sus generales no dan una, ya que sin él todo era distinto. Los mariscales se dicen necedades, hacen tonterías, y era natural; Napoleón, que era un buen hombre, les había dado tanto oro y engordado de tal forma, que ya no podían andar. De ahí vinieron las desgracias, puesto que muchos de ellos permanecieron en guarnición, sin cascarle la espalda al enemigo, a cuya retaguardia estaban, mientras se nos empujaba hacia Francia. Pero el emperador volvió con reclutas, y famosos reclutas por cierto, a los que cambió muy bien la moral, transformándolos en perros dispuestos a morder a cualquiera, con burgueses como guardias de honor... Una hermosa tropa que se derritió como la manteca sobre una parrilla. A pesar de nuestro severo porte, todo está contra nosotros; pero el ejército todavía hace prodigios de valor. Hay batallas en los montes, pueblos contra pueblos, en Dresden, Lutzen, Bautzen... Acordaos de esto, porque es allí donde el francés fue tan particularmente heroico que, en aquel tiempo, un buen granadero no duraba más de seis meses. Seguimos triunfando, pero a nuestra espalda están los ingleses sublevando a los pueblos, contándoles disparates... En fin, nos abrimos paso a través de esa jauría de naciones. En todas partes donde el emperador aparece, salimos del atasco, porque, en tierra como en el mar, allí donde él dice “¡Quiero pasar!”, pasamos. Finalmente llegamos a Francia, y hay más de un pobre soldado a quien, a pesar de la dureza del tiempo, el aire del país le consoló el alma, recobrando sus fuerzas. En cuanto a mí, os digo que la vuelta me rejuveneció... Pero entonces se trata de defender Francia, la patria, la hermosa Francia contra toda Europa, que nos menospreciaba por haber querido imponer la ley a los rusos, llevándolos a sus límites para que no se nos comiesen, como es la costumbre del Norte, que es muy aficionado al Mediodía, cosa que he oído decir a muchos generales. Entonces, el emperador ve que su propio suegro está contra él, contra él los amigos que había entronizado, y los canallas a quienes había devuelto sus tronos. Todos contra él. Hasta los mismos franceses y los aliados se volvían contra nosotros en nuestras filas, por orden superior, como en la

batalla de Leipzig. ¿No son horrores de los que serían incapaces simples soldados rasos? ¡Faltaban a su palabra tres veces por día, y se decían príncipes! Entonces llega la invasión. En todas partes donde nuestro emperador muestra su cara de león, el enemigo retrocede. En ese tiempo hizo más prodigios defendiendo a Francia que los que hizo para conquistar Italia, el Oriente, España, Europa y Rusia. Desde ese día quiere enterrar a todos los extranjeros, para enseñarles a respetar a Francia, y les deja ir sobre París para triturarlos de un golpe, y elevarse así al grado cimero del genio con una batalla todavía más grande que todas las demás, una verdadera batalla madre. Pero los parisienses tienen miedo por su piel de dos ochavos y por sus tiendas de dos sueldos, y abren sus puertas; comienzan las defecciones y acaban los parabienes, se molesta a la emperatriz y se pone en las ventanas la bandera blanca. Y los generales, a quienes había hecho sus mejores amigos, le abandonan por los Borbones, de quienes no han oído hablar jamás. Entonces él nos dice adiós en Fontainebleau:

»—¡Soldados...!

»Le oigo aún... Todos llorábamos como verdaderos niños; las águilas y las banderas se inclinaban como para un entierro, pues se os puede decir que eran los funerales del Imperio, y sus antiguos flamantes ejércitos no eran más que esqueletos. Entonces, desde lo alto de la escalinata de su castillo, nos dice:

»—Hijos míos, hemos sido vencidos por la traición, pero nos volveremos a ver en el cielo, la patria de los valientes. Defended a mi pequeño, al que yo os confío. ¡Viva Napoleón II!

»Tenía el propósito de morir, y para que nadie viese a Napoleón vencido, tomó una cantidad de veneno capaz de matar a un regimiento, porque, como Jesucristo antes de su pasión, se creía abandonado de Dios y de su talismán; pero el veneno no le surte el menor efecto. Se reconoce inmortal... Seguro de su misión y de ser siempre emperador, va a una isla durante algún tiempo para estudiar el temperamento de los que no cesan de hacer tonterías. Mientras permaneció en aquel lugar, los chinos y los animales de la costa de África, los berberiscos y los otros, que no son en absoluto tolerantes, le tenían por algo tan distinto de un hombre, que respetaban su pabellón, diciendo que tocarlo era enfrentarse con Dios, Reinaba sobre el mundo entero, mientras que ese mundo lo había expulsado de su Francia. Entonces se embarca en la misma cáscara de nuez de Egipto, pasa por delante de las barbas de los navíos ingleses y clava el pie en Francia; Francia le reconoce, la noticia corre de campanario en campanario, y se oye el grito unánime de “¡Viva el emperador!”. Aquí, el entusiasmo ante esta maravilla de los siglos fue unánime, el Delfinado se comportó muy bien; y yo me sentí particularmente satisfecho de saber que en él se lloraba de alegría al volver a ver su capote gris. El primero de marzo, Napoleón desembarca con doscientos hombres para conquistar el reino de Francia y el de Navarra, que, el veinte de marzo, vuelve a ser el Imperio francés. El hombre estaba ese día en París, habiéndolo barrido todo; había vuelto a tomar posesión de su querida Francia, y había reunido a sus soldados no diciéndoles más que dos palabras: “¡Aquí

estoy!”. ¡Es el milagro más grande que ha hecho Dios! Antes que él, ¿se había impuesto jamás un hombre con sólo agitar su sombrero? ¿Se creía a Francia derribada? No lo estaba en absoluto. A la vista del águila, se rehace un ejército nacional, y todos marchamos a Waterloo. Y es allí donde la guardia muere de un solo golpe. Napoleón, desesperado, se lanza tres veces sobre los cañones enemigos, a la cabeza del resto, sin encontrar la muerte. ¡Nosotros hemos visto eso! La batalla está perdida. Al llegar la noche, el emperador llama a sus veteranos y, en un campo lleno de sangre de los nuestros, quema sus banderas y sus águilas; aquellas pobres águilas siempre victoriosas, que gritaban en las batallas “¡Adelante!” y que habían volado sobre toda Europa, fueron salvadas de la infamia de caer en poder del enemigo. Los tesoros de Inglaterra ni siquiera podían darle la cola de un águila. Allí desaparecieron las águilas... El resto es suficientemente conocido. El Hombre Rojo se pasa a los Borbones, como miserable que es. Francia es aplastada, el soldado ya no es nada, le niegan lo que se le debe, y lo mandan a su casa para poner en su lugar a nobles que ni siquiera puedan andar ya... ¡Daba pena! Se apoderan a traición del emperador, y los ingleses le encierran en una isla desierta del gran mar, sobre una roca que se levanta a tres mil metros sobre el mundo. Hasta el fin le condenan a vivir allí, hasta que el Hombre Rojo le devuelva su poder para la felicidad de Francia. Algunos dicen que está muerto. ¡Sí, sí, muerto...! Bien se ve que no le conocen... Repiten ese embuste para engañar al pueblo y poder seguir tranquilos en su gobierno de títeres. Escuchad: la verdad es que sus amigos le han dejado solo en el desierto, para que se cumpla una profecía hecha sobre él, pues se me olvidó haceros saber que su nombre de Napoleón quiere decir *León del desierto*. Eso es tan verdad como el Evangelio. Todas las demás cosas que oigáis decir sobre el emperador son estupideces que no tienen forma humana. Porque, ¿quién no se acordará siempre del hijo de una mujer al que Dios dio el derecho de trazar su nombre en rojo, como él ha escrito el suyo sobre la tierra? ¡Viva Napoleón, el padre del pueblo y del soldado!

—¡Viva el general Eblé! —gritó el pontonero.

—¿Cómo os las arreglasteis para no morir en el barranco del Moscova? —preguntó una campesina.

—¡Qué sé yo! Entramos un regimiento, no quedando en pie más que ciento de infantería, porque sólo los de infantería eran capaces de tomarlo. La infantería lo es todo en un ejército...

—¿Y la caballería? —tronó Genestas, dejándose caer del henil y apareciendo con una rapidez que hizo gritar de miedo hasta a los más valerosos—. ¡Oye, veterano! ¡Te olvidas de los lanceros rojos de Poniatowski, de los coraceros y los dragones! Cuando Napoleón, impaciente porque no veía avanzar su batalla hacia la conclusión de la victoria, dijo a Murat «¡Córtame eso en dos!», arrancamos primero al trote y luego al galope: ¡uno, dos!, y el ejército enemigo se dividió en dos trozos como una manzana por un cuchillo. ¡Una carga de caballería, amigo, es una columna de balas de cañón!

—¿Y los pontoneros? —exclamó el sordo.

—Ah, vamos, muchachos... —prosiguió Genestas, avergonzado de su salida, viéndose en medio de un círculo silencioso y estupefacto—. Supongo que no hay agentes provocadores aquí... Tomad, para que bebáis a la salud del pequeño cabo.

—¡Viva el emperador! —gritó a la vez toda la gente reunida allí.

—Callad, muchachos —dijo el oficial tratando de ocultar su profundo dolor—. Callad... *Él ha muerto* diciendo: «¡Gloria, Francia y batalla!». Él ha debido morir, pero su memoria... ¡jamás!

Goguelat hizo un gesto de incredulidad, y luego dijo en voz muy baja a sus vecinos:

—El oficial está aún en el servicio, y la consigna de ellos es decir al pueblo que el emperador ha muerto. No hay que guardarle rencor por eso, puesto que, después de todo, un soldado solamente conoce su consigna.

Saliendo del hórreo, Genestas oyó que la Fosera decía:

—Sabréis que ese oficial es un amigo del emperador y del doctor Benassis.

Todos corrieron a la puerta para volver a ver al comandante, y la luz de la luna les dejó verlo cogiendo del brazo al médico.

—He hecho una tontería —dijo Genestas—. Volvamos a casa en seguida... Esas águilas, esos cañones, esas campañas... Yo no sabía ya dónde estaba.

—Y bien, ¿qué le ha parecido mi Goguelat? —preguntó Benassis.

—Doctor, con relatos semejantes, Francia tendrá siempre los catorce ejércitos de la República, y podrá dialogar perfectamente a cañonazos con Europa. Eso es lo que opino.

Al poco rato llegaron a la vivienda de Benassis, y seguidamente uno y otro se quedaron pensativos, a cada lado de la chimenea del salón, cuyos moribundos leños aún despedían algunas chispas. A pesar de las pruebas de confianza que había recibido del médico, Genestas todavía vacilaba en hacerle una última pregunta que podría parecer indiscreta; pero tras haberle dirigido algunas miradas escrutadoras, le alentó una de esas sonrisas complacientes que animan los labios de los hombres verdaderamente fuertes, y con la cual parecía que Benassis le contestaba favorablemente. Entonces le dijo:

—Doctor, su vida difiere tanto de la de las personas corrientes, que no le asombrará si le pregunto las causas de su retiro. Si mi curiosidad le parece inconveniente, admitirá que es bien natural. Escuche: he tenido camaradas a los que nunca he tuteado, ni siquiera después de haber hecho varias campañas juntos; pero, en cambio, he tenido otros a quienes les decía: «¡Ve a buscar nuestro dinero al pagador!» tres días después de habernos achispado juntos, cosa que a veces puede ocurrirles a las personas más serias en las inevitables francachelas. Pues bien, usted es uno de esos hombres de quienes me siento amigo sin esperar su permiso, y sin siquiera saber por qué.

—Capitán Bluteau...

Desde hacía algunos días, cada vez que el médico pronunciaba el falso nombre

que su huésped había adoptado, éste no podía reprimir una ligera mueca. Benassis sorprendió en aquel momento esa expresión de repugnancia, y miró con fijeza al militar, tratando de comprender la causa; sin embargo, como le fuese difícil descubrirla atribuyó su gesto a alguna molestia física, y dijo:

—Capitán, voy a hablarle de mí. Ya varias veces desde ayer he sufrido una especie de violencia al explicarle las mejoras que he podido obtener aquí; pero se trataba del municipio y de sus habitantes, a cuyos intereses están necesariamente mezclados los míos. Ahora bien, contarle mi historia, no sería más que distraerle, y mi vida es poco interesante.

—Aunque fuese más simple que la de su Fosera —respondió Genestas—, me gustaría conocerla, para saber qué vicisitudes han traído a este distrito a un hombre de su temple.

—Capitán, llevo doce años callando. Mientras espero, al borde ya de mi fosa, el golpe que ha de precipitarme en ella, tendré la buena fe de confesarle que ese silencio ha empezado a pesarme. Hace doce años que sufro sin haber recibido los consuelos que la amistad prodiga a los corazones lastimados. Mis pobres enfermos, mis campesinos, me ofrecen sobradamente el ejemplo de una perfecta resignación, pero yo los comprendo y ellos lo advierten, mientras que nadie aquí puede recoger mis lágrimas secretas, ni darme el apretón de manos del hombre honrado, la más hermosa de las recompensas, que no le falta a nadie, ni siquiera a Gondrin.

Con súbito movimiento, Genestas tendió la mano a Benassis, a quien el gesto emocionó profundamente.

—Acaso la Fosera me hubiese comprendido angélicamente —prosiguió con voz alterada—, pero tal vez me hubiera amado, y eso habría sido una desgracia. Mire usted, capitán, únicamente un viejo soldado indulgente como es usted, o un joven lleno de ilusiones, podrían escuchar mi confesión, pues sólo podría comprenderla un hombre que sepa mucho de la vida, o un niño que todavía la ignora. Sin sacerdote, los antiguos capitanes morían en el campo de batalla confesándose a la cruz de su espada, haciéndola una fiel confidente entre ellos y Dios. Ahora bien, usted, una de las mejores espadas de Napoleón; usted, duro y fuerte como Napoleón, ¿me entenderá bien acaso? Para interesarse en mi relato, es preciso penetrar en ciertas delicadezas de sentimiento y compartir creencias que son naturales en los corazones sencillos, pero que parecerían ridículas a muchos filósofos acostumbrados a servirse, para sus intereses privados, de máximas reservadas a los gobiernos de los Estados. Voy a hablarle de buena fe, como hombre que no quiere justificar el bien ni el mal de su vida, pero que no le ocultará nada, porque hoy está ya lejos del mundo, indiferente al juicio de los hombres y lleno de esperanza en Dios.

Benassis se detuvo, y luego se levantó diciendo:

—Antes de empezar mi relato, voy a pedir el té. Desde hace doce años, Jacquotte no ha dejado nunca de venir a preguntarme si lo quiero, y seguramente nos interrumpiría.

—¿Usted quiere también, capitán?

—No, se lo agradezco.

Benassis no tardó en volver.

IV

LA CONFESIÓN DEL MÉDICO RURAL

—Nací —empezó el médico— en una pequeña villa del Languedoc, donde se había instalado mi padre hacía mucho tiempo y en la que transcurrió mi primera infancia. A los ocho años entré de interno en el colegio de Sorrèze, del que no salí sino para acabar mis estudios en París. Mi padre había vivido la más loca y prodigiosa juventud; pero su disipado patrimonio se había restablecido con un matrimonio afortunado y con las lentas economías que se hacen en provincias, donde se extrae vanidad de la fortuna y no del gasto, y la ambición natural del hombre se extingue y se convierte en avaricia, falta de alimentos generosos. Enriquecido, y no teniendo más que un hijo, quiso transmitirle la fría experiencia que había obtenido a cambio de sus desvanecidas ilusiones: últimos y nobles errores de los viejos, que intentan vanamente legar sus virtudes y sus prudentes cálculos a jóvenes encantados de la vida y presurosos por disfrutarla. Esta previsión dictó para mi educación futura un plan del que fui víctima. Mi padre me ocultó cuidadosamente la extensión de sus bienes y me condenó, en mi interés, a sufrir durante mis mejores años las privaciones y los afanes de un hombre ansioso de conseguir su independencia; deseaba inspirarme las virtudes de la pobreza: paciencia, sed de instrucción y amor al trabajo. Haciéndome conocer de esta forma todo el precio de la fortuna, esperaba enseñarme a conservar mi herencia; así, pues, al verme en la edad de poder escuchar sus consejos, me impulsó para que eligiese y siguiese una carrera. Mis gustos me llevaron al estudio de la medicina. De Sorrèze, donde permanecí durante diez años bajo una disciplina medio conventual y sumido en la soledad de un colegio de provincia, me vi, sin transición alguna, trasladado a la capital. Mi padre me acompañó para recomendarme a uno de sus amigos. Los dos viejos tomaron, sin que yo lo supiera, minuciosas precauciones contra la efervescencia de mi juventud, entonces muy inocente. Mi pensión fue severamente calculada según las necesidades reales de la vida, y no debía percibir mis trimestres más que a la presentación de los recibos de mi inscripción en la Facultad de Medicina. Esta humillante desconfianza se disfrazó con pretextos de orden y de contabilidad. Por lo demás, mi padre fue francamente generoso para los gastos relacionados con mi educación y con las diversiones de la vida parisiense. Su viejo amigo, feliz por tener un joven a quien guiar en el laberinto en que entraba, pertenecía a esa naturaleza de hombres que clasifican sus sentimientos con la misma minuciosidad con que ordenan sus papeles. Consultando su agenda del año anterior, sabía siempre lo que había hecho en el mes, en el día y la hora correspondientes al año que transcurría. Para él la vida era como una empresa cuyas cuentas tenía comercializadas. Hombre de mérito, sin embargo, pero sagaz,

desconfiado y meticulado, no le faltaron jamás razones especiosas para paliar las precauciones que tomaba conmigo. Compraba mis libros y pagaba mis lecciones; si yo quería aprender a montar a caballo, el buen hombre se informaba personalmente del mejor picadero, me llevaba a él y se anticipaba a mis deseos poniendo un caballo a mi disposición para los días festivos. A pesar de sus artimañas de viejo, que yo supe desbaratar cuando surgió algo que me impulsase a no obedecerle, ese excelente hombre fue un segundo padre para mí.

»—Amigo mío —me dijo en cuanto adivinó que rompería mi atadura si él no la aflojaba—, los jóvenes cometen a veces locuras a las que les arrastra el ardor de la edad, y si usted llega a necesitar dinero, acuda a mí. En otros tiempos, su padre me hizo favores que no olvido, y esto ya es motivo para que tenga siempre algunos escudos a su disposición; pero no me mienta nunca, no tenga el menor reparo en confesarme sus faltas: yo también he sido joven, y nos entenderemos siempre, como dos buenos camaradas.

»Mi padre me instaló en una pensión burguesa del Barrio Latino, con gente respetable, donde tuve una habitación bastante bien amueblada. Esta primera independencia, la bondad de mi padre y el sacrificio que parecía hacer por mí, me causaron, no obstante, poca alegría. Tal vez es preciso disfrutar de la libertad para sentir todo su valor. Los recuerdos de mi infancia libre se habían casi borrado bajo el peso de los engorros del colegio, que mi espíritu no había sacudido aún; luego, las recomendaciones de mi padre me hicieron comprender las nuevas tareas que debía cumplir; en fin, París era para mí como un enigma, donde uno no se divertía sin antes haber estudiado sus placeres. No veía, pues, nada que hubiese cambiado en mi situación, a no ser que mi nuevo colegio era más grande y se llamaba Facultad de Medicina. Sin embargo, al principio estudié con entusiasmo, siguiendo los cursos con asiduidad; me dediqué al trabajo con todos mis sentidos, sin incurrir en diversiones, hasta tal punto cautivaron mi imaginación los tesoros de la ciencia en que abunda la capital. Pero relaciones imprudentes, cuyos peligros velaba esa amistad locamente confiada que seduce a todos los jóvenes, no tardaron en hacerme caer insensiblemente en la disipación de París. Los teatros, sus actores, por los que me apasionaba, comenzaron la obra de mi desmoralización. Los espectáculos de una capital son funestos para los jóvenes, quienes nunca salen de ellos sin vivas emociones, contra las que luchan casi siempre infructuosamente. De ahí que la sociedad y las leyes me parezcan cómplices de los desórdenes que ellos cometen. Nuestra legislación, por decirlo así, ha cerrado los ojos a las pasiones que atormenta al hombre entre los veinte y los veinticinco años. En París todo le asalta, sus apetitos son incesantemente solicitados; la religión le predica el bien, y las leyes se lo ordenan, mientras que las cosas y las costumbres le invitan al mal; ¿no se burlan en él de la continencia lo mismo el hombre más honesto que la mujer más piadosa? En fin, esa gran ciudad parece haber tenido empeño en no alentar más que los vicios, pues los obstáculos que impiden el acceso a ambientes en los que un joven podría

honorablemente salir adelante, son más numerosos aún que los lazos constantemente tendidos a sus pasiones para despojarle de su dinero.

Así, durante mucho tiempo fui todas las noches a algún teatro y adquirí poco a poco los hábitos de la pereza. Descuidé mis deberes, y a menudo dejé para el día siguiente las ocupaciones que más me urgían; pronto, en vez de tratar de instruirme, sólo hice los trabajos estrictamente necesarios para llegar a los grados por que hay que pasar antes de ser doctor. Durante los cursos ya no escuchaba a los profesores, los cuales, para mí, desatinaban. Destruía mis ídolos y me hacía parisién. En una palabra, llevé la descarriada vida de un joven provinciano que, inmerso en la capital, conserva aún algunos sentimientos verdaderos, cree todavía en ciertas reglas morales, pero se corrompe con los malos ejemplos, aun queriendo huir de ellos. Me defendí mal, mis cómplices estaban en mí mismo. Sí, señor; mi rostro no engaña; yo he conocido todas las pasiones, cuyas huellas me han quedado. Sin embargo, conservaba en el fondo de mi corazón un sentimiento de perfección moral, que me persiguió en medio de mis desórdenes y que tenía que dirigir un día a Dios, por el cansancio o por el remordimiento, al hombre cuya juventud había apagado la sed en las aguas puras de la religión. Quien siente vivamente las voluptuosidades de la tierra, ¿no es atraído, temprano o tarde, por el gusto de los frutos del cielo? Al principio sentí las mil felicidades y las mil desesperanzas que, más o menos activas, se encuentran en todas las juventudes. Unas veces creía que el sentimiento de mi fuerza obedecía a una firme voluntad, y me excedía en el ejercicio de mis facultades; otras veces, a la vista del más débil escollo contra el cual iba a chocar, caía mucho más bajo de lo que naturalmente debía descender. Concebía los más vastos planes, soñaba con la gloria y me disponía al trabajo, pero una francachela desarticulaba esas nobles veleidades. El vago recuerdo de mis grandes concepciones abortadas me dejaba engañosos resplandores que me impulsaban a creer en mí, sin proporcionarme la energía de producir. Esta pereza llena de suficiencia me llevaba a no ser sino un necio. ¿No es un necio el que no justifica la buena opinión que tiene de sí mismo? Yo tenía una actividad sin objetivo, quería las flores de la vida sin el trabajo que consigue que se abran. Ignorando los obstáculos, todo lo creía fácil. Atribuía a felices casualidades los éxitos científicos y los que aportan riqueza. Para mí, el genio era charlatanismo. Me creía sabio, porque podía llegar a serlo; y sin pensar en la paciencia que exige engendrar las grandes obras, ni en el *hacer* que revela sus dificultades, me concedía por anticipado todas las glorias. Mis placeres se agotaron muy pronto; el teatro no divierte por mucho tiempo; París se quedó, pues, sin tardar mucho, vacío y desierto para un pobre estudiante cuya sociedad se componía de un anciano que ya no sabía nada del mundo y de una familia en la que sólo había personas aburridas. Así, como todos los jóvenes disgustados de la carrera que siguen, sin tener ninguna idea fija ni sistema alguno íntimamente decidido, vagué durante días enteros a través de las calles, por los muelles, en los museos y en los parques públicos. Cuando la vida está desocupada, pesa más a esta edad que en otra, pues entonces aún está llena de una

savia que se va perdiendo y de un movimiento sin resultado. No reconocía la potencia que una voluntad firme pone en manos de un hombre joven, cuando sabe concebir y cuando, para ejecutar, dispone de todas las fuerzas vitales, aumentadas aún por las intrépidas creencias de la juventud. De niños, somos ingenuos, ignoramos los peligros de la vida; de adolescentes, percibimos sus dificultades y su inmensa extensión. Ante esto, el valor se desploma a veces; bisoños todavía en el oficio de la vida social, caemos en una especie de bobería, en un sentimiento de estupor, como si nos viésemos desamparados en un país extranjero. En cualquier edad, las cosas desconocidas causan terrores involuntarios. El hombre joven es como el soldado que marcha contra los cañones y retrocede ante los fantasmas. Vacila entre las máximas del mundo; no sabe dar ni aceptar, defenderse ni atacar; le gustan las mujeres y las respeta como si tuviese miedo; sus cualidades le perjudican, es todo generosidad, todo pudor, y limpio de los cálculos interesados de la avaricia; si miente, es para su placer y no para su fortuna; en medio de sendas dudosas, su conciencia, con la cual no ha transigido aún, le indica el buen camino, y tarda en seguirlo. Los hombres destinados a vivir por las inspiraciones del corazón, en vez de escuchar las combinaciones que emanan de la cabeza, permanecen mucho tiempo en esta situación. Ésa fue mi historia. Me convertí en juguete de dos causas contrarias. Fui a la vez empujado por los deseos del joven y siempre retenido por su simpleza sentimental. Las emociones de París son crueles para las almas dotadas de una viva sensibilidad; las ventajas de que gozan las personas superiores o las ricas irritan las pasiones; en este mundo de grandeza y de pequeñez, la envidia sirve más a menudo de puñal que de aguijón; en medio de la lucha constante de las ambiciones, de los deseos y de los odios, es imposible no ser la víctima o el cómplice de ese movimiento general; insensiblemente, el panorama continuo del vicio feliz y de la virtud burlada hace vacilar a un joven; la vida parisién le despoja pronto del *velo* de la conciencia; entonces comienza y se consuma la obra infernal de su desmoralización. El primero de los placeres, el que en principio contiene todos los demás, está rodeado de tales peligros, que resulta imposible no reflexionar en las menores acciones que provoca y no calcular todas las consecuencias. Estos cálculos llevan al egoísmo. Si cualquier pobre estudiante arrastrado por la impetuosidad de sus pasiones tiende a olvidarse de sí mismo, quienes le rodean le demuestran y le inspiran tal desconfianza que le es muy difícil no compartirla, no ponerse en guardia contra sus generosas intenciones. Este combate deseca, oprime el corazón, lleva la vida al cerebro, y produce esa insensibilidad parisiense, esas costumbres donde, bajo la frivolidad más ingeniosa, bajo antojos que juegan a la exaltación, se ocultan la política o el dinero. Allí la embriaguez de la felicidad no le impide a la mujer más ingenua conservar siempre su razón. Esa atmósfera debió de influir en mi conducta y en mis sentimientos. Las faltas que emponzoñaron mis días hubieran sido de leve peso para el corazón de muchos; pero los meridionales tienen una fe religiosa que les hace creer en las verdades católicas y en otra vida. Estas creencias prestan a sus pasiones una gran

profundidad, y persistencia a sus remordimientos. En la época en que yo estudiaba medicina, los militares eran los amos en todas partes; para agrandar a las mujeres era preciso ser por lo menos coronel. ¿Qué era en el mundo un pobre estudiante? Nada.

Vivamente estimulado por el vigor de mis pasiones, a las que no encontraba salida; detenido a cada paso y a cada deseo por la falta de dinero; considerando el estudio y la gloria como una vida demasiado tardía para procurar los placeres que me tentaban; flotando entre mis pudores secretos y los malos ejemplos; hallando todas las facilidades para los desórdenes de los bajos fondos y no viendo sino dificultades para acceder a la buena sociedad, vivía días muy tristes, atormentado por inconcretas pasiones, por el ocio que mata, por desalientos mezclados de súbitas exaltaciones. En fin, esa crisis terminó con un desenlace demasiado vulgar en los jóvenes. Siempre me ha producido la mayor repugnancia turbar la felicidad de un matrimonio; además, la franqueza involuntaria de mis sentimientos me impide disimularlos; me había sido, pues, físicamente imposible vivir en un estado de flagrante mentira. Los placeres precipitados, difícilmente me seducen; me gusta saborear la dicha. Y puesto que no era francamente vicioso, me encontraba sin fuerzas contra mi aislamiento, después de tantos esfuerzos infructuosamente intentados para penetrar en la buena sociedad, donde habría podido encontrar una mujer que me informase de los escollos que hay en cada camino, que me habituase a los mejores modales, que me aconsejase sin herir mi orgullo y me introdujese en los ambientes donde yo pudiese encontrar relaciones útiles para mi futuro. En mi desesperación, el más peligroso de los amores tal vez me habría seducido; pero me faltaba todo. Incluso el peligro y la inexperiencia me devolvían a mi soledad, donde quedaba cara a cara con mis pasiones frustradas. En fin, señor: entré en relaciones, primero secretas, con una joven a la cual cortejé no sé si de buena o mala gana, hasta que ella abrazó mi suerte. Esa joven, que pertenecía a una honesta familia, pero no acomodada, pronto abandonó por mí su vida modesta y me impulsó sin temor alguno a un futuro que la virtud le había hecho creer bello. La mediocridad de mi situación le pareció sin duda la mejor de las garantías. Desde ese instante, las tormentas que me trastornaban el corazón, mis extravagantes deseos, mi ambición..., todo se apaciguó en la felicidad, la felicidad de un joven que no conoce todavía las costumbres del mundo, ni su sentido del orden, ni la fuerza de los prejuicios; pero felicidad completa, como la de un niño. ¿Acaso no es el primer amor una segunda infancia lanzada a través de nuestros días de sufrimientos y de trabajos? Hay hombres que aprenden la vida de golpe, que la juzgan tal como es, que ven los errores del mundo para aprovecharse de ellos y los preceptos sociales para inclinarlos a favor suyo, y que saben calcular el alcance de todo. Esos hombres fríos son cuerdos, según las leyes humanas. Luego hay los pobres poetas, seres nerviosos que sienten vivamente y que cometen faltas; yo era de estos últimos. Mi primer afecto no fue de buenas a primeras una verdadera pasión; obedeció a mis instintos y no a mi corazón. Sacrifiqué a una pobre muchacha, y no me faltaron excelentes razones para persuadirme de que no hacía nada malo. En cuanto a ella, era la pura abnegación, un

corazón de oro, un espíritu justo, un alma bella. Jamás dejó de darme excelentes consejos. Al principio, su amor reavivó mis entusiasmos; luego me obligó suavemente a reanudar mis estudios, creyendo en mí, prediciéndome éxitos, la gloria, la fortuna. Actualmente, la ciencia médica roza todas las ciencias, y destacarse en ella es una gloria difícil, pero bien recompensada. La gloria, en París, es siempre un azar afortunado. Aquella buena muchacha lo olvidó todo por mí, compartió mi vida con todos sus caprichos, y su sentido de la economía hizo que nos pareciese un lujo nuestra escasez. Dispuse de más dinero para mis fantasías cuando fuimos dos que cuando estaba solo. Fue, señor, mi mejor época. Trabajaba con ardor, tenía un objetivo, me sentía alentado; refería mis pensamientos y mis acciones a una persona que sabía hacerse querer y, mejor aún, inspirarme una profunda estima por la cordura que demostraba en una situación en que la sensatez parece imposible. ¡Pero todos mis días se parecían, señor! Aquella monotonía de la felicidad, el estado más delicioso que puede haber en el mundo, y cuyo valor únicamente se aprecia cuando el corazón ha pasado por todas las tempestades; ese dulce estado en que el hastío de vivir ya no existe; en que se intercambian los más secretos pensamientos y se es comprendido..., para un hombre ardiente, ávido de distinciones sociales, que se cansaba de perseguir la gloria porque la gloria camina muy despacio, esa felicidad no tardó en serle una carga. Me volvieron a asaltar mis antiguos sueños. Quería impetuosamente los placeres de la riqueza, y los pedía en nombre del amor. Expresaba cándidamente esos deseos cuando, por la noche, me interrogaba una voz amiga en el momento en que, melancólico y pensativo, sucumbía a las voluptuosidades de una opulencia imaginaria. Sin duda hacía gemir entonces a la dulce criatura que sólo vivía por mi felicidad. Para ella, la mayor de las torturas era verme desear algo que no pudiese darme al instante. ¡Oh, las abnegaciones de las mujeres son sublimes!

Esta exclamación del médico expresaba una secreta amargura, pues se abstraigo en una pasajera y profunda meditación, que Genestas respetó.

—Pues bien, señor —prosiguió Benassis—, un acontecimiento que debió consolidar nuestra unión, la destruyó, y fue la primera causa de mis desgracias. Mi padre murió dejando una fortuna considerable; las cuestiones de la sucesión me llevaron por algunos meses al Languedoc, donde fui solo. Volví, pues, a encontrar mi libertad. Toda obligación, hasta la más suave, pesa en la juventud. Es preciso haber experimentado la vida para reconocer la necesidad de un yugo y la del trabajo. Sentí, con la vivacidad de un languedociano, el placer de ir y venir sin tener que dar cuenta de mis acciones a nadie, ni siquiera voluntariamente. Si bien no olvidaba por completo los lazos que había contraído, estaba ocupado en intereses que me distraían de ellos, e insensiblemente el recuerdo se diluye. No pensaba sin un penoso sentimiento en reanudarlos a mi vuelta; luego me preguntaba por qué reanudarlos. Sin embargo, recibía cartas de verdadera ternura, pero a los veintidós años un joven imagina igualmente tiernas a todas las mujeres, no sabe distinguir aún entre el corazón y la pasión, lo confunde todo en las sensaciones del placer, las cuales parecen

a simple vista abarcarlo todo; sólo más tarde, conociendo mejor a los hombres y los hechos, supe apreciar la verdadera nobleza que había en aquellas cartas, en las que nunca lo personal mediatizó la expresión de sus sentimientos, y en las que se alegraba por mí de mi fortuna, sin plañirse por la suya, y sin suponer que yo hubiera cambiado, toda vez que ella se sentía incapaz de cambio alguno. Pero yo me entregaba ya a los más ambiciosos cálculos, y pensaba en identificarme con las alegrías del rico, en convertirme en mi personaje y en hacer un buen matrimonio. Me contentaba con decirme: «¡Cómo me quiere!», y me lo decía con la frialdad de un fatuo. Me inquietaba saber cómo conseguiría zafarme de aquellas ataduras. Ese obstáculo, esa vergüenza, conduce a la crueldad; para no enrojecer ante su víctima, el hombre que ha comenzado por herirla, la mata. Las reflexiones que he hecho sobre aquellos días de errores, me han descubierto muchos abismos del corazón. Sí, créame usted; los que más a fondo han sondeado los vicios y las virtudes de la naturaleza humana son individuos que la han estudiado a través de sí mismos, con la mejor buena fe. Nuestra conciencia es el punto de partida. Vamos de nosotros a los hombres; nunca de los hombres a nosotros. Cuando volví a París, viví en una casa que alquilé, sin prevenir de mi cambio ni de mi regreso a la única persona que debía saberlo. Deseaba desempeñar un papel entre la juventud de moda. Después de saborear durante algunos días las primeras delicias de la opulencia, y cuando estuve lo suficientemente ebrio para no incurrir en ninguna flaqueza, fui a visitar a la pobre criatura que quería abandonar. Ayudada por un tacto natural en las mujeres, adivinó mis secretos pensamientos y me ocultó sus lágrimas. Acaso me despreció, pero siempre dulce y buena, no me demostró nunca el menor desprecio. Su indulgencia me atormentaba cruelmente. Asesinos de salón o de carretera, nos gusta que nuestras víctimas se defiendan, pareciendo entonces que el combate justifica su muerte. Empecé por renovar muy afectuosamente mis visitas. Si no me mostraba cariñoso, hacía cuando menos esfuerzos por parecer amable; luego me hice insensiblemente cortés; un día, por una especie de acuerdo tácito, ella me permitió tratarla como a una extraña, y yo creí haber obrado muy convenientemente. Sin embargo, me entregué casi con furia al mundo, para ahogar en las fiestas el escaso remordimiento que todavía me quedaba. Quien se desestima no puede vivir solo, por lo que llevé la vida disipada que llevan en París los jóvenes que disponen de fortuna. Con cierta instrucción y mucha memoria, daba la impresión de tener más ingenio del que realmente poseía, y creí entonces valer más que los demás. Las personas interesadas en demostrarme que yo era un hombre superior, no tuvieron dificultades para convencerme. Esa superioridad fue tan fácilmente reconocida que ni siquiera me tomé la pena de justificarla. De todas las prácticas del mundo, la alabanza es la más hábilmente pérfida. En París sobre todo, las políticas de todo género saben ahogar un talento desde su nacimiento bajo coronas profusamente tendidas sobre su cuna. No hice, pues, el menor honor a mi reputación; no aproveché mi boga para hacerme una carrera, y no establecí ligazones útiles. Me gasté en mil frivolidades de todo género. Supe de esas pasiones

efímeras que son la vergüenza de los salones de París, donde cada cual va buscando un verdadero amor, se hastía en su persecución, cae en un libertinaje de buen tono y se asombra ante una pasión real tanto como el mundo se asombra ante una bella acción. Yo imitaba a los demás, hería a menudo almas tiernas y nobles con los mismos golpes que me martirizaban secretamente. A pesar de esas falsas apariencias, que me hacían juzgar mal, había en mí una insobornable delicadeza a la cual obedecía siempre. Fui chasqueado en muchas ocasiones en las que habría enrojecido si no lo hubiesen hecho, y empecé a dudar de mi propia buena fe, de la cual me aplaudía interiormente. En efecto, el mundo está lleno de respeto por la habilidad, bajo cualquier forma que se muestre. Para el mundo, el resultado es lo que hace la ley en todo. El mundo me atribuyó, pues, vicios, cualidades, victorias y reveses que eran míos; me concedió éxitos galantes que yo ignoraba; me censuraba acciones a las que yo era ajeno. Por orgullo, desdeñaba desmentir las calumnias, y aceptaba por amor propio los chismes favorables. Mi vida era feliz en apariencia, miserable en realidad. Sin las desgracias que se abatieron luego sobre mí, hubiese perdido gradualmente mis buenas cualidades y habría dejado triunfar las malas por el juego continuo de las pasiones, por el abuso de los goces que enervan el cuerpo y por las detestables costumbres del egoísmo, que desgastan los resortes del cuerpo. Me arruinaba. He aquí cómo. En París, sea cual sea la fortuna de un hombre, siempre encuentra otra superior, de la cual hace su punto de mira y quiere sobrepasarla. Víctima de ese combate, como tantos aturdidos, al cabo de cuatro años me vi obligado a vender algunas de mis propiedades e hipotecar las demás. Después me llegó el golpe más terrible. Llevaba cerca de dos años sin ver a la mujer que había abandonado; pero al paso que yo iba, sin duda la desgracia me habría llevado de nuevo a ella. Una noche, durante una fiesta en que destacaba la alegría, recibí un billete escrito por una mano débil; más o menos, decía esto:

No me quedan más que algunos momentos de vida. Amigo mío, quisiera verle para enterarme de cuál será la suerte de mi hijo; saber si él será hijo suyo, y también para mitigar el dolor que pueda sentir un día por mi muerte.

»Esa carta me dejó helado; descubría los secretos dolores del pasado y anunciaba los misterios del futuro. Me fui a pie, sin esperar mi coche, y atravesé París, impulsado por mis remordimientos, presa de la violencia de un primer sentimiento que se convirtió en duradero en cuanto vi a mi víctima. El decoro bajo el cual se ocultaba la miseria de aquella mujer reflejaba las angustias de su vida; evitó mi sonrojo hablándome con la más noble discreción cuando le prometí solemnemente que adoptaría a nuestro hijo. Esa mujer murió, señor, a pesar de los cuidados que le prodigué, a pesar de todos los recursos de la ciencia, vanamente invocada. Aquellos cuidados y mi tardía consagración solamente sirvieron para hacer menos amargos sus últimos momentos. Ella había trabajado sin descanso alguno para educar, para

mantener a su hijo. El sentimiento maternal pudo sostenerla contra la desgracia, pero no contra el más cruel de sus infortunios: mi abandono. Cien veces quiso intentar una gestión cerca de mí, y cien veces su orgullo de mujer la detuvo; se contentaba con llorar sin maldecirme, pensando que, de aquel oro desparramado a raudales para mis caprichos, ni siquiera un gramo desviado por un recuerdo caía en su pobre casa para ayudar a la vida de una madre y de su hijo. Ese gran infortunio le pareció el castigo natural de su culpa. Secundada por un buen sacerdote de San Sulpicio, cuya indulgente voz le había devuelto la calma, fue a enjugar sus lágrimas a la sombra de los altares, buscando allí esperanzas. La amargura de que yo llené su corazón se había suavizado insensiblemente. Un día, al oír a su hijo diciendo “Mi padre”, palabras que ella no le había enseñado, me perdonó mi crimen. Pero con las lágrimas y los dolores, con los trabajos cotidianos y nocturnos, su salud se había debilitado. La religión le llevó demasiado tarde sus consuelos y el valor de soportar los males de la vida. Estaba atacada por una enfermedad del corazón, causada por sus angustias, por la perpetua espera de mi vuelta, esperanza siempre renaciente, aunque siempre defraudada. Por último, viéndose ya extremadamente mal, me había escrito en su lecho de muerte aquellas escuetas palabras exentas de reproches y dictadas por la religión, pero también por su creencia en mi bondad. Me consideraba, decía ella, más cegado que pervertido, y llegó incluso a acusarse de haber llevado demasiado lejos su orgullo de mujer.

»—De haber escrito antes —me dijo—, acaso hubiésemos tenido tiempo de legitimar a nuestro hijo casándonos.

»Ella no deseaba esos lazos más que por su hijo, y no los habría reclamado de no haberlos sentido ya desatados por la muerte. Pero ya no había tiempo, no le quedaban más que pocas horas de vida. Señor, junto a aquel lecho, donde aprendí a conocer el precio de un corazón abnegado, cambié de sentimientos para siempre. Yo estaba en la edad en que los ojos tienen todavía lágrimas. Durante los últimos días que aún duró aquella preciosa vida, mis palabras, mis acciones y mis llantos atestiguaron el arrepentimiento de un hombre cuyo corazón sangra. Reconocía demasiado tarde el alma selecta que se encierra en tantas cosas pequeñas del mundo, y que la frivolidad y el egoísmo de las mujeres modernas me habían impulsado a desear, a buscar. Cansado de ver tantas máscaras, de escuchar tantas mentiras, había llamado al verdadero amor que me hacía soñar ficticias pasiones; lo admiraba allí, matado por mí, sin poderlo retener a mi lado, cuando todavía era tan mío. Una experiencia de cuatro años me había revelado mi propio y verdadero carácter. Mi temperamento, la naturaleza de mi imaginación, mis principios religiosos, menos destruidos que adormecidos; mi condición espiritual, mi corazón desconocido..., todo, desde hacía algún tiempo, me inducía a resolver mi vida por las voluptuosidades del corazón, y la pasión por las delicias de la familia, las más auténticas de todas. A fuerza de debatirme en el vacío de una existencia agitada, sin objetivo; de exprimir un placer siempre desprovisto de los sentimientos que deben embellecerlo, las imágenes de la

vida íntima excitaban mis más vivas emociones. Así, la revolución que se operó en mis costumbres fue duradera, aunque rápida. Mi espíritu meridional, adulterado por la estancia en París, me hubiese incitado de seguro a no apiadarme en absoluto de la suerte de una pobre muchacha engañada, y me habría reído de sus dolores si algún gracioso me los hubiese relatado en alegre compañía. En Francia, el horror de un crimen desaparece siempre en la agudeza de una frase; pero ante aquella celestial criatura a la que nada podía reprochar, todas las sutilezas se callaban. El ataúd estaba allí, y mi hijo me sonreía sin saber que yo había asesinado a su madre. Ella murió feliz al comprender que yo la quería, y que mi nuevo amor no era debido a la piedad, ni siquiera al lazo que forzosamente nos unía. Jamás olvidaré las últimas horas de su agonía, cuando el amor reconquistado y la maternidad satisfecha consiguieron que callase sus sufrimientos. La abundancia, el lujo de que se vio entonces rodeada, la alegría de su hijo, que estaba más hermoso con sus bonitos vestidos infantiles, fueron las prendas de un futuro feliz para aquel pequeño ser en el que se veía revivir. El vicario de San Sulpicio, testigo de mi desesperación, la hizo más aguda al no brindarme consuelos triviales, sino haciéndome percibir la gravedad de mis obligaciones; pero yo no tenía necesidad de aguijón alguno; mi conciencia me hablaba bastante alto. Una mujer se había confiado noblemente a mí, y yo le había mentido diciéndole que la quería y, mientras, la traicionaba; yo había causado todos los dolores de una pobre muchacha que, después de aceptar las humillaciones del mundo, debía serme sagrada. Murió perdonándome, olvidando todos sus males, porque se dormía para siempre con la palabra de un hombre que ya le había faltado a ella. Después de haberme dado su fe de doncella, Ágata había encontrado todavía en su corazón su fe de madre para entregármela. ¡Oh, señor, ese hijo, su hijo...! Sólo Dios puede saber lo que fue para mí. Ese pequeño y querido ser era, como su madre, gracioso en sus actitudes, en su palabra, en sus pensamientos, mas para mí no era más que un niño. No fue mi perdón, sino mi honor. Le quería como padre, y aún quería amarle como le habría amado su madre, y cambiar mis remordimientos en felicidad si lograba hacerle creer que no había dejado de estar en el regazo maternal; así, estaba unido a él por todos los lazos humanos y por todas las esperanzas religiosas. He tenido, pues, en el corazón todo cuanto Dios ha puesto de ternura en las madres. La voz de ese niño me hacía estremecer, le contemplaba dormido durante mucho tiempo, con un gozo siempre renovado, y a menudo una lágrima mía caía sobre su frente; le había acostumbrado a venir a rezar su oración en mi cama, así que se despertaba. ¡Cuántas dulces emociones me ha proporcionado el simple rezo del *Pater noster* en la boca fresca y pura de ese niño! ¡Pero también terribles emociones! Una mañana, después de decir: *Padre nuestro, que estás en los cielos...*, se interrumpió para preguntarme:

»—¿Y por qué no *madre nuestra*?

»La pregunta me anonadó. Yo adoraba a mi hijo y había ya sembrado en su vida muchas causas de infortunio... Aunque las leyes hayan reconocido las faltas de la

juventud y casi las hayan protegido al dar, aunque sea con repugnancia, una existencia legal a los hijos naturales, el mundo ha fortificado con infranqueables prejuicios las repulsiones de la ley. De esa época, señor, datan las serias reflexiones que he hecho sobre la base de las sociedades, sobre su mecanismo, sobre los deberes del hombre y la moralidad que debe regir a los ciudadanos. El genio abarca en seguida esos lazos entre los sentimientos del hombre y los destinos de la sociedad; la religión inspira a los buenos espíritus los principios necesarios a la felicidad, pero únicamente el arrepentimiento los dicta a las imaginaciones fogosas, y el arrepentimiento me iluminó. No viví más que para un niño, y por ese niño me dediqué a meditar sobre las grandes cuestiones sociales. Resolví armarle de antemano personalmente con todos los medios que favorecen el éxito, a fin de asegurar su elevación. Así, para que aprendiese el inglés, el alemán, el italiano y el español, puse sucesivamente a su lado personas de esos diferentes países, encargadas de que dominase desde su infancia la pronunciación de su lengua. Con alegría le descubrí excelentes disposiciones, de lo que me aproveché para instruirle jugando. No quería dejar que penetrase una sola idea falsa en su mente, por lo que traté sobre todo de acostumbrarle muy temprano a los trabajos de la inteligencia, a inculcarle ese golpe de vista rápido y seguro que generaliza, y esa paciencia que desciende hasta el menor detalle de las especialidades; en fin, le enseñé a sufrir y a callar. No permití que ante él se pronunciara ninguna palabra impura, ni siquiera impropia. Por mis cuidados, los hombres y las cosas de que estaba rodeado contribuyeron a ennoblecerle, a elevar su alma, a conferirle el amor a la verdad y el horror a la mentira; a hacerle sencillo y natural en palabras, en acciones y en modales. La viveza de su imaginación le hacía captar las lecciones exteriores, como la aptitud de su inteligencia le hacía fáciles sus demás estudios. ¡Qué hermosa planta para cultivar! ¡Cuántas alegrías tienen las madres! Entonces comprendí por qué la suya había podido vivir y soportar su desgracia. He aquí, señor, el más grande acontecimiento de mi vida..., y ahora llego a la catástrofe que me precipitó a este distrito. Voy a relatarle la historia más vulgar, la más sencilla del mundo, pero para mí la más terrible. Después de dedicar durante algunos años todos mis cuidados al niño de quien yo quería hacer un hombre, mi soledad me espantó; mi hijo crecía y me iba a abandonar. El amor era en mi alma el principio de la existencia. Sentía una necesidad de cariño que, siempre defraudado, renacía más intenso y aumentaba con la edad. En mí se encontraban entonces todas las condiciones de un apego verdadero. Yo había sido puesto a prueba, comprendía las felicidades de la constancia y la dicha de trocar un sacrificio en placer, debiendo ser siempre la mujer amada la primera en mis acciones y en mis pensamientos. Me complacía en sentir imaginariamente un amor llegado a ese grado de certidumbre en el que las emociones penetran tan bien en dos seres, que la felicidad ha pasado a ser consubstancial con la vida, con las miradas, con las palabras, y no causa ya choque alguno. Ese amor está entonces en la vida como el sentimiento religioso está en el alma, la anima, la sostiene y la ilumina. Yo comprendía el amor conyugal de distinto

modo de como lo entienden la mayoría de los hombres, y consideraba que su belleza, su magnificencia, reside precisamente en esas cosas que lo hacen perecer en muchos matrimonios. Sentía vivamente la grandeza moral de una vida en dos, lo bastante íntimamente compartida como para que las acciones más vulgares no supusieran ya un obstáculo para la perpetuidad de los sentimientos. ¿Mas dónde encontrar corazones con latidos lo bastante perfectamente isócronos (admítame esta expresión científica) para llegar a esa unión celeste? Si existen, la naturaleza y el azar los lanzan a distancias tan grandes que no pueden unirse; se conocen demasiado tarde o son demasiado pronto separados por la muerte. Esa fatalidad debe de tener un sentido, pero yo no lo he buscado nunca. Mi herida me produce demasiado sufrimiento para estudiarlo. Tal vez la dicha perfecta es un monstruo que no perpetuaría nuestra especie. Mi ardor por un entendimiento de ese género estaba excitado por otras causas. Yo no tenía amigos. Para mí, el mundo estaba desierto. Hay en mí algo que se opone al dulce fenómeno de la unión de las almas. Algunas personas me buscaron, pero nada las traía a mi lado, por muchos esfuerzos que yo hiciera en ir hacia ellas. Para muchos hombres, yo he hecho callar lo que el mundo llama la superioridad; seguía su paso, abrazaba sus ideas, reía con su risa, excusaba los defectos de su carácter; de haber obtenido la gloria, se la hubiese vendido por un poco de cariño. Esos hombres me abandonaron sin pesar. En París, todo es celada y dolor para las almas que quieren buscar en él sentimientos sinceros y auténticos. Allá donde fijaba mis pies en el mundo, la tierra se quemaba en mi derredor. Para unos, mi complacencia era debilidad; si les mostraba las garras del hombre que se sentía con fuerzas para manejar un día el poder, yo era un malvado... Para otros, esa deliciosa risa que cesa a los veinte años, y a la que más tarde casi tenemos vergüenza de entregarnos, era motivo de burla, yo les divertía. En nuestros días, el mundo se aburre y quiere, sin embargo, gravedad en los más vacuos discursos. Terrible época, en la que uno se postra ante un hombre cortés, mediocre y frío, al que se le odia, pero al que se obedece. Más tarde he descubierto las razones de estas aparentes inconsecuencias. La mediocridad, señor, es lo suficiente en todas las horas de la vida; es la vestidura cotidiana de la sociedad; todo cuanto se sale de la suave sombra proyectada por las gentes mediocres, es algo demasiado estrepitoso; el genio y la originalidad son alhajas que se aprietan y se guardan para adornarse con ellas ciertos días. En fin, señor...; solitario en medio de París, no pudiendo hallar nada en el mundo, el cual no me daba nada cuando yo se lo entregaba todo, sin tener bastante con mi hijo para satisfacer mi corazón, puesto que yo era hombre, cierto día en que sentí enfriarse mi vida, que cedía bajo el fardo de mis secretas miserias, encontré a la mujer que debía hacerme conocer el amor en su violencia, los respetos por un amor declarado, el amor con sus hondas esperanzas de felicidad...; el amor, en fin. Yo había reanudado las relaciones con el viejo amigo de mi padre, el que en otro tiempo cuidó mis intereses: fue en su casa donde vi a la joven por la que sentí un amor que debía durar tanto como mi vida. Cuanto más envejece el hombre, señor, más reconoce

la prodigiosa influencia de las ideas sobre los acontecimientos. Prejuicios muy respetables, engendrados por nobles ideas religiosas, fueron la causa de mi desgracia. Aquella muchacha pertenecía a una familia extremadamente devota, cuyas opiniones católicas eran debidas al espíritu de una secta impropriadamente llamada jansenista y que en otros tiempos causó trastornos en Francia. ¿Usted sabe por qué?

—No... —contestó Genestas.

—Jansenius, obispo de Yprés, escribió un libro en el que creyeron encontrar proposiciones en desacuerdo con las doctrinas de la Santa Sede. Posteriormente, las proposiciones textuales no parecieron ofrecer ya herejía, llegando algunos autores a negar la existencia material de sus máximas. Esos insignificantes debates hicieron nacer en la Iglesia dos bandos: el de los jansenistas y el de los jesuitas. En los dos lados había grandes hombres. Fue una lucha entre dos cuerpos poderosos. Los jansenistas acusaron a los jesuitas de profesar una moral demasiado relajada, y afectaron una excesiva pureza de costumbres y de principios; los jansenistas fueron, pues, en Francia una especie de puritanos católicos, si es que pueden aliarse de alguna forma esas dos palabras. Durante la Revolución francesa se formó, como consecuencia del cisma poco importante que produjo el Concordato, una congregación de católicos puros que no reconocieron a los obispos instituidos por el poder revolucionario y por las transacciones del papa. Esta grey de fieles constituyó lo que se llama la «pequeña Iglesia», cuyas ovejas profesaron, como los jansenistas, esa ejemplar regularidad de vida que parece ser una ley necesaria a la existencia de todas las sectas proscritas y perseguidas. Muchas familias jansenistas pertenecían a la pequeña Iglesia. Los padres de aquella joven habían abrazado los dos puritanismos, igualmente severos, que prestan al carácter y a la fisonomía algo que impone, pues lo propio de las doctrinas absolutas es engrandecer las más simples acciones de la vida enlazándolas con la vida futura. De ahí esa magnífica y suave pureza de corazón, ese respeto a los demás y a sí mismos; y de ahí el que no alcance a comprender qué quisquilloso sentimiento media entre lo justo y lo injusto; luego, una gran caridad, pero también la equidad estricta y, por decirlo todo, implacable; en fin, un profundo horror por todos los vicios, principalmente por la mentira, que los contiene todos. No recuerdo haber conocido momentos más deliciosos que aquéllos durante los cuales admiraba por vez primera, en casa de mi viejo amigo, a la doncella auténtica, tímida, educada en la obediencia, en quien resplandecían todas las virtudes particulares de esa secta, sin que ella, no obstante, exteriorizase el menor orgullo. Su talle grácil y esbelto daba a sus movimientos un donaire que no podía atenuar su natural severidad; su rostro y la distinción y sus facciones tenían la finura de una señorita perteneciente a una familia noble; su mirada era a la vez dulce y altiva, y en su frente había serenidad; además, coronaba su cabeza una abundante cabellera, sencillamente trenzada, que le servía, sin saberlo, de ornato. En fin, capitán, ella me ofreció el modelo de una perfección que encontramos siempre en la mujer de quien nos hemos enamorado. ¿No es preciso encontrar en ella, para amarla, los distintivos de esa

belleza soñada que concuerda con nuestras ideas particulares? Cuando le dirigí la palabra, me respondió con sencillez, sin solicitud y sin falsa vergüenza, ignorando el placer que producían la armonía de su voz y sus dones exteriores. Todos esos ángeles tienen los mismos signos por los que les reconoce el corazón; la misma dulzura de voz, la misma ternura en la mirada, la misma blancura del rostro, y cierta gracia en los gestos. Estas cualidades se armonizan, se funden y combinan para encantar, sin que pueda saberse en qué consiste el encanto. Un alma divina se exhala por todos los movimientos. Yo amaba apasionadamente. Aquel amor despertó, satisfizo los sentimientos que me agitaban: ambición, fortuna, todos mis sueños, en una palabra. Bella, noble, rica y bien educada, ella poseía las dotes que la sociedad exige arbitrariamente de una mujer situada en la elevada posición a la que yo quería llegar; instruida, se expresaba con esa espiritual elocuencia a la vez rara y corriente en Francia, donde, en muchas mujeres, las más bonitas palabras carecen de contenido, mientras que en ella estaban llenas de sentido. En fin, tenía sobre todo un profundo sentimiento de su dignidad que infundía respeto; no sé de nada más bello para una esposa. Me detengo, capitán. No se describe jamás sino muy imperfectamente a la mujer amada; entre ella y nosotros preexisten misterios que escapan al análisis. En seguida hice mi confidencia a mi viejo amigo, quien me introdujo en la familia y ante la cual me apoyó con su respetable autoridad. Aunque recibido al principio con esa fría y particular cortesía de las personas que no abandonan ya a los amigos una vez los han adoptado, más tarde llegué a verme acogido familiarmente. Debí sin duda este testimonio de estima a la conducta que mantuve en toda ocasión. A pesar de mi pasión, no hice nada que pudiera ofenderme a mis ojos; no tuve ninguna complacencia servil; no adulé en absoluto a aquéllos de quienes dependía mi destino; me mostré tal como era, y hombre ante todo. En cuanto fue bien conocido mi carácter, mi viejo amigo, tan deseoso como yo de que se acabase mi triste celibato, habló de mis esperanzas, a las que se dio una favorable acogida, pero con esa sutil delicadeza de la que raramente se despojan las gentes de sociedad; y, con el deseo de procurarme una *buena boda*, expresión que convierte un acto solemne en una especie de acto comercial en el que cada uno de los dos esposos trata de engañar al otro, el viejo guardó silencio sobre lo que él llamaba un error de mi juventud. Según él, la existencia de mi hijo inspiraría repulsiones morales, y en comparación con ellas, la cuestión de fortuna no sería nada y determinarían una ruptura. Tenía razón.

»—Será —me dijo— un asunto que se arreglará muy bien entre usted y su mujer, de quien fácilmente conseguirá una hermosa y sincera absolución.

»En fin, para sofocar mis escrúpulos, no olvidó ninguno de los capciosos razonamientos que sugiere la habitual cordura del mundo. Le confesaré, señor, que a pesar de mi promesa, mi primer sentimiento me indujo a descubrirlo todo lealmente al jefe de la familia; pero su rigidez me hizo reflexionar, y las consecuencias de esa declaración me espantaron; transigí cobardemente con mi conciencia, y resolví esperar y obtener de mi pretendida suficientes prendas de afecto para que mi felicidad

no resultara comprometida por la terrible confidencia. Mi resolución de confesarlo todo en un momento oportuno legitimó los sofismas mundanos y los del prudente viejo. Fui, pues, sin saberlo los amigos de aquella familia, admitido como futuro esposo en casa de los padres de la muchacha. El carácter distintivo de esas piadosas familias es una discreción sin límites, y se callan sobre todas las cosas, incluso sobre las indiferentes. Usted no podrá creer, señor, hasta qué punto presta profundidad a los sentimientos esa suave gravedad, difundida hasta en las menores acciones. Allí, todas las ocupaciones eran útiles; las mujeres empleaban sus ocios en coser ropa para los pobres; la conversación no era nunca frívola, pero no estaba proscrita la risa, aun cuando las bromas fuesen sencillas y sin mordacidad. Los discursos de aquellos ortodoxos parecían al principio raros, sin el picante que el chismorreo y las historias escandalosas prestan a las conversaciones en sociedad, pues únicamente el padre y el tío leían los periódicos y nunca mi pretendida había puesto los ojos sobre esas publicaciones, la más inocente de las cuales habla de crímenes o de vicios públicos; pero más tarde el alma experimentaba, en aquella pura atmósfera, la impresión que nuestros ojos reciben de los colores grises, un dulce descanso, un suave sosiego. Aquella vida era, en apariencia, de una espantosa monotonía. El aspecto interior de la casa tenía algo de glacial: yo veía en ella cada día los muebles, hasta los de más uso, colocados de la misma manera, e igualmente siempre limpios los menores objetos. Sin embargo, esa manera de vivir prendía con fuerza. Después de vencer mi primera repulsión de hombre acostumbrado a los placeres de la variedad, del lujo y del movimiento de París, reconocí las ventajas de aquella existencia: desarrolla las ideas en toda su extensión y provoca involuntarias contemplaciones; el corazón domina en ella, nada le distrae, y acaba por percibir yo no sé qué tan inmenso como el mar. Allí, como en los claustros, al encontrar constantemente las mismas cosas, el pensamiento se despega necesariamente de ellas y se traslada sin repartirse hacia lo infinito de los sentimientos. Para un hombre tan sinceramente enamorado como yo lo estaba, la repetición casi monástica de los mismos actos cumplidos en las mismas horas, dieron más fuerza al amor. En aquella profunda calma, los menores movimientos, una palabra, un gesto, adquirirían un interés prodigioso. No forzando nada en la expresión de los sentimientos, una sonrisa, una mirada, ofrecen a los corazones que se comprenden inagotables imágenes para describir sus delicias y sus miserias. De esta forma comprendí entonces que el lenguaje, en la magnificencia de sus frases, no tiene nada tan variado, tan elocuente como la correspondencia de las miradas y la armonía de las sonrisas. Cuántas veces habré intentado que el alma me subiera a los ojos o a los labios, y me he visto obligado a callarme y a silenciar la violencia de mi amor a una muchacha que permanecía a mi lado constantemente tranquila, y a la que aún no se le había revelado el secreto de mi presencia en la casa, pues sus padres querían dejar a su libre albedrío el acto más importante de su vida... Pero cuando se experimenta una verdadera pasión, ¿acaso no sacia nuestros más violentos deseos la presencia de la persona amada, y no es la felicidad del cristiano ante Dios cuando

somos admitidos ante ella? Ver, ¿no es adorar? Si para mí, más que para cualquier otro, fue un suplicio el no tener derecho a expresar los impulsos de mi corazón; si me vi obligado a sepultar en él las ardientes palabras que burlan las más violentas emociones al expresarlas, aquel constreñimiento, sin embargo, aherrojando mi pasión, la hizo resaltar más viva en las pequeñas cosas, y hasta los menores accidentes adquirieron entonces un valor excesivo. Admirarla durante horas enteras, esperar una respuesta y saborear durante largo rato las modulaciones de su voz para buscar en ellas sus más secretos pensamientos; espiar el temblor de sus dedos cuando yo le ofrecía un objeto que ella había buscado; imaginar pretextos para rozar su vestido o sus cabellos, para tomarle la mano, para hacerla hablar más de lo que ella quisiera...; todas esas naderías eran grandes acontecimientos. Durante estas especies de éxtasis, los ojos, el gesto, la voz, aportaban al alma ignotos testimonios de amor. Tal fue mi lenguaje, el único que me permitió la reserva fríamente virginal de aquella muchacha, pues sus modales no cambiaban. Ella estaba siempre conmigo como una hermana lo está con su hermano, sólo que a medida que mi pasión aumentaba, el contraste entre mi lenguaje y el suyo, entre mis miradas y las suyas, se hacía más ostensible, y acabé por adivinar que aquel tímido silencio era el único medio que podía servirle para expresar sus sentimientos. ¿No estaba siempre en el salón cuando yo iba? ¿No se quedaba en él durante una visita esperada y tal vez presentida? ¿No revelaba aquella fidelidad silenciosa el secreto de su alma inocente? En fin, ¿no escuchaba ella mis discursos con un agrado que no sabía ocultar? La ingenuidad de nuestros cumplidos y la melancolía de nuestro amor acabaron sin duda por impacientarse a los padres, quienes, viéndome casi tan tímido como su hija, me juzgaron favorablemente y me consideraron como un hombre digno de su aprecio. El padre y la madre se confiaron a mi viejo amigo, le dijeron de mí las cosas más halagüeñas; me habían convertido en su hijo adoptivo y admiraban sobre todo la moralidad de mis sentimientos. Verdad es que entonces había vuelto a encontrarme tal como fui de joven. En aquel mundo religioso y puro, el hombre de treinta y dos años volvía a ser el adolescente lleno de creencias. El verano tocaba a su fin y, contra su costumbre, ciertas ocupaciones habían retenido a aquella familia en París, pero el mes de septiembre quedó libre para trasladarse a una posesión que tenía en Auvernia, y el padre me invitó para que fuese a pasar dos meses en un viejo castillo perdido en las montañas de Cantal. Yo no respondí en seguida a la amable invitación que se me hacía. Mi vacilación me valió la más dulce, la más deliciosa de las expresiones involuntarias con que una modesta joven puede traicionar los misterios de su corazón. ¡Evelina... Dios! —exclamó Benassis, quedándose pensativo y silencioso.

»—Perdóneme usted, capitán Bluteau —prosiguió tras larga pausa—. Ésta es la primera vez, desde hace doce años, que pronuncio un nombre que revolotea siempre en mi pensamiento y que una voz me grita a menudo durante mi sueño. Entonces, Evelina, ya que la he nombrado, alzó la cabeza con un impulso cuya breve rapidez contrastaba con la innata suavidad de sus gestos; me miró sin altivez, pero con

dolorosa inquietud; se sonrojó y bajó los ojos. La lentitud con que abrió sus párpados me causó yo no sé qué placer hasta entonces ignorado. No pude responder sino con voz entrecortada, balbuceando. La emoción de mi corazón habló vivamente al suyo, y ella me lo agradeció con una mirada dulce, casi húmeda. Nos lo habíamos dicho todo... Seguí a la familia a su posesión. Desde el día en que nuestros corazones se comprendieron, las cosas tomaron un nuevo aspecto en torno a nosotros; nada nos fue ya indiferente. Aunque el verdadero amor sea siempre el mismo, debe de prestar formas a nuestras ideas, y será constantemente semejante y desigual a sí mismo en cada ser cuya pasión se convierte en una obra única donde se expresan sus simpatías. Así el filósofo y el poeta son los únicos que saben la profundidad de esta definición del amor, que se ha hecho vulgar: un egoísmo de dos. Nos amamos a nosotros mismos en “el otro”. Pero si la expresión del amor es a tal punto diversa que cada pareja de enamorados no tiene su parigual en la sucesión de los tiempos, obedece, sin embargo, al mismo modo en sus expansiones. Por eso las jóvenes, incluso la más religiosa, la más casta de todas, emplean idéntico lenguaje, y sólo difieren por la gracia de las ideas, únicamente allí donde, para cualquier otra, la inocente confianza de sus emociones habría sido natural, Evelina veía una concesión hecha a sentimientos tumultuosos que dominaban el habitual sosiego de su juventud religiosa, pareciendo que le fuese violentamente arrancado por el amor la más furtiva mirada. Esa lucha constante entre su corazón y sus principios daba al menor acontecimiento de su vida, tan tranquila en la superficie y tan hondamente agitada, un matiz de fuerza muy superior a las exageraciones de las muchachas cuyas maneras son precipitadamente falseadas por las costumbres mundanas. Durante el viaje, Evelina encontraba en la naturaleza bellezas de las que hablaba con admiración. Cuando no creemos tener el derecho de expresar la felicidad causada por la presencia del ser amado, vertemos las sensaciones que sobreabundan en nuestro corazón, en los objetos exteriores que nuestros ocultos sentimientos embellecen. La poesía de los parajes que desfilaban ante nuestros ojos era entonces, para nosotros, un intérprete bien comprendido, y los elogios que hacíamos contenían para nuestras almas los secretos de nuestro amor. Varias veces la madre de Evelina se empeñó en poner en un aprieto a su hija con algunas malicias de mujer:

»—Has pasado veinte veces por este valle, mi querida pequeña, sin parecer que lo admirases —comentó tras una frase un poco cálida de Evelina.

»—Pienso, madre, que no había llegado a la edad en que se aprecian esta clase de bellezas.

»Perdóneme este detalle, sin encanto para usted, capitán; pero aquella respuesta tan simple me produjo indecibles goces, extraídos de la mirada que se me dirigió. Así, tal aldea iluminada por el sol naciente, tal ruina cubierta de hiedra y que contemplamos juntos, sirvieron para imprimir más intensamente en nuestras almas, por la grabación de una cosa material, dulces emociones en las que para nosotros se trataba de nuestro futuro. Llegamos al castillo solariego, donde me quedé durante

unos cuarenta días. Ese tiempo, señor, es la única parte de completa felicidad que el cielo me ha otorgado. Saboreé placeres desconocidos a los habitantes de las ciudades. Fue toda la dicha que dos enamorados disfrutaban viviendo bajo el mismo techo, desposándose de antemano, paseando juntos a través de los campos, pudiendo estar solos a veces, sentarse bajo un árbol en el fondo de algún bello y pequeño valle, contemplando un viejo molino, arrancándose algunas confidencias... Usted lo sabe: esos pequeños y dulces susurros con los que todos los días se avanza un poco más en el corazón del uno y del otro. ¡Ah, señor, la vida al aire libre, las bellezas del cielo y de la tierra concuerdan tan bien con la perfección y los deleites del alma...! Sonreír con templando el firmamento; mezclar simples palabras con el gorjeo de los pájaros bajo el húmedo follaje; volver a la morada a paso lento y escuchando el tañer de la campana que llama demasiado pronto; admirar juntos un pequeño detalle del paisaje; seguir los caprichos de un insecto; fijarse en un moscardón de oro..., al lado de esa frágil criatura, toda amor y pureza, ¿no es subir cada día un poco más, hacia el cielo? En esos cuarenta días de felicidad hubo para mí recuerdos como para enriquecer toda una vida, recuerdos tanto más bellos y más intensos cuanto que jamás había yo de ser comprendido después. Imágenes ahora simples en apariencia, pero llenas de amargos significados para un corazón roto, me han recordado amores desvanecidos, aunque no olvidados. Yo no sé si usted habrá observado el efecto del sol poniente sobre la cabaña del pequeño Santiago... En un instante, los rayos del sol han hecho resplandecer la naturaleza, y luego, de repente, el paisaje ha adquirido un tinte sombrío y negro. Esos dos aspectos tan diferentes me representan un cuadro fiel de aquel período de mi historia. Señor, yo fui el primero en recibir de ella el único y sublime testimonio que se le permite dar a una muchacha inocente, y que cuanto más furtivo es, más compromete; ¡suave promesa de amor, recuerdo del lenguaje hablado en un mundo más bello! Seguro entonces de ser amado, juré decirlo todo, no tener secreto alguno para ella, sintiéndome avergonzado por haber tardado tanto en contarle las angustias que yo mismo me había forjado. Por desgracia, el día siguiente de aquél tan bello, una carta del preceptor de mi hijo me hizo temer por una vida que me era tan cara. Partí sin decir mi secreto a Evelina, sin dar a la familia otra excusa que el motivo de un asunto grave. En mi ausencia, los padres se alarmaron. Temiendo que yo tuviese algún compromiso amoroso, escribieron a París para que se les consiguieran todos los informes posibles. Inconsecuentes con sus principios religiosos, desconfiaron de mí, sin permitirme siquiera disipar sus sospechas. Uno de sus amigos les enteró, sin que yo lo supiera, de los acontecimientos de mi juventud, agravó mis faltas e insistió sobre la existencia de mi hijo, lo que, según él decía, yo había ocultado adrede. Escribí a mis futuros padres y no recibí respuesta. Regresaron a París, me presenté en su casa y no me recibieron. Alarmado, pedí a mi viejo amigo que fuera a verles y averiguase la razón de una conducta que yo no me explicaba. Al enterarse de la causa, el buen anciano se atribuyó abnegadamente toda la culpa de mi silencio, quiso noblemente justificarme, y no pudo obtener nada. Las razones de

interés y de moral eran demasiado graves para aquella familia, sus prejuicios demasiado fijos para hacerles cambiar de resolución. Mi desesperación no tuvo límites. Intenté conjurar la tormenta, pero se me devolvieron mis cartas sin abrirlas. Cuando todos los medios humanos estuvieron agotados; cuando el padre y la madre dijeron al anciano, autor de mi infortunio, que rehusarían eternamente unir su hija a un hombre que tenía que reprocharse la muerte de una mujer y la vida de un hijo natural, aun cuando Evelina lo implorase de rodillas..., entonces, señor, no me quedó más que una última esperanza, tan débil como la rama de sauce a la cual se aferra un desgraciado cuando se ahoga. Yo osaba creer que el amor de Evelina sería más fuerte que las decisiones paternas, y que sabría vencer la inflexibilidad de sus progenitores; su padre podría haberle ocultado los motivos de la negativa que mataba nuestro amor, y queriendo que ella decidiese mi suerte con conocimiento de causa, le escribí. ¡Ay, señor...! Llorando y sufriendo como nunca, tracé, no sin crueles vacilaciones, la única carta de amor que yo he escrito. Yo no sé hoy sino vagamente lo que me dictó la desesperación; sin duda decía a mi Evelina que si ella había sido sincera y verdadera, no podía, no debía amar jamás a nadie más que a mí; ¿no estaba su vida frustrada, no estaba condenada a mentir a su futuro esposo o a mí? ¿No traicionaba las virtudes de la mujer, rehusando a su desconocido amante la misma abnegación que le habría consagrado si se hubiese celebrado el casamiento al que ya habían llegado nuestros corazones? ¿Y qué mujer no preferiría sentirse más ligada por las promesas del corazón que por las cadenas de la ley? Justificaba yo mis culpas invocando todas las purezas de la inocencia, sin olvidar nada de cuanto pudiera enternecer a un alma noble y generosa... Pero, puesto que se lo confieso todo, voy a buscar su respuesta y mi última carta... —dijo Benassis saliendo para subir a su habitación.

No tardó en volver trayendo una cartera usada, de la que extrajo, no sin profunda emoción, desordenados papeles que temblaron en sus manos.

—He aquí la carta fatal —dijo—. La criatura que trazó estos rasgos no sabía qué importancia tendría para mí el papel que contiene sus pensamientos... Y esto —prosiguió mostrando otra carta— es el último grito que me arrancaron mis sufrimientos, y usted juzgará en seguida. Mi viejo amigo llevó mi súplica, la entregó en secreto, humilló su blanco cabello rogando a Evelina que la leyera y respondiese..., y he aquí lo que me escribió:

Señor...

Yo, que antes fui su *amado*, nombre casto hallado por ella para expresar un casto amor, ahora me llamaba *señor*... Esta sola palabra lo decía todo. Pero escuche la carta:

Es muy cruel para una joven descubrir falsedad en el hombre al que va a confiarle su vida; sin embargo, yo he debido excusarle, pues ¡somos tan débiles! Su carta me ha conmovido, pero no me escriba más; su escritura me causa una turbación que no puedo soportar. Estamos separados para siempre. Las razones que me ha dado me han seducido y han ahogado el sentimiento que se había elevado en mi alma contra usted. ¡Me placía tanto creerle puro! Pero usted y yo hemos sido demasiado débiles en presencia de mi padre. Sí, señor; yo he osado hablar en favor de usted. Para suplicar a mis padres, he tenido que superar los mayores terrores que me hayan agitado, y casi faltar a las costumbres de mi vida. Ahora cedo aún a sus ruegos y me hago culpable respondiéndole a escondidas de mi padre, pero mi madre lo sabe. Su indulgencia al dejarme libre para estar sola un momento con usted me ha demostrado lo que me quiere y ha fortalecido mi respeto hacia las voluntades de la familia, que estaba a punto de romper. Así, señor, le escribo por primera y última vez. Le perdono sin reserva alguna las desdichas que usted ha sembrado en mi vida. Sí, tiene razón, el primer amor no se borra. Yo no soy ya una joven pura, no podría ser una casta esposa. Ignoro, pues, cuál será mi destino. Ya lo ve usted, señor; el año que usted ha llenado tendrá grandes repercusiones en mi futuro; pero no le acuso... ¡Siempre seré amada...! ¿Por qué me lo ha dicho? ¿Calmarán estas palabras el alma agitada de una pobre muchacha solitaria? ¿No me ha perdido ya en mi vida futura, dándome recuerdos que siempre volverán? Si ahora no puedo ser más que de Jesús, ¿aceptará Él un corazón desgarrado? Pero Él no me ha enviado en vano estas tribulaciones; Él tiene sus designios y sin duda quería llamarme a Él, mi único refugio hoy. Señor, no me queda ya nada sobre la tierra. Usted, para engañar sus pesares, tiene todas las ambiciones naturales del hombre. Esto no es un reproche, sino una especie de consuelo religioso. Creo que si llevamos a cuestas en estos momentos un fardo que hiere, mi parte es la que más pesa. AQUÉL en quien he puesto toda mi esperanza, y de quien usted no podrá estar celoso, ha anudado nuestras vidas. Él sabrá desanudarlas según su voluntad. Yo he podido advertir que sus creencias religiosas no se apoyan en esa fe viva y pura que nos ayuda a soportar nuestros males aquí abajo. Señor, si Dios se digna acoger favorablemente las súplicas de una constante y ferviente plegaria, le concederá los dones de su luz. Adiós, a usted que debió ser mi guía; a usted, al que he podido llamar *mi amado* sin culpabilidad y por quien puedo aún rezar sin avergonzarme. Dios dispone a su voluntad de nuestros días, y podría llamarle a Él antes que a mí; pero si yo quedase sola en el mundo..., entonces, señor, confíadme ese hijo.

»Esta carta, llena de generosos sentimientos, frustró mis esperanzas —prosiguió Benassis—. Así al principio no escuché más que mi dolor; después respiré el perfume que aquella muchacha intentaba verter en las llagas de mi alma, olvidándose de sí misma; pero en la desesperación, le escribí algo duramente:

Señorita: Esta sola palabra le dice que renuncio a usted y que la obedezco. Un hombre encuentra aún yo no sé qué espantosa dulzura obedeciendo a la persona amada cuando ella le ordena que la abandone. Tiene usted razón, y me condeno a mí mismo. Yo he desconocido en otro tiempo la abnegación de una muchacha, por lo que mi pasión debe ser hoy desconocida. Pero no creía que la única mujer a la que hice el don de mi alma fuese la encargada de ejercer esta venganza. No hubiese jamás sospechado tanta dureza, virtud acaso, en un corazón que me parecía tan tierno y amante. Acabo de conocer la inmensidad de mi amor cuando ha resistido al más inaudito de todos los dolores, al desprecio que me testimonia rompiendo sin pesar los lazos que nos unían. Adiós para siempre. Conservo el humilde orgullo del arrepentimiento y voy a buscar un estado donde pueda expiar culpas contra las cuales usted, mi intérprete en el cielo, ha sido tan despiadada. Dios tal vez será menos cruel que usted. Mis sufrimientos, sufrimientos llenos de usted, castigarán un corazón herido que sangrará siempre en la soledad, pues para los corazones heridos no hay sino la sombra y el silencio. Ninguna otra imagen de amor se imprimirá ya más en mi corazón. Aunque yo no sea mujer, he comprendido como usted que diciendo *¡Te amo!* me comprometía para toda la vida. Sí, estas palabras pronunciadas al oído de *mi amada* no eran una mentira; si yo pudiera cambiar, ella tendría razón en sus desprecios; usted será, pues, y siempre, el ídolo de mi soledad. El arrepentimiento y el amor son dos virtudes que deben inspirar a todas las demás; así, a pesar de los abismos que van a separarnos, usted será siempre el principio de mis acciones. Aunque haya colmado de amargura mi corazón, no habrá en él pensamientos amargos contra usted; ¿no sería comenzar mal mis nuevas obras, si no depurase de toda mala levadura mi alma? ¡Adiós, pues, único corazón que amo en este mundo del que se me expulsa! Nunca un adiós habrá abarcado más sentimientos ni más ternura; ¿no lleva consigo un alma y una vida que nadie tiene el poder de reanimar...? Adiós. Sea para usted la paz, y para mí toda la desdicha.

Leídas las dos cartas, Genestas y Benassis se miraron durante un momento, absortos en sus propios y tristes pensamientos, que no se comunicaron.

—Una vez enviada esta última carta mía, cuyo borrador conservo, como ve y que para mí representa hoy todas mis alegrías, aunque marchitas —continuó Benassis—, caí en un abatimiento indecible. Los lazos que aquí abajo pueden atar a un hombre a la existencia se confundían en aquella casta esperanza, perdida ya. Había que decir adiós a los deleites del amor permitido, y dejar morir las ideas generosas que florecían en el fondo de mi corazón. Los deseos de un alma arrepentida que tenía sed de lo bello, de lo bueno y de lo honesto, eran rechazados por seres auténticamente religiosos. Señor, en el primer momento, mi espíritu fue agitado por las más extravagantes resoluciones, aunque por fortuna la presencia de mi hijo las combatió. Sentí entonces aumentar mi afecto por él con todas las desdichas de que ese hijo era la inocente causa y de las que yo debía acusarme solo. Se convirtió, pues, en todo mi

consuelo. A mis treinta y cuatro años, yo podía aún esperar ser noblemente útil a mi país, y resolví llegar a ser un hombre célebre, a fin de borrar, a fuerza de gloria y con el brillo del poderío, la culpa que manchaba el nacimiento de mi hijo. ¡Cuántos hermosos sentimientos le debo, y cuánto me hizo vivir durante los días en que me ocupé de su futuro! ¡Me ahogo! —exclamó Benassis—. Al cabo de once años, no puedo aún pensar en aquel año funesto... aquel hijo, señor, ¡lo perdí!

El médico calló y se cubrió el rostro con las manos, apartándolas al recobrar un poco de su calma. Genestas vio entonces, no sin emoción, las lágrimas que caían de los ojos de su huésped.

—Señor, fue como un rayo que me desarraigó —prosiguió Benassis—. Recogí las luces de una sana moral únicamente después de haber sido trasplantado a otro suelo distinto al del mundo social. No reconocí sino más tarde la mano de Dios en mis desventuras, y entonces supe resignarme escuchando su voz. Mi resignación no podía ser repentina, ya que mi exaltado carácter debió despertarse; consumí las últimas llamas de mi fogosidad en una última tormenta, vacilé largo tiempo antes de escoger el único partido que corresponde a un católico. Me quise matar. Habiendo desarrollado desmesuradamente en mí el sentimiento melancólico aquellos acontecimientos, me decidí fríamente a tal acto de desesperación. Pensaba que no era permitido abandonar la vida cuando la vida nos abandonaba. Me parecía que el suicidio estaba en la naturaleza. Las penas deben producir en el alma del hombre los mismos estragos que el dolor extremo causa en su cuerpo; así, pues, este ser inteligente, sufriendo una dolencia moral, tiene perfectamente el derecho de matarse, lo mismo que la oveja madre que, impulsada por el *vértigo*, se rompe la cabeza contra un árbol. ¿Son, acaso, más fáciles de curar los males del alma que los corporales? Lo dudo aún. Entre el que espera siempre y el que no espera ya más, no sé cuál es el más cobarde. El suicidio me pareció la última crisis de una enfermedad moral, como la muerte natural es la de una enfermedad física, pero hallándose la vida moral sometida a las leyes particulares de la voluntad humana, ¿no debe concordar su terminación con las manifestaciones de la inteligencia? Así, pues, es un pensamiento lo que mata, y no la pistola. Además, el azar que nos fulmina en el momento en que la vida se desliza completamente feliz, ¿no absuelve al hombre que se niega a arrastrar una existencia desgraciada? Sin embargo, todo cuanto medité durante aquellos días de duelo me llevó a más elevadas consideraciones. Durante algún tiempo fui cómplice de los grandes sentimientos de la antigüedad pagana; pero buscando allí nuevos derechos para el hombre, creí poder, al resplandor de las antorchas modernas, profundizar más allá que los antiguos en las cuestiones antiguamente reducidas a sistemas. Epicuro permitía el suicidio. ¿No era esto el complemento de su moral? Le hacía falta a toda costa el goce de los sentidos; faltando esta condición, era dulce y lícito que el ser animado volviese a entrar en el reposo de la naturaleza inanimada; siendo la única finalidad del hombre la felicidad, o la esperanza de la felicidad, para quien sufría y lo hacía sin esperanza, la muerte se convertía en un bien: procurársela

voluntariamente era un último acto de buen sentido. Él no loaba ni censuraba tal acto; se contentaba con decir, haciendo una libación a Baco: «Morir no es motivo de risa, ni tampoco de llanto». Más moral y más imbuido de la doctrina de los deberes que los epicúreos, Zenón y todo el pórtico prescribían, en ciertos casos, el suicidio al estoico. He aquí como razonaba él: el hombre se diferencia de la bestia en que dispone soberanamente de su persona; quitadle ese derecho de vida y muerte sobre sí mismo, y lo convertiréis en esclavo de los hombres y de los acontecimientos. Ese derecho de vida y muerte bien reconocido, es el contrapeso eficaz de todos los males naturales y sociales; ese mismo derecho, conferido al hombre sobre su semejante, engendra todas las tiranías. El poder del hombre no existe, pues, en ninguna parte sin una indefinida libertad en sus actos; si ha de escapar a las consecuencias vergonzosas de una falta irremediable, el hombre vulgar se traga la vergüenza y vive, y el sabio bebe la cicuta y muere; si es preciso disputar los restos de la vida a la gota que quebranta los huesos, al cáncer que devora el rostro, el sabio juzga el instante oportuno, despide a los charlatanes, y dice un último adiós a sus amigos, a quienes entristecía con su presencia. Caído en poder del tirano al que se ha combatido con las armas en la mano, ¿qué hay que hacer? El acta de sumisión está extendida; no queda sino firmar u ofrecer el cuello: el imbécil tiende el cuello, el cobarde firma, y el sabio acaba con un último acto de libertad, asestándose él mismo el golpe mortal. «¡Hombres libres, exclamaba entonces el estoico, sabed manteneros libres! Libres de vuestras pasiones sacrificándolas a los deberes; libres de vuestros semejantes mostrándoles el hierro o el veneno que os ponen fuera del alcance de sus ataques; libres del destino fijando el punto más allá del cual no le dejáis ninguna posibilidad contra vosotros; libres de los prejuicios no confundiéndolos con los deberes; libres de todas las aprensiones animales sabiendo superar el instinto grosero que encadena a la vida tantos desgraciados». Tras haber exprimido esta argumentación del fárrago filosófico de los antiguos, creí imprimir en ella una forma cristiana corroborándola con las leyes del libre albedrío que Dios nos ha dado a fin de poder juzgarnos un día en su tribunal, y me decía: «¡Litigaré en él!». Pero, señor, esos razonamientos me forzaron a pensar en el mañana de la muerte, y me encontré batiéndome con mis antiguas creencias quebrantadas. Todo, entonces, se vuelve grave en la vida humana, cuando la eternidad pesa sobre la más trivial de nuestras determinaciones. Cuando esta idea obra con toda su potencia sobre el alma de un ser, y le hace sentir en sí yo no sé qué de inmenso que le pone en contacto con el infinito, las cosas sufren un extraño cambio. Desde este punto de vista, la vida es bien grande y bien pequeña. El sentimiento de mis culpas no me hizo pensar en el cielo mientras tuve esperanzas en la tierra, mientras hallaba alivios a mis males en algunas ocupaciones sociales. Amar, consagrarse a la felicidad de una mujer, ser jefe de una familia, ¿no era dar nobles alimentos a la necesidad de expiar mis faltas que me atenazaba? Habiendo fracasado esa tentativa, ¿no era aún una expiación el consagrarse a un niño? Pero cuando tras esos dos esfuerzos de mi alma, el desdén y la muerte, fueron un duelo eterno; cuando

todos mis sentimientos fueron heridos a la vez, y cuando no divisé ya nada aquí abajo, alcé los ojos al cielo y volví a encontrar en él a Dios. Sin embargo, intenté hacer a la religión cómplice de mi muerte. Releí los Evangelios, y no hallé ningún texto en el que se prohibiese el suicidio; no obstante esa lectura me penetró del divino pensamiento del Salvador de los hombres. Ciertamente, no se dice allí nada de la inmortalidad del alma, pero nos habla del bello reino de su Padre; no nos prohíbe en parte alguna el parricidio, pero condena todo lo que está mal. La gloria de sus evangelistas y la prueba de su misión es menos por establecer leyes que por haber expandido sobre la tierra el nuevo espíritu de las nuevas leyes. El valor que un hombre despliega suicidándose me pareció entonces su propia condena; cuando se siente con fuerzas para morir, se debe tener la de luchar; negarse a sufrir no es fuerza, sino debilidad; además, quitarse la vida por desánimo, ¿no es abjurar la fe cristiana?, a la cual Jesús ha dado por base estas sublimes palabras: «¡Bienaventurados los que sufren!». El suicidio, por consiguiente, no me pareció excusable en ninguna crisis, aun en el hombre que, por una falsa interpretación de la grandeza de alma, dispone de sí mismo un instante antes de que el verdugo deje caer el hacha. Al dejarse crucificar, ¿no nos ha enseñado Jesucristo a obedecer todas las leyes humanas, aun cuando fuesen injustamente aplicadas? La palabra «resignación», grabada sobre la cruz, tan inteligible para quienes saben leer los caracteres sagrados, se me apareció entonces en su divina claridad. Poseía todavía ochenta mil francos, y lo primero que deseé fue alejarme de los hombres, consumir mi vida vegetando en el campo; pero la misantropía, especie de vanidad oculta bajo una piel de erizo, no es una virtud católica. El corazón de un misántropo no sangra, se contrae, y el mío sangraba por todas sus venas. Pensando en las leyes de la Iglesia, en los recursos que ofrece a los afligidos, llegué a comprender la belleza de la plegaria en la soledad, y tuve la idea fija de «entrar en religión», según la bella expresión de nuestros padres. Aunque tomé esa determinación con firmeza, me reservé, sin embargo, la facultad de examinar los medios que debía emplear para llegar a mi objetivo. Después de haber realizado los restos de mi fortuna, partí casi tranquilo. «La paz en el Señor» era una esperanza que no podía engañarme. Seducido primero por la regla de San Bruno, vine a la Gran Cartuja a pie, embargado por serios pensamientos. Fue para mí un día solemne. No esperaba el majestuoso espectáculo ofrecido por este camino, en el que no sé qué poder sobrenatural se muestra a cada paso. Estas rocas suspendidas, estos precipicios, estos torrentes que hacen oír una voz en el silencio; esta soledad limitada por altas montañas, y, sin embargo, sin límites; este asilo al que no llega del hombre sino su estéril curiosidad; este salvaje horror amortiguado por las más pintorescas creaciones de la naturaleza; estos abetos milenarios y estas plantas de un día...; todo eso tiene una profunda gravedad. Resultaría difícil reír atravesando el desierto de San Bruno, pues allí triunfan los sentimientos de la melancolía. Vi la Gran Cartuja, me paseé bajo las viejas y silenciosas bóvedas, oí desde sus arcadas el agua del manantial cayendo gota a gota. Entré en una celda para tomar la medida de la nada de mi ser; respiré la

profunda paz que mi predecesor había saboreado, y leí con enternecimiento la inscripción que había puesto sobre su puerta, siguiendo la costumbre del claustro; todos los preceptos de la vida que yo quería llevar estaban allí, resumidos en tres palabras latinas: *Fuge, late, tace...*

Genestas inclinó la cabeza, como si comprendiera.

—Estaba decidido —prosiguió Benassis—. Aquella celda con piso de abeto, aquel duro lecho, aquel retiro, todo convenía a mi alma. Los cartujos se hallaban en la capilla, y fui a rezar con ellos. Allí mis intenciones se desvanecieron. Señor, yo no quiero juzgar a la Iglesia católica, soy muy ortodoxo, creo en sus obras y en sus leyes... Pero al oír a aquellos viejos, desconocidos del mundo y muertos para el mundo, salmodiar sus plegarias, reconocí en el fondo del claustro una especie de egoísmo sublime. Aquel retiro sólo aprovecha al hombre, y no es más que un largo suicidio; yo no lo condeno, señor. Si la Iglesia ha abierto esas tumbas, es que sin duda son necesarias a algunos cristianos completamente inútiles para el mundo. Yo creí obrar mejor haciendo que mi arrepentimiento fuese provechoso para la sociedad. A mi regreso, me dediqué a investigar, cuáles eran las condiciones que me permitirían cumplir con mis pensamientos de resignación. Llevaba ya, imaginariamente, la vida de un simple marinero; me condenaba a servir a la patria colocándome en última fila y renunciando a todas las manifestaciones intelectuales; pero si bien era una vida de trabajo y abnegación, todavía no me pareció bastante útil. ¿No era mercadear con los designios de Dios? Si Él me había dado a mi espíritu alguna fuerza, ¿no era mi deber emplearla para el bien de mis semejantes? Además, si me es permitido hablar francamente, sentía en mí no sé qué necesidad de expansión que vulneraba obligaciones puramente mecánicas. No veía en la vida de los marinos ningún pasto para esa bondad que se desprende de mi temperamento, como cada flor exhala un perfume particular. Como ya le dije, me vi obligado a dormir aquí, y durante la noche, creí oír una orden de Dios en el piadoso pensamiento que me inspiró el estado de este pobre país. Había saboreado los crueles deleites de la maternidad y resolví entregarme por entero a ella, saciar ese sentimiento en una esfera más amplia que la de las madres, convirtiéndome en una hermana de la caridad para toda una región, tratando continuamente las llagas del pobre. Me pareció, pues, que el dedo de Dios había marcado fuertemente mi destino al considerar que el primer pensamiento serio de mi juventud me había inclinado a la profesión de médico y resolví ejercer aquí. Además, «a los corazones heridos, la sombra y el silencio», había dicho yo en mi carta; quise cumplir lo que a mí mismo me había prometido hacer. Entré en una senda de silencio y de resignación. El *Fuge, late, tace* del cartujo es aquí mi divisa; mi trabajo es una plegaria activa; mi suicidio moral es la vida de este cantón, sobre el cual, extendiendo la mano, siembro la felicidad y la alegría; es dar lo que yo no tengo. La costumbre de vivir con campesinos, mi alejamiento del mundo, me han transformado realmente. Mi rostro ha cambiado de expresión, se ha habituado al sol que lo ha arrugado y endurecido. He adquirido el andar y el porte de un campesino,

su lenguaje, su vestir, su abandono, la indiferencia por todo lo fingido. Mis amigos de París o las bellas de las cuales era yo el asediado, no reconocerían jamás en mí al hombre que estuvo de moda un tiempo, al sibarita acostumbrado a los perifollos, al lujo y a las exquisiteces de París. Todo lo que es externo me resulta indiferente en absoluto, como a todos los que viven impulsados por un solo pensamiento. No tengo más objetivo en mi vida que el de abandonarla; no quiero hacer nada para prevenir el fin ni para apresurarlo; pero me tenderé sin pesar para morir, el día en que llegue la enfermedad. Estos son, señor, con toda sinceridad, los acontecimientos de mi vida anterior a la que aquí llevo. No le he disfrazado nada de mis faltas, que han sido grandes, aunque comunes en algunos hombres. He sufrido mucho y sufro todos los días; pero he visto en mis sufrimientos la condición de un futuro dichoso. Sin embargo, a pesar de mi resignación, hay penas contra las cuales me siento sin fuerzas. Hoy mismo he estado a punto de sucumbir a torturas secretas, delante de usted, y sin que lo supiera...

Genestas se revolvió en su silla.

—Sí, capitán Bluteau; usted estaba allí. ¿No me ha señalado el camastro de la madre Colás cuando hemos acostado a Santiago? Pues bien, me es imposible ver a un niño sin pensar en el ángel que yo perdí... ¡Juzgue mis dolores al acostar a una criatura condenada a morir...!

Genestas palideció.

—Sí, las lindas cabecitas rubias, las cabecitas inocentes de los niños que encuentro, me hablan siempre de mis desgracias y despiertan mis tormentos. En fin, me resulta espantoso pensar que tantas gentes me agradecen el poco bien que hago aquí, cuando ese bien es el fruto de mis remordimientos. Sólo usted conoce, capitán, el secreto de mi vida. Habría sido muy feliz extrayendo mi valor de un sentimiento más puro del que lo es el de mis pecados. Pero entonces, tampoco habría tenido nada que decirle de mí.

V

ELEGÍAS

Al terminar su relato Benassis observó en el rostro del militar una expresión tan pensativa que le impresionó. Le conmovió ver lo bien que le había comprendido, y casi se arrepintió de haber afligido a su huésped, diciéndole:

—Pero, capitán Bluteau, mis desgracias...

—No me llame capitán Bluteau —exclamó Genestas interrumpiendo al médico y levantándose de improviso con un impetuoso movimiento que parecía acusar una especie de íntimo descontento—. No hay tal capitán Bluteau... ¡Soy un miserable!

Vivamente sorprendido, Benassis, miró a Genestas, quien se paseaba por el salón como un abejorro buscando una salida para huir de la habitación donde ha entrado por descuido.

—¿Quién es usted, entonces? —preguntó Benassis.

—¡Ah...! —respondió el militar parándose frente al médico y sin atreverse a mirarle—. Le he engañado —prosiguió con voz alterada—. He mentido por primera vez en mi vida, y he sido bien castigado, pues ya no puedo decirle el objeto de mi visita ni de mi maldito espionaje. Desde que, por decirlo así, he comprendido su alma, habría preferido que se me hubiese abofeteado antes que oírme llamar Bluteau... Usted puede perdonarme mi impostura, pero yo no me la perdonaré nunca, yo, Pedro José Genestas, que no mentiría ante un consejo ni para salvar mi vida.

—Entonces, ¿usted es el comandante Genestas? —preguntó Benassis levantándose y estrechando efusivamente la mano del oficial. Seguidamente añadió:

—Tal como usted pretendía hace un instante, éramos amigos sin conocernos. Tuve ya el más vivo deseo de verle cuando, al referirse a usted el señor Gravier, dijo: «Un personaje de Plutarco»...

—No soy un personaje de Plutarco —respondió Genestas—. Soy indigno de usted. Yo debía haberle confiado lisa y llanamente mi secreto. Y no lo hice, prefiriendo ponerme una máscara y venir aquí a informarme de quién es usted. Ahora sé que debo callarme. Si hubiese procedido francamente, le hubiera apenado. ¡Y Dios me libre de causarle el menor pesar!

—Le aseguro que no le comprendo, comandante...

—Dejémoslo. No estoy enfermo, he pasado un buen día y mañana me iré. Cuando venga a Grenoble encontrará un amigo más, y no un amigo cualquiera. Mi bolsa, mi espada y mi sangre, todo será suyo en casa de Pedro José Genestas. Después de todo, sus palabras han caído en buen terreno. Cuando me llegue el retiro, buscaré un aldeorro donde meterme; seré el alcalde y trataré de imitarle. Me faltará su ciencia, pero estudiaré.

—Tiene usted razón; el propietario que emplea el tiempo en corregir un simple vicio de explotación en una comuna hace tanto bien a su país como puede hacerlo el mejor médico: si éste alivia los sufrimientos de los enfermos, el otro remienda las llagas de la patria. Pero usted excita singularmente mi curiosidad. ¿Puedo serle útil en algo?

—¿Útil? —repitió el comandante con voz emocionada—. ¡Por Dios, querido señor Benassis...! El servicio que quería solicitarle es casi imposible. Vea usted: yo he matado a muchos cristianos a lo largo de mi vida, pero se puede matar y tener buen corazón; así, por rudo que yo le parezca, todavía comprendo ciertas cosas.

—Explíquese.

—No, no quiero causarle voluntariamente ningún pesar.

—Bah, comandante...; resisto el sufrimiento.

—Doctor —dijo, temblando, el comandante—, se trata de la vida de un niño.

La frente de Benassis se contrajo unos segundos, pero con un gesto le rogó a Genestas que siguiese.

—Un niño —prosiguió el comandante— al que todavía puede salvársele con cuidados constantes y minuciosos. ¿Dónde encontrar a un médico capaz de consagrarse a un solo enfermo? Seguro que no en una ciudad. Yo había oído hablar de usted como de un hombre admirable, pero temía ser víctima de alguna fama usurpada. Entonces, antes de confiar mi pequeño a ese doctor Benassis, de quien se contaban cosas tan sorprendentes, he querido estudiarlo. Ahora...

—No siga —atajó el médico—. ¿Ese niño es suyo?

—No, querido doctor Benassis, no. Para explicarle este misterio, es necesario que le cuente una historia en la cual yo no desempeñe el mejor papel, pero puesto que usted me ha confiado sus secretos, bien puedo decirle los míos.

—Espere, comandante —dijo el médico llamando a Jacquotte, quien apareció al instante y a la cual pidió su té—. Vea usted, comandante, cómo cuando duerme todo el mundo, soy yo el que no duerme. Las angustias me oprimen, y entonces trato de olvidarlas bebiendo té. Esta bebida produce una especie de embriaguez nerviosa, un sueño sin el cual no viviría. ¿Sigue no queriéndolo beber?

—Prefiero —dijo Genestas— ese vino suyo, el del Ermitage.

—Bien... Jacquotte —dijo Benassis a su sirvienta—, traiga vino y bizcochos... Con unos tragos..., animaremos la noche —añadió el médico dirigiéndose a su huésped.

—Ese té debe hacerle daño —supuso Genestas.

—Me produce fuertes ataques de gota, pero ya no podría renunciar a él; es muy dulce y consigue que todas las noches haya un momento en que la vida no me resulte pesada. Vamos, le escucho; quizá su relato suavice la impresión demasiado viva de los recuerdos que acabo de evocar.

—Mi querido doctor —dijo Genestas poniendo sobre la repisa de la chimenea su vaso vacío—, después de la retirada de Moscú, mi regimiento se reagrupó en una

pequeña ciudad de Polonia. Allí compramos caballos a precio de oro y nos quedamos de guarnición hasta el regreso del emperador. Por ahora todo va bien. Debo decirle que yo tenía entonces un amigo. Durante la retirada, más de una vez me salvó un sargento de caballería que se llamaba Renard y quien hizo por mí esas cosas tras las cuales dos hombres deben considerarse hermanos, salvo las exigencias de la disciplina. Estábamos alojados en la misma casa, uno de esos nidos de ratas contruidos en madera, donde se alojaba toda una familia y donde habría creído que se podía meter un caballo. Aquel tugurio pertenecía a judíos que se dedicaban a una serie de trapicheos comerciales, y el padre, al que no se le helaron los dedos manejando oro, había hecho muy pingües negocios durante nuestra derrota. Esas gentes viven entre basura y mueren nadando en oro. Su casucha estaba encima de una bodega, de madera, desde luego, en la que habían metido a sus vástagos, y sobre todo a una hija bella como una judía cuando está limpia y no es rubia. Tenía diecisiete años, era blanca como la nieve, con ojos de terciopelo, pestañas negras como colas de rata y cabellos tan relucientes y espesos que daban ganas de acariciarlos. Una criatura verdaderamente perfecta. En fin, señor, que fui el primero en advertir esas singulares provisiones, una noche que me creían acostado y yo estaba fumando tranquilamente una pipa mientras paseaba por la calle. Aquellos críos gruñían amontonados, como una cría de perros. Era cómico verlo. El padre y la madre cenaban con ellos. A fuerza de mirar, descubrí, entre las bocanadas de humo que echaba el padre, a la joven judía, la cual estaba también allí, como un reluciente y nuevecito napoleón entre un puñado de ochavos. Yo, mi estimado Benassis, jamás he tenido tiempo de pensar en el amor; sin embargo, cuando vi a esa joven, comprendí que hasta entonces no había hecho sino ceder a la naturaleza; pero esa vez todo estaba incluido, la cabeza, el corazón y el resto. Me enamoré, pues, de la cabeza a los pies..., pero toscamente. Me quedé allí, fumando mi pipa, absorto mirando a la judía, hasta que ella apagó la vela y se acostó. Me fue imposible dormir. Durante la noche no hice más que llenar la pipa, y llenarla otra vez, fumar y pasear por la calle. Nunca había estado así. Fue la primera vez en mi vida que pensé en casarme. Al hacerse de día, fui a ensillar mi caballo y troté durante dos horas largas por el campo, para refrescarme, y sin darme cuenta, casi reventé al animal...

Genestas se detuvo, miró a su amigo con gesto inquieto y añadió:

—Dispéñeme usted, Benassis; yo no soy orador, hablo como se me ocurre. Si estuviera en un salón me sería incómodo, pero con usted y en el campo...

—Continúe —dijo el médico.

—Cuando entré en mi habitación, encontré a Renard muy atareado. Creyéndome muerto en duelo, limpiaba mis pistolas y trataba de provocar a quien fuese que me hubiese puesto a la sombra... Pero vea usted el carácter del peregrino. Confié mi amor a Renard, mostrándole el tugurio de los pequeños. Como Renard entendía la jerga de aquellos críos, le pedí que me ayudara a hacer mis proposiciones al padre y a la madre, y a tratar de establecer una correspondencia con Judith; ella se llamada

Judith. En fin, señor...; durante quince días fui el más feliz de los hombres, pues todas las noches el judío y su mujer nos hicieron cenar con Judith. Usted sabe de esas cosas, por lo que no le impacientaré en absoluto; sin embargo, si a usted no le gusta el tabaco, ignora el placer de un hombre honrado que fuma tranquilamente su pipa con su amigo Renard y el padre de la muchacha, contemplando a la princesa. Es de lo más agradable. Pero debo decirle que Renard era un parisién y un hijo de familia. Su padre, que tenía un gran comercio de ultramarinos, le había educado para ser notario, y sabía algo de ello; pero habiéndole cogido el reclutamiento, tuvo que despedirse del escritorio. Hecho por lo demás a la medida para llevar uniforme, tenía un rostro de muchacha y conocía muy bien el arte de enredar a la gente. Era a él a quien Judith amaba, haciendo de mí tanto caso como un caballo pueda hacer de un pollo asado. Mientras que yo me extasiaba y vivía en la luna contemplando a Judith, Renard, que no había robado su nombre^[2], ¿comprende?, hacía su labor de zapa; el traidor se entendía con la muchacha, y tan bien, que se casaron según la moda del país, porque el permiso hubiese tardado demasiado tiempo en llegar. Pero prometió casarse según la ley francesa, si por casualidad impugnasen el matrimonio. El hecho es que en Francia, la señora Renard volvió a ser la señorita Judith. De haber sabido esto, yo habría matado a Renard, sin dejarle siquiera el tiempo de respirar; pero el padre, la madre, la hija y mi sargento se entendían como ladrones en una feria. Mientras yo fumaba mi pipa y adoraba a Judith como a un santo sacramento, mi Renard concertaba citas y llevaba adelante sus negociejos...

»Usted es la única persona a quien he explicado esta historia, que yo califico de infamia. Siempre me he preguntado por qué un hombre que habría muerto de vergüenza si hubiese cogido una moneda de oro, roba la mujer, la felicidad y la vida de su amigo sin ningún escrúpulo. En fin, se habían casado y eran dichosos, y yo estaba siempre allí cada noche, a cenar, admirando como un imbécil a Judith y respondiendo como un *tenor* a las caras que ella me ponía para cerrarme los ojos. ¡Pero pagaron bien caro sus engaños! Le aseguro que Dios pone más atención de lo que creemos a las cosas de este mundo... He aquí que los rusos nos desbordan. Comienza la campaña del 1813. Nos han invadido. Una buena mañana, llega la orden de que estemos en el campo de batalla de Lutzen a determinada hora. El emperador sabía bien lo que hacía ordenándonos partir aprisa. Los rusos nos habían rodeado. Nuestro coronel se entretiene despidiéndose de una polaca que vivía a medio cuarto de legua de la ciudad, y la vanguardia de los cosacos me lo atrapa, a él y a su piquete. Nosotros apenas tenemos tiempo de montar a caballo, formar delante de la ciudad para librar una escaramuza de caballería y rechazar a mis rusos a fin de poder largarnos en el transcurso de la noche. Cargamos durante tres horas, haciendo esfuerzos verdaderamente extraordinarios. Mientras nosotros nos batíamos, los equipajes y nuestro material seguían adelante. Teníamos un parque de artillería y grandes provisiones de pólvora, furiosamente necesarias al emperador, y era forzoso llevárselas a toda costa. Nuestra defensa engañó a los rusos, quienes nos creyeron

apoyados por un cuerpo de ejército. Sin embargo, advertidos pronto por espías, supieron que no tenían ante ellos más que un regimiento de caballería y nuestros depósitos de infantería. Y entonces, señor, hacia el anochecer, lanzaron un ataque demoledor, tan impetuoso que muchos de los nuestros quedaron sobre el terreno. Fuimos rodeados. Yo estaba con Renard en primera fila, y le veía batiéndose y cargando como un demonio, ya que pensaba en su mujer. Gracias a él pudimos volver a la ciudad, que nuestros enfermos habían puesto en estado de defensa; ¡pero aquello daba pena! Él y yo entramos los últimos, hallamos el camino interceptado por un grupo de cosacos y arremetimos contra ellos. Uno de aquellos bárbaros iba a ensartarme con su lanza; Renard lo ve y se mete a caballo entre los dos para desviar el golpe; el pobre animal recibe el golpe y se desploma, arrastrando a Renard y al cosaco. Mato al cosaco, cojo a Renard del brazo y lo subo al caballo, poniéndomelo delante, lo mismo que un saco de trigo.

»—¡Adiós, mi capitán; todo acabó...! —me dice Renard.

»—No —le respondí—, eso aún hay que verlo.

»Estaba ya en la ciudad, dejo el caballo y acomodo a Renard en un rincón de una casa, sobre un montoncito de paja. Tenía la cabeza rota, los sesos entre el pelo, ¡y hablaba!... ¡Oh..., era un hombre Renard!

—Estamos en paz —dijo—. Yo le he dado mi vida, y le quité a Judith. Cuide de ella y del hijo, si es que lo tiene. Además, cátese con ella.

»Señor, en el primer momento le dejé allí como a un perro, pero cuando se me pasó la rabia, volví... Ya había muerto. Los cosacos prendieron fuego a la ciudad; entonces me acordé de Judith y fui a buscarla; la subí a la grupa de mi caballo, gracias a cuya velocidad me uní al regimiento, el cual ya se había retirado. En cuanto al judío y su familia, nadie...; todos habían desaparecido como ratas. Sólo Judith esperaba a Renard. Como usted comprenderá, nada le dije al principio. Señor, me ha sido preciso pensar en esa mujer en medio de todos los desastres de la campaña del año 1813, alojarla, proporcionarle comodidades, cuidarla, y creo que ella apenas se dio cuenta del estado en que nos hallábamos. Yo tenía la precaución de tenerla siempre a diez leguas de nosotros, más adelante, hacia Francia; el hijo que esperaba le nació mientras nos batíamos en Hanau. En aquel encuentro caí herido y me reuní con Judith en Estrasburgo; luego me trasladaron a París, pues tuve la desgracia de seguir enfermo durante la campaña de Francia. Sin esta triste casualidad, hubiera pasado a los granaderos de la guardia, ya que el emperador me habría ascendido. En fin, señor, me vi, pues, obligado a mantener a una mujer y un niño que no me pertenecía, y tenía, además, tres costillas rotas... Ya comprenderá que mi paga no era nada del otro mundo. El padre Renard, viejo tiburón sin dientes, no quiso saber nada de su nuera; el padre judío se había evaporado. Judith se moría de tristeza. Una mañana lloraba mientras terminaba de vendarme...

»—Judith —le dije—, su hijo carece de amparo...

»—Y yo también —respondió ella.

»—Bah... —añadí yo—. Pediremos que manden los papeles necesarios, me casaré con usted y reconoceré como mío al hijo de...

»No pude acabar. Mi estimado doctor, puede hacerse lo que sea con tal de recoger la mirada de moribunda con que me dio las gracias Judith; yo vi que la seguía queriendo y desde aquel día su pequeño se metió en mi corazón. Mientras los papeles y el padre y la madre judíos estaban próximos a llegar..., la pobre mujer acabó de morir. La antevíspera de su muerte aún tuvo fuerzas para vestirse, para engalanarse, para cumplir con todas las ceremonias de costumbre y firmar una serie de papeles; luego, cuando vio que su hijo ya tenía un nombre y un padre, volvió a acostarse, yo le besé las manos y la frente, y después murió. ¡Ése fue mi día de bodas! Dos días después, y luego de comprar los pocos pies de tierra donde yace aquella infeliz, me vi padre de un huérfano que confié a una nodriza durante la campaña del 1815. Desde entonces, y sin que nadie supiera mi historia, que no era bonita para que se contase, he cuidado de ese pícaro como si fuese mío. Su abuelo no hizo más que ir dando tumbos, está arruinado y anda con su familia por Persia o por Rusia. Es posible que haga fortuna, pues parece muy entendido en el comercio de piedras preciosas. Puse al niño en un colegio, pero últimamente quise que estudiase con tanto celo las matemáticas, para ingresarle en la Escuela Politécnica y verle salir en las mejores condiciones para abrirse camino, que el pobre hombrecito ha caído enfermo. El pecho no le responde. Según los médicos, todavía se podría remediar la debilidad que sufre si viviese en el campo, en el monte, y si le cuidase a tiempo, constantemente, un hombre de buena voluntad. Entonces yo pensé en usted, y vine aquí para tener un mejor conocimiento de sus sentimientos y de la vida que lleva. Pero después de lo que me ha contado, no le puedo añadir ese pesar, aunque seamos ya buenos amigos.

—Comandante —respondió Benassis después de un momento de silencio—, tráigame al hijo de Judith. Dios quiere sin duda que yo pase por esta última prueba, y la soportaré. Ofreceré estos sufrimientos al Dios cuyo Hijo murió en la cruz. Además, mis emociones durante su relato han sido dulces... ¿No es esto un augurio favorable?

Genestas estrechó vivamente las dos manos de Benassis entre las suyas, sin poder reprimir algunas lágrimas que le humedecieron los ojos y le rodaron por las mejillas.

—Guardemos el secreto de todo esto —dijo.

—Sí, comandante... ¿Y qué, no quiere beber nada aún?

—No tengo sed —respondió Genestas—. Estoy como atontado.

—¿Y cuándo me lo traerá?

—Mañana mismo, si le parece bien. Está en Grenoble desde hace un par de días.

—Muy bien. Vaya mañana temprano y vuelva con él; le esperaré en casa de la Fosera, donde comeremos los cuatro juntos.

—De acuerdo —contestó Genestas.

Los dos amigos fueron a acostarse, deseándose mutuamente una buena noche. Al llegar al descansillo que separaba sus habitaciones, Genestas dejó su candil en el borde de la ventana y se acercó a Benassis.

—¡Mal rayo...! —le dijo con cándido entusiasmo—. No me separo esta noche de usted sin antes decirle que usted, el tercero entre los cristianos, me ha hecho comprender que hay algo allá arriba...

Y señaló al cielo.

El médico respondió con una melancólica sonrisa y apretó con efusión la mano que le tendía Genestas.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, Genestas partió para la ciudad, y hacia mediodía estaba ya en el camino principal de Grenoble a la aldea, a la altura del sendero que llevaba a casa de la Fosera. Iba en una de esas carretas descubiertas, de cuatro ruedas y tiradas por un solo caballo, coche ligero que circula por todos los caminos del montañoso país. Llevaba por compañero a un muchachito delgado y enclenque que no parecía tener más de doce años, a pesar de que estaba ya en los dieciséis. Antes de apearse, el oficial miró hacia varias direcciones, por si encontraba algún campesino que se encargase de llevar el coche a casa de Benassis, pues lo angosto del sendero no permitía conducirlo hasta la de la Fosera. El guarda rural apareció por casualidad y solucionó la dificultad de Genestas, quien así pudo ir a pie con su hijo adoptivo al lugar de la cita, a través de los senderos de la montaña.

—¿No te entusiasma, Adrián, correr por este hermoso país durante un año, aprender a cazar, a montar a caballo, en lugar de consumirte sobre tus libros? ¡Mira, mira...!

Adrián dirigió hacia el valle la desvaída mirada de un niño enfermo, pero indiferente como todos los jóvenes a las bellezas de la naturaleza, contestó sin dejar de andar:

—Es usted muy bueno, padre.

Genestas sintió como si le estrujase el corazón aquella despreocupación enfermiza, y llegaron a la casa de la Fosera sin decir nada más a su hijo.

—Es usted puntual, comandante —exclamó Benassis levantándose del banco de madera en que estaba sentado.

Pero seguidamente volvió a sentarse, quedándose muy pensativo al ver a Adrián; observó atentamente el rostro amarillento y fatigado, no sin admirar las bellas líneas que predominaban en aquella noble fisonomía. El muchacho, vivo retrato de su madre, tenía de ella un tinte oliváceo y hermosos ojos negros, espiritualmente melancólicos. Todas las características de la belleza judía polaca se hallaban en aquella cabeza de abundante cabello, demasiado sólida para el endeble cuerpo al que pertenecía.

—¿Duermes bien, hombrecito? —le preguntó Benassis.

—Sí, señor.

—Enséñame las rodillas, remángate el pantalón.

Adrián se desató las ligas enrojeciendo, y enseñó su rodilla, que el médico palpó cuidadosamente.

—Bien. Habla, grita ahora, grita fuerte...

Adrián gritó.

—Basta. Dame las manos...

El muchacho tendió unas manos blandas y blancas, con venas casi azules, como las de una mujer.

—¿En qué colegio estabas en París?

—En San Luis.

—¿El prefecto no leía su breviario durante la noche?

—Sí, doctor.

—¿Así, pues, no te dormías en seguida?

Al no responder Adrián, Genestas le dijo al médico:

—Ese prefecto es un digno sacerdote. Él mismo me aconsejó que me llevase a mi soldadito, por motivos de salud.

—Bien —respondió Benassis mirando fijamente los temblorosos ojos de Adrián—; todavía hay remedio. Sí, haremos un hombre de este chico. Viviremos juntos, como dos camaradas, muchacho... Nos acostaremos y nos levantaremos temprano... Enseñaré a su hijo a montar a caballo, comandante. Al cabo de un mes o dos dedicados a rehacerle el estómago, siguiendo un régimen de lacticiños, le sacaré la licencia de armas y el permiso de caza, lo pondré en manos de Butifer y los dos irán a cazar la gamuza. Dé usted cuatro o cinco meses de vida campestre a su hijo, y ya no lo reconocerá, comandante. Qué contento se pondrá Butifer. Conozco a mi hombre...; te llevará, amiguito, hasta Suiza, pasando los Alpes; te subirá a los picos, y crecerás varios centímetros en seis meses; él hará que tus mejillas enrojezcan, que se templen tus nervios y endurezcan tus músculos, y te hará olvidar los malos hábitos del colegio. Podrás reanudar tus estudios, y serás un hombre hecho y derecho. Butifer es un muchacho de confianza; podemos darle el dinero que haga falta para costear el gasto de los viajes y la caza; su responsabilidad hará que ponga el mejor juicio en todo durante ese medio año y eso saldrá él ganando.

El rostro de Genestas parecía despejarse a cada palabra del médico.

—Vamos a comer. La Fosera está impaciente por verte —dijo Benassis acariciando la mejilla de Adrián.

—¿Entonces, no está tísico? —preguntó Genestas al médico cogiéndolo del brazo y llevándoselo aparte.

—Ni más ni menos que usted y yo.

—¿Qué tiene, entonces?

—Bah... —respondió Benassis—. Atraviesa un mal momento; eso es todo.

La Fosera apareció en el umbral de su puerta, y Genestas, no sin sorpresa, observó que se había puesto un vestido sencillo y coquetón. Ya no era la campesina de la víspera, sino una elegante y graciosa muchacha de París, la cual le miró con una expresión contra la que se vio indefenso. El soldado desvió la vista hacia una mesa de nogal que no tenía mantel, pero tan brillante que parecía barnizada, y sobre la cual había platos con huevos, mantequilla, un pastel y fresas silvestres que embalsamaban

el aire. En todos los sitios había puesto flores la pobre muchacha, lo que hacía suponer que para ella era fiesta aquel día. De ahí que el comandante no pudiese evitar la envidia que le despertaba aquella sencilla casa y el césped; miró a la campesina con una expresión en la que había esperanzas y dudas; luego miró hacia Adrián, a quien la Fosera, solícita ella, servía unos huevos.

—Comandante —dijo Benassis—, ¿sabe a qué precio recibe usted aquí la hospitalidad? Pues tiene que contarle a la Fosera hechos de la vida militar.

—Ahora hay que dejar al señor que coma tranquilamente, pero después que haya tomado su café...

—Claro que sí, y encantado —respondió el comandante—. Sin embargo, también yo pongo una condición a mi relato: ¿usted nos contará alguna aventura de su antigua existencia?

—Pero, señor —respondió ella enrojeciendo—, si no me ha pasado nunca nada que merezca la pena contarse... ¿Quieres un poco más de este pastel de arroz, amiguito? —dijo al ver vacío el plato de Adrián.

—Sí, señorita.

—Este pastel es delicioso —afirmó Genestas.

—¿Qué dirá, entonces, de su café a la crema? —exclamó Benassis.

—Preferiría escuchar a nuestra linda anfitriona.

—No lleva muy bien el debate, amigo Genestas —dijo Benassis—. Escucha, niña —prosiguió el médico dirigiéndose a la Fosera, a quien estrechó la mano—; ese oficial que ves a tu lado, esconde un excelente corazón dentro de un exterior severo. Puedes hablar con toda libertad. Habla o calla; nosotros no queremos importunarte. Si en alguna ocasión puedes ser escuchada y comprendida, ten por seguro que será por las tres personas con quienes estás ahora. Cuéntanos tus amores pasados, pues esto no será sacar a relucir los actuales secretos de tu corazón.

—Aquí está el café que nos trae Marieta —respondió ella—. Cuando todos estén servidos, os hablaré de buen grado de mis amores... ¿Pero no olvidará su promesa el señor comandante? —añadió dirigiendo a Genestas una mirada modesta y agresiva a la vez.

—Soy incapaz de ello, señorita —contestó respetuosamente Genestas.

—A los dieciséis años —dijo la Fosera—, aunque estaba muy flacucha, no tuve más remedio que salir a mendigar por los caminos de Savoya. Dormía en Echelles, en un establo lleno de paja. El dueño era un buen hombre, pero su mujer no me podía soportar y me insultaba continuamente. Esto me causaba mucha pena, pues yo no era mala; rezaba a Dios cada noche y cada mañana; no robaba, cumplía los mandamientos del cielo, y pedía para vivir, ya que no sabía hacer nada y estaba verdaderamente enferma; no tenía fuerzas ni para levantar una azada ni para devanar algodón. Entonces me echaron de la casa a causa de un perro. Sin parientes ni amigos desde que nací, nunca había encontrado en nadie una mirada que me consolase. La buena Morin, la mujer que me crió, había muerto; ella sí fue buena conmigo, pero

apenas me acuerdo de sus caricias; además, la pobre vieja trabajaba la tierra como un hombre, y si me mimaba, también me golpeaba los dedos con la cuchara cuando veía la prisa que me daba comiéndome el potaje de la escudilla que nos repartíamos. ¡Pobre abuela...! No hay día que no la encomiende en mis oraciones. Que Dios le conceda allá arriba una vida más dichosa que aquí abajo, sobre todo un lecho mejor, porque siempre se estaba quejando de la márfega donde nos acostábamos las dos. No podrían imaginar, queridos señores, hasta qué punto hierde el alma no recoger más que insultos, bufidos y miradas que atraviesan el corazón como cuchilladas. He conocido a pobres viejos a quienes eso ya no les hacía nada, pero yo no había nacido para ese oficio. Un «no» me ha hecho llorar siempre. Cada noche volvía más triste, y sólo me consolaba después de rezar mis oraciones. Y digo que en toda la creación de Dios yo no encontraba un corazón en el que pudiera confiar el mío. No tenía más que el azul del cielo por amigo. Siempre me ha hecho feliz ver el cielo completamente azul. Cuando el viento había barrido las nubes, me tendía en un rincón de los roquedales y dejaba que pasase el tiempo. Entonces soñaba que era una gran señora. A fuerza de mirar, me creía transportada al azul del cielo; vivía allá arriba con la imaginación, me sentía sin peso, y subía, subía como si tuviese alas. Volviendo a mis amores, les diré que la perra del dueño del establo había tenido un cachorrillo gentil como un crío, blanco y con las piernas moteadas de negro... Siempre estoy viendo aquel querubín. Ese pequeñuelo fue la única criatura que en aquel tiempo me miraba con afecto; yo le guardaba los mejores bocados, él me conocía y venía a esperarme cada noche, no le avergonzaba mi miseria, me saltaba encima y me lamía los pies; y les digo que había en sus ojos tanta bondad y agradecimiento que a veces lloraba al verle.

«Éste es el único ser que me quiere bien», me decía yo.

»En el invierno se echaba a mis pies. Yo sufría tanto de que le pegaran que le enseñé a no entrar en las casas para robar huesos, y se contentaba con mi pan. Si yo estaba triste, se me ponía delante, me miraba a los ojos y parecía que me dijese:

«¿Estás triste, Fosera?».

»Si los viajeros me echaban unos ochavos, él los recogía del polvo y me los traía. Cuando tuve ese amigo, fui menos desgraciada. Todos los días ponía aparte algunos ochavos para llegar a los cincuenta francos, pues quería comprárselo al señor Manseau. Un día, su mujer, viendo lo que me quería el perrito, se dedicó a hacerle toda clase de monadas, pero vio que el animal no la soportaba... Esos animalitos huelen las almas, notan en seguida cuándo se les quiere de verdad. Yo tenía una moneda de oro de veinte francos cosida en la cintura de mis sayas y entonces le dije al señor Manseau:

»—Estimado señor, yo quería darle mis ahorros de todo el año por su perro, y antes de que su mujer se quede con él, aunque no lo quiere nada, véndamelo por veinte francos...; aquí los tiene.

»—No, preciosa —me contestó—; guárdese sus veinte francos. Ya me libraré el cielo de coger dinero de los pobres. Quédese con el perro. Y si mi mujer grita

demasiado, váyase.

Su mujer hizo una escena por el perro... ¡Dios santo, parecía que se estaba incendiando la casa! ¿Y no adivinarán ustedes lo que imaginó? Viendo que el perro era mío por puro afecto y que ella no lo conseguiría nunca, lo envenenó. El pobre perrito murió en mis brazos... Lloré como si hubiese sido mi hijo, y lo enterré debajo de un abeto. No saben todo lo que yo puse en aquella fosa... Sentada allí me decía que siempre estaría sola en la tierra, que nada me saldría bien, que iba a volver a lo que antes era, sin nadie en el mundo, y que en ninguna mirada vería amistad. Pasé toda la noche al raso, pidiéndole a Dios que tuviese piedad de mí. Cuando volví al camino vi a un mendigo de diez años que no tenía manos.

»Dios ha escuchado mi súplica, pensé. Nunca le había rogado como lo hice aquella noche... Voy a cuidar de este pequeñín, pediremos juntos y yo seré su madre; siendo dos, conseguiremos más; acaso tendré más valor para él del que tengo para mí...

»Al principio, el pequeño pareció contento, y le habría sido muy difícil no estarlo, pues yo hacía todo lo que él quería, dándole lo mejor que tenía; vamos, que yo era su esclava y él mi tirano; pero todo me parecía siempre mejor que estar sola. Claro que sí..., hasta que el borrachín supo que yo tenía veinte francos cosidos en las sayas; pues los descosió y me robó mi moneda de oro, el precio de mi pobrecito perro..., un dinero que yo quería para hacerle decir misas. ¡Un muchacho sin manos! Esto hace temblar. El robo me acobardó. Yo no podía querer nada sin que se me muriese en mis manos... Un día vi acercarse una bonita calesa francesa que subía la cuesta de Echelles. Dentro iba una señorita bella como la Virgen María y un joven que se le parecía.

»—Mira qué linda muchacha..., dijo el joven a su acompañante, echándome una moneda de plata.

»Sólo usted, doctor Benassis, puede saber lo feliz que me hizo ese cumplido, el único que había oído; pero aquel señor habría hecho mejor no tirándome el dinero. Impulsada por no sé qué mil cosas que me trastornaron, eché a correr por los atajos, llegando a los roquedales de Echelles mucho antes que la calesa, la cual subía lentamente la cuesta. Volví a ver al joven, quien pareció muy sorprendido al verme otra vez, y yo estaba tan contenta que el corazón se me subía a la garganta; una especie de instinto me atraía hacia él. Así que me reconoció, yo eché a correr adelante, pensando que la señorita y él se detendrían para ver la cascada de Couz; y cuando bajaron de la calesa para contemplarla, volvieron a verme entre los nogales del camino; entonces me hicieron preguntas, pareciendo interesarse por mí. Nunca en mi vida había oído una voz tan dulce como la del guapo joven y la de su hermana, pues seguramente era su hermana; durante un año pensé en aquel día, esperando que volverían. Habría dado dos años de mi vida sólo por volver a ver al viajero; ¡parecía tan dulce...! Éstos son, hasta el día en que he conocido al doctor Benassis, los más grandes acontecimientos de mi vida, pues cuando mi ama me echó por haberme

puesto su maldito vestido de baile, me dio lástima, y la he perdonado; y si me permite que le hable francamente, le diré que siempre me he creído mucho mejor que ella, aunque fuese condesa.

—Bien —dijo Genestas tras un momento de silencio—; ya ve usted que Dios la quiere. Aquí está como el pez en el agua.

La Fosera miró a Benassis con ojos llenos de agrada cimienta.

—¡Cómo me gustaría ser rico! —gruñó el oficial.

A esta exclamación siguió un profundo silencio.

—Usted me debe una historia —dijo la Fosera con acento y gesto risueños.

—Se la contaré —respondió Genestas—. La víspera de la batalla de Friedland —prosiguió después de una breve pausa— me enviaron en misión al cuartel del general Da vout, y cuando regresaba a mi vivac, en el recodo de un camino me di de narices con el emperador. Napoleón me miró:

»—¿Eres el capitán Genestas? —me preguntó.

»—Sí, sire.

»—¿Estuviste en Egipto?

»—Sí, sire.

»—No sigas por ese camino; ve por el de la izquierda y encontrarás antes a tu división.

»No podrían imaginar con qué bondadoso acento me dijo el emperador estas palabras; él, que tenía muchas otras cosas en la cabeza, pues recorría el país para reconocer su campo de batalla. Les cuento esta aventura para que vean la memoria que tenía, y para que comprendan que yo era uno de aquéllos cuya cara él conocía. En el 1815 presté el juramento. Sin esa falta, tal vez hoy sería coronel, pero no he tenido nunca intención de traicionar a los Borbones; en ese momento no pensé más que en la defensa de Francia. Me encontré como jefe de escuadrón de los granaderos de la guardia imperial, y, no obstante los dolores que me producía mi herida, hice mis buenos pinitos en la batalla de Waterloo. Cuando todo estuvo consumado, acompañé a Napoleón a París; luego, cuando se trasladó a Rochefort, le seguí a pesar de sus órdenes; mi mayor felicidad era velar por que no le sucediera nada malo en el camino. Así, cuando fue a pasear a la orilla del mar, me encontró clavado a diez pasos de él.

»—Bien, Genestas —me dijo viniendo hacia mí—. ¿Ninguno de los dos hemos muerto?

»Estas palabras me revolvieron el corazón. Si las hubiesen oído, les habrían estremecido, como a mí, de la cabeza a los pies. Me señaló el vil buque inglés que bloqueaba el puerto, y me dijo:

»—Al ver eso, siento no haberme ahogado en la sangre de mi guardia...

»—Sí —añadió Genestas, mirando al médico y a la Fosera—. Ésas fueron sus propias palabras.

»—Los mariscales que han impedido que vos mismo cargaseis —le dije yo—, y

que os han metido en vuestra berlina, no eran vuestros amigos, sire.

»—¡Ven conmigo! —exclamó vivamente—. La partida no está terminada...

»—Sire, os seguiría de muy buen grado, pero hoy tengo a mi cargo un niño sin madre, y no soy libre.

»Como pueden ver, Adrián me impidió ir a Santa Elena.

»—Vaya —me respondió él—, yo no te di nunca nada, tú no eras de los que siempre tenían una mano llena y la otra abierta; aquí tienes la tabaquera que he usado durante esta última campaña. Quédate en Francia, donde hacen falta valientes. Sigue en el servicio y acuérdate de mí. De mi ejército, tú eres el último egipcio que habré visto de pie en Francia.

»Y me dio una pequeña tabaquera.

»—Haz grabar en ella “Honor y patria” —añadió él—. Es la historia de nuestras dos últimas campañas.

»Luego, los que le acompañaban se le unieron, y yo seguí toda la mañana con ellos. El emperador iba y venía por la orilla, siempre sereno, aunque a veces fruncía el ceño. A mediodía determinaron que su embarque era totalmente imposible. Los ingleses sabían que él estaba en Rochefort; había que entregarse o volver a atravesar Francia. Todos estábamos inquietos. Los minutos parecían horas. Napoleón se encontraba entre los Borbones, que le habrían fusilado, y los ingleses, quienes no son gentes honorables, pues jamás se lavarán de su ignominia arrojando a una roca a un enemigo que les pedía hospitalidad. En medio de esa ansiedad, no sé qué miembro de su séquito le presentó al teniente Doret, un marino que venía a proponerle los medios para ir a América. En efecto, en el puerto había un bergantín de la marina de guerra y un buque mercante.

»—Capitán —le dijo el emperador—, ¿cómo se apañaría?

»—Sire —respondió el hombre—, vos estaréis en el buque mercante, yo comandaré el bergantín bajo pabellón blanco con hombres abnegados. Abordaremos al inglés, lo incendiaremos, lo volaremos y vos pasaréis.

»—¡Nosotros iremos con usted! —grité yo al capitán.

»Napoleón nos miró a todos y dijo:

»—Capitán Doret, quédese en Francia.

»Es la única vez que he visto a Napoleón emocionado.

Luego nos hizo una señal con la mano y se volvió. Yo me fui cuando le vi abordando el navío inglés. Estaba perdido, y él lo sabía. Había en el puerto un traidor que, por medio de señales, advertía a los enemigos la presencia del emperador. Napoleón intentó, pues, un último medio, procediendo como en los campos de batalla: fue a ellos, en vez de dejarles que ellos fueran a él. Usted ha hablado de pesares, pero nada puede describirle la desesperación de aquellos que lo quisimos por sí mismo.

—¿Y dónde está la tabaquera? —preguntó la Fosera.

—En Grenoble, en una caja —respondió el comandante.

—Iré a verla, si me lo permite. Pensar que usted tiene una cosa en la que él ha puesto sus dedos... ¿Era bonita su mano?

—Muy bella.

—¿Es verdad que ha muerto? Dígame la verdad.

—Sí, pequeña. El emperador ha muerto.

—Yo era tan pequeña en el año 1815, que sólo pude ver su sombrero, y aun entonces estuve a punto de que me aplastasen en Grenoble.

—Qué buen café a la crema —dijo Genestas—. Y dinos, Adrián, ¿te gustará este país? ¿Vendrás a ver a la señorita?

El muchacho no respondió; parecía que tuviese miedo de mirar a la Fosera. Benassis no dejaba de observar al chico, en cuya alma parecía que leyese.

—Desde luego que vendrá a verla —aseguró el médico—. Pero volvamos ya a casa, pues he de ensillar para hacer un recorrido bastante largo. Durante mi ausencia usted se entenderá con Jacquotte.

—Venga con nosotros —dijo Genestas a la Fosera.

—Si es lo que quería —respondió ella—, ya que tengo varias cosas que llevar a la señora Jacquotte.

Se pusieron en camino para volver a casa del médico, y la Fosera, a quien alegraba aquella compañía, los llevó por estrechos senderos a través de los parajes más agrestes de la montaña.

—Señor oficial —dijo la muchacha después de un momento de silencio—, no me ha dicho nada de usted, y yo quería oírle contar alguna aventura de guerra. Me ha gustado mucho lo que me ha dicho de Napoleón, pero me ha hecho daño... Si fuese tan amable...

—Tiene razón —repuso cordialmente Benassis—. Debería contarnos alguna buena aventura mientras andamos. Un asunto interesante, como el de la viga en el Beresina, por ejemplo...

—Tengo muy pocos recuerdos —contestó Genestas—. Hay personas a las que les ocurre todo, pero yo no he sido nunca el héroe de ninguna historia. Les contaré la única chuscada que me ha sucedido. En el 1805, cuando no era más que alférez, formaba parte del gran ejército, y estábamos en Austerlitz. Antes de tomar Ulm, tuvimos que librar algunos combates en los que la caballería intervino singularmente. Estaba yo entonces a las órdenes de Murat, con quien no servían de nada los pretextos. Tras uno de los primeros encuentros de la campaña, nos apoderamos de una región en la que había muchas y bellas propiedades. Por la noche, mi regimiento se acantonó en el parque de un hermoso castillo habitado por una mujer joven y bonita, una condesa; fui naturalmente a alojarme allí, y lo antes posible, a fin de impedir todo pillaje. Llegué al salón en que mi sargento apuntaba con su arma a la condesa, pidiéndole brutalmente lo que aquella mujer no podía ciertamente darle, pues... ¡era tan feo...! De un sablazo le hice soltar la carabina, la cual se disparó, incrustándose la bala en un espejo; luego le arreé tal guantazo al sujeto que lo tumbé.

A los gritos de la condesa y al oír el disparo, acudió todo el mundo, amenazándome.

»—¡Deténganse! —gritó ella en alemán a los que me querían ensartar—. Ese oficial me ha salvado la vida.

»Todos se retiraron. La dama me dio su pañuelo, un bonito pañuelo bordado que aún conservo, y me dijo que siempre tendría un rincón para mí en sus posesiones, y que si alguna vez sufría algún pesar, de la clase que fuera, hallaría en ella a una hermana y a una amiga abnegada; en fin, el cielo que yo le hubiese pedido... Aquella mujer era bella como un día de bodas y graciosa como una gatita. Cenamos juntos. A la mañana siguiente, yo ya estaba locamente enamorado, pero al otro día debíamos alinearnos en Guntzbourg, creo, y tuve que marcharme, sin llevarme más que el pañuelo.

»Se libró el combate, y yo me decía: ¡A mí las balas! ¿Es que no habrá una para mí entre todas las que pasan?

»Pero no deseaba que me dieran en la cadera, pues no habría podido volver al castillo. Yo no estaba asqueado...; lo que quería era una buena herida en el brazo para que tuviesen que vendármelo, y que me mimase la princesa. Me lancé furioso contra el enemigo. Pero no tuve suerte; salí de allí sano y salvo. ¡Adiós condesa! Había que marchar con la música a otra parte. Eso es todo...».

Habían llegado a casa de Benassis, quien montó rápidamente a caballo y desapareció. Al regreso del médico, la cocinera, a quien Genestas le recomendó su hijo, se había ya ocupado de Adrián y lo alojó en la famosa habitación del señor Gravier. Le asombró singularmente el que su amo le ordenará que pusiera un sencillo catre de tijera en su propia habitación para el muchacho, haciéndolo en un tono tan imperioso que a Jacquotte le fue imposible oponer la menor observación. Después de cenar, el comandante volvió a seguir el camino de Grenoble, feliz ante las nuevas seguridades que le dio Benassis sobre el próximo restablecimiento del muchacho.

En los primeros días de diciembre, ocho meses después de haber confiado su hijo al médico, Genestas fue nombrado teniente coronel de un regimiento de guarnición en Poitiers. Pensaba comunicar su traslado a Benassis cuando recibió una carta suya, en la que su amigo le anunciaba el perfecto restablecimiento de Adrián.

«El muchacho —decía— ha crecido y está fuerte y su salud es magnífica. Desde la última vez que usted lo vio ha aprovechado tan bien las lecciones de Butifer, que es tan buen tirador como nuestro propio contrabandista; además, es listo y ágil, buen caminante y buen jinete. Totalmente cambiado. El joven de dieciséis años, que antes parecía tener doce, aparenta ahora veinte. Tiene una mirada segura, altiva. Es todo un hombre, y un hombre en cuyo futuro usted debe pensar ahora».

«Mañana iré sin falta a ver a Benassis, y le pediré consejo sobre la carrera que debe emprender ese camarada», se dijo Genestas mientras iba a la cena de despedida que le daban sus oficiales, pues ya no debía seguir más que algunos días en Grenoble.

Al volver a su alojamiento el teniente coronel, su ordenanza le entregó una carta traída por un mensajero, quien había esperado largo rato la respuesta. Aunque

bastante aturdido por los brindis que los oficiales le habían dedicado, Genestas reconoció la escritura de su hijo y creyó que se trataba de alguna petición para satisfacer cualquier fantasía propia de su edad, y dejó la carta sobre la mesa, con la intención de leerla al día siguiente, cuando ya se habrían disipado los vapores del champán.

Mi querido padre...

«¡Ah, bribonzuelo...!, se dijo; nunca te olvidas de adularme cuando quieres algo».

Luego prosiguió la lectura y topó con estas palabras:

El buen doctor Benassis ha muerto...

La carta cayó de las manos de Genestas, quien no siguió leyendo hasta después de una larga pausa.

Esta desgracia ha sumido en la consternación al país, y nos ha sorprendido a todos, pues la noche anterior el doctor Benassis se encontraba bien, sin la menor apariencia de enfermedad. Anteayer, como si él supiera su fin, fue a visitar a todos sus enfermos, incluso a los más alejados; a todos los que encontró les habló y les dijo: «Adiós, amigos». Volvió, según su costumbre, para cenar conmigo, hacia las cinco. Jacquotte le vio el rostro un poco encamado y amoratado; como hacía frío, no le dio el baño de pies, como le obligaba a tomarlo cuando veía que se le había subido la sangre a la cabeza. Y ahora, la pobre, a través de sus lágrimas, gime desde hace dos días: «¡Si le hubiese dado un baño de pies viviría aún!». El doctor Benassis tuvo buen apetito, comió mucho y estuvo más alegre que de costumbre. Reímos mucho juntos, nunca le vi tan alegre. Después de la cena, hacia la siete, vino a buscarle un hombre de Saint-Laurent-du-Pont, para un caso urgente, y me dijo:

»—Es necesario que vaya; sin embargo, aún no he hecho la digestión, y no me gusta montar a caballo en ese estado, sobre todo cuando hace frío. Eso puede matar a un hombre.

»No obstante, se fue. Goguelat, el cartero, trajo hacia las nueve una carta para el doctor Benassis. Jacquotte, cansada por haber hecho la colada, me dio la carta y se acostó, pidiéndome que en nuestra habitación preparase el té para el doctor, puesto que yo todavía seguía en su dormitorio, con mi pequeño catre con colchón de crin. Apagué el fuego del salón y subí para esperar al buen amigo. Antes de dejar la carta sobre la repisa de la chimenea, miré, por un instinto de curiosidad, el sello y la escritura del sobre. La carta venía de París, y me pareció que la letra de la dirección era de mujer. Le hablo de esto por la influencia que esta carta ha tenido en el triste

acontecimiento. Hacia las diez oí los pasos del caballo y al doctor Benassis diciendo a Nicolle:

»—Hace un frío de lobos; no me encuentro muy bien.

»—¿Quiere que despierte a Jacquotte? —le preguntó Nicolle.

»—No, no...

»Y acto seguido subió.

»—Le he preparado su té —le dije.

»—Gracias, Adrián —me respondió, con la sonrisa que usted ya conoce.

Fue su última sonrisa. Seguidamente se quitó la corbata, como si se ahogara.

»—¡Qué calor hace aquí! —comentó.

»Luego se echó sobre un sofá.

»—Ha llegado una carta para usted, doctor. Aquí la tiene —le dije.

»Cogió la carta, miró la letra y exclamó:

»—¡Dios mío, quizá ella es libre!

»Luego inclinó la cabeza hacia atrás, y las manos le temblaron; finalmente puso la luz sobre la mesa y abrió la carta. El tono de su exclamación fue tan alarmante que le observé mientras leía, y le vi enrojecer y llorar. Luego, de pronto, la cabeza le cayó hacia adelante, se la levanté y le vi el rostro completamente lívido.

»—Me muero —dijo tartamudeando y haciendo un terrible esfuerzo para levantarse—. ¡Sangradme, sangradme! —exclamó oprimiéndome la mano—. ¡Adrián, quema esta carta!

»Y me tendió la carta, que yo eché al fuego. Llamé a Jacquotte y a Nicolle; pero sólo me oyó Nicolle, el cual subió rápidamente y me ayudó a tender al doctor Benassis en mi camastro. Ya no oía nada nuestro buen amigo... Después de ese momento, abrió los ojos, pero sin ver nada. Nicolle cogió el caballo, yendo a buscar al doctor Bordier, el cirujano, y sembró la alarma en la aldea, cuyos habitantes se movilaron en un instante. El señor Janvier y el señor Dufau y todos los que usted conoce, llegaron los primeros. El doctor Benassis estaba casi muerto, no había remedio alguno. El doctor Bordier le quemó la planta de los pies sin conseguir señal alguna de vida. Era un ataque de gota y un derrame cerebral juntos. Le doy fielmente todos estos detalles porque sé, mi querido padre, lo que usted quería al doctor Benassis. En cuanto a mí, me encuentro muy triste y mi dolor es muy grande. Puedo decirle que, exceptuándolo a usted, no hay otra persona a quien haya querido tanto. Más provecho sacaba hablando por la noche con el bondadoso doctor Benassis que aprendiendo todas las cosas del colegio. Cuando por la mañana corrió en la aldea la noticia de su muerte, el espectáculo fue increíble. Todo eran llantos y duelos. Nadie trabajó, y cada uno contaba lo que el doctor Benassis le había dicho cuando le habló por última vez; otros referían todo el bien que había hecho; los menos abrumados hablaban por los demás, y los grupos aumentaban de hora en hora, y todos querían verle. La triste noticia se extendió rápidamente, y los habitantes del cantón y hasta de los alrededores tuvieron la misma idea: hombres, mujeres, muchachas y muchachos,

vinieron a la aldea desde diez leguas a la redonda. Al formarse el cortejo, llevaron el baúl los cuatro hombres más viejos de la comuna, pero con grandes esfuerzos, pues desde la casa del doctor Benassis a la iglesia había más de cinco mil personas, la mayoría de rodillas, como en una procesión. La iglesia era pequeña. Cuando empezó el oficio, el silencio fue tan grande que, a pesar de los llantos, se oían la campanilla y los cantos desde el final de la calle Mayor. Pero al llegar el momento de llevar el cadáver al nuevo cementerio que el doctor Benassis había donado a la aldea, acaso sin pensar que él sería el primero en ser enterrado allí, el clamor fue inmenso. Don Janvier rezaba las oraciones llorando, y todos los asistentes tenían los ojos llenos de lágrimas. Luego lo enterraron. Por la tarde, la muchedumbre se había disuelto, marchándose cada cual a su casa, sembrando el duelo y la consternación en el país. Al día siguiente por la mañana, Gondrin, Goguelat, Butifer, el guarda rural y otras personas se pusieron a trabajar para levantar en el sitio donde yace el doctor Benassis una especie de pirámide de tierra, que se cubrirá de césped, para lo que todos se ayudan. Éstos son, mi buen padre, los acontecimientos que se han desarrollado aquí en los últimos tres días. El señor Dufau ha encontrado el testamento del doctor Benassis abierto en su mesa. El destino que nuestro buen amigo da a sus bienes ha aumentado aún, si es posible, el afecto que por él se sentía y la pena que ha causado su muerte. Ahora, mi querido padre, espero que Butifer, que le lleva esta carta, me traiga la respuesta en que usted me dicte la conducta que debo seguir. ¿Vendrá a buscarme, o debo ir a reunirme con usted a Grenoble? Dígame lo que quiere que haga, y esté seguro de mi mayor obediencia.

Adiós, padre mío; reciba todo el cariño de su hijo,

Adrián Genestas.

—¡Ea, hay que ir! —exclamó el soldado.

Ordenó ensillar el caballo y emprendió el camino una de esas mañanas de diciembre en que el cielo está cubierto de un velo grisáceo y el viento no es lo bastante fuerte para despejar la neblina a través de la cual los árboles descarnados y las casas húmedas pierden su fisonomía habitual. El silencio era triste, contrariamente a las veces que con el buen tiempo el menor ruido tiene alegría, pero con tiempo sombrío la naturaleza no es silenciosa, sino que enmudece. La bruma, pegándose a los árboles, se condensaba en gotas que caían lentamente sobre las hojas, como lágrimas. Todo ruido se extinguía en la atmósfera. El coronel Genestas, cuyo corazón estaba oprimido por ideas de muerte y hondas tristezas, congeniaba con aquella apesadumbrada naturaleza. Comparaba involuntariamente el bello cielo de la primavera y el valle que había visto tan alegre durante su primer viaje con el melancólico aspecto de un cielo plomizo, con las montañas sin su verde tapiz y que aún no habían recobrado su manto de nieve, cuyos efectos no están exentos de gracia. Una tierra desnuda es un doloroso espectáculo para un hombre que va al encuentro de una tumba; para él, la tumba está en todo lo que le rodea. Los abetos negros que aquí

y allá decoraban las cimas, mezclaban imágenes de duelo con las que atormentaban el alma del oficial; así, cada vez que abarcaba en toda su extensión el valle, no podía evitar el pensar en la desgracia que pesaba sobre aquel cantón, y en el vacío que dejaba en él la muerte de un hombre. No tardó Genestas en llegar al sitio donde, en su primer viaje, había tomado una taza de leche. Al ver el humo de aquella cabaña donde se criaban los niños del hospicio, pensó más particularmente en el bienhechor espíritu de Benassis, y quiso entrar en ella para dar en su nombre una limosna a la pobre mujer. Una vez atado el caballo a un árbol, abrió la puerta de la casucha sin llamar.

—Buenos días, madre —dijo a la vieja, a quien encontró en un rincón del fuego, rodeada de los chiquillos—. ¿Me reconoce?

—¡Oh, sí; ya lo creo, mi estimado señor! Vino aquí en una hermosa primavera, y me dio dos escudos.

—Tenga ahora esto, madre, para usted y para los pequeños.

—¡Oh, mi buen señor, se lo agradezco! ¡Que el cielo le bendiga!

—No me lo agradezca a mí; ese dinero lo debe al pobre doctor Benassis.

—Señor, aunque él haya dado sus bienes a nuestro pobre país y todos seamos sus herederos, hemos perdido nuestra riqueza mayor, pues gracias a él todo mejoraba aquí.

—Adiós, madre; ruegue por él —dijo Genestas después de dar a los pequeños unos cariñosos golpecitos con la fusta.

Luego, seguido de toda la chiquillería y de la vieja, volvió a montar a caballo y se fue. Al seguir el camino del valle, halló el largo sendero que llevaba a la casa de la Fosera. Llegó a la cuesta desde la que podía divisarla, pero no sin gran inquietud vio la puerta y las contraventanas cerradas; regresó entonces por el camino vecinal, cuyos álamos no tenían ya hojas. Al entrar en él, se encontró con el viejo labrador, casi endomingado, quien andaba despacio y sin sus aperos.

—Buenos días, buen Moreau.

—¡Ah...! Buenos días, señor... Le recuerdo —añadió después de un silencio—. Usted era un amigo del difunto señor, nuestro alcalde. ¡Oh, señor...! ¿No habría sido mejor que Dios se llevara en su lugar a un ciático como yo? Aquí yo no soy nada, mientras que él era la alegría de todo el mundo.

—¿Usted sabe por qué no hay nadie en la casa de la Fosera?

El hombre miró hacia el cielo.

—¿Qué hora es, señor? No se ve ni un rayo de sol —respondió.

—Son las diez.

—Ella está en la iglesia o en el cementerio. Va todos los días; le dejó una dote de quinientas libras de renta y la casa para toda su vida; pero está casi loca por su muerte...

—¿Y adónde va usted ahora, buen hombre?

—Al entierro de ese pobre pequeño Santiago, mi sobrino. Ese pequeño tan canijo

murió ayer por la mañana. Parecía verdaderamente que fuese el doctor Benassis quien le conservaba la vida. Todos esos jóvenes mueren —añadió Moreau con un tono medio plañidero, medio sarcástico.

A la entrada de la aldea, Genestas detuvo el caballo al ver a Gondrin y Goguelat, los dos empuñando una pala y un pico.

—Ya lo veis, mis veteranos —les dijo—, hemos tenido la desgracia de perderle...

—No diga nada, mi oficial —respondió Goguelat con tono hosco—. Demasiado bien lo sabemos. Venimos de sembrar césped en su tumba.

—¿No será una hermosa vida para ser contada? —añadió Genestas.

—Sí —contestó Goguelat—. Salvo las batallas, es el Napoleón de nuestro valle.

Al llegar a la casa del cura, Genestas vio en la puerta a Butifer y Adrián hablando con don Janvier, el cual volvía sin duda de decir su misa. Al ver que el oficial se disponía a descabalar, Butifer fue al instante a sujetarle su caballo de la brida y Adrián saltó al cuello de su padre, a quien emocionó aquella efusión; pero el militar ocultó sus sentimientos y le dijo:

—¡Qué mejorado estás, Adrián! ¡Por vida de...! Gracias a nuestro pobre amigo te has convertido casi en un hombre. No olvidaré al jefe Butifer, tu preceptor.

—¡Oh, mi coronel...! —repuso Butifer—. Lléveme a su regimiento. Desde que el alcalde ha muerto, tengo miedo de mí. ¿No quería él que fuese soldado? Pues bien, haré su voluntad; él le dijo quién era yo, y usted tendrá alguna benevolencia para mí...

—De acuerdo, valiente —dijo Genestas dándole una palmada en el hombro—. Puedes estar tranquilo, que te procuraré un buen alistamiento... Y bien, señor cura...

—Señor coronel, estoy tan apesadumbrado como todos los habitantes del cantón, pero yo veo más vivamente que ellos lo irreparable que es la pérdida que sufrimos. Ese hombre era un ángel... Afortunadamente ha muerto sin sufrir. Dios ha desatado con bienhechora mano los lazos de una vida que fue un favor constante para nosotros.

—¿Seré indiscreto si le pido que me acompañe al cementerio? Quisiera decirle mi adiós.

Butifer y Adrián siguieron entonces a Genestas y al cura, que marchaban delante conversando. Cuando el militar hubo traspuesto la aldea, yendo hacia el pequeño lago, vio cercano a la montaña un amplio terreno rocoso rodeado de muros.

—Ése es el cementerio —le dijo el cura—. Tres meses antes de venir yo aquí, él fue el primero en percatarse de los inconvenientes que resultan de la vecindad de los cementerios en torno a las iglesias; y para que se cumpliera la ley que ordena su emplazamiento a cierta distancia de las viviendas, donó este terreno a la comuna. Hoy enterramos en él a un pobre niño; así habremos empezado por instalar en su recinto la inocencia y la virtud. ¿Es, pues, la muerte una recompensa? ¿Nos da Dios una lección llamando hacia Él a dos criaturas perfectas? ¿Vamos a Él cuando hemos sido bien probados en la juventud por el sufrimiento físico, y en la edad avanzada por el sufrimiento moral? Vea el rústico monumento que le hemos dedicado.

Genestas vio una pirámide de tierra de unos siete metros, todavía desnuda, pero cuyos bordes comenzaban a llenarse de césped merced a las activas manos de algunos habitantes. La Fosera estaba allí, deshecha en lágrimas, con la cabeza entre las manos y sentada sobre las piedras en las que estaba empotrada una gran cruz hecha con los troncos de un abeto que aún tenía la corteza. El oficial leyó estas palabras grabadas sobre la madera, en grandes caracteres:

D. O. M.

AQUI YACE
EL BUEN DOCTOR BENASSIS,

PADRE
DE TODOS NOSOTROS.

ROGAD POR ÉL

—¿Es usted, señor —preguntó Genestas—, quien ha...?

—No —respondió el cura—. No hemos hecho sino poner lo que se ha ido repitiendo desde lo alto de estas montañas hasta Grenoble.

Después de haber permanecido silencioso durante un momento, y de haberse acercado a la Fosera, la cual no le oyó, Genestas dijo al cura:

—Así que me llegue el retiro, vendré a terminar mis días aquí, entre ustedes.

FIN



EL CURA DE ALDEA



CAPÍTULO I

VERÓNICA

Dentro de la zona baja de Limoges, en la esquina de la calle de la Vieille-Poste y la calle de la Cité, había, hace treinta años, una de esas tiendas en las cuales parece que nada haya cambiado desde la Edad Media. Unas grandes losas rotas en mil sitios y encajadas sobre un suelo húmedo a trechos, habrían hecho caer a cualquiera que no se hubiese fijado en los hoyos y los resaltos de ese singular enlosado. No obstante la capa de polvo de las paredes, se veía un curioso mosaico de madera y de ladrillos, de piedra y de hierro, ensamblados con una solidez debida al tiempo, o quizá al azar. Desde hacía más de cien años, el techo, sostenido por grandes vigas, se doblaba, sin romperse, a causa del peso de los pisos superiores. Hechos de mampostería, esos pisos tenían por el lado exterior una capa de pizarra con dibujos geométricos y conservaba una imagen fidedigna de las viejas construcciones burguesas. Ninguna de las ventanas con marco de madera, en otro tiempo adornadas con esculturas y hoy destruidas por las inclemencias atmosféricas, conservaba su línea primitiva; unas se curvaban, otras eran convexas y algunas estaban desencajadas, y todas tenían una costra de tierra en las grietas que fueron abriendo las lluvias y en las que durante la primavera crecían algunas florecillas, una que otra tímida planta trepadora y mucha hierba. El musgo forraba los techos y los antepechos. El pilar de la esquina, aunque era de mampostería compuesta, o sea, una mezcla de piedras, ladrillos y guijarros, ponía, debido a su curvatura, los pelos de punta a cualquiera que lo mirase; parecía que de un momento a otro cedería bajo el peso del edificio, cuya pared delantera tenía una inclinación de más de un palmo. De ahí que las autoridades municipales decidieron derribar esa casa, después de comprarla, con el propósito de darle más anchura a la calle. Ese pilar, situado en el ángulo de las dos calles, era interesante para los aficionados a las antigüedades lemosianas a causa de una hermosa hornacina labrada en la que había una imagen de la Virgen, mutilada durante la Revolución. Los burgueses con ínfulas arqueológicas todavía veían allí rastros del borde de piedra para los candelabros en los que la piedad pública encendía cirios y ponía exvotos y flores. En el fondo de la tienda, una escalera de madera carcomida conducía a los dos pisos de arriba, sobre los cuales estaba el granero. La casa, adosada a las dos viviendas contiguas, no tenía ninguna abertura interior, por lo que no le llegaba otra claridad que la que le proporcionaban las ventanas que daban a la calle. Cada piso no tenía más que dos pequeñas habitaciones con una ventana, dando una a la calle de la Vieille-Poste y la otra a la calle de la Cité. En la Edad Media, algunos artesanos no estaban mejor instalados. Esa casa seguramente que en otros tiempos perteneció a algún armero, o cuchillero, o a un menestral cuyo oficio no estuviera reñido con el

aire libre; en su interior era prácticamente imposible ver nada si no se quitaban los postigos de cada una de las puertas que había a cada lado del pilar, como las hay en la mayoría de los almacenes situados en la esquina de dos calles. Junto a cada puerta, y pasado un umbral de bonita piedra desgastada por los siglos, empezaba una pared no muy alta, con un reborde que tenía una ranura que se repetía en la viga superior y sobre la que se apoyaba la pared de cada una de las fachadas. Desde tiempo inmemorial se metían en esas ranuras unas toscas barras, sujetándolas con grandes pernos de hierro, y así, una vez cerradas las dos puertas con esos mecanismos, los comerciantes estaban tan seguros dentro de su casa como dentro de una fortaleza. Al examinar su interior, que durante los primeros veinte años de este siglo los limosines vieron lleno de hierros viejos y de cobres, de muelles, llantas de ruedas y campanas, y de toda clase de objetos y piezas metálicas procedentes de derribos, las personas a quienes interesaban esos restos de la ciudad antigua podían comprender el sitio donde había el tubo de una fragua sólo con fijarse en una larga faja de hollín, detalle que confirmaba las conjeturas de los arqueólogos sobre la primitiva actividad de la tienda. En el primer piso había una habitación y una cocina, y en el segundo dos habitaciones. El granero era el almacén de los objetos que tenían más valor que los que se amontonaban en la tienda. Esta casa, alquilada primero, la compró más tarde un tal Sauviat, un comerciante que no era hijo de la localidad y quien, entre los años 1792 y 1796, se dedicó a recorrer la región en un radio de cincuenta leguas, cambiando jarros, platos, fuentes y vasos, o sea, objetos útiles a las familias humildes, por hierros antiguos, cobre, plomo o cualquier metal, en cualquier forma que estuviese. El auvernés daba una cazuela de barro de dos sueldos por una libra de plomo, o por dos libras de hierro, o por una pala rota, un azadón inservible, una vieja marmita abollada..., y, siempre juez de su propia causa, pesaba él mismo los hierros viejos. Al tercer año, Sauviat unió a ese comercio el de la calderería. En el 1793 pudo comprar un castillo vendido como propiedad nacional y lo derribó; la ganancia que le significó seguramente que se repitió más veces en diversos puntos de la esfera en que operaba; más adelante, esos primeros ensayos le sugirieron la idea de proponer un negocio en gran escala a uno de sus coterráneos en París. Así, la Banda Negra, tan célebre por sus devastaciones, nació en el cerebro del viejo Sauviat, el marchante a quien Limoges ha visto durante veintisiete años en esa miserable tienda, en medio de sus campanas rotas, sus rastrillos, sus cadenas, sus horcas, sus caños de plomo retorcido y otros objetos de hierro y metales viejos; pero hay que hacerle justicia, y decir que nunca disfrutó de la fama ni tuvo la menor idea de que existiese; sólo se benefició de ella en proporción al capital que confió a la renombrada casa Brézac. Cansado de recorrer ferias y pueblos, el auvernés se estableció en Limoges, donde en el año 1797 se casó con la hija de un calderero viudo llamado Champagnac. Cuando murió el suegro, compró la casa donde había desarrollado su negocio de hierros viejos, después de recorrer la región durante tres años más, acompañado de su mujer. Cuando Sauviat contrajo matrimonio con la hija del viejo Champagnac, tenía ya unos

cincuenta años, mientras que ella no llegaría aún a los treinta. Ni hermosa ni atractiva, la Champagnac había nacido en Auvernia, y el dialecto local ejerció una mutua atracción; además, ella disfrutaba de una robustez que permite a ciertas mujeres resistir los más duros trabajos, lo que hizo que pudiese acompañar a Sauviat en sus correrías. Se cargaba a sus espaldas el hierro y el plomo y cuidaba del mezquino carretón lleno de cachivaches que el marido vendía con una mal disimulada usura. Morena, colorada, gozando de una salud perfecta, la Champagnac enseñaba cuando reía unos dientes blancos, largos y anchos como almendras peladas, y tenía el busto y las caderas de esas mujeres que la naturaleza ha hecho para que sean madres. Si esa fuerte hembra no se había casado antes, hay que atribuirlo al *sin dote* de Harpagon que practicó su padre, aunque nunca hubiese visto ni leído la obra de Molière. Sauviat no se preocupó nunca por la falta de dote; además, un hombre de cincuenta años no estaba para oponer dificultades, aparte de que su mujer le ahorraría el gasto de una criada. Desde el día de la boda hasta el del derribo de la casa, nada agregó al mobiliario de su habitación, donde sólo había una cama de columnas, adornada con una cenefa y unas cortinas de sarga verde, un baúl, una cómoda, cuatro sillones, una mesa y un espejo, todo procedente de diferentes localidades. Encima del baúl había una vajilla de estaño, sin un plato ni un vaso que se pareciesen. Cualquiera puede imaginarse lo que era la cocina con sólo ver su dormitorio. Ni el marido ni la mujer sabían leer, ligero defecto de educación que no les impedía contar muy bien y hacer los más pingües negocios. Sauviat no compraba ningún objeto sin la seguridad absoluta de poderlo vender con un ciento por ciento de beneficio. Para ahorrarse los libros de contabilidad y la caja, compraba y vendía al contado. Los dos tenían tan buena memoria que ella lo mismo que él recordaban el precio que pagaron por cualquier objeto que llevaba cinco años en un rincón del almacén, y recordaban los intereses que había que agregar a aquellos cinco años. Excepto cuando se dedicaba al arreglo de la casa, la Sauviat se pasaba las horas sentada en una desvencijada silla de tabla arimada al pilar de la tienda; hacía calceta mientras miraba a la gente que pasaba por su calle, vigilaba sus hierros y los vendía, los pesaba y los cobraba si Sauviat estaba de viaje, a la caza de otras adquisiciones. Así que clareaba ya se oía al trapero abriendo los postigos de la tienda, el perro salía a la calle y pronto la Sauviat bajaba a ayudar a su marido a colocar sobre los antepechos naturales que las bajas paredes formaban en las calles de Vieille-Poste y de la Cité las campanillas, los herrumbrosos muelles, los cascabeles, los cañones de fusil rotos y las baratijas de su comercio; todo lo que servía de muestra y daba un aspecto miserable a la tienda, en la que muchas veces había almacenados veinte mil francos de plomo, de acero y de hierro. Nunca el viejo trapero ambulante ni su mujer hablaban de su fortuna; la ocultaban del mismo modo que un malhechor esconde un crimen; durante mucho tiempo se sospechó si limaban los luses de oro y los escudos.

Cuando murió Champagnac, los Sauviat no hicieron ningún inventario de sus bienes; se limitaron a registrar, con inteligencia de ratón, todos los rincones de su

casa, la dejaron desnuda como un cadáver y vendieron directamente los calderos que habían encontrado en la tienda.

Una vez al año, en diciembre, Sauviat iba a París en la diligencia. De ahí que los curiosos del barrio sospechasen que para que nadie hiciese cábalas sobre su fortuna, el trapero hiciese él mismo sus inversiones en París. Más tarde se supo que gracias a una amistad de juventud con uno de los más célebres comerciantes en metales de París, auvernés como él, su capital aumentaba en la caja de la casa Brézac, y que era la columna de esa famosa asociación conocida por la Banda Negra, fundada, como ya se ha dicho, por consejo de Sauviat, uno de sus componentes.

Sauviat era un hombre bajo y gordo, de rostro fatigado, con un aspecto de honradez que le era de gran utilidad para poder realizar buenas ventas y mejores compras. La sequedad de sus afirmaciones y la perfecta indiferencia de su actitud le ayudaban en sus propósitos. Su encarnado rostro difícilmente se veía bajo el polvo metálico y negro que salpicaba su crespo pelo y su cara picada por la viruela. Su frente no carecía de nobleza; parecía la frente clásica que los pintores suelen atribuir a San Pedro, el más duro, el más *pueblo* y el más astuto de los apóstoles. Sus manos eran las de un trabajador infatigable, largas, gruesas, cuadradas y surcadas por una especie de sólidas hendiduras. Su pecho ofrecía una recia musculatura. Nunca se quitó su vestido de vendedor ambulante: gruesos zapatos de suela claveteada, calcetines azules hechos por su mujer y metidos bajo unas polainas de cuero, pantalón de pana de color verde botella, chaleco a cuadros, de uno de cuyos bolsillos colgaba la llave de cobre de su reloj de plata, unida a él por una cadena de hierro a la que el continuo uso había sacado brillo y la había pulido como si fuese de acero; una chaqueta con faldones cortos y de pana, como el pantalón, y alrededor del cuello una corbata desgastada por el constante roce de la barba. Los domingos y los días festivos Sauviat llevaba una levita de paño marrón tan bien cuidada que sólo la renovó dos veces en veinte años. La vida de los condenados a trabajos forzados puede pasar por lujosa comparada con la de los Sauviat, quienes sólo comían carne en los días de fiesta señalada. Antes de soltar el dinero necesario para su subsistencia diaria, la Sauviat hurgaba en los dos bolsillos que tenía entre las enaguas y la falda, sin que nunca hallase otra cosa que unas malas piezas desgastadas, pues los escudos de seis libras o de cincuenta y cinco sueldos los miraba con desesperación antes de cambiar uno. La mayor parte de los días, los Sauviat se contentaban con arenques, garbanzos, queso y huevos duros, todo revuelto en una ensalada, y con legumbres aliñadas lo más barato posible. Jamás tuvieron provisión de comida, a no ser algunas cabezas de ajo o unas cebollas que no duraban mucho tiempo y no costaban gran cosa; la poca leña que quemaban en invierno la compraban a los leñadores que pasaban por la calle y sólo para el día. En invierno a las siete y en verano a las nueve, el matrimonio ya se había acostado, la tienda estaba cerrada y la guardaba el perrazo suyo, además de buscarse la vida por las cocinas del barrio. La Sauviat no gastaba ni tres francos anuales en velas.

La vida sobria y laboriosa de esa gente la modificó una alegría natural, por la que hicieron continuos gastos. En mayo del año 1802 la Sauviat tuvo una hija. Dio a luz estando sola, y cinco días después volvía a los trabajos de la casa. A la hija la crió ella misma. Le daba el pecho sentada en su silla y al aire libre, continuando la venta de hierros viejos mientras la cría mamaba. Como la leche que le daba no le costaba nada, dejó que su hija prolongara la lactancia hasta que tuvo dos años, lo que pareció sentarle muy bien a la pequeña. Verónica se convirtió en la niña más hermosa de la ciudad baja, y la gente se paraba a mirarla. Entonces los vecinos se dieron cuenta de que los Sauviat tenían cierta sensibilidad, cualidad de la que los creían enteramente negados. Mientras su mujer le preparaba la comida, el traperero tenía en sus brazos a la pequeña, y la mecía cantándole canciones populares auvernesas. Los jornaleros le vieron más de una vez inmóvil, contemplando a Verónica dormida sobre las rodillas de su madre. Ante su hija dulcificaba su ruda voz, y se restregaba las manos contra el pantalón antes de cogerla. Cuando Verónica dio los primeros pasos, su padre se agachaba delante de ella y le tendía los brazos, haciéndole guiños que contraían alegremente los pliegues metálicos y pronunciados de su cara áspera y severa. Ese hombre de plomo, de hierro y de cobre se convertía en un hombre de sangre, de hueso y de carne. Si estaba tranquilamente apoyado en el pilar de la entrada, inmóvil como una estatua, un chillido de Verónica le alarmaba y saltaba sobre los hierros para ir a buscarla, pues la niña pasó sus primeros años jugando con toda clase de desperdicios amontonados en el fondo del almacén, y sin que nunca se hiciese un rasguño; también salía a jugar a la calle, o a la casa de algún vecino, sin que su madre la perdiera nunca de vista.

No será inútil decir que los Sauviat eran rígidamente religiosos. En plena Revolución, Sauviat observó los domingos y todas las fiestas. Dos veces estuvo muy cerca de que le costase la cabeza el haber oído la misa oficiada por un sacerdote no juramentado. Finalmente, le metieron en la cárcel, justamente acusado de haber salvado la vida a un obispo ayudándole a huir. Por suerte, el vendedor ambulante, muy entendido en limas y hierros, pudo evadirse, pero fue condenado a muerte en rebeldía, y como nunca se presentó para purgar su pena, murió muerto. Su mujer compartía sus piadosos sentimientos. La avaricia de ese matrimonio sólo cedía a la voz de la religión. Los ya maduros traperos comían devotamente el pan bendito, y colaboraban en las colectas. Si el vicario de San Esteban iba a su casa pidiendo alguna ayuda, Sauviat o su mujer corrían a buscar, sin rebusos ni muecas, lo que estimaban que les correspondía en las limosnas de la parroquia. La virgen mutilada de su pilar, desde el 1799 y en cada Pascua, apareció adornada con ramas de boj. En la estación de las flores, la gente la veía siempre homenajeadas con ramos, que se conservaban debido al agua de unos vasos de vidrio azul, especialmente después del nacimiento de Verónica. Cuando las procesiones, los Sauviat ponían colgaduras de tela en todas las ventanas, adornadas con flores, y contribuían a la construcción y el ornato de las estaciones de la procesión del Corpus, y con más devoción en la de su

calle, lo que constituía su orgullo. Así, pues, Verónica Sauviat fue criada en un ambiente cristiano.

Desde los siete años tuvo como institutriz a una monja auvernesa, a la cual los Sauviat habían dispensado algunas pequeñas atenciones. Los dos, muy generosos cuando no se trataba más que de su tiempo o de sus personas, eran generosos a la manera de los pobres, quienes se entregan con una especie de cordialidad. La hermana monja enseñó a Verónica a leer y a escribir, y aprendió la historia del pueblo de Dios, el catecismo, el Antiguo y Nuevo Testamento, y un poco de aritmética. Esto fue todo; la hermana creyó que sabía ya bastante, y sabía demasiado. A los nueve años Verónica era la admiración del barrio por su belleza. Todo el mundo admiraba una cara que un día podía ser digna de los pinceles de un pintor empeñado en la representación del ideal de lo bello. Se la conocía por la *Virgencita*, y prometía ser bien hecha y blanca. Su cara de Madona, ya que la voz popular la había bien calificado, se completó con una rica y abundante cabellera rubia que destacaba todavía más la pureza de sus rasgos. Cualquiera que haya visto la sublime Virgen Niña del Tiziano, en su gran cuadro *La Presentación al Templo*, podrá tener una idea de lo que fue Verónica en su infancia: el mismo ingenuo candor, la misma estupefacción seráfica en los ojos, la misma actitud noble y sencilla, el mismo porte de infanta. A los once años tuvo la viruela, y salvó la vida merced a los solícitos cuidados de la hermana Marta. Durante los dos meses que la niña estuvo en peligro los Sauviat dieron a todo el barrio la medida exacta de hasta dónde llegaba su ternura. Sauviat dejó de ir a los pueblos comprando y vendiendo, y se quedó todo el tiempo en la tienda, subiendo y bajando continuamente de la habitación de su hija, velándola todas las noches junto con su mujer. Su callado dolor parecía demasiado hondo para que nadie se atreviera a hablarle; los vecinos le miraban con compasión, pero sólo pedían noticias sobre Verónica a la hermana Marta.

Durante los días en los que el peligro fue más intenso, los viandantes y los vecinos vieron por única vez en la vida de Sauviat cómo las lágrimas caían lentamente de sus ojos y corrían a lo largo de sus arrugadas mejillas; no intentó ni siquiera secárselas; pasó las horas como atontado, no atreviéndose ni a subir a la habitación de su hija; mirando sin ver, se le habría podido robar fácilmente. Verónica se salvó, pero su belleza murió. Su cara, en la que había, armoniosamente mezclados, el color moreno y el rosado, apareció salpicada con mil pequeños hoyuelos que le endurecieron la piel, cuya blancura había sido excesivamente castigada. La frente tampoco escapó a los estragos de la enfermedad, ennegreciéndose y como si la hubieran machacado. Nada hay más discordante que estos tonos de color ladrillo bajo una cabellera rubia; destruyen la armonía preestablecida. Esos desgarrones del tejido, cruzados caprichosamente, alteraron la pureza del perfil, la finura de su cara, la de la nariz, cuya forma griega casi no podía reconocerse, y la del mentón, delicado como el contorno de un vaso de porcelana blanca. La enfermedad sólo respetó lo que no podía atacar, los ojos y los dientes. Tampoco perdió Verónica la elegancia y la perfección de

su cuerpo, ni la plenitud de sus líneas, ni la gracia de su talle. A los quince años era una hermosa jovencita y, lo que constituyó el consuelo de los Sauviat, una santa y bondadosa hija, amable, trabajadora, reposada. Durante su convalecencia y después de su primera comunión, el padre y la madre le dieron por habitación las dos alcobas del segundo piso. Sauviat, tan sobrio en lo que se refería a él y a su esposa, tuvo entonces solicitudes de hombre acomodado, y acarició la vaga idea de consolar a su hija por una pérdida que ella todavía ignoraba. La privación de una hermosura que era el orgullo de esos dos seres hizo que Verónica fuese aún más querida y más valiosa para ellos. Un día Sauviat llegó con un tapiz y él mismo lo colgó de la pared del dormitorio de Verónica. De la venta de un castillo reservó para ella una cama de damasco rojo que perteneció a una gran dama, y las cortinas, los sillones y las sillas, tapizadas con la misma tela. Enriqueció con muebles antiguos, cuyo precio nunca pudo saberse, las dos habitaciones de su hija. Puso unos jarrones en el antepecho de la ventana, y de sus correrías trajo unas veces rosales, otras claveles y toda clase de flores que sin duda le daban los jardineros y los mesoneros. Si Verónica hubiese podido hacer comparaciones y conocer la manera de ser, las costumbres y la ignorancia de sus padres, habría comprendido cuánto afecto había en sus pequeños regalos; pero ella les quería con una naturalidad exquisita y sin caer en consideraciones. Verónica tuvo las más hermosas telas que su madre encontró en las tiendas de los comerciantes. La Sauviat dejaba que su hija, para vestir, comprase las ropas que quisiera. El padre y la madre eran felices con la sencillez de su hija, quien no demostró tener gustos que fueran ruinosos. Verónica se contentó con un vestido de seda azul para los días festivos, y para los demás días uno de tela de merino en invierno y otro de indiana a rayas en verano. Los domingos asistía a los oficios divinos con su padre y su madre, y después de vísperas iban a pasear por las orillas del Vienne o por los alrededores. Los días corrientes hacía labores en casa y el beneficio de la venta se repartía a los pobres; tenía, pues, las más sencillas costumbres, las más honestas, las más ejemplares. A veces confeccionaba ropa para los asilos. Alternó sus labores con lecturas, sin leer más libros que los que le prestaba el vicario de San Esteban, un sacerdote cuyo conocimiento debían los Sauviat a la hermana Marta.

Cuando se trataba de Verónica, las leyes que regían la economía doméstica fueron totalmente suspendidas. Su madre, feliz de poderle servir la mejor alimentación, la guisaba para ella, aparte. El padre y la madre seguían comiendo nueces y pan duro, arenques y guisantes fritos con mantequilla salada, mientras que para Verónica nada era bastante fresco ni bastante bueno.

—Verónica debe de costarle cara —decía a Sauviat un sombrerero establecido frente a su tienda y quien proyectaba el acercamiento de su hijo y Verónica, al estimar en cien mil francos la fortuna del trapero.

—Sí, vecino, sí —respondió el viejo Sauviat—; si me pidiera diez escudos se los daría inmediatamente. Tiene todo lo que desea, pero la verdad es que nunca me pide

nada. Es dulce como una cordera...

En efecto, Verónica ignoraba el precio de las cosas; nunca tuvo necesidad de nada; sólo vio una moneda de oro el día que se casó, sin que jamás poseyese dinero propio; su madre le compraba todo lo que necesitaba o quería, y para poder dar una limosna a un pobre hurtaba los bolsillos de su madre.

—Entonces, no le cuesta cara —dijo el sombrerero.

—Esto es lo que cree usted —respondió Sauviat—. No pagaría sus gastos ni con cuarenta escudos anuales. ¿Y su habitación? Hay más de doscientos escudos en muebles, pero cuando mío sólo tiene una hija, se debe hacer todo por ella. En fin, lo poco que tenemos será para ella.

—¿Lo poco? Debe usted de ser rico, señor Sauviat. Lleva cuarenta años haciendo un negocio en el que no hay pérdidas.

—¡Ah...! No me dejaría cortar las orejas por mil doscientos francos —respondió Sauviat.

Desde el día en que Verónica perdió la suave belleza que exponía su cara de jovencita a la admiración pública, Sauviat redobló su actividad. Sus negocios fueron tantos y tan buenos, que cada año hizo varios viajes a París. Se comprendía que quería compensar a fuerza de dinero lo que, según su lenguaje, llamaba los defectos de su hija.

Cuando Verónica cumplió quince años hubo un cambio en las costumbres interiores de la casa. Cada noche el padre y la madre subían a la habitación de su hija, la cual, en el transcurso de la velada, les leía, a la luz de una lámpara puesta detrás de un vaso de vidrio lleno de agua, la *Vida de los Santos*, las *Cartas Edificantes* y todos los libros que le prestaba el vicario. La vieja Sauviat hacía labores de punto, calculando que así se resarcía del gasto del aceite consumido. Desde sus casas los vecinos podían ver a esos dos ancianos, inmóviles en sus sillones como dos sombras chinescas, escuchando y admirando a su hija con todas las fuerzas de una inteligencia obtusa para todo lo que no fuera el comercio o la fe religiosa. En la vida normal pueden encontrarse muchachas tan puras como lo era Verónica, pero ninguna que fuera más pura ni más humilde. Su confesión debía dejar estupefactos a los propios ángeles y regocijar a la Santa Virgen.

A los dieciséis años estaba completamente desarrollada y se veía ya cómo sería. Era de estatura mediana, pues ni su padre ni su madre eran altos, pero sus formas destacaban por una graciosa elasticidad, por unas líneas felizmente suaves, las mismas que con tantas dificultades intentan hallar los grandes pintores y que la naturaleza traza espontáneamente con acabada perfección y cuyos suaves contornos se revelan a los entendidos, a pesar de la ropa interior y de los vestidos, que se modelan y disponen siempre, hágase lo que se haga, sobre el desnudo. Veraz, sencilla, natural, Verónica sabía valorizar aquella belleza con movimientos en los que no había la menor afectación. Surtía pleno y completo efecto, si se nos permite emplear esta enérgica expresión del lenguaje judicial. Tenía los brazos carnosos de

las auvernesas, las manos coloradas y regordetas de una linda sirvienta de mesón, los pies fuertes, pero regulares, y en armonía con sus formas.

Se daba en ella un fenómeno encantador y maravilloso, por el que se prometía al amor una mujer que permanecía escondida a las miradas de todos. Ese fenómeno era una de las causas de la admiración que su padre y su madre manifestaban por su hermosura, quienes, entre el estupor de sus vecinos, aseguraban era divina. Los primeros que observaron el hecho fueron los sacerdotes de la catedral y los fieles que se acercaban al altar. Cuando un sentimiento violento estallaba en el interior de Verónica, y la exaltación religiosa a que se entregaba cuando se arrodillaba para comulgar debe incluirse dentro de las vivas emociones de una joven tan cándida como ella, pues parecía como si una luz interior borrara con sus rayos las señales que dejó en su cara la viruela. El puro y radiante rostro de su infancia reaparecía con su belleza anterior. Aunque ligeramente velada por la desagradable capa que le dejó la enfermedad, su cara brillaba como brilla misteriosamente una flor dentro del agua del mar cuando el sol la atraviesa. Verónica, durante unos instantes, estaba como transfigurada: la Virgen Niña aparecía y desaparecía como una celeste visión. Sus pupilas, que se contraían fácilmente, parecía que se dilatasen, ocultando el azul del iris, el cual quedaba reducido a un pequeño círculo. Así esta metamorfosis de la mirada, tan intensa como la del águila, completaba el extraño cambio de su rostro. ¿Se debía, acaso, al vendaval de las pasiones reprimidas, a alguna fuerza que provenía de lo más profundo del alma, lo que dilataba sus pupilas a la plena luz del día, cuando a todo el mundo le sucede ese fenómeno si está a oscuras, y haciendo más intenso el azul de sus celestes ojos? Fuese lo que fuese, era imposible mirar con indiferencia a Verónica cuando volvía del altar a su sitio, después de haberse unido a Dios, y aparecía ante los fieles en su primitivo esplendor. En esos instantes su belleza eclipsaba la de las más bellas mujeres. Qué maravilla, para un hombre enamorado y celoso, ver el velo de carne que escondía a la esposa a toda mirada indiscreta; un velo que la mano del amor levantaría un día y lo libraría a las voluptuosidades permitidas. Verónica tenía los labios perfectamente arqueados, hasta parecer pintados con bermellón, como si quisiera estallar su sangre pura y cálida. El mentón y la parte inferior de la cara eran un poco gruesos, en la acepción que los pintores dan a esta palabra, y esa forma, según las implacables leyes de la fisonomía, es el índice de una violencia casi mórbida en las pasiones. Sobre la frente bien modulada pero casi imperiosa, tenía una magnífica diadema de cabellos, abundantes y tendiendo al color castaño.

Desde los dieciséis años hasta que contrajo matrimonio, Verónica tuvo un aspecto más bien pensativo y lleno de melancolía. En su absoluta soledad, se veía impelida, como todos los solitarios, a examinar el apasionante espectáculo de lo que sucedía dentro de sí misma: el progreso de sus pensamientos, la variedad de las imágenes y el vuelo de los sentimientos encendidos por una vida pura. Los que levantaban la nariz al pasar por la calle de la Cité podían ver, cuando hacía un buen día, a la hija de los

Sauviat sentada detrás de su ventana, cosiendo, bordando o tirando de la aguja por encima de un cañamazo, con aspecto notablemente soñador. Su cabeza se destacaba entre las flores que poetizaban el alféizar gris y agrietado de la ventana de cristales protegidos por una red de plomo. A veces el reflejo del damasco rojo de los cortinajes se añadía al color ya rojo de su rostro, lo mismo que una flor purpúrea dominaba el macizo tan cuidadosamente cultivado por ella en el antepecho de su ventana. Esa vieja y sencilla casa tenía, pues, algo aún más sencillito: el retrato de una joven, digno de un Mieris, un Van Ostade, un Terburg o un Gérard Dow, encuadrado en una de sus viejas ventanas casi destruidas, desgastadas y de color pardo, a las que son tan aficionados sus pinceles. Cuando un extraño, sorprendido por ese cuadro, se embobaba mirando al segundo piso, el viejo Sauviat sacaba entonces la cabeza, seguro de hallar a su hija en la ventana. El viejo trapero se retiraba frotándose las manos, y decía a su mujer, en el dialecto de Auvernia:

—Mira, vieja, alguien está admirando a tu hija...

En el año 1820 ocurrió, en la vida sencilla y carente de acontecimientos que llevaba Verónica, un suceso que no habría tenido importancia alguna tratándose de otra joven, pero quizá tuvo para su futuro una horrible influencia. Un día de fiesta suprimida, laborable para toda la población, pero que los Sauviat observaban cerrando la tienda, fueron a la iglesia y luego se pasearon; al ir hacia el campo, Verónica pasó por delante del escaparate de una librería y vio un ejemplar de *Pablo y Virginia*. Tuvo el capricho de comprarlo al fijarse en la portada, su padre pagó cien sueldos por el volumen fatal y se lo metió en el ancho bolsillo de su levita.

—¿No deberías enseñárselo antes al señor vicario? —le dijo su madre, para quien todo libro impreso olía siempre un poco a azufre.

—Así pensaba hacerlo —respondió Verónica con sencillez.

La niña pasó la noche leyendo esa novela, uno de los más impresionantes libros de la literatura francesa. La descripción de un amor mutuo, medio bíblico y digno de las primeras edades, sacudió el corazón de Verónica. Una mano, difícil de decir si divina o diabólica, levantó el velo con que hasta entonces la había protegido la naturaleza. La pequeña Virgen, transformada en una muchacha hermosa, encontró al día siguiente más lindas sus flores de lo que lo eran la víspera, comprendió su simbólico lenguaje y miró el azul del cielo con una fijeza henchida de exaltación; y las lágrimas corrieron entonces, sin causa aparente, por sus mejillas. En la vida de toda mujer hay un momento en el que comprende su destino, en el que su organismo, hasta entonces mudo, habla con autoridad; no es siempre un hombre elegido por medio de alguna mirada involuntaria quien despierta su sexto sentido dormido, sino que mucho más frecuentemente produce ese despertar un espectáculo imprevisto, el aspecto de un lugar, una lectura, una mirada o un fasto religioso, un concierto de perfumes naturales, una mañana deliciosa rodeada del velo de deliciosos vapores, una música divina de sonos acariciadores...; en fin, cualquier impresión que no esperaban ni el alma ni el cuerpo. En esa muchacha solitaria, confinada en su sombría mansión,

criada por unos padres sencillos, casi rústicos, y que jamás había oído una palabra impropia; en la que a su inocente inteligencia no había llegado un pensamiento perverso; en esa angélica discípula de la hermana Marta y del vicario de San Esteban, la revelación del amor, que constituye la vida misma de una mujer, provino de la lectura de un libro suave, de la mano de un genio; para ella, ese libro fue mucho peor que un libro obsceno. La corrupción es relativa. Existen naturalezas virginales y sublimes a las que un solo pensamiento corrompe y produce mayores destrozos cuando no se ha previsto la necesidad de una resistencia.

Al día siguiente, Verónica enseñó el libro al bondadoso sacerdote, quien aprobó su adquisición, ya que la fama de *Pablo y Virginia* es la de ser una obra infantil, inocente y pura. Pero el calor de los trópicos, la belleza de los paisajes descritos, el candor casi pueril de un amor casi santo calaron en Verónica. Se sintió subyugada por la dulce y noble figura del autor dedicado al culto del ideal, esa fatal religión humana. Soñó con tener por amante a un joven como Pablo. Su imaginación acarició voluptuosos cuadros en una isla desierta y embalsamada. Dio el nombre de Isla-de-Francia a una que había en el Vienne, aguas abajo de Limoges, casi frente al arrabal de San Marcial. En pensamiento vivió en la isla, en el mundo ideal que se edifican todas las jóvenes y que enriquecen con sus propias cualidades y perfecciones. Pasó muchas más horas ante su ventana, mirando cómo pasaban por la calle los artesanos, únicos hombres en quienes, dada la humilde condición de sus padres, podía permitirse pensar. Sin duda acostumbrada a la idea de casarse con un hombre del pueblo, hallaba en sí misma instintos que rechazaban cualquier vulgaridad. En esta situación, tuvo que contentarse con redactar para sí algunos de esos romances que toda joven escribe para que sólo ella los lea. Abrazó, quizá con el ardor propio de una imaginación discreta y virginal, la hermosa idea de ennoblecer a uno de esos hombres, de elevarlo hasta las alturas adonde la llevaban sus propios sueños, y tal vez hizo un Pablo de cualquier muchacho elegido por sus miradas, sólo con el fin de que sus locas ideas tuvieran un objeto en que aplicarse, del mismo modo que los vapores de la húmeda atmósfera, sorprendidos por una helada, cristalizan en la rama de un árbol, al borde del camino. Debió arrojar a algún profundo abismo, ya que si a menudo tenía el aspecto de descender de algún sitio muy alto, viéndose en su frente como un reflejo luminoso, más a menudo aún parecía tener en la mano unas flores cogidas en la orilla de un torrente que discurriera por lo más hondo de un precipicio. En las veladas cálidas se cogía del brazo de su padre y salían a pasear por las orillas del Vienne, donde se extasiaba con las bellezas del cielo y del campo, con la magnificencia del sol poniente, con las delicias del rocío. Desde entonces su espíritu exhaló un perfume de poesía natural. Sus cabellos, que recogía en trenzas sobre la cabeza, los alisó, los rizó. Se vistió con el mayor esmero. La parra, que había crecido salvaje y naturalmente enroscada al tronco del viejo olmo, fue trasplantada y podada, y siguió creciendo apoyada en un entramado verde y delicioso.

Al regreso de uno de los viajes que hizo a París el viejo Sauviat, quien entonces

tenía ya setenta años, en diciembre del 1822, una tarde fue a verle el vicario, y después de algunas frases intrascendentes, le dijo:

—Debe pensar en casar a su hija, Sauviat... A su edad no se puede retrasar tan importante deber.

—¿Pero es que Verónica quiere casarse? —estupefacto, preguntó el anciano.

—Como usted quiera, padre —respondió ella bajando la mirada.

—La casaremos, pues —exclamó sonriendo la gorda madre Sauviat.

—¿Por qué no me dijisteis nada de esto antes de mi viaje? Ahora tendré que volver a París.

Jerónimo Bautista Sauviat, como hombre para quien la riqueza parecía constituir su única y entera felicidad, quien no había visto nunca en el amor nada que no fuera utilidad, y en el matrimonio sólo un medio de transmisión de bienes a otra persona de la intimidad, se había jurado a sí mismo casar a Verónica con algún rico burgués. Desde hacía ya mucho tiempo esa idea era en su cerebro como algo estatuido. Su vecino, el sombrerero, quien tenía dos mil libras de renta, había ya pedido para su hijo, a quien le cedía el establecimiento, la mano de una joven tan célebre en el barrio como era célebre Verónica por su conducta ejemplar y sus cristianas costumbres. Sauviat había dado una delicada negativa a la petición, sin decirle nada a Verónica. Al día siguiente del que el vicario, importante personaje a los ojos del matrimonio Sauviat, habló de la necesidad de casar a Verónica, de quien era el director espiritual, el anciano se afeitó, se vistió como si se tratara de un día de fiesta y salió sin decir nada a su mujer ni a su hija. Las dos comprendieron que salía en busca de un yerno. El viejo Sauviat se dirigió a casa del señor Graslin.

El señor Graslin, rico banquero de Limoges, era, como Sauviat, un hombre que había salido de Auvernia sin un ochavo, con la intención de dedicarse al comercio, y quien, empleado en las oficinas de un financiero como auxiliar de caja, hizo como muchos financieros su fortuna a fuerza de economías, y también merced a felices circunstancias. Cajero a los veinticinco años, socio diez años después de la casa Perret y Grossetête, terminó por ser el dueño del banco después de desinteresar a los ancianos banqueros, quienes se fueron a vivir al campo, dejando que manejase sus fondos a cambio de un módico interés. A Pedro Graslin, entonces de cuarenta y siete años, se le suponía una fortuna de seiscientos mil francos. La reputación de hombre rico de Pedro Graslin hacía poco que había aumentado notablemente en el departamento, y alguien aplaudió el derroche que hizo construyéndose una casa en el nuevo barrio de los Árboles, destinado a dar a Limoges un aspecto agradable; una hermosa casa en la zona del Ensanche y cuya fachada era digna de un edificio público.

Esa casa, terminada hacía unos seis meses, Pedro Graslin dudaba en amueblarla; le había costado tanto dinero construirla que demoraba el momento de ir a ocuparla. Su orgullo le había quizá arrastrado hasta más allá de las sabias leyes que hasta entonces habían regido su vida. Con el sentido común propio del hombre de

negocios, tenía la idea de que el interior de la casa debía estar en armonía con el aspecto de la fachada. El mobiliario, el servicio de mesa y los accesorios necesarios a la vida que debería llevar en su nueva residencia, iban a costarle, según sus cálculos, tanto como la construcción. A pesar de los comentarios de la ciudad y de los chistes que a su costa se hacían en los ambientes mercantiles y a pesar de las caritativas suposiciones del prójimo, siguió confinado en la vieja, húmeda y sucia planta baja donde había hecho su fortuna, en la calle Montantmanigne. El público pudo hablar y chismorrear, pero Graslin obtuvo la aprobación de sus dos antiguos comanditarios, quienes ensalzaron una firmeza tan poco común.

Una fortuna, una existencia como la de Pedro Graslin, tenían que despertar más de una envidia en una ciudad de provincias. Así, en el transcurso de los diez últimos años se le había insinuado al señor Graslin más de una proposición de matrimonio. Pero la soltería era un estado tan conveniente para un hombre ocupado desde la mañana hasta la noche, constantemente fatigado por los viajes, agobiado de trabajo, apasionado en busca de negocios como el cazador en busca de la caza, que Graslin no se dejó coger en ninguna de las trampas tendidas por las madres ambiciosas que codiciaban para sus hijas esa brillante posición. Graslin, ese Sauviat de esfera superior, no gastaba ni cuarenta sueldos al día, y vestía como su segundo empleado. Dos empleados y un meritorio le bastaban para llevar los asuntos de la casa, muy considerables por la multiplicidad de detalles. Uno de los empleados despachaba la correspondencia y el otro cuidaba de la caja. Pero Pedro Graslin era el alma y el cuerpo. Sus empleados, gente de su propia familia, eran hombres seguros, inteligentes, tan entregados al trabajo como él. En cuanto al meritorio, llevaba la misma vida que un caballo de tiro. En pie a las cinco de la mañana todos los días del año, no se acostaba nunca antes de las once de la noche. Durante el día Graslin tenía una vieja auvernesa que le hacía la comida. La vajilla de tierra cocida y la ropa de grueso lino estaban en perfecta armonía con el tren de la casa. La auvernesa tenía orden de no gastar nunca más de tres francos diarios en la compra. El meritorio hacía también de criado. Los empleados se arreglaban ellos mismos su dormitorio. Las mesas de madera ennegrecida, las sillas desvencijadas, los estantes, las camas de madera barata...; todo el mobiliario de la oficina y de las tres habitaciones situadas encima no valía más de mil francos, incluyendo una enorme caja de caudales de hierro, empotrada en una pared, legada por sus predecesores, y delante de la cual dormía el meritorio, con dos perros a sus pies.

Graslin no acostumbraba a frecuentar la sociedad que tan a menudo se ocupaba de él. Dos o tres veces al año comía en casa del recaudador de contribuciones, con quien los negocios le ponían en continua relación. Comía también alguna vez en la prefectura, pues, con gran disgusto suyo, le nombraron miembro del consejo general del departamento.

—Esto me hace perder tiempo —decía.

A veces sus colegas, al concluir con ellos algún negocio, le invitaban a almorzar o

a cenar. Y aún estaba obligado a visitar a sus antiguos dueños, quienes pasaban los inviernos en Limoges. Graslin tenía en tan poca estima las relaciones sociales, que en veinticinco años no ofreció ni un vaso de vino a nadie. Cuando pasaba por la calle, la gente que le veía decía: «Ahí va el señor Graslin», como si dijeran que era un hombre que llegó sin un ochavo a Limoges y había hecho una inmensa fortuna. El banquero constituía un modelo que más de un padre señalaba a sus hijos, un epigrama que más de una esposa echaba en cara a su marido.

Fácil es comprender las razones por las cuales un hombre que se había convertido en el eje de la máquina financiera del Lemosín se había visto obligado a rechazar las diversas proposiciones de matrimonio que no cesaban de hacérsele. Las hijas de los señores Perret y Grossetête se habían casado ya antes de que el señor Graslin estuviera en situación de pedirles en matrimonio, pero como cada una de esas señoras tenían hijas pequeñas, se terminó por dejar tranquilo a Graslin, suponiéndose que o el anciano Perret o el astuto Grossetête, habían proyectado de antemano el matrimonio de Graslin con una de sus nietas.

Sauviat siguió más atentamente y más seriamente que nadie la marcha ascendente de su compatriota, al que había conocido cuando se estableció en Limoges; pero sus posiciones respectivas habían cambiado tan notablemente, por lo menos en apariencia, que su amistad, cada vez más superficial, raramente tenía ocasión de reverdecer. No obstante, y en su calidad de paisano, Graslin nunca desdeñó hablar con Sauviat cuando por casualidad se encontraban. Los dos habían conservado el tuteo primitivo, pero únicamente en el dialecto auvernés. Cuando el recaudador de contribuciones de Bourges, el más joven de los hermanos Grossetête, casó a su hija, en el 1823, con el menor de los hijos del conde de Fontaine, Sauviat comprendió que los Grossetête no querían que Graslin entrase a formar parte de su familia. Después de la conferencia tenida con el banquero, Sauviat regresó muy alegre para cenar en la habitación de su hija, y les dijo a sus dos mujeres:

—Verónica será la señora Graslin.

—¿La señora Graslin? —exclamó la madre.

—¿Es posible? —dijo Verónica, para quien Graslin era completamente desconocido, pero en cuya imaginación se le aparecía como podría aparecerse la personalidad de un Rothschild a la de una modistilla de París.

—Sí, está decidido —dijo solemnemente el viejo Sauviat—. Graslin amueblará suntuosamente su casa; buscará para nuestra hija el más hermoso coche de París y los más magníficos caballos del Lemosín; comprará para ella una propiedad de quinientos mil francos, y Verónica será la primera dama de Limoges, la más rica de todo el departamento, y hará de Graslin lo que ella quiera.

Su educación, sus principios religiosos, el afecto sin límites que sentía hacia sus padres, su misma ignorancia de las cosas, impidieron a Verónica oponer la más mínima objeción; no se le ocurrió pensar que habían dispuesto de ella sin contar con ella. Al día siguiente Sauviat salió para París, y estuvo fuera alrededor de una

semana.

Pedro Graslin, puede ya suponerse, no era hablador, y fue al grano directa y rápidamente. Cosa decidida, cosa realizada. En febrero del 1822 en Limoges estalló como una tormenta una singular noticia: la casa de Graslin la estaban amueblando con gran riqueza, vehículos de transporte de mercancías de París se sucedían diariamente y los descargaban en el patio. Corrieron por la ciudad rumores sobre la esplendidez y el buen gusto del mobiliario, moderno o antiguo, según la moda. La casa Odiot mandó por la diligencia una magnífica vajilla de plata. Y aún llegaron, envueltos en paja, como si se tratara de alhajas, tres coches: una calesa, un cupé y un cabriolet.

—El señor Graslin se casa.

Esta frase la dijeron millares de bocas en una sola tarde, en todos los salones de la alta sociedad, en las casas burguesas, en las tiendas, en los arrabales y muy pronto en todo el Lemosín. Pero ¿con quién? Nadie podía contestar. Había un misterio en Limoges.

Al volver Sauviat de París tuvo lugar la primera visita de Graslin, a las nueve y media de la noche. Verónica, prevenida, esperaba, con su vestido de seda azul, luciendo una gorguera de lino muy llamativa. Por todo peinado, el cabello, partido en dos bandas perfectamente alisadas, concluía en un moño detrás de la cabeza, al estilo griego. Sentada en una silla tapizada y cerca de su madre, quien ocupaba un gran sillón con el respaldo esculpido, forrado de terciopelo rojo, resto quizá de algún antiguo castillo. Un gran fuego brillaba en el hogar. Sobre la chimenea, a cada uno de los lados de un reloj antiguo cuyo valor ignoraban los Sauviat, seis velas en dos antiguos candelabros de cobre en forma de sarmientos alumbraban la estancia y a Verónica en plena floración. La madre se había puesto sus mejores galas.

Por el silencio de la calle, sin tránsito en aquellas horas; entre las suaves tinieblas de la antigua escalera, Graslin se apareció a los ojos de la modesta e ingenua Verónica, entregada aún a las dulces ideas que sobre el amor le había hecho concebir el libro de Bernardino de Saint-Pierre. Bajo y delgado, Graslin tenía una espesa cabellera negra que parecía un escobajo y hacía resaltar su cara, roja como la de un borracho emérito y llena de granos rojizos y próximos a reventar. Sin ser ni lepra ni herpes, esos frutos de una sangre caldeada por el trabajo continuo, por las inquietudes, por las preocupaciones, por los insomnios, por la sobriedad, por una vida retirada, parecían tener algo de esas dos enfermedades. A pesar de los consejos de sus asociados, de sus empleados y de su médico, el banquero no supo nunca tomar las precauciones médicas que hubiesen evitado o atenuado esa enfermedad, sin importancia al principio, pero agravándose de día en día. Cuando pretendía hacer una cura, tomaba baños durante un par de semanas y se tragaba las pócimas ordenadas por el médico, pero arrastrado por la fiebre de los negocios se olvidaba del tratamiento. Tenía la intención de abandonar sus asuntos durante unos días, viajar, ir a tomar las aguas..., pero ¿dónde está el cazador de millones que descansa? En su

encendido rostro brillaban dos ojos grises, veteados de hilillos verduscos que le salían de las pupilas y de puntitos oscuros; dos ojos ávidos, dos ojos vivos cuya mirada iba directamente a lo más recóndito del corazón; dos ojos implacables, resueltos, rectos, calculadores. Graslin tenía una nariz arremangada, una boca de gruesos y carnosos labios, una frente abombada, pómulos risueños, grandes orejas, de largos lóbulos corroídos por lo acre de su sangre; en fin, recordaba al antiguo sátiro, un fauno enfundado en un levitón, en un chaleco de satén negro y el cuello adornado con una corbata blanca. Los hombros desarrollados y nerviosos, que en otro tiempo habían llevado cargas pesadas, estaban ahora encorvados, y bajo el torso excesivamente desarrollado se agitaban unas ridículas piernas, bastante mal ensambladas a sus cortos muslos. Las manos, delgadas y velludas, ofrecían unos dedos ganchudos, como los de toda persona acostumbrada a contar dinero. Los pliegues de su cara iban desde los pómulos a la boca, formando surcos iguales, como los de las personas ocupadas únicamente en intereses materiales. La costumbre de las decisiones rápidas podía deducirse de la forma con que levantaba las cejas hasta la frente. Aunque grave y cerrada, la boca anunciaba una escondida bondad, un alma excelente, abrumada por los negocios, ahogada quizá, pero que podía renovarse al contacto de una mujer. Al aparecer, el corazón de Verónica se contrajo violentamente, como si algo negro se ofreciese a su mirada, y creyó haber gritado, pero no dijo una palabra, los ojos fijos en él.

—Verónica, aquí tienes al señor Graslin —le dijo entonces el viejo Sauviat.

Verónica se levantó, saludó y volvió a caer en la silla; miró a su madre, quien sonreía al millonario y parecía, lo mismo que Sauviat, tan feliz, tan dichosa, que la pobre hija tuvo la fuerza necesaria para disimular su sorpresa y la violenta repulsión que sentía. En la conversación que siguió después se habló de la salud de Graslin. El banquero se miró ingenuamente en el espejo con marco de ébano.

—No soy un guapo hombre, señorita —dijo.

Y razonó el vivo color de su cara atribuyéndolo a su agitada vida; contó cómo desobedecía las órdenes del médico, se jactó de poder cambiar de aspecto en cuanto una mujer llevase su casa y le cuidase a él como él no sabía cuidarse.

—¿Es que una mujer se casa con un hombre por su cara? —preguntó el trapero, dando a su paisano un manotazo en el muslo.

Las explicaciones de Graslin se dirigían a esos sentimientos naturales de los que está más o menos lleno el corazón de toda mujer. Verónica pensó que ella también tenía la cara desfigurada por una horrible enfermedad, y su cristiana modestia le hizo modificar su primera impresión. Al oír un silbido en la calle, Graslin bajó en el acto, seguido de Sauviat. Los dos regresaron en seguida. El meritorio, que llegaba con retraso, traía el primer ramo de flores.

Cuando el banquero le entregó el manojo de flores exóticas, cuyo perfume invadió la habitación, Verónica sintió una emoción distinta de la que le produjo la primera visión de su futuro esposo; se sintió como sumergida en el mundo soñado y

fantástico de la naturaleza tropical. Nunca había visto camelias blancas, jamás había tenido ocasión de aspirar el aroma del codeso de los Alpes, del taronjil, del jazmín de las Azores, de las volcanias, de las rosas de almizcle, ni todos esos divinos olores que son como un excitante de la ternura y que cantan al corazón los himnos de los perfumes. Graslin dejó que Verónica se embelesara en su emoción.

Desde el regreso del traperero, cuando todo dormía en Limoges, el banquero se deslizaba a lo largo de las paredes de las calles hasta la casa de Sauviat. Llamaba suavemente a los postigos, el perro no ladraba, el anciano bajaba a abrir, saludaba a su paisano, y Graslin pasaba una hora o dos en la habitación gris, al lado de Verónica. Graslin encontró siempre una cena al estilo auvernés preparada por la señora Sauviat. Ni una sola vez ese extraño pretendiente entró en la casa sin ofrecer a Verónica un ramo compuesto por las más raras flores, cortadas en el invernadero del señor Grossetête, la única persona de Limoges que estaba en el secreto de la boda. Cada noche el meritorio iba a recoger el ramo que el anciano señor Grossetête hacía él mismo. En dos meses Graslin fue, aproximadamente, unas cincuenta veces, y cada vez llevó consigo algún rico presente: unos anillos, un reloj, una cadena de oro, un neceser...

Esas increíbles prodigalidades las justificaba una sola frase. La dote de Verónica se componía de casi toda la fortuna de su padre, setecientos cincuenta mil francos. El viejo tenía una inscripción en el libro mayor de ocho mil francos, comprada en sesenta mil libras en asignados por su compadre Brézac, a quien, cuando su encarcelamiento, se los había confiado, y que había seguido guardando, sin venderla. Esas sesenta mil libras en asignados constituían la mitad de la fortuna de Sauviat cuando corrió el peligro de acabar en el patíbulo. Brézac, en esta circunstancia, fue el fiel depositario del resto, consistente en setecientos luises de oro, suma enorme con la que el auvernés empezó a operar así que recobró la libertad. En treinta años, cada uno de esos luises se había convertido en un billete de mil francos, siempre con la ayuda de la renta del libro mayor, de la herencia de Champagnac, de los beneficios acumulados en el negocio y de los intereses compuestos que seguían aumentando en la casa Brézac. Brézac sintió por Sauviat una leal amistad, como se profesan entre sí los auverneses. Así, cuando Sauviat iba a ver la fachada de la residencia Graslin, se decía: «Verónica vivirá en este palacio». Sabía que ninguna muchacha del Lemosín podía aportar al matrimonio setecientos mil francos y la perspectiva de otros doscientos cincuenta mil. Graslin, su yerno por elección, debía, pues, casarse infaliblemente con Verónica.

Verónica tuvo cada noche un ramo de flores que al día siguiente adornaba su salón, pero que escondía cuidadosamente a las vecinas. Admiró las admirables joyas, las perlas, los diamantes, los brazaletes, los rubíes, que embelesan a todas las hijas de Eva; viéndolas, se encontraba menos fea. Vio que su madre era muy feliz con aquella boda, y no tuvo ningún otro término de comparación; por otra parte, ignoraba los deberes, la finalidad del matrimonio; por último, escuchó la solemne voz del vicario

de San Esteban, haciendo la apología del señor Graslin, a quien consideraba un hombre de honor y con el que llevaría una vida honorable. Verónica consintió, pues, en aceptar las atenciones del señor Graslin. Cuando, en una vida recogida y solitaria como la de Verónica, hay una persona que va a visitarla todos los días, esa persona no puede ser indiferente; o es odiada, y la aversión justificada por el conocimiento de su manera de ser la hace insoportable, o la costumbre de verla ciega, por así decirlo, los ojos a los defectos físicos. El espíritu busca compensaciones. Esa fisonomía satisface la curiosidad, los rasgos adquieren vida y aparecen algunas bellezas fugitivas. Y se termina por descubrir el interior protegido por las formas externas. Por último, una vez vencidas las primeras impresiones, el afecto y la consideración van adquiriendo tal fuerza e intensidad que el alma se obstina como si se tratase de una creación propia. Entonces se ama. Allí reside la razón del amor que personas hermosas sienten por otras feas en apariencia. La forma, olvidada merced al afecto, no cuenta ya para una estimación de valores, y es únicamente lo espiritual lo que se aprecia y considera. Por otra parte, la hermosura, tan necesaria en una mujer, adquiere en el hombre características tan extrañas que quizá haya tantas discrepancias entre las mujeres sobre la belleza del hombre como entre los hombres sobre la belleza de la mujer.

Después de muchas reflexiones, después de mucho discutir consigo misma, Verónica se avino a la publicación de las amonestaciones. Desde entonces en Limoges sólo se habló de la increíble noticia. Nadie conocía su secreto, la enormidad de la dote. Si se hubiese sabido su dote, Verónica habría podido elegir el marido, pero quizá también la hubieran engañado. Graslin parecía intensamente enamorado. De París llegaron decoradores para arreglar su magnífica residencia. No había en Limoges quien no hablase del derroche del banquero: se calculaba el valor de las arañas de cristal, se repasaban los dorados del salón, los relojes de pared, los jarrones, los sofás, los objetos de lujo, las novedades. En el jardín de la casa Graslin había, en lo alto de una cristalera, una pajarera magnífica, y todo el mundo se sorprendió al ver las más raras aves, papagayos, faisanes de la China, desconocidas especies de patos, pájaros que nunca habían visto. El señor y la señora Grossetête, ancianos que gozaban de la mayor consideración en Limoges, acompañados por Graslin, hicieron varias visitas a los Sauviat. La señora Grossetête felicitó a Verónica por su boda. Así, la Iglesia, la Sociedad, la Familia, y todo, hasta las más mínimas cosas, fue cómplice de esa decisión.

En el mes de abril enviaron a todas las amistades de Graslin las invitaciones oficiales. En un hermoso día, una calesa y un cupé, con troncos de caballos lemosines escogidos por el viejo Grossetête y enjaezados a la inglesa, llegaron a las once de la mañana ante el humilde tugurio, conduciendo, con gran emoción del barrio, a los antiguos patronos del novio y a sus dos empleados. La calle se llenó de gente que corría a ver a la hija de los Sauviat, a quien el más renombrado peluquero de Limoges había puesto sobre su hermoso cabello la corona de las desposadas y un velo de encaje inglés de mucho precio. Verónica iba sencillamente vestida de muselina

blanca. Una asamblea imponente de las mujeres más distinguidas de la ciudad esperaba la celebración de la ceremonia en la catedral, oficiada por el obispo, quien conoedor de la religiosidad de los Sauviat se había dignado casar a Verónica. En general, la gente encontró a la novia bastante fea. Al entrar en su nueva casa fue de sorpresa en sorpresa. Un banquete de gala debía preceder al baile, al que Graslin había invitado a casi todo Limoges. La comida, ofrecida al señor obispo, al prefecto, al presidente del Tribunal, al procurador general, a los antiguos patronos de Graslin y a sus familias, constituyó un éxito para la recién casada, quien, como todas las personas sencillas y naturales, demostró condiciones inesperadas. Ninguno de los recién casados sabía bailar, y Verónica continuó haciendo los honores de la que ya era su propia casa, y se ganó la estimación y el afecto de la mayoría de las personas que fue tratando, pidiendo a Grossetête, quien desde un principio le demostró su amistad, información sobre cada una. No cometió, pues, ningún error. Fue durante el banquete cuando los dos antiguos banqueros anunciaron la dote, inmensa para Limoges, que el viejo Sauviat daba a su hija. A las nueve de la noche el traperero se fue a acostar a su casa, dejando que su mujer siguiese al lado de su hija hasta que todos se fuesen. La ciudad entera dijo que la señora Graslin era fea pero bien hecha.

Sauviat liquidó su negocio y vendió la casa que tenía en la ciudad. En la orilla izquierda del Vienne compró una casa de campo situada entre Limoges y Cluzeau, a diez minutos del barrio de San Marcial, donde pensaba terminar tranquilamente sus días con su mujer. Para los dos ancianos se reservaron unas habitaciones en la casa Graslin, y almorzaron una o dos veces cada semana con su hija, quien algunas veces iba hasta su casa, convirtiéndola en la meta de sus paseos. La inactividad estuvo a punto de causar la muerte del anciano. Por suerte, Graslin encontró la manera de ocupar a su suegro. En el 1823 el banquero tuvo que encargarse de una fábrica de porcelana, a cuyos propietarios había prestado grandes cantidades, y no pudiendo devolvérselas le vendieron el establecimiento. Gracias a sus relaciones, y empleando un considerable capital, Graslin hizo de esta fábrica una de las más importantes de Limoges; tres años después la vendió muy bien. Encargó a su suegro la supervisión de la fábrica, situada precisamente en el barrio de San Marcial; Suaviat, pese a sus setenta y dos años, contribuyó notablemente a la prosperidad del establecimiento, y se rejuveneció con el trabajo. Así, Graslin quedó en libertad para dedicarse a los negocios de la ciudad, sin tener que ocuparse de la fábrica, la cual, sin la celosa actividad del viejo Sauviat, le habría obligado a asociarse con uno de sus empleados y a perder una buena parte de los beneficios, que así pudo conservar, lo mismo que los capitales invertidos.

Sauviat murió en el año 1827, de accidente. Presenciando el inventario de existencias de la fábrica, se cayó en una especie de foso en el que empaquetaban las porcelanas, y se hizo una pequeña herida a la que no dio importancia; la herida se le gangrenó, y él se negó a que le amputasen la pierna, y murió. Su viuda renunció a unos doscientos cincuenta mil francos, que era lo que aproximadamente le había

quedado a su difunto esposo, y se contentó con una renta de doscientos francos mensuales, lo suficiente para sus necesidades, que su yerno se obligó a pasarle mientras viviera. Conservó su pequeña casa de campo, donde vivió sola y sin criada, y sin que su hija pudiera hacerla cambiar de opinión, opinión que sostuvo con la obstinación propia de las personas de edad. Por otra parte, la madre Sauviat iba casi todos los días a ver a su hija, del mismo modo que su hija hacía el paseo que la llevaba a la casa de campo, desde donde disfrutaba del bello panorama del Vienne. Desde allí también se veía la isla que tanto quería Verónica, y de la que en otros tiempos había hecho su Isla-de-Francia.

Para no romper con estos incidentes la historia del matrimonio Graslin, ha sido preciso terminar la de los Sauviat anteponiéndola a estos acontecimientos, necesarios, no obstante, para explicar la aislada vida que llevó la señora Graslin. Habiendo observado su anciana madre de qué manera podía la avaricia de Graslin contagiar a su hija, durante mucho tiempo se negó a deshacerse del resto de su fortuna, pero Verónica, incapaz de prever uno solo de los casos en que una mujer desea el disfrute de sus propios bienes, e impulsada por razones llenas de nobleza, quiso agradecer a Graslin el haberle devuelto su libertad de soltera.

El insólito esplendor que rodeó la boda de Graslin modificó sus costumbres y alteró su carácter. El gran financiero tenía un espíritu mezquino. Verónica no había podido juzgar claramente al hombre con quien debía compartir su vida. En sus cincuenta y cinco visitas, Graslin no dejó entrever más que su aspecto comercial, sus cualidades de trabajador infatigable e intrépido, que concebía, presentía y dirigía empresas; que analizaba todos los asuntos públicos, relacionándolos siempre unos con otros y elevándolos a escala bancaria. Fascinado por el millón de su suegro, el nuevo rico, apareció generoso por cálculo, y si hizo las cosas a lo grande, fue obedeciendo a la primavera del matrimonio, y que él llamaba su locura, levantando aquella casa que aún hoy se conoce por la casa Graslin. Después del lujo de tener caballos, una calesa y un cupé, se sirvió de ellos para devolver las visitas que le hicieron con ocasión de su boda, y para asistir a las cenas y a los bailes llamados de *tornabodas* con que las alturas administrativas y las casas ricas de la ciudad obsequiaban a los recién casados. Al decidirse a actuar más allá de su esfera, Graslin señaló un día de recepción y contrató un cocinero de París. Durante casi un año llevó el tren de vida propio de un hombre que poseía un millón seiscientos mil francos y que podía disponer de los otros tres millones de los fondos que se le confiaban. Desde entonces fue el más notable personaje de Limoges. Durante ese año puso generosamente todos los meses veinticinco monedas de veinte francos en el bolso de la señora Graslin. La alta sociedad de la villa se ocupó mucho de Verónica en los primeros tiempos de su matrimonio, acontecimiento que constituyó un verdadero regalo para sus miembros, tan faltos de temas con que satisfacer su curiosidad provinciana. Verónica fue estudiada con la mayor detención al considerarla como un verdadero fenómeno; sin embargo, ella siguió con su misma actitud sencilla y

modesta, como la de una persona que observa las costumbres, los hábitos y lo desconocido, deseando identificarse con el ambiente. Aprendió tanto, y tanto vio y oyó, que su aspecto y su conversación ganaron a la opinión, estimándola a medida que la trataban. Por otra parte, sufría una especie de torpeza que parecía falta de inteligencia. El matrimonio, ese duro oficio, según decía ella, ante el cual la Iglesia, el código y su madre le habían recomendado una gran resignación y la más perfecta obediencia, so pena de faltar a todas las leyes humanas y causar irreparables daños, la sometió a un aturdimiento que a veces alcanzaba caracteres de delirio vertiginoso. Silenciosa y recogida, se escuchaba casi tanto como escuchaba lo que decían los demás. Sufriendo la más violenta dificultad de existir, según la expresión de Fontenelle, siempre en aumento, tenía miedo de sí misma. La naturaleza gritaba a las órdenes del alma, y el cuerpo renunció a la voluntad. La pobre criatura, cogida en una trampa, lloró en el seno de la gran madre de los pobres y los afligidos; recurrió a la Iglesia, redobló su fervor, confesó las tentaciones del demonio a su virtuoso director espiritual, rezó... Nunca, en ningún momento de su vida, había cumplido con tanta intensidad como entonces sus deberes religiosos. El desespero por no poder amar a su marido la precipitaba con violencia al pie del altar, en el que voces divinas y consoladoras le recomendaban paciencia. Y fue paciente y dulce, y vivió esperando la dicha de la maternidad.

—¿Ha visto usted esta mañana a la señora Graslin? —se preguntaban las mujeres unas a otras—. El matrimonio no le prueba; tiene un color verdoso...

—Sí, ¿pero habría usted entregado a su hija a un hombre como Graslin? No se casa una impunemente con semejante monstruo.

Una vez casado Graslin, todas las madres que durante diez años le habían perseguido no hacían más que dedicarle chacotas.

Verónica adelgazaba y se volvía realmente fea. Sus ojos se fatigaron, se le pronunciaron las arrugas y parecía como avergonzada y preocupada. Sus miradas acusaban esa triste frialdad que tanto se reprocha a las devotas. Su fisonomía tenía tonos grisáceos. Languideció ya durante el primer año de casada, generalmente brillante para toda mujer joven. Así, pronto buscó distracción en la lectura, aprovechando el privilegio de las casadas de poderlo leer todo. Leyó las novelas de Walter Scott, los poemas de lord Byron, las obras de Schiller y de Goethe, es decir, toda la literatura antigua y moderna. Aprendió a montar a caballo, a bailar y a dibujar. Pintó acuarelas y telas a la sepia, buscando ávidamente todos los recursos de que las mujeres disponen para evitar el aburrimiento y la soledad. En fin, se dio a sí misma esa segunda educación que la mayoría de las mujeres reciben de un hombre y que ella consiguió por su propio esfuerzo. La superioridad de una naturaleza franca y libre, surgida como de en medio de un desierto, pero fortalecida por la religión, le imprimió una especie de fuerza silvestre y unas exigencias para las cuales el mundo provinciano no podía ofrecer ningún consuelo. Todos los libros que leía le hablaban de amor, buscaba una aplicación a sus lecturas, pero en ninguno descubría una

pasión. El amor seguía en germen en su corazón, esperando un rayo de sol. Su profunda melancolía engendrada por continuas meditaciones sobre sí misma, la condujo por senderos oscuros a los brillantes sueños de sus últimos tiempos de soltera. Debió contemplar más de una vez sus antiguos poemas románticos transformándose a la vez en teatro y tema de los mismos. Volvió a imaginarse la isla bañada de luz, llena de flores, perfumada, en la que todo le acariciaba el alma. A menudo sus apagados ojos recorrían los salones con penetrante curiosidad; todos los hombres se parecían a Graslin, los estudiaba y parecía interrogar a sus esposas; pero al no ver reflejados en sus rostros ninguno de sus íntimos sufrimientos, se quedaba triste, sombría, inquieta. Los autores a quienes había leído por la mañana respondían a sus propios y más altos sentimientos, su espíritu la complacía, pero por la noche sólo escuchaba trivialidades que no intentaba ni siquiera disfrazar de forma inteligente, conversaciones estúpidas, vacías de contenido, o llenas únicamente de menudencias de tipo local, sin interés para ella. Se extrañaba del ardor puesto en discusiones que no tenían por tema los sentimientos, que ella consideraba como la verdadera alma de la vida. Frecuentemente se la veía con la mirada fija, alelada, pensando sin duda en las horas de su ignorante juventud pasadas en esta habitación llena de armonías, ahora ya destruidas, lo mismo que ella. Sentía una enorme repugnancia de caer en la horrible sima de lo mezquino, donde daban vueltas y más vueltas las mujeres entre las que se veía obligada a convivir. Ese desprecio, reflejado en su frente y en sus labios, y mal disimulado, se consideró una insolencia propia de una advenediza. La señora Graslin vio en todas las caras una marcada frialdad, y en todas las conversaciones una acritud cuyas razones no consiguió adivinar, ya que aún no había podido ganarse una amistad lo suficientemente íntima para que la enseñase y la aconsejase. La injusticia que subleva a los espíritus mezquinos reduce a sí mismas a las almas superiores, y les trasmite una especie de humildad; Verónica se propuso enmendar sus errores; quiso mostrarse afable y apareció falsa; multiplicó la dulzura, y se la consideró una hipócrita, ayudando su devoción a la calumnia; gastó dinero, dio cenas y bailes, y fue tildada de vanidosa. Desdichada en todas sus tentativas, juzgada erróneamente, rechazada por el orgullo bajo y mezquino que caracteriza a la sociedad de provincias, donde cada elemento rebosa pretensiones e inquietudes, la señora Graslin regresó a la más profunda soledad. Volvió amorosamente a los brazos de la Iglesia. Su noble espíritu, indefenso ante la debilidad de su cuerpo, le hizo ver, en las múltiples admoniciones del catolicismo, otras tantas piedras colocadas a lo largo de los precipicios de la vida, y otros tantos tutores instituidos por manos caritativas para sostener la humana debilidad durante el camino; siguió, pues, con el máximo rigor las menores prácticas religiosas. El partido liberal inscribió entonces a la señora Graslin en la lista de las devotas de la ciudad, incluyéndola entre las más extremadas. A los diferentes agravios inocentemente cometidos por Verónica, el espíritu de partido unió sus periódicas exasperaciones, pero como ella nada perdía con su ostracismo, abandonó el mundo y se entregó a la lectura, en la que encontraba infinitos consuelos.

Meditó sobre los libros que leía, comparó los métodos, enriqueció abiertamente su inteligencia y su instrucción, abriendo así su alma a la curiosidad.

Durante esa época de estudios obstinados en la que la religión sostuvo su espíritu consiguió la amistad del señor Grossetête, uno de esos ancianos a quienes la vida provinciana adormeció sus cualidades de hombre superior, pero quien con el contacto de una viva inteligencia recobró cierta brillantez. Ese excelente anciano se interesó por Verónica, y ella recompensó su interés y su afecto abriéndole la riqueza de su alma y su magnífica inteligencia cultivada con tanto secreto y entonces esplendorosa. El fragmento de una carta escrita en ese tiempo al señor Grossetête describirá mejor que nada el estado que atravesaba esa mujer que no tardaría en demostrar un carácter tan firme y tan elevado.

Las flores que usted me ha enviado para el baile son maravillosas, pero me sugieren crueles reflexiones. Esas delicadas criaturas, cogidas por usted y destinadas a morir en mi pecho o entre mi cabello como adorno de una tiesta, me hacen pensar en aquellas que nacen y mueren en los bosques sin que nadie las haya visto y cuyo aroma nadie ha respirado. Me pregunto por qué bailo, por qué me engalano, como le pregunto a Dios por qué estoy en el mundo. Ya ve usted, amigo mío, que la menor cosa constituye una trampa para el desdichado, que la más nimia cosa reproduce en el enfermo su antiguo mal; pero lo peor que les puede suceder a determinados males es la persistencia que puede llegar a convertirse en una obsesión. Un dolor constante, ¿no será acaso un pensamiento divino? A usted le gustan las flores por sí mismas, mientras que a mí me gustan como me gusta escuchar una bella música. Así, pues, como ya le dije, me falta conocer el secreto de muchas cosas. Usted, mi viejo amigo, tiene una pasión, usted es horticultor. Cuando venga a la ciudad, contágieme su ilusión, haga que yo vaya a mi invernadero con paso alegre como va usted al suyo, a contemplar el desarrollo de las plantas, a ver como se abren y florecen los capullos y a florecer con ellos, a admirar lo que usted ha creado, ver colores nuevos e inesperados que se ofrecen y crecen ante sus propios ojos gracias a sus cuidados. Yo sufro un hastío desesperante. El invernadero que hay en mí sólo contiene almas afligidas. Las miserias que me esfuerzo en aliviar entristecen mi alma, y cuando medito en ellas, cuando he visto a alguna mujer careciendo de pañales para su hijo recién nacido, a un anciano sin un pedazo de pan, y he cubierto sus necesidades, la emoción que me ha producido su miseria aliviada no ha satisfecho mi alma. ¡Ah, amigo mío...! Me creo con las mayores fuerzas, quizá absurdas, pero no hay nada que las pueda humillar, ni las más duras penitencias de la religión pueden abatir. A veces, yendo a ver a mi madre, y estando sola en el campo, siento un deseo loco de gritar, y grito. Parece como si mi cuerpo sea la prisión dentro de la cual algún genio perverso oprime a una criatura que gime y espera las palabras misteriosas que deben romper un encantamiento. Pero la comparación no es muy justa. ¿No será algo distinto del cuerpo lo que se aburre en mí, si se me

permite esta expresión? ¿Por qué tengo que desear yo un sufrimiento que rompa la paz enervante de mi vida? ¿Es que la religión no llena mi alma y la lectura y sus tesoros no alimentan incesantemente mi espíritu? Si algún sentimiento, si alguna manía no viene en mi ayuda, me siento hundir en un abismo en el que todas las ideas se confunden, en el que el carácter queda disminuido, en el que las fuerzas estallan, en el que las cualidades se esfuman y en el que dejo de ser la criatura que la naturaleza ha querido que sea. Aquí tiene lo que significan mis gritos. Que esos gritos no le impidan a usted seguir mandándome flores. Su amistad es tan dulce y tan benéfica para mí que en los últimos meses ha conseguido que me reconciliase conmigo misma. Sí, me siento dichosa al saber que usted dirige una mirada amiga a mi alma árida y florecida a la vez, y que encuentra una palabra amable para amparar a su regreso a la fugitiva medio destrozada por haber montado el fogoso caballo de los sueños.

Cuando terminaba el tercer año de su matrimonio, Graslin, viendo que su mujer no se servía ya de sus caballos, y encontrando uno barato, los vendió; también vendió los coches, despidió al cochero, se dejó quitar el cocinero por el obispo y lo sustituyó por una cocinera. Dejó de dar dinero a su mujer, diciéndole que él pagaría todas sus facturas. Fue el marido más feliz del mundo al ver que esa mujer que le había proporcionado un millón no se oponía a nada. La señora Graslin, criada y educada sin saber qué era el dinero, sin haberse visto obligada a darle entrada como un elemento indispensable en su vida, carecía de mérito en su abnegación. Graslin encontró en un rincón del escritorio la nota de las cantidades que había entregado a su mujer, menos el que había empleado en limosnas y en su ropero, aunque en este aspecto no hizo derroches a causa de la esplendidez de su ajuar. Graslin ponderó a Verónica en todo Limoges como un modelo de mujer. Se dolió del lujo de su mobiliario y lo hizo embalar. Esas medidas conservadoras tuvieron una excepción: la habitación, el tocador y el gabinete de su mujer. Pero su solución carecía de sentido, pues los muebles se conservan igualmente bien sin fundas que con fundas. Hizo su habitación de la planta baja de la casa, donde estaban las oficinas, y reanudó su antigua vida, yendo a la caza de negocios con la misma actividad que en el pasado.

El auvernés se creyó un excelente marido al no faltar al almuerzo ni a la cena preparados por su mujer, aunque su falta de puntualidad fue tanta, que por lo menos diez veces al mes no comía con ella; por delicadeza le reclamó que nunca lo esperase a comer. No obstante, Verónica le esperaba siempre, para poderle servir ella misma, queriendo cumplir sus deberes de esposa en algún punto visible.

Nunca el banquero, a quien las cosas del matrimonio eran bastante indiferentes, aparte de que en su mujer sólo había visto sus setecientos cincuenta mil francos, advirtió la repugnancia de Verónica. Insensiblemente fue abandonando a la señora Graslin por sus negocios. Cuando quiso poner una cama en la alcoba contigua a su despacho, ella no opuso el menor reparo.

Así, a los tres años de matrimonio, esos dos seres desavenidos volvieron a su esfera primitiva, felices los dos por recobrarla. Él, codicioso de dinero, con una fortuna de un millón ochocientos mil francos, volvió con mayor intensidad a sus avaros hábitos, los cuales había olvidado momentáneamente; a sus dos empleados y al meritorio los instaló mejor y les mejoró la alimentación, y esto fue la diferencia entre el pasado y el presente. Su mujer tuvo una cocinera y una doncella, dos domésticas indispensables, pero exceptuando lo estrictamente necesario, no sacó un céntimo más de la caja para el sostenimiento de la casa. Feliz con el aspecto que tomaban las cosas, Verónica vio en la felicidad del banquero una compensación a la separación que ella nunca habría pedido; ella no sabía ser tan desagradable a Graslin como Graslin era repulsivo para ella. Ese divorcio secreto la hizo sentirse triste y alegre a la vez, pues esperaba que la maternidad diera algún interés a su vida; pero a pesar de la mutua resignación, los dos esposos habían llegado al año 1828 sin tener hijos.

Así, dentro de su magnífica vivienda, envidiada por toda una ciudad, la señora Graslin volvió a encontrarse como cuando vivía en el cuchitril de su padre, pero sin la esperanza y sin las alegrías infantiles que proporciona la ignorancia. Vivió allí entre las ruinas de sus fantasías, iluminada por una triste experiencia, sostenida por su fe religiosa y ocupada en el socorro de los pobres de la ciudad, a quienes colmó de bondades. Hacía pañales para niños, daba colchones y sábanas a los que dormían sobre paja; a todas partes iba con su doncella, una joven auvernesa que su madre se encargó de buscar y que le era fiel en cuerpo y alma; hizo de ella un virtuoso espía, encargándola que descubriese los sitios donde hubiese un sufrimiento que mitigar, una miseria que reducir. Este activo socorro, unido al más escrupuloso cumplimiento de sus deberes religiosos, siguió siempre en el más profundo misterio, aunque dirigida por los curas de la ciudad, con quienes Verónica se ponía de acuerdo para sus buenas obras y no dejar se perdiera en las manos del vicio el dinero útil para reparar desgracias inmerecidas. Durante ese período se ganó una amistad tan leal y preciosa como la del anciano Grossetête, y se convirtió en la oveja bien amada de un sacerdote extraordinario y perseguido por su mérito incomprendido, uno de los vicarios generales de la diócesis, el abate Dutheil.

Ese sacerdote pertenecía a la escasa parte del clero francés que se inclina hacia el lado de las concesiones, que desearía que la Iglesia se identificase con los intereses populares para que reconquistase, por medio de la aplicación de las auténticas doctrinas evangélicas, su antigua influencia sobre las masas, lo que podría canalizarlas hacia la monarquía. Fuese que el abate Dutheil hubiese reconocido la imposibilidad de hacer ver las cosas claras a la corte de Roma y al alto clero, fuese que hubiera sacrificado sus más íntimas opiniones a las de sus superiores, el hecho es que siempre siguió los caminos de la más estricta ortodoxia, aunque sabiendo perfectamente que la sola manifestación de sus principios le cerraba el camino del obispado. Ese sacerdote eminente reunía una gran humildad cristiana y un gran

carácter. Sin orgullo ni ambición, seguía en su puesto cumpliendo los deberes en medio de los peligros. Los liberales de la ciudad ignoraban los motivos de su conducta, pero se hacían eco de sus opiniones y le consideraban como un patriota, palabra que en el lenguaje católico significa revolucionario. Querido por los inferiores, quienes no se atrevían a proclamar su mérito, pero temido por sus iguales, quienes le vigilaban, preocupaba al obispo. Sus virtudes y su saber, causa quizá de envidias, impedían cualquier persecución contra él; era imposible encontrarle un defecto, aunque se permitía criticar los errores políticos por los cuales el trono y el clero se comprometían mutuamente; indicaba por anticipado los resultados infructuosos, como la pobre Casandra, maldita antes y después de la caída de su patria. A menos que hubiese una revolución, el abate Dutheil debía ser como una de esas piedras escondidas en los fundamentos de un edificio, sobre las cuales descansa. Se reconocía su utilidad, pero se le dejaba en su sitio, como a la mayoría de las inteligencias sólidas cuyo acceso al poder constituye un permanente temor para los espíritus mediocres. Si, como el abate Lamennais, hubiese cogido la pluma, seguramente que también lo habría fulminado la corte de Roma.

El abate Dutheil era imponente. Su exterior revelaba una de esas almas profundas, siempre uniformes y calmosas en su superficie. Su alta estatura y su delgadez no hacían mella en el efecto general de su aspecto, el cual recordaba aquel que el genio de los pintores españoles emplearon para representar plásticamente a los grandes meditadores monásticos, y el que recientemente ha podido observarse en Thorwaldsen respecto a los apóstoles. Casi rígidos, los largos pliegues de su cara, en armonía con los de su vestido, tenían ese encanto que la Edad Media puso de relieve en las estatuas místicas colocadas en el portal de sus iglesias. La gravedad del pensamiento, la de la palabra y la del acento, coincidían en el abate Dutheil, perfectamente acordes. Al mirar sus ojos negros, hundidos por las penitencias que se imponía, rodeados de un círculo oscuro, al ver su frente amarillenta como una piedra antigua, su rostro y sus manos casi descarnadas, nadie habría esperado que saliesen de su boca otras frases y consejos que los suyos. Esa grandeza puramente física, acorde con su grandeza moral, daban al sacerdote algo de altanero, de desdeñoso, inmediatamente desmentido por su modestia y por sus palabras, pero que no predisponían a su favor. En un rango elevado, esas cualidades le habrían proporcionado el ascendente necesario entre las masas, el que consiguen los hombres así dotados, pero los superiores no perdonan jamás a sus inferiores el poseer la parte externa de la grandeza, ni que desplieguen esa majestuosidad tan cara a los antiguos y que acostumbra a faltar en los órganos del poder moderno.

Por un hecho curioso que sólo parecerá natural a los más agudos cortesanos, el otro vicario general, el abate Grancour, hombre bajo y rechoncho, de tez colorada, ojos azules, y cuyas opiniones eran totalmente contrarias a las del abate Dutheil, iba frecuentemente con él, aunque sin hacer o decir nada que pudiera enemistarlo con el señor obispo, para quien habrían hecho cualquier sacrificio. El abate Grancour

reconocía los talentos de su colega, así como su mérito, admitiendo secretamente su doctrina y condenándola públicamente, ya que era una de esas personas a quienes la superioridad atrae e intimida al mismo tiempo que la detestan, pero que, no obstante, la cultivan.

—Me abrazaría en el momento de condenarme —decía de él el abate Dutheil.

El abate Grancour no tenía ni amigos ni enemigos y estaba destinado a morir siendo vicario general. Se dijo que le interesaba mucho Verónica por el deseo de aconsejar a una tan devota y caritativa mujer y el obispo aprobó su decisión; pero lo que en el fondo deseaba era poder pasar algunas tardes con el abate Dutheil.

Desde entonces, los dos sacerdotes visitaron a Verónica con regularidad, dándole una especie de informe periódico sobre los necesitados y discutir los medios de moralizarles a la vez que se les socorría. Pero de año en año el señor Graslin iba apretando los cordones de su bolsa al enterarse, a pesar de los ingeniosos engaños de su mujer y de Alina, de que el dinero que le pedía no se empleaba ni en la casa ni en vestir. Se enfureció cuando calculó lo que la caridad de su esposa costaba a la caja. Quiso pasar cuentas con la cocinera, se metió en las minuciosidades de la despensa y demostró sus condiciones de administrador probando prácticamente que la casa podía seguir muy bien con mil escudos anuales. Después llegó a un acuerdo con su mujer, de empleado a dueño, concediéndole para sus gastos cien francos al mes, y se vanaglorió de su concesión como de una magnificencia real. El jardín de la casa, dirigido por él, lo repasaba cada domingo el meritorio, a quien le gustaban las flores. Luego de despedir al jardinero, Graslin convirtió el invernadero en almacén, donde metió las mercancías que se le consignaban como garantía de los préstamos. Dejó que los pájaros murieran de hambre para suprimir el gasto de mantenerlos, y la pajarera quedó vacía. Y aún se aprovechó de un invierno que no heló para no pagar el transporte del hielo.

En el año 1828 no había ya nada de lujo que no hubiese desaparecido. La más estricta economía reinó sin oposición en la casa de los Graslin. El rostro del dueño, algo mejorado durante los tres años pasados al lado de su esposa, quien le hacía seguir con exactitud las prescripciones del médico, se puso más colorado, más ardiente, más rollizo... Los negocios se ampliaron tanto, que el meritorio, como su jefe actual en otros tiempos, ascendió a cajero y hubo que contratar los servicios de otro auvernés para realizar los trabajos pesados de la casa Graslin. Así, cuatro años después de la boda, esa mujer tan rica no pudo disponer ni de un escudo. A la avaricia de sus padres sucedió la avaricia de su marido. La señora Graslin no comprendió toda la importancia del dinero más que cuando atajaron su instinto caritativo.

A principios del año 1828 Verónica había recobrado la floreciente salud que hacía tan hermosa a la inocente joven sentada junto a su ventana de la vieja casa de la calle de la Cité; pero entonces había adquirido una considerable instrucción literaria, sabía pensar y conversar. Un sentido exquisito daba profundidad a todo lo que decía. Acostumbrada a las nimiedades mundanas, llevaba con sugestiva gracia los vestidos

de moda. Cuando por casualidad reaparecía en algún salón, se veía, no sin su sorpresa, rodeada de una especie de respetuosa estimación. Ese sentimiento y esa acogida se debieron a los dos vicarios y al viejo Gros setête. Conocedores de una tan hermosa y recogida vida, y de las bondades que atesoraba, el obispo y otras personas influyentes hablaron de esa flor de auténtica piedad, de esa violeta perfumada de virtudes, y se produjo entonces en favor de la señora Graslin una de esas reacciones que, lentamente preparadas, son de larga duración sin carecer de solidez.

Ese cambio de opinión canalizó la influencia local hacia el salón de Verónica, el cual, desde el mismo año, frecuentaron todas las personalidades de la ciudad, y he aquí el porqué. El joven vizconde de Grandville fue enviado, hacia finales de año, en calidad de suplente, al Tribunal de Limoges, precedido de la reputación que por anticipado se concede en provincias a todos los parisienses. Unos días después de su llegada, durante una velada en la prefectura, dijo, contestando a una pregunta algo torpe, que la mujer más simpática, la más espiritual y la más distinguida de la ciudad era la señora Graslin.

—¿Considera que es también la más hermosa? —preguntó la esposa del recaudador de contribuciones.

—No me atrevería a decirlo estando usted presente —replicó—. Tendría demasiadas dudas. La belleza de la señora Graslin no debe inspirarle a usted ninguna clase de celos; es una belleza que no se manifiesta a la luz del día. La señora Graslin es hermosa por lo que ella ama y usted es hermosa para todo el mundo. En la señora Graslin, el alma, una vez la agita un verdadero sentimiento, da a su rostro una expresión que la transfigura. Su fisonomía es como un paisaje triste en invierno, pero magnífico en verano: el mundo siempre la verá como en invierno. Cuando habla con algún amigo sobre cualquier tema literario o filosófico, o sobre cuestiones religiosas que le interesen, revive, se anima, y de repente aparece una mujer desconocida, de una hermosura maravillosa.

Esta declaración, fundada en la observación del mismo fenómeno que en otro tiempo hacía a Verónica tan hermosa cuando volvía de comulgar, sacudió a todo Limoges, donde el nuevo magistrado suplente, quien, según se decía, tenía casi segura la plaza de fiscal, desempeñaba el principal y más brillante papel. En todas las ciudades de provincias, cualquier hombre que esté unas pocas pulgadas por encima de los demás se convierte por un tiempo más o menos largo en el objeto de una manía admirativa muy cercana al entusiasmo, pero que puede ser engañoso y pasajero. Precisamente a esta clase de capricho social debemos los genios de distrito, gentes desconocidas y falsas superioridades incesantemente disgustadas. El hombre al que las mujeres ponen de moda casi siempre es un forastero y muy pocas uno nacido en la región; pero en lo que se refiere al vizconde de Grandville, esa admiración, por rara casualidad, no era infundada. La señora Graslin era la única mujer con la cual el parisién pudo exponer sus pensamientos y sostener amenas conversaciones.

Pocos meses después de su llegada, el sustituto, atraído por el encanto cada día en

aumento, de la conversación y modales de Verónica, propuso al abate Dutheil y a algunos notables de la ciudad ir a jugar al *whist* a casa de la señora Graslin. Desde entonces Verónica recibió cinco días a la semana, pues, según dijo, quería dos días libres para las labores domésticas.

Cuando la señora Graslin tuvo a su alrededor a los únicos hombre superiores de la ciudad, hubo otros que no dejaron de concederse a sí mismos un sello de distinción asistiendo a sus reuniones y figurando en el círculo de sus amistades. Verónica admitió en su casa a tres o cuatro oficiales de la guarnición y del Estado Mayor. La libertad intelectual de que gozaban sus huéspedes, la discreción que fue norma sin necesidad de acuerdo previo y la adopción de Jos modales de la más distinguida sociedad, fueron la razón de que Verónica se mostrase muy escrupulosa antes de conceder a nadie el honor de su compañía. Las mujeres de la ciudad no vieron sin celos el que a la señora Graslin la rodeasen los hombres más inteligentes y más gentiles de Limoges; pero su poder se había extendido ya tanto entonces que cada día fue más reservada. Aceptó en sus salones a cuatro o cinco mujeres llegadas de París con sus maridos, las cuales sentían verdadero horror por el comadreo de provincias. Si algún extraño a ese círculo distinguido y restringido hacía una visita a la casa, por un acuerdo tácito se cambiaba inmediatamente de tema, y los invitados habituales hablaban únicamente de cosas triviales, o callaban. Así, pues, la residencia de los Graslin se convirtió en un oasis en el que los espíritus selectos pudieron sacudirse el tedio de la vida provinciana y las personas que ocupaban algún cargo oficial pudieron hablar abiertamente de política sin temer que sus palabras se repitiesen, bromeando con todo lo que era risible, y todos y cada uno pudieron desprenderse de las exigencias profesionales para entregarse a su verdadero carácter. Así, después de haber sido la más oscura joven de Limoges, después de haber sido considerada como una nulidad, fea y tonta, a principios del año 1828 la señora Graslin era considerada como la figura más destacada de la ciudad y la más célebre del mundo femenino.

Nadie iba a verla por la mañana, ya que todos sabían sus costumbres respecto a la beneficencia y la puntualidad de sus prácticas religiosas; casi todos los días iba a la primera misa, para no llegar tarde al desayuno de su marido, quien no era regular en sus horas de comer, pero quería ser ella quien le sirviese. Graslin terminó por acostumbrarse a su mujer en ese pequeño detalle. Jamás dejaba Graslin de elogiar a su esposa, a la que encontraba realmente perfecta toda vez que nada le pedía y él podía ir amontonando escudos y extenderse en el terreno de los negocios; había entrado en relaciones con la casa Brézac, y navegaba con un andar ascendente y progresivo por el océano comercial; también su sobreexcitada pasión por el lucro le mantenía en el sereno y enervante furor de los jugadores atentos a los grandes acontecimientos del tapete verde de las especulaciones.

Durante esos felices días, y hasta principios del año 1829, la señora Graslin, a los ojos de sus amigos, llegó a un punto de hermosura extraordinario, cuyas razones jamás se explicaron. El azul del iris aumentó como una flor al abrirse y disminuyó el

círculo oscuro de sus pupilas, pareciendo como templado por un resplandor mortecino y lánguido, henchido de amorosidad. Se vio como brillaba su frente iluminada por los pensamientos, por los recuerdos de momentos felices y sus contornos se fueron purificando a raíz de cierto fuego interior. Su cara perdió los tonos ar dientes y morenos que revelaban un principio de hepatitis, la enfermedad de los temperamentos fuertes o de las personas cuya alma sufre, o cuyos afectos se ven contrariados. Sus sienes adquirieron una adorable lozanía. En algunos momentos, fugaces, su rostro recordaba la celeste expresión de algunas mujeres de Rafael. Sus manos parecían más blancas, sus hombros adquirieron una deliciosa plenitud, sus movimientos animados y ágiles dieron a su talle, flexible y elástico, todo su valor. Las mujeres de la ciudad la acusaron de estar enamorada del señor de Grandville, quien a su vez la cortejaba asiduamente y a lo que Verónica opuso el valladar de una piadosa resistencia. El sustituto le rendía una de esas admiraciones respetuosas que no engañaban a los habituales del salón. Los sacerdotes y las personas inteligentes pronto se dieron cuenta de que si el afecto era auténtico amor en el joven magistrado, en la señora Graslin no rebasaba los límites admitidos. Cansado por una defensa apoyada en los sentimientos más religiosos, el vizconde de Grandville tuvo, según supieron los más íntimos de esa sociedad, amigas más fáciles, las cuales no se oponían a la admiración y al casi culto por la hermosa señora Graslin, pues por ese nombre se la conocía entonces en Limoges.

Los más perspicaces atribuyeron ese cambio de aspecto que hacía a Verónica aún más encantadora para sus amistades, a las secretas delicias que experimenta toda mujer, incluso la más religiosa, al verse cortejada; a la satisfacción de vivir finalmente en el ambiente más a propósito para su carácter; al placer del diálogo, lo que había disipado el hastío en que vivía; a la dicha de verse rodeada de hombres amables, instruidos, de verdaderos amigos, cuya amistad y afecto crecían de día en día.

Probablemente se habrían necesitado otros observadores más sagaces, más profundos o más conocedores de las costumbres de la casa para adivinar la primitiva grandeza, la fuerza de su origen, que Verónica había arrinconado en el fondo de su alma. Si alguna vez se la sorprendía en actitud sombría, o simplemente pensativa, sus amigos sabían que era porque llevaba en el corazón muchas miserias, que durante la mañana debía haber sabido de muchos dolores, que debió haber penetrado en las entrañas del vicio, espantoso en su desnudez. A menudo el sustituto, ya convertido en fiscal, le reprochó alguna obra de caridad inteligente que, en el secreto de los sumarios correccionales, la justicia había considerado como crímenes.

—¿Necesita usted dinero para sus pobres? —le preguntaba entonces el señor Grossetête, cogiéndole la mano—. Si es así, me gustaría ser cómplice de sus obras.

—Es imposible hacer que todo el mundo sea rico —respondía ella con un suspiro.

A principios de ese año aconteció lo que debía cambiar por completo la vida interior de Verónica y metamorfosear la magnífica expresión de su rostro, haciendo

de ella un modelo mucho más interesante a los ojos de los pintores. Muy inquieto por su salud, Graslin no quiso, a pesar de la contrariedad de su mujer, seguir durmiendo en la planta baja y volvió a las habitaciones conyugales, donde dejó que le cuidaran. Pronto corrió por la ciudad la noticia de que la señora Graslin estaba embarazada; su tristeza, mezclada de alegría, preocupó a sus amistades, quienes entonces se dieron cuenta de que, no obstante sus virtudes, su felicidad fue vivir separada de su marido. Quizá había ella esperado un mejor destino desde el día en que el fiscal empezó a hacerle la corte, habiendo él rechazado a la más rica heredera del Lemosín. Desde entonces, los sagaces políticos que entre dos partidas de *whist* investigaban los sentimientos y las fortunas, entraron en la sospecha de que el abogado y la joven esposa fundaron, debido al estado enfermizo del banquero, esperanzas casi destruidas por ese acontecimiento. Las preocupaciones que marcaron aquel período de la vida de Verónica, las inquietudes que el primer parto causa a la mujer, y que, según dicen, ofrece serios peligros cuando ha pasado ya la primera juventud, hicieron que sus amigos viviesen pendientes de ella, y cada uno desplegó mil pequeños cuidados que le demostraron lo vivos y sólidos que eran sus afectos.

CAPÍTULO II

TASCHERON

En ese mismo año Limoges fue escenario del terrible espectáculo y del drama singular del proceso contra Tascheron, durante el cual el joven vizconde de Grandville tuvo ocasión de desplegar la inteligencia que más tarde le valió el nombramiento de procurador general.

A un anciano que vivía en una casa aislada del barrio de San Esteban lo encontraron asesinado. Un gran huerto con árboles frutales separa esa casa del resto del barrio, y un jardín la separa del campo. En el fondo del jardín hay los antiguos invernaderos abandonados. El río Vienne forma, frente a esa construcción, un pronunciado talud cuya inclinación permite distinguir desde allí el río. El patio en pendiente termina en el ribazo por medio de un pequeño muro en el cual, de trecho en trecho, se levantan unos pilares unidos entre sí por una verja que es más adorno que protección, pues sus barrotes son de madera pintada.

Ese anciano, llamado Pingret, famoso por su avaricia, vivía con una sirvienta, una campesina a la que le obligaba a hacer todo el trabajo de la casa. Él plantaba los rodrigones, podaba los árboles, recogía el fruto y lo mandaba a la ciudad, donde lo vendía, igual que hacía con todo lo que sacaba del huerto. La sobrina de ese anciano y su única heredera, casada con un pequeño rentista de la ciudad, el señor Des Vanneaulx, le pidió repetidas veces a su tío que contratase a un hombre para vigilar la casa, queriendo demostrarle que saldría ganando con el fruto de varias parcelas con árboles frutales, pero siempre se negó a escucharla. Esa negativa en un avaro reconocido daba pie a numerosas habladurías en las casas donde los Vanneaulx pasaban las veladas. Algunas veces las más divergentes opiniones interrumpieron una partida de boston. Varios espíritus sagaces llegaron a la conclusión de que en su casa se escondía un tesoro.

—Si yo estuviera en el lugar de la señora Des Vanneaulx —decía un gracioso—, no atormentaría a mi tío; si lo asesinan, ¿qué? Ya lo han asesinado. Y yo el heredero.

La señora Des Vanneaulx deseaba conservar a su tío lo mismo que los empresarios del Teatro Italiano quieren conservar la garganta de un famoso tenor, poniéndole su propio abrigo cuando el tenor ha olvidado el suyo. Había ofrecido a Pigret un soberbio perro de presa, pero el anciano se lo había devuelto por Juana Malassis, la criada.

—Su tío no quiere ninguna boca más en la casa —le dijo a la señora Des Vanneaulx.

El suceso probó lo fundados que eran los temores de la sobrina. A Pigret lo asesinaron en una negra noche, en un alfalfar, donde sin duda estaba añadiendo unos

luises a un cacharro lleno de oro. La criada, a quien despertó la lucha, tuvo el valor de acudir en ayuda del viejo avaro, y el asesino se vio obligado a matarla para suprimir a un testigo. Ese cálculo, que obliga casi siempre a los asesinos a aumentar el número de sus víctimas, es una calamidad engendrada por la pena capital que tienen en perspectiva. El doble asesinato estuvo rodeado de circunstancias extrañas, las cuales dieron tantas oportunidades a la defensa como a la acusación.

Cuando los vecinos se dieron cuenta de que en toda la mañana ni el viejo Pigret ni su criada salieron de la casa; cuando en sus idas y venidas la fueron observando a través de la verja de madera y vieron, contra la costumbre, cerradas las puertas y las ventanas, corrió un rumor por el barrio de San Esteban que llegó hasta la calle de las Campanas, donde vivía la señora Des Vanneaulx. La sobrina tenía siempre el miedo de que sucediera una catástrofe; avisó a la policía y forzaron las puertas. Pronto vieron en los cuatro bancales cuatro agujeros vacíos, y muy cerca los restos de unas jarras que la víspera estarían llenas de oro. Los cadáveres del abuelo Pigret y de Juana Malassis los enterraron con sus propios vestidos en dos fosas que no llegaron a llenar de tierra. La infeliz muchacha acudió descalza y en camisa.

Mientras el procurador del rey, el comisario de policía y el juez de instrucción recogían los elementos procesales, el infortunado Des Vanneaulx recogía los restos de las jarras y hacía cálculos sobre la cantidad robada. Los magistrados estuvieron de acuerdo en los cálculos que hizo, estimando en mil monedas por jarra el tesoro desaparecido; pero las monedas ¿eran de cuarenta y ocho o de cuarenta, de veinticuatro o de veinte francos?

Todos los que en Limoges esperaban alguna herencia compartieron la pena de los Vanneaulx. La imaginación lemosina fue vivamente estimulada por el espectáculo de las jarras rotas. En cuanto al abuelo Pigret, que iba con frecuencia a vender las verduras de su huerto al mercado de la ciudad; que vivía de cebollas y pan; que no gastaba ni trescientos francos anuales; que no se relacionaba con nadie, y que no había hecho ni una onza de bien en el barrio, no suscitó la menor pena. En cuanto a Juana Malassis, su heroísmo, que el viejo avaro no habría tratado de recompensar, se consideró intempestivo; el número de personas que lo admiraron fue muy reducido en comparación con las que exclamaron: «Yo habría seguido durmiendo tan tranquilamente». Los funcionarios de la justicia no hallaron en esa casa ni pluma ni tinta para escribir, tan desnuda, tan fría y siniestra. Los curiosos y los herederos se dieron cuenta entonces de los contrasentidos que se dan en ciertos avaros. El terror del anciano por cualquier gasto se veía en los techos, con grandes boquetes por donde entraban la luz, la lluvia, la nieve; en los verdes lagartos que recorrían las paredes; en las puertas carcomidas y expuestas a caer si se las golpeaba y en el papel que sustituía a los cristales de las ventanas, ninguna de las cuales tenía cortinas; el hogar aparecía abandonado, sin morillos, y en un rincón un solo leño ennegrecido por el hollín que caía de la chimenea; el resto de la vivienda eran unas sillas cojas, dos jergones delgados y sucios, unas cacerolas abolladas, unos platos descascarillados, un par de

sillones desvencijados, una mesa escritorio roída por la carcoma en la que guardaba las semillas, unas sábanas que ya eran pingajos de tantos retales y zurcidos, harapos mugrientos y desechos que únicamente se tenían de pie gracias a la voluntad de su dueño y que, muerto éste, se convirtieron en girones, en polvo, en una disolución química, en ruinas, en no se sabe qué de innominado en cuanto las brutales manos del furioso heredero o las de los funcionarios los tocaron. Todas esas cosas desaparecieron como asustadas por acabar en una subasta pública.

La mayoría de la población de la capital del Lemosín se interesó durante mucho tiempo por esos simpáticos señores Vanneaulx, quienes tenían dos hijos; pero cuando la justicia creyó haber encontrado al presunto autor del crimen, este personaje absorbió su atención, convirtiéndose en un héroe, y los Vanneaulx se quedaron en la sombra.

Hacia fines de marzo la señora Graslin había sentido alguna de las molestias que produce un primer embarazo y que no pueden ocultarse. La justicia informó entonces del crimen cometido en el barrio de San Esteban, y el asesino aún no había sido detenido. Verónica recibía a sus amigos en su propio dormitorio, donde se jugaba la partida de cartas. Desde hacía algunos días la señora Graslin no salía a la calle, y había tenido ya algunos de esos antojos atribuidos a una mujer embarazada; su madre iba a verla casi todos los días, y las dos mujeres pasaban juntas horas enteras. Eran las nueve de la noche, las mesas sin jugadores, y todos hablaban del asesinato y de los De Vanneaulx. Llegó el fiscal.

—Ya tenemos al asesino del abuelo Pigret —dijo con acento de triunfo.

—¿Quién es? —le preguntaron todos a la vez.

—Un obrero que trabaja en la porcelana, con una buena conducta siempre. Trabajaba en la antigua fábrica de su marido —dijo volviéndose hacia la señora Graslin.

—¿Cómo se llama? —preguntó Verónica con voz débil.

—Juan Francisco Tascheron.

—¡Desdichado! —exclamó ella—. Sí, le he visto muchas veces; mi pobre padre me había hablado de él como de un buen hombre.

—Cuando falleció el señor Sauviat ya no trabajaba allí y había pasado a la fábrica de los señores Philippart, quienes le ofrecieron mejor jornal —respondió la vieja Sauviat—. ¿Ustedes creen que el estado de mi hija le permite escuchar esta conversación? —preguntó mirando a la señora Graslin, que se había quedado tan blanca como una sábana.

Desde esa velada la anciana madre Sauviat dejó su casa y, a pesar de sus sesenta y seis años de edad, se convirtió en la enfermera de su hija. No salía de la habitación, y los amigos de la señora Graslin la veían siempre allí, heroicamente instalada en la cabecera de la cama, donde se entregaba a su eterna labor de punto, envolviendo con la mirada a su Verónica como cuando tuvo la viruela, contestando por ella y no siempre permitiendo visitas. El amor maternal y filial de la madre y de la hija era tan

conocido en Limoges que la actitud de la anciana no extrañó a nadie.

Unos días después, cuando el fiscal, creyendo entretener a la paciente, pretendió contar detalles de Juan Francisco Tascheron, ávidamente buscados por toda la ciudad, la Sauviat le interrumpió bruscamente, diciéndole que podía causar pesadillas a la señora Graslin. Mirándole fijamente, Verónica pidió al señor de Grandville que terminara la narración. Y así los amigos de la señora Graslin fueron los primeros en enterarse del resultado de las indagaciones, las cuales no tardarían en publicarse. He aquí, aunque sucintamente, los elementos del acta de acusación que preparaba el juzgado.

Juan Francisco Tascheron era hijo de un modesto granjero cargado de hijos que vivía en la aldea de Montégnac. Veinte años antes de ese crimen, famoso en todo el Lemosín, el distrito de Montégnac se recomendaba por sus perversas costumbres. El juzgado de Limoges decía que de cada cien condenados del departamento cincuenta pertenecían al distrito de Montégnac. Desde el año 1816, dos después de que llegase el cura Bonnet, Montégnac había ido perdiendo su triste reputación, y sus habitantes habían dejado de mandar su contingente a la audiencia. Ese cambio se atribuyó generalmente a la influencia del padre Bonnet sobre los moradores de la aldea, en otro tiempo nido de infames sujetos que desolaban la región. El crimen de Juan Francisco Tascheron le devolvió de golpe su antigua fama. Por un insigne efecto de la casualidad, la familia Tascheron era quizá la única de la región que había conservado sus ejemplares costumbres y su religiosidad, lo cual los observadores ven hoy como va desapareciendo de la vida campesina; había, pues, proporcionado un punto de apoyo al sacerdote, quien, como es natural, la llevaba en el corazón. Esta familia, notable por su honradez, por su unión, por su amor al trabajo, sólo había dado buenos ejemplos a Juan Francisco Tascheron. Llevado a Limoges por la loable ambición de crearse honradamente un porvenir, el muchacho salió de la aldea entre las reconvenciones y lamentos del resto de su familia y de los amigos que le apreciaban. Durante los dos años de su aprendizaje, su conducta fue digna de elogio, y nada podía hacer prever el terrible crimen que le costaría la vida. Juan Francisco Tascheron estudiaba durante el tiempo que los demás obreros malgastaban en francachelas o en la taberna. Las más minuciosas investigaciones de la justicia provincial, la cual dispone de mucho tiempo, no pudieron aportar ninguna luz sobre los secretos de esa existencia. Minuciosamente interrogada, la dueña de la pensión donde vivía Juan Francisco dijo que nunca tuvo un huésped de costumbres más morigeradas. Su carácter era amable y tranquilo, casi alegre. Aproximadamente un año antes de cometer el crimen, su humor pareció cambiar, pasó algunas noches fuera de casa, y a veces varias noches seguidas, pero ¿dónde las pasaba? Ella lo ignoraba. Alguna vez pensó, viendo el barro de sus zapatos, que el muchacho había andado por el campo. Aunque evidentemente salía de la ciudad, en vez de usar zapatos con suela claveteada, se ponía escaarpines. Antes de salir, se afeitaba, se perfumaba y se cambiaba de ropa interior. La investigación se extendió hasta las casas sospechosas y

las de mujeres de mala vida, pero Juan Francisco era un desconocido. El juez trató entonces de informarse entre las obreras y modistillas, pero ninguna de las mujeres cuya conducta se sabía era ligera tuvo relación alguna con el inculpado. Un crimen sin motivo es algo inconcebible, especialmente cuando el reo es un hombre joven y a quien, por su tendencia a la instrucción y por su ambición, se le deben suponer pensamientos, ideas y sentimientos superiores a los de los otros trabajadores. El juzgado y el juez de instrucción atribuyeron el asesinato cometido por Tascheron a la pasión del juego, pero después de una minuciosa búsqueda quedó plenamente demostrado que el detenido no sabía jugar. Desde un principio, Juan Francisco se encerró en un sistema de negativas que tenía que sucumbir frente a las pruebas aportadas por el jurado, pero demostró que allí había una persona muy conocedora de los procedimientos judiciales, o dotada de una inteligencia superior. Las pruebas, y sólo exponiendo las principales, eran, como en la mayoría de los casos de asesinato, graves y ligeras a la vez: el haber salido de casa la noche del crimen, sin que quisiera decir dónde la había pasado; el detenido no trataba ni de urdir una coartada; un trozo de su blusa, arrancado por la desdichada sirvienta durante la lucha, arrastrado por el viento y encontrado en un árbol; su presencia en los alrededores de la casa del crimen, observada por algunos transeúntes y por gente del barrio y la cual, de no cometerse el crimen, no se habría acordado de él; una llave falsa fabricada por él mismo, para entrar por la puerta que daba al campo, y hábilmente enterrada en uno de los agujeros, a dos pies de profundidad, habiéndolos registrado el señor Des Vanneaulx, por si el tesoro estaba también en otro piso. La indagación terminó por encontrar quién había proporcionado el hierro, quién prestó las herramientas y quién le dio la lima. La llave fue el primer indicio y el que puso sobre la pista de Tascheron, a quien detuvieron en los límites del departamento, en un bosque donde esperaba el paso de la diligencia. Una hora más tarde, y habría podido embarcar para América. Por último, y a pesar del cuidado con que se borraron las huellas de pasos marcadas en las tierras de labor y en el barro del camino, el guarda rural encontró las de unos esarpines, minuciosamente descritas y conservadas. Cuando se investigó en la casa de Tascheron, las suelas de sus esarpines, adaptadas a las huellas, correspondieron perfectamente. Esa fatal coincidencia confirmó las observaciones de la curiosa dueña de la pensión. El juzgado atribuyó el crimen a una influencia extraña y no a una decisión personal. Se creyó en la existencia de un cómplice ante la desaparición de la cantidad robada. Por fuerte que sea un hombre, le es imposible llevar muy lejos veinticinco mil francos en oro. Si en cada una de las jarras había esa cantidad, para transportar las cuatro fueron necesarios cuatro viajes. Y una circunstancia singular permitió precisar la hora en que se cometió el crimen. Ante el terror que tuvo que sufrir la infeliz Juana Malassis al oír los desesperados gritos de su dueño, al saltar de la cama derribó la mesilla de noche donde tenía su reloj. Ese reloj, único regalo que su dueño le había hecho en cinco años, se rompió con el choque, y señalaba las dos de la madrugada. A mediados de marzo, cuando se cometió el crimen, amanece entre

las cinco y las seis de la mañana. Por corta que fuera la distancia adonde se llevaran las cantidades robadas, Tascheron no había podido, dentro del círculo de hipótesis imaginadas por el juzgado, realizar ese trabajo por sí solo. El cuidado con que Tascheron borró las huellas, olvidándose de las suyas, aseguraba una misteriosa cooperación. Obligada a fantasear, la justicia, atribuyó el crimen a un frenesí amoroso, y el objeto de esa pasión no debía de pertenecer a la clase inferior de la sociedad, y de ahí que mirase hacia la clase superior. ¿Acaso alguna burguesa, segura de la discreción de un joven, había iniciado un romance cuyo desenlace era algo horrible? Esa presunción quedaba casi justificada por una serie de detalles del crimen: el viejo había sido asesinado a golpes de pala. Quedaba bien claro que el asesinato fue la consecuencia de una fatalidad súbita, imprevista, fortuita. Los dos amantes debían de estar de acuerdo para cometer el robo, pero no para asesinar. El enamorado Tascheron y el avaro Pigret, dos pasiones implacables, debieron de encontrarse en el mismo camino, atraídos los dos por el oro en las espesas tinieblas de la noche. A fin de encontrar un rayo de luz en tan sombría situación, la justicia empleó contra una hermana muy querida de Juan Francisco el recurso de detenerla e incomunicarla, esperando invadir por medio de ella los misterios de la vida privada de su hermano. Dionisio Tascheron se encerró en un sistema de negativas dictado por la prudencia, lo que hizo recaer sobre ella la sospecha de que conocía las causas del crimen, aunque en realidad no supiera nada. Esa detención fue una mancha en su vida. El detenido descubría un carácter muy raro en la gente de pueblo: evitó caer en las trampas que le tendían los más hábiles sabuesos con quienes se enfrentó, y en nada demostró su carácter.

Para las personas destacadas de la magistratura, Juan Francisco era, pues, el criminal, pero un criminal por pasión, no por necesidad, como la mayoría de los asesinos vulgares, quienes han pasado por la policía correccional y por la cárcel antes de caer en el último delito. Se realizaron prudentes y activas investigaciones en ese sentido, pero la invariable discreción del criminal dejó a la instrucción sin elementos. Una vez admitida la plausible novela de una pasión por una mujer de la alta sociedad, Juan Francisco sufrió más de un interrogatorio capcioso, pero su discreción triunfó de todas las torturas morales que la habilidad del juez le imponía. Cuando en un último esfuerzo el magistrado dijo a Tascheron que la persona por quien había cometido el crimen era conocida y estaba detenida, no se inmutó, y se limitó con responder, no sin ironía:

—Me gustaría mucho conocerla...

Al saber todas esas circunstancias, fueron muchos los que participaron de las sospechas de los magistrados, aparentemente confirmadas por el obstinado silencio del acusado, quien fue objeto del mayor interés, especialmente porque constituía un verdadero problema. Fácil es comprender que todas las circunstancias atrajeron la curiosidad pública, y la avidez con que seguramente se seguirían las incidencias del juicio. A pesar de los sondeos de la policía, el sumario se detuvo justo en el umbral de

la hipótesis, pues al traspasarlo podían encontrarse con tantas complicaciones y entrañaba tales peligros... En determinados casos judiciales, las casi certezas no les bastan a los magistrados. Se espera, pues, que la verdad surja el día que se vea la causa, durante la cual muchos criminales confiesan.

El señor Graslin fue uno de los jurados nombrados por la audiencia, de manera que, fuese por su marido, fuese por el señor de Grandville, Verónica sabría los menores detalles del proceso, el cual, durante unos quince días, tuvo en vilo al Lemosín y a Francia.

La actitud del acusado justificó la actitud de la ciudad después de las conjeturas de la justicia; más de una vez su mirada se perdió entre los grupos de las distinguidas mujeres que fueron al juicio para saborear las mil emociones de ese drama real. Cada vez que sus ojos se detuvieron en la elegante tribuna, con mirada clara pero impenetrable, hubo entre ellas violentos estremecimientos, pues cada mujer temía que a los ojos inquisitoriales del juzgado y del tribunal pareciese su cómplice. Los inútiles esfuerzos del juez instructor aparecieron entonces a la luz del día, comprendiéndose las precauciones que tomó el acusado para asegurar el completo éxito de su crimen. Unos meses antes de la noche fatídica, Juan Francisco se proporcionó un pasaporte para Norteamérica. La manera con que había preparado el proyecto de abandonar Francia hacía suponer que la mujer debía de estar casada, ya que hubiera sido inútil tratar de huir con una soltera. Tal vez el crimen tuvo como finalidad mantener incógnita la personalidad de la desconocida. La justicia no encontró en los registros de la administración ningún pasaporte expedido a nombre de ninguna mujer para ese país. Ante la posibilidad de que la cómplice se hubiese procurado un pasaporte en París, se habían consultado los registros de la capital, pero con resultado negativo, lo mismo que los de los departamentos limítrofes. Los más mínimos detalles del juicio descubrieron que intervino una inteligencia superior. Si las damas lemosinas más virtuosas atribuían el inexplicable uso en la vida normal de escaarpines para andar por el barro y los huertos a la necesidad de espiar al viejo Pigret, a los hombres menos vanidosos les encantaba explicar lo útiles que eran los escaarpines para andar sin ser oído desde el interior de una casa, y recorrer los pasillos, o saltar por las ventanas sin hacer ruido.

Entonces, Juan Francisco y su amante (joven, hermosa, romántica...; cada cual se la imaginaba a su gusto) habían, evidentemente, pensado añadir un nombre falso y *su esposa* en el pasaporte. Cada noche se interrumpían las partidas en los salones, con recuerdos maliciosos de los que, retrocediendo al marzo de 1829, querían precisar qué señoras habían hecho por aquellos días un viaje a París, y cuáles habían, ostensible o secretamente, hecho preparativos para un largo viaje. Limoges disfrutó entonces de su propio proceso Fualdès, engalanado con una señora Manson desconocida. Tampoco nunca una ciudad de provincias vivió tan intrigada como Limoges al terminar las sesiones de la audiencia. Incluso se soñaba con el proceso, el cual agigantaba la figura del procesado, cuyas respuestas sabiamente repasadas,

observadas y comentadas eran la causa de inacabables discusiones. Cuando uno de los jurados le preguntó por qué se había procurado un pasaporte para América, el obrero respondió que quería establecer allí una manufactura de porcelana. Así, sin comprometer su sistema de defensa, cubría una vez más a su cómplice al permitir que cada cual pudiese atribuir su crimen a la necesidad de procurarse los fondos necesarios para llevar a término su ambicioso proyecto.

En el punto más agudo de esos debates les fue imposible a los amigos de Verónica, durante una velada en la que parecía encontrarse mejor, no intentar hallar una explicación a la discreción del criminal. El día anterior el médico había prescrito a Verónica un paseo. La misma mañana se había cogido del brazo de su madre para ir, después de dar una vuelta por la ciudad, a la casa de campo de la Sauviat, donde descansó. Al regresar se obstinó en seguir levantada y sirvió, como de costumbre, la cena a su marido; Graslin no regresó del tribunal hasta las ocho y Verónica tuvo que oír la discusión de sus amigos.

—Si mi padre aún viviese —les dijo—, habríamos sabido muchas cosas más de ese hombre, y quizá no se habría convertido en un criminal. Pero les veo a todos ustedes preocupados por una idea realmente extraña. Pretenden que el amor ha sido el principio del crimen, y comparto su opinión. Pero ¿qué les hace creer que la desconocida es una casada? ¿No pudo el criminal estar enamorado de una soltera a quien el padre y la madre le negasen el consentimiento para casarse?

—Una muchacha soltera habría podido más tarde pertenecerle legítimamente —le respondió el señor de Grandville—. Tascheron es un hombre que no carece de paciencia; habría tenido tiempo para hacerse un porvenir y esperar el momento en el que toda mujer es libre para casarse contra la voluntad de sus padres.

—Ignoraba —dijo la señora Graslin— que una boda así fuese posible; pero ¿cómo, en una ciudad en que todo se sabe, donde todos pueden ver lo que sucede en la casa del vecino, no hubo la menor sospecha? Para que se quieran dos personas es preciso verse o haberse visto. ¿Qué piensan ustedes de esto, señores magistrados? —preguntó mirando fijamente a los ojos del fiscal.

—Todos creemos que la mujer pertenece a la clase burguesa o al comercio.

—Yo pienso lo contrario —dijo la señora Graslin—. Una mujer de ese género no tiene unos sentimientos muy elevados.

Esa respuesta concentró todas las miradas en Verónica, y cada uno esperó una explicación a sus paradójicas palabras.

—Durante las horas que paso cada noche sin dormir, o de día en mi cama, me ha sido imposible no pensar en este misterioso asunto, y he creído adivinar los motivos de Tascheron. Vean por qué he pensado en una muchacha joven y soltera. Una mujer casada tiene unos intereses, si no son sentimientos, que dividen su corazón y le impiden la exaltación que inspira una pasión tan ardiente. No hace falta tener ningún hijo para concebir un amor que reúna los sentimientos maternos y los que proceden del deseo. Evidentemente, ese hombre ha sido amado por una mujer que quería ser su

sostén. La desconocida habrá llevado en su pasión el genio al que se deben las grandes obras de los artistas, de los poetas, y que también se da en la mujer, aunque bajo una forma distinta, destinada a crear hombres y no cosas. Nuestras obras son nuestros hijos. Nuestros hijos son nuestros cuadros, nuestros libros, nuestras esculturas. ¿No somos, en nuestra educación primera, unos artistas? Así, me dejaría cortar la cabeza que si la desconocida no es soltera, tampoco es madre. A los que forman parte del tribunal les haría falta la agudeza de las mujeres para adivinar los mil matices que se les escapan, y en todas las ocasiones. Si yo hubiese sido su suplente —dijo, dirigiéndose al fiscal—, habríamos encontrado a la culpable, dado el caso de que la desconocida sea culpable. Admito, como el señor abate Dutheil, que los dos amantes se propusiesen escaparse y puesto que carecían de dinero para vivir en América, pensaron en el tesoro del señor Pigret. El robo engendró el asesinato por la lógica fatal que inspira la pena de muerte a los criminales. Así, pues —dijo ella, dirigiendo una suplicante mirada al fiscal—, sería algo digno de usted retirar la agravante de premeditación, salvando así la vida de ese desdichado. Tascheron es bueno, a pesar de su crimen, y tal vez se reivindicaría con un verdadero arrepentimiento. ¿No hay en estos tiempos nada mejor que exigirle su cabeza, o levantar, como en tiempos pasados, la catedral de Milán, para expiar unas culpas?

—Señora, sus ideas son sublimes —dijo el fiscal—, pero una vez descartada la premeditación, Tascheron seguirá bajo el peso de la pena de muerte a causa de otras agravantes plenamente demostradas y que acompañaron al robo: nocturnidad, escalo, fractura, etc.

—Entonces, ¿usted cree, que será condenado? —preguntó ella bajando los párpados.

—Estoy seguro; la acusación conseguirá la victoria.

Un leve movimiento convulsivo agitó a la señora Graslin.

—Siento frío...

Se cogió del brazo de su madre y se fue a dormir.

—Hoy se encuentra mejor —dijeron sus amigos.

Al día siguiente, Verónica estuvo a las puertas de la muerte. Cuando el médico expuso su extrañeza por encontrarla a punto de expirar, ella le contestó sonriendo:

—¿No le dije que el paseo no me valdría para nada?

Desde que empezó el juicio, en Tascheron no hubo ni fanfarronería ni hipocresía. El médico, para distraer a la enferma, intentó explicarle esa actitud, que los defensores explotaban. La inteligencia de su abogado deslumbraba al acusado, hasta creer que escaparía a la pena de muerte, decía el médico. En ciertos momentos se veía en su rostro una esperanza que acusaba una felicidad mayor que la de vivir. Los antecedentes de la vida de ese hombre, de veintitrés años de edad, se contradecían de tal modo con sus actos, que sus defensores consideraban su actitud como una conclusión. Finalmente las pruebas, agobiantes según la hipótesis de la acusación, se convertían en algo tan endeble ante el alegato de la defensa, que su cabeza en disputa

parecía inclinarse en favor de su abogado. Para salvar la vida de su cliente, el defensor se batió a ultranza en el terreno de la premeditación, admitió hipotéticamente la premeditación del robo, pero no la de los asesinatos, resultado de unas luchas inesperadas. El éxito pareció dudoso para el acusador y para la defensa.

Después de la visita del médico, Verónica recibió la del fiscal, quien iba a verla todas las mañanas antes de ir a la audiencia.

—He leído los alegatos de ayer —le dijo ella—. Hoy se iniciarán las réplicas, y estoy tan interesada por el acusado que me gustaría se salvara. ¿No podía usted, por una vez en su vida, renunciar a una victoria? Déjese derrotar por el abogado defensor. Vamos, hágame el regalo de esa vida, y quizá algún día pueda usted disponer de la mía... Después del informe del abogado de Tascheron, hay dudas sobre su culpabilidad, y...

—Hay emoción en su voz —dijo el vizconde un poco sorprendido.

—¿Y sabe usted por qué? —respondió ella—. Mi marido acaba de observar una horrible coincidencia, y que a causa de mi sensibilidad podría ocasionar mi muerte: mi hijo seguramente estará al nacer cuando usted dé la orden de hacer caer esa cabeza.

—¿Puedo yo reformar el código?

—¡Por Dios...! Lo que usted no sabe es amar —respondió ella, cerrando los ojos.

Inclinó la cabeza sobre la almohada, y despidió al magistrado con un ademán imperativo.

El señor Graslin luchó intensamente, aunque en vano, para lograr la absolución, dando una razón que fue adoptada por dos jurados amigos suyos y la cual le había sugerido su mujer.

—Si dejamos con vida a ese hombre, la familia Des Vannealux podrá recuperar la herencia de Pigret.

Tan irresistible argumento produjo entre los jurados una escisión de siete contra cinco, que precisó de la adjunción del tribunal; pero el tribunal se unió a la minoría del jurado. Según la jurisprudencia de ese tiempo, la unión determinó la condena del acusado. Cuando se pronunció la sentencia, Tascheron cayó en un furor natural en un hombre lleno de vigor y de vida; en una indignación que los magistrados, abogados, jurados y el mismo auditorio no suelen ver en criminales injustamente condenados. Para todo el mundo, el drama no había terminado con la sentencia. Una lucha tan encarnizada dio entonces, como suele suceder en estas ocasiones, nacimiento a dos opiniones diametralmente opuestas sobre la culpabilidad del protagonista, en quien unos vieron a un inocente oprimido y los otros a un criminal justamente condenado. Los liberales se inclinaron por la inocencia de Tascheron, menos por seguridad que por llevar la contraria al poder.

—¿Cómo se puede —decían— condenar a un hombre por el parecido de su pie con la huella de otro pie? ¿A causa de su silencio, como si todos los jóvenes no prefiriesen morir antes que comprometer a una mujer? ¿Por haber comprado unas

herramientas y unos trozos de hierro? Pues eso no prueba que haya fabricado una llave. ¿Por un pedazo de tela azul enganchado en un árbol, quizá por el mismo Pigret, para espantar a los gorriones, y que por casualidad se parece a un trozo que falta de nuestra blusa? De lo que depende la vida de un hombre... Además, Juan Francisco lo ha negado todo, y la acusación no ha encontrado a nadie que viese el crimen.

Corroboraban, ampliaban, parafraseaban el sistema de defensa y el informe del abogado defensor. ¿Qué clase de hombre era el viejo Pigret? Un cofre cerrado, decían los espíritus fuertes. Algunas personas pretendidamente progresistas, desconociendo las santas leyes de la propiedad, a la que los «saintsimonianos» atacaban ya en el orden abstracto de las ideas económicas, fueron más lejos:

—El abuelo Pigret era el primer criminal. Ese hombre, amasando oro, estaba robando a su patria. ¡Cuántas empresas habrían progresado con sus inútiles capitales! Cometió un fraude contra la industria, y fue justamente castigado.

¿La criada?, se plañían algunos. Dionisia, después de eludir las artimañas de la justicia, no se permitió durante el juicio, ni una sola respuesta sin antes haberla meditado largo tiempo, despertando el más vivo interés. Se convirtió en una figura comparable, aunque en otro sentido, a Jeanie Deans, de la cual poseía el encanto y la modestia, la religiosidad y la belleza. Francisco Tascheron continuó, pues, avivando la curiosidad, no sólo de la ciudad, sino también la del departamento, y aún algunas mujeres románticas le concedieron la admiración más abierta.

—Si siente algún amor por una mujer de una esfera superior, no se trata de un hombre vulgar —decían—. Tengan la seguridad de que sabrá morir dignamente.

La pregunta: ¿Hablará? ¿No hablará?, engendró apuestas. Después del acceso de furia con que acogió su condena, y que pudo ser fatal para algunas personas del tribunal o del auditorio sin la presencia de los gendarmes, el criminal amenazó a todos los que se le acercaban, indistintamente, con la rabia de una bestia feroz; el carcelero se vio obligado a meterle una camisa de fuerza, tanto para impedirle atentara contra su vida como para evitar los efectos de su furia. Una vez reducido por ese procedimiento vencedor de toda clase de violencias, Tascheron alivió su desesperación por medio de movimientos convulsivos que asustaron a sus guardianes, con palabras, con miradas que en la Edad Media habrían creído que eran de un poseso. Era tan joven que las mujeres se compadecían de esa vida llena de amor y que iba a ser segada. *El último día de un condenado*, sombría elegía, inútil alegato contra la pena de muerte, este gran soporte de la sociedad, y que hacía poco había visto la luz pública, como si se hubiera hecho exprofeso para esa circunstancia, estuvo a la orden del día en todas las conversaciones. Finalmente, ¿quién podía evitar el imaginarse a la invisible desconocida, de pie, con las ropas manchadas de sangre, subida a la tribuna de los testigos como sobre un pedestal, desgarrada por horribles sufrimientos y condenada a la más perfecta calma en su hogar? Casi se admiraba a esa Medea lemosina, de blanco pecho con un corazón de acero y la frente impenetrable. Podía ser ésta, o aquélla, o la de más allá, la hermana o la prima, la

mujer o la hija de tal o de cual. ¡Qué espanto en el seno de todas las familias! Siguiendo una frase sublime de Napoleón, podía decirse que es especialmente en el dominio de la imaginación donde el poder de lo desconocido es realmente inconmensurable. En cuanto a los cien mil francos robados al señor y a la señora Des Vanneaulx, y que todas las investigaciones de la policía no fueron capaces de encontrar; el silencio constante y obstinado del criminal constituyó una concluyente derrota para la acusación. El señor de Grandville, que reemplazaba al procurador general, entonces en la Cámara de los Diputados, intentó el vulgar procedimiento de insinuar una posible conmutación de pena en caso de confesión, pero así que apareció, el condenado lo acogió repitiendo sus feroces aullidos, con contorsiones epilépticas y lanzándole miradas llenas de rabia, demostrando su dolor por no poderle matar.

La justicia ya sólo contó con la asistencia de la Iglesia para el último momento. Los Des Vanneaulx fueron repetidas veces a ver al abate Pascal, el capellán de la prisión. El abate no carecía del talento necesario para hacerse escuchar por los prisioneros, y afrontó religiosamente las exaltaciones de Tascheron, e intentó introducir alguna frase en las tempestades de su potente y convulsa naturaleza. Pero la lucha de esa paternidad espiritual con el huracán de las desencadenadas pasiones descorazonó y rindió al pobre abate Pascal.

—Ese hombre ha encontrado su paraíso aquí en la tierra —decía el anciano con dulce voz.

La pequeña señora Des Vanneaulx consultó con sus amigas para saber si debía realizar una gestión cerca del criminal. El señor Des Vanneaulx habló de transacciones. En su desespero fue a proponer al señor de Grandville que pidiera el indulto del asesino de su tío si el asesino restituía los cien mil francos. El fiscal le respondió que la Real Majestad no se rebajaba a componendas de esa índole. Los Des Vanneaulx dirigieron entonces sus miras al abogado defensor de Tascheron, a quien le ofrecieron un diez por ciento de la cantidad si conseguía recuperarla. El abogado era el único hombre ante cuya presencia Tascheron no se enfurecía; los herederos le autorizaron a ofrecer otro diez por ciento al criminal, cantidad que se pondría a disposición de su familia. A pesar de las incisiones que los castores hicieron en la herencia, y a despecho de sus ágiles argumentos, el abogado nada pudo conseguir de su cliente. Los indignados Des Vanneaulx, maldijeron y anatimizaron al condenado.

—No solamente es un asesino, sino que también es un grosero —exclamaron con seriedad los Vanneaulx sin conocer la famosa queja de Fualdès, al enterarse del fracaso del abate Pascal y al ver que todo estaba perdido ante la probable renuncia a una apelación de la sentencia—. ¿De qué le podrá servir nuestro dinero allí adonde va a parar? Un asesinato, se concibe, pero un robo inútil es inconcebible. ¿En qué tiempos vivimos para que las personas de la buena sociedad se interesen por un bandido como ése? No merece nada.

—Carece del sentido del honor —decía la señora Des Vanneaulx.

—¿Y si la restitución comprometiera a su amiguita? —decía una solterona.

—Nosotros le guardaríamos el secreto —replicaba el señor Des Vanneaulx.

—Usted sería culpable de ocultación —respondía un abogado.

—¡Qué miserable! —fue la conclusión del señor Des Vanneaulx.

Una de las mujeres del círculo de amistades de la señora Graslin, que le explicaba riendo las preocupaciones de los Des Vanneaulx, mujer muy inteligente, una de las que sueñan con el ideal y desean que todo sea perfecto, se lamentaba de la ira del condenado; ella lo habría preferido frío, tranquilo y digno.

—Usted no se da cuenta —le dijo Verónica— de que así aparta las seducciones y las artimañas; se ha convertido en una fiera por cálculo.

—Entonces, no se trata de un hombre educado —prosiguió la exilada parisién—, no es más que un obrero.

—Un hombre educado habría revelado ya el nombre de la desconocida —respondió la señora Graslin.

Esos acontecimientos, desmenuzados, retorcidos en los salones, en los hogares, comentados de mil formas distintas, mondados por las más hábiles lenguas de la ciudad, dieron un cruel interés a la ejecución del criminal, cuya apelación fue denegada dos meses después de la sentencia del Tribunal Supremo. ¿Cuál sería en los últimos momentos la actitud del criminal, quien se jactaba de hacer imposible su suplicio al anunciar una resistencia desesperada? ¿Hablaría? ¿Se retractaría? ¿Quién ganaría la apuesta? ¿Irá usted? ¿No irá usted? ¿Cómo podríamos ir?

La disposición de las localidades, que ahorra a los criminales las angustias de un largo trayecto, restringían en Limoges el número de los espectadores elegantes. El Palacio de Justicia, donde está la cárcel, está en la esquina de las calles del Palacio y de Pont-à-Herisson. La del Palacio continúa en línea recta por la corta calle de Mont-à-Regret, la cual conduce a la plaza de Aíne o de las Arenas, donde se efectúan las ejecuciones, y sin duda debe su nombre a esta circunstancia. Hay, pues, poco camino, y pocas casas, pocas ventanas. ¿Y qué persona de la buena sociedad desearía mezclarse con el populacho que llenaría la plaza?

Pero esa ejecución, cada día más esperada, fue cada día aplazada, con el estupor de la ciudad, y he aquí por qué: La piadosa resignación de los grandes delincuentes al ir hacia la muerte es uno de los triunfos que se reserva la Iglesia y que raramente deja de producir su efecto sobre la multitud; su arrepentimiento demuestra con demasiada fuerza el poder de las ideas religiosas para que, el interés cristiano aparte, y aunque sea el principal interés de la Iglesia, el clero no se sienta preocupado por el fracaso en éstas tan importantes ocasiones. En julio del año 1829 la circunstancia estuvo agravada por el espíritu de partido que envenenaba los más nimios detalles de la vida política. El partido liberal se alegraba al ver fracasar en una escena tan pública al partido clerical, expresión inventada por Montlosier, realista pasado a los constitucionales y arrastrado por ellos hasta más allá de sus propias intenciones. Los partidos cometen en bloque acciones infames que cubrirían de oprobio a un hombre;

así, cuando un hombre las resume a los ojos de la multitud, se convierte en un Robespierre, en un Jeffries, en un Laubardemont, especie de aras expiatorias donde todos los cómplices cuelgan exvotos secretos. De acuerdo con el obispado, el tribunal retrasó la ejecución, tanto con la esperanza de saber lo que la justicia ignoraba del crimen como para dejar que la religión triunfara en esas circunstancias. No obstante, el poder del tribunal no era ilimitado, y la sentencia, tarde o temprano, debía cumplirse. Los mismos liberales, que por oposición consideraron a Tascheron inocente y que intentaron hacer brecha en la sentencia, empezaron a criticar el que la sentencia no se cumpliera. La oposición, cuando es sistemática, conduce a estos contrasentidos, ya que para ella no se trata de tener razón, sino, simplemente, de minar el poder.

El tribunal, pues, en los primeros días de agosto vio constreñida su libertad de acción por ese rumor a menudo estúpido y que se llama opinión pública. Se anunció la ejecución. En esa situación extrema el abate Dutheil tomó sobre sí la responsabilidad de proponer al obispo un último paso cuyo éxito debería tener como consecuencia el presentar en ese drama judicial el extraordinario personaje que sirve de nexo de unión con todos los demás, el más importante personaje de esta escena, y que por los caminos ordinarios de la Providencia tenía que llevar a la señora Graslin al teatro donde sus virtudes deberían brillar con el más intenso resplandor, y donde ella se demostraría como bienhechora sublime y angélica cristiana.

El palacio episcopal de Limoges está asentado sobre una colina que bordea el Vienne, y sus jardines, protegidos por unas sólidas murallas con balaustres, descienden por medio de terrazas que obedecen a la natural inclinación del terreno. La altura de esa colina es tal, que, en la orilla opuesta, el barrio de San Esteban parece como tendido al pie de la última terraza. Desde allí, según la dirección que tomen los paseantes, se ve el río atravesando un bello panorama. Hacia el oeste, más allá de los jardines del obispo, el Vienne se mete en la ciudad a través de una grácil curva a cuyas orillas está el barrio de San Marcial. Más allá de ese barrio y a poca distancia, hay una hermosa casa de campo llamada Le Cluzeau, cuyos macizos se ven desde las terrazas más adelantadas, los cuales, por efecto de su perspectiva, se confunden con los campanarios y los tejados del barrio. Frente a Le Cluzeau está esa isla de contornos sesgados y llena de árboles a la que Verónica en su primera juventud puso el nombre de Isla de Francia. Al este, la lejanía ofrece una serie de colinas en anfiteatro. La magia del lugar y la rica simplicidad del edificio hacen de ese palacio el monumento más característico de la ciudad, donde las construcciones no brillan ni por los materiales ni por su arquitectura.

Familiarizado desde hacía tiempo con las perspectivas que recomendaban a la atención de los organizadores de viajes pintorescos esos jardines, el abate Dutheil, que se hizo acompañar por el señor de Grancour, descendió de terraza en terraza sin fijarse en los colores rojos, en los tonos naranja, en las tintas violáceas que la puesta del sol tendía sobre las viejas murallas y sobre las balaustradas de las rampas, sobre

las casas del barrio y sobre las aguas del río. Buscaba al obispo, sentado entonces en el ángulo de la última terraza, debajo de un emparrado, donde había ido a merendar, abandonándose a los encantos de la tarde. En ese momento los álamos de la isla parecían dividir las aguas con las sombras alargadas de sus copas ya amarillentas, a las cuales el sol daba la apariencia de un follaje de oro. Las luces del atardecer, diversamente reflejadas por los macizos de los diferentes tonos verdes, producían una magnífica mezcla de colores llenos de melancolía. Al fondo de ese valle, una capa de lentejuelas burbujeaba en el Vienne, agitado por la suave brisa de la tarde, y hacía resaltar los pardos tejados del barrio de San Esteban. Los campanarios y las techumbres del barrio de San Marcial, bañado de luz, se mezclaban con los pámpanos de las parras. El dulce murmullo de una ciudad de provincias casi escondida por el arco entrante del río y la suavidad del aire contribuía a hundir al prelado en la placidez exigida por los autores que han escrito sobre la digestión; sus ojos estaban maquinalmente fijos en la orilla derecha del río, en el que se reflejaban las copas de los álamos que la poblaban, hacia el lado del barrio de San Esteban, y en los muros del cercado donde se había cometido el doble crimen del anciano Pigret y su sirvienta. Pero cuando su pequeña felicidad momentánea fue turbada por las dificultades que le recordaron con su presencia los dos vicarios generales, sus ojos se llenaron de pensamientos inescrutables. Los dos sacerdotes atribuyeron su distracción al tedio mientras que, por el contrario, el prelado veía en las arenas del Vienne la solución del enigma tan afanosamente buscada por los Vanneaulx y por la justicia.

—Monseñor —dijo el abate de Grancour abordando al obispo—, todo ha resultado inútil, y tendremos que ver, con pena como este desdichado Tascheron muere como un impío, rugiendo horribles imprecaciones contra la religión, insultando al pobre abate Pascal, escupiendo al crucifijo, y renegando de todo, incluso del infierno.

—Aterrorizará al pueblo —dijo el abate Dutheil—. Este terrible escándalo y el horror que inspirará disimulará nuestra derrota y nuestra impotencia. Ya le decía yo al señor de Grancour que ese suceso traerá a más de un pecador a la Iglesia.

Turbado por esas palabras, el obispo dejó sobre la mesa de rústica madera el racimo de uvas que picoteaba y se secó los dedos con un pañuelo mientras invitaba a los dos vicarios a que se sentasen.

—El abate Pascal no ha tenido éxito —dijo finalmente.

—Está enfermo desde la última escena de la cárcel —dijo el abate Grancour—. Sin su indisposición, le hubiésemos traído para que le explicara las dificultades que hacen imposible todas las tentativas que monseñor ordenó que se intentasen.

—El condenado canta a grito pelado canciones obscenas cuando ve a alguno de nosotros, y ahoga con su voz lo que se le quiere decir —dijo un joven sacerdote que estaba sentado cerca del obispo.

Ese joven, de aspecto agradable, tenía el brazo derecho apoyado sobre la mesa, y su mano caía negligentemente sobre los racimos, cogiendo los granos más dorados

con la tranquilidad y la familiaridad de un invitado o de un favorito. Invitado y favorito del prelado, ese joven era el hermano menor del barón de Rastignac, al que lazos de familia y de amistad traían al obispo de Limoges. Debido a la posición social de ese hombre y a sus cualidades personales, el obispo le había nombrado su secretario particular, para darle la oportunidad de un ascenso en la carrera eclesiástica. El abate Gabriel llevaba un apellido que le destinaba a las más altas dignidades de la Iglesia.

—¿Entonces, has ido allí, hijo mío? —le preguntó el obispo.

—Sí, monseñor, pero así que me vio, el desdichado ha vomitado contra mí y contra todos las más espantosas injurias, de tal suerte que era imposible para un sacerdote seguir a su lado. ¿Monseñor me permitiría un consejo?

—Escuchemos la sabiduría que a veces Dios pone en boca de los niños —dijo el obispo, sonriendo.

—¿No hizo hablar al asno de Balaam? —respondió vivamente el joven abate de Rastignac.

—Sí, pero según dicen algunos comentaristas, no sabía demasiado bien lo que se decía —replicó riendo el obispo.

Los dos vicarios generales sonrieron; primero, porque la broma procedía de monseñor, y segundo, porque iba dirigida al joven abate, de quien estaban pelosos todos los dignatarios y ambiciosos que se agrupaban alrededor del obispo.

—Mi opinión —dijo el joven abate— sería rogar al señor de Grandville que aplazara una vez más la ejecución. Cuando el condenado sepa que debe unos días más de vida a nuestra intervención, posiblemente accederá a escucharnos, y si nos escucha...

—Persistirá en su actitud al comprobar los beneficios que le proporciona —dijo el obispo interrumpiendo a su favorito—. Señores —preguntó después de un breve silencio—: ¿la ciudad conoce todas estas circunstancias?

—No hay casa donde no se hable de otra cosa —dijo el abate Grancour—. El estado en que ha sumido al abate Pascal su último intento es en este momento el tema de todas las conversaciones.

—¿Cuándo debe ser ejecutado Tascheron? —preguntó el obispo.

—Mañana, día de mercado —respondió el señor de Grancour.

—Señores, la religión no debe fracasar. Cuanto más excitada esté la atención sobre este asunto, más interesante es conseguir un ruidoso triunfo. La Iglesia está en una coyuntura difícil. Estamos obligados a hacer milagros en una ciudad industrial donde el espíritu de sedición contra las doctrinas religiosas y monárquicas ha echado profundas raíces; donde las ideas del libre examen nacidas del protestantismo y que hoy reciben el nombre de liberalismo, y el cual pronto adoptará otro nombre, se extiende por todas partes. Vayan, pues, señores, a ver al señor de Grandville, quien nos es afecto, y dígame que le reclamamos un respiro de algunos días. Yo iré a ver a ese desventurado reo.

—¿Usted, monseñor? —dijo el abate de Rastignac—. Si fracasa usted, ¿no habrá comprometido demasiado la situación? Usted no debiera ir más que sobre éxito seguro.

—Si monseñor me permite dar mi opinión —dijo el abate Dutheil—, creo que puedo ofrecerle un medio para asegurar el triunfo de la religión en esta triste circunstancia.

El prelado contestó con un signo de asentimiento un poco frío, demostrando el poco crédito que le merecía el vicario general.

—Si hay alguien que pueda tener autoridad sobre esa alma rebelde y volverla a Dios —prosiguió el abate Dutheil—, es el cura de la aldea donde nació, el párroco Bonnet.

—Uno de sus protegidos —dijo el obispo.

—Monseñor, el cura Bonnet es uno de esos hombres que se protegen a sí mismos por sus virtudes militantes y su esfuerzo evangélico.

Esa respuesta tan modesta y tan simple fue acogida con un silencio que habría preocupado a otro que no hubiera sido el abate Dutheil; hablaba de personas desconocidas, y los tres sacerdotes quisieron ver uno de aquellos humildes pero irreprochables sarcasmos hábilmente sutiles que caracterizan a los eclesiásticos cuando dicen lo que quieren decir, aunque observando las más severas reglas. Pero el abate Dutheil jamás pensaba en sí mismo.

—Hace ya mucho tiempo que oigo hablar de San Aristides —sonriendo respondió el obispo—. Si yo dejara que esta luz se apagase dentro de un celemín, incurriría en una injusticia o prevención. Sus amigos los liberales alardean de su párroco Bonnet como si perteneciera a su partido, y me gustaría poder juzgar por mí mismo a este apóstol rural. Vayan, señores, vayan a visitar al procurador general, y pídanle de parte mía una prórroga, y yo esperaré su respuesta antes de mandar a Montagnac a nuestro querido abate Gabriel para que me traiga a ese santo varón. Pondremos a Su Beatitud en situación de hacer algún milagro.

Al oír esas frases del prelado, el abate Dutheil enrojeció, pero no quiso demostrar lo hirientes que eran para él. Los dos vicarios generales saludaron en silencio y dejaron al obispo con su favorito.

—Los secretos de confesión que solicitamos con seguridad están enterrados allí —dijo el obispo a su joven abate, indicándole las sombras de los álamos que llegaban hasta una casa aislada, levantada entre la isla y el barrio de San Esteban.

—Siempre lo he creído así —respondió Gabriel—. No soy juez ni pretendo convertirme en espía; pero si yo hubiese sido, magistrado, sabría ya a estas horas el nombre de la mujer que tiembla al menor rumor, a la más simple palabra, y quien, no obstante, tiene que aparecer ante la gente tranquila y pura, si no quiere acompañar al patíbulo al condenado. Pero ella no tiene nada que temer; he visto al hombre, y se llevará a la tumba el secreto de sus apasionados amores.

—Qué listo eres —dijo el obispo, pellizcando la oreja de su secretario y

señalándole, entre la isla y el barrio de San Esteban, un espacio que los últimos rayos del sol poniente iluminaban y en el que se habían fijado las miradas del joven sacerdote—. La justicia debió averiguar por allí, ¿no es eso...?

—Fui a visitar a ese criminal para observar el efecto que le producían mis sospechas; pero está vigilado por confidentes; de haber hablado en voz alta, habría comprometido a la persona por quien él muere.

—Sigamos callados —dijo el obispo—. Nosotros nada tenemos que ver con la justicia humana. Ya basta con que caiga una cabeza. Luego, ese secreto tarde o temprano acudirá a la Iglesia.

La perspicacia que la costumbre de la meditación proporciona a los sacerdotes es muy superior a la de la acusación y a la de la propia policía. A fuerza de contemplar desde lo alto de sus terrazas el teatro del crimen, el prelado y su secretario terminaron por penetrar en detalles aún ignorados, pese a las investigaciones de la instrucción y a los interrogatorios del juez. El señor de Grandville estaba jugando al *whist* en casa de la señora Graslin, y como tuvieron que esperar que volviese, el obispo no supo su decisión hasta la medianoche. El abate Gabriel, a quien el obispo prestó su coche, hacia las dos de la madrugada se fue a Montégnac. Esta localidad, a unas nueve leguas de Limoges, estaba en el lado donde el Lemosín se extiende por las faldas de los montes de Corrèze, cercana al Creuse. El joven abate salió, pues, de la ciudad entre las sublevadas pasiones por el prometido espectáculo del día siguiente, y el cual, una vez más, sufría un aplazamiento.

CAPÍTULO III

EL CURA DE MONTÉGNAC

Los sacerdotes y los devotos tienen una tendencia, en su propio interés, a observar rigurosamente las prescripciones legales. ¿Puede considerarse esto como un efecto de la pobreza? ¿O del egoísmo a que les condena su aislamiento y que facilita el deslizamiento del hombre hacia la avaricia? ¿O es un cálculo producto de la pobreza ordenada por el ejercicio de la caridad? Cada manera de ser ofrece una explicación diferente. Escondida a menudo en una graciosa campechanía, frecuentemente también y sin simulación, esta dificultad en echar mano al bolsillo se manifiesta durante un viaje. Gabriel de Rastignac, el más apuesto hombre que en mucho tiempo los altares vieron inclinarse ante sus tabernáculos, sólo daba treinta sueldos de propina a los postillones, y así no aceleraban la marcha. Los postillones conducen con todos los respetos a los obispos, quienes suelen doblarles el sueldo establecido por las ordenanzas, y evitan cualquier avería en los coches episcopales a fin de que no ocasionen ningún accidente. El abate Gabriel, que por primera vez viajaba solo, dijo suavemente a cada relevo de caballos:

—Vayan más de prisa, señores postillones.

—Ya le daríamos al látigo —contestó un viejo postillón— si los viajeros abriesen un poco la bolsa.

El joven abate se hundió en un rincón del coche sin conseguir explicarse la contestación. Para distraerse, estudió la región que atravesaban, y anduvo a pie varias de las cuestas por donde serpentea la carretera que va de Burdeos a Lyon.

A cinco leguas de Limoges, después de las sugestivas vertientes del Vienne y de los bellos prados en pendiente del Lemosín, que en determinados lugares recuerdan el paisaje suizo, y muy particularmente San Leonardo, el país tiene un aspecto triste y melancólico. Se encuentran entonces vastas llanuras sin cultivar, estepas sin hierba y sin caballos, limitadas en el horizonte por los montes de Corrèze. Estas montañas no aparecen ante la mirada del viajero, ni la elevación cortada a pico de los Alpes con sus sublimes desgarrones orográficos; ni los desfiladeros cálidos y las cimas desoladas de los Apeninos; ni la grandiosidad de los Pirineos; sus ondulaciones, debidas a la acción de las aguas, acusan el apaciguamiento de la gran catástrofe y la calma con la cual las masas fluidas se fueron retirando. Ese aspecto, común a muchas regiones de Francia, ha sido uno de los factores, y no de los menos importantes, junto con el clima, que han contribuido a aplicar a este país el calificativo de «dulce» que Europa ha confirmado. Si esa suave transición entre el paisaje del Lemosín, los de la Marche y los de la Auvernia evoca en el pensador y en el poeta imágenes de lo infinito; si en otras almas produce espanto; si invita al ensueño a la mujer que se

aburre durante el viaje..., para sus moradores esa naturaleza es algo áspero, primitivo y sin recursos. Únicamente la proximidad de una capital podría repetir el milagro que se ha operado en la región de Brie durante los dos últimos siglos. Pero allí faltaban esas grandes residencias que de trecho en trecho avivan esos desiertos donde el agrónomo sólo ve lagunas, donde la civilización gime y donde el turista no encuentra posada ni lo que le encanta, lo pintoresco. No hace mucho tiempo, Cooper, ese melancólico talento, ha plasmado la poesía de estas soledades en su libro *La Pradera*. Estos espacios, olvidados de toda generación botánica, cubiertos de estériles restos minerales, de cantos rodados, de tierras muertas, constituyen un desafío permanente a la civilización. Francia debe buscar la solución de esas dificultades, como los ingleses han sabido vencer las de Escocia, convirtiendo los más áridos matorrales en productivas granjas gracias a su paciente y heroica agricultura.

Abandonados a su rústico y primitivo estado, esos yermos sociales engendran el descorazonamiento, la pereza, la debilidad por carencia de alimentación, y el crimen cuando las necesidades son demasiado agudas. Estas cuatro palabras encierran la historia antigua de Montégnac. ¿Qué se podía hacer en unos terrenos baldíos, olvidados por la administración, abandonados por la nobleza y maldecidos por la industria, si no era la guerra a una sociedad que ignoraba sus más elementales deberes? Así en otro tiempo los habitantes de Montégnac subsistieron gracias al robo y al asesinato, como antes los escoceses en las tierras altas. Ante el aspecto del país, cualquier observador podría darse cuenta de que veinte años atrás los moradores de esa aldea sólo podrían vivir en guerra contra la sociedad.

Esa meseta, cortada por un lado por el valle del Vienne, por otro por los alegres llanos del Marche, luego por la Auvernia, y cerrada por los montes, se parece, agricultura aparte, a la planicie de la Beauce, que separa la cuenca del Loire de la del Sena, a las de la Turena o del Berry, y a tantas otras que son como facetas de la superficie de Francia, y lo bastante numerosas para que mediten los más calificados administradores.

Es inaudito oír como la gente se lamenta de la constante ascensión de las masas populares hacia las alturas sociales, y que ningún gobierno encuentre un remedio para ello en un país en el que las estadísticas demuestran que hay muchos millones de hectáreas de barbecho que en ciertas partes tienen, como en el Berry, siete u ocho pies de mantillo. Muchas de esas tierras que podrían alimentar a pueblos enteros, que podrían llegar a una producción increíble, pertenecen a comunas miserables que se niegan a venderlas a los especuladores para conservar el derecho de que pasten un centenar de vacas. Sobre todas estas tierras sin finalidad hay escrita la palabra «incapacidad». Toda tierra tiene una fertilidad que le es propia. No es que falten brazos ni buena voluntad, sino la conciencia y el talento administrativos. En Francia, hasta el presente, las llanuras han sido sacrificadas a los valles, y el gobierno ha aportado su ayuda, ha prestado sus cuidados en los lugares donde los intereses se protegen a sí mismos. La mayor parte de esas desamparadas soledades carece de

agua, principio primero de toda producción. Las nubes que podrían fecundar estas tierras grises y muertas descargando sus óxidos pasan rápidamente, arrastradas por el viento, por carecer de los árboles que en otros sitios las detienen y absorben sus elementos nutritivos. En muchos lugares como éste, plantar árboles sería evangelizar. Separados de la más próxima gran ciudad por distancias infranqueables para las gentes pobres, mediando una especie de desierto entre unos y otros, no hay salida para sus productos, si alguna vez produjeron algo, y viven arrinconados contra un extenso bosque inexplorado que les proporciona madera y la incierta alimentación que sacan del contrabando, y en invierno, toda la gente de la región sufre el azote del hambre.

Como la tierra no tenía la profundidad necesaria para el cultivo del trigo, los desdichados habitantes no tenían ni animales ni útiles para arar, y se mantenían de castañas. Por último los que abrazando en un museo el conjunto de los productos zoológicos han sentido la indecible melancolía que causa la visión de los pardos colores que anuncian productos europeos, quizá comprendan cómo la visión de esas llanuras grisáceas ha de minar las disposiciones morales ante el desolador pensamiento de la infecundidad que ofrecen constantemente. No hay allí ni frescor, ni sombra, ni contraste; ninguno de los pensamientos ni ninguno de los espectáculos que alegran el corazón. El hombre allí abrazaría a un mísero manzano como si se tratara de un amigo.

Una carretera departamental, recientemente abierta, enfilaba esa llanura en un punto de bifurcación con la carretera principal. Después de unas leguas se encontraba uno al pie de una colina, la de Montégnac, que daba nombre a la capital del cantón, donde empieza uno de los distritos del Alto Vienne. La colina pertenece al municipio de Montégnac, el cual tiene dentro de su término municipal una parte montañosa y otra llana. Esa comuna es como una pequeña Escocia, con sus tierras altas y sus tierras bajas. Detrás de la colina, en cuya base yace el burgo, se yergue, a una legua aproximadamente, el primer picacho de la cordillera correcciana. Entre esos dos puntos de referencia, se extiende el gran bosque llamado de Montégnac, que trepa hasta la cumbre de la colina, la puebla por entero, lo mismo que los ribazos áridos, y corona la cresta, y alcanza la carretera de Aubusson por una lengua cuya punta muere en una escarpadura del camino. La escarpadura domina un desfiladero por donde pasa la carretera de Burdeos a Lyon. A menudo los coches, los viajeros y los peatones se vieron detenidos en el fondo de esa peligrosa garganta por ladrones cuyos golpes de mano quedaban impunes; el lugar les era favorable y por senderos únicamente conocidos por ellos podían esconderse en los sitios inaccesibles del bosque.

Una región así ofrece pocas posibilidades a las investigaciones de la justicia. Nadie se atrevía a pasar por allí. Sin tránsito, no puede haber ni comercio ni industria, ni intercambio de ideas, ni ninguna clase de riqueza. Las maravillas físicas de la civilización son siempre el resultado de ideas primitivas aplicadas. El pensamiento es siempre el punto de partida y el punto de llegada de toda sociedad. La historia de

Montégnac es una prueba de la verdad de este axioma de ciencia social. Cuando la administración se preocupó de las necesidades urgentes y materiales de la región, taló esa lengua de bosque y levantó un puesto de gendarmes que acompañaban al correo por medio de dos relevos, pero para vergüenza de la gendarmería, fue la palabra y no el machete, el cura Bonnet y no el brigada Chervin quien ganó esa batalla civil, transformando la moralidad de la población. Ese cura, que sentía por ese mísero país una ternura religiosa, intentó regenerarlo, y consiguió su propósito.

Después de viajar durante una hora por esas llanuras a trechos pedregosas y polvorientas, donde las bandadas de perdices vivían en paz y producían el ruido sordo y pesado de sus alas cuando se acercaba un coche, el abate Gabriel, como todos los viajeros que pasaban por allí, vio con cierto placer los techados de la aldea. A la entrada de Montégnac hay uno de estos curiosos relevos de postas que sólo se ven en Francia. Su indicación consiste en una tabla de encina en la que un pretencioso postillón ha grabado estas palabras: «Posta de cavallos», ennegrecidas con tinta y asegurada con cuatro clavos sobre un miserable establo sin ningún caballo. La puerta, casi siempre abierta, tiene por umbral una plancha hundida en el suelo para proteger de las inundaciones que trae la lluvia el suelo del establo, más bajo que el del camino. El desolado viajero ve, colgado del establo, unos arneses descoloridos, usados, recompuestos, que seguramente se rompen al primer tirón de los caballos. Los caballos están trabajando, o en el prado paciando, pero siempre fuera del establo. Si por casualidad están en el establo, comen; si ya han comido, el postillón está en casa de su tía o de su prima, o está entrando heno, o está durmiendo; nadie puede decir exactamente donde está, y hay que esperar a que vayan a buscarle, y viene una vez ha terminado lo que estaba haciendo; cuando ya ha llegado, pasa una infinidad de tiempo antes de que haya encontrado una chaqueta, su látigo, o limpiado los caballos. A la entrada de la casa, una mujer gorda se impacienta aún más que el viajero, y para evitar que estalle, se mueve y se agita más que los mismos caballos. Es la esposa del postillón, quien sigue en el campo.

El favorito de monseñor dejó el coche delante de un establo como ése; las paredes parecían un mapa geográfico, y el techo, de brezo florido como un arriate, se hundía bajo el peso del yerbajo. Luego de rogar a la dueña que lo tuviera todo preparado para su partida, lo que haría una hora después, preguntó por el camino del presbiterio; la mujer le indicó una callejuela entre dos casas que llevaba a la iglesia, y el presbiterio estaba al lado.

Mientras el joven abate subía por ese sendero enguijarrado y bordeado de setos, la dueña de la posta interrogaba al postillón. Desde la salida de Limoges, cada uno de los postillones que llegaban a un relevo informaba al que le relevaba de las conjeturas del obispo, según las había ya supuesto el postillón de la capital. Así, mientras en Limoges los habitantes se levantaban y comentaban la ejecución del asesino del abuelo Pigret, a lo largo de la carretera la gente del campo estaba ya enterada de la gracia obtenida por el obispo, y despotricaban sobre los pretendidos errores de la

justicia humana. Cuando más tarde Juan Francisco sería ejecutado, posiblemente sería considerado como un mártir.

Después de haber dado algunos pasos trepando por aquel sendero amarillento por las hojas del otoño, y ennegrecido por las moras y las ciruelas, el abate Gabriel se volvió con ese movimiento maquinal que nos empuja cuando queremos conocer los lugares donde nos hallamos por primera vez; una especie de curiosidad física innata, que también sienten los caballos y los perros. La situación de Montégnac le fue explicada por algunas fuentes que manan de la colina y por un riachuelo a lo largo del cual discurre la carretera departamental que une la capital del distrito con la prefectura. Como todas las aldeas de esa llanura, Montégnac estaba construido con adobes hechos con tierra secada al sol, todos del mismo tamaño. De haber incendio, sólo quedaría una casa de ladrillos. Los techados son de brezo. Todo anunciaba la mayor pobreza. Frente a Montégnac se extendían varios campos de centeno, de nabos y de patatas, ganados a la llanura. En la ladera de la colina, vio algunos prados de regadío donde se criaban los célebres caballos lemosines que constituyen, según se dice, el legado de los árabes cuando descendieron de los Pirineos hacia Francia, para ir a morir entre Poitiers y Tours, bajo el hacha de los francos que mandaba Carlos Martel. El aspecto de los montes era de una gran aridez. Sitios quemados, rojizos, ardientes, indicaban la árida tierra donde crece el castaño. Las aguas, cuidadosamente aplicadas al riego, no vivificaban más que los prados rodeados de castaños y de vallados, donde crece esa hierba fina y no muy abundante, corta y algo azucarada, que produce esa clase de caballos bravíos y delicados, no muy resistentes, pero brillantes, excelentes para el sitio donde nacen y susceptibles de cambiar al ser trasplantados. Algunos morales recientemente plantados indicaban la intención de cultivar la seda. Como la mayoría de los pueblos del mundo, Montégnac sólo tenía una calle, por donde pasaba la carretera. Pero había un Montégnac de arriba y un Montégnac de abajo, dividido uno y otro por callejuelas que cortaban en ángulo recto la calle principal. Una fila de casas asentadas sobre lo alto de la colina ofrecía el alegre espectáculo de una serie de huertos escalonados, la entrada por la calle precisaba varios peldaños; algunas tenían las escaleras labradas de la misma tierra y otras eran de guijarros, y aquí y allá algunas viejas sentadas hilaban o vigilaban a los niños, dando color a la escena, y hablaban desde el alto al bajo Montégnac a través de la calle ordinariamente en calma, y se mandaban unas a otras y rápidamente las noticias que corrían por el burgo.

Los huertos, llenos de árboles frutales, de coles, de cebollas, de legumbres, tenían colmenas a lo largo de las terrazas. Más allá, otra línea de casas con huertos pendientes hacia el río, cuyo curso señalaban unos espesos cañaverales y los árboles frutales que aman la tierra húmeda, se extendía paralelamente y algunas, como la de la posta, estaban en una hondonada y favorecían las actividades de varios tejedores; casi todas se protegían con la sombra de unos nogales, el árbol de las tierras duras.

Hacia ese lado, en la parte opuesta a la gran llanura, había una construcción más

vasta y más cuidada que las demás, a cuyo alrededor se agrupaban otras casas igualmente bien conservadas. Ese arrabal, separado del pueblo por los huertos, se llamaba «Los Tascherons», nombre que ha conservado hasta hoy. El pueblo era poca cosa, pero de él dependían una treintena de alquerías dispersas. En el valle, cerca del río, unas *rastras* semejantes a las que hay en el Berry y en la Marche, indicaban los cursos del agua y dibujaban sus franjas verdes en torno del pueblo, erguido allí como una embarcación en el mar.

Cuando una casa, una tierra, un pueblo o una región han pasado de una situación miserable a otra más satisfactoria, sin que sea ni espléndida ni rica, la vida parece algo tan natural a los seres vivientes que a la primera intención, el espectador no puede adivinar los inmensos esfuerzos, infinitos en su pequeñez, grandiosos en su persistencia, por el trabajo empleado en crear los fundamentos, las labores olvidadas, sobre las cuales descansan los primeros cambios. Así, ese espectáculo no le pareció extraordinario al joven abate cuando de una sola mirada abarcó el grato paisaje. Él ignoraba el estado de esa tierra a la llegada del cura Bonnet. Dio algunos pasos más subiendo por el sendero, y pronto volvió a ver, a un centenar de toesas por encima de los huertos de las casas del Montégnac Alto, la iglesia y el presbiterio, que ya había visto desde lejos, confusamente mezclados con las imponentes ruinas, llenas de plantas trepadoras, del antiguo castillo de Montégnac, una de las residencias de la Casa de Navarreins en el siglo XII.

El presbiterio, casa que sin duda fue construida para un guarda principal o para un intendente, se anunciaba por una larga y alta terraza llena de tilos, desde donde se veía toda la comarca. La escalera de esa terraza y los muros que la sostenían eran de una vejez que acusaba la obra destructora del tiempo. Entre las piedras de la escalera, desencajadas por la fuerza imperceptible pero continua de la vegetación, brotaban la hierba y plantas silvestres. El suave musgo que se aferra a las piedras había extendido su alfombra de un verde de dragón sobre cada uno de los peldaños. Numerosas familias de parietarias, la camomilla, la cabellera de Venus y otras, salían en matas abundantes y variadas por entre las barbacanas de la muralla, agrietada a pesar de su espesor. La botánica exhibía la más elegante tapicería de helechos, de golas de lobo violáceas y pistilos de oro, de criptogramas pardas, hasta parecer que la piedra era accesoria, viéndosela en muy pocos claros de la verde alfombra. Sobre la terraza, el boj dibujaba las figuras geométricas de un agradable jardín encuadrado por la casa del cura, sobre la cual las piedras se alineaban junto a los árboles dolientes y las ramas que caían como un plumaje. Las ruinas del castillo dominaban la casa y la iglesia. El presbiterio, construido con piedras y mortero, tenía una planta bajo una gran techumbre a dos aguas, donde había los graneros, sin duda vacíos, según el abandono de los tragaluces. La planta baja se componía de dos habitaciones separadas por un pasillo, en cuyo fondo había una escalera de madera para subir al primer piso, igualmente de dos habitaciones. Una pequeña cocina estaba unida al edificio por el lado del patio, donde había un establo y una cochera perfectamente

inútiles, desiertas, abandonadas. Un huerto de dimensiones reducidas separaba la casa de la iglesia. Una galería medio en ruinas iba del presbiterio a la sacristía.

Cuando el joven abate vio las cuatro ventanas vidriadas, las paredes pardas cubiertas de musgo, la puerta del presbiterio aplastada como una caja de cerillas, lejos de emocionarle la adorable sencillez de esos detalles, la gracia de la vegetación que cubría el tejado, los postigos de madera carcomida de las ventanas y las grietas de las que se escapaban plantas trepadoras, y los sarmientos cuyos pámpanos se elevaban en espiral y entraban por las ventanas como para introducir alegres pensamientos, se sintió feliz al pensar que era un posible obispo mejor que un cura de aldea.

Esa casa siempre abierta parecía que fuese de todos. El abate Gabriel entró en la sala que comunicaba con la cocina, y vio que estaba pobremente amueblada: una mesa de encina con cuatro patas torcidas, un sillón tapizado, unas sillas de madera y un viejo baúl que servía de aparador. No había nadie en la cocina, fuera de un gato que denunciaba la existencia de una mujer. La otra estancia servía de salón. Al detenerse en ella, el joven sacerdote vio unos sillones sin barnizar, modestamente tapizados. Las vigas y los artonados eran de castaño y de un negro de ébano. Sobre una caja de madera pintada había un reloj, una mesa que por único adorno tenía un tapete verde usado, algunas sillas, y sobre la chimenea dos candelabros, entre los cuales había un Niño Jesús de cera dentro de una urna de cristal. La chimenea, adornada con ordinarias molduras de madera, quedaba escondida por un biombo de papel pintado cuyo tema representaba al Buen Pastor con su oveja en la espalda, sin duda un regalo de la hija del alcalde o del juez para recompensar al cura por el esmero con que cuidó su educación. El estado lastimoso de la casa daba pena de ver: las paredes, en otro tiempo blanqueadas con cal, tenían trozos descoloridos y estaban sucias hasta la altura de un hombre por el continuo roce; la escalera, de gruesos balaustres y peldaños de madera, aunque limpia, parecía temblar bajo los pies. Al fondo, frente a la puerta de entrada, otra puerta abierta daba al huerto, lo que le permitió al abate de Rastignac medir su poca extensión, encajado como en un muro sólido, de piedra blancuzca extraída de la montaña, cubierto de ricos espaldares, de largas parras mal cuidadas y cuyas hojas parecían comidas por la lepra.

Volvió sobre sus pasos, se paseó por los liños del primer huerto, desde donde se abrió a sus ojos el magnífico espectáculo del valle, por encima de los tejados del pueblo, verdadero oasis situado en los límites de las extensas llanuras que, veladas por la niebla matinal, parecían un mar en calma. Por la parte de atrás, se veían hacia un lado los anchos bosques de color de bronce, y hacia el otro, la iglesia, las ruinas del castillo asentadas sobre el peñón y destacándose nítidamente en el azul del éter.

Mientras bajo sus pasos hacía chirriar la arena de los estrechos senderos trazados en forma de estrella, redonda o cuadrada, el abate Gabriel dirigió la mirada primero hacia el pueblo, donde los habitantes reunidos en grupos le estaban observando ya, y después hacia el valle con sus pedregosos caminos, su río bordeado de sauces, tan distinto de la inacabable llanura; se sintió entonces sobrecogido por sensaciones que

cambiaron la naturaleza de sus pensamientos; admiró la calma del lugar, se sometió a la influencia de su aire puro, a la paz inspirada por la revelación de una vida simple como la de los tiempos bíblicos; entrevió confusamente la belleza de ese curato, al cual regresó para examinar sus detalles con más detenida curiosidad.

Una niña, sin duda encargada de vigilar la casa, pero ocupada en picotear los frutos del huerto, oyó, sobre los ladrillos que embaldosaban las dos habitaciones de la planta baja, los pasos de un hombre calzado con chirriantes zapatos. Fue a ver quién había. Confusa al verse sorprendida con una fruta en la mano y otra en la boca, no pudo responder a las preguntas del joven abate. La pequeña nunca creyó que pudiera existir un sacerdote como ése, resplandeciente su ropa blanca de batista, con una bien cortada sotana de tela negra, sin una mancha ni una arruga.

—El párroco Bonnet —dijo finalmente...—. El párroco está diciendo misa, y la señorita Úrsula está en la iglesia.

El abate Gabriel no había visto la galería que comunicaba el presbiterio con la iglesia, y volvió al sendero para entrar en el templo por la puerta principal. Esa especie de pórtico con altillo, daba cara al pueblo, y se llegaba a él por medio de una serie de peldaños de piedras desunidas y muy gastadas que dominaban una plazuela llena de los surcos que fueron abriendo las lluvias y a cuyo alrededor había varios copudos olmos plantados por orden del protestante Sully. Esa iglesia, una de las iglesias más pobres de Francia, donde hay tantas y tan pobres, recordaba esas grandes granjas que tienen sobre su puerta un alero sostenido por unos pilares de madera o de ladrillo. Construida a base de piedra y mortero, lo mismo que la casa del cura, flanqueada por un campanario cuadrado y terminado en un tejadillo de grandes tejas redondas, esa iglesia tenía como adorno exterior las más ricas creaciones de la escultura, pero enriquecidas por un maravilloso juego de luces y sombras, esculpidas, formadas y coloreadas por la misma naturaleza, la cual sabe tanto de esto como Miguel Ángel. A ambos lados, la hiedra se pegaba a las paredes con sus vástagos nervudos, dibujando a través de su follaje tantas venas como se ven en un cuerpo descuartizado. Ese manto, colocado allí por el mismo tiempo que había producido los destrozos, estaba matizado por las flores otoñales que salían de las grietas del muro, y daba asilo a los pájaros cantores. La ventana en la parte superior del altillo del pórtico estaba rodeada de campánulas azules como si fuera la primera página de un misal ricamente pintado. El flanco que comunicaba con la casa del cura, abierto al norte, estaba menos florido, la muralla, gris y roja, quedaba al descubierto en varios lugares donde crecía el musgo; pero al otro lado y en la parte contigua al cementerio ofrecía una serie de floraciones, variadas y abundantes. Algunos árboles, entre otros un almendro, uno de los emblemas de la esperanza, habían crecido entre las grietas. Dos gigantescos pinos adosados a la pared posterior servían de pararrayos. El cementerio, rodeado de un pequeño muro en ruinas cuyos mismos cascotes conservaban a la altura de un banco, tenía como único adorno una cruz de hierro montada sobre un zócalo, de la cual colgaban los ramos de boj bendito en la Pascua, una de las

emotivas costumbres rurales caídas en desuso en las ciudades. El cura de aldea es el único sacerdote que puede decir a sus muertos, el día de la resurrección pascual: «Vosotros volveréis a la vida felices». En varios lugares del recinto unas cruces de madera podrida jalonaban los pequeños relieves cubiertos de hierba.

El interior armonizaba a la perfección con el abandono poético de ese humilde exterior cuyo único lujo era el proporcionado por el tiempo, por una vez caritativo. Dentro, la mirada se fijaba en seguida en el techo, recubierto de madera de castaño, a la cual el tiempo había dejado los más ricos tonos de las viejas maderas de Europa, y que sostenían, a distancias iguales, unos recios soportes apoyados en las vigas transversales. Las cuatro paredes blanqueadas con cal carecían de todo adorno. Sin saberlo, la miseria hacía inconoclasta esa parroquia. La iglesia, embaldosada y con bancos, recibía la luz de cuatro ventanas ojivales con vitrales de plomo. El altar, en forma de sarcófago, tenía como ornamento un gran crucifijo encima de un tabernáculo de nogal decorado con algunos apliques limpios y relucientes, ocho candelabros para velas baratas de madera pintada de blanco, y dos jarrones de porcelana con unas flores artificiales que cualquier portero de una casa de cambio habría tirado a la basura, y con los cuales se contentaba Dios. La lámpara del santuario era viejísima y estaba en una antigua pila bautismal portátil de cobre plateado, suspendida del techo por unas cuerdas de seda procedentes de la demolición de algún castillo. Las fuentes bautismales eran de madera, como el púlpito y como una especie de jaula para los mayordomos de la parroquia, los patricios locales. Un altar dedicado a la Virgen ofrecía a la admiración pública dos litografías en colores, encuadradas en un pequeño marco dorado. Estaba pintado de blanco, decorado con flores artificiales puestas en jarros de madera torneada y dorada y recubierto con un mantel festoneado con unas pobres puntillas amarillentas. Al fondo de la iglesia, una amplia ventana cubierta por un gran telón de tela roja producía un efecto mágico. Ese rico manto de púrpura dejaba un tinte rosado sobre las paredes encaladas, pareciendo como si un pensamiento divino emanase del altar y se expandiera por la mísera nave para darle calor. El pasillo que conducía a la sacristía ofrecía desde una de sus paredes el patrón del pueblo, un gran San Juan Bautista con su cordero, tallados en madera y horriblemente pintados.

A pesar de tanta pobreza, esa iglesia no carecía de las dulces armonías que gustan a las almas sensibles y que los colores hacen resaltar. Los ricos tonos pardos de la madera destacaban admirablemente el blanco puro de las paredes, y sin discordancia alguna se confundían con la púrpura triunfal proyectada desde el ábside. Esa severa trinidad de colores recordaba el gran pensamiento católico. Ante el aspecto de esta mísera casa de Dios, si el primer sentimiento era de sorpresa a éste lo seguía una admiración que se mezclaba de piedad. ¿Acaso no expresaba la pobreza de la región? ¿No iba de acuerdo con la candorosa simplicidad del presbiterio? Por otra parte, estaba limpia y cuidada. Se respiraba como un perfume de virtudes campesinas, y nada en su interior acusaba abandono. Aunque rústica y sencilla, estaba habitada por

la oración, tenía un alma, y se reía sin poderse explicar cómo.

El abate Gabriel anduvo con mucho cuidado para no turbar el recogimiento de dos grupos situados cerca del altar mayor, separado de la nave en el sitio donde pendía la lámpara por una valla muy sencilla también de madera de castaño, y cubierto con un mantel blanco destinado a la comunión. De cada lado de la nave una veintena de campesinos y campesinas, sumidos en la más ferviente oración, no prestaron la menor atención al forastero cuando éste siguió el estrecho pasillo que cruzaba entre las dos filas de bancos. Cuando llegó bajo la lámpara, desde donde podía ver las dos pequeñas naves que formaban los brazos de la cruz, una de las cuales llevaba a la sacristía y la otra al cementerio, el abate Gabriel vio del lado del cementerio a una familia vestida de negro y arrodillada en el suelo, pues los dos lados del templo carecían de bancos. El joven abate se prosternó en el peldaño de la valla que separaba el coro de la nave, y se puso a rezar, examinando con una mirada oblicua ese espectáculo, el cual pronto le fue explicado. Se había ya leído el Evangelio. El sacerdote se quitó la casulla y descendió del altar para dirigirse a la balaustrada. El joven abate, que previo ese movimiento, se arrimó a la pared antes de que el padre Bonnet pudiera verle. Dieron las diez.

—Hermanos míos —dijo el sacerdote con voz emocionada—, un hijo de esta parroquia va a pagar su deuda con la justicia humana sufriendo el último suplicio, y ofrecemos el santo sacrificio de la misa por el eterno descanso de su alma. Unamos nuestras oraciones para que Dios no abandone a este hijo en sus últimos momentos y para que su arrepentimiento le haga acreedor en el cielo de la gracia que se le ha negado aquí en la tierra. La pérdida de ese infortunado, uno de los fieles en quien más habíamos confiado para dar el buen ejemplo, no puede ser atribuida más que al abandono de los principios de la religión...

El sacerdote fue interrumpido por los sollozos que salían del grupo formado por la familia enlutada, y en el cual el joven abate, ante su aflicción, reconoció a la familia Tascheron, aun sin haberla visto jamás. En primer lugar, dos ancianos seguramente septuagenarios estaban apoyados contra la pared; dos caras de hondas arrugas e inmóviles, del color de los bronce florentinos. Esos dos personajes, estoicamente de pie cómo dos estatuas, enfundados en unos vestidos remendados, debían de ser el abuelo y la abuela del condenado. Sus enrojecidos y vidriosos ojos parecían llorar lágrimas de sangre, y sus brazos temblaban tanto que los bastones en que se apoyaban producían un leve ruido sobre las baldosas. Cerca de ellos, el padre y la madre, la cara hundida en sus pañuelos, deshechos en lágrimas. Alrededor de esos cuatro jefes de la familia estaban arrodilladas dos hermanas casadas, acompañadas de sus maridos. Después, tres hijos entontecidos por el dolor. Cinco niños pequeños arrodillados, el mayor de los cuales no tendría más de siete años, y sin que comprendiesen lo que sucedía, miraban y escuchaban con la torpe curiosidad aparente que caracteriza a los campesinos, pero que constituye el más alto grado de observación de las cosas materiales. Y por último, la pobre muchacha encarcelada por

un capricho de la justicia, la última que había llegado, esa Dionisia víctima de su amor fraternal, quien miraba con unos ojos en los que había tanto estupor como incredulidad. Para ella, su hermano no podía morir. Recordaba admirablemente a aquélla de las tres Marías que no creía en la muerte de Cristo, con todo y sufrir su agonía. Pálida, los ojos secos, como los de las personas que llevan mucho tiempo sin dormir, su frescor se había marchitado ya, no por las rudas labores del campo, sino por el dolor; pero conservaba aún la hermosura de las muchachas campesinas, de formas llenas y rollizas, de brazos sonrosados, la cara redonda, los ojos puros e iluminados en ese instante por el fulgor del desespero. Bajo él cuello, una piel tersa y blanca que el sol no había bronceado descubría una excelente carnadura y una blancura escondida. Las dos hijas casadas lloraban; sus maridos, agricultores, en actitud grave, paciente. Los otros tres hijos, hondamente tristes, miraban al suelo. Dentro de ese cuadro de horrible resignación y de dolor sin esperanza, únicamente Dionisia y su madre ofrecían un signo de rebeldía.

Los demás vecinos del lugar se asociaban a la aflicción de esa familia respetable en una sincera y piadosa conmiseración que daba a todos los rostros la misma expresión, llegando hasta el espanto cuando las breves frases del sacerdote les hicieron comprender que en el mismo instante la cuchilla caía sobre la cabeza de un joven a quien todos conocían, a quien habían visto nacer, y al que nunca creyeron capaz de cometer un crimen. Los sollozos que interrumpieron la corta alocución que el sacerdote hizo llegar a sus oídos, le turbaron hasta el extremo de no poder continuarla, y les invitó a rezar con el máximo fervor.

Aunque el espectáculo no era de una naturaleza que pudiese sorprender a un sacerdote, Gabriel de Rastignac era todavía demasiado joven para no sentirse hondamente conmovido. No había aún ejercido las funciones sacerdotales, sabiéndose llamado a otros destinos, y no se había visto en medio de los abismos sociales en los cuales sangra el corazón ante la visión de los males que los abruma; su misión era la del alto clero que mantiene el espíritu de sacrificio, que representa la más alta inteligencia de la Iglesia, y cuando la ocasión se presenta despliega estas mismas virtudes en los más grandes escenarios, como los ilustres obispos de Marsella y de Meaux, como los arzobispos de Arlés y de Cambrai. Esa pequeña reunión de gentes del campo llorando y rezando por aquél al que creían llevado al suplicio en una plaza pública, ante millares de personas llegadas de todas partes para hacer aún mayor el suplicio por una vergüenza inmensa; ese débil contrapunto de simpatías y de rezos, opuesto a esa otra multitud de curiosidades feroces y de justas maldiciones, era sencillamente estremecedor, especialmente en esa miserable iglesia rural.

El abate Gabriel estuvo por un momento tentado de acercarse a los Trasherons y decirles: «Vuestro hijo, vuestro hermano, ha conseguido un aplazamiento de la sentencia». Pero tuvo miedo de interrumpir la misa, y sabía, además, que el aplazamiento no significaba un indulto. En vez de seguir el oficio, se sintió irresistiblemente impulsado a observar al pastor de quien se esperaba el milagro de la

conversión del criminal. Mientras estaba en el presbiterio, Gabriel de Rastignac se había hecho un retrato imaginario del párroco Bonnet: un hombre gordo y bajo, de rostro terso y colorado, un rudo trabajador medio campesino y curtido por el sol. El abate encontró en él a un igual. De corta estatura y débil en apariencia, el Padre Bonnet impresionaba a primera vista por el rostro apasionado que se le atribuye a un apóstol; una cara casi triangular iniciada por una amplia frente llena de arrugas desde las sienes hasta el mentón por dos líneas que hacían resaltar sus hundidas mejillas. En esa cara entristecida por un tinte amarillento como el de la cera, refulgían dos ojos de un azul luminoso de fe, ardientes de viva esperanza.

Estaba dividida por una nariz larga, fina y recta, de orificios bien dibujados, debajo de la cual hablaba, incluso cuando la tenía cerrada, una ancha boca de labios pronunciados, y de que brotaba una de esas voces que van directamente al corazón. El cabello castaño, ralo, fino y liso, anunciaba un temperamento pobre, sostenido únicamente por un régimen de la mayor sobriedad. La voluntad era lo que daba fuerza a ese hombre. Tales eran los rasgos característicos. Sus manos habrían parecido en otro una inclinación a los placeres groseros, y quizá tuvo que vencer, como Sócrates, malos pensamientos. Su delgadez carecía de elegancia. Sus hombros eran demasiado altos. Sus rodillas eran zambas. El busto, excesivamente desarrollado en comparación con las extremidades, le daba el aspecto de un jorobado sin joroba. En resumen, era desagradable. Únicamente las personas que reconocen los milagros del pensamiento, de la fe y del arte podían estimar su inflamada mirada de mártir, la palidez de su continencia y la amorosa voz que caracterizaba al cura Bonnet. Ese hombre, digno de la primitiva Iglesia, que sólo existe en los retablos del siglo XVI y en las páginas del martirologio, estaba marcado con el sello de las grandezas humanas que más acercan a las grandezas divinas, por la convicción cuyo indefinible relieve embellece las más vulgares caras, dora con tintes cálidos los rostros de los hombres entregados a un culto cualquiera, como aureola con una especie de luz el rostro de una mujer gloriosa por algún gran amor. La convicción es la voluntad humana que ha alcanzado su mayor punto de desarrollo. A la vez causa y efecto, impresiona a las almas más frías, y es una especie de elocuencia muda, que influye sobre las masas.

Al bajar del altar, el sacerdote se encontró con la mirada de Gabriel, quien le respondió, y cuando el secretario del obispo se presentó a la sacristía, Úrsula, a la cual el cura había dado ya instrucciones, estaba sola e invitó al joven abate a seguirla.

—Padre —dijo Úrsula, mujer de edad canónica, al acompañar al abate de Rastignac por la galería hasta el jardín—, el señor cura me ha encargado que le preguntara si usted ya ha comido. Habrá salido muy de madrugada de Limoges para estar aquí a las diez, y voy a prepararle algo. El señor abate no encontrará aquí la mesa de monseñor, pero lo trataremos lo mejor que sepamos. El Padre Bonnet no tardará en volver; ha ido a consolar a esa pobre gente... los Tascheron... Hoy su hijo pasa una terrible prueba...

—Pero —preguntó el abate Gabriel— ¿dónde está la casa de esa buena gente? Debo acompañar al padre Bonnet a Limoges por orden de monseñor. Este infeliz no será ejecutado hoy; monseñor ha conseguido una prórroga...

—¡Ah...! —dijo Úrsula cuya lengua se agitaba por el deseo de ir a explicar la noticia—. Usted tiene tiempo para ir a llevar este consuelo a la familia mientras yo le preparo el almuerzo; la casa de los Trasherons está al final del pueblo. Siga el camino que pasa por debajo de la terraza y le llevará hasta allí.

Cuando Úrsula perdió de vista al abate Gabriel, descendió para sembrar la noticia por toda la aldea, mientras compraba las cosas precisas para el almuerzo.

El cura se había enterado en la iglesia de una resolución desesperada de los Trasherons al conocer la negativa de indulto. Esas buenas gentes habían decidido abandonar el país, y debían cobrar en la misma mañana el precio de sus bienes vendidos con unos días de antelación. La venta había exigido demoras y formalidades imprevistas por ellos. Obligados a tener que permanecer en el pueblo después de la condena de Juan Francisco, cada día fue para ellos un cáliz de amargura que beber. El proyecto, tramado con el mayor sigilo, no salió a la superficie más que la víspera del día señalado para la ejecución. Los Trasherons pensaban marcharse del lugar antes de la fatal jornada, pero el comprador de sus bienes era un hombre que no vivía en el distrito y a quien sus motivos le eran indiferentes, y por otra parte había recibido con retraso los fondos necesarios para la compra. Así la familia tuvo que apurar hasta el fondo su desgracia. El sentimiento que dictaba su expatriación era tan violento para unas almas sencillas, poco acostumbradas a componendas con la conciencia, que el abuelo y la abuela, las hijas y sus maridos, el padre y la madre...; todo el que llevaba el apellido Trasheron o estaba más o menos vinculado a él, se marchaba del pueblo. Esa emigración afligió a todo el pueblo. El alcalde rogó al cura que tratase de retener a una gente tan buena. Según las nuevas leyes, el padre no es responsable de los actos del hijo, y el crimen del padre no mancha a su familia. En armonía con la serie de emancipaciones que tanto han debilitado en nuestros tiempos la autoridad paternal, este sistema ha hecho que triunfara el individualismo que corroe a la sociedad moderna. Entonces, cualquiera que medite en las cosas del porvenir, verá destruida a la familia al establecer los redactores del nuevo código el principio del libre albedrío y de la igualdad. La familia será siempre la base de la sociedad. Necesariamente temporal, constantemente dividida, reunida para volverse a desunir, sin lazos de unión entre el pasado y el futuro, la familia de otros tiempos ya no existe en Francia. Esos que han procedido a la demolición del antiguo edificio han sido lógicos al dividir igualmente los bienes familiares, al recortar la autoridad del padre, al hacer de cada hijo el jefe de una nueva familia y al suprimir las grandes responsabilidades; pero el Estado social reconstruido, ¿es tan sólido con sus modernas leyes sin aún tiempo para probarlas, como lo fue la monarquía a pesar de sus indudables abusos? Al perder la solidaridad de las familias, la sociedad ha perdido la fuerza fundamental que descubrió Montesquieu y a la que llamó «el Honor». Para mejor dominar, lo aísla

todo; para triunfar, ha dividido y debilitado. Reina sobre unidades, sobre cifras amontonadas como granos de trigo en un silo. ¿Pueden los intereses generales reemplazar a las familias? El tiempo contestará a esta gran pregunta. No obstante, la antigua ley subsiste, ha echado tan profundas raíces que aún se pueden encontrar vivas en las capas populares. Hay todavía rincones de provincia donde subsiste eso que calificamos de prejuicio, donde la familia sufre por el crimen cometido por uno de sus componentes, sea un hijo, sea el padre.

Esa creencia hacía inhabitable el pueblo para los Trascheron. Su profunda religiosidad les había llevado a la iglesia. ¿Era posible dejar que se dijera, sin oírlos ellos, la misa ofrecida a Dios para pedirle que inspirara a su hijo un arrepentimiento que le redimiese para la vida eterna, no debían ellos dar su adiós al altar del pueblo? Pero el proyecto estaba consumado. Cuando el cura, siguiéndolos, entró en su casa, lo encontró todo preparado para el viaje. El comprador estaba esperando a los vendedores con su dinero. El notario acababa de redactar los documentos de venta. En el patio, detrás de la casa, un carricoche con los caballos enganchados se llevaría a los viejos y el dinero, y a la madre de Juan Francisco. El resto de la familia resolvió irse a pie.

En el momento en que el joven abate entró en la habitación de la planta baja donde estaban reunidos todos esos personajes, el cura de Montegnac había agotado ya todos los argumentos que le inspiraba su elocuencia. Los dos ancianos, insensibles a fuerza de dolor, estaban acurrucados en un rincón sobre unos petates, mirando su vieja casa, sus muebles y al comprador, dirigiéndose mutuamente miradas como diciéndose: «¿Habríamos creído nunca que una cosa así sucediese?». Esos ancianos, que desde hacía tiempo habían resignado su autoridad en su hijo, el padre del criminal, habían, como dos viejos reyes después de su abdicación, descendido al papel pasivo de los súbditos y de los niños. Tascheron estaba de pie y escuchaba al pastor, a quien contestaba en voz baja con monosílabos. Este hombre, de unos cuarenta y ocho años, tenía el hermoso rostro que el Tiziano encontró para sus apóstoles: una cara de fe; de honradez seria y reflexiva, un perfil severo, una nariz cortada en ángulo recto, unos ojos azules, una frente noble, unos rasgos regulares, unos cabellos negros y crespos, resistentes, que crecían con la simetría que da encanto a los rostros tostados por las labores al aire libre. Era fácil ver que los razonamientos del cura se estrellaban contra su inflexible voluntad. Dionisia estaba apoyada contra la artesa del pan, contemplando al notario, quien se servía de ese mueble como de una mesa de escribir y al que se había dado el sillón de la abuela. El comprador estaba sentado en una silla al lado del escribano. Las dos hermanas casadas ponían el mantel en la mesa y servían la última comida que los antepasados iban a ofrecer en su casa, en su pueblo, antes de irse a vivir bajo los cielos desconocidos. Los hombres estaban sentados en una cama de matrimonio tapada por una sarga verde. La madre estaba en el fogón y batía una tortilla. Los nietos se apelotonaban en la puerta, ante la cual estaban los familiares del comprador. La vieja

estancia ahumada, de vigas ennegrecidas, a través de cuya ventana sé veía un huerto bien cultivado en el que todos los árboles fueron plantados por los dos septuagenarios, estaba en perfecta armonía con sus penas concentradas, las mismas que se leían en otras tantas expresiones distintas. La comida fue preparada principalmente para el notario, para el comprador, para los niños y para los hombres. El padre y la madre, Dionisia y sus hermanas tenían el corazón demasiado encogido para sentir hambre. En la realización de los últimos deberes de la hospitalidad rural había intensa y cruel resignación. Los Tascheron, esa gente tallada a la antigua, terminaban como habían empezado, haciendo los honores de la casa. Ese cuadro sin énfasis y no obstante lleno de solemnidad pesaba en los ojos del secretario del obispo cuando fue a comunicar al cura de Montegnac las intenciones del prelado.

—El hijo de ese buen hombre vive todavía —dijo Gabriel al cura.

Ante esas palabras oídas por todos en medio del silencio, los dos ancianos se levantaron, como si hubieran escuchado el sonido de la trompeta del Juicio Final. La madre dejó caer la sartén en el fuego y Dionisia lanzó un grito de júbilo. Los demás quedaron petrificados por el estupor.

—Juan Francisco ha conseguido el perdón —gritó súbitamente todo el pueblo encaminándose hacia la casa de los Tascheron—. Ha sido monseñor el obispo quien...

—Yo sabía que era inocente —dijo la madre.

—Esto no afecta a la venta —dijo el comprador al notario, quien le contestó con un gesto tranquilizador.

En un instante el abate Gabriel se convirtió en el punto de mira de todos los ojos, su tristeza hizo sospechar algún error, y para no disiparlo él mismo, salió a la calle con el cura y, dirigiéndose a la multitud que les rodeaba, dijo que la ejecución sólo se había aplazado. Inmediatamente el tumulto fue emplazado por un horrible silencio. En el momento en que el abate Gabriel y el cura volvían a entrar en la casa vieron en todos los rostros la expresión de un gran dolor. Habían interpretado el silencio del pueblo.

—Amigos míos, Juan Francisco no ha obtenido el indulto —dijo el joven abate—, pero la situación de su alma ha inquietado de tal modo a monseñor que ha hecho aplazar el último día de vuestro hijo para por lo menos intentar salvarle para la eternidad.

—Entonces, vive —exclamó Dionisia.

El joven abate se llevó aparte al cura para explicarle la situación peligrosa en la que la impiedad de su feligrés ponía a la religión, y lo que el obispo esperaba de él.

—Lo que monseñor exige de mí es mi propia muerte —respondió el cura—. He rechazado las instancias de esta desdichada familia para que asistiese a su infortunado hijo. La entrevista con él y el espectáculo que me esperaba me romperían como un cristal. Que cada uno cumpla con su misión. La debilidad de mi organismo, o mejor la excesiva movilidad de mi sistema nervioso, me impiden ejercer las funciones de

nuestro ministerio como esa que se me indica. He seguido siendo cura de aldea para ser útil a mis semejantes dentro de la esfera en que yo puedo cumplir con una vida cristiana. Me he preguntado muchas veces qué tenía que hacer para satisfacer los deseos de esta pobre gente y cumplir mis deberes pastorales hacia ese desdichado hijo; pero al solo pensamiento de tener que subir con él a la carreta de los criminales; ante la sola idea de asistirle en sus últimos momentos, siento en las venas un estremecimiento de muerte. Nadie exigiría eso a una madre, y piense usted que él nació en el seno de mi pobre iglesia.

—Entonces, ¿se niega usted a obedecer a monseñor?

—Monseñor ignora mi estado de salud, no sabe que en mí la naturaleza se opone... —dijo el cura Bonnet mirando al joven abate.

—Hay momentos en que, como Balzunce en Marsella, debemos afrontar una muerte cierta —le replicó el abate Gabriel.

En ese momento el cura notó que una mano le tiraba de la sotana, oyó llorar, se volvió y vio a toda la familia arrodillada. Viejos y jóvenes, pequeños y mayores, hombres y mujeres, todos le tendían sus manos suplicantes. Una sola voz salió de sus pechos cuando les mostró su encendido rostro.

—¡Por lo menos salve su alma!

La abuela le tenía cogida la sotana y la mojava con sus lágrimas.

—Obedeceré, señor.

Una vez pronunciadas las dos palabras, el cura tuvo que sentarse, tanto le temblaban las piernas. El joven secretario le explicó el estado de frenesí en que vivía Juan Francisco.

—¿No cree usted —dijo el abate Gabriel para terminar— que la vista de su joven hermana podría cambiarle?

—Sí, claro que sí —respondió el cura—. Dionisia, usted nos acompañará.

—Y yo también —dijo la madre.

—No —exclamó el padre—. Este hijo no existe ya, tú lo sabes. Ninguno de nosotros volverá a verle.

—No debe oponerse a su salvación —dijo el joven abate—. Negándose a proporcionarnos los medios para enternecerle, sería usted responsable de su alma. En este momento su muerte puede ser más perjudicial de lo que ha sido su vida.

—Ella irá —dijo el padre—. Este será su castigo por haberse opuesto a que le corrigiera cuando lo merecía.

El abate Gabriel y el padre Bonnet regresaron al presbiterio, donde debían reunírseles Dionisia y su madre cuando los dos eclesiásticos saliesen para Limoges. Mientras seguían el camino que rodea el Montégnac Alto, el joven pudo examinar, menos superficialmente que en la iglesia, al cura tan ponderado por el vicario general; inmediatamente se sintió inclinado a su favor por sus modales sencillos y llenos de dignidad, por su agradable voz y por sus palabras en armonía con su voz. Desde que el prelado tomó a Gabriel de Rastignac como secretario, el cura sólo fue

una vez al obispado, por lo que no habló nunca con el favorito, de quien sabía muy bien su influencia, y sabía que estaba destinado al obispado; no obstante, se conducía con él con una digna cordialidad, viéndose la soberana independencia que la Iglesia concede a los sacerdotes en sus parroquias. Los sentimientos del joven abate, lejos de alegrar su rostro, le imprimían severidad; más que frío, era un rostro glacial. Un hombre capaz de cambiar la moral de una población debía estar dotado de un espíritu observador y ser más o menos fisonomista; pero aún cuando el cura no hubiese poseído más que la ciencia del bien, acababa de demostrar una rara sensibilidad, y le impresionó la frialdad con que el secretario acogía sus atenciones y sus deferencias. Obligado a atribuir el descontento y el malhumor a alguna secreta angustia se preguntaba en qué podía haberle molestado, y en qué podía ser su conducta reprochable para sus superiores. Hubo un momento de embarazoso silencio que el abate de Rastignac rompió con una pregunta llena de aristocrático desdén.

—Tiene usted una iglesia muy pobre; ¿no es así, querido párroco?

—Es muy pequeña —respondió el cura Bonnet—. En las festividades los viejos ponen bancos en el pórtico, y los jóvenes se quedan de pie haciendo círculo a su alrededor, en la plaza; pero hay tal silencio que desde fuera oyen mi voz.

Gabriel guardó silencio durante unos instantes.

—Si los habitantes son tan religiosos, ¿cómo es posible que presente ese estado de desnudez?

—¡Ay mi señor...! Porque no tengo valor de gastar el dinero con que puedo socorrer a los pobres. Los pobres son la iglesia. Pero no temería la visita de monseñor en un día de Corpus. Los pobres devuelven a la iglesia lo que la iglesia les ha dado. ¿No ha visto usted en los clavos que hay en las paredes de trecho en trecho? Sirven para colgar una especie de tejido de alambre que hacen las mujeres, en el que se ponen ramos de flores. La iglesia entonces se llena de flores hasta la noche. Mi pobre iglesia, que usted encuentra tan desnuda de ornamentos, se adorna como una novia, se perfuma; el pavimento se cubre de hojas para el paso del Santísimo Sacramento sobre una alfombra de rosas deshojadas. Ese día yo no la cambiaría por toda la pompa de San Pedro de Roma. El Santo Padre tiene su mucho oro y yo tengo mis flores; cada uno tiene su milagro. El pueblo de Montégnac es pobre, pero es católico. En otros tiempos se desvalijaba a quien pasaba por aquí, pero hoy el viajero puede dejar caer un saco lleno de escudos y lo encontrará en la parroquia.

—Un resultado así es su mejor elogio —dijo el abate Gabriel.

—No se trata de mí —respondió, enrojeciendo, el cura atento al agudo epigrama—, sino de la palabra de Dios, del pan bendito.

—De un pan de centeno —prosiguió, sonriendo, el abate Gabriel.

—El pan blanco sólo sienta bien a estómagos ricos —respondió modestamente el párroco.

El joven abate cogió entonces las manos del padre Bonnet y se las estrechó cordialmente.

—Perdóneme usted, señor cura —dijo reconciliándose con él a través de una mirada de sus ojos azules que llegó al alma del párroco—. Monseñor me ha encargado que probase su modestia y su paciencia; pero no podía ya seguir por este camino y me doy cuenta de cómo le han calumniado los elogios de los liberales.

El almuerzo estaba preparado: huevos frescos, mantequilla, miel y fruta, leche y café, servido por Úrsula entre ramos de flores y sobre un blanco mantel en una mesa antigua del viejo comedor. La ventana que daba a la terraza estaba abierta. Una clemátide cargada de estrellas blancas, realzadas en su centro por el ramo amarillo de sus rizados estambres, encuadraba el alféizar. Un jazmín trepaba por uno de los lados mientras unas capuchinas subían por el otro. En la parte alta, unos pámpanos de parra ya rojos, hacían un bello encaje que ningún escultor habría sido capaz de reproducir, tanta era la gracia con que dejaban pasar la luz entre sus hojas.

—Aquí encontrará usted la vida reducida a su más simple expresión —dijo el cura, sonriendo y sin abandonar el triste aspecto que imprimía en su rostro la pena que llevaba en el alma—. De haber sabido su llegada, aunque nadie habría adivinado los motivos, Úrsula hubiera conseguido algunas truchas de los montes; las que se pescan en un torrente que cruza el bosque son excelentes. Pero me olvidaba de que estamos en agosto y que el Gabou baja seco. Tengo la cabeza lejos...

—¿Estará usted contento de estar aquí? —preguntó el abate.

—Sí, señor. Si Dios lo permite, moriré siendo párroco de Montégnaç. Me habría gustado que siguiesen mi ejemplo otros hombres distinguidos que han creído obrar mejor convirtiéndose en filántropos. La filantropía moderna es la desgracia de la sociedad; únicamente los principios de la religión católica pueden curar las enfermedades que corroen el cuerpo social. En vez de describir la enfermedad y de extender el mal con quejas elegiacas, cada uno debería poner manos a la obra y ser un simple obrero en la viña del Señor. A mi trabajo le queda mucho que hacer aquí; no es bastante con moralizar a unas gentes que encontré en un estado espantoso de sentimientos impíos y quiero morir en medio de una generación totalmente convencida.

—No ha hecho usted otra cosa que cumplir con su deber —dijo una vez más secamente el joven, quien sentía que los celos le mordían el corazón.

—Sí, señor —respondió modestamente el sacerdote después de mirarle, como preguntándole: «¿Se trata también de una prueba?». Yo deseo que todos cumplan con el suyo.

Esta frase, de una profunda significación, más intencionada al imprimirle un acento que demostraba que en el año 1829 aquel sacerdote, tan noble por su inteligencia como por la humildad de su conducta y que subordinaba sus pensamientos a los de sus superiores, veía claro respecto a los destinos de la monarquía y de la Iglesia.

A la llegada de las desoladas mujeres, el joven abate, muy impaciente para regresar a Limoges, las dejó en el presbiterio y fue a ver si los caballos estaban ya

preparados. Poco después volvió para avisar que ya estaba todo listo para irse. Los cuatro emprendieron la marcha bajo las miradas de toda la población de Montégnac, agrupada en la carretera y frente a la posta. La madre y la hermana del condenado guardaban silencio. Los dos sacerdotes, sabiendo que muchos temas de conversación habrían sido improcedentes en aquellas circunstancias, no podían aparecer indiferentes ni alegres. Buscando un tema neutro para el diálogo atravesaron la llanura, cuya vastedad influyó en la duración de su melancólico silencio.

—¿Qué razones le impulsaron a abrazar el estado eclesiástico? —preguntó de sopetón el abate Gabriel al padre Bonnet, asaltado por una rara curiosidad cuando el coche llegó a la carretera principal.

—No creo que el sacerdocio signifique ninguna carrera —respondió con sencillez el sacerdote—. No comprendo que nadie pueda hacerse cura por otras razones que no sean las indefinibles fuerzas que da la devoción. Sé que muchos hombres se han convertido en obreros de la viña del Señor después de haber gastado su corazón al servicio de las pasiones: unos han amado sin esperanza, otros han sido traicionados; éstos han perdido lo mejor de su vida acariciando a una esposa amada, o a una amante querida; a los otros los ha decepcionado la vida social en una época en que la incertidumbre planea sobre todas las cosas, incluso sobre los sentimientos, en los que la duda se disfraza con las más dulces certidumbres y les llama creencias. Muchos abandonan la política en unos tiempos en que el poder parece ser una expiación y el gobernado considera la obediencia como una fatalidad. Muchos desertan de una sociedad sin bandera, donde los adversarios se unen para destronar al bien. No puedo suponer que nadie se entregue a Dios con cálculo. Algunos pueden ver en el sacerdocio un medio para regenerar a nuestra patria, pero según mi humilde inteligencia, un sacerdote patriota es un absurdo. El sacerdote no debe pertenecer a nadie más que a Dios. Yo no he querido ofrecer a nuestro Padre, aunque Él lo acepte todo, las ruinas de mi corazón o los restos de mi voluntad; yo me he entregado totalmente. Según una de las impresionantes teorías de las religiones paganas, la víctima destinada a los falsos dioses iba al templo coronada de flores. Esa costumbre siempre me ha impresionado. Un sacrificio no es nada sin la gracia. Mi vida ha sido, pues, sencilla y sin nada novelesco. No obstante, si lo que desea usted es una confesión completa, se lo diré todo. Mi familia está en una situación económica más que acomodada, casi rica. Mi padre, único heredero, es un hombre duro, inflexible; trata a su mujer y a sus hijos igual que se trata a sí mismo. Jamás le he visto sonreír. Su mano de hierro, su rostro de bronce, su actividad sombría y brusca a la vez, nos oprimía a todos, esposa, hijos, empleados y criados, bajo un despotismo salvaje. Habría podido, y hablo por mí, acomodarme a esta vida si su poder hubiera ejercido una presión siempre igual; pero voluntarioso y vacilante ofrecía alternativas intolerables. Siempre ignorábamos si habíamos hecho una cosa bien o mal, y la horrible espera que resultaba de la incertidumbre era prácticamente insoportable en la vida doméstica. Entonces, se prefería estar en la calle que en casa. Si yo hubiese

estado solo en casa con mi padre, lo habría aguantado todo sin murmurar pero el corazón se me destrozaba con dolor acerado cuando veía los sollozos de una madre muy querida y cuyo oculto llanto me producía una rabia que me ponía fuera de mí. La temporada de colegio, cuando los niños tienen que enfrentarse con tantas miserias y trabajo, para mí era como una edad de oro. Temblaba sólo con pensar en las vacaciones. Mi madre también era feliz cuando podía ir a verme. Cuando terminé los estudios de humanidades regresé al hogar paterno para convertirme en un empleado de mi padre, me fue imposible continuar después de unos meses: mi razón, alterada por la fuerza de la adolescencia, podía sucumbir. En un triste atardecer de otoño, mientras me paseaba con mi madre por el bulevar Bourdon, entonces uno de los sitios más tristes de París, abrí mi corazón al suyo, y le dije que no veía para mí vida posible si no era dentro de la Iglesia. Mis gustos, mis ideas y mis amores serían contrariados mientras viviese mi padre. Bajo la sotana de sacerdote, tendrá que respetarme, y en algunas ocasiones podría convertirme en protector de mi familia. Mi madre lloró mucho. Esos días mi hermano mayor, que más tarde fue general y murió en Leipzig, se alistó en el ejército, abandonó el hogar por las mismas razones que decidieron mi vocación. Aconsejé a mi madre, como medio de salvación para ella, que eligiera un yerno que tuviese carácter, que casase a mi hermana cuando llegase a la edad propicia y que se apoyase en la nueva familia.

Con el pretexto de escapar al reclutamiento sin que a mi padre le costara nada, pero declarando así mi vocación, entré, en el 1807, a los diecinueve años, en el seminario de San Sulpicio. Dentro de sus antiguos y célebres pabellones hallé la paz y la felicidad, turbadas únicamente por los presuntos sufrimientos de mi hermana y de mi madre, cuyas penas domésticas sin duda debían ir en aumento puesto que siempre que me veían me confirmaba más en mi resolución. Iniciado quizá por mis propias penas en los secretos de la caridad, como la ha definido el gran San Pablo en su adorable epístola, deseé curar las llagas del pobre en un rincón ignorado del mundo, y después probar con mi ejemplo, si Dios se dignaba bendecir mis esfuerzos, que la religión católica, considerada en sus obras humanas, es la única verdadera, la única buena y hermosa fuerza civilizadora. Durante los últimos días de mi diaconado, sin duda, la gracia me lo reveló todo. Sinceramente perdoné a mi padre, en quien vi el instrumento de mi destino. A pesar de una extensa y tierna carta donde le explicaba todas estas cosas, donde podía verse el dedo de Dios, mi madre lloró mucho cuando vio caer mi cabello bajo las tijeras de la Iglesia; quizá era ella la única persona que sabía a cuántos placeres renunciaba, sin conocer ninguna de las glorias a que aspiraba. Son tan tiernas las mujeres... Cuando ya pertenecía a Dios, gocé de una calma sin límites, no sentía ni necesidades, ni vanidad, ni preocupación por los bienes que tanto inquietan a los hombres. Creía que la Providencia cuidaría de mí como de una propiedad que le pertenecía. Entré en un mundo donde no se conoce el temor, donde el porvenir es seguro y donde todo es obra divina, el mismo silencio. Esta placidez es uno de los beneficios de la gracia. Mi madre no concebía que uno pueda

casarse con la iglesia; no obstante, al verme con la frente serena y con un aspecto feliz, ella también fue feliz. Después de ordenarme sacerdote, vine al Lemosín a visitar a uno de los parientes de mi padre, quien por casualidad me habló del abandono en que estaba el distrito de Montégnac. Una idea que me asaltó con la rapidez de la luz, me dijo interiormente: «Aquí tienes tu viña». Y vine aquí. Vea usted como mi historia es muy simple y sin ningún interés.

En aquel momento les apareció Limoges, y los fuegos del sol poniente caían sobre la villa. Las dos mujeres no pudieron contener las lágrimas.

El joven a quien dos ternuras distintas iban a buscar, y que excitaba tanta ingenua curiosidad, tantas simpatías hipócritas, y tanta viva solicitud, estaba echado en un camastro de la cárcel, en la celda de los condenados a muerte. Un carcelero vigilaba en la puerta para recoger cualquier palabra que se le escapara, fuese soñando o fuese en algún momento de furor, tanto interés tenía la justicia, agotando todos los procedimientos humanos, para conocer al cómplice de Juan Francisco Tascheron y recuperar la cantidad robada. Los Des Vanneaulx habían interesado a la policía y la policía espía el silencio. Cuando el hombre encargado del espionaje moral le miraba por una rendija abierta adrede, le veía siempre enfundado en su camisa de fuerza y en la misma actitud, la cabeza sujeta con cinturón de cuero desde que intentó destrozarse el vestido y las ataduras con los dientes. Juan Francisco miraba al techo con gesto fijo y desesperado, iracundo y enrojecido por la afluencia de una vida que sublevaban terribles pensamientos. Era como una antigua escultura viviente de Prometeo, a la que el recuerdo de una felicidad perdida le roía el corazón; así, cuando el segundo abogado general fue a verle, el magistrado no pudo dejar de testimoniar la sorpresa que le producía un carácter sostenido. Cuando veía a cualquier ser viviente en su celda Juan Francisco estaba poseído de una rabia que rebasaba los límites conocidos por los médicos en esa clase de afecciones. Así que oía girar la llave de su cerradura, o recorrer los cerrojos de la puerta con plancha de hierro, una ligera espuma le blanqueaba los labios.

Juan Francisco, que tenía entonces veinticinco años, era de baja estatura pero muy proporcionado. Sus cabellos ondulados y fuertes prometían una gran energía. Sus ojos, de un amarillo claro y luminoso, estaban demasiado cerca del nacimiento de la nariz, defecto que le daba un parecido con las aves de presa. Tenía el rostro ovalado y moreno que distingue a los habitantes del centro de Francia. Un rasgo de su fisonomía confirmaba una afirmación de Lavater sobre las personas predestinadas al asesinato: tenía los dientes inferiores encaballados. No obstante, su rostro acusaba las características de la honradez y unas costumbres sencillas; no había, pues, nada que indicase que una mujer no le pudiese querer apasionadamente. Su graciosa boca tenía unos dientes de una blancura resplandeciente. El rojo de sus labios se hacía notar por ese tono de minio que descubre una ferocidad contenida y que en muchos seres encuentra el campo libre para los ardores del placer. Su aspecto no presentaba ninguna de las malas Costumbres de la gente baja. A los ojos de las mujeres que

siguieron el juicio, era evidente que una mujer supo suavizar sus nervios acostumbrados al trabajo, ennobleciendo su porte de campesino y dotándole de cierta gracia. Las mujeres reconocen las huellas del amor en un hombre, lo mismo que los hombres lo ven en una mujer si, como suele decirse, el amor ha pasado por ellas.

Hacia el atardecer Juan Francisco oyó correr los cerrojos y el ruido de la cerradura; volvió violentamente la cabeza y lanzó un terrible rugido sordo, con el cual daba rienda suelta a su ira; pero empezó a temblar violentamente cuando, a la suave luz del crepúsculo, vio las cabezas queridas de su hermana y de su madre, y detrás de ellas el rostro del cura de Montégnac.

—¡Canallas! Era esto lo que me reservaban —dijo cerrando los ojos.

Dionisia, como muchacha que acababa de estar en la cárcel, desconfiaba de todo y temía que apareciese el espía, sin duda escondido; se precipitó sobre su hermano, apoyó en el rostro de él el suyo lleno de lágrimas y le dijo al oído:

—Quizá alguien nos está escuchando.

—Si no fuese así no os habrían dejado entrar —dijo él en voz alta—. Desde el primer día pedí que no me hiciesen ver a nadie de mi familia.

—En qué estado me lo han dejado —dijo la madre al sacerdote—. Mi pobre hijo, mi pobre hijo... (La madre cayó a los pies del camastro, escondiendo la cabeza en la sotana del cura, quien siguió de pie a su lado). No puedo resistir el verle así atado, metido en ese saco...

—Si Juan —dijo el cura— me promete ser prudente, no atentar contra su vida, y conducirse bien mientras estemos aquí, que lo desaten; pero la menor infracción de su promesa caería sobre mí.

—Necesito tanto poderme mover a gusto, padre Bonnet —dijo el condenado, cuyos ojos humedeció el llanto—, que le doy mi palabra de que haré lo que usted quiera.

El cura salió, y seguidamente entró el carcelero y le quitó la camisa de fuerza.

—Esta noche no me matarás —le dijo el carcelero.

Juan no le contestó.

—Pobre hermano mío... —dijo Dionisia, acercando una cesta que había sido escrupulosamente registrada—. Te traemos algunas cosas que te gustan, pues seguramente te mantienen por pura misericordia.

Le enseñó unos frutos recogidos así que supo que podría entrar en la cárcel, y un paquete de galletas que su madre pudo conseguir. Las atenciones con que le llegaban le hicieron recordar su infancia y su mocedad, y la voz y los gestos de su hermana, la presencia de su madre, la del sacerdote, todo determinó una honda reacción en Juan: se deshizo en lágrimas.

—¡Oh, Dionisia...! —dijo entre sollozos—. Hace seis meses que no he hecho una verdadera comida. He comido para resistir el hambre.

La madre y la hermana salieron, fueron y volvieron. Impulsadas por el mismo espíritu que hace que las amas de casa procuren el mayor bienestar a los hombres,

terminaron por servir al desdichado muchacho una auténtica cena. Las ayudaron. Había la orden de secundarlas en lo que fuera compatible con la seguridad del condenado. Los Des Vanneaulx tuvieron el triste valor de contribuir al bienestar de ese de quien seguían todavía esperando su herencia. Juan tuvo así un último reflejo de los goces familiares, goces entristecidos por el tono siniestro de las circunstancias.

—¿Mi indulto ha sido denegado? —preguntó al cura.

—Sí, hijo mío. Sólo queda el que tengas un fin digno de un cristiano. Esta vida no es nada comparada con la que te espera; tienes que pensar en la felicidad eterna. Puedes quedar en paz con los hombres entregándoles tu vida, pero Dios no se conforma con tan poca cosa.

—¿Entregarles mi vida...? Usted no sabe todo lo que debo dejarles.

Dionisia miró a su hermano como para indicarle que, incluso en los asuntos de la religión, tenía que proceder con prudencia.

—No hablemos más de esto —continuó él, comiendo la fruta con una avidez que demostraba la intensidad de su fuego interior—. ¿Cuándo debo...?

—No, no habléis de esto delante de mí —dijo la madre.

—Pero yo estaré más tranquilo si lo sé —dijo él en voz baja al sacerdote.

—Sigue siendo el mismo —exclamó el Padre Bonnet, quien se le acercó para decirle al oído:

—Si esta noche te reconcilias con Dios, y si tu arrepentimiento me permite darte la absolución, será mañana. Mucho hemos ya conseguido, calmándote —terminó diciendo en voz alta.

Al escuchar sus últimas palabras los labios de Juan palidieron, sus Ojos se agitaron violentamente y por su rostro y por su cara pasó un estremecimiento de ira.

—¿Que estoy calmado? —se preguntó—. (Por suerte sus ojos se encontraron con los de Dionisia, bañados de lágrimas, y recobró el dominio de sí mismo). Muy bien; únicamente quiero a vosotras, y especialmente a usted —dijo dirigiéndose al sacerdote—. Han sabido por donde cogirme.

Y hundió la cabeza en el pecho de su madre.

—Escúchale, hijo mío —le dijo la madre llorando—; está arriesgando su vida nuestro querido padre Bonnet. Ya sabes lo débil de salud que es y si debe acompañarte...

Dudó un instante, y terminó:

... a la vida eterna...

Después besó la cabeza de Juan, y la apretó contra su corazón unos instantes.

—¿Me acompañará? —preguntó Juan mirando al sacerdote, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para inclinar la cabeza—. Pues bien, le escucharé y haré todo lo que él quiera.

—Debes prometérselo —dijo Dionisia—, pues debes salvar tu alma, lo que todos queremos. Luego... ¿te gustaría que se dijese en Limoges y en toda la región que un Tascheron no ha muerto dignamente? Y piensa que todo lo que tú pierdes

aquí, lo puedes encontrar en el cielo, donde se reúnen las almas perdonadas.

Ese esfuerzo sobrehumano secó la garganta de la heroica muchacha. Hizo igual que su madre, se calló, pero había triunfado. El criminal, hasta entonces furioso al ver como la justicia le separaba de su felicidad, tembló ante la sublime idea católica tan sencillamente expresada por su hermana. Todas las mujeres, incluso una joven campesina como Dionisia, saben hallar esas delicadezas; ¿no desean todas ellas hacer eterno el amor? Dionisia había impulsado dos sensibles cuerdas. El orgullo despertado llamó a las otras virtudes enfriadas por la miseria y destrozadas por la desesperación. Juan cogió la mano de su hermana, la besó, y se la llevó al corazón de forma profundamente significativa; la apoyó sobre él con suavidad y vigor a la vez.

—Vamos —dijo—, hay que renunciar a todo: éstos son los últimos latidos y los últimos pensamientos; recógelos tú, Dionisia...

Y le dirigió una de esas miradas por las cuales, en las grandes circunstancias, un hombre intenta imprimir su alma en otra alma.

Estas palabras, este pensamiento, eran un testamento. Todos esos legados inexpresados que debían ser tan fielmente transmitidos como fielmente solicitados, la madre y la hermana, Juan y el sacerdote los comprendieron tan perfectamente, que se escondieron unos de otros para que no se viesen llorar y para guardar el secreto de sus pensamientos. Las pocas palabras constituían la agonía de una pasión, el adiós de un alma paternal a las más bellas cosas de la tierra al manifestar una renuncia católica. También el sacerdote, vencido por la majestad de las grandes cosas humanas, incluso las Criminales, juzgó esa pasión ignorada por la extensión de la falta; levantó los ojos como para invocar la gracia de Dios. Allí se revelaban impresionantes consuelos y la infinita ternura de la religión católica, tan humana, tan suave por la mano que desciende hasta el hombre para explicarle la ley de los mundos superiores, tan terrible y divina por la mano que le tiende para guiarle al cielo. Pero Dionisia acababa de indicar misteriosamente al cura el sitio por donde podía ceder la roca, el boquete por donde se precipitarían las aguas del arrepentimiento. Repentinamente sobrecogido por los recuerdos que le evocaban, Juan lanzó el escalofriante aullido de la hiena sorprendida por los cazadores.

—¡No, no! —sollozó cayendo de rodillas—. ¡Quiero vivir! Madre, quédate en mi lugar, dame tu vestido y podré escapar. ¡Perdón, perdón! Id a ver al rey y decidle que...

Se interrumpió lanzando un rugido horrible, y se agarró violentamente a la sotana del cura.

—Salid —dijo en voz baja el padre Bonnet a las dos acongojadas mujeres.

Juan le oyó, levantó la cabeza, miró a su madre, a su hermana, y les besó los pies.

—Digámonos adiós, no volváis más; dejadme solo con el padre Bonnet; no os preocupéis ya más por mí —les dijo estrechando a su madre y a su hermana en un abrazo en el que parecía querer meter toda su vida.

—¿Cómo es posible no morir después de esto? —dijo Dionisia a su madre al

llegar a la puerta.

Eran alrededor de las ocho de la noche cuando tuvo lugar esa separación. En la puerta de la cárcel, las dos mujeres se encontraron con el abate Rastignac, quien les pidió noticias del prisionero.

—No hay duda de que se reconciliará con Dios —dijo Dionisia—. Si no ha llegado ya el arrepentimiento, está muy cerca.

Poco después el obispo supo que en esa ocasión el clero triunfaría y que el reo iría al suplicio con los sentimientos religiosos más edificantes. El obispo, junto al cual estaba el procurador general, expresó su deseo de hablar con el padre Bonnet, quien llegó al obispado cerca de medianoche. El abate Gabriel, después de los varios viajes que había hecho del obispado a la cárcel y de la cárcel al obispado, creyó necesario llevar al cura en el coche del obispo. El pobre cura estaba tan abatido que casi no podía andar. La perspectiva de la terrible jornada que le esperaba al día siguiente y los secretos combates de que había sido testigo; el espectáculo del completo arrepentimiento que había recogido, rebelde durante mucho tiempo, cuando el gran cálculo de la eternidad le fue demostrado...; todo se había conjugado para destrozar al padre Bonnet, cuya constitución nerviosa, eléctrica casi, se identificaba con las desdichas ajenas. Los corazones que se parecen a esa alma generosa sienten de tal forma las emociones, las miserias, las pasiones y los sentimientos de aquéllos por quienes se interesan, que los sufren a su vez, y tan intensamente que les es imposible medir su volumen, el cual no pueden advertir los que viven ciegos a los intereses del alma y no sienten el paroxismo de sufrimientos. En este sentido, un sacerdote como el padre Bonnet es como un artista que siente, en vez de ser un artista que juzga. Cuando el cura se vio en el salón del obispo, entre los dos vicarios generales, el abate de Rastignac, el señor de Grandville y el procurador general, entendió que esperaba de él alguna nueva noticia.

—Querido cura —dijo el obispo—, ¿ha conseguido alguna confesión que pueda usted confiar a la justicia, sin faltar a sus deberes?

—Monseñor, para dar la absolución a este pobre muchacho descarriado, no sólo he esperado que su arrepentimiento fuese sincero y tan completo como desea la Iglesia, sino que le he exigido la restitución del dinero robado.

—Esta restitución —dijo el procurador general— es lo que me ha hecho acudir a monseñor; debe conseguirse que se haga alguna luz en los aspectos oscuros del proceso. Con seguridad hay cómplices.

—Mi intervención en este asunto no se debe al deseo de ayudar a la justicia humana. Ignoro cómo se hará la restitución, pero la habrá. Al llamarme cerca de uno de mis feligreses, monseñor me ha colocado en las condiciones absolutas que dan a los sacerdotes, en la demarcación de su parroquia, los derechos que ejerce monseñor en su diócesis, con las excepciones de casos de disciplina y de obediencia eclesiástica.

—Muy bien —dijo el obispo—. Pero se trata de conseguir en favor de la justicia

alguna declaración voluntaria del condenado.

—Mi misión es la de conquistar un alma para Dios —respondió el padre Bonnet.

El señor de Grancour encogió los hombros, pero el abate Dutheil inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—Lo que pretende Tascheron es salvar a alguien a quien se podría reconocer con la restitución —dijo el procurador general.

—Señor —replicó el sacerdote—, no sé absolutamente nada que pueda desmentir o autorizar sus sospechas. Pero el secreto de confesión es inviolable.

—Entonces, ¿habrá la restitución? —preguntó el hombre de la justicia.

—Sí, señor —respondió el hombre de Dios.

—Esto me basta —dijo el procurador general, quien confiaba en la habilidad de la policía para conseguir información, como si las pasiones y los intereses personales no fueran más hábiles que todas las policías.

A la mañana siguiente, día de mercado, Juan Francisco Tascheron fue conducido al suplicio, como deseaban las almas piadosas y políticas de la ciudad. En un ejemplo de modestia y de piedad, besó apasionadamente el crucifijo que le presentó el padre Bonnet con mano temblorosa. Todas las miradas estaban fijas en el condenado, y las suyas las observaron millares de ojos; ¿la detendría en alguna persona que estuviera entre la multitud, o en alguna casa? Su discreción fue completa, inviolable. Murió como un cristiano, arrepentido y absuelto.

Al pobre cura de Montégnac hubo que recogerlo sin conocimiento, del pie del cadalso, aun cuando casi no llegó a ver la máquina fatal.

Durante la noche del día siguiente al de la ejecución, a tres leguas de Limoges, en plena carretera y en un lugar desierto, Dionisia, aunque deshecha por el cansancio y el dolor, suplicó a su padre que la dejara volver a Limoges con Luis María Tascheron, uno de sus hermanos.

—¿Qué quieres hacer tú en la ciudad? —le respondió bruscamente su padre arrugando la frente y frunciendo el ceño.

—Padre —le dijo ella al oído—, no solamente debemos pagar al abogado que le ha defendido, sino que también debemos restituir el dinero que escondió.

—Esto es justo —dijo el honrado campesino metiendo la mano en una bolsa de cuero que llevaba.

—No, no —dijo Dionisia—, él ya no es tu hijo. No son los que le maldijeron quienes deben pagar al abogado, sino los que le bendijeron.

—Te esperaremos en El Havre —dijo el padre.

Dionisia y su hermano volvieron a la ciudad antes de que amaneciera, sin que nadie les viese. Cuando, más tarde, la policía supo que habían estado en Limoges, no pudo averiguar donde estuvieron escondidos. Dionisia y su hermano subieron hacia las cuatro hasta la parte alta de la ciudad, pegándose a las paredes. La pobre muchacha no se atrevía ni a levantar los ojos por temor de encontrarse con los de los que habían visto rodar la cabeza de su hermano. Después de ir a buscar al padre

Bonnet, quien a pesar de su debilidad consintió en cumplir las funciones de padre y tutor de Dionisia en esa circunstancia, se dirigieron a casa del abogado, el cual vivía en la calle de la Comedia.

—Buenos días, pobres muchachos —dijo el abogado al mismo tiempo que saludaba al padre Bonnet—. ¿En qué puedo servirles? ¿Quieren que me encargue de reclamar el cadáver de su hermano?

—No, señor —dijo Dionisia, llorando ante una idea que no se le había ocurrido—; venimos a cumplir con usted, si el dinero puede saldar una deuda de gratitud eterna.

—Siéntense —dijo entonces el abogado al darse cuenta de que Dionisia y el sacerdote seguían de pie.

Dionisia se volvió para sacar de su corpiño dos billetes de quinientos francos, sujetos a su camisa por un alfiler, y se sentó a la vez que los ofrecía al defensor de su hermano. El sacerdote miró al abogado largamente, con ojos humedecidos.

—Guárdate —dijo el abogado—, guárdate este dinero para ti, pobre criatura; los ricos no pagan con tanta generosidad un pleito perdido.

—Señor —dijo Dionisia—, me es imposible obedecerle.

—¿Entonces, el dinero no es tuyo? —preguntó el abogado.

—Perdóneme —respondió ella, mirando al padre Bonnet para saber si Dios se ofendería con su mentira.

El sacerdote miraba al suelo.

—Muy bien —dijo el abogado, quedándose un billete de quinientos francos y tendiendo el otro al cura—; reparto mis honorarios a los pobres. Y ahora, Dionisia, cámbiame éste —dijo dándole el otro billete— por esta cinta de terciopelo negro y tu cruz de oro. Pondré la cruz en mi chimenea en recuerdo del corazón de muchacha más puro y sensible que he conocido durante mi vida de abogado.

—Se la regalaré sin vendérsela —exclamó Dionisia quitándose la crucecita y ofreciéndosela.

—Muy bien, señor —dijo el cura—, yo acepto los quinientos francos, que emplearé en la exhumación y traslado del cadáver del infortunado muchacho al cementerio de Montégnac. Con toda seguridad, Dios le ha perdonado, y Juan podrá levantarse con todo mi rebaño cuando llegue el gran día en que los justos y los arrepentidos se sentarán a la derecha del Padre.

—De acuerdo —dijo el abogado.

Cogió la mano de Dionisia y la atrajo hacia sí, besándole la frente, pero ese acto tenía otra finalidad. Y le dijo:

—Hija mía, nadie en Montégnac tiene billetes de quinientos francos; son tan raros en Limoges que estoy seguro de que estos billetes te los ha dado alguien; sé que no dirás quién, ni yo te lo preguntaré, pero escúchame bien: si aún tienes que hacer algo en esta ciudad relacionado con tu desdichado hermano, ve con cuidado. Al padre Bonnet, a ti y a tu hermano os vigilarán los espías. Todo el mundo sabe que tu familia

se ha ido de la región. Cuando se os vea por aquí, os rodearán y os espiarán; no lo dudes.

—¡Ay, señor! Ya nada tengo que hacer aquí —dijo ella.

«Es prudente, se dijo el abogado acompañándola a la puerta. Ya está avisada, y no se confiará».

En los últimos días de septiembre, tan calurosos como en pleno verano, el obispo dio una cena a las autoridades de la ciudad. Entre los invitados estaban el procurador del rey y el primer abogado general. Varias discusiones animaron la velada y la prolongaron hasta una hora inusitada. Se jugó al *whist* y al trictrac, juego al que son aficionados los obispos. Hacia las once de la noche, el procurador estaba en una terraza superior. Desde el rincón, vio una luz en aquella isla que, en una tarde de un día ya pasado, llamó la atención del abate Gabriel y del obispo, o sea la isla de Verónica; su luz le recordó los misterios inexplicados del crimen cometido por Tascheron. Luego, no vio ninguna razón para que alguien encendiera fuego en la orilla del Vienne a esa hora, y la idea secreta que se les había ocurrido al obispo y a su secretario le acudió a la mente con tan súbita claridad como la de la hoguera que brillaba a lo lejos.

—Hemos sido unos insignes estúpidos —exclamó—, pero ahora podemos atrapar a los cómplices.

Subió al salón, buscó al señor de Grandville, le dijo algo al oído, y seguidamente desaparecieron los dos; pero el abate de Rastignac, les siguió por educación, vigiló su salida, les vio dirigirse hacia la terraza, y vio el fuego en un lado de la isla.

«Está perdida», pensó.

Los enviados de la justicia llegaron demasiado tarde. Dionisia y Luis María, a quienes Juan había enseñado a nadar, estaban en la misma orilla del Vienne, en un sitio indicado por Juan; pero Luis María Tascheron había ido ya cuatro veces siempre a nado, desde la orilla a la isla, y cada vez trajo veinte mil francos en oro. La primera cantidad estaba envuelta en un pañuelo anudado por las cuatro puntas. El pañuelo fue inmediatamente estrujado para quitarle el agua y arrojado a un fuego hecho con ramas secas, encendido anticipadamente. Dionisia no se separó del fuego hasta comprobar que no quedaba ni rastro del pañuelo; el segundo envoltorio era un mantón, y el tercero una pañoleta de batista. En el momento en que echaba al fuego el cuarto envoltorio, los gendarmes, al mando de un comisario de policía, se apoderaron de esa importante prueba, sin que Dionisia demostrase la menor emoción. Se trataba de un pañuelo en el que, a pesar del tiempo que llevaba en el agua, había algunas manchas de sangre. Inmediatamente interrogada sobre lo que estaba haciendo, Dionisia dijo que obedeciendo las instrucciones de su hermano sacaba del agua el oro robado. El comisario le preguntó por qué había quemado los envoltorios, y ella le contestó que cumplía una de las condiciones impuestas por su hermano. Cuando se le preguntó en qué consistían los envoltorios, contestó audazmente, y sin mentir:

—Eran una manteleta, un pañuelo de batista y un mantón.

El pañuelo que habían cogido fue de su hermano.

Esa caza y sus circunstancias levantaron gran polvareda en Limoges. Especialmente el mantón confirmó la creencia de que Tascheron había cometido el crimen por amor.

—Después de muerto, sigue protegiéndola —dijo una señora al enterarse de las últimas revelaciones, inutilizadas con tanta habilidad.

—Probablemente hay en Limoges un marido que tiene un mantón de menos en casa, pero no tendrá otro remedio que callarse —dijo sonriendo el procurador general.

—Las equivocaciones de guardarropa son ahora tan comprometedoras que esta misma noche repasaré el mío —dijo sonriendo la anciana señora Perret.

—¿De quién pueden ser los diminutos pies cuyas huellas han sido tan cuidadosamente borradas? —preguntó el señor de Grandville.

—Bah...; tal vez los de una mujer fea —respondió el procurador general.

—Ha pagado cara su culpa —continuó el abate Granolcour.

—¿Sabe usted lo que demuestra este asunto? —exclamó el abogado general—. Demuestra lo mucho que las mujeres han perdido con la Revolución, que ha confundido y barajado los rangos sociales. Esas pasiones no se encuentran más que entre los hombres que ven una enorme distancia entre ellos y sus amantes.

—Concede usted al amor excesivas vanidades —respondió el abate Dutheil.

—¿Qué opina la señora Graslin? —preguntó el prefecto.

—¿Y qué quiere usted que piense? Dio a luz, como ella misma anunció, el día de la ejecución, y después no ha visto a nadie, pues está muy enferma —dijo el señor de Grandville.

En otro salón de Limoges ocurría una escena casi cómica. Los amigos de los Des Vanneaulx habían acudido a felicitarles por la restitución de su herencia.

—Claro —decía la señora Des Vanneaulx—, debieron indultar a ese pobre muchacho. Al crimen le llevó el amor y no el interés; no era ni vicioso ni malvado.

—Ha sido muy delicado —dijo el señor Des Vanneaulx— y si supiese donde está su familia, yo les correspondería. Estos Tascheron son buenas gentes.

Cuando después de la larga enfermedad que siguió al parto y que la obligó a guardar cama durante algún tiempo, la señora Graslin se levantó, era a últimos del año 1829; oyó hablar a su marido de un negocio de mucha importancia que quería realizar. La casa de Navarreins pensaba vender el bosque de Montégnac y las tierras incultas de los alrededores. Graslin aún no había ejecutado una cláusula de su contrato matrimonial por el cual se obligaba a invertir la dote de su mujer en tierras, y prefirió emplearla en acciones bancarias, y ya la había doblado. Al oír hablar de ese negocio, pareció como si Verónica se acordase del nombre de Montégnac, y rogó a su marido que hiciese honor al compromiso convenido, comprando esas tierras para ella.

El señor Graslin tenía mucho interés en entrevistarse con el cura Bonnet, para que le informase sobre los bosques y las tierras que el duque de Navarreins deseaba

vender, pues el duque preveía la horrible lucha que el príncipe de Polignac preparaba entre el liberalismo y la Casa de Borbón, y auguraba toda clase de males. De ahí que fuese uno de los más intrépidos oponentes al golpe de Estado. El duque había mandado a su procurador a Limoges, encargándole que cediera ante una fuerte entrega de plata, pues él se acordaba muy bien de la Revolución del 1879 para no aprovecharse de las enseñanzas que había dado a la aristocracia. Desde hacía más de un mes el procurador se batía con Graslin, el negociante más astuto del Lemosín, el único hombre indicado por todos los conocedores de esa clase de asuntos como capaz de comprar y pagar al contado una gran propiedad.

Ante unas líneas que le escribió el abate Dutheil, el padre Bonnet se fue a Limoges, y ya en la ciudad, a casa del señor Graslin. Verónica insistió en que el cura comiese con ella, pero el banquero no permitió que el padre Bonnet subiese a las habitaciones de su esposa sino después de retenerle en su despacho más de una hora y conseguir de él una información lo suficientemente satisfactoria para comprar inmediatamente el bosque y las tierras de Montégnac por quinientos mil francos. Accedió a los deseos de su mujer haciendo constar en el contrato que la compra, y todas las que en un futuro se pudiesen realizar, serían en cumplimiento de la cláusula del contrato matrimonial relativa al empleo de la dote. Graslin tuvo interés en que así constara, mayormente cuando su probidad no le costaba nada. En el momento de la compra, las propiedades se componían del bosque de Montégnac, que contenía más de trescientas fanegas inexplorables, las ruinas del castillo, unos huertos y la gran llanura que se tiende frente a Montégnac. Graslin adquirió en seguida varias otras tierras hasta donde termina el bosque de Montégnac. Desde el establecimiento de los impuestos, ésa señoría no le proporcionaba al duque de Navarreins más de quince mil francos anuales, mientras que antes era uno de los más ricos feudos del reino, y cuyas tierras se habían salvado de la venta ordenada por la Convención, tanto por su aridez como por la reconocida imposibilidad de explotarlas.

Cuando el cura se vio frente a esa mujer célebre por su piedad y por su inteligencia, y de la cual había oído hablar, no pudo evitar un gesto de sorpresa. Verónica había llegado entonces a la tercera fase de su vida, aquélla en la que ella debía distinguirse por el ejercicio de las más altas virtudes, y durante la cual fue otra mujer. A la Virgen de Rafael, envuelta a los once años por el grabado manto de la viruela había sucedido la mujer hermosa, noble, apasionada, y de esa mujer, aniquilada por íntimos dolores, salía una santa. Su rostro tenía un tinte amarillento, parecido al que tiñe el de las abadesas famosas por sus ayunos y penitencias. Las sienes se le habían dorado. Los labios empalidecieron y ya no ofrecían el color de la granada entreabierto, sino los fríos tonos de una rosa de Bengala. Junto a los ojos, donde principia la nariz, el dolor había dejado dos pequeños círculos nacarados por donde se escurrieron sus secretas lágrimas. El llanto había borrado las huellas de la viruela y suavizado la piel. La curiosidad se fijaba indefectiblemente en ese sitio donde una red azulada de pequeños vasos sanguíneos latía con golpes acelerados, y

que estaba como hinchada por la afluencia de sangre que llegaba hasta allí, como para alimentar el llanto. Las cuencas de los ojos conservaban su parduzco color, pero negro debajo de los párpados surcados de arrugas. Las mejillas estaban chupadas y sus pliegues acusaban hondas inquietudes. El mentón, carnoso en su juventud, ahora aparecía más pequeño, igual que descarnado, deformando su expresión; parecía entonces un rostro de una implacable severidad religiosa, cuando Verónica sólo se la imponía a sí misma. A los veintinueve años, Verónica, que tuvo que hacerse arrancar puñados de pelo blanco, iba quedando calva; el parto había arruinado su cabellera, una de sus más hermosas galas. Su delgadez afligía. A pesar de la prohibición de su médico, quiso criar a su hijo. El médico, para la ciudad, se apuntaba un triunfo al cumplirse lo que había pronosticado si Verónica criaba a su hijo a pesar de sus consejos.

—Esto es lo que puede producir un solo parto —decía—. Por eso quiere tanto a su hijo. He observado que las madres quieren a sus hijos según los sacrificios que les han costado.

Los cansados ojos de Verónica ofrecían, empero, la única cosa de su rostro que siguió siendo joven; el oscuro azul del iris tenía un vigor cálido, pareciendo como si la vida se hubiera refugiado allí, desertando de la máscara inmóvil y helada, animándose con una piadosa expresión siempre que se trataba del prójimo. Así la sorpresa, la estupefacción del sacerdote fueron disminuyendo a medida que iba explicando a la señora Graslin el bien que un propietario podía hacer en Montégnac si se quedaba a vivir allí. Verónica recobró por un instante su hermosura, iluminada por el resplandor de un futuro inesperado.

—Iré —dijo ella—. Será mi felicidad. Conseguiré dinero de mi esposo y me asociaré en cuerpo y alma a la religiosa obra en que está usted empeñado. Traeremos abonos a Montégnac y encontraremos agua para regar los yermos. Como Moisés, golpeará usted una roca y brotará el llanto...

El cura de Montégnac, interrogado por varios amigos que tenía en Limoges respecto a la señora Graslin, habló de ella como de una santa.

La mañana del día siguiente al de la compra, Graslin mandó un arquitecto a Montégnac. El banquero quería restaurar el castillo, reconstruir los jardines, las terrazas, el parque, y ganarle tierras al bosque para dedicarlas al cultivo, poniendo en esa restauración una orgullosa actividad.

Dos años más tarde, a la señora Graslin le llegó un golpe inesperado. En agosto del 1830, Graslin, sorprendido por los desastres del comercio y de la banca, quedó cogido entre ellos a pesar de la prudencia de sus inversiones; no soportó la idea de una quiebra, ni la de perder una fortuna de tres millones conseguidos después de cuarenta años de trabajo; la enfermedad moral que provino de sus angustias agravó la enfermedad inflamatoria siempre latente en su sangre, y se vio obligado a guardar cama. Después del parto, el afecto de Verónica por Graslin fue aumentando, lo mismo que se desvanecieron las esperanzas de su admirador el señor de Grandville; intentó

salvar a su marido redoblando sus cuidados, pero sólo consiguió prolongar durante unos meses el suplicio de ese hombre, si bien ese respiro le fue muy útil al señor Grossetête, quien previendo el fin de su antiguo empleado, le pidió los informes necesarios para una rápida liquidación del haber. Graslin murió en abril del 1831, y la amargura de su viuda sólo cedió ante la resignación cristiana. La primera intención de Verónica fue la de desprenderse de su propia fortuna para cumplir con los acreedores, pero era suficiente la del señor Graslin. Dos meses más tarde, la liquidación, a la cual se dedicó el señor Grossetête, dejó a la señora Graslin las propiedades de Montégnac y seiscientos sesenta mil francos, que era toda su fortuna, y el nombre de su hijo quedaba sin la menor sombra, pues Graslin había ido con mucho tiento en el manejo de las fortunas ajenas, mayormente con la de su mujer. A Francisco Graslin aún le quedó un centenar de miles de francos. El señor de Grandville, quien no ignoraba las virtudes y la grandeza de alma de Verónica, le propuso matrimonio, pero ante la sorpresa de todo Limoges rechazó al nuevo procurador general con el pretexto de que la Iglesia condenaba las segundas nupcias. Grossetête, hombre dotado de gran sentido común y de segura visión en los negocios, aconsejó a Verónica que colocara su fortuna y los restos de la de Graslin en valores públicos, y personalmente realizó la compra de los títulos, eligiendo los que ofrecían mejores intereses. Así, Francisco Graslin tuvo seis mil libras de renta, y su madre unas cuarenta mil. La fortuna de Verónica seguía siendo la mejor del departamento. Cuando todo estuvo arreglado, la señora Graslin anunció su proyecto de abandonar Limoges e irse a vivir a Montégnac, al lado del padre Bonnet. Llamó de nuevo al sacerdote para consultarle sobre la obra iniciada en Montégnac, en la que quería participar; pero él la disuadió generosamente de su intención, demostrándole que su sitio estaba en el mundo.

—He salido del pueblo, y quiero volver al pueblo —respondió ella.

El sacerdote, enamorado de su aldea, opuso menos resistencia a la vocación de la señora Graslin, al ver que ella se había impuesto la obligación de no vivir en Limoges, cediendo la casa Graslin al señor Grossetête, quien, para cubrir las cantidades que se le adeudaban, se había quedado con ella.

El día de su marcha, a fines de agosto del 1831, las numerosas amistades de la señora Graslin quisieron acompañarla hasta las afueras de la ciudad. Algunos llegaron hasta la primera posta. Verónica iba en una calesa con su madre. El abate Dutheil, nombrado hacía pocos días para un obispado, iba en el banco delantero del coche con el señor Grossetête. Al pasar por la plaza de Aîne, Verónica sufrió una violenta sensación, su cara se contrajo hasta vérsese los músculos y apretó a su hijo con un movimiento convulsivo que atajó la abuela Sauviat cogiéndoselo en el acto, pues la anciana mujer advirtió la emoción de su hija. La casualidad quiso que la señora Graslin pasase por delante de la casa que en otros tiempos fue de su padre; estrechó fuertemente la mano de su madre, gruesas lágrimas cayeron de sus ojos y rodaron sobre sus mejillas. Cuando llegaron a las afueras de Limoges, dirigió una última mirada a la ciudad, y le pareció sentir una sensación de felicidad, la cual no les

pasó inadvertida a sus amigos. Cuando el procurador general, ese joven de veinticinco años a quien ella había rechazado, le besó la mano con una viva expresión de dolor, el nuevo obispo percibió el extraño gesto de Verónica, por el que lo negro de sus pupilas se extendía hasta el azul de sus ojos, reduciéndolo a un ligero círculo. La mirada de Verónica descubría una violenta revolución interior.

—No le veré ya más —dijo al oído de su madre, quien recibió la confidencia sin que su viejo rostro revelase el menor sentimiento.

A la Sauviat la observaba en ese momento Grossetête, quien estaba frente a ella, pero a pesar de su astucia el anciano banquero no pudo adivinar el odio que Verónica sentía contra el magistrado, aunque hubiese seguido recibéndolo. En esta clase de asuntos, los clérigos poseen una perspicacia que no se da en los demás hombres; así el obispo dejó atónita a Verónica con una mirada sacerdotal.

—¿No deja usted nada en Limoges? —le preguntó monseñor a la señora Graslin.

—Usted también se va —le respondió ella—. Y usted no irá muchas veces —añadió sonriendo a Grossetête, quien le estaba diciendo adiós.

El obispo acompañó a Verónica hasta Montégnac.

—Debiera de ir de luto por esta carretera —dijo al oído de su madre mientras subían a pie la cuesta de San Leonardo.

La anciana, de cara enjuta y arrugada, se llevó un dedo a los labios señalando al obispo, quien miraba al niño con agresiva atención. Ese gesto, y sobre todo la viva mirada del prelado, produjo en la señora Graslin como un estremecimiento. Ante las extensas llanuras que despleaban su grisáceo manto delante de Montégnac, los ojos de Verónica perdieron su fulgor, y ella se sintió melancólica. Entonces vio que el cura iba a su encuentro y la hizo subir al coche.

—Estos son sus dominios, señora —le dijo el padre Bonnet señalándole la llanura sin cultivar.

CAPÍTULO IV

LA SEÑORA DE GRASLIN EN MONTÉGNAC

En pocos instantes, el burgo de Montégnac y su colina, donde las nuevas edificaciones impresionaban a quien las contemplaba, aparecieron dorados por el sol poniente e impresos por la poesía debida al contraste de la hermosa naturaleza que reinaba allí como un oasis en un desierto. Los ojos de la señora Graslin se llenaron de lágrimas, y el cura le señaló una larga faja blanca que dejaba como una cicatriz en la montaña.

—Ahí tiene lo que mis feligreses han hecho para testimoniar su agradecimiento a su castellana —dijo indicando el camino—. Ahora podremos subir al castillo en coche. Esta rampa se ha terminado sin que le haya costado a usted ni un solo céntimo, y antes de dos meses plantaremos árboles a cada lado. Monseñor puede darse una idea del trabajo, de los sinsabores, de la abnegación que han sido necesarios para un cambio tan grande.

—¿Han hecho esto? —preguntó el obispo.

—Y sin querer ninguna retribución, monseñor. Los más pobres han trabajado también porque sabían que con la señora les llegaba una madre.

Al pie de la montaña, los viajeros vieron que se había reunido el vecindario disparando morteretes y escopetas; después las dos niñas más bonitas, vestidas de blanco, ofrecieron a la señora Graslin ramos de flores y frutas.

—Ser recibida así en este pueblo... —exclamó estrechando la mano del padre Bonnet como si fuera a caer en un precipicio.

La gente siguió al coche hasta la puerta del parque. Desde allí, la señora Graslin pudo ver su castillo, del que hasta entonces sólo había distinguido su mole. Ante su aspecto, quedó como sobrecogida por la magnificencia de su vivienda. La piedra escasea en esa región, y el granito que hay en las montañas es muy difícil de tallar; el arquitecto encargado por Graslin de la restauración del castillo tuvo que hacer de los ladrillos el principal elemento de la vasta construcción, por lo que las obras fueron menos costosas, toda vez que el bosque de Montégnac proporcionó la tierra y la madera necesaria para su fabricación. La armadura y la piedra de las construcciones salieron igualmente del mismo bosque. Sin esa economía, Graslin se habría arruinado. La mayor parte de los gastos consistió en transportes, en explotaciones y en salarios. Así el dinero se quedó en el pueblo, lo que fue una gran ayuda.

A la primera mirada y desde lejos, el castillo aparece como una enorme mole roja con las rayas negras de las juntas y bordeada de líneas grises, pues las ventanas, las puertas, las entabladuras, los ángulos y la piedra de cada piso son de granito tallado en punta de diamante. El patio, que tiene una forma oval inclinada como la del

palacio de Versalles, está rodeado de paredes de ladrillo divididas en cuadros enmarcados en granito. Debajo de esas paredes hay unos macizos notables por la selección de sus arbustos, de un verde distinto cada uno. Dos magníficas verjas, la una frente a la otra, conducen por un lado a la terraza desde la que se ve Montégnaç, y por el otro a las dependencias y a una granja. La puerta principal, donde empieza la carretera terminada recientemente, está flanqueada por dos hermosos pabellones estilo siglo xvi. La fachada que da al patio, compuesta de tres cuerpos de edificio, uno central y los otros dos laterales, mira hacia levante. La fachada que da al jardín, exactamente igual, mira hacia poniente. Los pabellones tienen una sola ventana sobre la fachada, y cada cuerpo de edificio tiene tres. El pabellón central, construido en forma de campanil, se distingue por la elegancia de algunas esculturas sobriamente distribuidas. En provincias el arte es tímido, y aunque desde el 1829 la ornamentación ha hecho algún progreso gracias a la voz de varios escritores, los propietarios temían los gastos que ocasionaría la falta de competencia y de mano de obra competente, encareciendo mucho la construcción. El pabellón de cada extremo está coronado por unos techos muy elevados y adornados con balaustradas de granito y cortadas por una elegante plataforma bordeada donde hay una ventana elegantemente esculpida. En cada piso, los dinteles de las puertas y ventanas están adornados con esculturas copiadas de las que hay en las casas genovesas. El pabellón cuyas tres ventanas miran al mediodía da al sur de Montégnaç; el otro, el del norte, mira hacia el bosque. Desde la fachada del jardín, la vista abarca la parte de Montégnaç donde están los Tascheron, y llega a la carretera que conduce a la capital del distrito. La fachada que da al patio goza del espléndido espectáculo de la llanura rodeada por los montes de Corrèze por el lado de Montégnaç, pero termina en la raya lejana del horizonte. Los cuerpos de edificio sólo tienen un piso en cuyos tejados destacan varias buhardillas al modo antiguo, pero los dos pabellones de los extremos tienen dos pisos. El de en medio culmina en una especie de cúpula aplastada parecida a las de los pabellones del Reloj de las Tullerías o del Louvre, y en el cual hay una única estancia con azotea y adornada con un reloj. Por economía, todas las techumbres se hicieron con tejas, un enorme peso que soportaban fácilmente las armaduras de madera. Antes de morir, Graslin proyectaba por agradecimiento la construcción de la carretera que acababan de abrir, pues esa empresa que Graslin llamaba su locura, proporcionó quinientos mil francos al Ayuntamiento. Así Montégnaç gozaba de una relativa prosperidad. Detrás de las dependencias, en la ladera de la colina que hacia el norte toma forma más suave hasta terminar en la llanura, Graslin había iniciado la construcción de una importante granja, lo que demostraba su intención de sacar partido de las incultas tierras del llano. Seis jardineros que residían en las dependencias de la servidumbre, a las órdenes del jardinero mayor proseguían la plantación y terminaban los trabajos que el padre Bonnet había considerado indispensables. La planta baja del castillo, destinada a recepción, fue amueblada con suntuosidad. El primer piso estaba totalmente vacío, pues el fallecimiento del señor Graslin interrumpió los envíos de

mobiliario.

—Monseñor —dijo la señora Graslin al obispo después de dar una vuelta por el castillo—, yo tenía intención de vivir en una choza, pero el pobre Graslin hizo locuras.

—Y usted —dijo el obispo— va a realizar obras de caridad —añadió luego de una pausa al observar la impresión que sus palabras producían a la señora Graslin.

Ella cogió el brazo de su madre, que llevaba a Francisco de la mano, y fue hasta la amplia terraza debajo de la cual están la iglesia y el presbiterio y desde donde las casas de la aldea se ven por pisos. El cura se apoderó de monseñor Dutheil para mostrarle las diferentes facetas del paisaje. Pero los dos sacerdotes vieron al otro extremo de la terraza a Verónica y a su madre inmóviles como estatuas; la anciana tenía su pañuelo en la mano y se secaba los ojos; la hija tenía las manos abiertas sobre la balaustrada, y parecía señalar a la iglesia, hacia abajo.

—¿Qué le pasa a usted, señora? —preguntó el cura Bonnet a la anciana Sauviat.

—Nada —respondió la señora Graslin, quien se volvió y dio algunos pasos hacia los dos sacerdotes—. No sabe que siempre tendría el cementerio delante de los ojos.

—Puede hacerlo cambiar de sitio; la ley está a su lado.

—¿La ley? —exclamó ella, dejando escapar su pregunta como si fuera un lamento.

En ese instante el obispo miró una vez más a Verónica. Cansada de la mirada con que el prelado penetraba en la carne que protegía su alma, y sorprendiendo en ella el secreto que guardaba una de las fosas de aquel cementerio, exclamó.

—Pues bien, ¡sí!

El obispo se tapó los ojos con la mano y se quedó durante unos momentos pensativo, abrumado.

—Sostengan a mi hija —pidió la anciana—, está muy pálida.

—El aire es demasiado fresco —dijo la señora Graslin cayendo desvanecida en brazos de los dos eclesiásticos, quienes la llevaron a una de las habitaciones del castillo.

Cuando recobró el conocimiento, vio al obispo y al sacerdote que estaban rogando a Dios por ella, ambos arrodillados.

—Quiera Dios que el ángel que la ha visitado no la abandone —le dijo el obispo bendiciéndola—. Adiós, hija mía.

Esas palabras hicieron llorar a la señora Graslin.

—¿Se ha salvado? —preguntó la Sauviat.

—En este mundo y en el otro —añadió el obispo antes de salir de la habitación.

Esa habitación a la que la Sauviat había hecho llevar a su hija estaba en el primer piso del pabellón lateral cuyas ventanas daban a la iglesia, al cementerio y al lado meridional de M^ontégnac. La señora Graslin quería vivir en ella, y se instaló con Alina y el pequeño Francisco. Como es natural, la Sauviat se quedó al lado de su hija. Fueron necesarios varios días para que la señora Graslin se recobrase de las violentas

emociones que sufrió a su llegada, y desde entonces su madre la obligó a quedarse en cama hasta mediodía. Por las tardes, Verónica se sentaba en el banco de la terraza, desde donde sus ojos se tendían sobre la iglesia, sobre el presbiterio y el cementerio. A pesar de la sorda oposición de la anciana Sauviat, la señora Graslin estaba acostumbrándose a la manía de sentarse siempre en el mismo sitio, y siempre sombríamente melancólica.

—La señora se está muriendo —dijo Alina a la abuela Sauviat.

Avisado por las dos mujeres, el sacerdote, quien no quería influir en ellas, fue desde entonces a ver con asiduidad a la señora Graslin, al comprender que tenía el alma enferma. Ese verdadero pastor tuvo el buen cuidado de hacer sus visitas a la hora en que Verónica se sentaba en el ángulo de la terraza con su hijo, los dos de luto. Empezaba el mes de octubre y la naturaleza tenía el tono sombrío y triste del otoño. El padre Bonnet, que desde la llegada de Verónica a Montégnac había observado en ella una gran llaga interior, juzgó prudente conseguir la confianza de esa mujer que había de ser su penitente. Una tarde, la señora Graslin miró al sacerdote con ojos apagados por la fatal indecisión que se observa en las personas que acarician la idea de la muerte. Desde ese momento, el padre Bonnet ya no dudó, y se impuso el deber de detener los progresos de su cruel enfermedad moral. Hubo primero entre Verónica y el sacerdote un intercambio de palabras insustanciales con las que los dos escondían sus verdaderos pensamientos. A pesar del frío, Verónica estaba en ese momento sentada en un banco de piedra y tenía a Francisco sentado en sus rodillas. La Sauviat estaba de pie, apoyada contra la balaustrada de ladrillos, y tapaba expresamente la vista del cementerio. Alina esperaba que su dueña le diese el niño.

—Creía, señora, que lo que tenía usted era simple añoranza, pero ahora estoy convencido —le dijo al oído— de que se trata de desespero. Ese sentimiento no es ni cristiano ni católico.

—¿Y qué sentimiento —preguntó ella dirigiendo al cielo una mirada penetrante y dejando errar por sus labios una sonrisa amarga— permite la Iglesia a los condenados, si no es el desespero?

Al oír su pregunta, el santo varón se dio cuenta de que en esa alma había grandes destrozos.

—Está usted convirtiendo esta colina en su infierno, cuando debería ser el calvario desde donde pudiese dirigirse al cielo.

—No tengo ya el suficiente orgullo para subirme a semejante pedestal —respondió ella con un tono que descubría el profundo menosprecio en que se tenía.

Entonces el sacerdote, por una de esas inspiraciones tan naturales y tan frecuentes en los hombres de corazón puro, tomó al niño en sus brazos, le besó en la frente y dijo: «¡Pobre niño!» con voz paternal y entregándolo a la doncella, la cual se lo llevó.

La Sauviat miró a su hija, y comprendió cuán eficaces fueron el gesto y la exclamación del padre Bonnet, pues el llanto humedecía los ojos tanto tiempo secos de Verónica. La anciana auvernesa hizo una seña al sacerdote y se fue.

—Paseemos un poco —dijo el padre Bonnet a Verónica acompañándola de un extremo al otro de la terraza, desde uno de los cuales veían a los Tascheron—. Usted me pertenece ahora, y yo debo dar cuenta a Dios de su alma enferma.

—Déjeme que me reponga de mi abatimiento —le dijo ella.

—Su abatimiento proviene de lúgubres meditaciones —replicó el cura.

—Sí —confesó ella con la ingenuidad del dolor que ha llegado al punto que no admite disimulos.

—Veo que ha caído usted en el abismo de la indiferencia —exclamó él—. Del mismo modo que hay un grado de dolor físico que acaba con el pudor, hay también otro grado de sufrimiento moral en el que falla la energía del alma; yo lo sé.

Quedó ella atónita al escuchar esas sutiles observaciones y la tierna piedad con que se expresaba el padre Bonnet; pero, como se ha visto ya, la exquisita delicadeza que ninguna pasión alteró en ese hombre le inspiraba, para el sufrimiento de sus ovejas, el sentido maternal de la mujer. Ese *mens divinius*, esa ternura apostólica, pone a los sacerdotes por encima de los demás hombres, y los elevan a seres divinos. La señora Graslin no había tenido suficiente relación con el padre Bonnet para darse cuenta de su belleza escondida en su alma como un manantial, de donde proceden la gracia, la lozanía y la verdadera vida.

—¡Ah, señor! —exclamó, entregándose a él con un gesto y una mirada parecida a la de los agonizantes.

—La comprendo. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué sucederá? —preguntó él.

Caminaron en silencio a lo largo de la balaustrada y dirigiéndose hacia la llanura. Ese solemne momento le pareció propicio al portador de la buena nueva, al hijo de Jesús.

—Supóngase usted en presencia de Dios —dijo en voz baja y misteriosamente—. ¿Qué le diría usted...?

La señora Graslin quedó como sobrecogida y se estremeció ligeramente.

—Le diría lo mismo que le dijo Jesucristo: «Padre, me has abandonado» —respondió ella con sencillez y con un acento que conmovió los ojos del sacerdote.

—¡Oh, Magdalena...! Estas son las palabras que esperaba de usted —exclamó el padre Bonnet, quien no podía evitar admirarla—. Ya lo ve usted, tiene que recurrir a la justicia de Dios, invóquele. Escúcheme, señora. La religión es, por anticipación, la justicia divina. La Iglesia se reserva el juicio de todos los procesos del alma. La justicia humana no es más que una débil imagen de la justicia celestial; es una pálida imitación aplicada a las necesidades sociales.

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted no puede ser juez de su propia causa; usted sustituye a Dios —dijo el sacerdote—. No tiene derecho ni a condenarse ni a absolverse. Dios, hija mía, es un gran revisor de procesos.

—¡Ah! —exclamó ella.

—Él ve el origen de las cosas allí donde nosotros no vemos más que las cosas en

sí.

Verónica se detuvo impresionada por esas ideas nuevas para ella.

—Para usted —prosiguió el valeroso cura—, que posee un alma grande, tengo otras palabras que aquéllas con que me dirijo a mis humildes feligreses. Usted, que tiene una inteligencia cultivada, puede elevarse hasta el sentido divino de la religión católica, expresada por imágenes y palabras a los niños y a los pobres. Escúcheme bien, pues se trata de usted ahora, toda vez que a pesar de la anchura del punto de vista en que voy a ponerme por un instante, se trata de su causa. El *derecho*, inventado para proteger a la sociedad, se apoya en la igualdad. La sociedad, que no es más que un conjunto de hechos, se apoya en la desigualdad. Hay, pues, un manifiesto desacuerdo entre el hecho y el derecho. ¿La sociedad debe continuar reprimida o favorecida por la ley? En otros términos, ¿la ley debe oponerse al impulso interior social para sostener a la sociedad, o debe dictarse según este impulso? Desde que existen sociedades ningún legislador se ha atrevido a tomar sobre sí la responsabilidad de una decisión. Todos los legisladores se han limitado a analizar los hechos, a indicar los hechos punibles o criminales, y a señalar los castigos o las recompensas. Esta es la ley humana; no tiene en sus manos ni los medios para prevenir los delitos, ni los medios de evitar una recaída en aquéllos a quienes ha castigado. La filantropía es un sublime error, atormenta inútilmente al cuerpo, y no ha podido encontrar el bálsamo que cure el alma. La filantropía da vida a numerosos proyectos, emite ideas, y confía su ejecución a los hombres, al silencio, al trabajo, a unas consignas, a cosas mudas y sin fuerza. La religión ignora todas estas imperfecciones, pues ha extendido la vida más allá de este mundo. Al consideramos a todos como fracasados y en estado de degradación, nos ha abierto un inagotable tesoro de indulgencia; todos nosotros nos hallamos más o menos en el camino de nuestra total regeneración; nadie es infalible y la Iglesia comprende los errores y aún los crímenes. Allí donde la sociedad ve a un criminal que debe desterrar de su seno, la Iglesia ve a un alma que salvar. Y aún más... Inspirada por Dios, a quien estudia y contempla, la Iglesia admite la desigualdad de fuerzas, estudia la desproporción del fardo que cada hombre lleva sobre sus espaldas. Si nos encuentra distintos de corazón, de cuerpo, de inteligencia, de aptitudes, de valor, nos hace a todos iguales por el arrepentimiento. La igualdad no es una vana palabra, pues todos somos iguales por nuestros sentimientos. Desde el fetichismo informe de los salvajes hasta las elegantes elucubraciones de Grecia, hasta las profundas e ingeniosas doctrinas de Egipto o de la India, traducidas en cultos alegres o espantosos, hay una convicción en el hombre, la de su caída, la de sus pecados, de donde brota la idea del sacrificio y de la redención. La muerte del Redentor, que ha redimido al género humano, es la imagen de lo que debemos hacer con nosotros mismos; redimamos nuestras faltas; redimamos nuestros pecados; redimamos nuestros errores; redimamos nuestros crímenes. Todo es redimible, el catolicismo está en la palabra Redención; de ahí sus adorables sacramentos que ayudan al triunfo de la gracia y sostienen al pecador.

Llorar, señora, gemir como la Magdalena en el desierto, no es más que el principio, actuar es el fin. Los monasterios lloraron y actuaron, rogaron y civilizaron; han sido los medios activos de nuestra divina religión. Construyeron, plantaron, cultivaron Europa, mientras salvaban el tesoro de nuestros conocimientos y los de la justicia humana, de la política y de las artes. Siempre será posible ver en Europa el lugar que ocuparon estos centros radiantes de fe y de cultura. La mayor parte de las ciudades actuales son hijas de un monasterio. Si cree usted que Dios es quien debe juzgarla, la Iglesia le dice por medio de mi voz que todo puede conseguirse con las buenas obras del arrepentimiento. Las infinitas manos de Dios pesan por igual el mal que se ha hecho como el valor del bien realizado. Sea usted su propio monasterio, así puede iniciarse el milagro. Sus oraciones deben consistir en trabajar. De su trabajo debe salir la felicidad de aquéllos por encima de los cuales le han colocado su fortuna y su inteligencia, incluso esta natural posición, imagen de su situación social.

Mientras pronunciaba sus últimas palabras, el sacerdote y la señora Graslin habían dado la vuelta para regresar, y el cura pudo señalar al pueblo hacia la parte baja de la colina, y el castillo dominando el paisaje. Eran las cuatro y media de la tarde. Un amarillento rayo de sol teñía la balaustrada y los jardines, iluminando el castillo, haciendo brillar los pedestales de fundición dorada, e iluminando la extensa llanura dividida por la carretera, triste cinta gris, en cuyos bordes no crecía el alegre festón de árboles que suele haber en otros parajes.

Cuando Verónica y el padre Bonnet pasaron la poderosa mole del castillo vieron, más allá del patio, los establos y las dependencias de los criados, y el bosque de Montégnac, sobre el cual la luz solar resbalaba como una caricia. Aunque el último fulgor del sol de atardecer no alcanzaba más que a las cumbres, permitía ver perfectamente, desde la colina en que se asentaba Montégnac hasta el primer picacho de la sierra de los montes correzianos, los caprichos de la magnífica tapicería que emerge de un bosque en otoño. Los árboles parecían brazos de bronce florentino; los nogales, los castaños, ofrecían sus tonos de un verde grisáceo; de otros árboles cabrilleaba su follaje de oro, y todo el colorido estaba matizado por espacios pardos, desnudos de vegetación. Los troncos sin hojas se erguían hacia el cielo como columnas agresivas. Los colores rojos, malvas, grises, artísticamente fundidos por los pálidos reflejos del sol de octubre, armonizaban perfectamente con la árida llanura, con el inmenso páramo, verdoso como el agua estancada.

El sacerdote sintió la tentación de comentar el magnífico espectáculo, del que no surgía el menor rumor, ni de árboles, ni de un pájaro; la muerte habitaba en el bosque y el silencio en la llanura; y aquí y allá, la humareda de los hogares aldeanos. El castillo parecía sombrío como su dueña. Por una extraña ley, todo en una casa imita al que reina en ella, su espíritu le da carácter. La señora Graslin, impresionada por las palabras del cura, y herida en el corazón por la convicción, alcanzada su ternura por el timbre angélico de esa voz, se detuvo de repente. El sacerdote levantó un brazo señalando el bosque; Verónica le miró.

—¿No encuentra usted aquí cierto parecido con la vida social? A cada uno su destino. ¡Cuántas desigualdades en esta multitud de árboles! Los que plantaron más arriba carecen de tierra vegetal y de agua, y son los primeros en morir...

—No son más que *la podadera de la mujer que va a buscar leña*, detenida en el esplendor de su juventud —dijo ella con amargura.

—No vuelva a caer en esos sentimientos —prosiguió el sacerdote con severidad y también con indulgencia—. La desgracia de este bosque es que no lo hayan talado; observe el fenómeno que ofrece su espesor.

Verónica, poco sensible a las características de la naturaleza forestal, obedeció mirando hacia el bosque, y después miró con ternura al sacerdote.

—¿No se da cuenta —dijo él adivinando por la mirada la ignorancia de Verónica— de la línea donde los árboles de toda especie son todavía tiernos?

—Es verdad —exclamó ella—. ¿Y por qué?

—Allí está la fortuna de Montégnac y la de usted —prosiguió el cura—. Una fortuna inmensa que yo ya indiqué al señor Graslin. Desde aquí puede usted ver tres valles cuyas aguas se pierden en el Gabou. Ese torrente separa el bosque de Montégnac del municipio, el cual empalma por este lado con el nuestro. Aunque está seco en septiembre y octubre, lleva bastante agua en noviembre. Su agua, cuyo caudal podría fácilmente aumentarse con algunas obras en el bosque, para que no se perdiera y se recogiese el agua de algunas pequeñas fuentes, no tiene utilidad alguna; pero construya usted entre las dos colinas del torrente una o dos presas para detenerla, como hizo Riquet en Saint-Ferréol, donde se construyeron inmensas reservas para alimentar al canal del Languedoc, y podrá fertilizar esta llanura inculta con el agua distribuida por acequias, con la cual se regarían estas tierras secas, y en caso de excedente podríamos aumentar el caudal de nuestro pequeño río. Tendría usted hermosos álamos a lo largo de los canales, y podría criar ganado en los mejores prados. ¿Qué necesita la hierba para crecer? Únicamente agua y sol. Hay bastante tierra en este llano para que arraiguen las raíces de la grama; el agua produciría rocíos que fecundarían el suelo, los álamos se nutrirían y detendrían a las nubes, podrían cultivarse las más diversas plantas. Ese es el secreto de toda vegetación en los valles. Podría ver un día la vida, la alegría y el movimiento reinando donde ahora reina el silencio, donde la mirada se entristece ante tanta infecundidad. ¿No sería esto una hermosa oración? Esos trabajos, ¿no llenarían mejor sus ocios que los pensamientos que engendra la melancolía?

Verónica estrechó la mano del sacerdote, y no pronunció más que una frase, pero una frase que tenía grandeza.

—Se hará eso, padre.

—Usted puede acariciar ese gran proyecto —continuó el cura—, pero no podrá ejecutarlo. Ni usted ni yo tenemos los conocimientos necesarios para llevar a cabo un pensamiento que se le puede ocurrir a cualquiera, pero que entraña inmensas dificultades, pues si son sencillas, exigen las más exactas soluciones científicas.

Busque, pues, desde hoy los instrumentos humanos que le harán ganar en el transcurso de unos doce años seis o setecientos mil luses de renta con las fanegas de tierra que podría fertilizar. Esas obras pueden hacer de Montégnac uno de los más ricos municipios del departamento. El bosque todavía no le produce a usted nada, pero tarde o temprano la especulación vendrá a buscar sus magníficas maderas, tesoro amasado por el tiempo, el único cuya producción no puede ser ni acelerada ni reemplazada por el hombre. Tal vez algún día el Estado creará los medios de transporte para llevarse los árboles de este bosque tan útiles para la marina, pero esperará a que la población de Montégnac más desarrollada exija su protección, pues el Estado, como la suerte, sólo favorece al rico. Esta tierra será con el tiempo una de las más hermosas de Francia, y será el orgullo de su descendiente, quien probablemente encontrará mezquino este castillo cuando lo compare con sus ingresos.

—En esto veo —dijo Verónica— un futuro que llenará mi vida.

—Una obra semejante puede redimir muchas culpas —dijo el cura.

Al verse comprendido, intentó un nuevo golpe en la inteligencia de esa mujer; adivinaba que en ella la inteligencia iba directamente al corazón, mientras que en las demás mujeres sucede lo contrario, y el corazón es el camino que conduce a la inteligencia.

—¿Sabe usted el error en que vive? —le dijo después de una pausa. Ella le miró tímidamente—. Su arrepentimiento no es aún más que el sentimiento por una derrota sufrida, y lo horrible es la desesperación de Satanás, y ese estado puede conducir al arrepentimiento de los hombres ante Jesucristo; pero nuestro arrepentimiento, el nuestro, el de los católicos, es el horror de un alma que se pierde en el mal camino, y que en el choque le es revelado Dios. Usted se parece al Orestes pagano. Quiera parecerse a San Pablo.

—Sus palabras me han transformado totalmente —dijo ella—. Ahora... ¡Oh, ahora quiero vivir!

«El espíritu ha vencido», se dijo el modesto sacerdote mientras regresaba jubiloso al pueblo. Había echado un cebo al secreto desespero que devoraba a la señora Graslin al dar a su arrepentimiento la forma de una bella y buena acción.

A la mañana siguiente Verónica escribió al señor Grossetête. Unos días más tarde, recibió de Limoges tres caballos de silla enviados por su viejo amigo. El padre Bonnet ofreció a Verónica, a petición de ella, los servicios del hijo del maestro de postas, un muchacho encantado de ponerse a las órdenes de la señora Graslin y de ganarse una cincuentena de escudos. Ese muchacho, de cara redonda, ojos y pelo negros, pequeño y fuerte, llamado Mauricio Champion, agradó a Verónica, e inmediatamente entró en funciones. Debía acompañar a su dueña durante las excursiones y cuidar de los caballos de silla.

El guarda mayor de Montégnac era un ex sargento de la guardia real, nacido en Limoges, y a quien el señor de Navarreins mandó desde una de sus propiedades a

Montégnac para estudiar su valor e informarle, con el fin de saber qué partido podía sacar. Jerónimo Colorat no vio más que tierras incultas y áridas, bosques inexplotables a causa de las dificultades de transporte, un castillo en ruinas, y enormes gastos para conseguir las condiciones necesarias para vivir allí. Impresionado sobre todo por los claros del bosque llenos de rocas graníticas que salpicaban el inmenso bosque, el honrado pero poco inteligente servidor fue el causante de la venta de esa propiedad.

—Colorat —dijo la señora Graslin a su guarda, a quien hizo llamar—, desde mañana saldré a caballo casi todos los días. Usted debe conocer todas las parcelas que pertenecen a esta propiedad y las que añadió el señor Graslin; usted me las indicará, pues quiero verlas.

Los habitantes del castillo vieron con alborozo el cambio que se operaba en la conducta de Verónica. Sin haber recibido orden alguna, Alina buscó el viejo traje de amazona de su señora y lo arregló para que se lo pudiera poner. Al día siguiente la Sauviat vio con indecible satisfacción a su hija vestida para montar a caballo. Guiada por su guarda y por Champion, quienes se valían de sus recuerdos, pues los senderos apenas se distinguían en medio de aquellas montañas desiertas, la señora Graslin se impuso la tarea de recorrer únicamente las alturas bajo las cuales se extendían sus bosques, con el fin de conocer las vertientes y familiarizarse con los arroyos, caminos naturales que cortaban el largo desfiladero. Quería asegurarse del trabajo que se imponía, estudiar la naturaleza de las corrientes y hallar los elementos de la empresa indicada por el cura. Seguía a Colorat, quien iba delante, y Champion la seguía a pocos pasos de ella.

Mientras recorría las zonas arboladas, subiendo unas veces y bajando otras las ondulaciones del terreno, a Verónica la impresionó la belleza del bosque. Había árboles seculares que empezaron por asombrarla y a los que terminó por acostumbrarse; en altos oquedales naturales, o en un claro, un pino solitario de prodigiosa altura, y luego, más singular aún, algunos arbustos que en otras tierras no habrían crecido y que por curiosas circunstancias conseguían allí un crecimiento extraordinario y que quizá eran más viejos que la misma tierra. No veía sin una sensación inexplicable las nubes que flotaban sobre las peladas rocas. Observaba los blancos surcos de los arroyos de nieve fundida, los cuales, vistos desde lejos, parecían cicatrices. Al lado de una garganta sin vegetación, admiraba, en las laderas divididas por un montículo rocoso, unos castaños centenarios, tan rectos como los abetos de los Alpes. La rapidez de su cabalgadura le permitía observar, casi a vuelo de pájaro, ya las amplias llanuras ondulantes, las hondonadas con árboles desparramados, pequeños valles umbríos, picachos enhiestos, grandes espacios llenos de brezo todavía florido, y otros ya secos; ya ásperas soledades donde crecían el enebro y el alcaparro; ya unos prados de hierba recortada, trozos de tierra engrasada por un limo secular, y, en fin, las tristezas, los esplendores, las cosas suaves, las fuertes, los singulares aspectos de la naturaleza montaraz del centro de Francia.

Y a fuerza de contemplar esos cuadros tan distintos, pero animados por el mismo pensamiento, la profunda tristeza expresada por esa naturaleza, a la vez salvaje y arruinada, abandonada, árida, se apoderó de ella y fue como un eco de sus recónditos sentimientos. Y cuando por una escotadura del terreno vio la llanura a sus pies; cuando tuvo que trepar por alguna áspera barranca entre las arenas y las piedras, donde crecían arbustos achaparrados que tenía que apartar a su paso, y vio que el espectáculo se repetía una y otra vez, el espíritu de la naturaleza agreste y austera la impresionó vivamente, le sugirió ideas nuevas para ella, excitadas por el diverso significado de lo que estaba viendo. No hay un solo sitio en el bosque que no tenga su propia significación; ni un claro del bosque, ni un grupo de árboles, que no tenga ciertas analogías con el laberinto de los pensamientos humanos. ¿Quién, entre personas de cierta cultura, o entre aquéllas cuyo corazón ha sufrido alguna herida, puede pasearse por un bosque sin que el bosque le hable? Insensiblemente, se eleva de él una voz consoladora o terrible, pero más a menudo consoladora que terrible. Se quiere hallar las causas de la sensación, a la vez grave, sencilla, suave y misteriosa, que sobrecoge, quizá se encontraría en el espectáculo sublime y delicado de toda esa creación obedeciendo a su propio destino, e inmutablemente sometida. Tarde o temprano, el sentimiento abrumador de la permanencia de la naturaleza os llena el alma, os remueve intensamente, y se termina por sentirse inquietos de Dios.

Así Verónica fue recogiendo en el silencio de las cumbres, en el aroma de los bosques, en la serenidad del aire, en la seguridad de una clemencia augusta, según le dijo por la tarde al padre Bonnet. Entrevió la posibilidad de un orden de hechos más altos que aquél en que hasta entonces se habían revuelto sus pensamientos. Sintió una especie de bienestar. Desde hacía mucho tiempo que no había vivido tanta paz. ¿Debía esta sensación a la similitud que veía entre aquellos paisajes y las partes agotadas, desecadas de su alma? ¿Había observado aquella inquietud y desorden de la naturaleza con una cierta alegría, pensando que en ella la materia había recibido su castigo, aun sin haber pecado? Lo seguro era que estaba hondamente emocionada, pues más de una vez Colorat y Champion se miraban uno a otro como si se dijese que la veían transfigurada.

En determinado lugar, Verónica observó entre los remolinos del torrente algo que la impresionó. Se sorprendió a sí misma al querer oír el batir del agua contra las piedras. «¡Amar siempre!», pensó. Avergonzada por ese pensamiento que sintió como si una voz se lo acabase de incrustar en el oído, lanzó el caballo al galope hacia la primera cumbre de los montes de Corrèze, a pesar de las advertencias de sus guías. Llegó sola a la cumbre conocida por la *Roca Viva*, y se quedó allí durante unos momentos, contemplando la comarca. Después de oír la secreta voz de tantas cosas creadas que ansiaban vivir, recibió ella misma el impacto que la determinó a desplegar para su obra aquella perseverancia tan admirada y de la que tantas pruebas había dado. Ató el caballo a un árbol, y fue a sentarse en una piedra, dejando vagar la mirada por los sitios donde la naturaleza se mostró madrastra, y volvió a sentir en su

corazón los impulsos maternales que sintió en otro tiempo al contemplar a su hijo. Preparada para recibir la sublime enseñanza que le ofrecía aquel espectáculo por medio de meditaciones casi involuntarias que, según una acertada expresión suya, habían fatigado su alma, despertó ante él como de un letargo.

—Entonces comprendí —diría después al cura— que nuestras almas deben ser trabajadas igual que las tierras.

El vasto escenario estaba iluminado por el pálido sol del mes de noviembre. Algunas nubes grises impulsadas por un viento frío venían del oeste. Eran alrededor de las tres de la tarde, y Verónica había necesitado cuatro horas para llegar hasta allí; pero como todos los que viven devorados por un íntimo desconsuelo, no ponía atención alguna en las circunstancias externas. En esos momentos su vida se ennoblecía con el sublime movimiento de la naturaleza.

—No esté más tiempo aquí, señora —le dijo un hombre cuya voz la estremeció —; no podría usted regresar, pues está usted más de dos leguas lejos de cualquier sitio habitado; de noche, no se puede andar por el bosque, y sus peligros no son nada comparados con los que corre aquí. Dentro de poco el frío de aquí arriba será horrible, sin que se conozcan las causas, pero ya ha matado a más de uno.

La señora Graslin vio más bajo de donde estaba ella una cara casi negra por la intemperie en la que brillaban dos ojos que parecían dos gotas de fuego. De cada lado de ese rostro caía un largo mechón negro, y debajo, una barba que parecía un abanico. Respetuosamente el hombre se quitó uno de esos grandes sombreros de anchas alas que llevan los campesinos del centro de Francia, descubriendo una de esas frentes despejadas y altivas con que algunos mendigos consiguen la atención de la gente. Verónica no sintió el menor temor; estaba en uno de esos momentos en que, para una mujer, no hay las pequeñas consideraciones que las atemorizan.

—¿Cómo está usted aquí? —le preguntó ella.

—Vivo muy cerca —contestó el desconocido.

—¿Y qué hace usted en este desierto? —preguntó Verónica.

—Vivo aquí.

—¿Pero cómo y de qué?

—Se me paga un poco para vigilar esta parte del bosque —dijo señalando la vertiente del monte opuesta a la que daba a la llanura de Montégnac.

La señora Graslin vio entonces el cañón de un fusil y un zurrón. Si hubiera tenido miedo, se habría tranquilizado.

—¿Es usted guarda?

—No, señora; para ser guarda hay que poder prestar juramento, y para prestarlo hay que disfrutar de todos los derechos civiles...

—¿Quién es usted, entonces?

—Yo soy Farrabesche —dijo el hombre con la mayor humildad y mirando al suelo.

La señora Graslin, a quien ese nombre no le dijo nada, miró al hombre más

detenidamente, y vio en su cara, excesivamente suave, signos de escondida ferocidad: sus deformes dientes imprimían a su boca, cuyos labios eran de un rojo de sangre, un rasgo de ironía y de audacia nociva; los pómulos morenos y prominentes le daban un aspecto animal. El hombre era de mediana estatura, anchos hombros, cuello macizo y corto, y tenía las grandes y velludas manos de los individuos violentos y capaces de valerse de sus ventajas, propias de una naturaleza bestial. Sus últimas palabras demostraban, por otra parte, algún misterio al cual su actitud, su fisonomía y su aspecto, daban un sentido perverso.

—Entonces, ¿está usted a mi servicio? —le dijo con voz dulce Verónica.

—¿Tengo, pues, el honor de hablar con la señora Graslin? —preguntó Farrabesche.

—Sí, amigo mío —le respondió ella.

Farrabesche desapareció con la rapidez de un animal salvaje, después de dirigir a su dueña una mirada llena de temor. Verónica se apresuró a montar de nuevo y fue a reunirse con los dos domésticos, quienes empezaban a inquietarse por ella, pues era sabida en la región la inexplicable insalubridad de la *Roca Viva*. Colorat rogó a la señora que descendiesen por una pradera que conducía al llano.

—Sería —dijo— peligroso volver por el camino de la sierra, pues se cruza con otros, y, a pesar de nuestro conocimiento del terreno, podríamos perdernos.

Una vez en el llano, Verónica puso el caballo al paso.

—¿Quién es ese Farrabesche que tiene usted empleado? —preguntó al guarda mayor.

—¿La señora se ha encontrado con él? —exclamó Colorat.

—Sí, pero ha huido.

—El infeliz quizá no sabe lo buena que es la señora.

—¿Y ese hombre, qué ha hecho?

—Señora, Ferrabesche es un asesino —respondió Champion con la mayor sencillez.

—¿Le indultaron? —preguntó Verónica con voz emocionada.

—No, señora —respondió Colorat—. Farrabesche fue procesado, y se le condenó a diez años de trabajos forzados, cumplió la mitad de la condena, se le conmutó la pena y volvió de la cárcel el año 1827. Debe la vida al señor cura, que le decidió a entregarse a las autoridades. Condenado a muerte en rebeldía, tarde o temprano lo habrían detenido, y habría sido peor. El cura Bonnet fue a verle, yendo sólo, con peligro de que lo matase. Nadie sabe lo que le dijo a Farrabesche. Estuvieron solos durante dos días, y al tercero se lo llevó a Tulle, donde se entregó. El padre Bonnet fue a ver a un buen abogado, le recomendó la causa de Farrabesche, y Farrabesche se salió con sólo diez años de grilletas, y el cura lo visitaba en la cárcel. Ese muchacho, que fue el terror de la comarca, se volvió suave como una muchacha, y se dejó llevar tranquilamente a la cárcel. Cuando volvió, se quedó aquí, bajo la protección del cura; nadie habla con él en el pueblo, y todos los domingos y los días festivos va a misa.

Aunque tiene sitio entre nosotros, se queda en pie, pegado a una pared, solo. Cumple con sus deberes de vez en cuando, pero al altar se acerca separado de los demás.

—Y ese hombre mató a otro hombre.

—¿A uno? —dijo Colorat—. Ha matado a varios. Pero desde luego es un buen hombre.

—¡Es posible! —exclamó Verónica, quien en su estupor dejó caer la brida sobre el cuello del caballo.

—Mire usted, señora —prosiguió el guarda, quien no deseaba nada mejor que relatar la historia—: Farrabesche quizá tuvo razón al principio; era el último de los Farrabesche, una vieja familia de la Corrèze. Su hermano mayor, el capitán Farrabesche, murió diez años antes en Italia, en Montenotte, y era ya capitán a los veintidós años. ¿No es mala suerte? Y era un hombre que tenía sus medios, sabía leer y escribir, y se había propuesto llegar a general. En su familia hubo gran sentimiento, y con razón. Yo, que en aquellos tiempos estaba con el Otro, oí hablar de su muerte. Cayó valerosamente, salvando al Ejército y al pequeño cabo. Entonces servía yo a las órdenes del general Steingel, un alemán, es decir, un alsaciano, un famoso general, pero era corto de vista, y ese defecto fue la causa de su muerte, poco tiempo después de la del capitán Farrabesche. El hijo menor, ese que ha visto, tenía seis años cuando oyó hablar de la muerte de su hermano mayor. El segundo hermano estaba también en el ejército, pero como soldado; murió siendo sargento del primer regimiento de la guardia, un puesto importante, en la batalla de Austerlitz, donde los regimientos, señora, maniobraron con la misma tranquilidad que si estuvieran en las Tullerías... Yo también estuve allí. ¡Oh...!, yo tuve mucha suerte, pues estuve en todas partes y sin una herida. Pues a ese Farrabesche, aunque era muy valiente, se le metió en la cabeza no presentarse a filas. Por lo visto, el ejército no le iba muy bien a aquella familia. Cuando en el 1811 el subprefecto le llamó para incorporarse, huyó al monte; se convirtió en un refractario, como se les llamaba. Entonces se unió a una partida de «asadores», de grado o a la fuerza, pero fue otro asador. Fuera del cura, nadie sabe lo que hizo con tipos de aquella calaña. Se las tuvo que ver varias veces con los gendarmes, incluso con soldados. En fin, que estuvo en siete encuentros...

—Se dice que mató a dos soldados y a tres gendarmes —dijo Champion.

—¿Quién puede saber el número? Él no lo ha dicho —prosiguió Colorat—. Y como todos los demás de la partida fueron capturados; pero el ¿de qué? Joven y ágil, conociendo la región como nadie, siempre se escapó. Los aradores andaban por los alrededores de Brives y de Tulle; a menudo se dejaban caer por aquí, gracias a la facilidad de Farrabesche para esconderles. En el 1814 nadie se ocupó ya de él, pues la conscripción fue abolida, pero tuvo que pasar todo el año 1815 en el bosque. Como le era difícil vivir, ayudó a un asalto al correo, allí abajo, en el desfiladero; y al final, siguiendo los consejos del cura, se entregó. No fue fácil encontrar testigos de cargo, pues nadie se atrevía a declarar contra él. El cura y su abogado se movieron tanto, que se libró con diez años. Tuvo suerte, porque se tenía la convicción de que había

asado, y se sigue creyendo que asó.

—¿Pero qué hacían esos que usted llama asadores?

—Si me lo permite, señora, le explicaré cómo operaban, tal como me lo han contado varias personas, ya que, como puede usted comprender, yo no he asado en mi vida. No es nada hermoso, pero la necesidad no conoce ley. Pues que seis o siete de la banda se metían en una granja, o en casa de un propietario al que se le suponía dinero; encendían fuego, y cenaban sin prisas; luego, cuando ya iban a los últimos bocados, si el dueño de la casa no les daba la cantidad exigida, le ataban los pies al llar y no se los desataban mientras no les diesen el dinero. Eso es. Iban enmascarados. Entre sus muchas correrías, las hubo bien criminales. Siem pre hay gentes que se emperran, gentes avaras. Un granjero, el abuelo Cohegrue, que era capaz de mondar un huevo, se dejó quemar los pies. Y murió. La mujer de David, de Brives, murió de terror al ver que los enmascarados ataban los pies de su marido. «¡Dales lo que tienes!», le pedía ella. Pero él no quiso, y ella dijo dónde tenía el dinero. Los asadores fueron el terror de la región durante cinco años; pero métase usted en la mollera, y perdone la señora, que entre ellos había más de un hijo de buena familia, y no era fácil cogerlos.

La señora Graslin escuchaba sin contestar. Hubo un momento de silencio. El joven Champion, queriendo informar a su dueña, quiso decir lo que él sabía de Farrabesche.

—Hay que decirle a la señora cómo fue todo. A Farrabesche no lo ha ganado nadie ni corriendo ni montando a caballo. ¡Mató a un buey de un puñetazo! Nadie tiene mejor puntería que él; ¡da en el blanco a setecientos pasos! Cuando yo era pequeño me contaban las aventuras de Farrabesche. Un día le sorprendieron con tres de sus compañeros, y se batieron bien; hirieron a dos y el tercero murió; bien muerto. Farrabesche se vio cogido, pero ¡ca! Saltó a la grupa del caballo de un gendarme, y espoleó al caballo; el caballo se lanzó al galope y desapareció llevando Farrabesche al gendarme cogido por la espalda; tan fuerte le tenía amarrado, que poco después lo arrojó al suelo, quedándose él con el caballo, solo, y huyó. Y aún tuvo el tupé de ir a venderse el caballo a diez leguas más allá de Limoges. Después de ese golpe estuvo escondido durante tres meses, y que nadie dio con él. Y eso que se ofrecieron cien luises a quien lo entregara.

—En otra ocasión —dijo Colorat—, a propósito de los cien luises ofrecidos por el prefecto de Tulle a quien lo entregara, él se los hizo ganar a un primo suyo, un tal Giriex de Vizay. Su primo le denunció, e hizo como que lo entregaba. Y sí, sí, lo entregó... Los gendarmes estaban muy contentos por llevárselo a Tulle. Pero no fueron muy lejos, pues se puso enfermo y le encerraron en la cárcel de Lubersac, de donde se escapó la primera noche, por un agujero que había hecho uno de sus cómplices, un tal Gabilleau, un desertor del 17.º, ejecutado en Tulle, y al que trasladaron la misma noche que pensaba escaparse. Esas aventuras le dieron mucha fama a Farrabesche. La tropa tenía sus confidentes, ¿comprende usted? Por otra parte,

la gente quería a los asadores. ¡Lástima! Aquella gente no era como la de hoy; cada uno de aquellos bribones se gastaba el dinero como príncipes. Figúrese usted, señora, que una noche en que Farrabesche tenía encima a los gendarmes, se les escapó metiéndose en una alberca de una granja durante veinticuatro horas; respiraba por una caña que mantenía a flor de agua. ¿Qué significaba aquella situación para él, que se había pasado tantas noches en la copa de un árbol, cuando los pájaros apenas lo resisten, viendo como los soldados pasaban una y otra vez a dos pasos de él? Farrabesche ha sido uno de los cinco o seis asadores a los que la justicia nunca pudo atrapar; pero como era de la región, y como no había huido al monte más que para eludir la conscripción, las mujeres estaban de su lado, y esto es mucho.

—¿Entonces, Farrabesche ha matado a varios hombres? —preguntó otra vez la señora Graslin.

—Así es —prosiguió Colorat—, y se dice que incluso mató al viajero que iba en la diligencia en el 1812; pero el ambulante de correos y el postillón, los únicos testigos que podían reconocerle, murieron antes del proceso.

—¿Para robar? —preguntó la señora Graslin.

—¡Oh...! Lo robaron todo; pero los veinticinco mil francos que se llevaron eran del Gobierno.

La señora Graslin no habló durante una legua. Se había puesto el sol y la luna alumbraba la gris llanura, pareciendo que estuviesen en medio del mar. Hubo un momento en que Champion y Colorat miraron a la señora Graslin, cuyo largo silencio les inquietaba; sufrieron una violenta impresión al verle enrojecidos los ojos y en las mejillas las brillantes huellas del llanto.

—Oh, señora, no se compadezca de él —dijo Colorat—. El muchacho ha tenido también sus momentos felices, ha tenido bonitas amantes y ahora, aunque bajo la vigilancia de la policía, cuenta con la amistad y la estimación del señor cura, pues está arrepentido, y su conducta en la cárcel fue de lo más ejemplar. Todos sabemos que es tan honrado como el más honrado de nosotros; lo que pasa es que es muy orgulloso, y no quiere exponerse a recibir algún desprecio; él vive tranquilamente haciendo el bien a su manera. Al otro lado de la *Roca Viva* ha abonado un terreno para semillero, y planta árboles en los sitios donde pueden crecer, poda los árboles, recoge las ramas muertas, las engavilla y las pone a la disposición de la gente pobre. Cada pobre, al ver que cuentan con leña, van a pedírsela en vez de robársela a la señora, y así hoy todo el mundo puede calentarse; ya ve usted qué bien hace. Farrabesche quiere su bosque, y lo cuida como si fuera suyo.

—Y él vive... solo —exclamó la señora Graslin, añadiendo nerviosamente la última palabra.

—Perdone la señora; con él vive un muchacho que va ya para los quince años —dijo Mauricio Champion.

—Eso es verdad —dijo Colorat—, ya que la Curieux tuvo ese niño poco antes de que Farrabesche se entregara.

—¿Es hijo suyo? —preguntó la señora Graslin.

—Parece que sí.

—¿Y por qué no se casó con la muchacha?

—¿Cómo podía hacerlo? Lo habían detenido. Cuando la Curieux supo que le habían condenado, se fue del país.

—¿Era bonita?

—Mi madre dice que se parecía mucho a..., a otra muchacha que también se fue, a Dionisia Tascheron.

—¿Le quería a él? —preguntó la señora Graslin.

—Bah... Quizá porque era asador —dijo Colorat—; las mujeres prefieren lo extraordinario. No obstante, nada extrañó tanto a la gente de aquí como ese amor. Catalina Curieux vivía pura como la Santa Virgen, y en su pueblo, en Vizay, una aldea de la Corrèze, en la linde de los dos departamentos, pasaba por una perla de virtud. Su padre y su madre son granjeros de los señores de Brézac. Cuando el juicio de Farrabesche, Catalina Curieux tenía diecisiete años. Los Farrabesche eran una antigua familia de la comarca, que se estableció en las propiedades de Montégnac y tenían la granja del pueblo. El padre y la madre Farrabesche murieron ya, pero las tres hermanas de la Curieux se casaron, una en Aubusson, otra en Limoges, y la otra en Saint-Léonard.

—¿Usted cree que Farrabesche sabe dónde está Catalina? —preguntó la señora Graslin.

—Si lo supiera, saldría de su destierro voluntario; claro que iría a buscarla... Así que llegó reclamó, por medio del padre Bonnet, al pequeño Curieux al padre y a la madre de Catalina, que eran los que lo cuidaban, y el cura Bonnet consiguió que se lo entregaran.

—¿Y no se sabe qué ha sido de ella?

—La muchacha se creyó deshonrada, y tuvo miedo de vivir en la comarca. Se fue a París. ¿Y qué puede hacer allí? Esto es el *quid*. Buscarla en París, sería querer encontrar una moneda entre los guijarros de este llano.

Y Colorat señalaba la llanura de Montégnac desde lo alto de la cuesta por donde subía entonces la señora Graslin, quien estaba a pocos pasos de la verja del castillo. La Sauviat, preocupada, Alina y otros domésticos, la esperaban en la puerta, no sabiendo qué pensar de tan larga ausencia.

—Vaya —dijo la Sauviat ayudando a su hija a bajar del caballo—, debes de estar muy cansada.

—No, madre —dijo la señora Graslin con voz tan alterada que la Sauviat miró a su hija y vio que había llorado.

La señora Graslin entró en el castillo con Alina, a quien antes se le dieron las órdenes oportunas para todo lo que se relacionaba con el interior del castillo, y se encerró en sus habitaciones sin dejar que la acompañase su madre, y cuando la Sauviat quiso ir a verla, Alina le dijo a la anciana auvernesa:

—La señora se ha dormido.

Al día siguiente Verónica salió a caballo acompañada únicamente de Mauricio. Para llegar lo antes posible a la *Roca Viva* tomó el mismo camino por el que regresó la víspera. Mientras subían del fondo de la barranca que separa el picacho de la última colina del bosque, pues vista desde la llanura la *Roca Viva* parecía aislada, Verónica pidió a Mauricio que le indicara la casa de Farrabesche y que la esperase vigilando los caballos; quería ir sola. Mauricio la guió por un atajo que desciende por la vertiente de la *Roca Viva* opuesta a la de la llanura, y le señaló un techo de brezo de una choza casi perdida en la falda de la montaña, debajo de la cual había los semilleros. Sería ya mediodía. Una faja de humo que salía de la chimenea indicaba el refugio al que no tardó en llegar Verónica; pero no se dejó ver en seguida. Ante el aspecto de su modesta vivienda levantada en medio de un huerto rodeado de espinos secos, se quedó durante unos instantes abrumada por pensamientos que la sorprendían. Hacia el final del huerto, seguían unos prados cercados por un seto vivo, y aquí y allá se veían las copas aplanadas de algunos manzanos, de perales y ciruelos. Sobre la choza y hacia lo alto de la montaña, donde la tierra es arenosa, se yerguen las copas amarillentas de un soberbio castañar. Al abrir la puerta del vallado hecha con tablas casi podridas, la señora Graslin vio un establo, un patio y los pintorescos accesorios de las viviendas humildes, la verdadera poesía del campo. ¿Quién no ha visto sin emoción las piezas de ropa tendidas sobre un seto, la ristra de cebollas colgada del techo, las marmitas puestas a secar, el banco de madera bajo la sombra de las madreselvas y las siemprevivas, y las flores que rodean casi todas las chozas de Francia, y que demuestran una vida humilde, casi vegetativa?

Le fue imposible a Verónica llegar hasta la casa de su guarda sin ser apercebida, pues, así que se oyó el crujir de su traje de montar rozando con las ramas secas, dos perros la ladraron; ella se recogió la falda y entró en la casa. Farrabesche y el muchacho, que estaban en el patio sentados en un banco de madera, se levantaron y se descubrieron en actitud respetuosa, pero sin el menor asomo de servilismo.

—He sabido —dijo Verónica, mirando detenidamente al muchacho—, que están ustedes a mi servicio y he querido ver su casa, los planteles y hablar aquí mismo de las mejoras que se pueden hacer.

—Estoy a las órdenes de la señora —respondió Farrabesche.

Verónica admiró al muchacho, cuyo rostro era encantador, un poco curtido y moreno, pero muy regular, un óvalo perfecto, una frente agradable, los ojos color de naranja y de una excesiva vivacidad, pelo negro, cortado sobre la frente y largo a uno y otro lado de la cara. Más alto de lo que ordinariamente es un muchacho de su edad, medía casi cinco pies. Los pantalones, como la camisa, eran de una tela ordinaria, y el chaleco, de paño azul muy usado, con botones de hueso, y la chaqueta era de ese género que no se sabe por qué se llama terciopelo de Maurienne, y que suelen usar los saboyanos; calzaba gruesos zapatos y no llevaba medias ni calcetines. El vestido era exactamente como el del padre; la única diferencia consistía en que Farrabesche

se cubría con un gran sombrero de fieltro y el joven con un oscuro gorro de lana. Aunque espiritual y animada, la cara del muchacho guardaba sin esfuerzo alguno la particular gravedad de las criaturas que viven solitarias; debió de armonizarla con el silencio y la vida del bosque. Farrabesche y su hijo se habían desarrollado en el aspecto físico y tenían las características propias de la gente silvestre: mirada sagaz, una atención constante, absoluto dominio de sí mismos, oído fino, visible agilidad y habilidad e ingenio. A la primera mirada que el muchacho dirigió a su padre, la señora Graslin adivinó en él uno de esos afectos sin límite en que el instinto se mezcla con la inteligencia y donde la más cabal felicidad confirma los deseos del instinto y el examen del raciocinio.

—¿Es éste el muchacho de que me han hablado? —dijo Verónica señalándolo.

—Sí, señora.

—¿Usted no ha tratado de encontrar a su madre? —preguntó Verónica haciendo una señal a Farrabesche para llevárselo aparte.

—Sin duda la señora no sabe que me está prohibido salir de la aldea.

—¿Y nunca ha tenido noticias de ella?

—Cuando terminó mi condena —respondió— el comisario me entregó mil francos que se me enviaron en pequeñas cantidades de tres en tres meses, pues los reglamentos no permitían que se me diesen antes de salir de la cárcel. Siempre he creído que sólo Catalina pudo acordarse de mí, pues no me los mandó el padre Bonnet; esa cantidad la guardo para Benjamín.

—¿Y los padres de Catalina?

—Desde que se fue no se han acordado más de ella, pero ya hicieron bastante con cuidar el pequeño.

—Bien, Farrabesche —dijo Verónica regresando a la casa—, haré lo que pueda para poder saber si Catalina vive, y qué clase de vida lleva...

—Sea la que sea, señora —exclamó suavemente aquel hombre—, sería mi mayor felicidad tenerla por esposa. Es ella quien puede oponerse, no yo. Nuestro matrimonio legitimaría a este pobre muchacho, que nada sabe aún de su situación.

La mirada que el padre dirigió al hijo explicaba la vida de esos dos abandonados o voluntariamente aislados; eran el uno para el otro, como dos compatriotas perdidos en el desierto.

—¿Entonces, sigue usted queriendo a Catalina? —preguntó Verónica.

—Siempre la quise, señora —respondió él—, y puedo asegurarle que para mí no hay otra mujer en el mundo.

La señora Graslin se volvió rápidamente, yendo hasta el castañar, como si la asaltase un súbito dolor. El guarda creyó que era un capricho, y no se atrevió a seguirla. Verónica se quedó allí alrededor de un cuarto de hora, aparentemente abstraída por el paisaje. Desde allí veía la parte del bosque que cubre el lado del valle por donde cruza el torrente, entonces sin agua, pedregoso, pareciendo un inmenso foso, aprisionado entre los montes arbolados de Montégnac y otra cadena de colinas

paralelas y sin vegetación, con sólo algún árbol raquítico. Esta otra cadena, donde crecen abedules, enebros y brezos sin vigor, pertenecía a una propiedad vecina y al departamento de la Corrèze. Un camino vecinal que sigue las desigualdades del valle sirve de separación entre el distrito de Montégnac y a las dos propiedades. Ese flanco ingrato, mal expuesto, sostiene, por medio de un poderoso muro, una parte del bosque que se extiende sobre la otra vertiente, cuya aridez contrasta con aquélla sobre la cual se encuentra la choza de Farrabesche. De un lado, formas áridas, reseca y atormentadas; del otro, el aspecto gracioso de unas sinuosidades elegantes; por un lado, la fría y silenciosa inmovilidad de las tierras estériles, sostenidas por bloques de piedra horizontales, por rocas desnudas y peladas; por el otro, árboles de diferentes tonos de verde, sin hojas entonces la mayor parte, pero cuyos bellos troncos, rectos y de vario color, se elevaban hacia el cielo en cada pliegue del terreno y cuyo ramaje susurraba al agitarse bajo el viento. Unos árboles más persistentes que los demás, como las encinas, los olmos, las hayas y los castaños conservaban aún hojas amarillas, hojas como el bronce, hojas violáceas.

Hacia Montégnac, donde el valle se ensancha desmesuradamente, las dos cadenas forman una inmensa herradura, y desde el sitio donde Verónica fue a apoyarse en el tronco de un árbol, pudo ver los pequeños valles, distribuidos como las gradas de un anfiteatro, donde las copas de los árboles montan la una sobre la otra, lo mismo que los hombres. Ese hermoso paisaje era como el flanco opuesto de su parque, con el que más tarde se unió. Por el lado de la cabaña de Farrabesche, el valle se iba estrechando más y más y terminaba en una angostura de unos cien pies de ancho.

La belleza de ese paisaje, por el que los ojos de la señora Graslin vagaban maquinalmente, hizo que se acordase de sí misma, y regresó a la casa donde el padre y el hijo se habían quedado de pie y callados, sin tratar de explicarse la extraña ausencia de la señora. Examinó la casa, la cual, construida con más cuidado de lo que la techumbre hacía suponer, debió seguramente estar abandonada desde los tiempos en que los Navarreins dejaron de preocuparse por sus propiedades. Acabadas las cacerías, acabados los guardas. Aunque la casa hubiese estado deshabitada desde hacía más de cien años, las paredes se conservaban bien, pero por todas partes abundaba la yedra y otras plantas trepadoras. Cuando se le permitió ocuparla, Farrabesche cubrió el tejado con brezos, enladrilló él mismo el interior y trajo muebles. Al entrar, Verónica vio dos catres, un gran armario de nogal, una artesa, un aparador, una mesa y tres sillas, y en los anaqueles algunos platos de barro cocido y los utensilios necesarios para la vida. Sobre la chimenea, dos fusiles y dos zurrones. Varios objetos hechos por el padre para el hijo enternecieron a Verónica: un navío de guerra, una lancha, una taza de madera esculpida, una magnífica caja de madera, un pequeño cofre, un crucifijo y un rosario soberbios. El rosario era de huesos de ciruela, en cada uno de los cuales había esculpida una cabeza con singular primor: Jesucristo, los Apóstoles, la Virgen, San José, Santa Ana, las dos Magdalenas...

—He hecho eso para entretener al pequeño en las largas noches de invierno —

dijo como queriendo disculparse.

La parte anterior de la casa tenía jazmines y rosales de largos tallos plantados junto al muro, alcanzando las ventanas del primer piso, deshabitado, pero donde Farrabesche guardaba sus provisiones; por el patio corrían gallinas, patos y dos cerdos; sólo tenía que comprar pan, sal y azúcar y algunas especies. Ni él ni su hijo bebían vino.

—Todo lo que me han dicho de usted y lo que veo —dijo por último la señora Graslin— ha despertado en mí un interés que no será estéril.

—En todo esto veo la mano del padre Bonnet —dijo Farrabesche con acento emocionado.

—Se equivoca usted; el señor cura nada me ha dicho todavía; el azar, o Dios quizá lo ha hecho.

—Sí, señora, Dios. Sólo Dios puede hacer un milagro a favor de un desdichado como yo.

—Si ha sido usted desgraciado —dijo en voz baja la señora Graslin, para que el muchacho no pudiera oír lo que decía, y cuya femenina delicadeza impresionó intensamente a Farrabesche—, su arrepentimiento, su conducta y el aprecio del señor cura le hacen digno de ser feliz. He dado las órdenes precisas para que terminen las obras de una gran granja que el señor Graslin había proyectado levantar cerca del castillo; usted será mi granjero, tendrá ocasión de demostrar sus condiciones y ocupar a su hijo. El procurador general de Limoges sabrá quién es usted, y le prometo que se acabará la humillante situación de ese destierro que envenena su vida.

Al oír esas palabras, Farrabesche cayó de rodillas como fulminado por la realización de una esperanza vanamente acariciada; besó el borde de la falda de la señora Graslin, y le besó los pies. Al ver lágrimas en los ojos de su padre, Benjamín comenzó a sollozar sin saber por qué.

—Levántese, Farrabesche —dijo la señora Graslin—; no sabe usted lo natural que es que yo haga por usted lo que le prometo hacer. ¿No ha sido usted quien ha plantado aquellos árboles verdes? —dijo señalando unas epíceas, unos pinos del Norte, abetos y alerces que crecían en la parte baja de la árida y reseca colina de enfrente.

—Sí, señora.

—¿Es mejor aquella tierra?

—Las aguas desgastan las piedras, y van dejando en su propiedad tierras más blandas; yo me he aprovechado, ya que toda la parte del valle que está debajo del camino le pertenece a usted. El camino es la línea de demarcación.

—Entonces, ¿pasa mucha agua por el fondo de este largo valle?

—¡Oh, señora...! —exclamó Farrabesche—. Quizá dentro de pocos días, cuando empiecen las lluvias, podrá usted oír desde el castillo el rugir del torrente. Pero nada es comparable con lo que sucede cuando se funde la nieve. El agua desciende de las partes del bosque situadas al otro lado de Montégnac, de las pronunciadas laderas de

la montaña bajo las cuales hay sus huertos y su parque; toda el agua de estos montes llega allí como si fuera el diluvio. Por suerte para usted, los árboles retienen la tierra, el agua corre por encima de las hojas, que en otoño forman como una alfombra de tela encerada; si no fuese así, la tierra del fondo de este valle iría desapareciendo arrastrada por las aguas, aunque la pendiente es bastante rápida, y no sé si las tierras arrastradas se quedarían allí.

—¿A dónde van a parar las aguas? —preguntó la señora Graslin con el mayor interés.

Farrabesche señaló la estrecha garganta que parecía cerrar el valle encima de su casa:

—Se extienden por un llano gredoso que separa el Lemosín de la Corrèze, y forman allí charcos verdosos durante varios meses, y se van perdiendo por los poros del suelo, aunque muy lentamente. Por eso nadie vive en esa tierra malsana, donde tampoco se puede plantar nada. El ganado se niega a comer los juncos y las hierbas que crecen en esas aguas salobres. Esta vasta landa, que no sé cuántas y cuántas fanegas tendrá, sirve de terrenos comunales a tres ayuntamientos; pero es lo mismo que la llanura de Montégnac, que no vale para nada. En las tierras de usted aún hay arena y un poco de tierra entre las piedras, pero allá la tierra es pura cal.

—Mande que traigan los caballos; quiero verlo directamente.

Benjamín salió corriendo cuando la señora Graslin le dijo dónde estaba Mauricio.

—Usted que conoce, según me han dicho, los menores detalles de esta comarca —prosiguió la señora Graslin—, dígame ¿por qué las faldas del bosque que dan a la llanura de Montégnac no vierten en ella las aguas de ningún torrente, ni cuando las lluvias ni cuando el deshielo?

—Oh, señora —dijo Farrabesche—, el señor cura, que tanto se preocupa por la prosperidad de Montégnac, ha adivinado la razón, y sin tener la prueba. Desde la llegada de usted me ha hecho recorrer toda la comarca, el camino de las aguas de cada torrentera, todos los valles. Volví ayer de la parte baja de la *Roca Viva*, desde donde estuve observando las sinuosidades del terreno, cuando tuve el honor de conocerla. Había oído el paso de los caballos y quería saber quién andaba por aquí. El señor cura Bonnet no sólo es un santo, señora; es un sabio. Estaba yo trabajando en el camino que el ayuntamiento abrió para subir al castillo; desde allí el señor cura me enseñó la cadena de montañas, desde Montégnac hasta la *Roca Viva*, de cerca de dos leguas de extensión; y me dijo: «Farrabesche, para que esta vertiente no desparrame el agua en el llano es necesario que la naturaleza haya hecho como una especie de alcantarilla que las lleva a otro sitio». Pues esta observación es tan sencilla, que parece tonta, y un niño podría hacerla. Pero nadie, desde que Montégnac es Montégnac, ni los señores, ni los intendentes, ni los guardas, ni los pobres ni los ricos, que tanto unos como otros podían ver la llanura inculta por falta de agua, se preguntaron jamás adonde iban a parar las aguas del Gabou. Las tres comunas, donde se da el paludismo debido a las aguas encharcadas, nunca buscaron el remedio, y ni a

mí mismo se me ocurrió pensar en una solución, y ha sido un hombre de Dios...

A Farrabesche se le humedecieron los ojos al decir las últimas palabras.

—Todos los descubrimientos de las personas inteligentes —dijo entonces la señora Graslin— son tan sencillos, que cada uno cree que también él los habría descubierto. «Pero, se añadió a sí misma, el verdadero genio tiene esto de hermoso, que se parece a todo el mundo y que nadie se parece a él».

—En seguida —prosiguió Farrabesche— comprendí lo que el padre Bonnet quería decir, y no tuvo que hablar mucho para que yo viese lo que había que hacer. Señora, eso es tan sencillo porque del lado de su llanura, pues toda es suya, hay cortes tan hondos en las montañas que pasan las torrenceras por los valles, y los cauces por donde el agua pasa desembocan en mi pequeño valle, el cual está unos pocos pies por debajo del nivel de su llanura. Yo sé ahora la razón de ese fenómeno, y es la que le digo: desde la *Roca Viva* hasta Montégnac hay como una especie de talud cuya altura varía entre veinte y treinta pies; no se rompe en ningún sitio, y se compone de una especie de roca que el padre Bonnet llama esquisto. La tierra, más blanda que la piedra, ha cedido, se ha agrietado, y las aguas han ido naturalmente al Gabou, por las escotaduras de cada valle. Los árboles, los matorrales, los arbustos, esconden a la vista esa disposición del terreno; pero después de haber seguido el curso de las aguas y el rastro que dejan es fácil convencerse del hecho. Así, pues, el Gabou recibe las aguas de las dos vertientes, la de la parte del monte donde está su parque y la de las rocas que tenemos enfrente. Según cree el señor cura, este estado de cosas terminará cuando los conductos naturales de la vertiente que da a su llanura queden taponados por las tierras y por las piedras que las aguas arrastran, lo que hará que gane altura el cauce del Gabou. Su llanura quedará entonces inundada como los sitios comunales que usted quiere ir a ver; pero para esto se necesitan cientos de años. Entonces, ¿qué hacer, señora? Si sus tierras no absorbiesen, como hacen las tierras comunales, esa masa de agua, Montégnac estaría también rodeado de aguas encharcadas que infectarían la región.

—Entonces, los sitios que el señor cura me indicaba hace pocos días, donde hay árboles con el ramaje todavía verde, ¿deben ser los conductores naturales por donde las aguas revierten en el torrente del Gabou?

—Sí, señora. Entre la *Roca Viva* y Montégnac, hay tres montes, y por lo tanto tres valles por donde las aguas, rechazadas por el talud de esquisto, se dirigen al Gabou. El cinturón de bosque verde que hay allá bajo, y que parece formar parte de su llanura, indica el lugar por donde pasa esa corriente subterránea adivinada por el señor cura.

—Lo que es la desgracia de Montégnac pronto será su suerte —dijo con acento de profunda convicción la señora Graslin—. Y ya que usted ha sido el primer instrumento de esta obra, participará de ella, empezará a buscar obreros activos, trabajadores, pues habrá que suplir la falta de dinero con el interés en el trabajo.

En el momento en que Verónica dijo las últimas palabras llegaron Benjamín y

Mauricio; cogió la brida al caballo e hizo una señal a Farrabesche para que montara en el de Mauricio.

—Acompáñame —le dijo— al lugar donde las aguas se desvían hacia los terrenos comunales.

—Es más útil que la señora vaya a verlos —dijo Farrabesche—; cuando, por consejo del señor cura, el difunto señor Graslin compró en la desembocadura de esta garganta muchas fanegas donde las aguas dejan un limo que ha terminado por producir una tierra muy buena y de una extensión considerable. La señora verá la parte posterior de la *Roca Viva*, por donde se extienden unos bosques soberbios, y en los que el señor Graslin pensaba levantar una granja. El sitio más conveniente sería aquél por donde se pierde la corriente; está cerca de mi casa y se le podría sacar provecho.

Farrabesche pasó delante para ir enseñando el camino, e hizo que Verónica siguiera un camino tortuoso que llevaba al lugar en que los montes se separaban, dirigiéndose uno hacia el este y el otro hacia el oeste, como repelidos por un encontronazo. Esa garganta, llena de rocas entre las que crecían altas hierbas, tenía unos sesenta pies de anchura. La *Roca Viva*, cortada a pico, presentaba el aspecto de una muralla de granito en la que no se veían ni casquillo ni guijarros, pero la parte alta de ese muro tenía un espesor de árboles con las raíces descarnadas. Unos pinos se abrazaban al suelo con sus ahorquillados pies, como pájaros sobre una rama. La colina opuesta, excavada por el tiempo, parecía arqueada y era arenosa, amarillenta; tenía una serie de cuevas de escasa cavidad y de tones ocres. Algunos tallos de hojas espinosas, unos juncos y varias plantas acuáticas indicaban la orientación hacia el norte y la aridez de la tierra. El lecho del torrente era de piedra bastante dura y amarillenta. Evidentemente las dos sierras, paralelas y como divididas en el momento de la catástrofe que cambió la faz del mundo, estaban, por un capricho inexplicable o por una razón desconocida cuyo descubrimiento pertenece al genio, compuestas de elementos completamente distintos. El contraste entre las dos naturalezas se ponía más palpablemente de manifiesto en aquel lugar que en ningún otro. Desde allí, Verónica vio un inmenso llano, seco, sin vegetación alguna, gredoso, lo que explicaba la absorción de las aguas, y sembrado de charcos de agua salitrosa en los sitios donde el suelo era pizarroso. A la derecha, se veían los montes de Corrèze. A la izquierda, la vista se detenía en el peñascal de la *Roca Viva*, enriquecido con los más hermosos árboles y bajo el cual se abría un inacabable prado cuya vegetación contrastaba con el árido aspecto del desolado llano.

—Mi hijo y yo abrimos el foso que usted ve allí —dijo Farrabesche— y que está marcado por las hierbas altas que crecen en él; va a unirse con el que limita sus bosques. Por este lado, sus dominios los limita un desierto, pues la primera aldea está a más de una legua de aquí.

Verónica se adentró en la depresiva llanura, seguida de su guarda. Hizo que el caballo saltara el foso y lo lanzó a rienda suelta por el siniestro paisaje; pareció

disfrutar de un salvaje deleite contemplando la vasta imagen de la desolación. Farrabesche tenía razón. Nada, ni el mayor interés, podía sacar partido de ese terreno, el cual, bajo los cascos del caballo, retumbaba como si estuviera hueco. Aunque ese efecto fuese producido por el suelo calizo, naturalmente poroso, también había allí fisuras por donde se perdían las aguas e iban a engrosar cauces lejanos.

—Hay también muchas almas que son como este lugar —dijo Verónica deteniendo el caballo después de haber galopado durante un cuarto de hora.

Se quedó pensativa en medio del desierto, donde no había ni animales ni insectos, y que ni los mismos pájaros atravesaban. Por lo menos en la llanura de Montégnac había guijarros, arenas, trozos de tierra blanda y arcillosa, capas de unas pulgadas donde podía arraigar algún cultivo, pero allí la turbera más ingrata, que no era todavía piedra y que no era ya tierra, hería duramente la mirada; allí era forzoso desviar los ojos hacia la inmensidad del éter. Después de contemplar durante un rato el límite de sus bosques y el prado adquirido por su difunto esposo, Verónica reanudó el camino hacia la entrada del Gabou, pero despacio.

Sorprendió entonces a Farrabesche mirando una especie de foso cuyo aspecto parecía hacer creer que algún buscador de tesoros había estado removiendo la tierra en busca de alguna enterrada riqueza.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Verónica viendo en su varonil rostro la expresión de una profunda tristeza.

—Señora, le debo la vida a ese agujero, o, para decir las cosas con más propiedad, el tiempo de arrepentirme y de redimir mis culpas a los ojos de los hombres.

Esa manera de explicar la vida consiguió que la señora Graslin se detuviese ante el foso, al que acercó el caballo.

—Yo me escondía aquí, señora. Esta tierra es tan sonora que, aplicando el oído al suelo, podía oír el ruido de los cascos de los caballos de la gendarmería, o el paso de los soldados a más de una legua de distancia. Me escurría por el Gabou hasta un sitio donde tenía un caballo y ponía entre los que me perseguían y yo cinco o seis leguas. De noche, Catalina me traía la comida y, si no me encontraba, siempre encontraba yo pan y vino en un agujero tapado con una piedra.

Ese recuerdo de su vida errabunda y criminal, que podía perjudicar a Farrabesche, halló en la señora Graslin la más indulgente piedad, pero ella se dirigió hacia el Gabou, adonde la siguió su guarda. Mientras estaba midiendo la abertura, a través de la cual se divisaba el extenso valle, tan risueño por un lado y tan desolado por el otro, y en el fondo, a más de una legua, las colinas escalonadas del lado opuesto a Montégnac, Farrabesche dijo:

—Dentro de pocos días habrá allí las célebres cascadas.

—Y el próximo año, en un día como éste, dejará de pasar por allí una gota de agua. Uno y otro lado son propiedades mías y haré construir una presa lo suficientemente sólida y lo bastante alta para detener las aguas. En vez de un valle que nada produce, haré un lago de veinte, de treinta, de cuarenta o cincuenta pies de

profundidad y una legua de extensión; una inmensa reserva que proporcionará agua para el riego y con la cual fertilizaré la llanura de Montégnac.

—El señor cura tenía razón, señora, al decimos, cuando terminábamos su camino: «Trabajáis para vuestra madre». Que Dios bendiga su gran proyecto...

—No diga usted eso, Farrabesche —dijo la señora Graslin—; la idea es del padre Bonnet.

Al regresar a la casa de Farrabesche, Verónica recogió a Mauricio, quien la estaba esperando, y se dirigió rápidamente al castillo. Cuando su madre y Alina observaron el cambio de su expresión, quedaron favorablemente impresionadas; la esperanza de hacer algo beneficioso para la comarca le había devuelto una apariencia de felicidad. La señora Graslin escribió a Grossetête rogándole que pidiera al señor de Grandville la libertad del forzado indultado, sobre cuya conducta dio una serie de informaciones que fueron confirmadas por un certificado del alcalde de Montégnac y una carta del padre Bonnet. Unió al despacho datos sobre Catalina Curieux, pidiendo a Grossetête que interesase al procurador general en la buena obra que intentaba llevar a cabo y para que escribiera a la prefectura de policía de París con objeto de averiguar el paradero de la muchacha. Como indicio, sólo podía referirse al envío de dinero a la prisión donde Farrabesche cumplió su condena. Verónica quería saber por qué Catalina no acudió al lado de su hijo y de Farrabesche. Después enteró a su amigo de sus descubrimientos en el torrente Gabou, e insistió en la necesidad del hombre capaz que ya le había pedido.

El día siguiente era domingo, y el primero en que, desde su instalación en Montégnac, Verónica se encontraba lo bastante bien para poder ir a la iglesia; fue, y tomó posesión de un banco que tenía en la capilla de la Virgen. Al ver lo pobre y desnudo que estaba el templo, se prometió dedicar cada año una cantidad para contribuir al cuidado de la construcción y el adorno de los altares. Escuchó la palabra dulce, untuosa, angélica del sacerdote, cuyo sermón, aunque pronunciado en términos sencillos y al alcance de la inteligencia de sus feligreses, fue realmente sublime. Lo sublime proviene del corazón, la inteligencia no puede expresarlo, y la religión es fuente inagotable de una sublimidad sin falsos oropeles, pues el catolicismo, que penetra y cambia los corazones, es todo corazón. El padre Bonnet vio en la epístola un texto que glosó, señalando que tarde o temprano Dios cumple sus promesas, favorece a los suyos y anima a los buenos. Dejó entrever los enormes beneficios que representaría para la parroquia la presencia en ella de una persona rica y caritativa explicando que los deberes de los pobres para con los poderosos bienhechores eran tan importantes como los que el rico tenía para con los pobres, y que su ayuda debía ser mutua.

Farrabesche había referido a algunos de los que le tenían simpatía, merced al espíritu de caridad cristiana que el Padre Bonnet había puesto en práctica en la parroquia, la benevolencia de que era objeto. La conducta de la señora Graslin para con él fue el tema de las conversaciones del lugar, reunido en la plaza de la iglesia

antes de entrar a misa, como es costumbre en el campo. Nada más adecuado para que esta mujer consiguiera la amistad y la consideración de unos espíritus eminentemente susceptibles. Así, al salir de la iglesia, Verónica encontró a casi toda la parroquia alineada en dos filas.

A su paso, cada uno la saludó respetuosamente y en medio del mayor silencio. Aún no recobrada de su emoción por aquella acogida, sin saber cuál era el verdadero motivo, vio a Farrabesche entre los últimos y le dijo:

—Eres un buen cazador y no te olvides de traernos alguna pieza.

Algunos días después Verónica fue a pasear con el cura por el bosque más cercano al castillo, y quiso que bajaran hacia los valles escalonados que vio desde la casa de Farrabesche. Entonces tuvo la seguridad de cómo estaban distribuidos los altos afluentes del Gabou. Como consecuencia de su inspección, el cura observó que las aguas que regaban algunas de las partes del Alto Montégnac procedían de los montes de Corrèze. Estas sierras se unían allí con la montaña por el lado árido, paralelo a la loma de la *Roca Viva*. Al regresar del paseo, el sacerdote expresaba una alegría infantil; veía con la ingenuidad de un poeta la prosperidad de su amada aldea. ¿No es el poeta un hombre que ve realizadas sus esperanzas antes de tiempo? El padre Bonnet segaba la mies mientras contemplaba desde lo alto de la terraza la llanura todavía yerma.

Al día siguiente Farrabesche y su hijo llegaron cargados de caza. El guarda llevaba para Francisco Graslin una taza hecha con corteza de coco labrada, una verdadera obra de arte que representaba una batalla. La señora Graslin se paseaba en aquellos momentos por la terraza, precisamente por el lado desde donde se veía a los Tascherons. Sentóse en un banco, cogió la taza y durante mucho rato estuvo mirando esa obra digna de un artífice. Unas lágrimas asomaron a sus ojos.

—Has tenido que sufrir mucho —dijo a Farrabesche después de un largo silencio.

—Sí, claro —respondió—; cuando se está encerrado y no se tiene el propósito de huir, que es lo que sostiene a casi todos los condenados...

—Debe de ser una vida horrible —dijo ella con acento piadoso, invitándole con el gesto y la mirada a que hablase.

Farrabesche tomó por un violento impulso de curiosidad compasiva el temblor convulsivo y los otros gestos de emoción que vio en la señora Graslin. En aquel momento, por una de las avenidas, apareció la Sauviat con intención de acercarse a ellos, pero Verónica sacó su pañuelo, hizo un ademán negativo, y dijo con una vehemencia que nunca tuvo para la anciana auvernesa:

—Déjame ahora, madre.

—Señora —prosiguió Farrabesche—, durante diez años he llevado —dijo señalándose una pierna— una cadena unida a una gran argolla de hierro que me tenía atado a otro hombre. Durante mi condena tuve que vivir con otros tres condenados. Tuve que dormir en un lecho de tablas. Tuve que trabajar infatigablemente y durante mucho tiempo para conseguir un mísero colchón. En cada sala había ochocientos

hombres. En cada tablado se acostaban veinticuatro hombres, atados de dos en dos. Cada noche y cada mañana pasaban la cadena de cada pareja por una gran cadena llamada en la jerga de la cárcel *red de la chusma*. Esa cadena sujeta a todas las parejas por los pies y cuelga del tablado. A los dos años aún no me había, acostumbrado al ruido de aquellos hierros, el cual a cada momento parecía repetir: «Estás en presidio». Si en un momento se consigue dormir, algún compañero se revuelve o disputa con otro, recordándote dónde estás. Hay que sufrir una especie de aprendizaje sólo para poder dormir. No supe qué era el sueño hasta que llegué al final de mis fuerzas gracias a una fatiga excesiva. Cuando pude dormir, tuve las noches para olvidar. Lo más grande allí es poder olvidar. Una vez dentro, un hombre debe ajustarse, en los más mínimos detalles, a un reglamento inviolable. Imagínese, señora, el efecto que este género de vida produjo en un muchacho como yo, que siempre había vivido en el bosque, como los corzos o los pájaros. De no haber comido mi pan durante seis meses encerrado entre cuatro paredes, a pesar de las hermosas palabras del padre Bonnet, que bien puedo decir que ha sido el padre de mi alma, ¡ah!, me habría arrojado de cabeza al agua al ver a mis compañeros. Cuando estaba al aire libre, lo veía todo bien, pero una vez dentro de la nave, fuese para dormir o para comer, ya que se come en unos bancos, y cada uno está preparado para tres parejas, ya no podía vivir; las caras atroces y el lenguaje de mis compañeros me eran insoportables. Por suerte, desde las cinco de la mañana en verano y desde las siete y media en invierno, íbamos, a pesar del viento, del frío, del calor, o de la lluvia, a lo que llamábamos la *fatiga*, es decir, al trabajo. La mayor parte de esa clase de vida transcurre al aire libre, y puede creer que el aire es algo maravilloso cuando se sale de una sala donde se hacinan ochocientos condenados. Ese aire, fíjese usted en eso, ¿es el aire del mar? Se goza de la brisa, se habla con el sol, se interesa uno por las nubes que pasan, y se confía en la belleza del día. En lo único que yo me interesaba era en el trabajo.

Farrabesche se interrumpió, dos gruesas lágrimas caían por las mejillas de Verónica.

—¡Oh, señora...! Sólo le explico las cosas más suaves, los aspectos más sonrosados de aquella existencia. Las terribles y minuciosas precauciones adoptadas por el gobierno, la inquisición permanente de los esbirros, la revisión de los grilletos a la mañana y a la tarde, la nauseabunda comida, los andrajosos vestidos que te humillan a cada instante, la tortura de cada noche, el horrible ruido de cuatrocientos pares de cadenas dentro de una nave donde todo resuena, la perspectiva de verte fusilado o ametrallado si cuatro o cinco desalmados se amotinan...; todo esto no es nada; es, como le decía, lo que tiene color de rosa. Cualquier hombre, un burgués, por ejemplo, que tuviera la desdicha de ir allí directamente, moriría de pena y sufrimientos al poco tiempo. ¿No tiene uno que vivir siempre unido a otro? ¿No está uno obligado a soportar la compañía de otros cinco durante las comidas, y de otros veintitrés durante el sueño, y tener que oír sus estúpidas conversaciones?

Esa gente, señora, tiene sus leyes secretas; si uno se niega a obedecer, es asesinado; pero si obedeces te conviertes en un asesino. Hay que elegir entre ser víctima o verdugo. Al fin y al cabo, el morir de una vez podría solucionar esta espantosa vida, pero esos tipos saben cómo hacer el mal, y es imposible librarse del odio de hombres de esa clase. Tienen un poder absoluto sobre cualquier condenado que no les agrade y pueden hacer un suplicio continuo de su vida, mucho peor que la misma muerte. El hombre que está arrepentido y quiere portarse bien se convierte en el enemigo común; empieza por sospecharse si es un delator, y la delación se castiga con la muerte, por una simple sospecha. Cada sala tiene un tribunal que juzga los crímenes cometidos contra su sociedad. No obedecer las costumbres establecidas constituye un acto criminal, y un hombre que caiga en ese delito es susceptible de ser juzgado; así, cada uno debe cooperar en las evasiones; cada condenado puede escoger el momento para fugarse, y en ese momento toda la prisión debe ayudarlo, protegerle. Revelar lo que un condenado tiene intención de hacer para fugarse, es un crimen. No le hablaré, señora, de las horribles costumbres de la cárcel. La administración, para poder neutralizar las tentativas de motín o de evasión, añade continuamente soluciones contrarias y hace insoportable el suplicio de la cadena, poniendo una atada a otra a personas que no pueden sufrirse o que desconfían la una de la otra.

—¿Cómo lo hizo usted para...? —preguntó la señora Graslin.

—Mire usted —prosiguió Farrabesche—, tuve suerte; nunca me tocó tener que matar a un condenado; nunca voté la muerte de nadie; nunca fui castigado; nunca nadie me tuvo ojeriza, y siempre hice buenas migas con los tres compañeros que sucesivamente me tocaron; los tres me temieron y me quisieron. Pero es que yo ya era célebre en la cárcel antes de entrar en ella. ¡Un asador!, ya que era considerado como uno de aquellos bandidos. Vi como asaban —prosiguió Farrabesche en voz baja y después de una pausa—, pero yo jamás me presté a una cosa como aquélla, ni acepté dinero producto del robo. Yo era un refractario, y esto es todo. Ayudaba a los camaradas, espiaba, me batía, me ponía de centinela, o me ponía en la retaguardia, pero nunca vertí sangre de nadie si no fue en defensa propia. Todo esto se lo expliqué al padre Bonnet y a mi abogado; por eso los jueces sabían muy bien que yo no era ningún asesino. Pero de cualquier modo me conduje criminalmente, pues nada de lo que hice estaba permitido. Dos de mis camaradas habían ya hablado de mí como de un hombre capaz de las más grandes empresas. Y sepa usted, señora, que en la cárcel nada tiene tanta importancia como esa reputación, ni el mismo dinero. Para estar tranquilo en esta república de la miseria, un asesinato es un pasaporte. Nada hice para destruir esa opinión. Yo estaba triste, resignado; mi cara podía inducir a error, y se equivocaron. Mi actitud sombría, mi silencio, los consideraron como señales de ferocidad. Todos, forzados, empleados de la prisión, los nuevos y los viejos me respetaron. Presidí la sala donde estaba. Nunca me molestaron si dormía y nunca se me supuso delator. Respeté sus leyes y jamás me negué a realizar un trabajo, nunca manifesté desagrado por nada, y en resumen, aullé con los lobos por fuera y rogué a

Dios por dentro. Mi último compañero fue un soldado de veintidós años, que había robado y desertado para escapar al castigo de su delito; estuvo a mi lado cuatro años y nos hicimos amigos; donde yo esté cuando él salga, estará él. Este pobre diablo llamado Guépin no era un desalmado, sino un infeliz, y los diez años le curarán. Oh..., si mis camaradas hubiesen descubierto que por mis creencias aceptaba mis sufrimientos; que una vez cumplida mi condena pensaba irme a vivir en un rincón, sin que nadie supiera mi paradero, con el deseo de olvidarme de aquella población penal, y no encontrarme nunca con ninguno de ellos, con seguridad me habrían vuelto loco.

—Pero, entonces, para un noble e inexperto joven que fue arrastrado por una pasión, y que indultado de la pena de muerte...

—¡Oh, señora...! Para los asesinos no hay indulto total. Se empieza conmutando la pena de muerte por la de veinte años de trabajos forzados. Pero esto para un hombre joven y correcto eso es algo que estremece. No sabría cómo explicarle la vida que le esperaba, es mejor cien veces morir. Sí, el morir en el patíbulo es, entonces, una suerte.

—No me atrevo ni a pensarlo —dijo la señora Graslin.

Verónica se puso blanca como un cirio. Para esconder su rostro, apoyó la frente en la balaustrada, permaneciendo en aquella posición unos instantes. Farrabesche no sabía qué hacer, si quedarse o irse. La señora Graslin se levantó, miró a Farrabesche con aire casi majestuoso, y le dijo extrañada de sí misma: «Gracias, amigo mío», con una voz que le sobrecogió.

—¿Pero de dónde sacó el valor para seguir viviendo y sufriendo? —le preguntó después de una pausa.

—Oh, señora... El padre Bonnet puso un tesoro en mi alma. Así le he querido como a nadie en el mundo.

—¿Más que a Catalina? —dijo la señora Graslin con una triste sonrisa.

—Casi tanto.

—¿Cómo lo consiguió?

—Señora, la voz y las palabras de ese hombre me avasallaron. Catalina le dirigió al sitio que el otro día le mostré a usted en los comunales, y vino solo; él era, según me dijo, el nuevo cura de Montégnac, y yo era un feligrés suyo; él me quería, sabía que yo andaba descarriado, pero no perdido; no pensaba traicionarme, sino salvarme; y me dijo cosas que llegan al alma. Y ese hombre, ya lo ve usted, señora, nos manda hacer el bien con el mismo fervor que los que quieren que hagamos el mal. Me dijo que Catalina era madre y que yo tenía que salvar a las dos criaturas de la vergüenza y el abandono. Aunque no lo crea, le dije, serán lo mismo que yo, que no tengo porvenir. Me dijo que yo tenía dos caminos delante: uno, el del otro mundo, y el otro el de aquí abajo si persistía en no reformar mi vida. Aquí, moriría en el patíbulo. Si me cogían, no tendría defensa ante la justicia. Por el contrario, si aprovechaba la indulgencia del nuevo gobierno en los asuntos relacionados con la conscripción; si

me entregaba, él estaba seguro de salvarme la vida; buscaría un buen abogado que redujese mi condena a diez años de trabajos forzados. Después el padre Bonnet me habló de la otra vida. Catalina lloraba como una Magdalena. Vea usted, señora —dijo Farrabesche enseñándole la mano derecha—, ella tenía la cara apoyada en esta mano, y noté que mi mano estaba mojada. Ella me suplicó que viviese. El señor cura me garantizó una existencia tranquila y feliz, igual que la de mi hijo, aquí mismo, asegurándome no tendría que pasar ninguna vergüenza. Nada, me catequizó, como a un niño. Después de tres visitas nocturnas, me dejó suave como un guante. ¿Quiere usted saber por qué, señora?

Aquí, Farrabesche y la señora Graslin se miraron, sin poderse explicar su mutua curiosidad.

—Pues bien —prosiguió el pobre ex-forzado—, cuando se fue la primera vez, y Catalina lo acompañó, me quedé solo. Sentí entonces en mi alma como un aire grato, una calma, una suavidad que nunca había sentido desde mi niñez. Se parecía mucho a la felicidad que me había proporcionado la pobre Catalina. El amor que me demostraba ese querido hombre que iba a buscarme, los cuidados que me dedicaba, su interés por mi futuro y mi alma, todo me conmovió, me transformó. Se encendió una luz para mí. Mientras él me hablaba yo me resistía. ¿Qué quiere que le diga? Él era un sacerdote, y nosotros unos bandidos. Su pan no era como el nuestro. Pero cuando no oí el ruido de sus pasos ni el de Catalina, fui, como me dijo él dos días más tarde, iluminado por la gracia, y Dios me dio desde aquel momento fuerzas para soportarlo todo: la cárcel, el juicio, las cadenas, la marcha y la vida del penal. Confiaba en su palabra como en el Evangelio, y consideraba todos mis sufrimientos como una deuda que tenía que pagar. Cuando sufría demasiado, veía, aun después de diez años, mi casa en el bosque, a mi pequeño Benjamín y a Catalina. Cumplió su palabra, el bueno del padre Bonnet. Pero alguien me falló. Catalina no estaba en la puerta de la prisión cuando salí, ni en los comunales. Moriría de dolor. Ya sabe usted por qué siempre estoy triste. Ahora, gracias a usted, tendré un trabajo útil y me entregaré a él en cuerpo y alma, con mi hijo, para el que vivo...

—Usted me ayuda a comprender como el señor cura ha podido cambiar este pueblo...

—Nada se le resiste —dijo Farrabesche.

—Sí, sí, lo sé —respondió brevemente Verónica, dirigiéndole a Farrabesche un ademán de despedida.

Farrabesche se fue. Verónica estuvo durante buena parte del día paseándose por la terraza, a pesar de la fina lluvia que cayó hasta la tarde. Estaba triste y pensativa. Cuando su rostro se contraía como en aquel momento, ni su madre ni Alina se atrevían a interrumpirla. Al oscurecer, no vio a su madre hablando con el padre Bonnet, quien tuvo que atajar su evidente tristeza pidiendo que hiciese llamar a su hijo. El pequeño Francisco cogió de la mano a su madre, quien se dejó llevar por él. Cuando vio al padre Bonnet no reprimió un gesto de sorpresa, en el que había algo de

temor. El sacerdote la llevó a la terraza y le dijo:

—¿Y de qué, señora estaba usted hablando con Farrabesche?

Para no mentir, Verónica prefirió no contestar, y fue ella quien le preguntó al padre Bonnet:

—¿Ese hombre fue su primera victoria?

—Sí —respondió él—. Su conquista tenía que valerme para que se me rindiese todo Montégnac y no me equivoqué.

Verónica estrechó la mano del padre Bonnet, y le dijo con emocionada voz:

—Desde hoy soy su penitente. Mañana haré una confesión general.

La última frase revelaba en la mujer un gran esfuerzo interior, una terrible victoria conseguida sobre sí misma; el cura la acompañó, sin decirle nada, hasta el castillo, y estuvo con ella haciéndole compañía hasta la hora de comer, hablándole de las grandes mejoras que podían hacerse en Montégnac.

—La agricultura es una cuestión de tiempo —dijo—, y lo poco que sé me hace comprender el mucho beneficio que se puede lograr en un invierno. Empieza el tiempo de las lluvias y pronto estas montañas se llenarán de nieve, y el trabajo no será posible, y lo que hay que hacer es meterle prisa al señor Grossetête.

Insensiblemente, el padre Bonnet llevó la conversación, obligando a la señora Graslin a que interviniese para que se distrajera, y cuando la dejó se había ya recobrado de las emociones del día. No obstante, la Sauviat encontró a su hija tan violentamente agitada que pasó la noche a su lado.

Al día siguiente, por un mensajero mandado desde Limoges por el señor Grossetête, le dio a la señora Graslin las siguientes cartas:

A LA SEÑORA GRASLIN

Mi querida niña, aunque fue difícil conseguirle los caballos que me pidió, espero estará contenta de los tres que le mandé. Si quiere caballos de tiro, tendría que ir a buscarlos a otra ciudad. En cualquier caso, es mejor que las labores del campo y de acarreo se hagan con bueyes. Donde los trabajos agrícolas se hacen con caballos se pierde mucho dinero cuando el caballo ya no vale para el trabajo, mientras que en lugar de ser una pérdida, los bueyes son de mucha utilidad para los agricultores que los emplean.

Apruebo su punto de vista y su empresa; podrá emplear en ella esa agotadora actividad que la acosa y que se vuelve contra usted y la hace languidecer. Pero eso que me pide de encontrar, además de caballos, un hombre capaz de secundarla y que sobre todo la comprenda, no es fácil encontrarlo por aquí. La preparación de personas de esta clase es un proceso que exige mucho tiempo. Por otra parte, a gentes así, de una inteligencia superior, las miramos con prevención, y las calificamos de «excéntricos». Luego, las personas de esa categoría científica que usted pretende para que colaboren con usted, son generalmente tan inteligentes y tan capaces que no

quiero decirle lo imposible que me parece encontrarlo. Me pide que le encuentre un poeta, o si usted quiere, un loco, pero ya sabe que todos los locos se van a París. He hablado de sus proyectos a jóvenes empleados en el catastro, a técnicos en obras públicas, a hombres que han trabajado en la construcción de canales, y ninguno ha visto *ventajas* en lo que usted propone. Pero inesperadamente la casualidad me ha traído al hombre que usted necesita, un joven que me debe algunos favores; usted misma verá por su carta que los favores no deben hacerse al azar. Lo más razonable que puede hacerse en el mundo es una buena acción. Nunca se sabe si lo que nos ha parecido bien, será un mal más tarde. Hacer buenas obras, ahora lo he podido comprender, es labrarse el destino...

Al leer esta última frase, la señora Graslin dejó caer las cartas, y se quedó pensativa durante unos instantes:

—Dios mío —exclamó—, ¿cuándo dejarás de herirme?

Después recogió los papeles y prosiguió la lectura.

Gérard me parece una cabeza fría y un corazón ardiente, y ése es el hombre que usted necesita. París está en estos momentos trabajado por nuevas doctrinas, y me encantaría que ese muchacho sortease las trampas que tienden los espíritus ambiciosos a los instintos de la generosa juventud francesa. Si yo no apruebo totalmente la vida excesivamente convencional de provincias, tampoco puedo aprobar la vida apasionada de París, ni ese afán de renovación que empuja a la juventud por nuevos caminos. Sólo usted sabe como pienso; creo que el mundo moral gira sobre sí mismo igual que el mundo material. Mi pobre protegido pide cosas imposibles. Ningún poder podría sostenerse ante ambiciones tan violentas, tan imperiosas y absolutas. Soy partidario de dar tiempo al tiempo, de la lentitud en política, y me agradan muy poco esos cambios sociales a que nos quieren obligar los hombres de gran inteligencia. Le confío mis principios de viejo monárquico, en la confianza de que usted será discreta. Aquí, yo me calló entre estas gentes que cuanto más se hunden más creen en el progreso; pero sufro al ver los males irreparables que ya se le han hecho a nuestro querido país.

Entonces, yo le he contestado a ese joven que le esperaba un trabajo digno de él. Él irá a verla, y aunque su carta, que incluyo con la mía, le permitirá juzgarle, usted podrá estudiarlo mejor; ¿no le parece? Las mujeres adivinan muchas cosas con sólo ver a una persona. Por otra parte, los hombres, incluso los más indiferentes, de los que se sirven ustedes, tienen que agradecerles. Si no le conviene puede rechazarlo, pero si lo cree necesario, trate de curarle de una ambición mal disfrazada; consiga que se identifique con la tranquila vida campestre, donde los beneficios son continuos y donde las almas nobles y fuertes pueden prodigarlos constantemente y donde cada día se descubren en los productos de la naturaleza motivos para admirarla, viendo su verdadero progreso, sus reales mejoras y la digna actividad del hombre. No ignoro

que las grandes ideas engendran las grandes acciones; pero como que esta clase de ideas son muy raras, considero que regularmente las cosas valen más que las ideas. El que fertiliza un pedazo de tierra, que saca el mejor fruto de un árbol, que estudia qué siembra le va mejor a un terreno árido vale más que esos individuos que se pasan la vida buscando fórmulas para salvar a la Humanidad. ¿En qué la ciencia de Newton ha cambiado la suerte de los campesinos? Amiga mía, yo la quiero mucho, pero ahora que la comprendo y sé lo que pretende, la adoro. Nadie en Limoges la ha olvidado, y todos admiran esa noble resolución de mejorar Montégnac. Permítame que alardee de la necesaria inteligencia para admirar lo que es bueno y no olvide que el primero de sus admiradores es también su primer amigo,

F. GROSSETÊTE.

DE GÉRARD A GROSSETÊTE

Voy, señor, a hacerle una triste confidencia; pero usted ha sido para mí como un padre, cuando pudo ser sólo un protector. Es, pues, a usted únicamente, a usted, que me ha hecho todo lo que soy, a quien puedo hacérselas. Sufro una cruel enfermedad, enfermedad de tipo moral: hay en mi alma sentimientos y en la inteligencia preocupaciones que me hacen incompatible con lo que el Estado y la sociedad quieren de mí. Esto le parecerá quizá un acto de ingratitud, y no es más que un acto de acusación. Cuando tenía doce años, usted, mi generoso padrino, adivinó en el hijo de un simple obrero una cierta aptitud para las ciencias exactas y un precoz deseo de ser alguien; usted favoreció mi vuelo hacia las regiones superiores, cuando mi primario destino era el de ser un carpintero como mi pobre padre, quien no vivió lo bastante para ver mi transformación. Usted hizo seguramente una obra meritoria, y no hay día que yo no le bendiga; entonces, quizá soy yo quien está en un error. Pero tenga razón o esté equivocado, sufro; ¿y no es una muestra de consideración el que le cuente mis sinsabores? ¿No es tomarle por testigo, como a Dios, por mi supremo juez? En cualquier caso, fío en su indulgencia.

Entre los dieciséis y los dieciocho años me entregué al estudio de las ciencias exactas hasta caer enfermo; usted lo recordará. Mi futuro dependía de mi admisión en la Escuela Politécnica. Durante ese tiempo, mis estudios fortalecieron, quizá en exceso, mi inteligencia, y estuve a punto de morir; estudiaba día y noche, y me creía más fuerte de lo que mi organismo quizá permitía. Quería vencer victoriosamente mis exámenes de ingreso, que mi puesto en la Escuela estuviera asegurado para tener derecho a conseguir una pensión que le evitase seguirme pagando mis estudios; y triunfé. Todavía hoy me estremezco al pensar en la terrible recluta de cerebros a que se dedica cada año el Estado a causa de la ambición de las familias, que obligan a tan crueles estudios en la edad en que el adulto aún no ha llegado a su total desarrollo físico, lo que tiene que producir males desconocidos, matando a la luz de las

lámparas preciosas facultades que más tarde se desarrollarían fuertes y lozanas. Las leyes de la naturaleza son implacables, no hacen concesión alguna ni a las empresas ni a los deseos de la sociedad. Lo mismo en el orden moral que en el orden natural, todo abuso se paga. Los frutos exigidos antes de tiempo en un invernadero; se consiguen a costa del mismo árbol o de la calidad de sus productos. La Quintinie, para presentar cada mañana, y en todas las épocas del año, un ramo de flores a Luis XIV, mató sus naranjos. Lo mismo sucede con las inteligencias. El esfuerzo que se les exige a los cerebros adultos es una estafa que se le hace al porvenir. Lo que más se nota a faltar en nuestros tiempos es el espíritu legislativo. Europa no ha tenido ningún auténtico legislador desde Jesucristo, quien al no darnos un código político, dejó su obra incompleta.

Así, antes de establecer las escuelas especiales y su modo de reclutamiento, ¿ha habido grandes pensadores que conserven dentro de su cabeza la inmensidad de las relaciones totales de una institución junto con las fuerzas humanas que sopesan las ventajas y los inconvenientes, y que estudian en el pasado las leyes del porvenir? ¿Se han preguntado sobre la suerte de los hombres excepcionales que, por un fatal azar, conocían las ciencias humanas antes de tiempo? ¿Se ha calculado la rareza de esta clase de hombres? ¿Se ha estudiado cuál fue su final? ¿Se han investigado los medios de que se valieron para resistir la continua presión de sus inteligencias? ¿Cuántos, como Pascal, murieron prematuramente, agotados por la ciencia? ¿Se ha averiguado a qué edad individuos que rebasaron la ancianidad iniciaron sus estudios? ¿Se sabía, se sabe ahora, en el momento en que le escribo, las disposiciones interiores de los cerebros que pueden resistir el asalto prematuro de los conocimientos humanos? ¿Se ha llegado a sospechar que esta cuestión afecta de manera especial a la fisiología humana? Pues bien, yo creo que la regla general es vivir durante el mayor tiempo posible en el estado vegetativo de la adolescencia. La excepción que constituye el vigor del organismo en la adolescencia, lleva, en la mayoría de los casos, como resultado una abreviación de la vida. Así, el hombre de genio que resiste al precoz ejercicio de sus facultades debe ser una excepción en la excepción. Si estoy de acuerdo con las realidades sociales y las observaciones médicas, el procedimiento que se sigue en Francia para el reclutamiento del alumnado de las escuelas especiales es, pues, una mutilación del mismo género de la de La Quintinie, pero impuesta a los más brillantes individuos de cada generación.

Pero continúo, y ya iré expresando mis dudas según el orden de los hechos. Ingresado en la Escuela, trabajé con renovado ardor, para poder salir de ella tan airosamente como había entrado. Así, pues, de los diecinueve años hasta los veintiuno procuré desarrollar en mí toda clase de aptitudes y nutrir mis facultades por medio de una constante labor. Aquellos dos años fueron la culminación de los tres anteriores, durante los cuales me había preparado únicamente para hacer el bien. Así, cual no sería mi orgullo al ver que tenía el derecho de elegir la carrera que más me gustaba, la ingeniería militar o naval, la artillería o el estado mayor, la ingeniería de

minas o la de obras públicas. Siguiendo su consejo, elegí la última. Pero allí donde yo había triunfado, cuántos otros sucumbieron... Usted sabe que de año en año el Estado aumenta sus exigencias científicas con referencia a la Escuela, y que los estudios son más duros, más arduos de año en año. La labor de preparación a que me entregué no fue nada comparada con los intensos estudios de la Escuela, y que tienen por objeto poner la totalidad de las ciencias físicas, matemáticas, astronómicas y químicas, con sus nomenclaturas, en la cabeza de muchachos de entre diecinueve y veintiún años. El Estado, que en Francia quiere reemplazar, en muchos aspectos, a la autoridad paternal, es una entidad sin entrañas y sin ningún afecto propio de un padre; realiza sus experiencias *in anima vili*. Jamás se le ha ocurrido realizar una estadística sobre las horribles torturas y sufrimientos que produce; no se ha preocupado, en los últimos treinta y seis años, de la gran cantidad de fiebres cerebrales que se declaran, ni de la desesperación que se apodera de la juventud, ni de las destrucciones morales que la diezman. Quiero poner de relieve este lado doloroso y lamentable de la cuestión, pues es uno de los contingentes anteriores del resultado definitivo: para algunos cerebros débiles, el resultado final se acelera en vez de retrasarse. Le consta a usted que los individuos en quienes la facilidad de comprensión es lenta, o que se ven momentáneamente anulados por un exceso de trabajo, pueden permanecer tres años, en vez de dos, en la Escuela, y que esos alumnos son objeto de sospechas poco favorables en cuanto a su capacidad. Por último, hay la posibilidad para los jóvenes, que más adelante pueden revelarse como inteligencias superiores, de salir de la Escuela sin empleo fijo, por no haber demostrado en los exámenes finales la cantidad de ciencia exigida. Se les conoce con el nombre de *frutos secos*, y Napoleón los hacía subtenientes. Hoy los *frutos secos* constituyen, como capital, una enorme pérdida para sus familias, y un tiempo perdido para el individuo. Pero yo triunfé. A los veintiún años tenía una gran cantidad de conocimientos científicos, y estaba impaciente por aumentarlos y distinguirme en esta rama del saber. Un deseo es tan natural que casi todos los alumnos, al terminar sus estudios, tienen la vista fija en este sol moral que se llama gloria. Nuestro primer pensamiento es el de convertirnos en otro Newton, en otro Laplace, en otro Vauba. Estos son los denodados esfuerzos que Francia exige a los muchachos que salen de esa famosa Escuela.

Examinemos ahora los destinos de estos hombres elegidos con tanto cuidado entre los de su generación. A los veintiún años se sueña en la vida, y se esperan maravillas. Ingresé en la Escuela de obras públicas, era ya ingeniero-alumno. Empecé a estudiar la ciencia de la construcción, y ¡con qué pasión! Usted debe recordarlo. Salí en el 1826, a los veinticuatro años, y no era todavía más que ingeniero-aspirante; el Estado me pagaba ciento cincuenta francos al mes. En París, el más insignificante tenedor de libros gana más a los dieciocho años, sin trabajar más de cuatro horas diarias. Por una suerte inconcebible, debida quizá a la distinción que mis estudios me habían valido, a los veinticinco años, en el 1828, recibí el título de ingeniero ordinario. Me mandaron, ya sabe usted adonde, a una Subprefectura, con un sueldo

de dos mil quinientos francos anuales. Las cuestiones de dinero carecen de importancia. En realidad, mi carrera fue mucho más brillante que la que podía esperarse de un hijo de carpintero; pero ¿qué es el mozo de una tienda de comestibles que habiendo estado en esa tienda desde los dieciséis años no está a los veintiséis cerca de una independencia económica? ¿Entonces cuál había sido la finalidad de tanto gasto de inteligencia, de tan gigantesco esfuerzo solicitado por el Estado? El Estado me hizo medir y calcular montones de adoquines o de grava, alineados en las carreteras. Tuve que entregarme a la tarea de conservar, reparar, y a veces incluso construir bocas de desagüe y alcantarillas, a hacer chapuzas en los trozos de camino en mal estado, a vigilar o a tener que abrir cunetas. En la oficina tenía que contestar a las solicitudes de alineación, de plantación o de tala de árboles. Tales son, efectivamente, las principales, y a menudo únicas, ocupaciones de los ingenieros ordinarios, a las que de vez en cuando se unen algunos trabajos de nivelación que se nos obliga a realizar personalmente y que el más modesto de nuestros empleados, con su experiencia, realiza mucho mejor que nosotros, a pesar de nuestros conocimientos. En conjunto, somos unos cuatrocientos ingenieros ordinarios o ingenieros-alumnos, y como no hay más que un centenar de ingenieros-jefe, no todos pueden alcanzar el grado superior; por otra parte, por encima del ingeniero-jefe, no hay ninguna categoría absorbente; como medio de absorción, no puede tenerse en cuenta la existencia de doce o quince plazas de inspector general o divisionario, ya que son tan inútiles en nuestro cuerpo como lo son las de coronel en la artillería, donde la batería es la unidad. El ingeniero-ordinario, lo mismo que el capitán de artillería, conoce lo que debe conocer de su profesión, y no debiera tener por encima de él más que un jefe de administración para coordinar los servicios de los noventa y seis ingenieros del Estado, pues un solo ingeniero, ayudado por dos aspirantes, es suficiente para un departamento. La jerarquía, en esos cuerpos, tiene como consecuencia el subordinar las inteligencias activas a viejas inteligencias agotadas y apagadas, las cuales, creyendo hacer las cosas de la mejor manera posible, alteran y desnaturalizan, por regla general, los proyectos sometidos a su examen, quizá con la única finalidad de no verse sometidas a prueba; aquí tiene, en mi opinión, la única influencia que ejerce sobre las obras públicas en Francia el consejo general. Supongamos, no obstante, que entre los treinta y los cuarenta años fuera yo ingeniero de primera clase e ingeniero en jefe a los cincuenta años. ¡Ay!, veo cuál sería mi porvenir, como si lo leyese. Mi ingeniero jefe tiene sesenta años, y salió con honores, lo mismo que yo, de la famosa Escuela; ha encanecido en dos departamentos haciendo lo que yo hago, se ha convertido en el más vulgar de los hombres que pueda imaginarse, y ha caído desde las alturas en que se había elevado; pues bien, no se halla a la altura de la ciencia; la ciencia ha adelantado, y él se ha estacionado; más aún, ha olvidado todo lo que sabía. El hombre que a los veinte años presentaba todos los síntomas de una inteligencia superior, hoy sólo conserva las apariencias. Por una parte, estando especialmente dotado para las ciencias exactas y las matemáticas por su educación, ha ido

negligiendo todo lo que carecía de interés para su empleo. Así es imposible imaginar todo lo que ignora sobre las demás ramas del saber humano. El cálculo le ha desecado el corazón y el cerebro. Únicamente a usted me atrevo a confiar el secreto de su nulidad, disimulada por el prestigio de la Escuela Politécnica. Esta etiqueta impone, y con el poder del prejuicio, nadie se atreve a poner en duda su capacidad. Únicamente a usted le confiaré que la extinción de su talento ha obligado a gastar al departamento por una sola obra más de un millón de francos en lugar de dos o trescientos mil. Quise protestar, poner en antecedentes al prefecto, pero un ingeniero amigo mío me recordó el caso de uno de nuestros camaradas que se ha convertido en la bestia negra de la administración por una oficiosidad semejante. «¿Te gustaría a ti, cuando seas ingeniero jefe, que uno de tus subordinados le explicase tus errores?», me dijo. «Tu ingeniero jefe pronto será inspector de división. Y cuando uno de los nuestros comete un error de bulto, la administración, que no se equivoca nunca, le retira del servicio activo y lo nombra inspector». Aquí tienes cómo la recompensa que se debe al talento se concede a la nulidad. Francia entera ha visto el desastre que tuvo lugar en el corazón de París, del primer puente colgante que quiso construir un ingeniero, miembro de la Academia de Ciencias, lamentable caída causada por errores que ni el constructor del canal de Briare, de tiempos de Enrique IV, ni el monje que construyó el Puente real, hubiesen cometido, y al que la administración consoló llamándole a formar parte del consejo general. Entonces, ¿las escuelas especiales no son más que unas grandes fábricas de incapacidades? Este asunto exige una larga explicación. Si yo estoy en lo cierto, necesitarían, por lo menos, una reforma en los procedimientos, pues no me atrevo a poner en duda la utilidad de las Escuelas. ¿Sólo mirando al pasado veremos que Francia jamás ha carecido de inteligencias útiles al Estado, y que hoy el Estado no desea ponerlas de manifiesto por el procedimiento de Monge? ¿Es que Vauban tuvo alguna otra escuela que la vocación? ¿Quién fue el profesor de Riquet? Cuando hombres geniales emergen del medio social como ellos, impulsados por la vocación, se trata casi siempre de hombres completos; el hombre no es entonces sólo un especialista, sino que tiene el don de la universalidad. Yo no creo que un ingeniero salido de la Escuela pueda nunca construir uno de esos milagros de la arquitectura que supo levantar Leonardo de Vinci, a la vez mecánico, arquitecto, pintor, uno de los inventores de la hidráulica, e infatigable constructor de canales. Constreñidos, desde los primeros años, a la simplicidad absoluta de los teoremas, los individuos salidos de la Escuela pierden el sentido de la elegancia y del ornato; una columna les parece inútil, regresan al punto más primitivo del arte y se limitan a lo útil.

Pero esto no es nada comparado con la enfermedad que me consume. Noto que se está realizando en mí la más terrible de las metamorfosis; siento que se agotan mis fuerzas y mis facultades, y que, desmesuradamente tensas, desaparecen. Me estoy dejando ganar por el prosaísmo de la vida que llevo. Yo, que por la naturaleza del esfuerzo que tuve que realizar me creía destinado a grandes empresas, me tengo que

enfrentar con las más pequeñas, comprobando metros cúbicos de guijarros, recorriendo caminos, consultando registros de materiales. Todo esto no llena ni dos horas del día. Veo como mis colegas se casan, y se hunden en una situación totalmente contraria al espíritu de la sociedad moderna. ¿Mi ambición es desmesurada? Yo quería ser útil a mi patria. La patria me ha exigido esfuerzos desusados, me ha convertido en un representante del saber científico, y lo que hago es cruzarme de brazos en un rincón de provincias. No se me permite salir de la localidad adonde se me ha destinado para ejercitar mis facultades ensayando proyectos útiles. Un disfavor oculto y evidente es la recompensa cierta de aquel de nosotros que, cediendo a su inspiración, sobrepasa lo que su servicio especial exige de él. En este caso, el favor que puede esperar cualquier hombre superior es el olvido de su talento y ver cómo se entierran sus proyectos en las carpetas de la dirección. ¿Cuál será la recompensa de Vicat, el único de entre nosotros que ha realizado progresos ciertos en la ciencia práctica de la construcción? El consejo general de Obras Públicas, compuesto en parte por personas acreditadas por largos y a veces honrosos servicios, pero que ya sólo tienen energía para lo negativo, y que eluden todo lo que comprenden, es la esponja de que se valen para borrar los proyectos de los espíritus audaces. Ese consejo parece haber sido creado únicamente para paralizar los brazos de esa hermosa juventud que sólo pide trabajar, que quiere servir a Francia. En París ocurren monstruosidades; el futuro de una provincia depende del *visto bueno* de esos centralizadores que, por medio de intrigas que no tengo tiempo de detallarle, paralizan la ejecución de los mejores planes; en realidad, los mejores son los que ofrecen más posibilidades de ganancia a las compañías constructoras o a los especuladores, que cometen verdaderos abusos, y cuyos abusos son más importantes en Francia que las posibles mejoras. Así, pues, durante cinco años yo no podré ser yo mismo, veré apagarse mi ambición, mi noble deseo de emplear las cualidades que mi patria me ha exigido, y que se irán enmoheciendo en el oscuro rincón donde vivo. Calculando las posibilidades más afortunadas, el futuro no me parece alentador. He aprovechado un permiso para venir a París, quiero cambiar de carrera, encontrar la ocasión de emplear mi energía, mis conocimientos y mi actividad. Presentaré mi dimisión, me iré a cualquier país donde hagan falta especialistas como yo y donde se puedan llevar a término grandes cosas. Si nada de esto es posible, me entregaré a una de estas nuevas doctrinas que parecen van a conseguir importantes cambios en el orden social que impera, dirigiendo en forma más adecuada a los trabajadores. Porque, ¿qué somos nosotros sino trabajadores sin trabajo, herramientas en un almacén? Estamos organizados como si se tratara de poner boca arriba el globo terráqueo, y no tenemos nada que hacer. Siento que algo grande se está empequeñeciendo en mí, que está a punto de morir, y se lo comunico a usted con una franqueza matemática. Antes de cambiar de condición, quisiera su juicio, pues que me creo como su hijo y nunca haré nada sin consultárselo, sin contar con su experiencia, tan parecida a su bondad.

Sé que el Estado, una vez ha conseguido unos especialistas, no puede inventar para ellos una serie de obras a realizar, ya que no pueden construirse cada año trescientos puentes; que no puede encargar construcciones a sus ingenieros, y que ya no declara una guerra únicamente para ganar batallas y para que salgan de ella grandes capitanes; pero en todo caso, como nunca falta la aparición de un hombre genial cuando las circunstancias lo reclaman, en cuanto hay bastantes reservas en oro para gastar, y grandes cosas qué hacer, sale de entre la multitud ese hombre único, y en este género un Vauban es suficiente, con lo que se demuestra la inutilidad de la institución. Por último, cuando con tanta preparación se ha estimulado a un hombre de calidad, ¿cómo no comprender que éste realizará todo lo que le sea posible antes de dejarse anular? ¿Es ésta una buena política? ¿No es encender ardientes pasiones? ¿Se habrá enseñado a todas estas mentalidades privilegiadas a calcularlo todo, excepto su futuro? Claro está, que entre estos seiscientos jóvenes hay excepciones, hombres fuertes que resisten a su devaluación, y yo conozco a alguno de ellos; pero si se pudieran explicar sus terribles luchas contra los hombres y las circunstancias; cuando espoleados por útiles proyectos, por conceptos que deben engendrar vida y riqueza en provincias inertes, encuentran sólo obstáculos allí donde el Estado les ha hecho creer encontrarían ayuda y protección, podría considerarse al hombre con fuerzas, al hombre de talento, al hombre cuyas cualidades son casi un milagro, como mucho más desdichado y digno de compasión que aquél cuya naturaleza bastardeada se presta a minimizar sus facultades. Así, mejor prefiero dirigir una empresa comercial o industrial, vivir con poco, pero intentando resolver los numerosos problemas que se presentan en una industria y a la sociedad que seguir en la situación en que estoy. Usted me dirá que nada me impide emplear, en mi actual residencia, mis fuerzas intelectuales, ni buscar en medio del silencio de esta vida mediocre la solución de algún problema útil a la humanidad. Pero, ¡ay!, señor...; si hiciera eso, me demostraría que usted no conoce la influencia de la provincia y los efectos relajantes de una vida precisamente lo bastante ocupada para emplear el tiempo en trabajos casi fútiles, aunque no lo suficiente para poner en práctica los medios que nos ha proporcionado nuestra educación. No me crea usted, mi querido protector, devorado por el deseo de hacer fortuna, ni por un ansia insensata de gloria. Soy lo necesariamente calculador para no conocer el vacío de la gloria. La actividad necesaria a esta clase de vida no me hace sentir ningún deseo de casarme, pues al comprobar mi actual destino no le estimo bastante la existencia como para hacer su triste ofrenda de a otro ser que no sea yo mismo. Aunque considero el dinero como uno de los más poderosos medios de que dispone el hombre social para poder seguir adelante, no es, después de todo, más que un medio. Mi único placer está en mi deseo de ser útil a mi país. Mi mayor alegría sería poder actuar en un medio conveniente a mis facultades. Si, en el círculo de su comarca, de sus relaciones y amistades, si en el espacio donde usted se destaca, sabe de alguna empresa que exija alguna de las cualidades que se me atribuyen, esperaré durante seis meses su respuesta. Lo que yo

le escribo a usted, señor y amigo, otros lo piensan. He visto a muchos de mis camaradas o antiguos condiscípulos aprisionados como yo entre las rejas de una especialidad, a ingenieros geógrafos, a capitanes profesores, a capitanes de ingenieros militares, que se saben capitanes por el resto de sus días, y que lamentan amargamente no haber pasado a la escala activa del ejército. En fin, en repetidas ocasiones nos hemos confesado unos a otros, la mixtificación de que fuimos víctimas y que sólo se comprueba cuando ya es tarde para evitarla, cuando el animal se ha acostumbrado ya a la noria, cuando el enfermo se ha habituado a su enfermedad.

Al examinar todas estas cuestiones y sus lamentables resultados, me he planteado las siguientes preguntas, que le comunico a usted, como hombre de sentido común que es y capaz de madurarlas y meditarlas, sabiendo que son fruto de elucubraciones nacidas del ardor y de la intensidad de los sufrimientos: ¿Qué es lo que se propone el Estado? ¿Desea realmente disponer de verdaderas capacidades? Los medios empleados van precisamente contra estas posibles finalidades, pues ha conseguido crear las más honradas mediocridades que un gobierno enemigo de la inteligencia hubiera podido desear. ¿Desea proporcionar un medio de vida a las inteligencias selectas? Pues lo que ha proporcionado es de lo más mediocre: no hay ninguno de los hombres salidos de las escuelas especiales que no lamente, al llegar a los cincuenta o sesenta años, haber caído en la trampa que le tendieron las promesas del Estado. ¿Desea obtener hombres realmente excepcionales? ¿Y qué inteligencia excepcional han producido las escuelas desde el 1790? ¿Sin Napoleón, habría existido Cachin, el hombre a quien se debe Cherbourg? El despotismo imperial se fijó en él y le protegió; en cambio, el régimen constitucional lo habría ahogado. ¿Cuenta la Academia de Ciencias con muchos hombres salidos de las escuelas especiales? Quizá no hay más que dos o tres. El hombre genial sólo puede manifestarse fuera de las escuelas especiales. En las ciencias de que se ocupan esas escuelas, el genio no obedece más que a sus propias leyes, sólo se desarrolla por medio de circunstancias sobre las cuales el hombre no puede influir: ni el Estado, ni la ciencia del hombre, ni la antropología las conocen. Riquet, Perronet, Leonardo de Vinci, Cachin, Palladio, Brunelleschi, Miguel Ángel, Bramante, Vauban, Vicat..., llegan a la genialidad debido a causas inesperadas y previas, a las cuales damos el nombre de azar, el gran calificativo de los bobos. Nunca, con o sin escuelas, estos artesanos sublimes habrían pasado inútilmente por su siglo. Y ahora, por medio de esa organización, ¿el Estado consigue la realización de trabajos públicos mejor hechos o más baratos? En primer lugar, todos sabemos que las empresas particulares se pueden pasar perfectamente sin la cooperación de un ingeniero, y, además, las obras realizadas por nuestro gobierno son más dispendiosas, pues hay que añadir el coste del inmenso estado mayor de Obras Públicas. Por último, en otros países, como Inglaterra, Alemania e Italia, donde esas instituciones no existen, las obras análogas están por lo menos tan bien realizadas y son más económicas que en Francia. Esas tres naciones se distinguen por nuevas ideas útiles en este ramo. Ya sé que está de moda, al hablar de nuestras

escuelas, decir que Europa nos envidia; pero al cabo de quince años la Europa que nos observa no nos ha imitado. Inglaterra, esta hábil calculadora, tiene sus mejores escuelas entre la población obrera, de donde salen hombres prácticos que se elevan en cuanto pasan de la práctica a la teoría. Stephenson y Mac Adam no han salido de ninguna de nuestras famosas escuelas. ¿Pero qué importa? Cuando los jóvenes y capaces ingenieros, llenos de entusiasmo, de ardor, han resuelto, al principio de su carrera, el problema de la conservación de la red de carreteras de Francia, que exige centenares de millones cada cuarto de siglo, y que están en un deplorable estado, ya pueden publicar doctas obras, o memorias; todo desaparece en la Dirección General, en este centro parisiense donde todo entra y de donde nada sale, donde los viejos tienen celos de los jóvenes, donde los puestos importantes sirven para jubilar a algún viejo ingeniero que sólo cometió errores. Vea cómo, con un ejército de sabios extendido por toda Francia, y que constituye uno de los engranajes de la administración, que debería incitar al país a exigir luz sobre las grandes cuestiones que son materia de estudio y trabajo, llegará el momento en que nosotros seguiremos discutiendo sobre la conveniencia de construir ferrocarriles cuando los demás países habrán terminado los suyos. Y si en alguna ocasión Francia ha podido demostrar en la excelencia de esa institución que son las escuelas especiales, ¿no es en esta magnífica fase de las obras públicas, destinada a cambiar la faz de los Estados y a doblar la vida humana al modificar las leyes del espacio y del tiempo? Bélgica, los Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, que carecen de escuelas politécnicas, tendrán ya sus ferrocarriles cuando nuestros ingenieros estén aún estudiando las posibilidades de los nuestros, cuando mezquinos intereses escondidos en cada proyecto irán aplazando su ejecución. No se coloca una piedra en Francia sin que diez leguleyos de París hayan escrito otros tantos estúpidos e inútiles informes. Así, el Estado no saca ningún provecho de las escuelas especiales, y en cuanto al individuo, su suerte es mediocre, y su vida es una cruel decepción. Lo que sí queda demostrado es que, con los medios desplegados por el alumno entre los dieciséis y los veintiséis años, entregado a su propio destino, se hubiera hecho más rico, y habría hecho cosas más importantes que con el que le ha proporcionado el Estado. Como comerciante, como sabio, o como militar, ese hombre de selección habría podido desenvolverse en un medio más amplio si sus preciosas cualidades y su entusiasmo no hubiesen sido estúpida y prematuramente sofocados. ¿Dónde está, pues, el progreso? Con el sistema actual pierden los dos, el Estado y el individuo. Una experiencia de medio siglo, ¿no clama por ciertos cambios en el objetivo de la institución? ¿No constituye un verdadero sacerdocio el elegir, entre toda la población francesa, a los hombres destinados a ser la clase más inteligente de la nación? ¿Qué estudios no deberían de hacer estos sacerdotes de la suerte? Los conocimientos matemáticos no les serían quizá tan necesarios como los conocimientos fisiológicos. ¿No le parece a usted que se carece de esa segunda vista que es la condición de los grandes hombres? Los examinadores son antiguos profesores, hombres honorables, envejecidos en el trabajo, cuya misión

se limita a buscar las mejores memorias: no pueden hacer otra cosa que lo que se les pide. En realidad, sus funciones deberían ser las más importantes del Estado, y requerirían hombres extraordinarios. No crea usted, señor y amigo, que mis críticas se limitan únicamente a la Escuela de que salí, no se dirigen exclusivamente contra la institución en sí, sino que alcanzan muy especialmente al modo empleado. El procedimiento es el *concurso*, invento moderno, esencialmente malo, y malo no solamente en lo que se refiere a la ciencia, sino también en cualquier otro aspecto que se utilice, como en el arte, en toda elección de hombres, de proyectos o de cosas. Si es una desdicha que nuestras famosas escuelas no hayan producido personalidades superiores, aún es más vergonzoso que los primeros premios del Instituto no hayan dado ni un gran pintor, ni un gran músico, ni un gran arquitecto, ni un gran escultor, lo mismo que al cabo de veinte años el sistema electoral, en su marea de mediocridades, no haya llevado al poder a ningún gran estadista. Mi observación se extiende a un error que vicia, en Francia, tanto a la educación como a la política. Este cruel error descansa en el siguiente principio, que los organizadores han ignorado:

Nada, ni en la experiencia, ni en la naturaleza de las cosas, puede dar la seguridad de que las cualidades intelectuales del adulto serán iguales que las del hombre ya hecho.

Actualmente estoy en contacto con varios hombres distinguidos que se ocupan de la serie de enfermedades morales que están devorando a Francia. Han tenido que reconocer, como yo, que la instrucción superior fabrica capacidades temporales porque quedan sin emplear en un futuro; porque los conocimientos conseguidos por medio de la instrucción elemental carecen de provecho para el Estado, porque no tienen ni creencias ni sentimientos. Nuestro sistema de instrucción pública exige un amplio remozamiento que debería encargarse a un hombre del mayor saber, de voluntad poderosa y dotado, además, del genio legislativo, cualidades que, en los tiempos modernos, quizá sólo se reúnen en el privilegiado cerebro de Juan Jacobo Rousseau. Quizá todo el exceso de especialidades debería emplearse en la enseñanza elemental, tan necesaria a los pueblos. No tenemos bastantes pacientes y entusiastas profesores de enseñanza elemental y media para manejar esa masa humana. La deplorable cantidad de delitos y de crímenes demuestra la existencia de una llaga social cuyo origen debemos buscar en esa semi instrucción dada al pueblo, la cual tiende a la destrucción de los lazos sociales y le obliga a reflexionar lo suficiente para que deserte de las creencias religiosas favorables al poder y sin que lo eleve a la teoría de la obediencia y del deber, lo cual es la finalidad de la filosofía trascendente. Es imposible hacer estudiar a Kant a toda una nación, y así las creencias y las costumbres tienen más importancia para los pueblos que el estudio y el razonamiento. Si pudiera volver a empezar mi vida, quizá entraría en un seminario, y desearía ser un simple cura rural, o maestro de una escuela aldeana. He adelantado demasiado en mi camino para no ser más que un simple maestro de escuela primaria, y por otra parte me es dable actuar en un círculo más extenso que el de una escuela o de un curato.

Los «sansimonianos», con quienes he estado tentado de asociarme, quieren seguir un camino que yo no sabría seguir, pero a despecho de sus errores, han tocado muchos puntos dolorosos, frutos de nuestra legislación y a los cuales no se pondrá remedio más que a través de paliativos insuficientes y que en Francia sólo harán aplazar una gran crisis moral y política. Adiós, mi querido señor; vea en estas líneas la seguridad de mi respetuosa y fiel sumisión, la cual, no obstante mis observaciones, no podrá más que aumentar.

Gregorio Gérard.

Según su antigua costumbre de banquero, Grossetête había escrito una minuta de contestación en el dorso mismo de la carta, poniendo en la parte superior la palabra sacramental: *Contestada*.

Es tanto más inútil, mi querido Gérard, discutir las observaciones contenidas en tu carta cuanto, por una jugada del azar (ya ves que empleo una palabra propia de bobos), tengo una proposición que hacerte cuyo fin podría ser el sacarte de la situación en que tanto te desagrada. La señora de Graslin, propietaria de los bosques de Montégnac y de una serie de montes y otras tierras áridas que se extienden en la serranía donde están sus bosques, tiene la intención de sacar partido a sus extensas propiedades, de explotar sus bosques y de cultivar sus pedregosos llanos. Para llevar este proyecto a la práctica, necesita un hombre de tus conocimientos y tu entusiasmo, de un hombre que reúna a la vez tu entrega desinteresada y tus ideas de utilidad práctica. Poco dinero y mucho trabajo; un gran resultado con medios reducidos. Transformar una región entera. Hacer brotar la abundancia de la desolación; ¿no es eso lo que estás deseando, tú, que querrías construir un poema? Por el tono de sinceridad que campea en tu carta, no dudo en pedirte vengas a Limoges a verme; pero, amigo mío, no presentes la dimisión y solicita únicamente una excedencia, explicando a tu administración que vas a estudiar ciertos aspectos de tu profesión, aparte de las obras del Estado. Así no perderás ninguno de tus derechos, y tendrás tiempo para juzgar si la empresa concebida por el cura de Montégnac, y que sonrío a la señora Graslin, es ejecutable. Te explicaré de viva voz las ventajas que puede haber en el caso de que estos grandes cambios sean posibles. Cuenta siempre con la amistad de tu afectísimo,

Grossetête.

La respuesta de la señora Graslin sólo tenía estas pocas palabras: «Gracias, amigo mío; espero a su protegido». Enseñó la carta del ingeniero al padre Bonnet, diciéndole:

—Otro herido que busca un gran hospital.

El sacerdote leyó la carta, la volvió a leer, dio dos o tres vueltas por la terraza en

silencio, y se la devolvió a la señora Graslin diciéndole:

—Es un alma hermosa y un hombre superior. Dice que las escuelas ideadas por el genio revolucionario producen mediocridades, pero yo las llamo fábricas de incrédulos, pues si el señor Gérard no es ateo, es protestante...

—Se lo preguntaremos —dijo ella, impresionada por la respuesta.

Quince días más tarde, en el mes de diciembre, a pesar del frío, el señor Grossetête fue al castillo de Montégnac para presentar a su protegido, a quien la señora Graslin y el padre Bonnet esperaban impacientes.

—Hay que quererla mucho, hija mía —dijo el anciano cogiendo las dos manos de Verónica entre las suyas y besándoselas con la galantería de las personas de edad que no ofenden nunca a las mujeres—. Sí, hay que quererla mucho para hacer el viaje desde Limoges con un tiempo como éste; pero deseaba hacerle personalmente el regalo del señor Gregorio Gérard, aquí presente. Es un hombre de su mismo espíritu. Padre Bonnet —dijo el ex banquero saludando afectuosamente al sacerdote.

El exterior de Gérard no lo favorecía mucho. De estatura media, chaparro, el cuello metido en los hombros, según la expresión vulgar; su pelo era de un color de oro viejo, los ojos enrojecidos de los albinos, y cejas y pestañas casi blancas. Aunque su piel era, como la de la mayoría de las personas de esa especie, de una blancura resplandeciente, las huellas de una pequeña viruela y unas visibles cicatrices le quitaban el primitivo brillo; el estudio le había alterado sin duda la vista, pues usaba lentes. Cuando se quitó el grueso capote de gendarme, su traje no desmentía su primera ingrata impresión. La manera como llevaba abrochada la chaqueta, el descuido con que se hizo el nudo de la corbata, su camisa mal planchada... todo advertía la falta de cuidado que suele reprocharse a los hombres de ciencia, todos más o menos distraídos. Como en casi todos los pensadores, su aspecto y su actitud, el desarrollo del busto y la delgadez de las piernas, descubrían una especie de abatimiento físico debido por el hábito de la meditación; pero su recio corazón y su viva inteligencia estaban impresos en su frente, la cual parecía tallada en mármol de Carrara. La naturaleza parecía haberse reservado ese lugar para dejar en él los signos evidentes de la grandeza, de la constancia y de la bondad de ese hombre. La nariz, como la de todos los hombres de raza gala, era de forma aplastada. Su boca, firme y recta, indicaba una discreción absoluta y el sentido de la economía, pero la cara, fatigada por el estudio, había envejecido prematuramente.

—Le estamos muy agradecidos —dijo la señora Graslin al ingeniero— por venir a estas tierras a dirigir unos trabajos que quizá sólo le proporcionarán la satisfacción de saber que estará haciendo mucho bien.

—Señora —respondió él—, el señor Grossetête me ha hablado de usted durante el viaje lo bastante para que me haga feliz el poderle ser útil, y la perspectiva de vivir cerca de usted y del padre Bonnet me parece una suerte. A menos de que se me eche de aquí, espero terminar mis días en estas tierras.

—Procuraremos que no tenga usted que cambiar de opinión —dijo sonriendo la

señora Graslin.

—Aquí tiene —dijo Grossetête a Verónica, llevándola aparte— la documentación que me ha entregado el procurador general; le ha extrañado mucho que usted no se haya dirigido directamente a él para pedírsela. Todo lo que me pidió se ha hecho con rapidez y eficacia. De momento, su protegido recobrará todos los derechos de ciudadano; luego, dentro de tres meses, Catalina Curieux regresará al pueblo.

—¿Dónde está ahora?

—En el Hospital de San Luis —respondió el anciano—. Esperan su restablecimiento para que abandone París.

—¿Está enferma la pobre?

—Encontrará aquí la información que desee —dijo Grossetête entregando un paquete a Verónica.

Ella volvió adonde estaban sus invitados para acompañarles al magnífico comedor de la planta baja, seguida de Grossetête y de Gérard, a quienes dio el brazo. Sirvió ella misma la cena, sin comer con sus invitados. Desde su llegada a Montégnac se impuso como una ley comer siempre sola, y Alina, que conocía el secreto de su reserva, lo guardó religiosamente hasta el día en que su señora estuvo en peligro de muerte.

Fueron invitados a la cena el alcalde, el juez de paz y el médico de Montégnac. El médico, un joven de veintisiete años, Roubaud de apellido, tenía el mayor interés en conocer a una mujer tan famosa en el Lemosín. El cura estaba muy contento de introducir a ese joven en el castillo, porque deseaba crear alrededor de Verónica un círculo de amistades para que la distrajeran y le fortalecieran el espíritu. Roubaud era uno de esos jóvenes médicos muy instruidos, como muchos de los que salen de la Escuela de Medicina de París y quien, en realidad, habría podido destacar en el amplio teatro de la capital; pero asustado por el juego de las ambiciones de París, sabiéndose más capaz de aprender que de intrigar, con más aptitud que avidez, su apacible carácter lo dirigió al estrecho teatro provinciano, donde esperaba abrirse camino más rápidamente que en París. En Limoges, Roubaud tuvo que enfrentarse contra una serie de costumbres muy arraigadas y con clientelas indestructibles; se dejó ganar, pues, por el padre Bonnet, quien, por su fisonomía dulce y atractiva, le juzgó como uno de los que debían formar a su lado y cooperar en su obra. De baja estatura y rubio, Roubaud tenía una cara bastante inexpresiva, pero sus ojos grises revelaban la profundidad del fisiólogo y la tenacidad del estudioso. En Montégnac sólo había un antiguo médico de regimiento, mucho más ocupado en su bodega que en sus pacientes, aparte de que era ya demasiado viejo para seguir en la dura profesión de médico rural. Se estaba muriendo. Roubaud hacía dieciocho meses que vivía en Montégnac, y se hizo querer. Pero, joven discípulo de los Desplein y de los sucesores de Cabanis, no creía en el catolicismo. En materia de religión sentía una indiferencia mortal, sin que intentase combatirla. Esto era lo que más desesperaba al cura, no porque hiciera nada de malo, sino porque nunca hablaba de religión, y sus

ocupaciones justificaban su constante ausencia de la iglesia, y aunque incapaz de ninguna tarea proselitista, se comportaba como si fuese el mejor de los católicos; pero se había prohibido pensar en un problema que consideraba como fuera del alcance de la inteligencia humana. Al oírle decir un día que el panteísmo fue la religión de todas las grandes inteligencias, el cura le creyó inclinado hacia los dogmas de Pitágoras sobre las transformaciones. Roubaud, que veía por primera vez a la señora Graslin, sufrió una violenta impresión ante su aspecto; la ciencia le hizo adivinar en su fisonomía, en su actitud, en las huellas de su cara, indecibles sufrimientos morales y físicos, un carácter de una fuerza sobrehumana y las enormes facultades que sirven para sobrellevar las más opuestas vicisitudes; lo entrevió todo, incluso los espacios oscuros o expresamente ocultos. Así se dio inmediata cuenta del mal que corroía el alma de esa hermosa criatura, ya que del mismo modo que el color de una fruta permite sospechar la presencia de un gusano roedor, igualmente ciertos colores de la piel permiten a los médicos reconocer un pensamiento que tortura. Desde ese momento el doctor Roubaud sintió un tan vivo afecto por la señora Graslin que tuvo miedo de quererla más allá de los límites que permite la amistad. La frente, el andar, y sobre todo la mirada de Verónica, tenían una elocuencia que los hombres comprenden siempre, y la cual decía que estaba muerta para el amor, como otras mujeres dicen lo contrario por medio de una contraria elocuencia; el médico le dedicó desde aquel instante un culto caballeresco. Cruzó una rápida mirada con el cura.

El padre Bonnet se dijo a sí mismo: «He aquí el flechazo que puede cambiar a ese desdichado incrédulo. La señora Graslin será más elocuente que yo».

El alcalde, anciano campesino embobado con el lujo del comedor, y sorprendido de comer con uno de los hombres más ricos del departamento, se había puesto sus mejores ropas, pero estaba como avergonzado, y su vergüenza moral iba en aumento; la señora Graslin, con su vestido de luto, le pareció imponente; fue, pues, un personaje mudo. Antiguo granjero en San Leonardo, había comprado la única casa habitable del burgo, y él mismo cultivaba sus tierras. Aunque sabía leer y escribir, le era imposible cumplir con sus funciones sin la ayuda del escribano del juzgado de paz, que le despachaba el trabajo. Así, deseaba él tanto la creación de una plaza de notario, para descargar en ese oficial adjunto a un ministerio el peso de sus funciones. Pero para la pobreza del municipio de Montégnac una notaría era inútil, y a sus vecinos los explotaban los notarios de la capital del distrito.

El juez de paz, llamado Clousier, era un ex-abogado de Limoges a quien las causas judiciales obligaron a huir de la ciudad, pues quiso poner en práctica el bello axioma de que el abogado es el primer juez entre el cliente y el proceso. En el 1809 obtuvo esa plaza cuyos magros ingresos le permitían vivir. Había llegado a la más honrosa, pero también a la más completa miseria. Después de veintidós años de vivir en la aldea, el buen hombre convertido en un campesino más, parecía, con su blusón, un granjero de la comarca. Bajo sus formas casi groseras, Clousier tenía una clara inteligencia, dedicándola a altas meditaciones políticas, pero caído en una total

indiferencia a causa de su perfecto conocimiento de los hombres y de sus intereses. Ese hombre, que durante mucho tiempo burló la perspicacia del padre Bonnet, y que en una esfera superior habría recordado a L'Hospital, incapaz de ninguna intriga, como todos los espíritus realmente profundos, terminó por vivir en el estado contemplativo de los antiguos solitarios. Rico sin duda de toda clase de privaciones, ninguna consideración coaccionaba su espíritu; conocía las leyes y juzgaba imparcialmente. Su vida, reducida a lo más necesario, era pura y regular. Los campesinos querían mucho al señor Clousier por el paternal desinterés con que procuraba solucionar sus diferencias y por los consejos que les daba en los más mínimos asuntos. El bueno de Clousier, como le llamaba todo el mundo en Montégnac, tenía desde hacía un par de años, en calidad de escribiente, a un sobrino suyo, muchacho bastante inteligente, y quien con el tiempo contribuyó mucho a la prosperidad del distrito. La cara del anciano se caracterizaba por su frente ancha y despejada. De cada uno de los lados de su cabeza calva caían dos mechones de cabellos blancos y ondulados. Su rostro encarnado y su gordura hacían creer, a pesar de su sobriedad, que cultivaba más a Baco que a Troplong y a Toullier. Su voz casi apagada, denunciaba la opresión del asma. Quizá el aire seco del Alto Montégnac contribuyó a que se quedase en el pueblo. Vivía en una casa que restauró para él su propietario, un almadreñero bastante rico. Clousier ya había tenido ocasión de ver a Verónica en la iglesia, y se había formado un juicio aunque no lo comunicó a nadie, ni siquiera al padre Bonnet, con quien empezaba a familiarizarse. Por primera vez en su vida, el juez de paz iba a encontrarse en medio de personas que podían comprender.

Una vez sentados alrededor de una mesa ricamente servida, pues Verónica mandó que trajeran a Montégnac su mobiliario de Limoges, los seis personajes sufrieron cierta sensación de embarazo. El médico, el alcalde, y el juez de paz no conocían ni a Grossetête ni a Gérard. Pero durante el primer plato, la campechanía del viejo banquero derritió insensiblemente el hielo de un primer encuentro. Además, la amabilidad de la señora Graslin animó a Gérard y dio alas a Roubaud. Manejadas por ella, esas almas llenas de cualidades exquisitas intuyeron sus semejanzas. Cada uno se sintió muy pronto en un medio simpático. Así, cuando se sirvieron los postres; cuando los cristales y las porcelanas de bordes dorados brillaban con más esplendor; cuando empezaron a circular los escogidos vinos, servidos por Alina, Champion y el criado de Grossetête, la conversación se convirtió en muy confidencial para poderse comunicar unos a otros su verdadero pensamiento sobre materias importantes y que tanto placer proporciona el expresarlas cuando se saben todos de buena fe.

—Tu permiso ha coincidido con la revolución de Julio —dijo Grossetête a Gérard con un tono en el que le pedía su opinión.

—Sí —respondió el ingeniero—. Estaba en París durante los tres famosos días, y lo vi todo; la conclusión no ha podido ser más desalentadora.

—¿Y cuál fue? —preguntó el padre Bonnet vivamente.

—La de que sólo hay patriotismo bajo las camisas sucias —afirmó Gérard—. Eso es la perdición de Francia. Julio es el desastre voluntario de los nombres superiores, de la fortuna y el talento. Las arrebatadas masas han conseguido la victoria sobre las clases ricas e inteligentes, entre las cuales el entusiasmo es antipático.

—A juzgar por lo que ocurre desde hace un año —prosiguió el señor Clousier, el juez de paz—, ese cambio es una prima concedida al mal que nos devora, al individualismo. Dentro de quince años, cualquier cuestión que entrañe alguna generosidad terminará con esta pregunta: *Y a mí, ¿qué me importa eso?*, el gran grito del libre albedrío incrustado en la tierra desde las alturas religiosas por Lutero, Calvino, Ewingli y Knox, y que ha invadido hasta la economía Política. *Cada uno para sí, y cada uno en su casa*. Estas dos terribles frases formarán, con esa de *Y a mí ¿qué me importa eso?*, la trinidad de la sabiduría del burgués y del pequeño propietario. Ese egoísmo no es más que el resultado de los vicios de nuestra legislación civil, un poco precipitadamente hecha, y a la cual la revolución de Julio acaba de dar una terrible consagración.

Después de la parrafada, el juez de paz volvió a caer en su habitual mutismo, cuyos motivos dieron qué pensar a los invitados. Espoleado por lo que acababa de oír, y por la mirada que Gérard y Grossetête cruzaron, el Padre Bonnet se atrevió a decir más.

—El buen rey Carlos X —dijo— acaba de fracasar en la más previsora y saludable empresa que jamás pensó un monarca para la felicidad de los pueblos que se le han confiado, y la Iglesia debe estar orgullosa de la parte que le corresponde por sus consejos. Pero a las clases superiores les ha faltado corazón e inteligencia, del mismo modo que les sucedió cuando la cuestión de la Ley de Primogenitura, eterno honor del único hombre de Estado que ha tenido la Restauración, el conde de Peyronnet. Reconstruir la nación tomando como base la familia; quitarle a la prensa su acción disolvente y dejarle sólo el derecho a ser útil; reducir a la Cámara electiva a sus verdaderas atribuciones; devolver a la religión su poder sobre el pueblo. Han sido los cuatro puntos cardinales de la política interior de la casa de Borbón. Pues bien, antes de veinte años Francia reconocerá la necesidad de esta grande y sana política. Luego, el rey Carlos X vivía mucho más amenazado en la situación que pretendía abandonar que en aquélla en la cual su paternal poder ha perecido. El futuro de nuestro bello país, donde todo será periódicamente discutido; donde continuamente se discursará en vez de hacer algo; donde la prensa, convertida en soberana, será el instrumento de las más bajas pasiones, demostrará la sabiduría de este rey que se ha llevado con él los auténticos principios de gobierno, y la historia le tendrá en cuenta el valor con que resistió a sus mejores amigos, después de haber abierto la llaga, de haber comprobado la extensión del mal y haber visto la necesidad de medios curativos que no fueron apoyados por los que él creía en la brecha.

—Muy bien, padre; usted va directamente al grano y sin disimulos —exclamó Gérard—, y no seré yo quien le contradiga. Napoleón, cuando la campaña de Rusia,

iba cuarenta años adelantado al espíritu de su siglo, y no fue comprendido. La Rusia y la Inglaterra del 1839 explican la campaña del 1812. Carlos X ha sufrido la misma desdicha, pero dentro de veinticinco años seguramente que sus ordenanzas serán leyes.

—Francia, país demasiado elocuente para no ser chismoso, demasiado vanidoso para que se reconozcan los verdaderos talentos, es, a pesar del sublime sentido de su idioma y de sus pueblos, el último donde puede admitirse el sistema de dos cámaras deliberantes —dijo el juez de paz—. Por lo menos, los inconvenientes de nuestra manera de ser deberían combatirse por medio de las admirables restricciones que la experiencia de Napoleón le opuso. Ese sistema puede ser útil en un país donde la acción esté circunscrita por la naturaleza del suelo, como en Inglaterra, pero el derecho de primogenitura, aplicado a la transmisión de la tierra, es siempre necesario, y cuando ese derecho es suprimido, el sistema representativo es una locura. Inglaterra debe su existencia a la ley casi feudal que atribuye las tierras y la casa paterna al hijo mayor. Rusia se edifica también sobre el derecho feudal de la autocracia. Así esos dos países viven en un estado de progreso indiscutible. Austria pudo resistir nuestras invasiones y reanudar la guerra contra Napoleón merced al derecho de primogenitura, que conserva vivas las fuerzas familiares y mantiene la gran producción tan necesaria al Estado. La casa de Borbón, al verse reducida al tercer lugar entre las potencias europeas por culpa del liberalismo, ha querido seguir en su sitio, y el país la ha derribado en el momento en que salvaba al país. No sé adonde nos llevará el régimen actual.

—Si viniera una guerra, Francia se encontraría sin caballos, como Napoleón en el 1813, cuando reducido sólo a los recursos de Francia, no pudo aprovecharse de las dos victorias de Lutzen y Bautzen, y fue aplastado en Leipzig —exclamó Grossetête—. De mantenerse la paz, el mal irá en aumento: dentro de veinticinco años, las razas bovina y caballar estarán reducidas a la mitad.

—El señor Grossetête tiene razón —dijo Gérard—. Así, la obra que desea usted emprender aquí, señora —prosiguió dirigiéndose a Verónica—, es un gran servicio al país.

—Sí —dijo el juez de paz—, pero porque la señora sólo tiene un hijo. Esta sucesión, ¿se perpetuará? Durante un cierto lapso de tiempo los grandes y magníficos cultivos que ustedes conseguirán, que es lo que esperamos, pertenecerán a un solo propietario, y seguirá dándose el ganado bovino y el caballar. Pero a pesar de todo, llegará un día en que los bosques y los prados se venderán por parcelas. De lote en lote, veo esta gran hacienda repartida entre mil o mil doscientos propietarios, y entonces, ni ganado de pezuña ni caballos.

—Bah, hasta entonces... —dijo el alcalde.

—Escuchen ya el «Y a mí, ¿qué me importa eso?», que decía el señor Clousier —exclamó el señor Grossetête—. Pero, señor —prosiguió el banquero con tono grave y dirigiéndose al estupefacto alcalde—, «esto» ya ha llegado. En diez leguas alrededor

de París, el campo, dividido hasta el infinito, apenas puede mantener las vacas lecheras. El municipio de Argenteuil cuenta con treinta mil ochocientos ochenta parcelas de tierra, y la mayoría no dan ni quince céntimos de beneficio. Sin los abonos de París, que permiten la obtención de forrajes de calidad superior, no sé como se podría alimentar el poco ganado que se cría. Sin contar con que esa alimentación intensiva, y la larga permanencia de las vacas en los establos, las hace morir de enfermedades inflamatorias. En los alrededores de París se emplean las vacas como en las calles de la capital se usan los caballos. Otros cultivos más productivos que los del pasto, los productos de las zonas de regadío, los árboles frutales, las hortalizas y la vid arruinan los prados. Unos años más, y la leche llegará a París por correo, lo mismo que el pescado. Y lo que sucede en los alrededores de París sucede en los alrededores de todas las grandes ciudades. El mal de esta excesiva división de la tierra se extiende en los alrededores de un centenar de ciudades de Francia, y un día terminará por devorarla por entero. Según Chaptal, en el año 1800 había dos millones de hectáreas de viñedos, y si hubiera una estadística exacta, nos diría que hoy por lo menos hay diez. Dividida hasta lo infinito por nuestro sistema de sucesión, la Normandía perderá pronto la mitad de su producción caballar y bovina, pero tendrá el monopolio de la venta de leche en París, ya que por suerte su clima es contrario al cultivo de la vid. Así se producirá el curioso fenómeno del aumento progresivo del precio de la carne. En el 1850, dentro de veinte años, París, que en el 1814 pagaba la libra de carne entre siete y diez sueldos, la pagará a veinte, a menos que no aparezca un hombre lo suficientemente inteligente que ponga en práctica el pensamiento de Carlos X.

—Ha puesto usted el dedo en la gran llaga de Francia —dijo el juez de paz—. La causa del mal está en el título de sucesiones del código civil, que obliga a la partición equitativa de los bienes. Ahí está el mazo que desmenuza continuamente el territorio nacional, que individualiza las fortunas al quitarles la necesaria estabilidad, y que, descomponiendo sin nunca componer, acabará por matar a Francia. La Revolución francesa emitió un virus destructivo al cual las jornadas de Julio acaban de comunicar una renovada actividad. Este principio morboso es la accesión del campesino a la propiedad. Si el título de las sucesiones es el mal, los campesinos son el medio. El campesino no devuelve nunca nada de lo que ha conquistado. Una vez que esta clase social se ha tragado un pedazo de tierra, lo subdivide hasta que tiene sólo tres surcos. Pero ni aún así se detiene. Divide los tres surcos en sentido longitudinal, como nos lo acaba de demostrar el señor con su ejemplo del municipio de Argenteuil. El desmesurado valor que el campesino concede a la menor parcela hace totalmente imposible la reconstitución de la propiedad. En primer lugar, el procedimiento y el derecho quedan anulados por esta división, y la propiedad se convierte en un contrasentido. Pero todavía no es nada el ver morir el poder del fisco y de la ley sobre parcelas que imposibilitan las más sabias de sus disposiciones; hay males todavía peores. Quedan propietarios que sólo obtienen de la tierra veinte y veinticinco

céntimos de beneficio. El caballero —prosiguió señalando a Grossetête— acaba de referirse a la disminución de las razas bovina y caballar, y el sistema legal tiene buena parte de culpa. Al campesino propietario únicamente le interesa tener vacas, saca de ellas su alimento, vende los terneros, vende también la manteca, y no se preocupa en criar bueyes, y mucho menos caballos; pero como no cosecha ningún año bastante forraje para mantener al ganado en un año de sequía, cuando ya no puede mantenerla, manda la vaca al mercado. Si por una fatal mala suerte la cosecha de heno faltase dos años seguidos, vería usted en París, durante el tercer año, extrañas subidas en los precios de la carne de buey, pero mucho más en la de ternera.

—¿Cómo podrían, entonces, celebrarse los banquetes patrióticos? —dijo el médico sonriendo.

—¡Oh...! —exclamó la señora Graslin mirando a Roubaud—; ¿es que la política no puede prescindir, ni aún aquí, de los periódicos?

—La burguesía —prosiguió Clousier—, en esta horrible tarea, tiene la misma misión que los pioneros en América. Compra las grandes propiedades donde el campesino nada puede hacer, y las reparte; después, cuando ya las ha masticado y dividido, la subasta o la venta al menor las entrega al campesino. Hoy todo se resume a cifras. No sé de otras más elocuentes que las siguientes: Francia tiene cuarenta y nueve millones de hectáreas que sería conveniente reducir a cuarenta; hay que dejar aparte los caminos, las carreteras, las dunas, los canales, y los yermos, y los que no interesan al capital, como la llanura de Montégnac. Ahora bien: cuarenta millones de hectáreas por treinta y dos millones de habitantes, son ciento veinticinco millones de parcelas en las cuotas generales de las imposiciones por renta territorial. He dejado a un lado las fracciones. Así, nos hallamos ya más allá de la ley agraria, y no nos hallamos ni al borde de la miseria ni de la discordia. Los que hacen migas del territorio y minimizan la producción tendrán sus órdenes para gritar que la verdadera justicia social consiste en dar a cada uno el usufructo de la tierra. Dirán que la propiedad perpetua es un robo. Ha empezado la era de los «sansimonianos».

—Ha hablado el magistrado —dijo Grossetête—. Oigan ahora lo que un banquero agrega a tan audaces consideraciones. La propiedad, accesible al campesino y al pequeño burgués, causa en Francia un daño inmenso que el gobierno ni siquiera sospecha. La población campesina puede evaluarse en tres millones de familias, excluidos los indigentes. Esas familias viven de jornales. Los jornales deben pagarse en dinero en lugar de pagarse en especies...

—Una equivocación más, e importante, de nuestras leyes —exclamó Clousier interrumpiéndole—. La facultad de pagar en especies, pudo ordenarse en el 1790, pero promulgar hoy una ley en ese sentido sería provocar una revolución.

—Así el proletario atrae hacia él el dinero del país. Y entonces —prosiguió Grossetête—, el campesino no tiene otra pasión, otro deseo, otro querer, otro punto de mira que el de morir siendo propietario. Ese deseo, como muy bien ha dicho el señor Clousier, nació con la Revolución; es el resultado de la venta de los bienes

nacionales. Habría que ignorar totalmente lo que sucede en el campo para no admitir como un hecho constante que estos tres millones de familias entierran, anualmente, cincuenta francos, sustrayendo así ciento cincuenta millones a la circulación monetaria. La ciencia de la economía política ha elevado a la categoría de axioma el que un escudo de cinco francos, que en un día pasa por cien manos, equivale de una manera absoluta a quinientos francos. Y para nosotros, viejos observadores de lo que sucede en el campo, es cierto que el campesino elige su tierra; la vigila y espera, y jamás coloca su capital. Así, pues, la adquisición de los campesinos debe calcularse por períodos de siete años. Durante ese tiempo, inerte y sin circulación, la cantidad de mil cien millones de francos; pero como la pequeña burguesía entierra otro tanto, y se conduce de la misma forma con respecto a las propiedades que no están al alcance del campesino, en cuarenta y dos años Francia pierde los intereses de un mínimo de dos mil millones, es decir, unos cien millones cada siete años, o seiscientos millones en cuarenta y dos años. Pero no solamente ha perdido estos seiscientos millones, sino que ha dejado de crear, por un importe de seiscientos millones, producciones agrícolas e industriales, lo que representa una pérdida efectiva de mil doscientos millones. Y el proletario se priva a sí mismo de seiscientos millones de jornales. Esta pérdida de seiscientos millones, que para un severo economista representa, por la falta de beneficios producidos por la circulación fiduciaria, una pérdida de mil doscientos millones, explican el estado de inferioridad en que se hallan nuestro comercio, nuestra marina y nuestra agricultura con respecto a las de Inglaterra. A pesar de la diferencia existente entre los dos territorios, y que uno de dos tercios es a favor nuestro, Inglaterra podría proporcionar la remonta de dos ejércitos franceses, y tiene carne para todo el mundo. Pero también en ese país el costo de la adquisición resulta casi imposible para las clases inferiores. Así, pues, además de la llaga de la parcelación, y la de la disminución de las razas bovina, caballar y ovina, los títulos de sucesión nos cuestan todavía seiscientos millones de intereses perdidos por el estancamiento de los capitales del campesino y del burgués; mil doscientos millones menos de producción, o tres mil millones de dinero que no circula en medio siglo.

—El efecto moral es aún peor que el efecto material —exclamó el cura—. Estamos fabricando propietarios-mendigos entre la gente del pueblo, medio-sabios entre los pequeños burgueses, y el «cada uno para sí, cada uno en su casa», lo que ha producido su efecto entre las clases altas, en julio de este año y que pronto habrá ganado también a las clases medias. Un proletariado sin sentimientos, sin otro Dios que el deseo, sin otro fanatismo que el desespero del hambre, sin fe ni creencias, clavará el pie en el corazón del país. El extranjero, cada vez más poderoso bajo la ley monárquica, nos encontrará con realeza pero sin rey, con legalidad pero sin ley, con propiedad pero sin propietarios, con elecciones pero sin gobierno, con libre albedrío pero sin fuerza, con igualdad pero sin felicidad. Esperemos que de aquí a entonces Dios hará aparecer en Francia un hombre providencial, uno de esos elegidos que dan a las naciones un nuevo espíritu, y que, sea un Mario, sea un Sila, surja de abajo o de

arriba y rehaga la sociedad.

—Se empezaría por enviarlo al juez o se le obligaría a presentarse ante la policía correccional —respondió Gérard—. El juicio de Sócrates y el de Jesucristo tendrían en él una segunda edición en el año 1831, como entonces en Jerusalén y en el Ática. En nuestros días, como en los tiempos antiguos, las mediocridades celosas dejan que los verdaderos pensadores mueran en la miseria, del mismo modo que hay cierta prevención contra los médicos políticos que han estudiado los males de Francia y se oponen al espíritu del siglo. Si resisten a la miseria, los ridiculizamos y los tratamos de soñadores. En Francia nos sublevamos, en el orden moral, contra todo grande hombre del futuro, del mismo modo que en el orden político nos sublevamos contra un soberano.

—En otros tiempos, los sofistas se dirigían a un reducido número de personas, pero hoy la prensa periódica les permite desorientar a toda una nación —comentó el juez de paz—, y la prensa que clama por el buen sentido no tiene eco.

El alcalde miraba al señor Clousier con la mayor sorpresa. La señora Graslin, feliz al encontrar en un simple juez de paz a un hombre preocupado por tan graves asuntos, dijo al señor Roubaud, su vecino de mesa:

—¿Conocía usted al señor Clousier?

—Acabo de conocerle hoy, señora; usted consigue milagros —le dijo al oído—. Pero fíjese usted en su frente; es una frente perfecta. ¿No diría que tiene la forma clásica que la tradición ha dado a las estatuas de Licurgo y a los sabios de Grecia? Evidentemente la revolución de Julio tiene un sentido antipolítico —dijo en voz alta y después de meditar en los cálculos expuestos por Grossetête, ese viejo estudioso que quizá hubiese sido capaz de levantar una barricada.

—Esto tiene un triple sentido —dijo Clousier—. Han hablado ustedes del derecho y de las finanzas, pero nos olvidamos del Gobierno. El poder real, debilitado por el dogma de la soberanía nacional en virtud de la cual acaba de celebrarse la elección del 9 de agosto del 1830, intentará combatir ese principio rival, el cual daría al pueblo el derecho de darse una nueva dinastía cada vez que no esté de acuerdo con el pensamiento del rey: y producirá una lucha interna que ciertamente detendrá durante mucho tiempo aún el progreso de Francia.

—Todos estos escollos han sido sabiamente evitados por Inglaterra —prosiguió Gérard—; yo he estado allí y admiro esa colmena que distribuye enjambres por todo el universo y lo civiliza, donde la discusión es una comedia política destinada a satisfacer al pueblo y a proteger la acción del poder, el cual se mueve libremente en las esferas y donde las elecciones no están en manos de una estúpida burguesía, como sucede en Francia. Con el fraccionamiento de la propiedad, Inglaterra ya no existiría. La gran propiedad, los lores, gobiernan el mecanismo social. Su marina, ante las barbas de Europa, se apodera de porciones enteras del globo para satisfacer las exigencias de su comercio y arrojar allí a los infelices y a los descontentos. En vez de dedicarse a hacer la guerra a las personas capaces, de anularlas, de desconocerlas, la

aristocracia inglesa las busca y las recompensa, asimilándoselas constantemente. Entre los ingleses, todo lo que se refiere a la acción del Gobierno, es rápido, tanto en la elección de hombres como de cosas, mientras que entre nosotros todo es lento. Y decimos que ellos son lentos y nosotros impacientes. Entre ellos el dinero es osado y trabajador, mientras que entre nosotros es asustadizo y suspicaz. Todo lo que ha dicho el señor Grossetête sobre las pérdidas industriales que el campesino le causa a Francia tiene su demostración en un cuadro que voy a esbozar con cuatro palabras. El capital inglés, por su continuo movimiento, ha podido crear diez millones de valores industriales y de acciones de renta fija, mientras que el capital francés, superior en cuanto a abundancia, no ha podido crear ni Una décima parte.

—Esto es tanto más extraordinario cuanto que ellos son linfáticos y nosotros somos generalmente sanguíneos o nerviosos —dijo el doctor Roubaud.

—He aquí, señor —dijo Clousier—, una cuestión digna de estudio. Intentar encontrar las instituciones propias para reprimir el temperamento de un pueblo. En realidad, Cromwell fue un gran legislador. Él solo hizo la Inglaterra actual al promulgar el «Acta de navegación», convirtiendo a Inglaterra en el enemigo de todas las demás naciones, lo cual le inculcó un profundo y feroz orgullo, su punto de apoyo. Pero a pesar de su ciudadela de Malta, si Francia y Rusia comprendieran la importancia del Mar Negro y del Mediterráneo y un día el camino de Asia por Egipto o por el Eufrates pudiese ser regularizado por medio de nuevos descubrimientos, sería la muerte de Inglaterra, del mismo modo que el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza fue el final de la República de Venecia.

—¡Y nadie habla de Dios! —exclamó el cura—. El señor Clousier y el doctor Roubaud son indiferentes en materia de religión. ¿Y el señor? —preguntó dirigiéndose a Gérard.

—Es protestante —respondió Grossetête.

—Lo había adivinado usted —exclamó Verónica mirando al cura mientras ofrecía su mano a Clousier para subir a sus habitaciones.

La prevención que ofrecía contra él el exterior del señor Gérard había desaparecido y los tres notables de Montégnac se felicitaron por la nueva adquisición.

—Desgraciadamente —dijo el padre Bonnet—, existe entre Rusia y los países que baña el Mediterráneo un motivo de antagonismo debido al poco importante cisma que separa la religión ortodoxa griega de la religión latina, lo que es una gran desdicha para el futuro de la humanidad.

—Cada uno reza según su devoción —dijo sonriendo la señora Graslin—, el señor Grossetête piensa en los miles de millones que se desperdician, el señor Clousier en el derecho trastornado, el médico ve en la legislación una cuestión de temperamento, y el señor cura ve en la religión un obstáculo para un entendimiento entre Rusia y Francia.

—Añada, señora —dijo Gérard—, que yo veo en la fuga de capitales del pequeño burgués y del campesino, un aplazamiento de la ejecución de los ferrocarriles de

Francia.

—¿Qué querría usted, entonces? —le preguntó.

—Los mejores consejeros de Estado que, bajo la égida del emperador, estudiasen las leyes, y que el cuerpo legislativo, elegido por las notabilidades del país y por los propietarios, tuviese como única finalidad oponerse a las leyes que pudieran indignar o las guerras por capricho. En nuestros días, tal como está constituida, la Cámara de los diputados terminará, ya lo verán ustedes, por gobernar, lo que constituirá una anarquía legal.

—¡Dios mío! —exclamó el cura en un acceso de patriotismo sacro—. ¿Cómo es posible que espíritus tan selectos —dijo señalando a Clousier, a Roubaud y a Gérard— vean el mal, indiquen el remedio, y no empiecen por aplicárselo a sí mismos? Ustedes, que representan a las clases afectadas, reconocen la necesidad de la obediencia pasiva de las masas al Estado, como los soldados en la guerra; desean la unidad del poder, y quieren que no sea puesto en tela de juicio. Lo que Inglaterra ha conseguido con el desarrollo de los intereses humanos y del orgullo, lo cual, en realidad, son una creencia, en nuestro país sólo puede conseguirse por los sentimientos que se le deben al catolicismo, ¡y ustedes no son católicos! Yo que soy sacerdote, me olvido de mi ministerio y razono con los razonadores. ¿Cómo quieren ustedes que los de abajo sean religiosos y obedientes si en los de arriba sólo ven irreligiosidad? Los pueblos unidos por una fe cualquiera siempre triunfarán sobre los pueblos incrédulos. La ley del interés general, que engendra el patriotismo, queda inmediatamente destruida por la ley del interés particular, que ella autoriza y que engendra el egoísmo. Únicamente es sólido y duradero lo que es natural, y lo más natural, en política, es la familia. La familia debe ser el punto de partida de todas las instituciones. Un efecto universal demuestra una causa universal, y todo lo que ustedes han señalado proviene de un único principio social, que carece de valor porque ha tomado como base el libre albedrío, y el libre albedrío es el padre del individualismo. Hacer depender la felicidad de la seguridad, de la inteligencia, de la capacidad de todos, no es tan sabio como el hacer depender la felicidad de la seguridad, de la inteligencia de las instituciones y de la capacidad de uno solo. Es más fácil hallar la sabiduría y la prudencia en una sola persona que en toda una nación. Los pueblos tienen corazón y no tienen ojos, sienten y no ven. Los gobiernos deben ver, pero jamás dejarse llevar por los sentimientos. Hay, pues, una evidente contradicción entre los primitivos impulsos de las masas y la acción del poder que debe determinar su fuerza y su unidad. Encontrar un gran príncipe, es un efecto del azar, para emplear el lenguaje de ustedes; pero confiar en una asamblea, sea la que sea, aunque esté constituida por personas honestas y dignas, es una verdadera locura. Y Francia, en nuestros días, está loca. ¡Ay, ustedes están tan convencidos de esto como yo mismo! Si los hombres de buena voluntad como ustedes diesen ejemplo a su alrededor, si las manos inteligentes levantasen altares de la gran república de las almas, de la única Iglesia que ha puesto la humanidad en su camino, de nuevo

podríamos ver en Francia los mismos milagros que hicieron nuestros antepasados.

—¿Qué quiere usted, señor cura? —dijo Gérard—. Si hay que hablarle como en el confesonario, veo la fe como una mentira que se dice uno a sí mismo, la esperanza como una mentira que se dice al futuro, y la caridad como una treta de niño que se comporta bien para que le den una golosina.

—No obstante, señor —dijo la señora Graslin—, se duerme perfectamente cuando nos mece la esperanza.

Esta frase detuvo a Roubaud, quien iba a decir algo, apoyado por una mirada del cura y de Grossetête.

—¿Es culpa nuestra —preguntó Clousier— que Jesucristo no tuviera tiempo de formular un sistema político de acuerdo con su moral como hicieran Moisés y Confucio, los dos más grandes legisladores humanos? Y vean cómo aún existen los judíos y los chinos, los unos a pesar de su dispersión por toda la tierra y los otros a pesar de su aislamiento, como cuerpo de nación.

—Me dan ustedes mucho trabajo —exclamó ingenuamente el cura—, pero yo triunfaré, yo les convertiré a todos ustedes... Están más cerca de la fe de lo que ustedes creen. La verdad se esconde detrás de la mentira; den un paso más y la encontrarán.

Después de ese clamor del sacerdote cambiaron de tema.

Al día siguiente, antes de partir, el señor Grossetête prometió a Verónica asociarse a sus planes, en cuanto su realización se considerase posible; la señora Graslin y Gérard siguieron detrás del coche a caballo y no lo dejaron hasta el sitio en que la carretera de Montégnac se unía a la de Burdeos a Lyon. El ingeniero estaba tan impaciente por reconocer el terreno y Verónica tan interesada en enseñárselo, que ya la víspera habían proyectado la excursión.

Después de despedirse del buen anciano, se lanzaron a través de la dilatada llanura y recorrieron la falda de los montes desde la rampa que conduce al castillo hasta el picacho de la *Roca Viva*. El ingeniero reconoció la existencia del talud continuo señalado por Farrabesche y que formaba como el último asiento del fundamento de las colinas. Así, dirigiendo las aguas de forma que no obstruyesen el canal indestructible que la naturaleza había hecho y quitando las tierras que se habían acumulado, el riego podría conseguirse por esa larga alcantarilla, situada a unos diez pies por encima del llano. La única operación a realizar y la única decisión era evaluar la cantidad de agua que llevaba el Gabou y asegurarse de si las laderas del valle no dejarían que se perdiese.

Verónica dio un caballo a Farrabesche, para que acompañara al ingeniero y le diese cuenta de sus más insignificantes observaciones. Después de varios días de estudios, Gérard encontró que la base de las dos cadenas montañosas era lo bastante sólida, aunque de distinta composición, para contener las aguas. Durante el mes de enero del año siguiente, que fue de abundantes lluvias, calculó la cantidad de agua que llevaba el Gabou. Esa cantidad, unida a la de los tres manantiales que podía ser

dirigida al torrente, producía el volumen suficiente para el riego de un territorio tres veces más extenso que la llanura de Montégnac. La presa del Gabou, los trabajos y las obras necesarias para dirigir las aguas hacia el llano a través de los tres valles, no podían costar más allá de sesenta mil francos, ya que el ingeniero había descubierto en los campos comunales una masa calcárea que proveería cal en gran cantidad, y muy barata, y estando próximo el bosque, la piedra y la madera no costarían nada y no requeriría gastos suplementarios de transporte. En espera de la época en que el Gabou estuviera seco, único tiempo propicio para las obras, podían realizarse los aprovechamientos necesarios y los preparativos de manera que la importante construcción pudiese realizarse en el menor tiempo posible. Pero la preparación del llano costaría, por lo menos, según Gérard, doscientos mil francos, sin incluir la sementera ni las plantaciones. La llanura debería dividirse en compartimentos cuadrados de cincuenta hectáreas, y la tierra no habría de roturarse, sino quitarle los pedruscos. Brigadas de trabajadores deberían construir un gran número de canales y empedrarlos, a fin de que el agua no se perdiera y poderla hacer subir o bajar a voluntad. Esa empresa requería brazos activos y dispuestos y trabajadores concienzudos. La suerte proporcionaba un terreno sin obstáculos, una llanura uniforme; las aguas, que tenían una caída de diez pies, podían distribuirse según se quisiera; nada impedía poder obtener los mejores resultados agrícolas y ofrecer a la vista magníficas alfombras de verdor, el orgullo y la riqueza en la Lombardía. Gérard hizo venir de la región donde había ejercido sus funciones a un viejo contraamaestre experimentado que se llamaba Fresquin.

La señora Graslin escribió a Grossetête para que negociase un préstamo de doscientos cincuenta mil francos, garantizado por sus declaraciones de renta, las cuales, al no percibir las durante los últimos seis años, bastarían, según cálculos de Gérard, para pagar los intereses y el capital. Ese préstamo fue concluido durante el mes de marzo. Los proyectos de Gérard, ayudado por Fresquin, quedaron entonces completamente terminados, lo mismo que las nivelaciones, los sondeos, las observaciones y los presupuestos. La noticia de la ambiciosa empresa, difundida por toda la región, estimuló a la población menesterosa. El infatigable Farrabesche, Colorat, Clousier, el alcalde de Montégnac, Roubaud, todos los que sentían algún interés por la comarca o por la señora Graslin, escogían trabajadores o informaban sobre indigentes que merecían trabajar. Gérard compró por cuenta suya y del señor Grossetête un centenar de hectáreas de tierra del otro lado de la carretera de Montégnac. Fresquin, el contraamaestre, se quedó también con un buen lote e hizo venir a Montégnac a su mujer y a sus hijos.

Durante los primeros días del mes de abril del 1833 el señor Grossetête quiso ver los terrenos comprados por Gérard, pero su viaje a Montégnac fue principalmente determinado por la llegada de Catalina Curieux, a quien la señora Graslin estaba esperando, procedente de París, en la diligencia de Limoges. Encontró a la señora Graslin cuando se dirigía a la iglesia. El padre Bonnet decía una misa implorando la

bendición del cielo para los trabajos que iban a iniciarse. Asistían todos los trabajadores, sus mujeres y sus hijos.

—Aquí tiene usted a su protegida —dijo el anciano presentando a Verónica una mujer de unos treinta años, enferma y débil.

—¿Eres Catalina Curieux? —le preguntó la señora Graslin.

—Sí, señora.

Verónica observó a Catalina unos instantes. Bastante alta, bien formada y blanca, esa mujer tenía todos los rasgos de una extremada suavidad que no desmentía el bello matiz gris de sus ojos. Su rostro y su frente demostraban una nobleza a la vez serena y sencilla, la misma que se ve a menudo en las muchachas campesinas, especie de flor de belleza que las labores del campo, el continuo trajín de la casa, la solana y la falta de cuidados borran con terrible rapidez. Su actitud revelaba esa facilidad y gracia de movimientos característicos de las jóvenes aldeanas, aumentados por las costumbres involuntariamente adquiridas en París. Si no se hubiese movido de Corrèze, con seguridad Catalina estaría ya arrugada, ajada, y sus colores, en otro tiempo lozanos, serían más fuertes, pero París, al suavizar su color, le había conservado toda su hermosura; la enfermedad, la fatiga y las penas la habían dotado del misterioso don de la melancolía, de ese pensamiento íntimo del que carecen los campesinos pobres acostumbrados a una vida casi animal. Su vestido, de gusto parisién, del gusto que todas las mujeres, incluso las menos coquetas, poseen en seguida, la distinguía de las demás campesinas. En la ignorancia en que se hallaba con respecto a su suerte, e incapaz de juzgar a la señora Graslin, se mostraba bastante vergonzosa.

—¿Sigues queriendo a Farrabesche? —le preguntó Verónica, a quien Grossetête había dejado sola un momento.

—Sí, señora —respondió ella sonrojándose.

—¿Por qué, pues, habiéndole mandado mil francos durante el tiempo que estuvo en la cárcel, no viniste a reunirme con él cuando terminó su condena? ¿Hay algo en él que te repugne? Háblame como si fuera yo tu madre. ¿Temías que se hubiese dado al vicio y que ya no te quisiera?

—No, señora, pero yo no sabía leer y escribir, estaba de criada de una mujer anciana y muy exigente que cayó enferma y tuve que cuidarla. Aunque veía que el día de la liberación de Jaime se iba acercando, yo no podía dejar París antes de que la señora muriera, aunque no me dejó nada, a pesar de mis cuidados y mi devoción. Y antes de regresar quise curarme de una enfermedad contraída por las vigiliias y las preocupaciones. Después de comerme mis ahorros, pude entrar en el hospital de San Luis, del que acabo de salir curada.

—Bien, hija mía —dijo la señora Graslin, emocionada por aquella explicación tan sencilla—. Pero, dime, ¿por qué abandonaste tan bruscamente a tu familia, por qué abandonaste a tu hijo, por qué no has mandado durante todo este tiempo noticias tuyas? Podías haber encargado a alguien que escribiera.

Por toda respuesta Catalina lloró.

—Señora —dijo, tranquilizada por un apretón de manos de Verónica—, no sé si hice bien o mal, pero era algo superior a mis fuerzas quedarme en la región. No sentía ningún temor por mí, pero sí por los demás; tuve miedo del chismorreo, de que me pusieran motes. Mientras Jaime corrió peligros por estas tierras, yo le era necesaria y permanecí aquí, pero una vez él se fue, me sentí sin fuerzas ¡Ser soltera y tener un hijo! ¡No tener marido...! La peor muchacha del pueblo habría sido más apreciada que yo. No sé lo que habría ocurrido si hubiera algo contra Benjamín o contra su padre. Me habría matado, me habría vuelto loca. Mi padre o mi madre, en un momento de ira, podían insultarme. Y yo soy demasiado viva de genio para soportar una discusión o una injuria, yo que soy tan sumisa. Bastante castigo ha sido el mío no pudiendo ver a mi hijo, yo, que no ha pasado un solo día sin que pensara en él. He querido que me olvidasen, y me han olvidado. Nadie piensa ya en mí. Me creen muerta, y no obstante, cuántas veces he querido dejarlo todo para pasar un día aquí, ver a mi hijo...

—Tu hijo, tu pequeño, está aquí; míralo.

Catalina vio a Benjamín y sintió como un escalofrío febril.

—Benjamín —dijo la señora Graslin—, ven a abrazar a tu madre.

—¿Mi madre? —preguntó Benjamín, sorprendido.

Saltó al cuello de Catalina, quien le estrechó contra sí con una fuerza salvaje. Pero el muchacho se le escapó y echó a correr, gritando:

—¡Voy a buscarle!

La señora Graslin hizo sentarse a Catalina, la cual desfallecía, y vio entonces al padre Bonnet, no pudiendo impedir el enrojecer al recibir de su confesor una penetrante mirada que leía en su corazón.

—Espero, señor cura —le dijo ella temblando— que pronto celebrará el matrimonio de Catalina y Farrabesche. ¿No te acuerdas del padre Bonnet, Catalina? Él te dirá que Farrabesche, desde su regreso, ha sido el hombre más correcto, que se ha ganado el afecto de todos, y que si hay un sitio donde podáis vivir felices y considerados, está en Montégnac. Aquí podéis hacer, con la ayuda de Dios, vuestra suerte, ya que seréis mis granjeros. Farrabesche vuelve a ser ciudadano.

—Todo eso es verdad, hija mía —dijo el cura.

En aquel momento llegó Farrabesche, arrastrado casi por su hijo; ante la presencia de Catalina y de la señora Graslin, se quedó pálido y sin palabra. Adivinaba lo activa que había sido la bondad de una, y cuánto tuvo que sufrir la otra al no haber venido antes. Verónica se llevó al cura, quien a su vez quería llevársela a ella. Cuando vieron que no podían oírles, el padre Bonnet miró fijamente a su penitente y vio que enrojecía y que bajaba los ojos como una culpable.

—Está usted degradando el bien —le dijo severamente.

—¿Por qué? —respondió ella levantando la cabeza.

—Hacer el bien es una pasión tan superior al amor —prosiguió el padre Bonnet

—, del mismo modo que la humanidad es superior a la criatura. Entonces, no todo se realiza por la sola fuerza y con la sencillez de la virtud. Está usted cayendo en el culto a una sola persona, en vez de dirigirlo hacia toda la humanidad. Sus bondades para con Farrabesche y Catalina comportan recuerdos y pensamientos que le quitan todo mérito a los ojos de Dios. Arránquese la flecha que ha clavado en su corazón el espíritu del mal. No despoje así sus acciones de su verdadero valor. ¿Llegará usted algún día a esta santa ignorancia del bien que hace y que es la gracia suprema de las acciones humanas?

La señora Graslin se había vuelto de espaldas para secarse los ojos, cuyas lágrimas decían claramente al cura que sus palabras alcanzaban algún lugar sangrante del corazón, en el que su dedo revolvía una llaga todavía mal cerrada. Farrabesche, Catalina y Benjamín se les acercaron para dar las gracias a su protectora, pero ella les hizo señal que se fueran y la dejaron con el padre Bonnet.

—Mire usted la pena que les acabo de dar —dijo ella señalándolos entristecidos, y el cura, cuya alma era muy tierna, les dirigió un ademán para que volviesen—. Sed —les dijo ella— completamente felices; éste es el decreto que te devuelve todos los derechos de ciudadano y quedas exento de someterte a formalidades que te humillaban —añadió, tendiendo a Farrabesche un papel que tenía en la mano.

Farrabesche besó respetuosamente la mano de Verónica y la miró con ternura y sumisión, con expresión tranquila y devota, sin que nada pudiese alterar, como la de un perro fiel para su dueño.

—Si Jaime ha sufrido, señora —dijo Catalina, cuyos ojos sonreían—, espero poderle dar tanta felicidad como penas ha pasado, ya que, haya hecho lo que haya hecho, él no es malo.

La señora Graslin volvió la cabeza, pareciendo como desecha ante el aspecto de aquella familia entonces feliz, y el padre Bonnet la dejó para ir a la iglesia, donde ella le siguió del brazo del señor Grossetête.

Después del almuerzo, todos se dirigieron a la inauguración de las obras, adonde también fueron todos los viejos del lugar. Desde la rampa por la que subía la avenida que conducía al castillo, el señor Grossetête y el padre Bonnet, entre quienes estaba Verónica, pudieron darse cuenta de la disposición de los primeros cuatro caminos que abrían y que servían de depósito de la piedra extraída. Cinco obreros arrojaban tierra buena al borde de los campos y dejaban libre un espacio de dieciocho pies, la anchura de cada camino. A ambos lados, cuatro hombres estaban dedicados a cavar las cunetas, colocando también la tierra buena en el campo, en forma de ribazo. Detrás de ellos, y a medida que el ribazo crecía, dos hombres abrían hoyos y plantaban árboles. En cada lote de terreno, treinta indigentes válidos, veinte mujeres y cuarenta niñas y niños, en total noventa personas recogían las piedras que los obreros colocaban a lo largo del ribazo para comprobar la cantidad recogida por cada grupo. Así el trabajo avanzaba rápidamente con los obreros seleccionados. Grossetête prometió a la señora Graslin mandarle árboles y pedirlos para ella a sus amigos.

Evidentemente, los semilleros del castillo no bastaban para cubrir las necesidades de tantas plantaciones. Al final de la jornada, que debía terminar con una gran cena en el castillo, Farrabesche rogó a la señora Graslin que le concediera unos momentos de audiencia.

—Señora —dijo—, ha tenido usted la bondad de prometernos la granja del castillo. Con ese gran favor, su intención es darme los medios para progresar, pero Catalina tiene, respecto a nuestro futuro, proyectos que deseo exponerle. Si yo hiciera fortuna, despertaría los celos de alguno, una mala palabra se dice pronto, sería mi continuo temor y Catalina estaría siempre inquieta. Quiero decir que la vecindad de la gente no nos conviene. Vengo, pues, a pedirle que nos deje en arrendamiento las tierras de la desembocadura del Gabou, en los campos comunales, con una pequeña parte del bosque de detrás de la *Roca Viva*. En el mes de julio tendrá usted allí muchos trabajadores, y será fácil construir una granja en algún sitio favorable, en alguna eminencia del terreno. Allí nosotros viviremos felices. Haré venir a Guépin. Mi pobre liberto trabajará como un caballo y quizá se case aquí. Mi hijo no es un holgazán y nadie vendrá a agraviarnos con una mirada; colonizaremos aquel rincón de tierra y pondré toda mi ambición en levantar la mejor granja. Luego, me permito proponerle como granjero de su alquería mayor a un primo de Catalina que tiene algún capital y quien será mucho más capaz que yo para dirigir una máquina tan complicada como esa granja. Si Dios quiere que su empresa tenga éxito, dentro de cinco años tendrá usted aquí entre cinco y seis mil reses y caballos, y se necesitará una cabeza que sepa bien lo que se trae entre manos.

La señora Graslin accedió a la demanda de Farrabesche y rindió justicia al buen sentido que la dictaba.

Después de la inauguración de los trabajos del llano, la vida de la señora Graslin adquirió la regularidad de la vida campesina. Por la mañana iba a oír misa, cuidaba a su hijo, al que idolatraba, e iba a ver a sus trabajadores. Después de cenar recibía a sus amigos de Montégnac en un pequeño salón del primer piso del pabellón del reloj. Enseñó a jugar al *whist* a Roubaud, a Clousier y al cura, juego que Gérard conocía ya. Al terminar la partida, hacia las nueve de la noche, cada uno regresaba a su casa. Aquella vida tranquila tuvo como únicos acontecimientos el éxito de la terminación de cada uno de las partes de la gran empresa.

En el mes de junio, como el torrente Gabou estaba completamente seco, Gérard fue a instalarse en la casa del Gabou. Cincuenta albañiles traídos expresamente de París enlazaron las dos montañas por medio de una muralla de veinte pies de espesor, asentada a doce pies de profundidad sobre una base de cemento armado. La muralla, de unos sesenta pies de altura, iba disminuyendo de grosor a medida que ganaba altura, por lo que en su parte superior no tenía más de diez pies. Gérard le adosó, por la parte que daba al valle, un talud de cemento armado de doce pies en la base. Del lado de los comunales, un talud parecido al otro, recubierto por varios pies de tierra vegetal, dio consistencia suficiente a aquella obra formidable para que las aguas no

pudiesen arrastrarla. El ingeniero tuvo en cuenta también la posibilidad de abundantes lluvias y construyó un desagüe a una altura conveniente. La obra de albañilería se extendió en cada montaña hasta encontrar toba o granito, para que el agua no tuviese ninguna salida por aquellos lados. La presa quedó terminada a mediados del mes de agosto. Al mismo tiempo Gérard iba preparando tres canales en los tres principales valles y ninguna de estas obras alcanzó las cifras previstas en los presupuestos. Así fue posible terminar la granja del castillo. Los trabajos de irrigación en el llano, dirigidos por Fresquin, correspondían al canal trazado por la naturaleza en la falda de la cadena de montañas, por el lado de la llanura, y del que salían las acequias de riego. Se adaptaron compuertas a los canales de riego, que la abundancia de piedra permitió enlosar, para controlar convenientemente el nivel de las aguas en el llano.

Todos los domingos, después de la misa, Verónica, el ingeniero, el cura, el médico y el alcalde bajaban por el parque e iban a ver el movimiento de las aguas. El invierno del 1833 al 1834 fue muy lluvioso. El agua de las tres fuentes, que había sido dirigida hasta el torrente y el agua de las lluvias convirtieron el valle del Gabou en tres lagos, conservados con previsión a fin de disponer de una reserva líquida en caso de sequía. En los sitios en que el valle se ensanchaba, Gérard había aprovechado algunos montículos para formar islas, en las que plantaron árboles de distinta clase. Esa vasta operación cambió totalmente el paisaje, pero le faltaban aún cinco o seis años para que adquiriera su verdadera fisonomía.

—El país estaba completamente desnudo y la señora lo ha vestido —decía Farrabesche.

Después de tanta transformación, a Verónica toda la comarca la llamó «la señora». Cuando cesaron las lluvias, en el mes de junio del 1834, empezó la irrigación en la parte sembrada de los prados cuyo tierno verdor ofrecía el superior aspecto de los *marciti* de Italia o de los prados suizos. El sistema de riego, copiado del de las granjas lombardas, humedecía también la tierra, cuya superficie era como una alfombra. El salitre de las nieves, en disolución en las aguas, sin duda contribuyó a dar calidad a la hierba. El ingeniero esperaba hallar en los productos cierta analogía con los de Suiza, para los que esa substancia es, como se sabe, una fuente inapreciable de riqueza. Los árboles plantados en los bordes de los caminos, suficientemente humedecidos por el agua que se dejó en los sitios bajos, hacían rápidos progresos. Así, en el 1838, al cabo de cinco años de iniciada la empresa de la señora Graslin en Montégnac, la llanura inculta, considerada árida por veinte generaciones, presentaba un aspecto verdeante, era productiva y estaba totalmente cultivada. Gérard había levantado cinco alquerías, sin contar la granja del castillo. La de Gérard, la de Grossetête y la de Fresquin, que recibían el excedente de las aguas de la propiedad de la señora Graslin, las construyeron siguiendo el mismo plan, y las cultivaron con los mismos métodos. En su propiedad, Gérard construyó un hermoso pabellón. Cuando todo estuvo terminado, los habitantes de Montégnac, a propuesta

del alcalde, encantado de presentar su dimisión, nombraron a Gérard alcalde de la localidad.

En el 1840, la partida del primer rebaño de bueyes mandado por Montégnac a los mercados de París, se celebró con una fiesta campestre. Las granjas del llano criaban ganado mayor y caballos, pues habían encontrado en casi toda su extensión, al ser limpiado el terreno, siete pulgadas de tierra vegetal que las ramas muertas de los árboles, los abonos naturales del ganado, y sobre todo el agua de las nieves de la cuenca del Gabou, enriquecían constantemente. Aquel año, la señora Graslin consideró necesario ponerle un preceptor a su hijo, quien tenía ya once años; ella no quería separarse de él, y quería fuera un hombre instruido. El padre Bonnet escribió al seminario. La señora Graslin, por su parte, insinuó su preocupación y sus deseos a monseñor Dutheil, nombrado recientemente arzobispo. La elección de un hombre que debía residir por lo menos nueve años en el castillo fue un asunto arduo y difícil. Gérard se había ya ofrecido a enseñar matemáticas a su amigo Francisco, pero no podía reemplazar a un preceptor, y la elección preocupaba mucho a la señora Graslin, pues sentía que su salud declinaba. Cuanto más prosperaba su querido Montégnac, más redoblaba la secreta austeridad de su vida. Monseñor Dutheil, con quien no había interrumpido su correspondencia, le encontró el hombre que deseaba. Le mandó de su diócesis un joven profesor de veinticinco años apellidado Ruffin, un alma cuya mayor vocación era la enseñanza privada. Sus conocimientos eran muy amplios; tenía una acusada sensibilidad que no excluía la severidad necesaria para corregir la conducta de un niño; en él, la compasión y la bondad no perturbaban para nada la enseñanza de su ciencia; además, era paciente y de un exterior agradable. «Es un verdadero regalo que me complazco en hacerle, mi amada hija, escribía el prelado; ese joven es digno de ser empleado en la educación de un príncipe; confío en que usted le tendrá en cuenta sus servicios, puesto que va a convertirse en el padre espiritual de su hijo».

El señor Ruffin agradó tanto a los fieles amigos de la señora Graslin que su llegada al castillo no afectó para nada a las diferentes intimidades que se agrupaban alrededor de aquel ídolo, cuyas horas y minutos eran aprovechados por cada uno con una especie de celos.

En el año 1843 la prosperidad de Montégnac superó todas las esperanzas. La granja del Gabou rivalizaba con las del llano, y la del castillo daba el ejemplo en todas las mejoras y perfeccionamientos. Las otras cinco alquerías cuyo alquiler progresivo debía alcanzar la suma de treinta mil francos cada una en el doceavo año de arrendamiento, daban entonces un total de sesenta mil francos de ingresos. Los granjeros que empezaban a recoger los frutos de sus sacrificios y de los de la señora Graslin, podían entonces aprovechar los prados de la llanura, donde crecía hierba de primera calidad, sin temer una posible sequía. La granja del Gabou pagó encantada un primer arrendamiento de cuatro mil francos. En el transcurso de aquel año, un hombre de Montégnac puso una diligencia que iba desde la capital del distrito hasta Limoges, con salidas diarias de la capital del distrito y de Limoges. El sobrino del

señor Clousier vendió su empleo de escribano y obtuvo una plaza de notario en el mismo pueblo. La administración nombró a Fresquin maestro de escuela. El nuevo notario se construyó una bonita casa en el Alto Montégnac, plantó moreras en los terrenos anejos, y fue nombrado adjunto de Gérard. El ingeniero, entusiasmado y enardecido con tantos éxitos, concibió un proyecto para convertir en realmente enorme la fortuna de la señora Graslin, quien entró en aquel mismo año en posesión de rentas suficientes para poder saldar el préstamo que había pedido al iniciarse las obras. Deseaba canalizar el río pequeño, haciendo reverter en él las aguas sobrantes del Gabou. El canal, que debía ir a desembocar en el Vienne, permitiría la explotación de los centenares de hectáreas del bosque de Montégnac, admirablemente conservado por Colorat, y que por carecerse de medios de transporte no daba beneficios. Se podían talar una docena de hectáreas cada año y mandar a Limoges una preciosa madera para la construcción. Era el mismo proyecto que había concebido el señor Graslin, pues había escuchado y había apropiado los proyectos del cura referentes a la tierra llana, y se había interesado mucho en la canalización del pequeño río.

CAPÍTULO V

VERÓNICA HACIA EL SEPULCRO

A principios del año siguiente, a pesar de la sobriedad de la señora Graslin, sus amigos observaron en ella los síntomas precursores de una muerte próxima. A las observaciones de Roubaud, a las ingeniosas preguntas de los más clarividentes, Verónica daba siempre la misma respuesta: «Me encuentro maravillosamente bien». Pero en la primavera fue a ver los bosques, las granjas, las hermosas praderas, manifestando una alegría infantil que denotaba en ella tristes previsiones.

Viéndose obligado a levantar un muro bajo de cemento desde la presa del Gabou hasta el parque de Montégnac, a lo largo de la colina llamada de la Corrèze, Gérard se propuso cercar el bosque de Montégnac y unirlo al parque. La señora Graslin destinó treinta mil francos anuales a esa obra, la cual exigía por lo menos siete años de trabajo, pero libraba el bello bosque de los derechos que ejerce la administración sobre los bosques particulares no cercados. Así, los tres lagos del valle del Gabou caerían en el recinto del parque. Cada uno tenía una isla. Aquel año, Gérard, de acuerdo con Grossetête, había preparado una sorpresa a la señora Graslin, para el día de su cumpleaños. Construyó en la mayor de las islas, la segunda, una casa de campo bastante rústica por fuera, pero de una perfecta elegancia por dentro. El anciano banquero gozó mucho con la conspiración, en la que cooperaron Farrabesche, Fresquin, el sobrino de Clousier y la mayoría de los ricos de Montégnac. Para esa casa de campo, Grossetête mandó un noble mobiliario. Un campanario, copiado del de Vavay, embellecía el paisaje. Seis barcas, dos para cada lago, las construyeron secretamente, las pintaron y acondicionaron durante los meses de invierno Farrabesche y Guépin, ayudados por el carpintero del pueblo.

Así, pues, a mediados de mayo, después del almuerzo que la señora Graslin ofreció a sus amigos, fue acompañada por ellos a través del parque, notablemente dirigido por Gérard, quien desde hacía cinco años lo cuidaba en calidad de arquitecto y de naturalista; fueron al prado del valle del Gabou, en cuya orilla del primer lago se mecían las dos barcas. La pradera, regada por arroyos de aguas cristalinas, quedaba en la parte baja del bello anfiteatro donde se inicia el valle del Gabou. Los bosquecillos cuidados con arte rodeaban la pradera, como abrazándola, dándole al alma una deliciosa sensación de soledad. Gérard había copiado escrupulosamente sobre una eminencia la casa de campo del valle de Sion que está al Jado de la carretera de Brigg y que es la admiración de todos los viajeros. Estaba destinada a alojar las vacas y los servicios de lechería del castillo. Desde la galería se admiraba el paisaje creado por el ingeniero, y que los lagos le hacían digno de los más hermosos lugares de Suiza. El día era soberbio. En el cielo azul no había ni una sola nube; en la

tierra, mil detalles encantadores como los que se forman en el resplandeciente mes de mayo. Los árboles plantados diez años antes en los bordes; sauces llorones, fresnos, álamos blancos de Holanda, álamos de Italia y de Virginia, espinos blancos y rosados, acacias, abedules, todos escogidos, dispuestos como lo exigía el terreno y su aspecto, conservando entre el follaje cierto vapor nacido en las aguas y que parecía una leve humareda. La superficie del agua, clara como un espejo y tranquila como el cielo, reflejaba el alto y verde ramaje del bosque, cuyas cimas netamente dibujadas en la límpida atmósfera, contrastaban con los setos de las orillas, envueltos en sus hermosos velos. Los lagos, separados unos de otros por anchas lenguas de tierra, parecían tres espejos diferentes, de distintos reflejos, y cuyas aguas pasaban del uno al otro a través de melodiosas cascadas. Merced a las fajas de tierra, podía irse desde una orilla a la opuesta sin necesidad de rodear el valle.

Desde la casa de campo se veía, a través de una escotadura, la estepa ingrata de los comunales pedregosos y áridos, los cuales vistos desde el balcón superior, parecían el mar, contrastando con la fresca naturaleza del lago y sus orillas. Cuando Verónica vio la alegría de sus amigos, quienes le tendían sus manos para ayudarla a subir a la mayor de las embarcaciones, sintió que las lágrimas le asomaban a los ojos, y dejó remar en silencio hasta que abordó la primera lengua de tierra. Mientras subía para ir a la segunda barca, vio la casa de campo, y a Grossetête sentado en un banco con toda su familia.

—¿Qué es lo que pretenden, que añore la vida? —dijo al cura.

—Queremos impedir que se vaya usted consumiendo —respondió Clousier.

—Es imposible devolver la vida a los que ya están muertos —replicó ella.

El padre Bonnet dirigió a su penitente una severa mirada que la hizo reconcentrarse en sí misma.

—Solamente le pido que me permita ocuparme de su salud —le suplicó el doctor Roubaud con voz suave y suplicante—. Estoy seguro de conservar para este distrito la gloria de su vida, y para todos nosotros el lazo de una vida común.

Verónica inclinó la cabeza y Gérard remó lentamente hacia la isla que emergía en medio del lago, el mayor de los tres y en el que el ruido de las aguas del primero, entonces demasiado lleno, se oía desde lejos, como si fuese la voz del delicioso paraje.

—Hacen ustedes muy bien al proporcionarme estos momentos que son como mi adiós a esta maravillosa creación —dijo ella al ver la belleza de los árboles, cuyo espeso y crecido ramaje no dejaba que se viesen las orillas.

El único reproche que sus amigos se permitieron fue un sombrío silencio, y Verónica, ante una nueva mirada del padre Bonnet, saltó ágilmente a tierra con el aire alegre que ya no abandonó. Castellana otra vez, fue encantadora, y la familia Grossetête reconoció en ella a la bella señora Graslin de otros tiempos.

—Seguramente podrá vivir todavía —le dijo su madre al oído.

En ese hermoso día de fiesta, en medio de la sublime creación realizada

únicamente con las propias fuerzas de la naturaleza, nada parecía que pudiese herir a Verónica, y, no obstante, fue en ese momento cuando recibió su golpe de gracia. Se había pensado en regresar a las nueve, atravesando los prados, cuyos caminos, tan hermosos como los caminos ingleses o italianos, eran el orgullo del ingeniero. La abundancia de piedra, separada y amontonada cuando se limpió el llano, permitía tal conservación de los caminos, que después de cinco años aun seguían macadamizados. Los coches esperaban en la desembocadura del último valle por el lado de la llanura, casi en la falda misma de la *Roca Viva*. Los troncos de caballos criados todos en Montégnac, eran los primeros productos susceptibles de ser vendidos, y el director de la yeguada había elegido diez para los establos del castillo, y su ensayo constituía una parte del programa de la fiesta. En la calesa de la señora Graslin, regalo de Grossetête, piafaban los más hermosos, atalajados con elegante sencillez. Después de cenar, la alegre compañía fue a tomar café en un pequeño quiosco de madera, exacta copia de uno del Bosforo, situado en una punta de la isla desde donde la vista llegaba hasta las orillas del último de los lagos. La casa de Colorat, pues el guarda, incapaz de cumplir con las difíciles funciones de guarda mayor de Montégnac, consiguió suceder a Farrabesche, y la antigua casa restaurada, formaban una de las fábricas del paisaje, terminado por la gran presa del Gabou, la cual atraía las miradas hacia una maciza y rica vegetación.

Desde allí, la señora Graslin creyó ver a su hijo Francisco por los alrededores del semillero plantado por Farrabesche; le buscó con la mirada, pero no pudo hallarle, y el señor Ruffin se lo mostró jugando en efecto, cerca de la orilla con las nietas de Grossetête. Verónica temió que le ocurriese algún accidente. Sin escuchar a nadie, bajó del quiosco, saltó a una de las barcas, desembarcó en la orilla y corrió a buscar a su hijo. Ese nimio incidente fue la causa de que resolviese regresar. El venerable bisabuelo Grossetête fue el primero en proponer que fueran a pasear por el sendero que discurría entre los dos lagos siguiendo los caprichos del accidentado terreno. La señora Graslin distinguió a su hijo en brazos de una mujer enlutada. A juzgar por la forma del sombrero y por el corte de su vestido, la mujer debía ser extranjera. Verónica, asustada, llamó a su hijo, quien corrió hacia ella.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó a los demás niños—. ¿Y por qué Francisco os ha dejado?

—Esa señora le ha llamado por su nombre —dijo una de las niñas.

En ese momento se reunieron con Verónica, la Sauviat y Gérard, quienes se habían adelantado al grupo.

—¿Quién es esa mujer, hijo mío? —preguntó la señora Graslin a Francisco.

—No lo sé —dijo el niño—, pero sólo tú y la abuela me habéis abrazado como ella. Ha llorado —le dijo a su madre al oído.

—¿Quiere usted que corra detrás de ella? —preguntó Gérard.

—No —le respondió la señora Graslin con una brusquedad que no le era habitual.

Con una delicadeza que Verónica apreció, Gérard se llevó a los niños, y siguió

adelante, dejando a la Sauviat, a la señora Graslin y a Francisco solos.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó la Sauviat a su nieto.

—No lo sé, no hablaba en francés.

—¿No has comprendido nada? —dijo Verónica.

—¡Ah, sí!, una cosa que ha repetido varias veces y por eso me acuerdo. Ha dicho: *dear brother*.

Verónica se cogió al brazo de su madre, y dio la mano a su hijo, pero a los pocos pasos las fuerzas la abandonaron.

—¿Qué tiene, qué le ha sucedido? —preguntaron todos a la Sauviat.

—¡Oh!, mi hija está en peligro —dijo con voz gutural y ronca la anciana auvergnesa.

—Hay que llevar inmediatamente a la señora Graslin al coche —dijo alguien.

Quiso que Alina subiera a él con Francisco, y señaló a Gérard para que la acompañara.

—Creo que usted estuvo en Inglaterra —le dijo cuando ella recobró el sentido— y que sabe el inglés. ¿Qué significan las palabras *dear brother*?

—¿Quién no lo sabe? —exclamó Gérard—. Quieren decir «querido hermano».

Verónica cambió con la Sauviat y con Alina una mirada que las estremeció; pero lograron contener su emoción. Los gritos de alegría de todos los que asistían a la salida de los coches, la pompa del sol poniente sobre las praderas, la marcha perfecta de los caballos, las risas de sus amigos, el galope de los que seguían a caballo...; nada pudo sacar a la señora Graslin de su torpor; su madre dio entonces prisa al cochero, y su coche fue el primero en llegar al castillo. Cuando todos estuvieron reunidos, supieron que Verónica se había encerrado en sus habitaciones y de que no quería ver a nadie.

—Creo —dijo Gérard a sus amigos— que la señora Graslin ha recibido un golpe quizá mortal...

—¿Pero dónde, cómo? —le preguntaron.

—Un golpe en el corazón —respondió Gérard.

Al día siguiente, Roubaud partió en dirección a París; había encontrado a la señora Graslin tan gravemente enferma, que para arrancarla de las garras de la muerte iba a reclamar la ciencia y la ayuda del mejor médico de París. Pero Verónica había accedido a que Roubaud la visitase sólo para poner término a las importunidades de su madre y de Alina, quienes suplicaban que se cuidase. Se sentía herida de muerte. Se negó a ver al padre Bonnet, haciéndole decir que aún no había llegado la hora. A pesar de que todos sus amigos, venidos de Limoges para la fiesta de su cumpleaños, querían estar a su lado, les rogó que la disculparan si no cumplía debidamente los deberes de la hospitalidad; pero ella quería estar en la más profunda soledad. Después de la brusca partida de Roubaud, los invitados del castillo de Montégnac regresaron a Limoges, menos ofendidos que desesperados, pues todos los que habían llegado con Grossetête adoraban a Verónica. Se perdieron en conjeturas sobre cuál pudo ser la

causa del misterioso desastre.

Una tarde, dos días después de irse la numerosa familia de Grossetête, Alina introdujo a Catalina en la habitación de la señora Graslin. La Farrabesche quedó anonadada al ver el cambio de aspecto que súbitamente se había operado en su señora, cuyo rostro casi no reconocía.

—¡Dios mío!, señora —exclamó—, qué mal ha hecho esta desventurada muchacha. Si hubiésemos podido preverlo, ni Farrabesche ni yo la habríamos recibido; acaba de enterarse de que la señora está enferma, y me manda decir a la señora Sauviat que desea hablarle.

—¡Aquí! —exclamó Verónica—. ¿Dónde está ahora?

—Mi marido la ha llevado a la casa de campo.

—Está bien —respondió la señora Graslin—, déjanos, y dile a Farrabesche que se vaya. Dile a esa señora que mi madre irá a verla, y que espere.

Al llegar la noche, Verónica, apoyándose en su madre, anduvo lentamente a través del parque hasta la casa de campo. La luna brillaba con toda su magnificencia, el aire era suave, y las dos mujeres, visiblemente emocionadas, recibían en cierta forma alientos de la naturaleza. La Sauviat se detenía de vez en cuando, y hacía descansar a su hija, cuyos sufrimientos eran tan agudos que sólo hasta medianoche pudo llegar al sendero que bajaba de los bosques al prado, desde donde se veía el techo plateado de la casa de campo. La luna daba a la superficie de las calmadas aguas el color de las perlas. Los leves ruidos de la noche, que parecían mucho mayores en el silencio, vibraban como una suave armonía. Verónica se sentó en el banco del exterior de la casa, en medio del hermoso espectáculo de la noche estrellada. El murmullo de dos voces, y el ruido producido en la arena por los pasos de dos personas todavía alejadas de donde ella estaba, los fue acercando el agua, que en el silencio traduce los sonidos con tanta fidelidad como refleja las cosas en su quieta superficie. Verónica reconoció por su exquisita suavidad el tono de voz del cura, el roce de su sotana y el crujir de una tela de seda que debía de ser de una falda de mujer.

—Entremos —dijo a su madre.

La Sauviat y Verónica se sentaron en un espolón de la planta baja destinada a establo.

—Hija mía —decía el cura—, no quiero criticarla a usted, tiene disculpas, pero podría ser la causa de una desgracia irreparable, pues ella es el alma de este país.

—Padre, esta noche me iré de aquí —respondió la extranjera—, pero debo decirle que abandonar una vez más mi tierra será morir. Si hubiese seguido un día más en aquel horrible Nueva York y en los Estados Unidos, donde no hay ni esperanza, ni fe, ni caridad, habría muerto sin estar enferma. El aire que respiraba me dañaba los pulmones, los alientos no me mantenían; me moría aun pareciendo llena de vida y de salud. Mis sufrimientos cesaron así puse el pie en el barco; creí que ya estaba en Francia. ¡Oh, padre...! He visto morir de añoranza a mi madre y a una de mis cuñadas. Mi abuelo Tascheron, lo mismo que mi abuela, murieron muertos, mi

querido padre Bonnet, a pesar de la prosperidad inaudita de Tascheronville. Sí, mi padre fundó una ciudad en el Estado de Ohio. Esta ciudad no ha cesado de crecer, y la tercera parte de las tierras pertenece a mi familia, y son cultivadas por ella, pues Dios nos ha protegido siempre. Nuestros cultivos han prosperado, los productos son magníficos y somos ricos. Hemos podido levantar una iglesia católica, la ciudad es católica, y con nuestro ejemplo esperamos convertir a los de las mil sectas que nos rodean. La verdadera religión está en minoría, en ese triste país, donde impera el dinero y los intereses, pero con el alma fría. No obstante, volveré allá y moriré antes que causar la más mínima pena a la madre de nuestro querido Francisco. Solamente le pido, padre Bonnet, que me acompañe esta noche al presbiterio, y que me permita rezar sobre *su* tumba, lo único que me ha traído aquí ya que a medida que me iba acercando al lugar donde *él* está, me iba sintiendo otra. No, no creía poder ser tan feliz aquí...

—Pues bien —dijo el cura—, vámonos allí. Si algún día puedes regresar a esta tu tierra sin que haya inconveniente alguno, te escribiré, Dionisia; pero quizá esta visita a tu tierra te permitirá vivir allá sin sufrir...

—Abandonar esta tierra tan hermosa... ¿Usted ve lo que la señora Graslin ha hecho del Gabou? —exclamó señalando el valle blanqueado por la luna—. Pues todos estos dominios serán de nuestro Francisco.

—Tú no te irás, Dionisia —dijo la señora Graslin apareciendo en la puerta del establo.

La hermana de Juan Francisco Tascheron, ante la aparición del espectro que le dirigía la palabra, juntó las manos. En aquel momento, la pálida Verónica, iluminada por la luna, tenía el aspecto de una sombra dibujándose entre las tinieblas de la puerta abierta del establo. Sus ojos brillaban como dos estrellas.

—No, hija mía; tú no dejarás la tierra que has venido a ver desde tan lejos, y serás feliz aquí, ¡y es Dios quien seguramente te ha enviado!

Cogió la mano de la asombrada Dionisia, y se la llevó por un sendero hacia la otra orilla del lago, dejando al cura y a la madre, quienes se sentaron en el banco.

—Dejemos que haga lo que ella quiera —dijo la Sauviat.

Minutos después, Verónica regresó sola, y su madre y el cura la llevaron al castillo. Sin duda había concebido algún proyecto que requería el misterio, ya que nadie en la comarca vio a Dionisia, ni oyó hablar de ella. Después de acostarse, la señora Graslin ya no abandonó el lecho; cada día se encontraba peor, y parecía contrariada por no poderse levantar, intentando varias veces, aunque en vano, hacer cortos paseos por el parque. No obstante, unos días después de la escena que acabamos de relatar, a principio del mes de junio, una mañana hizo un violento esfuerzo, se levantó, y quiso vestirse como si fuera un día festivo; rogó a Gérard que le diera el brazo, pues todos sus amigos acudían diariamente para saber el curso de su dolencia; y cuando Alina anunció que su señora deseaba dar un paseo, todos corrieron al castillo. La señora Graslin, después de su mayor esfuerzo, se agotó con el

paseo. Cumplió con lo que se había propuesto en un paroxismo de la voluntad que había de tener una funesta reacción.

—Vamos a la casa de campo, y solos —dijo a Gérard con voz dulce y mirándole con una especie de coquetería—. Será mi última escapada, pues esta noche he soñado que llegaban los médicos.

—¿Quiere usted ver sus bosques? —preguntó Gérard.

—Sí, por última vez —respondió ella—, pero también tengo que hacerle a usted —prosiguió con voz insinuante— una extraña proposición.

Obligó a Gérard a embarcarse con ella en el segundo lago, al cual había ido andando. Cuando el ingeniero, sorprendido al verla hacer tan largo trayecto, empezó a remar, ella le señaló la casa de campo como motivo de su viaje.

—Amigo mío —le dijo después de una larga pausa, durante la cual había estado contemplando el cielo, el agua, las colinas, las orillas...—, tengo que hacerle una petición de lo más extraño, pero creo que me obedecerá.

—En todo, seguro de que usted no puede querer nada que no sea el bien —respondió él.

—Quiero que usted se case —prosiguió ella—, y usted oirá el ruego de una moribunda que tiene la seguridad de que será feliz.

—Soy demasiado feo —dijo el ingeniero.

—Ella es bonita, es joven, y quiere vivir en Montégnac, y si usted se casa con ella, serán más dulces los últimos días de mi vida. No es cuestión de hablar de sus cualidades; se trata de una criatura excepcional; y como en lo que se refiere a encantos personales, a su juventud, o a su belleza, basta una sola mirada, vamos a verla a la casa de campo. Al regreso, usted me dirá un no o un sí definitivo.

Después de esa confidencia, el ingeniero remó con mayor impulso, lo que hizo sonreír a la señora Graslin. Dionisia, que vivía en la casa de campo escondida a todas las miradas indiscretas, reconoció a la señora Graslin, y se apresuró a abrir. Verónica y Gérard entraron en la casa, y la pobre muchacha no pudo evitar su sonrojo al encontrarse con los ojos del ingeniero, quien quedó agradablemente sorprendido ante la belleza de Dionisia.

—¿La Curieux te ha proporcionado todo lo que necesitabas? —le preguntó Verónica.

—Vea la señora —le respondió, enseñándole la comida que tenía en la mesa.

—Este es el señor Gérard, de quien te he hablado —prosiguió Verónica—. Él será el tutor de mi hijo, y después de mi muerte, podréis vivir en el castillo hasta su mayoría de edad.

—¡Oh, señora...! No hable así.

—Mírame, hija mía —dijo a Dionisia al verle lágrimas en los ojos—. Ha venido de Nueva York —dijo a Gérard.

Fue la manera de poner a la pareja en relación. Gérard hizo varias preguntas a Dionisia, y Verónica les dejó hablar a solas, yéndose a contemplar el último de los

lagos del Gabou. Alrededor de las seis, Gérard y Verónica volvieron en bote al castillo.

—¿Y qué? —preguntó ella mirando a su amigo.

—Tiene usted mi palabra.

—Aunque no es usted hombre de prejuicios —prosiguió ella—, no debe usted ignorar la cruel circunstancia que obligó a esta desdichada criatura a abandonar el pueblo, y al que ha regresado impulsada por la nostalgia.

—¿Alguna falta?

—¡Oh no! —dijo Verónica—. Si fuera así, no me habría atrevido a presentársela. Es la hermana de un trabajador que murió en el patíbulo...

—Ah sí... Tascheron —dijo él—, el asesino del abuelo Pigret...

—Sí, es la hermana de un asesino —repitió la señora Graslin con profunda ironía — usted puede recobrar su palabra.

No pudo terminar, Gérard tuvo que llevarla hasta el banco de la casa de campo, en el que estuvo sin conocimiento durante varios minutos. Cuando volvió a abrir los ojos, vio de rodillas a Gérard.

—Me casaré con Dionisia.

La señora Graslin hizo levantar a Gérard, le cogió la cabeza y le besó en la frente; y al verle sorprendido por su agradecimiento, Verónica le estrechó la mano y le dijo:

—Pronto sabrá usted qué enigma es ése. Volvamos a la terraza, donde encontraremos a nuestros amigos; es ya muy tarde y me siento muy débil. Quisiera despedirme desde lejos de estas queridas tierras.

Aunque durante el día había hecho un calor insoportable, las tormentas que aquel año devastaron una buena parte de Europa y de Francia, pero respetaron el Lemosín, desencadenándose en la cuenca del Loira, y el aire empezaba a refrescar. El cielo era en aquellos momentos tan puro, que la mirada distinguía los menores detalles del horizonte. ¿Dónde están las palabras que pueden describir el delicioso concierto que producen los apagados ruidos del burgo, animado por los trabajadores que regresan de los campos? Aquel cuadro, para ser debidamente pintado, exige un artista que sea a la vez un gran paisajista y un gran pintor de la figura humana. ¿No hay en el cansancio de la naturaleza y en el de los hombres una curiosa similitud difícil de reproducir? El tibio calor de un día canicular y la rarefacción del aire daban a cualquier ruido producido por un ser viviente todo su significado. Las mujeres, sentadas a la puerta de sus casas, en espera de la llegada de los hombres, a quienes a menudo acompañan sus hijos, cotillean entre ellas y siguen trabajando. Por los techados escapa el humo que anuncia la última comida del día, la más alegre para el campesino: después, podrán irse a dormir. El movimiento expresa entonces los pensamientos felices y tranquilos del que ha terminado su jornada. Los cantos que se oyen entonces son ciertamente distintos de los de la mañana. En eso, los campesinos imitan a los pájaros, cuyo gorgojeo vespertino en nada se parece al alborozado trino matinal. La naturaleza entera canta un himno al descanso, del mismo modo que al

salir el sol canta un himno de alegría. Los menores actos del ser animado parecen teñirse en esa hora de los suaves y armoniosos colores que el sol poniente vierte sobre los campos y que dan a la arena de los caminos un aspecto plácido. Si alguien se atreviera a negar la influencia de esa hora, la más bella del día, las mismas flores le desmentirían embriagándole con los penetrantes perfumes que exhalan, mezclándose con los chillidos de los insectos, con el amoroso murmullo de los pájaros. Los montes que limitan la llanura, más allá del burgo, estaban velados por vapores tenues y ligeros. En los extensos prados que divide la carretera departamental, sombreada entonces por álamos, acacias y enebros del Japón, tan lozanos que daban ya mucha sombra, se veían las famosas manadas de ganado vacuno y caballar, diseminadas, o agrupadas, rumiando, paciendo... Los hombres, las mujeres y los niños, terminaban el más alegre de los trabajos del campo, la siega del heno. El aire de la tarde, más vivo por el súbito frescor de las tormentas, esparcía el nutritivo olor de la hierba cortada y de los montones de heno maduro. Los menores detalles del hermoso panorama se veían perfectamente, y los que temían el temporal se apresuraban a engavillar el heno, y las segadoras corrían llevándoles el pasto segado, y se daban prisa los que cargaban las carretas y los que segaban más lejos, y los que recorrían los bancales... Se oían las risas de los que jugaban mezcladas con los gritos de los niños que se perseguían entre los montones de heno. Se distinguían las faldas grises rojas o azules, las pañoletas, las piernas desnudas, los brazos de las mujeres, protegiéndose del sol con sombreros de paja ordinaria y de anchas alas, y las camisas de los hombres, la mayoría con pantalones blancos. Los últimos rayos del sol se filtraban por entre las largas filas de álamos plantados en los bordes de las acequias que dividen la llanura en porciones desiguales, acariciando los grupos compuestos por caballos, carros, hombres, mujeres, niños y ganado. Los boyeros y las pastoras empezaban a reunir sus rebaños llamándolos al son de sus rústicos cuernos. La escena era a la vez alborotada y silenciosa, singular antítesis que sólo puede sorprender a las personas que no conocen la magnificencia del campo. Lo mismo de un lado del poblado que del otro, se sucedían las carretas con el verde forraje. El espectáculo tenía algo de apasionante. Así Verónica caminaba silenciosa entre Gérard y el cura. Cuando la brecha de un callejón campestre entre las casas alineadas debajo de la terraza, entre el presbiterio y la iglesia, permitía a la vista adentrarse por la calle principal de Montégnac, Gérard y el Padre Bonnet veían los ojos de las mujeres, de los hombres y de los niños, y a toda la gente mirándoles, particularmente a la señora Graslin. Cuánta ternura, cuánto reconocimiento expresaba su actitud... De sus bendiciones iba cargada Verónica. ¡Con qué religiosa atención contemplaban a los tres bienhechores del lugar! El hombre agregaba, pues, su canto de agradecimiento a todos los cantos de la tarde. Pero si la señora Graslin seguía andando con los ojos fijos en las magníficas manchas verdes de los prados, su obra más querida, el sacerdote y el alcalde no dejaban de mirar a los grupos de hombres y mujeres, sabiendo lo que cada rostro expresaba: el dolor, la melancolía, los sentimientos

mezclados de esperanza... Nadie en Montégnac ignoraba que el doctor Roubaud había ido a París a buscar a los más afamados hombres de ciencia, y que la protectora del distrito llegaba al término de una enfermedad mortal. En los mercados de diez leguas a la redonda, los campesinos preguntaban a los de Montégnac:

—¿Cómo sigue la señora?

Así el triste aleteo de la muerte planeaba sobre la región, en medio del cuadro campestre. Desde lejos, en los prados, más de un segador al repasar su hoz; más de una muchacha, con la horca al brazo; más de un granjero, desde su montón de heno, al divisar a la señora Graslin se quedaba pensativo, intentando ver en su aspecto algún indicio de favorable augurio, o se quedaba contemplando a esa gran mujer, gloria de la Corrèze, con su mayor admiración, impulsado por un sentimiento superior a su afán de trabajo.

—Se pasea, debe estar mejor.

Esta sencilla frase estaba en todos los labios. La madre de la señora Graslin, sentada en un banco de hierro forjado que Verónica había hecho poner al final de la terraza, en el ángulo desde donde la vista llegaba al cementerio a través de la balaustrada, estudiaba los movimientos de su hija; la veía andar, y unas lágrimas corrían por sus mejillas. Comprendiendo sus esfuerzos de un valor sobrehumano, sabía que Verónica sufría ya entonces los dolores de una atroz agonía, y que seguía aún en pie por una heroica voluntad. Sus lágrimas, casi rojas, resbalando por su rostro septuagenario, ajado, arrugado, cuya piel apergaminada no parecía susceptible a ninguna emoción, fueron la causa de que también llorase el pequeño Graslin, a quien el señor Ruffin tenía entre sus piernas.

—¿Qué tienes, pequeño? —le preguntó su preceptor.

—La abuela llora —le contestó.

El señor Ruffin, cuyos ojos estaban fijos en la señora Graslin, la cual se dirigía hacia ellos, miró a la madre Sauviat, y sintió una aguda impresión al ver el aspecto de su vieja cabeza de matrona romana petrificada por el dolor y humedecida por las lágrimas.

—Señora, ¿por qué no le ha impedido salir? —dijo el preceptor a esa abuela cuyo mudo dolor daba a su rostro una expresión sagrada.

Mientras Verónica se acercaba con paso majestuoso, con admirable distinción, la Sauviat, impelida por el desespero de sobrevivir a su hija, dejó escapar el secreto de muchas cosas que excitaban la curiosidad.

—Andar —exclamó—, y llevar un duro cilicio que le abre llagas...

Sus palabras helaron al joven, quien no había podido permanecer insensible a la exquisita gracia de los movimientos de Verónica, y quien se estremeció pensando en el horrible y constante dominio del alma sobre el cuerpo. La parisiense más famosa por la gracia de su andar, por su elegancia en el vestir, habría sido en aquel momento vencida seguramente por Verónica.

—Hace trece años que lo lleva, se lo puso después de criar al pequeño —dijo la

anciana, señalando con un gesto al niño Graslin—. Aquí ha hecho milagros, pero si conocieran su vida, habría que canonizarla. Desde que vino aquí, nadie la ha visto comer, ¿y sabe usted por qué? Alina le lleva tres veces al día un pedazo de pan seco y unas legumbres hervidas y sin sal en un plato de barro, como los platos que se aprovechan para dar la comida a los perros. Sí, así se ha mantenido esa mujer que ha dado vida al distrito. Reza de rodillas sobre su cilicio. Sin esas austeridades, no habría tenido, ha dicho siempre, el aspecto risueño que le han visto. Le digo esto para que usted se lo repita al médico que el doctor Roubaud ha ido a buscar a París —añadió la anciana en voz baja—. Si se le prohíbe a mi hija que siga esas penitencias, quizá pueda salvarse, aunque la mano de la muerte esté ya sobre su cabeza. He debido de ser muy fuerte para poder resistir durante quince años todas estas cosas.

La anciana cogió la mano de su nieto, y se la pasó por la frente, por sus mejillas, como si la mano infantil expeliese un bálsamo reparador; después se la besó con ese afecto cuyo secreto pertenece tanto a las abuelas como a las madres.

Verónica había llegado a pocos pasos del banco, en compañía de Clousier, del cura y de Gérard. Iluminada por los dulces resplandores de la puesta de sol, brillaba con una terrible hermosura. Su pálida frente, surcada de arrugas, unas sobre otras, como si fueran nubes, revelaba un pensamiento fijo, angustias íntimas. Su rostro, sin color, completamente blanco, con la blancura mate y olivácea de las plantas que ignoran el sol, enjuto y sin demacración, tenía los trazos de los grandes sufrimientos físicos producidos por dolores morales. Combatía el alma con el cuerpo y el cuerpo con el alma. Estaba tan completamente deshecha que no se parecía en nada a sí misma, como una anciana no se parece a un retrato de su juventud. La ardiente expresión de sus ojos anunciaba el dominio despótico ejercido por una voluntad cristiana sobre el cuerpo reducido a lo que la religión quiere que sea. En esa mujer, el alma dominaba a la carne como el Aquiles de la poesía profana dominó a Héctor, y la hacía seguir por los caminos pedregosos de la vida, y le hizo dar vueltas durante quince años alrededor de la celeste Jerusalén donde ella esperaba entrar, no por superchería, sino entre aclamaciones triunfales. Nunca ninguno de los anacoretas que vivieron en los secos y áridos desiertos africanos fue tan dueño de sus sentidos como lo fue Verónica en medio de su magnífico castillo, en una región opulenta, de vista agradable y voluptuosa, bajo el manto protector del inmenso bosque en el que la ciencia, heredera de la vara de Moisés, hizo brotar la abundancia, la prosperidad y la felicidad de toda una comarca. Contemplaba el resultado de doce años de paciencia, obra que habría sido el orgullo de cualquier hombre superior, con la dulce modestia que el pincel del Pontormo puso en el sublime rostro de su Castidad cristiana acariciando al celeste unicornio. La religiosa castellana, cuyo silencio respetaban sus dos acompañantes al ver sus ojos fijos en las inmensas llanuras en otros días áridas y ahora fecundas, avanzaba con los brazos cruzados sobre el pecho y la vista clavada en el horizonte.

De repente se detuvo, a dos pasos de su madre, la cual la contemplaba como la

madre de Cristo debió de mirar a su hijo en la cruz; levantó una mano, y señaló el empalme del camino de Montégnac con la carretera principal.

—¿Ven ustedes —dijo sonriendo— aquella calesa tirada por cuatro caballos de posta? Es el doctor Roubaud que regresa. Pronto sabremos cuántas horas me quedan de vida.

—¿Horas? —exclamó Gérard.

—¿No le he dicho que hacía mi último paseo? —replicó ella.

—¿No he venido para contemplar por última vez este hermoso espectáculo en todo su esplendor?

Señaló primero la aldea, donde en aquel momento la población entera estaba agrupada en la plaza de la iglesia, y después las praderas iluminadas por los últimos rayos del sol.

—¡Ah!... —prosiguió—. Déjenme que vea una bendición de Dios en la extraña disposición atmosférica a la que debemos la conservación de nuestra cosecha. A nuestro alrededor, la tempestad, la lluvia, el granizo y los rayos se han abatido sobre la tierra sin piedad. El pueblo lo cree así, ¿y por qué no puedo yo imitarle? ¡Tengo tanto deseo de ver en todo esto un buen augurio para lo que me espera cuando haya cerrado los ojos...!

El niño se levantó, cogió la mano de su madre y se la puso sobre su propio cabello. Verónica, enternecida por ese gesto lleno de elocuencia, cogió a su hijo, y con un vigor sorprendente, lo levantó, y lo sostuvo en su brazo derecho como cuando le daba el pecho, le abrazó y le dijo:

—¿Ves toda esta tierra, hijo mío? Continúa, cuando seas mayor, la obra de tu madre.

—Hay un reducido número de seres fuertes y privilegiados a los que les es permitido mirar a la muerte cara a cara, de sostener con ella un prolongado duelo, y demostrar un valor y una habilidad dignos de admiración; usted nos está ofreciendo este doloroso espectáculo, señora —dijo el cura con voz grave—, pero quizá carezca de piedad para nosotros, y déjeme, por lo menos, creer que está usted equivocada. Dios permitirá que termine todo lo que usted ha empezado.

—Todo lo que he hecho ha sido gracias a ustedes, amigos míos —dijo ella—. He podido ser útil, pero ya no lo seré más. En torno a nosotros todo es verdor, y nada hay aquí desolado, más que mi corazón. Usted sabe, mi querido padre Bonnet, que la paz y el perdón sólo puedo encontrarlos allí...

Y tendió la mano hacia el cementerio. Desde el día de su llegada a Montégnac, nunca había dicho tanto. El cura miró a su penitente, y la larga costumbre que tenía de penetrar en su alma le hizo comprender que sus palabras equivalían a un nuevo triunfo suyo. Verónica debió de sufrir horriblemente al romper, después de doce años, el silencio en que se había encerrado. El sacerdote juntó las manos en un ademán lleno de unción que le era familiar, y miró con profunda emoción religiosa el grupo que formaba esa familia cuyos secretos habían entrado en su corazón. Gérard, a quien

las palabras paz y perdón tenían que parecer extrañas, se quedó estupefacto. El señor Ruffin, los ojos fijos en Verónica, estaba como atontado. En ese momento la calesa se iba acercando rápidamente.

—¡Son cinco! —exclamó el cura, quien pudo ver y contar los viajeros.

—¡Cinco! —replicó Gerard—. ¿Sabrán más cinco que uno?

—¡Ah...! —exclamó la señora Graslin apoyándose en el brazo del cura—. También viene el procurador general. ¿Qué viene a hacer aquí?

—Y también el abuelo Grossetête —exclamó el pequeño Graslin.

—Señora —dijo el cura, sosteniendo a Verónica y apartándose con ella unos pasos—, tenga usted valor, y sea digna de usted misma.

—¿Qué querrá, madre? —preguntó yéndose a apoyar en la balaustrada.

La abuela Sauviat corrió a su lado con una rapidez que desmentía sus años.

—Le volveré a ver —dijo.

—Si viene con el señor Grossetête —dijo el cura—, tiene buenas intenciones.

—Señor, mi hija se está muriendo —exclamó la Sauviat al ver la impresión que esas palabras dejaron en el rostro de su hija—. ¿Podrá su corazón resistir tan crueles emociones? El señor Grossetête había impedido hasta ahora que ese hombre se viese con Verónica.

La señora Graslin tenía el rostro encendido.

—Entonces, ¿sigue usted odiándolo? —preguntó el sacerdote a su penitente.

—Ella se fue de Limoges para evitar que Limoges descubriese su secreto —dijo la Sauviat, asustada por el rápido cambio de los rasgos ya descompuestos de la señora Graslin.

—¿No comprende usted que él envenenará las horas que me quedan, cuando sólo debo pensar en el cielo? Él me sujeta a la tierra —gritó Verónica.

El sacerdote volvió a coger el brazo de la señora Graslin y la obligó a andar unos pasos con él; cuando estuvieron solos, la contempló con una de sus angélicas miradas, con las que calmaba las más violentas agitaciones del alma.

—Si es así —le dijo—, como confesor suyo le ordeno que le reciba, que sea amable y afectuosa con él, que renuncie a su cólera y le perdone, como Dios la perdonará a usted. Veo que aún hay un residuo de pasión en esa alma que yo creía purificada. Queme ese último grano de incienso en el altar de la penitencia, de lo contrario, todo en usted será mentira.

—Tenía que hacer un nuevo esfuerzo, y ya está hecho —respondió ella secándose los ojos—. El demonio se escondía en este último pliegue de mi corazón, y con seguridad Dios ha inculcado en el pensamiento del señor de Grandville la idea que lo trae aquí. ¿Cuántas veces todavía me castigará Dios? —exclamó.

Se detuvo, como para orar mentalmente, regresó adonde estaba la Sauviat y le dijo en voz baja:

—Madre querida, sé amable y buena con el señor de Grandville.

A la anciana auvernesa le escapó un estremecimiento febril.

—No hay ya ninguna esperanza —dijo cogiendo la mano del cura.

En ese momento la calesa, anunciada por el látigo del postillón, subía la rampa; la puerta de la verja estaba abierta, el coche llegó al patio, y los viajeros se dirigieron inmediatamente a la terraza. Eran el arzobispo Dutheil, quien venía para la consagración episcopal de monseñor Gabriel de Rastignac, el procurador general, el señor Grossetête y el doctor Roubaud, quien iba del brazo de uno de los más célebres médicos de París, el doctor Horacio Bianchon.

—Sean ustedes bienvenidos —dijo Verónica a sus huéspedes—. Y usted particularmente —continuó, tendiendo la mano al procurador general, quien también le dio la mano.

El asombro del señor Grossetête, del arzobispo y de la Sauviat fue tan grande que pudo más que la discreción que distingue a los ancianos. Los tres se miraron entre sí.

—Contaba con los buenos oficios de monseñor —respondió el señor de Grandville— y con los de mi buen amigo el señor Grossetête para obtener de usted una favorable acogida. Toda mi vida habría lamentado no volverla a ver.

—Estoy agradecida a todos los que le han traído aquí —respondió ella mirando al conde de Grandville por primera vez después de quince años—. Durante mucho tiempo he deseado no verle a usted, pero reconozco la injusticia de mis sentimientos hacia usted, y sabrá por qué si se queda en Montégnac hasta mañana. Señor —prosiguió, dirigiéndose al doctor Horacio Bianchon y saludándole—, usted podrá sin duda confirmar mis aprensiones. Es Dios quien le envía aquí, monseñor —dijo inclinándose ante el arzobispo—. No creo se niegue usted a asistir a su antigua amiga en sus últimos momentos. ¿Por qué favor tengo alrededor de mí a todos los seres que me han querido y sostenido en la vida?

Al pronunciar la palabra «querido», se volvió, con amable atención, hacia el señor de Grandville, a quien esta muestra de afecto impresionó hasta humedecerle los ojos. El silencio más profundo reinaba en la reunión. Los dos médicos se preguntaban por qué extraño sortilegio aquella mujer seguía en pie, sufriendo como debía de sufrir. Los otros tres estaban tan impresionados por el cambio que la enfermedad había producido en ella, que sólo con los ojos se decían lo que pensaban.

—Permítanme —dijo con su amabilidad natural— que me retire con estos señores; la cosa es urgente.

Saludó a todos sus huéspedes, dio un brazo a cada uno de los médicos, y se encaminó con ellos hacia el castillo, con paso tan dificultoso y tan lento que revelaba la proximidad de la catástrofe.

—Padre Bonnet —dijo el arzobispo mirando al cura—, ha hecho usted verdaderos prodigios.

—No, no he sido yo, monseñor; ha sido Dios —respondió.

—Decían que se moría —dijo el señor Grossetête—, pero está ya muerta; sólo queda el espíritu...

—Un alma —dijo el señor Gérard.

—Sigue siendo la misma —dijo el procurador general.

—Es estoica a la manera de los ancianos del Pórtico —dijo el preceptor.

Todos fueron en silencio hacia la balaustrada, mirando el paisaje al que los rayos del sol poniente daban un resplandor del más bello color rojizo.

—Para mí, que vi estas tierras hace trece años —dijo el arzobispo señalando las fértiles llanuras, el valle y los montes de Montégnac—, esto es un milagro tan extraordinario como el otro del cual acabo de ser testigo, porque, ¿cómo han permitido que la señora Graslin esté levantada? Debía estar en cama.

—Lo estaba —dijo la Sauviat—. Después de diez días en que se negó a levantarse, ha querido salir para ver por última vez estas tierras.

—Comprendo que haya deseado decir adiós a lo que ha creado —dijo el señor de Grandville—, pero se ha expuesto a morir en esta terraza.

—El doctor Roubaud nos recomendó que no la contrariásemos —respondió la Sauviat.

—¡Qué prodigio! —exclamó el arzobispo cuya mirada no cesaba de recorrer la campiña—. Ha conseguido sembrar el desierto. Pero todos nosotros sabemos, señor —dijo volviéndose hacia Gérard—, que sus conocimientos y su trabajo han contribuido mucho.

—Nosotros no hemos sido más que sus obreros —respondió el alcalde—. Sí, nosotros no somos más que los brazos, y ella es el cerebro.

La Sauviat se separó del grupo para ir a saber cuál era el diagnóstico del médico de París.

—Nos faltará valentía para presenciar esa muerte —dijo el procurador general al arzobispo y al sacerdote.

—Sí —respondió el señor Grossetête—, pero tan grande amiga merece grandes sacrificios.

Después de varios comentarios, productos todos de la más alta moral e inteligencia, vieron venir hacia ellos a dos granjeros de la señora Graslin, quienes dijeron que llevaban la representación de la aldea, debido a la dolorosa impaciencia por conocer la sentencia pronunciada por el médico de París.

—Venís a preguntarnos, y nosotros aún no sabemos nada, amigos míos —les respondió el arzobispo.

Salió de la casa el doctor Roubaud, y su precipitado paso los alarmó a todos.

—¿Y qué? —preguntó el alcalde.

—No le quedan ni cuarenta y ocho horas de vida —respondió el doctor Roubaud—. Durante mi ausencia el mal ha llegado a su máximo desarrollo; el doctor Bianchon no comprende cómo ha podido andar. Estos fenómenos tan raros generalmente se deben a una gran excitación. Enton ces, señores —dijo el médico al arzobispo y al sacerdote—, la enferma les pertenece a ustedes; la ciencia es inútil, y mi ilustre colega cree que apenas les quedará tiempo para sus ceremonias.

—Vamos a rezar las oraciones de las Cuarenta Horas —dijo el cura a sus

feligreses al retirarse—. ¿Su Ilustrísima se dignará administrar los santos sacramentos?

El arzobispo inclinó la cabeza, no pudo hablar y sus ojos se llenaron de lágrimas. Todos se sentaron, algunos se apoyaron en la balaustrada, y él se sumió en sus pensamientos. Las campanas de la iglesia tañeron tristemente. Se oyó entonces el paso de la población que se dirigía a los porches. A través del ramaje de los árboles del huerto del sacerdote se veía la llama de los cirios; se oyeron las preces. En el campo sólo reinaban los resplandores del crepúsculo, y cesó el canto de los pájaros. Únicamente se oían las notas largas, claras y melancólicas de las ranas.

—Cumplamos con nuestro deber —dijo el arzobispo, alejándose con paso lento, como agotado.

La consulta se celebró en el gran salón del castillo. La amplia estancia comunicaba con una habitación de gala, cuyos muebles estaban tapizados de rojo, y donde el fastuoso Graslin había introducido la magnificencia de los financieros. En catorce años, Verónica no había entrado allí ni seis veces, pues las grandes habitaciones le eran totalmente inútiles al no recibir nunca a nadie en ellas; pero el esfuerzo que acababa de hacer para cumplir con su último deber y dominar su última revuelta la había dejado sin fuerzas, siéndole imposible subir a sus habitaciones. Cuando el ilustre médico tomó la mano de la enferma y observó su pulso, miró al doctor Roubaud y le hizo una señal; entre los dos la cogieron y la llevaron a la cama de esa habitación, mientras Alina abrió bruscamente la puerta. Como todas las camas sin uso, no tenía sábanas, y los dos médicos acomodaron a la señora Graslin sobre la colcha de damasco rojo. Roubaud abrió las ventanas, levantó las persianas y llamó. Llegaron corriendo los criados y la anciana Sauviat. Encendieron las amarillentas velas de los candelabros.

—Veo —dijo la moribunda sonriendo— que mi muerte será la que corresponde a un alma cristiana: una fiesta.

Durante la consulta comentó:

—El señor procurador general ha cumplido con su deber; yo me iba, y él...

La anciana madre miró a su hija poniéndose un dedo en los labios.

—Madre —le dijo Verónica—, voy a hablar. Vea como en todo está la mano de Dios; voy a morir en una habitación roja.

Al oír esas palabras, la Sauviat salió aterrada de la habitación.

—Alina, va a hablar, va a hablar...

—Oh señora, ya no está en sus sentidos —dijo la fiel doncella al entrar trayendo sábanas—. Vaya a buscar al sacerdote, señora.

—Tendrá que desnudar a la señora —dijo el doctor Bianchon a la doncella al verla entrar.

—Será muy difícil —dijo—; la señora lleva un cilicio.

—¡Cómo!, ¿en pleno siglo diecinueve? —exclamó el famoso médico—. ¿Aún se cae en esos horrores?

—La señora Graslin nunca dejó que le palpase el estómago —dijo el doctor Roubaud—. Todo lo que pude saber de su enfermedad tuve que deducirlo por su aspecto, por el pulso, o por datos que me proporcionaban su madre y su doncella.

Mientras le hacían la cama, dejaron a Verónica en un sofá. La cama estaba al fondo de la habitación. Los médicos hablaban en voz baja. La Sauviat y Alina preparaban la cama. El rostro de las dos auvernesas daba miedo de ver; sentían el corazón traspasado por esta idea: «Le hacemos el lecho por última vez; va a morir aquí». La consulta no fue muy larga. Bianchon exigió que la Sauviat y Alina cortasen sin pérdida de tiempo el cilicio y le pusieran a la enferma una camisa. Mientras las dos mujeres realizaban la operación, los dos médicos volvieron a la sala. Cuando Alina salió, llevando envuelto en una toalla el terrible instrumento de penitencia, les dijo:

—Todo el cuerpo de la señora es una llaga.

Los dos médicos volvieron a entrar.

—Su voluntad es más fuerte que la de Napoleón, señora —dijo Bianchon después de hacer a la enferma algunas preguntas que ella contestó con claridad—. Conserva usted su inteligencia y sus facultades durante el último período de la enfermedad, mientras que el emperador perdió su deslumbrante inteligencia. Después de lo que sé de usted, debo decirle la verdad.

—Le ruego me la diga —dijo ella—; tiene usted el poder de medir las fuerzas que me quedan, y necesito de todas mis facultades durante unas horas.

—No piense ahora en otra cosa que en su salud —dijo Bianchon.

—Si Dios me hace la gracia de dejarme morir con todo el conocimiento —respondió ella con una sonrisa celestial—, crea que este favor será útil para la gloria de su Iglesia. Mi presencia de ánimo es necesaria para cumplir un deseo de Dios, mientras que Napoleón había ya cumplido su destino.

Los dos médicos se miraron atónitos al escuchar sus palabras, pronunciadas con la mayor serenidad como si la señora Graslin estuviese en una reunión.

—Aquí veo al médico que me va a curar —dijo al ver entrar al arzobispo.

Hizo acopio de fuerzas para saludar amablemente al doctor Bianchon y rogarle que aceptara cualquier otra cosa, además de sus honorarios, en agradecimiento a la buena nueva que acababa de comunicarle; dijo algunas palabras al oído de su madre, la cual se llevó al médico; después pidió al arzobispo que esperase hasta que llegara el sacerdote, y expresó el deseo de descansar unos momentos. Alina se quedó velando a su señora. A medianoche la señora Graslin se despertó, preguntó por el arzobispo y el cura, a los cuales le señaló Alina, rezando por ella. Hizo un signo para que su madre y su criada salieran de la habitación, y a una nueva señal, los dos sacerdotes se acercaron a la cabecera de su cama.

—Monseñor, y usted, padre Bonnet, no sabrán ahora nada que no sepan ya. Usted fue el primero, monseñor, que vio hasta lo más hondo de mi conciencia; usted leyó en ella casi todo mi pasado, y lo que pudo entrever le bastó. Mi confesor, ese ángel que

el cielo puso a mi lado, sabe algo más: se lo confesé todo. Ustedes, cuya inteligencia está iluminada por las gracias de la Iglesia, deben aconsejarme de qué forma, como verdadera cristiana, debo dejar esta vida. Espíritus austeros y santos, ¿creen ustedes que el cielo perdonará el más completo, el más profundo arrepentimiento que jamás haya agitado a un alma culpable? ¿Creen que he cumplido con todos mis deberes aquí en la tierra?

—Sí —dijo el arzobispo—, sí, hija mía.

—No, padre mío, no —dijo ella incorporándose, brillándole los ojos—. Cerca de aquí hay una tumba donde yace un desdichado que lleva el peso de un terrible crimen, y en esta suntuosa residencia vive una mujer aureolada con una fama de beneficencia y de mi virtud. A esa mujer se la bendice. A ese pobre joven se le maldice. Sobre el criminal cae la reprobación, y yo disfruto de la estimación general; yo tuve la mayor culpa del crimen, y él participa también en todo esto que tanto agradecimiento y gloria me ha proporcionado; por indigna que sea, se me atribuyen méritos, mientras que él, mártir de su discreción, sigue lleno de oprobio. Dentro de pocas horas voy a morir, y todo el pueblo me llorará, todo el departamento se hará lenguas de los beneficios que dejo, de mi piedad, de mi virtud, mientras que él murió entre injurias, ante las miradas de toda la población que corrió para regodearse con la ejecución de un asesino. Ustedes, jueces míos, son indulgentes, pero yo oigo dentro de mí una voz imperiosa que no me deja un momento de reposo. ¡Ah!, la mano de Dios, menos suave que la de ustedes, me ha abofeteado día tras día, como para advertirme que no todo ha sido expiado. Mis pecados no podrán ser redimidos más que por medio de una confesión pública. Él sí que es feliz... Criminal, ha dado su vida con ignominia ante la faz del cielo y de la tierra. Y yo sigo engañando al mundo como engañé a la justicia humana. No ha habido un solo homenaje que no haya sido para mí como un insulto, ningún elogio que no me haya quemado el corazón. Ustedes no ven en la llegada del procurador general como una orden del cielo de acuerdo con la voz que me grita: «¡Confiesa!».

Los dos sacerdotes, el príncipe de la Iglesia, el humilde cura de aldea, las dos ilustres personalidades, bajaban los ojos y guardaban silencio. Demasiado emocionados por la grandeza y la resignación de la culpable, los jueces no podían pronunciar una sentencia.

—Hija mía —dijo el arzobispo, levantando su hermosa cabeza macerada por las costumbres de su piadosa vida—, vas más allá de donde te exigen los mandamientos de la Iglesia. La gloria de la Iglesia consiste en saber concordar sus dogmas con las costumbres de su tiempo, pues la Iglesia está obligada a seguir, siglo tras siglo, el mismo camino que sigue la humanidad. La confesión secreta ha reemplazado, por decisión suya, a la confesión pública. Los sufrimientos por que has pasado son suficientes. Muere en paz. Dios te ha escuchado.

—Pero la voz de la criminal, ¿no está conforme con las leyes de la primitiva Iglesia, que tanto ha enriquecido al cielo con mártires y confesores santos, en número

sólo comparable al de las estrellas del firmamento? —prosiguió ella con vehemencia—. ¿Quién fue el que escribió: «Confesaos los unos a los otros»? ¿No fueron los discípulos inmediatos de nuestro Salvador? Permítanme confesar de rodillas y públicamente mi vergüenza. Esto será como una rectificación de mis errores ante el mundo, ante una familia proscrita y que tanto ha sufrido por mi falta. El mundo debe saber que mis caridades no han sido una ofrenda, sino una deuda. ¿Y si más tarde, después que yo haya muerto, algún indicio arranca el mentiroso velo con que me cubro? ¡Ah...!, este pensamiento se apodera de mí en la hora suprema.

—Veo en todo lo que dices, hija mía, algo calculado —dijo el arzobispo—. En ti laten todavía fuertes pasiones, y la que yo creo que te domina...

—Y le juro, monseñor —dijo ella interrumpiendo al prelado y señalándole sus aterrados ojos—, que mi corazón se ha purificado como pueda serlo el de cualquier mujer culpable y arrepentida: en mí ya sólo queda el pensamiento de Dios.

—Dejemos, monseñor, que la justicia celestial siga su curso —dijo el cura con voz emocionada—. Hace ya cuatro años que me estoy oponiendo a este pensamiento; él ha sido la única causa de las pocas discusiones a que hemos llegado mi penitente y yo. He visto hasta el fondo de esa alma, y la tierra no tiene ya ningún derecho sobre ella. Si el llanto, los suspiros, las contriciones de quince años han alcanzado por una falta común a dos seres, no crea usted haya habido la menor voluptuosidad en esos largos y terribles remordimientos. Desde hace ya mucho tiempo el recuerdo no mezcla sus llamas con las de la más fervorosa penitencia. Sí, tantas lágrimas han apagado tan gran fuego. Yo le garantizo —añadió poniendo su mano en la cabeza de la señora Graslin y con los ojos humedecidos—, le garantizo la pureza de esta alma angélica. Luego, yo veo en su deseo el propósito de rehabilitar a una familia ausente que Dios parece haber querido representar aquí por uno de esos acontecimientos con que revela su providencia.

Verónica cogió la temblorosa mano del cura y se la besó.

—Ha sido usted a menudo severo conmigo, mi amado pastor, pero en estos momentos me doy cuenta de la dulzura apostólica que hay en usted. Usted —dijo dirigiéndose al arzobispo—, usted, jefe supremo de este rincón del reino de Dios, sea en este momento de ignominia mi sostén. Me humillaré como la más infame de las mujeres y usted me levantará perdonada, y, quizá, igual a las que nunca pecaron.

El arzobispo calló unos instantes, ocupado sin duda en sospear todas las consideraciones que su aguda mirada advertía.

—Monseñor —dijo entonces el cura—, la religión ha sufrido duros ataques. Este retorno a los antiguos usos, exigidos por la grandeza de la falta y del arrepentimiento, ¿no será considerado por todo el mundo como un triunfo de la Iglesia?

—Se dirá de nosotros que somos unos fanáticos. Se dirá que nosotros hemos exigido esta cruel escena.

Y el arzobispo volvió a sus meditaciones.

En ese momento el doctor Horacio Bianchon y el doctor Roubaud, después de

llamar entraron en el dormitorio. Al abrirse la puerta, Verónica vio a su madre, a su hijo y a toda la gente de la casa rezando. Para asistir al padre Bonnet habían llegado dos sacerdotes de unas parroquias vecinas y quizá para saludar al gran prelado, a quien el clero francés impulsaba hacia los honores del cardenalato, en espera de que la luz de su inteligencia, auténticamente galicana, iluminara el Sacro Colegio. El doctor Bianchon regresaba a París, y entró a decir adiós a la moribunda y a agradecerle su munificencia. Avanzó con paso lento, adivinando, por la actitud de los dos sacerdotes, que se trataba de la llaga del alma que había determinado la del cuerpo. Cogió la mano de Verónica, la puso sobre la cama y le tomó el pulso. Fue una escena en que el silencio más profundo, el de una noche de verano en el campo, hizo más solemne. Las luces del gran salón, cuya puerta de dos hojas seguía abierta, estaban encendidas para alumbrar al pequeño grupo que rezaba, todos de rodillas, menos los dos sacerdotes que leían sentados su breviario. A un lado del suntuoso lecho estaban el prelado con su hábito violeta y el sacerdote, y en el otro los dos hombres de ciencia.

—Incluso muerta está agitada —dijo Horacio Bianchon, que como todos los hombres de talento tenía expresiones tan elocuentes como los espectáculos a que asistía.

El arzobispo se levantó, como impelido por un resorte; llamó al padre Bonnet y se dirigieron hacia la puerta, atravesando la alcoba y el salón, y salieron a la terraza, donde se pasearon unos breves momentos. Al ir a regresar, después de discutir sobre el caso de disciplina eclesiástica, Roubaud fue a su encuentro.

—El doctor Bianchon me manda a decirles que se den ustedes prisa, que la señora Graslin se está muriendo con una agitación ajena a los intensos dolores de su enfermedad.

El arzobispo aceleró el paso y al entrar en la habitación de la señora Graslin, la cual le miraba con ansiedad, le dijo:

—Sus deseos se cumplirán.

Bianchon tenía aún el pulso a la enferma, dejó escapar un gesto de sorpresa y miró a Roubaud y a los dos sacerdotes.

—Monseñor, este cuerpo ya no nos pertenece, sus palabras han dado vida allí donde sólo había la muerte. ¿Creemos en un milagro?

—Hace ya mucho tiempo que la señora es sólo alma —dijo Roubaud, palabras que Verónica agradeció con una mirada.

En esos instantes una sonrisa que animaba la felicidad que le causaba la idea de una expiación completa dio a su rostro el inocente aspecto de cuando tenía dieciocho años. Todas las angustias que acusaban sus pronunciadas arrugas, su apagado color, las manchas lívidas, todos los detalles que vencían a esa cabeza terriblemente hermosa cuando sólo expresaba dolor..., todas las alteraciones habían desaparecido; parecía como si hasta entonces Verónica hubiese llevado una máscara, y que la máscara había caído. Por última vez se producía el admirable fenómeno por el cual el

rostro de esa criatura explicaba la vida y los sentimientos. Todo en ella se purificó, se iluminó, y por su rostro pasó como un reflejo de las resplandecientes espadas de los ángeles guardianes que la rodeaban. Volvió a ser lo que fue cuando en Limoges la llamaban la «bella señora Graslin». El amor de Dios se mostraba todavía más poderoso que cuando el amor fue culpable, el uno poniendo entonces de relieve las fuerzas vitales, y el otro venciendo todos los desfallecimientos de la muerte. Se oyó un grito ahogado; entró la Sauviat, y corrió hasta la cama diciendo:

—¡Vuelvo a ver a mi querida niña!

La expresión de la anciana pronunciando las palabras *mi querida niña*, recordó tan vivamente la inocencia de los niños, que los espectadores de esa hermosa muerte volvieron la cabeza para ocultar su emoción. El ilustre médico cogió la mano de la señora Graslin, la besó, luego se fue. El ruido de su coche retumbó en medio del silencio del campo, diciendo que no había esperanza alguna de conservar el alma del pueblo. El arzobispo, el cura y el médico fueron a descansar, fatigados, mientras la señora Graslin durmió aún unas horas. Se despertó al amanecer, pidiendo que abriesen las ventanas. Quería ver la salida de su último sol.

A las diez de la mañana, el arzobispo, revestido de sus hábitos pontificales, entró en la alcoba de la señora Graslin. El prelado tenía, igual que el padre Bonnet, tanta confianza en esa mujer que no le hicieron ninguna recomendación sobre los límites entre los cuales debía encerrar su confesión. Verónica vio entonces más clérigos de los que regían la iglesia de Montégnac, pues se habían agregado los de las parroquias vecinas. A monseñor le ayudarían cuatro sacerdotes. Los magníficos ornamentos, regalados por la señora Graslin a su querida parroquia, daban un gran realce a la ceremonia. Ocho monaguillos, con ropas encarnadas y blancas, se alinearon en dos filas, desde la cama hasta el salón, teniendo todos uno de esos grandes candelabros de bronce dorado que Verónica hizo traer de París. La cruz y el pendón de la iglesia los sostenían, a cada lado de la entrada, dos sacristanes de pelo blanco. Gracias a la devoción de la gente habían levantado junto a la puerta del salón el altar de madera que había en la sacristía, adornado y preparado para que monseñor pudiese celebrar la misa.

La señora Graslin se impresionó al ver esos cuidados que la Iglesia sólo concede a las personas de sangre real. Las dos hojas de la puerta que daba al comedor estaban abiertas de par en par para que pudiera ver la planta baja del castillo, donde se apiñaba la mayor parte de la población. Los amigos de esa mujer estaban repartidos entre uno y otro espacio, pues el salón lo ocupaban exclusivamente las personas de la casa. Agrupados ante la puerta de su habitación estaban los amigos y las personas de cuya discreción no podía dudarse. Los señores Grossetête de Grandville, Roubaud, Gérard, Clousier, Ruffin, se colocaron en primera fila. Todos debían estar de pie, para evitar que la voz de la penitente pudiesen oírla otras personas que no fuesen ellos. Aconteció entonces algo afortunado para la moribunda: el llanto de sus amigos ahogó su confesión. Al frente de todos, dos personas ofrecían un doloroso espectáculo. Una

de ellas era Dionisia Tascheron; su extraño vestido, de una sencillez cuáquera, la hacían irreconocible para las gentes de la aldea que pudiesen verla, pero era, para la Otra persona, una conocida difícil de olvidar, y su aparición fue como un rayo de luz. El procurador general intuyó la verdad; el papel que había desempeñado cerca de la señora Graslin lo descubrió en toda su extensión. Menos impresionado que los demás por la ceremonia religiosa, en su condición de hijo del siglo diecinueve, el magistrado sintió en su corazón una terrible sacudida, pues en aquel momento vio el drama de la vida interior de Verónica en la residencia Graslin durante el proceso de Tascheron. La trágica época revivió nítidamente entre sus recuerdos, iluminados ahora por los ojos de la anciana Sauviat, los cuales, encendidos por el odio, caían sobre él como dos chorros de plomo fundido; la anciana, de pie a dos pasos de él, no le había perdonado. Ese hombre, que representaba a la justicia humana, se estremeció. Pálido, con el corazón herido, no se atrevía a mirar el lecho donde la mujer que tanto había él amado, lívida bajo la mano de la muerte, buscaba fuerzas para librar su agonía del inmenso peso de su culpa, y el seco perfil de Verónica, limpiamente impreso en blanco sobre el damasco rojo, le dio vértigo. A las once empezó la misa. Cuando el cura de Vizay terminó de leer la epístola, el arzobispo se quitó la dalmática y se situó en el umbral de la puerta.

—Cristianos todos, reunidos aquí para asistir a la ceremonia de la extremaunción que dentro de poco vamos a conferir a la señora de esta casa —dijo—, vosotros que unís vuestras plegarias a las de la Iglesia para interceder por ella cerca de Dios y obtener su eterna salvación, tenéis que saber que ella no se ha creído digna, en esta hora suprema, de recibir el Santo Viático sin haber hecho, para edificación del prójimo, confesión pública de sus principales pecados. Nos hemos resistido a acceder a su piadoso deseo, aunque ese acto de contrición se practicase durante mucho tiempo en las primeras épocas del cristianismo; pero como esta pobre mujer nos ha dicho que se trataba con ello de la rehabilitación de un desdichado hijo de esta parroquia, la dejamos libre de seguir la inspiración de su arrepentimiento.

Después de estas palabras, pronunciadas con solemne dignidad pastoral, el arzobispo se apartó para dejar paso a Verónica. La moribunda apareció sostenida por su anciana madre y por el cura, dos grandes y venerables imágenes; ¿no debía su cuerpo a la maternidad y su alma a su madre espiritual, la Iglesia? De rodillas sobre un almohadón, juntó las manos y se recogió durante unos instantes para sacar de sí misma, de alguna fuente celestial, fuerzas para hablar. En ese instante, el silencio era sobrecogedor. Nadie se atrevía a mirar a su vecino. Todos los ojos miraban al suelo. No obstante, la mirada de Verónica, cuando ella levantó los ojos, se encontró con la del procurador general, y la expresión de ese rostro, de una palidez mortal, la hizo enrojecer.

—Yo no podría morir en paz —dijo Verónica con voz alterada— si dejara de mí la falsa idea que cada uno de vosotros que me escucháis os habéis hecho. Ved en mí a una gran criminal que se recomienda a vuestras oraciones y que intenta ser digna del

perdón con la confesión pública de su culpa. Esta culpa fue tan grave, tuvo tan fatales consecuencias, que tal vez ninguna penitencia la remediará. Pero cuantas más humillaciones reciba en este mundo, menos tendré seguramente que temer la cólera en el reino de Dios a que aspiro. Mi padre, que tenía tanta confianza en mí, recomendó a mis cuidados, pronto hará veinte años, a un muchacho de esta parroquia, en el que vio el deseo de ser bueno, condiciones para el estudio y excelentes cualidades. Este muchacho era el desdichado Juan Francisco Tascheron, quien desde entonces me consideró como su protectora. ¿Cómo el afecto que le tenía pudo convertirse en culpable? Esto es lo que me creo dispensada de confesar. Podría creerse que los más puros sentimientos se desvían de su marcha normal por medio de sacrificios inusitados, por razones extraídas de nuestra propia fragilidad, por una multitud de causas que podrían disminuir la intensidad de mi culpa. Si el más noble afecto fue mi cómplice, ¿soy menos culpable? Prefiero confesar que yo, por mi educación, por mi situación en la sociedad, podía creerme superior al muchacho que me confiaba mi padre, del que me hallaba separado por la natural delicadeza de nuestro sexo y que fatalmente escuché la voz del demonio. Demasiado pronto me vi desempeñando el papel de madre de aquel joven para ser insensible a su muda y delicada admiración. Él fue el primero y el único que me apreció en mi propio valor. Quizá yo me vi seducida por horribles cálculos: quizá pensé en lo discreto que sería un muchacho que todo lo que era me lo debía a mí, y al que el azar había situado tan lejos de mí, aunque fuésemos iguales por nacimiento. Por último, encontré en mi prestigio de mujer caritativa y en mis piadosas ocupaciones un manto para encubrir mi conducta. ¡Ay!, quizá es ésta una de mis mayores culpas; he escondido mi pasión a la sombra de los altares. Las más virtuosas acciones, el amor a mi madre, los actos de verdadera y sincera devoción en medio de tanto desvío, todo lo he utilizado para contribuir al miserable triunfo de una pasión insensata y fueron otros tantos lazos que me encadenaron. Mi pobre madre adorada, que me está escuchando, fue, sin saber nada durante mucho tiempo, la inocente cómplice del mal. Cuando ella abrió los ojos, habían ocurrido ya demasiadas cosas, se habían consumado demasiados actos para que no sacara de su corazón de madre las fuerzas para callar. En ella, el silencio se convirtió en la más alta virtud. Su amor a su hija pudo más que su amor a Dios. Yo la descargo solemnemente del peso que la agobia. Terminará sus días sin que sus ojos ni su frente tengan que humillarse. Que su maternidad quede pura y limpia de todo baldón, que su noble y santa ancianidad coronada de virtudes, brille con todo su resplandor y quede desligada de esa cadena que la tenía atada a tanta infamia...

Aquí, el llanto cortó durante unos instantes las palabras de Verónica. Alina le hizo oler un pomo de sales.

—La misma devota doncella que me está rindiendo este último servicio ha sido mejor para mí de lo que he merecido y siempre ha hecho como si ignorase lo que sabía; pero ha sabido también las penitencias con que he quemado esta carne que fue débil. Pido, pues, perdón al mundo por haberle engañado, arrastrada por la terrible

lógica mundanal. Juan Francisco Tascheron no fue tan culpable como puede creer la sociedad. ¡Ah!, vosotros todos los que me escucháis, os lo ruego, tened en cuenta su juventud, la embriaguez de su exaltación, tanto por los remordimientos que me acosan como por involuntarias seducciones. Pero hubo más... Fue la honradez, aunque una honradez mal entendida, lo que causó la mayor de las desdichas. No podíamos soportar, ni el uno ni el otro, los continuos engaños. Él, el infortunado, llamaba a mi propia grandeza de alma, y quería que nuestro fatal amor fuese lo menos doloroso posible para los demás. Yo fui, pues, la causa de su crimen. Impulsado por la necesidad, el desdichado, culpable de una excesiva devoción por su ídolo, eligió, de entre todos los actos reprobables, aquél cuyos daños son irreparables. Yo no lo supe hasta el mismo momento que lo llevó a cabo. En su ejecución, la mano de Dios derribó el andamio de falsas combinaciones. Yo regresé a casa después de oír unos gritos que aún me hieren los oídos, habiendo adivinado sangrientas luchas que no estaba en mi poder evitarlas, y yo era el objeto de aquella locura. Tascheron se volvió loco, yo os lo aseguro.

Al llegar aquí, Verónica miró al procurador general, y se oyó un hondo suspiro salido del pecho de Dionisia.

—Perdió la razón al ver que lo que él creía su felicidad, lo destruían circunstancias imprevistas. El desgraciado, apartado de su camino por su propio corazón, fue fatalmente de un delito a un crimen y de un crimen a un doble asesinato. Salió inocente de casa de mi madre y regresó culpable. Sólo yo en el mundo sabía que no hubo premeditación, ni ninguna de las circunstancias agravantes que le valieron su condena de muerte. Cien veces intenté entregarme para salvarle, y cien veces un horrible egoísmo, necesario y superior, mató mis palabras en mis labios. Estoy segura de que mi presencia, a poca distancia de él, contribuyó a darle el odioso, el infame, el innoble valor de los asesinos. Si hubiera estado solo, habría huido. Yo había formado su alma, su inteligencia, ensanché su corazón; yo le conocía, y sé que era incapaz de una cobardía ni de una bajeza. Haced justicia a su brazo inocente, haced justicia al que Dios, en su clemencia, permite dormir en paz en la tumba que habéis regado con vuestras lágrimas, adivinando sin duda la verdad... Castigad, maldecid a la culpable que tenéis aquí. Aterrada por el crimen cometido, hice todo lo posible para ocultarlo. A mí, que no tenía hijos, mi padre quiso que educara a un muchacho en el temor de Dios, y lo llevé al patíbulo, al cadalso. ¡Ah!, contra mí todos los reproches, abrumadme, éste es el momento.

Al concluir de hablar, sus ojos brillaban con orgullo salvaje; el arzobispo, de pie detrás de ella y protegiéndola con su báculo pastoral, abandonó su actitud impassible y se tapó los ojos con la mano derecha. Se oyó un sordo gemido, como si alguien estuviese muriendo. Dos personas, Gérard y el doctor Roubaud, recibieron en sus brazos y se la llevaron a Dionisia Tascheron, desmayada. El espectáculo redujo un poco el fuego de los ojos de Verónica, y se estremeció; pero su serenidad de mártir no tardó en reaparecer.

—Ahora ya lo sabéis todo —prosiguió—; no merezco ni alabanzas ni bendiciones por mi conducta aquí. He llevado ante el cielo una secreta vida de aguda penitencia que el cielo apreciará. Mi vida ha sido una inmensa reparación del mal que he causado; he marcado mi arrepentimiento con trazos imborrables sobre estas tierras y subsistirá casi eternamente. Está escrito en los campos fertilizados, en la aldea engrandecida, en los arroyos de la montaña desviados hacia el llano en otro tiempo inculto y desierto y ahora verde y productivo. No se cortará un árbol en cien años, sin que las gentes de esta comarca no se digan a qué remordimiento debe su sombra. Esta alma arrepentida y que ha dado una larga vida útil a la región, respirará durante mucho tiempo entre vosotros. Lo que vosotros habríais debido a la inteligencia, a una fortuna dignamente adquirida, se ha conseguido por la herencia de un arrepentimiento, por la que causó un crimen. Todo ha sido reparado en lo que se refiere a la sociedad; únicamente yo he seguido cargada con esa vida sacrificada al florecer; esa vida que se me confió y de la cual se me van a pedir cuentas...

Aquí las lágrimas apagaron el fuego de sus ojos. Hizo una pausa.

—Finalmente, hay entre vosotros un hombre que, por haber cumplido estrictamente con su deber, ha sido objeto de un odio que creía sería eterno. Ha sido el primer instrumento de mi suplicio. Estaba yo demasiado cerca de los hechos, tenía los pies demasiado cerca aún de la sangre para no odiar a la justicia. Mientras la ira me torturase el corazón, comprendí que aún quedaba en él la huella de una pasión condenable; nada he tenido que perdonar y sólo he querido purificar este rincón en que el Maldito se escondía. Por mucho dolor que me haya costado la victoria, ha sido completa.

El procurador general miró a Verónica con el rostro lleno de lágrimas. Parecía que la justicia humana sintiese remordimientos. Cuando la penitente volvió la cabeza para poder proseguir, vio llorando a un anciano, a Grossetête, quien le tendía las manos en actitud suplicante como diciendo: «¡Basta!». En ese momento, la heroica mujer oyó tal rumor de llantos que, emocionada por las muestras de afecto, y no pudiendo resistir el bálsamo de un perdón general, tuvo un acceso de debilidad; al verla llegar al límite de sus fuerzas, su anciana madre encontró los brazos de la juventud para llevársela.

—Cristianos —dijo el arzobispo—, habéis escuchado la confesión de esta penitente; confirma la sentencia de la justicia humana, y pueden calmarse los escrúpulos o las inquietudes. Habréis podido encontrar en esto nuevos motivos para unir vuestras oraciones a las de la Iglesia, que ofrece a Dios el santo sacrificio de la misa, para implorar su misericordia a favor de un tan grande arrepentimiento.

Se reanudó el oficio. Verónica lo siguió con una expresión que demostraba tanto contento interior, que no parecía ser la misma mujer de antes. La candidez se reflejaba en su rostro, digna de la joven ingenua y pura que fue en la vieja casa paterna. El alba de la eternidad blanqueaba ya su frente y doraba su rostro con tintes celestes. Escuchaba sin duda místicas armonías y sacaba la fuerza de vivir de su

deseo de unirse una vez más a Dios; el padre Bonnet se acercó al lecho y le dio la absolución; el arzobispo le administró los santos óleos con un sentimiento paternal que demostró a todos los asistentes cuán querida le era aquella oveja descarriada y vuelta al redil. El prelado cerró, para las cosas de la tierra y con santa unción, aquellos ojos que tanto daño hicieron, y puso el sello de la Iglesia en sus labios demasiado elocuentes. Sus oídos, por donde entraron malas inspiraciones, se apagaron para siempre. Todos los sentidos, aniquilados por la penitencia, fueron así santificados, y el espíritu del mal quedó ya sin poder sobre su alma. Nunca tanta gente reunida comprendió mejor la grandeza y la profundidad de un sacramento que los que vieron justificados los desvelos de la Iglesia con la confesión de la mujer que agonizaba. Así preparada, Verónica recibió el cuerpo de Jesucristo con una expresión de esperanza y de alegría que fundía los hielos de la incredulidad contra la cual tanto había luchado el cura. Roubaud, confundido, se convirtió al catolicismo en un instante. El espectáculo fue terrible y emocionante a la vez, pero fue también solemne por la disposición de las cosas, hasta el punto de que posiblemente la pintura habría encontrado en él tema para una de sus obras maestras.

Cuando después del fúnebre episodio, la moribunda oyó empezar el evangelio de San Juan, hizo una señal a su madre para que le trajera a su hijo, al cual se había llevado el preceptor. Cuando vio a Francisco arrodillado junto al lecho, perdonada la madre, se creyó en el derecho de imponer sus manos sobre la infantil cabeza para bendecirle y exhaló el último suspiro.

La anciana Sauviat estaba allí, de pie, siempre en su puesto, como desde hacía veinte años. Esa mujer, heroica a su modo, cerró los ojos de la hija que tanto había sufrido, y los besó, uno después del otro. Todos los sacerdotes, seguidos del clero, rodearon entonces la cama. A la luz indecisa de los cirios, entonaron el terrible canto del *De Profundis*, y su clamor transmitió a toda la población arrodillada frente al castillo, a los amigos que rezaban en las otras habitaciones y a toda la servidumbre que la madre del distrito acababa de morir. El himno fue acompañado de gemidos y llantos unánimes. La confesión de la gran señora no había pasado más allá del umbral del salón y sólo tuvo por auditorio oídos amigos.

Cuando los campesinos de los alrededores, mezclados con los de Montégnac, llegaron para dejar sobre su bienhechora un ramo verde, el supremo adiós mezclado con oraciones y con lágrimas, vieron que un hombre de la justicia, agobiado por el dolor, tenía entre las suyas la fría mano de la mujer que, sin quererlo, había tan cruelmente pero tan justamente golpeado.

Dos días después el procurador general, Grossetête, el arzobispo y el alcalde, llevando los ángulos de un crespón negro, acompañaban el cadáver de la señora Graslin hasta su última morada. Lo pusieron en la tumba en medio de un profundo silencio. Nadie dijo una palabra, nadie tenía fuerzas para hablar, todos los ojos estaban llenos de lágrimas. «¡Era una santa!», fue la frase de todos, recorriendo cada uno de los caminos del distrito que ella había enriquecido. Nadie se extrañó de que el

cadáver de la señora Graslin fuese enterrado junto a la tumba de Juan Francisco Tascheron; ella no lo había pedido, pero su anciana madre, por un resto de tierna piedad, le pidió al sepulturero que uniese a los que la tierra había tan violentamente separado, y a los que un mismo arrepentimiento reuniría en el purgatorio.

El testamento de la señora Graslin ordenaba todo lo que ya se esperaba; fundaba en Limoges bolsas para la enseñanza y camas en los hospicios, únicamente destinadas a los trabajadores; asignaba una suma considerable, trescientos mil francos en seis años, para la compra de la parte de la aldea conocida por Los Tascheron, disponiendo que se construyese un asilo. Ese asilo, destinado a los ancianos indigentes del distrito, a los enfermos, a las mujeres sin asistencia en el momento del parto y a los niños recogidos, debía llamarse «Asilo Tascheron»; Verónica quería que fuera atendido por monjas de la región, y fijaba en cuatro mil francos los honorarios del médico y el cirujano. La señora Graslin rogaba al doctor Roubaud que fuese de primer médico del asilo, encargándole la elección del cirujano y que velase por su organización, conjuntamente con Gérard, quien sería el arquitecto. Cedía a la villa de Montégnac los prados suficientes para pagar las contribuciones. La iglesia, dotada de un fondo de ayuda cuyo empleo quedaba determinado para ciertos casos excepcionales, debía velar por la juventud y buscar entre los nacidos en Montégnac muchachos que tuvieran disposiciones para las artes, para las ciencias o para la industria. La beneficencia inteligente de la testadora indicaba la cantidad que debía emplearse en la ayuda de las posibles inteligencias. La noticia de su muerte, recibida en todas partes como una calamidad, no sufrió ningún injurioso rumor para la memoria de esa mujer. Esa discreción fue un homenaje tributado a tantas virtudes por una población católica y laboriosa que reinició, en un rincón de Francia, los milagros descritos en las *Cartas edificantes*.

Gérard, nombrado tutor de Francisco Graslin y obligado por el testamento a residir en el castillo, se trasladó a él, pero hasta tres meses después de la muerte de Verónica no se casó con Dionisia Tascheron, en quien Francisco tuvo una segunda madre.

FIN



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] ¡Quítate de mi vista o te mato! <<

[2] *Renard: Zorro.* <<